

GRAZIE,
AMORe

Lia Gerald

UNO

La música del local era alta, pero todavía podía oír mis acelerados latidos retumbando en el pecho. Aun así, nadie bailaba, porque allí no había pista de baile, sino jaulas de metal brillante, sofás gastados y cuerdas colgando del techo.

Había muchas figuras inmersas en la penumbra, entre la luz baja y rojiza que le daba a todo una especie de toque a cuarto oscuro de fotografía. Aquellos hombres hablaban, se reían, sudaban, ligaban, se tocaban y daban trago tras trago de sus bebidas. Algunos estaban disfrazados, otros llevaban arneses de cuero y fustas en la mano, la mayoría, estaban desnudos; pero todos cumplían los estándares de vestimenta del Club BDSM «*Slave me*».

Yo era el único que llevaba camisa y pantalón de vestir. También era el único que estaba quieto, con la misma bebida fría en la mano desde hacía diez minutos y sin saber qué más hacer que quedarme mirando y pensando: «¿Qué cojones haces, Joe...?».

No era como si me hubiera confundido de lugar y ahora estuviera demasiado consternado para salir huyendo. No, por supuesto que no. Yo mismo había buscado un Club *BDSM* en internet una noche que estaba demasiado borracho y demasiado cachondo.

— ¡Siri, quiero un Amo!

— «Hay cincuenta y seis amos en tu ciudad, quince de ellos, están cerca de ti».

— ¿En serio? — dije, frunciendo el ceño con sorpresa.

Por supuesto, siempre estaba la posibilidad de pagar a alguien para que lo hiciera; pero no era mi estilo. Lo que sí me interesó, fue los lugares que solían frecuentar.

Al leer el nombre del local, solo me había reído, mirado las fotos por pura curiosidad y cerrado la ventana del móvil. Pero otro día tonto me había vuelto a interesar y lo había vuelto a buscar. Eso pasó docenas de veces; hasta que, aquella noche, había reunido el valor suficiente para ir y no limitarme a quedarme en mi casa masturbándome mientras me imaginaba como sería *estar allí*.

En mis sueños húmedos, me imaginaba avanzando por el suelo de linóleo negro, con la cabeza alta y la camisa desabotonada. Quizá toqueteándome la entrepierna y compartiendo miradas con atractivos desconocidos en mi camino a la parte trasera, donde la acción comenzaba. Allí me estaba esperando un hombre increíblemente sexy, con mirada peligrosa y pantalones de cuero muy ceñidos, marcando bien sus enormes muslos y su abultada entrepierna. Compartíamos una mirada, un poco de jugueteo. Yo me manoseaba por debajo del pantalón y él cruzaba sus enormes brazos hasta que me ordenaba acercarme. Entonces la cosa variaba, a veces me follaba muy duro contra la pared, a veces me follaba la boca hasta que se corría, a veces me susurraba guarradas al oído mientras me agarraba del pelo y me metía varios dedos lubricados con mi propia saliva...

Sí, en mis sueños era maravilloso. La realidad... no tanto.

Aunque hubiera conseguido reunir el valor para ir, lo único que había hecho hasta entonces era evitar todas las miradas como si fueran la mismísima parca y quedarme en una esquina, asustado como un cervatillo entre leones.

No podía evitarlo. Me sentía nervioso, estúpido y, por alguna razón, hasta culpable por la sordidez de todo aquello. Me sentía gilipollas con mi camisa de *Versace* y mis pantalones pitillo. Me sentía totalmente fuera de lugar y, quizá, eso significara que mis fantasías de ser sumiso no eran más que eso: fantasías.

—Por dios, Joe...

Solté una profunda bocanada de aire cargado del local y negué con la cabeza a la vez que me llevaba mi copa a los labios. El hielo ya casi se había derretido y sabía aguada, pero aún así me la terminé toda de una sentada.

Tras llegar a la conclusión de que solo estaba haciendo el gilipollas, todo se volvió mucho más sencillo. Dejé de preocuparme por las miradas, por las evidentes carcajadas que mi presencia allí provocaba y por los muchos chistes que estarían haciendo a mí costa. Llevé la copa vacía de vuelta en la barra y, con las manos en los bolsillos, me dirigí a la parte trasera del local.

Ahora que sabía que no haría nada y que, evidentemente, tampoco habría un musculoso desconocido esperándome allí, me lo tomé como una visita turística. Al menos no daría mi viernes noche por perdido y saciaría aquella morbosa curiosidad de lo que habría más allá de las cortinas de felpa rojo. Quizá hasta me llevara de allí una divertida anécdota que contarle a los del trabajo en una de nuestras cenas de celebración y borrachera.

Con aquella idea en mente, crucé el umbral hacia un pasillo con la misma luz rojiza y la misma penumbra oscura. Lo primero que vi fue a un hombre al que un twink, con tan solo un collar al cuello y una máscara de perro, le hacía una mamada. A su lado, otro hombre con arnés de cuero y la bragueta abierta se la estaba pelando mientras miraba y escupía al chico intermitentemente.

Me quedé impactado.

Yo no era ningún santo, pero esa imagen tan repentina superaba todas mis expectativas y capacidades. Todavía con la boca entreabierta y una expresión de sorpresa, seguí adelante, creyendo que nada podría superar aquello.

El pasillo era largo, con habitaciones sin puertas a los lados, como los de un motel de mala muerte. Afuera había más hombres, besándose, toqueteándose o incluso teniendo sexo mientras otros miraban. La música era más baja y se podían llegar a oír los gruñidos, azotes, gritos y jadeos por todas partes. Dentro de las habitaciones la acción no se detenía, solo se intensificaba por momentos.

Yo echaba una ojeada rápida, arqueaba las cejas y seguía adelante. En mi mente se estaba forjando la idea cada vez más clara de que el BDSM quizá no fuera para mí; por mucho que me excitara la figura autoritaria de un amo y la sumisión a sus deseos. Me ceñiría a disfrutarlo en el porno y dejar el *Club Slave me* para los verdaderos valientes.

Solo por curiosidad, me acerqué a la última puerta, justo al final del pasillo. Incliné la cabeza, esperando ver más colchones en el suelo, esposas, cadenas, caballitos, cuero, azotes y sexo sucio; pero lo que encontré allí me sorprendió más que nada de lo que hubiera visto hasta entonces. Incluido al *Scooby Doo* mamón y a sus dos amigos.

En esa última habitación sin puerta había un solo sofá negro. En él, estaba sentado un solo hombre. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo y fumaba una calada de su pitillo, echando el humo grisáceo como una columna que difuminaba la luz rojiza que lo llenaba todo. No llevaba ropa de cuero, ni arnés, ni correa ni fustas; solo una camisa blanca, apretada y desabotonada hasta el pecho, mostrando un abultado pectoral que cruzaba una cadena gruesa con una cruz cristiana al final. Seguí el recorrido del collar, desde su cuello grueso de enorme nuez hacia la marcada hendidura de sus pecho, allí donde la cruz descansaba plácidamente, como si diera un tierno beso a su piel de caramelo.

Tenía las piernas abiertas, pantalones de traje ajustados y los brazos extendidos en el respaldo. Con una mano sostenía el borde de una copa de vino y, en la otra, el pitillo que no dejaba de fumar. En su muñeca había un enorme reloj, uno caro, de color dorado, descantando contra su brazo de abundante vello oscuro y piel aceitunada.

No parecía americano, no del todo, al menos. Lo que se podía entrever de su rostro inclinado hacia el techo era más bien rasgos extranjeros. Nariz recta, mandíbula fuerte, barba corta, tupida y morena, pelo oscuro y labios llenos. ¿Sería latino?, o quizá italiano...

Fuera lo que fuera, tenía el cuerpo de un dios y rezumaba un aire de poder que emanaba de él como el humo del pitillo que, por cliché que fuera, tanto me excitaba verle fumar.

Aunque aquella imagen me hipnotizó por completo, hubo otro detalle que llamó todavía más mi atención. El hombre llevaba unas gafas de sol Rayban, con las que no debía ver mucho en aquel ambiente rojizo y umbrío. Cubrían parte de su rostro y le daban una imagen chocante; sexy, pero relajada; atractiva, pero casual; elegante, pero juvenil.

Y entonces me miró.

Su cabeza se movió al fin tras todo aquel tiempo descansando contra el respaldo y sus ojos tras las lentes negras se clavaron en mí. Sin decir nada, volvió a llevarse el pitillo a los labios y a darle una lenta calada. De pronto me sentí como un completo intruso. Llevaba plantado en el umbral de la puerta minutos enteros, comiéndome con la mirada a aquel hombre de arriba abajo como un cerdo. No había mucha diferencia entre yo y los hombres que miraban a los demás follando mientras se la pelaban.

—¡Perdona! —me disculpé al instante, soltando lo primero que me vino a los labios mientras encogía los hombros y bajaba la mirada hacia el suelo—. No quería parecer un... perverso ni nada.

Al no oír una respuesta, ni siquiera vislumbrar un gesto por su parte, me atreví a volver a levantar sutilmente la mirada. El hombre seguía en la misma postura, solo que con ambos brazos apoyados en el respaldo mientras jugueteaba con la colilla del cigarro entre sus dedos. El silencio se dilató tanto que decidí volver a pedir disculpas y darme la vuelta, pero antes de que lo hiciera, su mano se movió y, con tan solo la punta del pulgar, se bajó las gafas lo suficiente para mirarme por encima del cristal negro.

No pude diferenciar el color de sus iris con aquella luz rojiza, pero sí que eran claros. Unos ojos claros en mitad de un rostro fuerte y masculino, volviéndolo

todavía más provocador e intoxicante. Unos ojos que contrastaban demasiado con su piel aceitunada, su pelo oscuro y su piel aceitunada.

—Joder... —se me escapó, un halito de voz capaz de expresar toda la sorpresa y admiración que sentía en aquel momento.

Aquellos preciosos ojos bordeados de densas pestañas negras se deslizaron por mi cuerpo, muy lentamente, hasta que, al llegar a mis pies, volvieron a mi rostro en una rápida sucesión.

—Ven aquí —ordenó con una voz grave y un marcado acento italiano.

Arqueeé ambas cejas y no se me ocurrió otra cosa que responder:

—Emh... Yo... Sí, claro.

Al fin crucé el umbral de la puerta, esa en la que me había quedado mirando al extraño desconocido como un completo imbécil. Como no había otro sitio donde sentarse más que el sillón que él ocupaba, me quedé de pie a un paso de distancia, con las manos en los bolsillos y una mueca de labios apretados.

—¿Es... es tu despacho o algo? —pregunté, mirando un momento a alrededor.

Estaba completamente solo, y no se me ocurría otra razón para que un hombre como él estuviera solo que la idea de que, quizá, aquel fuera su local y, ese, su despacho. El hecho de que no hubiera escritorio, ni nada más que un sofá, no fue importante en ese momento.

—Quítate la ropa —ordenó.

Me quedé helado, solo un par de segundos antes de volver a mirarle a los ojos. Estaban tan fijos en mí y eran tan claros que parecían los de un puma al acecho. Resultaba hasta intimidante, incluso para mí, que había nacido rodeado de grandes personalidades, bellezas internacionales y egos del tamaño del Taj Mahal.

—¿Qué? —pregunté, como si le hubiera oído mal.

Él no respondió, solo continuó mirándome de aquella forma: por encima del borde de sus gafas y una expresión tan seria como sexy.

—No, yo no... —dije entonces, cerrando un momento los ojos y sonriendo con nerviosismo. Llegué a sacar una mano del bolsillo para moverla en el aire y reafirmar mis palabras—. No hago esas cosas...

—¿Qué coño haces aquí, entonces?

Muy buena pregunta. ¿Qué coño estaba haciendo? Por desgracia, ni yo tenía la respuesta y el hombre solo conseguía ponerme más y más nervioso por momentos. No es que yo fuera tímido, sino que tenía un grave problema cuando se trataba de interactuar con hombres que me gustaban, peor aún si me gustaban tanto como él.

—No. Vine a... probar, pero creo que esto no es para mí —sonreí más, sintiendo como me hundía en las arenas movedizas del ridículo y la vergüenza.

—¿Probar el qué?

—El... la... —las palabras se me escapaban y mis gestos nerviosos no estaban ayudando en nada—. El rollo sumisión... ya sabes. Cuando lo veo en el porno me pongo muy cachondo, pienso: «joder, como me gustaría que... me hicieran eso», pero me he dado cuenta de que lo que hacéis aquí no es mi estilo. Quizá solo sea un sueño erótico y ya está... Como cuando te tocas pensando en que te raptan o entra un ladrón super cachondo en tu casa y como que te... fuerza un

poquito... No, ósea, en plan sexy, no en plan asqueroso. Ya sabes, como que sí quieres, pero tú dices que no y te resistes...

Concluí por todo lo alto en una de mis clásicas y humillantes verborreas de nerviosismo. Cuando repentinamente pasaba de no poder decir nada a no poder dejar de hablar de gilipollecas. Entonces sentí que el rostro se me encendía en llamas y fui incapaz de volver a mirar al hombre a los ojos, por suerte, la habitación ya estaba demasiado roja para que pudiera diferenciar el color de mis mejillas y mi cuello.

—Ahora vas a cerrar la puta boca —le oí decir tras un breve silencio. Él, al contrario que yo, sabía mantener su tono autoritario y grave a la perfección—, te vas a desnudar y te vas a poner de rodillas. Yo seré el que hable y tú te limitarás a obedecer. Si lo haces bien, te daré un premio; si solo vas a hacerme perder el tiempo, lárgate y no vuelvas jamás.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y por puro instinto miré a mis espaldas, hacia la puerta abierta y la rojiza penumbra del pasillo. Una parte de mí deseaba escapar de allí e irse a casa para mortificarse de la vergüenza, pero otra parte de mí tenía muchísima curiosidad por lo que estaba pasando. Al final de todo, sí había un increíblemente atractivo hombre musculoso esperándome en aquel Club, no el que yo me imaginaba, sino incluso mejor.

Giré el rostro hacia él y, con los labios entreabiertos y la boca seca, me limité a asentir. No era como si fuera a hacer algo que no quisiera, solo a... ver a dónde me llevaba todo aquello. Un poco de emoción e impulsividad no me vendrían mal, para variar. Me conocía demasiado bien para saber que, si me iba en aquel momento, me arrepentiría toda mi vida.

Empecé por la camisa, desabrochándola con cuidado, no porque fuera cara, sino porque los dedos me temblaban. Al terminar, me la saqué y la dejé a un lado del sofá. Pude notar la atenta mirada del hombre, terminándose su pitillo o dando pequeños tragos a su copa de vino mientras no se perdía detalle. A continuación me descalcé sin mucho cuidado y me quité el botón del pantalón. Al bajarlo, me llevé conmigo también los bóxers, desnudándome de forma rápida y sencilla. Por último, di un par de saltitos mientras me quitaba los calcetines y me quedé un momento con las manos en la cadera, mirando al amo italiano.

Al contrario de lo que había demostrado mi actitud tímida y nerviosa y mi incapacidad para comportarme con normalidad delante de hombres como él, yo era un hombre bastante atractivo y con muy buen cuerpo. Él se quedó en silencio, mirándome de nuevo antes de alcanzar mis ojos. Entonces recordé a qué estaba esperando y solté un rápido:

—Ah, sí, sí, es verdad...

Me puse de rodillas en el suelo y, sin saber muy bien qué hacer con las manos, di un par de palmadas nerviosas contra los muslos, tamborileando un ritmo agitado y clásico. «Tap, tap, tap». El amo italiano al fin cambió su expresión seria hacia una más exasperada, llegando a poner vagamente los ojos en blanco y suspirar.

—Dame tu cartera —ordenó, extendiendo la mano con la que sostenía la colilla del pitillo entre los dedos índice y pulgar.

—¿Mi... cartera? ¿Para qué?

Ahí se le terminó la paciencia. Con un movimiento controlado pero rápido, se puso de pie, se acercó a donde yo estaba y me miró fijamente desde las alturas. De pie era incluso más intimidante y... sexy. Debía medir al menos uno noventa y la ropa de marca se ajustaba demasiado a su cuerpo de bodybuilder. Con aquella imagen y su fuerte acento, parecía todo un capo de la mafia.

Eso fue lo que pensé antes de que me pegara una ruidosa bofetada en la cara, tan rápida y firme que dejó un rastro picante en mi mejilla y mis pulmones sin aire.

—He dicho que me des tu cartera, pedazo de mierda —repitió, inclinándose lo suficiente para casi alcanzar mi oído.

Así, en frío, aquello no me resultó tan excitante como me había imaginado que sería. La bofetada me había dolido y que un extraño, que aun por encima parecía un mafioso, me pidiera mi cartera como si me estuviera atracando... no era lo que más me ponía en el mundo.

—Está en el bolsillo del pantalón —murmuré tras tragar saliva, o, al menos, intentarlo, ya que mi boca estaba seca como el desierto.

El amo se dejó la colilla del pitillo en los labios y, con la mano libre, me agarró con fuerza del pelo y me dio un leve tirón antes de decirme:

—Te he ordenado que me la des, puta, no que me digas donde está... —dicho esto, me empujó con cierta violencia hacia el sofá, donde estaba mi ropa tirada.

Vale, ese fue el momento en el que estuve noventa y nueve por ciento seguro de que aquel rollo de la sumisión no era para mí. Todo aquello no me estaba poniendo cachondo, solo me estaba resultando incómodo y angustioso.

—Vale, vale... —murmuré mientras rebuscaba en el bolsillo de mis pantalones. Cuando encontré la abultada cartera me giré para entregársela, pero antes de hacerlo, le dije—: Oye, soy nuevo en esto. Si... pudieras relajar un poco el ritmo, te lo agradecería. Porque, sinceramente... —risa nerviosa—, me estás asustando.

El amo italiano me quitó la cartera de un tirón y, dando una última calada a su pitillo, me echó la colilla a la cara. Giré el rostro a tiempo, pero aún así noté el leve golpe en mi sien.

—*Cazzo di vergini* —le oí farfullar por lo bajo mientras volvía a echarse en el sofá. Abrió bien las piernas, como si los cojones no le cupieran entre ellas, y, señalando justo el punto del suelo entre ellas, ordenó—: Aquí.

Me quedé otro momento parado mientras mi mente se debatía entre la autopreservación y la observación racional.

«Huye, Joe, esto no es para ti. Vuelve a casa y machácatela tranquilamente en la ducha antes de cenar helado. A ti te gusta el helado».

«Te has metido en un Club de BDSM *hard* y ahora te estás quejando de haber encontrado un amo, ¿en serio, Joe? La próxima vez pregúntale a Siri dónde hay cursos de iniciación para sumisos cobardes».

Al final, me acerqué a donde el amo me había ordenado, justo entre sus piernas, y me quedé allí mirando cómo rebuscaba en mi cartera. El primer lugar que miró fue la tarjetera. Sacó mi tarjeta de crédito platino, la American express negra, mi tarjeta de socio del club de golf y mi carné de conducir. Las miró un

momento y casi pude distinguir una leve arqueamiento en sus cejas densas y negras en contraste con la luz rojiza.

—Joel Schwartz, veintisiete años... —leyó en voz alta antes de dedicarme una leve mirada—. Así que lo de estar circuncidado, tener una camisa de *versace* de última temporada y dos tarjetas platino es porque eres un buen chico judío... que trabaja en... —añadió, leyendo mi tarjeta de visita—. Monumental Pictures. Esta vez no arqueó las cejas, pero sí le dio un par de vueltas a la tarjeta como si tratara de comprobar que fuera de verdad.

—Papá te ha buscado un buen puesto entre sus amigos de la sinagoga de Los Ángeles, eh, pedazo de mierda —me dijo, dedicándome otra rápida mirada.

—Papá es uno de los dueños de la productora. No necesita buscar nada en ningún sitio —le dejé bien claro—. Y puedes dejar los comentarios xenófobos y los clichés judíos, porque tú pareces Mr. Mafia Italiana y yo no digo nada.

El amo dejó la tarjeta en el mismo sitio en la que estaba, junto a todas las demás. Tras tomarse aquel tiempo y calma, se inclinó y me dio una rápida bofetada que resonó en toda la habitación.

—Te he dicho que cierres la puta boca —me recordó.

Tras un jadeo de indignación, apreté los dientes y miré con muy mala cara al hombre; sin embargo, él siguió revisando mi cartera como si nada. Miró la billetera, en la que tenía guardados unos quinientos dólares; algunos tickets y facturas que había guardado y hasta se detuvo a mirar las fotos de carnet y algunas familiares que guardaba en un bolsillo lateral. Tras todo aquello, dejó la cartera a un lado y me dijo:

—Dame el móvil.

—No —me negué al instante mientras hacía un gesto cortante con la mano—. Mira, te estás pasando con todo esto.

El hombre se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas para aproximar mucho su rostro al mío, quizá demasiado, porque tuve que retroceder un poco antes de que nuestras frentes chocaran.

—¿Quieres un amo, Joel? —me preguntó en voz baja, densa y con aquel fuerte acento italoamericano. Tan cerca, pude percibir a la perfección su aliento caliente y el olor a vino dulce que arrastraban sus palabras—. ¿Quieres que te sometan como la perra que eres? ¿Quieres que te follen, te usen y te dejen? Pues yo soy un amo, y no vas a encontrar ninguno mejor que yo. No en esta mazmorra de mierda. No en todos los putos Ángeles. Así que te lo advertiré una última vez: cierra la boca y obedece. *Pezzo di merda...*

Quise mantener mi fachada enfadada y mi tono duro, pero, por desgracia, aquello sí que me había puesto bastante cachondo. Mr. Mafia tenía un magnetismo animal y una actitud que exudaba poder y autoridad. Que además de eso me insultara en italiano... Buff.

—No... —lo intenté, pero mi boca seca me traicionó y tuve que parar para tragar saliva—. No me estoy sintiendo nada cómodo. Me estás poniendo nervioso y no estoy disfrutando...

Volví a detenerme, pero esta vez debido a la grave risa que brotó de los llenos labios del amo.

—Yo soy el único que tiene que disfrutar aquí, y tú eres el que tiene que hacer todo lo posible para que eso pase, Joel. Dame tu móvil, última advertencia — terminó, recostándose de nuevo en el sofá.

Apreté los dientes de nuevo y solté una leve bocanada de aire entre los labios. El corazón me latía con fuerza en el pecho y no podía evitar dejar de mover las piernas con nerviosismo sobre aquel suelo de linóleo negro, frío y duro. Tras un momento de duda, me llevé la mano al rostro y me apreté los lacrimales mientras negaba con la cabeza. Después, fui en busca de mi móvil y se lo entregué al amo.

—¿Cuál es el patrón?

—Espera, te lo desbloqueo...

Bofetada.

—¿Qué te he pedido que hagas, *fottuta puttana ebrea*? —me preguntó.

Tomé aire y me acaricié la mejilla cada vez más colorada y dolorida, un picor que empezaba a llenarme los ojos de lágrimas.

—Es un reloj de arena, empezando por la izquierda —murmuré—. Te lo enseño.

Esperé un momento a ver como el amo asentía e inclinaba la pantalla del iPhone hacia mí. Dibujé el patrón y la pantalla se desbloqueó, mostrando una selfi mía y de mi perro en el parque. Fue lo último que pude vislumbrar antes de que el hombre moviera el móvil para mirar lo que había en él. Pulsó un par de cosas, no supe el qué ni dónde, y se quedó mirando durante largos minutos en los que no hice otra cosa que quedarme allí, desnudo y de rodillas frente a él mientras se entrometía de lleno en mi intimidad.

Pasados como diez, o quizá hasta un cuarto de hora, el amo tomó una buena respiración, elevando su abultado pecho bajo la camisa. Entonces se llevó la cadena dorada con la cruz a la boca y la sostuvo entre los labios antes de bajar la misma mano hacia mí. Me agarró del pelo y tiró sin demasiado cuidado hasta que mi rostro estuvo pegado a su entrepierna.

El momento fue... extraño. El amo tenía un pantalón de traje bien apretado y las costuras tiraban de la tela, marcando un más que evidente y bulto. Pegar la cara contra él hubiera hecho mis delicias y me hubiera puesto como una perra... en otra ocasión. Quizá una en la que no estuviera más preocupado por la flagrante violación de mi privacidad y la posibilidad de que un mafioso estuviera mirando datos personales que pudieran conducirle a un acto delictivo o a un rapto.

Aun así, el amo me restregó la cara contra su entrepierna y después, como si nada, continuó mirando mi móvil. Entonces, simplemente me quedé así, con la cara hundida en su paquete, los ojos cerrados, el corazón a mil y la cabeza repleta de arrepentimiento y miedo.

El daño ya estaba hecho. Ya no tenía sentido huir.

No pude concretar cuánto tiempo pasó hasta que le oí decir:

—Así que te gusta rodearte de estrellas de cine e ir a fiestas pijas en la colina, ¿eh?

—Es mi trabajo —respondí sin apartar la cara de su entrepierna, por lo que mi voz sonó apagada y baja contra la tela del pantalón.

—No. Tu trabajo es hacerme feliz y obedecer — me corrigió.

Como no dije nada a eso — ¿qué cojones iba a decir? —, el amo me agarró de nuevo del pelo y me obligó a levantar la cabeza para mirarle.

—Cuando te hable, te referirás a mí como «*mio signore*», «*padrino*» o «*il mio capo*». ¿*Capichi*?

—Emh... Sí, *il mio capo* —murmuré sin muchas ganas, mirando aquellos cristales oscuros de las Rayban entre los que, apenas, se diferenciaban los ojos del amo.

—*Bene*... —respondió antes de tirar el iPhone a un lado sin demasiado cuidado. Entonces se sacó una cajetilla de tabaco rubio del bolsillo. Una marca que no conseguí reconocer, una italiana de importación. Me la tiró al pecho como si yo fuera la basura y recostó los brazos en el respaldo del sofá.

—Sácame un pitillo, enciéndelo y dámelo.

Bajé la mirada a la cajetilla que había caído en mi regazo tras golpearme el pecho desnudo. En aquel momento estaba demasiado adormecido, casi como drogado. Era como si ya nada me importara y solo estuviera esperando al final.

—Sí, *padrino*.

Alcancé la cajetilla, la abrí y saqué uno de los pitillos largos. Dentro, entre los pocos cigarros que quedaban, había un mechero negro que también saqué. Para encender el pitillo, lo único que se me ocurrió fue ponérmelo en los labios, acercar la llama y darle una primera calada. Yo no fumaba habitualmente, pero sí lo hacía cuando salía o en fiestas importantes, así que el humo denso y agrio no me afectó en absoluto. Ni siquiera el de aquel tabaco más fuerte de importación.

Cuando fui a entregárselo al amo, él me miraba tras su gafas negras.

—*Molto bene*... —murmuró con una ligerísima sonrisa en los labios antes de inclinarse lo suficiente para quedarse con el pitillo. Le dio una calada, encendiendo la punta más roja que el rojo que lo bañaba todo, y tras sacárselo y soltar una buena columna de humo en mi dirección, me dijo—: Soy un amo muy exigente. Me gusta el control absoluto y la completa sumisión. Me meteré en todo en tu vida: lo que comes, lo que haces, donde estás, con *quién* estás —remarcó aquello como si fuera importante—. No tendrás privacidad ni voluntad. Serás *il mio schiavo* para hacer todo lo que quiera contigo. Nunca acepto un no por respuesta y solo paro cuando dicen la palabra de seguridad. Podemos hablar de límites y *porcca merda* como esa... pero cuantos más haya, menos interesado estaré. ¿*Tutto capichi*? —terminó preguntando mientras se acercaba el pitillo a los labios y hacia un amaneramiento de muñeca muy italoamericano; como si hubiera salido directo de una película de la mafia.

—Sí, *il mio capo*.

—Te he guardado mi número en el móvil —continuó tras otra calada cuyo humo volvió a echar sobre mí—. Si estás interesado, te harás unos análisis y me mandarás los resultados. Yo solo follo a pelo y espero que te encante tragar, porque vas a terminar *malato per aver ingoiato la mia sborra*...

No necesité preguntar lo que eso significaba, por el contexto, a Mr. Mafia le gustaba mucho dar de mamar.

—Sí, *mio signore*.

–Ahora lárgate de aquí –ordenó a la vez que levantaba una pierna para colocar su pie de zapato italiano en mi pecho para empujarme como a un perro. Caí de culo al suelo de linóleo y me quedé allí un par de segundos antes de asentir e ir a por mi ropa. Por supuesto, cuando quise ponérmela, me dijo:

–He dicho que te largues, *puttana*.

Así que me llevé toda la ropa enrollada en el regazo, junto con el móvil y la cartera, para salir desnudo al pasillo. Me vestí todo lo rápido que pude, ahorrándome el abrochar los botones de la camisa, para salir disparado por el pasillo y abandonar el Club lo antes posible.

Estaba dolido, asqueado, enfadado y cien por cien seguro de que el BDSM no era para mí. Por desgracia, mi mente y mi polla no parecían estar de acuerdo con aquello, porque la tenía tan dura en los pantalones que dolía.

Al llegar a mi deportivo, miré el móvil y vi el nuevo número que habían guardado allí.

IL MIO CAPO

Había que reconocer que sonaba jodidamente sexy...

DUE

Pasó una semana. Después, la siguiente, y entonces me encontré a mi mismo fantaseando con Mr. Mafia a la menor ocasión. Mayormente por las noches, cuando el porno reproducido en mi enorme televisión de plasma no conseguía ponerme ni la decima parte que la idea de que el capo llegara para soltarme algunas mierdas en italiano mientras me ponía de rodillas.

Por supuesto, en mis fantasías todo era maravilloso, terriblemente excitante y divertido; pero todavía recordaba, cada vez más vagamente, esa sensación de nervios y angustia que me había producido. El deseo estaba ahí, pero acompañado de una latente preocupación.

—¿Estás bien, cariño? Te noto distraído últimamente —me llegó a preguntar mi madre en una de nuestras comidas de los sabbats, donde siempre tomábamos un café con vistas al jardín mientras ella fumaba.

—Sí, son solo... tonterías.

Ella arqueó sus cejas finas y rubias y una leve sonrisa se extendió por sus labios recién operados.

—¿Tonterías que tienen músculos y polla? —preguntó.

—Mamá... —murmuré, negando con la cabeza mientras me llevaba la taza a los labios.

—¿Es un *gentil* o le conozco? —insistió sin perder la sonrisa.

Mi madre y su increíble creencia de que conocía a todos los judíos de Los Ángeles y, probablemente, California. La quería muchísimo, pero a veces era como ver a un cliché de madre ebrea, solo que súper operada y con un psicótico miedo a envejecer en la tierra de las estrellas de cine y los modelos.

—¿Importa si es *gentil*? —pregunté, aunque sabía cuál era la respuesta.

—Los *gentiles* son para divertirse, los judíos son para casarse.

—Sí, mamá, el día que encuentre a un gay judío de buena familia, le llevaré directo a la sinagoga. Oh, no, espera...

Mi madre puso los ojos en blanco y apretó sus labios demasiado llenos.

—Esto es California, cariño. Al rabino Moise no se le van a caer los anillos por ver a dos gays. No si quiere que tu padre le deje de financiar su chalé en Beverly Hills...

Era sorprendente pero, muchas veces, los comentarios más crueles hacia los judíos, los oía de los propios judíos. Éramos una comunidad compleja...

De todas formas, aquella misma noche, en mi casa en la colina con piscina y vistas al valle, me quedé mirando las estrellas y pensando en lo que mi madre me había dicho. No sobre esa gilipollez de si era gentil, sino sobre lo de «divertirse». Mis padres no eran ningunos santos; cada uno de ellos se había divorciado al menos dos veces y mi padre iba por la cuarta novia con menos de treinta años. Yo era el único aburrido de la familia.

Así que, dándole vueltas, comprendí que, quizá, el problema no había sido el control y la sumisión; sino el lugar y lo precipitado que había sido... Quizá, si hablaba con Mr.Mafia y le pedía uno de esos límites en los que, al menos, encontráramos un lugar tranquilo y un acuerdo...

Al día siguiente ya estaba en la clínica de mi médico, el señor Goldberg. Me conocía desde niño y tuvo la profesionalidad de no hacer preguntas cuando le pedí unos análisis de ETSs.

—Te enviaré los resultados por correo —me prometió en su viejo y bajo tono confidencial, como si diera por hecho que aquello era un secreto que no debía trascender a mis padres.

Cosa que afirmé con una sonrisa y respondiendo:

—Muchas gracias, doctor Goldberg.

En doce horas, allí estaban. Como sabía de sobra, estaba completamente limpio. Era lo bueno de ser un hombre demasiado retraído para tener sexo esporádico, aunque Los Ángeles ponía las cosas muy... muy fáciles en ese sentido; junto con mi trabajo repleto de súper modelos y actores deseosos de hacer todos mis deseos realidad para dar un empujón a sus carreras... Sí. Si fuera otra clase de persona, tendría un amante diferente en mi cama cada noche, cada uno mejor que el anterior.

Cuando entré en la mensajería instantánea y cargué el archivo, me quedé un par de minutos mirando la pantalla en blanco. Pensé en decir algo juvenil y casual, en seguir el rollo de sumiso o incluso en parecer serio y maduro. Al final le dejé un mensaje en el buzón de voz que decía:

—Ey... *Buonasera*... oh, joder... Emh... Perdona, es que empecé a ver Los Soprano y... Bueno, que soy yo, Joel Schwartz, el chico del Club. Ya te he mandado las pruebas que me pediste. Pero me gustaría que pudiéramos hablar un poco antes de empezar todo esto. Tengo algunas preguntas y me sentiría mucho más seguro si dejáramos claras las cosas. ¿Qué te parece el Gionni's? ¿O es de mal gusto invitarte a un italiano? Pensé que te gustaría pero ahora me da miedo de que te lo tomes a mal... yo... ¡Llámame! ¡Ciao!

Era sorprendente la capacidad que tenía para humillarme y avergonzarme hasta límites incomprensibles para la raza humana. Yo no era así, yo era un hombre profesional y muy carismático. Lo juro por Dios.

Mientras estaba tumbado boca abajo en el sofá del despacho, fingiendo estar tan muerto de vergüenza como me sentía, el iPhone vibró sobre la mesa de café. Alcé la cabeza al instante y leí la respuesta.

«Mándame fotos desnudo. Quiero que se vea todo».

Fruncí el ceño y solté el aire que había contenido hasta entonces. Fotos desnudo... Eso no me tranquilizaba demasiado. Yo no era una figura pública ni nada así, pero seguía siendo un importante productor de una importante e influyente familia de Hollywood. Si se filtraban fotos mías, desnudo, no se iba a parar el mundo, pero iba a tener que pasarme muchas horas en la sinagoga con el rabino y parecer muy, muy arrepentido en la cena del Yom Kipur.

Me senté en el sofá y moví la cabeza hasta que el cuello me crujió. Moviendo los pulgares sobre el teclado del móvil pensé detenidamente lo que iba a poner.

«Esta es una de las cosas de las que quiero hablar. No me importa mandar las fotos que quieras, pero te acabo de conocer y no me siento cómodo con eso todavía. ¿Podríamos ir a cenar antes, por favor?». Enviar.

Asentí para mí mismo, convencido de que me había explicado bien y que Mr. Mafia lo comprendería.

—Joe, tienes que salir ya al estudio —me interrumpió Lizza. Mi secretaria, ayudante y, por triste que pueda parecer, muchas veces única confidente de mis locuras.

—Sí, vamos. ¿Tienes el guion que te pedí? —le pregunté, levantándome del sofá para alisarme la camisa y meterla por la cintura del pantalón.

Lizza me ofreció el taco de papel de portada amarillenta con una mano y un café con hielo y estevia con la otra.

—Ogh, te amo... —murmuré con una sonrisa de placer.

—Si eso fuera verdad, harías a tu padre muy feliz —respondió ella, ya de camino por el elegante pasillo mientras hacía resonar sus *Louis Vuitton* de dieciocho centímetros por el suelo de madera virgen.

—Ya te lo dije, si ambos llegamos a los cuarenta solteros. Nos casamos.

Lizza pulsó el botón del ascensor y me miró con sus ojos del color del caramelo.

—¿Qué crees que causaría el ataque al corazón de tu madre? ¿Qué te casaras con una gentil, que esa gentil sea negra, o que además sea lesbiana? —me preguntó.

Terminé de sorber por la pajita de mi café frío y asentí un par de veces, pensando en su pregunta.

—Cristiana —decidí—. Mi madre no es racista. Ha tenido varios amantes afroamericanos y latinos. ¿Te acuerdas de Jorge, el que se trajo de su viaje a Cuba?

Lizza puso los ojos en blanco y pasó al interior del ascensor.

—Tu madre critica mucho a tu padre por follarse a mujeres a las que dobla en edad, pero después se trae *boy toys* de todos sus viajes...

—Vamos, Lizza... —murmuré—. Jorge estaba buenísimo.

Ella se encogió levemente de hombros y revisó su teléfono sin mucho interés.

—Cuando se cansó de él, le puso a limpiar la piscina —me recordó—. A mí eso me parece bastante racista...

Entreabrí los labios, pero preferí volver a beber que responder a eso.

Con la cabeza distraída por el trabajo, no tuve mucho tiempo a pensar en Mr. Mafia. Solo revisé un par de veces el móvil, comprobando que, en efecto, había leído el mensaje, pero no lo había respondido. No me preocupó al principio, pero cuando llegué a casa por la noche, me senté en uno de los taburetes de la isla de la cocina y resoplé. El muy cabrón me había dejado en leído y estaba claro que no tenía intención de responder.

«Pasa del él, Joe, es un gilipollas. Está muy bueno, sí, pero eso no compensa lo creído que se lo tiene. Tú eres un hombre importante, atractivo y con dinero, no tienes que andar detrás de nadie», me dijo mi orgullo.

«Mándale las fotos. ¡Mándaselas! ¡Corre, antes de que cambie de idea!», me dijo mi polla.

Pero el orgullo fue más fuerte, hasta que estuve en la cama y empecé a soñar despierto con tener a Mr. Mafia encima de mí gruñendo sus mierdas en italiano y escupiéndome en la boca. Entonces me levanté, me quité el bóxer y cogí mi iPhone.

Yo no era ningún fotógrafo, pero sabía sacarme selfis tontas, como todos. Conocía las posturas, los ángulos y lo que normalmente se hacía en el *sexting*.

Revisé las fotos que había seleccionado y con un último resoplido de ansiedad, se las envié. Después me eché de espaldas en la cama y me tapé el rostro. Solo esperaba que la mafia no llamara a mi padre para chantajearle...

Entonces el iPhone vibró de nuevo.

Fruncí el ceño y me incorporé casi de un salto. No podía ser..., pero lo era.

«Ahora hazte un vídeo mientras te tocas y dices mi nombre. Quiero oír como gimes *como una porca* pensando en mí».

Me quedé con los labios entreabiertos y hasta tuve que parpadear un par de veces. El corazón me latía con nerviosismo en el pecho, pero había funcionado. Mr. Mafia había respondido. Me pasé la lengua por los labios y sentí una mezcla de excitación y angustia muy, muy extraño. Por una parte, esa orden me había puesto; por otra, una parte de mí seguía muy preocupado por el posible chantaje.

Ya había empezado, así que no importaba un poco más...

Eso fue lo que pensé cuando planeé cómo y dónde grabar ese vídeo. Eso sí que no lo había hecho nunca y, bueno, solo esperaba que no resultara tan sumamente ridículo y estúpido como yo creía que iba a ser.

Empecé con un buen plano frontal, tirado en la cama. Podía ver mi rostro sonrojado y mi pelo revuelto, mi barba corta y el principio de mi pectoral. Me mordí el labio inferior y gemí un poco...

—Qué puta vergüenza ajena me estoy dando —me dije a mí mismo antes de tomar una respiración y cortar el vídeo.

Tardé un par de minutos en retomar el intento, esta vez sin pararme a pensar en lo que hacía. Me lo tomé como lo que era, un jodido y morboso vídeo erótico en el que se me iba a ver gimiendo como una cerda, tocándome, haciéndome un par de dedos y pidiendo a *il mio capo* que me follara bien duro. Si iba a filtrar aquel vídeo, al menos me aseguraría de que fuera muy sexy y los reporteros tuvieran bien de lo que hablar.

El resultado fue... bastante bueno, he de decir. Una vez dentro de la fantasía, hasta me lo había pasado bien y me había excitado tanto que me había corrido. Antes de arrepentirme, se lo envié a Mr. Mafia y me fui directo a la ducha.

Al volver, todavía secándome el pelo con la toalla, había una notificación brillando en el iPhone.

«*Molto, molto bene...* Le Bonne Nui, maña a las ocho. Haz tú la reserva».

Lo releí un par de veces, no muy seguro de lo que estaba pasando.

«Vale, genial, gracias, *mio signore*».

Sin aquel peso y nerviosismo en las entrañas al ver que Mr. Mafia me dejaría hablar, y después de haberme hecho una de las pajas más excitantes desde hacía mucho tiempo, dormí como un completo bebé.

Aquel viernes noche tardé toda una hora en prepararme. Llegué del trabajo a toda prisa, me di una buena ducha, me paré un buen rato delante del vestidor y otro tanto delante del espejo. Elegí una americana azul, camiseta interior blanca y pantalones caqui. Sexy, pero simple. Después bajé al garaje e hice un rapidísimo último repaso en el espejo del retrovisor.

Aquello no era una cita, pero me comportaba como si lo fuera.

Conocía el restaurante Le Bonne Nui, uno de los más elegantes de West Hollywood. Conseguir una reserva tan repentina era complicado, pero no imposible. No si te apellidabas Schwartz. Mi padre era habitual por la zona y no había restaurante de alta clase que no le conociera, a él a sus chicas. Lizza apenas tardó veinte minutos para conseguir un hueco a mi nombre.

Cuando aparqué, me miré de nuevo en el retrovisor, me pasé una mano por el tupé y revisé la hora. Aunque hubiera llegado un cuarto de hora antes, eso entraba dentro de mis planes de tomarme una copa antes de que Mr. Mafia apareciera por allí.

Al entrar, una preciosa recepcionista me sonrió como si yo fuera el hombre del momento. Me saludó por mi nombre e ignoró a todos los demás clientes para ir contoneando su cadera de camino a la mesa reservada. Una a un lado, íntima y con vistas al jardín interior con fuente.

—Muchas gracias —le dije antes de sentarme. Y como el camarero ya estaba allí esperando mi comanda, le pedí un brandy añejo.

—Su acompañante ya ha llegado, señor Schwartz —me sorprendió la voz de la recepcionista apenas un minuto después, cuando revisaba distraídamente algunos mensajes del móvil.

Levanté la mirada, pero no la cabeza, así que miré a ambos por el borde superior de los ojos. Mr. Mafia ya estaba allí, de pie junto a ella. Llevaba unas gafas grandes, de *Dolce&Gabbana*, de esas que rozaban la fina línea entre lo barriobajero y lo chic. Su camisa blanca, recién planchada, tenía dos botones desabotonados y las mangas remangadas hasta el codo, mostrando un nuevo y carísimo reloj.

Sin decir nada, Mr. Mafia movió la silla y se sentó frente a mí. Me quedé mirándolo con los labios entreabiertos y una expresión atolondrada, porque era incluso más guapo de lo que recordaba. Allí, sin esa horrible luz rojiza difuminándolo todo, pude apreciar por primera vez el increíble hombre que era. El delicioso color caramelo de su piel, el fascinante tono de chocolate de su pelo y su barba, lo bien que se le ajustaba la ropa a su cuerpo torneado y perfecto.

—Bu... *buonasera*... —farfullé tras aquel momento de pausa y desconcierto—. No te esperaba tan pronto —añadí tras tragar saliva, incorporándome y dejando el móvil a un lado.

Él siguió sin decir nada, solo apoyó las manos en la mesa y entrelazó los dedos, en los que se había puesto algunos anillos de oro al más estilo napolitano.

—Gracias por venir —añadí, llevado por el nerviosismo y la verborrea que ya me estaba atenazando la garganta—. Tenía muchas ganas de hablar contigo, porque la última vez fue algo precipitado y no ten...

Y me detuve, porque Mr. Mafia levantó el dedo índice en un gesto que entendí como una petición de silencio. Apenas un par de segundos después, apareció el camarero con mi copa de brandy. Me la ofreció con una amplia sonrisa y después miró a mi acompañante para preguntarle:

—¿Qué desea tomar el señor?

—Château Latour, 2001 en copa templada —respondió él con su fuerte acento y su tono autoritario—. Y llévate esa mierda —añadió, haciendo un gesto con la cabeza hacia mi brandy mientras casi arrancaba la carta de las manos del camarero.

El joven se quedó tan impresionado como yo, pero reaccionó rápido, quizá ya demasiado habituado a las ínfulas de grandeza y la prepotencia. Asintió y se llevó mi copa mientras farfullaba un rápido:

—Una gran elección, señor.

Mr. Mafia se puso entonces a leer la carta con detenimiento, ignorándome por completo.

—Te voy a explicar cómo va a ser esto, *il mio porcellino* —dijo tras todo un minuto en silencio—. Te vas a quedar bien quieto y calladito hasta que nos traigan la comida, y entonces me podrás hacer tus putas preguntas de mierda. Por cada una, al salir de aquí te daré cinco azotes.

—¿Cinco? Son muchos azotes para las pregun...

Volví a detenerme cuando Mr. Mafia alzó la mirada del menú y me clavó sus ojos claros, apenas perceptibles tras los cristales marrones. Se quedó así un par de segundos, como si quisiera dejar bien clara su amenaza, y entonces volvió a mirar la carta.

No me atreví a hablar hasta que el camarero volvió con la copa de vino, que descorchó para nosotros antes de servirla elegantemente con una mano en la espalda y una sonrisa en los labios. Mr. Mafia tomó la copa, la miró, movió el vino en círculos, la olfateó, dio un pequeño trago y, finalmente, asintió con aprobación.

—Yo tomaré el tartar de salmón con setas y él tomará el Boeuf Bourguignon.

—Muy bien —afirmó el camarero, asintiendo antes de llevarse la carta.

—¿Cómo de judío eres, *cuccolino*? —me preguntó entonces.

—Ah... No sé. ¿Cómo de judío se puede ser? —pregunté antes de encogerme levemente de hombros—. Ya sabes que estoy circuncidado y que tengo mucho dinero, así que... ¿Bastante judío?

A Mr. Mafia no pareció hacerle gracia mi comentario, simplemente se quitó las gafas y las dejó a un lado. Cuando me miró, pude ver su rostro completo por primera vez. Tenía la cara de un legionario y unos ojos claros que me estaban devorando el puto alma por instantes...

—Me gusta el humor —me dijo, haciendo un pequeño movimiento con las manos, casi llegando a juntas las yemas de sus dedos—. No creas que no disfruto de él solo porque te abofetee por no responder a mis preguntas. Puedes hacer todas las bromas que quieras, Joe —me invitó, haciendo otro gesto muy italoamericano en mi dirección, como si me invitara—, y yo te daré todas las bofetadas que quiera.

—Ahora que sé que me vas a abofetear, ya no tengo tantas ganas —le confesé, aunque sonreí un poco.

—El problema es que crees que yo soy tu amigo, o quizá tu novio; que tengo que preocuparme por cómo te sientes o por hacerte sentir «tranquilo». Pero no lo soy, *mio porcellino*. Yo soy tu amo. ¿*Capisci*?

—*Capisci* —asentí, y como se quedó mirándome antes de arquear las cejas, añadí un rápido —. *Capisci, il mio capo.*

—*Bene...* —murmuró antes de recostarse en la silla y ladear el rostro. Tamborileó un par de veces con los dedos en la mesa y entonces me dijo —: Ve al baño, quítate la ropa interior y tráemela.

—¿Qué? —pregunté tras la sorpresa inicial.

Mr. Mafia dio una palmada sobre el impoluto mantel blanco y apartó la mirada con una expresión exasperada. Empezó a decir algo en italiano, algo que no sonaba demasiado bien, hasta que alcé las manos y asentí.

—Vale, perdona. Lo entiendo —le dije a la vez que me levantaba de la mesa —. Soy nuevo en esto, lo siento.

Sin atreverme a mirarle, recogí el móvil y...

—No. Déjalo aquí —ordenó.

Miré el iPhone y después a él. Terminé por cerrar los labios y dejar el móvil donde estaba antes de irme en dirección al baño. Allí me tomé un momento para llevarme las manos a la cabeza, negar, frotarme el pelo y preguntarme: «¿Qué cojones está pasando?». Todavía refunfuñando una larga queja, me metí en un cubículo y me empecé a desabrochar el pantalón. Cuando me quité los bóxers y los dejé a un lado para volver a vestirme, empecé a ver, más o menos, el toque morboso y erótico que aquello tenía.

Puede que Mr. Mafia tuviera razón y estuviera enfocando aquello de una forma errónea, cuando, simplemente, tenía que dejarme llevar y disfrutar.

Con mi ropa interior bien apretada en el puño para que no se viera, caminé por entre las mesas del elegante restaurante con la idea de que cualquiera podría entrever, si se tomaba el tiempo necesario, mi falta de bóxers. Me sentí algo expuesto y nervioso y eso me puso un poco, de una forma que no pensé que me pondría.

Al llegar a la mesa, Mr. Mafia todavía ojeaba mi móvil. Sin apartar la mirada de la pantalla, extendió la mano para que le entregara la ropa interior. Yo lo hice rápido y discretamente, pero él se tomó su tiempo para abrir la mano, mirarlos y guardarlos en el bolsillo. Sentí una garra de nervios en las entrañas y miré alrededor, horrorizado de que alguien pudiera verle.

—Siéntate —ordeno entonces.

Sonrojado y un tanto sin aliento, me volví a sentar frente a él, clavando la mirada en mi plato vacío.

—¿Quién es este? —preguntó, mostrándome una foto que tenía guardada.

Salía yo y otro joven de más o menos mi edad, sonriendo, rodeándonos los hombros y disfrutando de unas maravillosas vacaciones en Palms Spring.

—Es mi primo, Aarón.

Mr. Mafia asintió y continuó mirando la galería.

—Más vale que no me mientas.

—Claro... —murmuré, cruzando los brazos sobre la mesa antes de inclinarme un poco —. Quiero empezar a hacer preguntas. ¿Puedo?

—Sí —respondió, aunque no dejó de mirar el móvil.

—Bien, gracias. Emh... Sé que eres mi amo, y entiendo perfectamente esto que haces. Y me gusta —le aseguré, alzando las manos mientras una risa nerviosa

me brotaba de los labios—. Lo de quitarme el bóxer en el baño y traértelo ha tenido... su aquel. Pero, verás, lo disfrutaría muchísimo más si dejáramos algunas cosas claras. Por ejemplo, el hecho de que pueda confiar en ti. Sé que no eres mi amigo ni mi novio, pero aún así, la relación que estamos empezando creo que es bastante íntima y tiene un fuerte componente de confianza mutua. Necesito —y remarqué bien esa palabra—, confiar en ti. ¿Puedo confiar en ti? Mr. Mafia al fin levantó la mirada del móvil. Sus ojos claros se clavaron en mí como arpones y su mano se movió hacia la copa, de la que bebió sin dejar de mirarme.

—Mira, pégame una bofetada si quieres cuando terminemos, pero esto es importante, ¿vale? Lo digo de verdad. Por ejemplo, yo te he enviado mis análisis pero tú no me has dado los tuyos. A mí también me preocupa mi salud. Lo que me lleva a pensar en que quizá tengas a más chicos por ahí. Eso... no acaba de gustarme tampoco. No quiero ser... *una puttana*, sino *la puttana*... — dije, imitando un gesto de Los Soprano mientras entrecerraba los ojos—. ¿*Capito*?

No necesité mirar la expresión de Mr. Mafia para saber que había cruzado algunos límites. Lo cierto era que la imitación racista del italoamericano sobraba un poco... pero ya era tarde.

Por suerte, el camarero llegó con nuestros platos, lo que interrumpió por un momento la creciente tensión entre nosotros; al menos de mi parte, porque Mr. Mafia seguía clavándome su mirada de ojos claros como si fuera a asesinarme. Solo cuando el joven nos dejó, deseándonos «bon appetit», me dijo:

—Que te sientas así, es parte del juego, Joe... Que te expongas, que te humilles y que yo tenga todo el poder. No tengo que darte explicaciones, ni tengo que hacerte promesas. Haré contigo lo que quiera y cuando quiera, y tú estarás encantado de darme todo lo que te pida.

—Sí, vale, pero... ¿Sabes qué?, déjalo —terminé murmurando, bajando la mirada hacia la especie de pastel de carne que había pedido para mí—. Pensaba que antes de nada hablaríamos de estas cosas...

—¿Creías que te iba a traer un puto contrato para que lo firmaras? Clausula 3, apartado B, ¿el sumiso consiente o no consiente que le metan el puño por el culo?

Le dediqué una expresión seria de ojos caídos y una fingida risa sarcástica.

—Solo te he pedido que me asegures que puedo confiar en ti y una prueba ETS's —respondí, dejando el nerviosismo atrás—. No me parece tanto.

—Lo que te parezca o no *mangiami il mio cazzo*. ¿*Capito*, *cuccolino*?

—Pues vale —murmuré, alcanzando mi copa de vino para darle un buen trago con la mirada distante.

—Ten cuidado, Joe... —me advirtió en un tono duro y grave, todavía más peligroso gracias a aquel acento fuerte y marcado y a su imagen de mafioso consumado.

—Escucha, *capo*. Pongámoslo de esta forma —le propuse, dejando la copa en su sitio antes de limpiarme los labios con la servilleta de tela—. Me pones mucho y creo que me encantaría ser tu *esclavi* o como coño lo llames; pero como no cedas en esto va a ser un *Ciao*, *bello* en toda regla. Me paso día tras día aguantando a

gilipollas con muchas más razones que tú para serlo, y no creas que, que estés en la mafia, es algo que me intimide lo más mínimo. Te aseguro que no sabes lo que es el verdadero crimen organizado hasta que conoces a un judío enfadado y con acceso al sistema judicial...

Mr. Mafia me escuchó en silencio, pasándose la punta rosada de su lengua por los labios como si intentara mordérsela para no decir nada. Entonces, al final, se le escapó un bufido y una leve sonrisa. Llegué a pensar que le había dado un derrame y que ya no era capaz de controlar sus expresiones faciales, porque, sí no, no lo entendía.

—*Molto bene, mio porcellino... Molto bene* —murmuró, y casi sonó como si me felicitara mientras se llevaba la copa a los labios y le daba un sorbo—. Te daré unas pruebas y la promesa de que esto quedará solo entre tú y yo. *Giuro su Dio* —añadió, llevándose una mano a la cruz que colgada de su cuello.

—Oh, bien, gracias —dije, todavía sin creérmelo.

Mr. Mafia asintió y dejó la copa a un lado.

—Pero escucha, Joe... Esto será lo primero y lo último que haga, porque a partir de ahora serás la puta sumisa más cerda y obediente *di tutto il mondo...* ¿Capito?

—Sí, capito —asentí.

—*Bene* —murmuró, alcanzando al fin el tenedor para partir un trozo de su tartar de salmón—. ¿Tienes más preguntas? Este es el momento.

—Sí, emh... Vaya, antes tenía un montón y ahora no se me acuerda ninguna... ¡Oh, sí! ¿A qué te refieres con «control absoluto»? Porque lo he buscado en internet y al parecer hay muchas ideas sobre lo que significa o no. Al parecer, la dominación no es una ciencia exacta —y sonreí.

Mr. Mafia alzó la mirada hasta que sus ojos claros y salvajes alcanzaron el borde de sus pestañas negras.

—¿Estás familiarizado con el hiper machismo tóxico siciliano? —preguntó antes de meterse un trozo de tartar en la boca.

—No, no mucho.

—Pues lo vas a vivir...

TRE

El resto de la cena pasó casi en silencio. A mí no se me ocurrían preguntas y Mr. Mafia no parecía muy interesado en otra cosa que no fuera rebuscar en mi móvil y hacerme preguntas sobre todos los hombres que encontraba allí. ¿Quién es este? ¿Estas son las fotos que sueles sacarte en Instagram? ¿Por qué sigues a tal actor o a tal cantante? Hasta que, cuando pidió el postre para ambos, me tiró el iPhone y se dedicó tan solo a mirarme.

—Vas a dejar de hablar con todas esas personas. Borrará sus números, sus fotos y todas tus redes sociales. Si cuando vuelva a ver tu móvil siguen ahí, me enfadaré.

—Ahm... bueno, algunos son también clientes de la productora. No puedo borrarlos. Y necesito las redes sociales para el trabajo, al menos Twitter.

—Haz una lista con los nombres de los clientes y pon sus conversaciones en una carpeta aparte. Las revisaré todas. Si tanto necesitas *twitter* —lo dijo como si no me creyera—, me darás la contraseña y miraré todo lo que hables.

Arqué las cejas y, apretando levemente los labios, asentí. Ya me esperaba una intrusión total en mi vida privada, así que no me impactó tanto, aunque no puedo decir que no me incomodara.

Cuando llegó la macedonia que había pedido, comimos en silencio y, cuando llegó la cuenta, Mr. Mafia me la dio.

—Yo no te voy a pagar nada, *porca mia*. Si quieres cenar como una puta pareja de gilipollas, lo pagas tú. Si quieres ir a un hotel para que tus vecinos no te oigan gemir como una perra, lo pagas tú. ¿*Capisci?*

—Claro, *il mio capo* —murmuré, aceptando la elegante carpeta de cuero negro con la nota. Fui en busca de la tarjeta platino de mi cartera y, mientras la dejaba en el interior de la carpeta, le dije—: Por cierto, ahora que lo dices. ¿Dónde sueles tener tus... encuentros? La verdad es que no me gustaría volver al Club, no me siento nada cómodo allí.

—*Na casa tua, sempre* —respondió con firmeza, pero, tras unos segundos y al ver mi expresión de esfuerzo al tratar de descifrar esas palabras, repitió—: Siempre en tu casa.

—Oh, genial —sonreí—. Eso está bien. Normalmente vivo en mi casa de Bel-Air, pero si quieres también tengo una casa en Beverly Hills. No lo digo por... presumir ni nada —le aclaré, porque había sonado un poco a niño rico y mimado—, sino por si te parece más cómodo.

Mr. Mafia se terminó de poner las gafas y se quedó mirándome a través de los cristales que fluían del marrón café al pardo y finalizaban en ocre suave.

—Yo decidiré en cual —concluyó.

—Vale.

Y ahí se acabó la conversación. Cuando el camarero regresó de vuelta, sonrió con más gusto por la buena propina que le había dejado y, educadamente, nos deseó buena noche. Al igual que hizo la recepcionista, llegando a interrumpir a dos clientes para decirme:

—Gracias por venir, señor Schwartz. Ha sido un placer atenderle.

Me despedí con la mano y casi pude captar su desesperada necesidad de llamar mi atención. Como muchos camareros en Hollywood, ella era otra actriz esperando su oportunidad de oro; aunque esa oportunidad estuviera en mis pantalones. La verdad era que no podía juzgarlas, mejor en los míos que en los de mi padre sexagenario.

—¿Dónde está tu coche? —me preguntó Mr. Mafia con un pitillo y entre los labios que se había sacado incluso antes de alcanzar la acera.

—Ahora lo trae el aparcacoches —respondí tranquilamente, con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en la carretera.

En menos de medio minuto, un precioso *Maserati Quattroporte* azul marino frenó frente a nosotros. El muchacho salió y me lanzó las llaves en un gesto bastante juvenil, volviendo a darme las gracias por venir antes de volverse andando en la misma dirección por la que había venido. Cuando giré el rostro hacia Mr. Mafia para preguntarle si quería que le acercara a algún sitio, le vi contemplando el deportivo. Tenía el pitillo pegado a los labios, como si se hubiera quedado totalmente helado en el tiempo en mitad de la calada.

—Me lo regaló mi padre cuando entré a trabajar en la productora —le expliqué, esforzándome mucho para que no sonara repelente y altivo—. ¿Quieres que te acerque a algún sitio?

Mr. Mafia al fin reaccionó. Me miró a través de sus gafas y fumó esa calada que había quedado suspendida durante tanto rato en el tiempo. Echó el humo hacia mi cara y, sin decir nada, se acercó para quitarme las llaves de entre las manos y cruzar hacia el lado del conductor.

—Oh, vale... —murmuré, tan perdido y confuso como solía sentirme con él.

Subí al asiento del copiloto y me puse cómodo mientras él reajustaba el asiento, revisaba los espejos y decidía cuál de mis listas de música poner. No dejó de fumar en todo el proceso, sacando vagamente el pitillo por la ventanilla tan solo en esos momentos en los que quería echar la ceniza. Que llenara la tapicería de olor a tabaco no era algo que me entusiasmara, pero tenía bastante claro que pedirle que no lo hiciera sería una completa pérdida de tiempo.

Cuando al fin se decidió por algo de jazz suave, miró al frente, sacó el freno de mano y apretó el acelerador. El motor rugió con un gruñido y salimos disparados por la carretera.

—*Oh mio Dio...* —le oí decir.

Cuando le miré, le vi sonriendo como nunca hasta entonces.

—¿Te gustan los coches? —pregunté.

Mr. Mafia me miró y perdió la sonrisa, como si se acabara de dar cuenta de que yo seguía allí. Levantó una mano del volante y me dio una leve bofetada, más bien un intento que algo real.

—*Stai zitto, porcellino* —me dijo en voz baja.

Asentí y miré al frente. Pasaron un par de minutos mientras recorríamos la autopista en dirección a la colina de Bel-Air, cuando me decidí a sacar el móvil y buscar que era eso que me llamaba tanto. Tardé un poco en descifrar como se escribía *cuccolino*, que significaba «cachorro»; no tanto en descifrar *porcellino* y ver que significaba «cerdito». Llegué a la conclusión de que ambas palabras

debían tener algún giro lingüístico que Google Traduce no captaba, porque así dichos, sonaban a apodos hasta cariñosos. Al menos, para mí.

En eso estaba pensando cuando noté un tirón en la mano y mi iPhone salió disparado en dirección a la parte trasera del coche. Lo seguí con la mirada y después giré el rostro hacia Mr. Mafia en busca de una explicación.

—No toques el móvil cuando yo esté delante —me dijo, aunque sonó como una advertencia.

—Perdona, solo estaba buscando algunas palabras. A veces no entiendo lo que dices.

—Yo te diré lo que quiero que entiendas, *mia puttana* —respondió a la vez que alargaba una mano para agarrarme del pelo—. No tienes que pensar, solo obedecer... —concluyó, tirando de mí hasta que consiguió que me inclinara en el asiento.

Como la primera vez, me apretó la cabeza contra su entrepierna abultada, obligándome a frotarme contra ella como si intentara limpiarme los mocos contra su pantalón. La postura era incómoda y me hacía daño al tirarme del pelo, pero lo que más me incomodó de todo aquello era el cambio radical. Mr. Mafia pasaba de cero a cien demasiado rápido y no me daba tiempo a calentarme lo suficiente para encontrar aquello morboso y excitante.

Tras un buen minuto de friegas, al fin me soltó y colocó de nuevo la mano en el volante.

—Quítate la ropa —ordenó entonces.

Mi primera reacción fue entreabrir los labios y mirar por el parabrisas. Seguíamos inmersos en la autopista de seis carriles y a aquella hora de un viernes noche, había bastante tráfico. Pensé en que cualquier conductor curioso podría, simplemente, girar el rostro y verme; pero no fue un pensamiento que me detuviera a la hora de quitarme la blazer y la camiseta blanca.

Quería vivir la experiencia de sumiso. Toda la experiencia. Y no iba a conseguirla poniendo pegatas y negándome a cosas como esa. El amo ordenaba; yo obedecía.

Cuando me deshice de los pantalones, no me quedó nada más que los calcetines porque, como recordaba, Mr. Mafia ya tenía mis *Calvin Klein* en su bolsillo desde la cena. Entonces me quedé desnudo, sentado en el asiento de copiloto y sin saber qué más hacer.

Él tampoco me dio ninguna otra orden. Me echó un par de miradas por el borde de los ojos mientras conducía a ciento treinta por hora y fumaba. Solo al tomar el desvío en dirección a Bel-Air, aminó el ritmo.

—Cuéntame alguna guarrada que hayas hecho, *porca mia*. Algo sucio —ordenó entonces.

—Pues no sé, la verdad. No he hecho muchas «guarradas» en mi vida.

—Conozco esas fiestas de la colina y la gente que va a ellas —me aseguró.

—Sí, en esas fiestas pasan muchas cosas, pero no conmigo.

Mr. Mafia me echó otra mirada, esta vez más seria y fija.

—Quizá te crea... —murmuró con un cierto tono desangelado, como si fuera una posibilidad todavía lejana.

Alargó una mano y estuve seguro de que volvería a tirarme del pelo, pero lo que hizo fue rodearme los hombros y obligarme a pegarme a él. Bajó la mano por mi espalda, con cierta suavidad y un roce que me erizó la piel; hasta alcanzar mi culo, el cual apretó con bastante fuerza. Tuve que pasar una mano por el respaldo del conductor y adaptarme todo lo que pude a aquella postura tan incómoda para mí. Mr. Mafia, sin embargo, parecía bastante encantado, conduciendo con solo una mano en el volante, la misma que se llevaba a los labios para seguir fumando mientras me manoseaba sin pudor alguno y atravesaba la sinuosa carretera de la lujosa urbanización a los pies de la colina. Ahora sí que, cualquier transeúnte curioso o vecino aburrido en la ventana, podría verme con total claridad dentro del coche, desnudo y pegado a Mr. Mafia como una puta barata que hubiera recogido en la autopista. La idea sí que me puso un poco nervioso y un leve rubor empezó a cubrir mis mejillas. Por otro lado, tan cerca de él, pude percibir lo bien que olía. Mr. Mafia se debía haber puesto una colonia, una dulce pero con carácter. Algo antigua, quizá. Un aroma reconocible pero que no conseguía ubicar. Un delicioso aroma que se entremezclaba a la perfección el olor a tabaco y levísimo sudor. Cerré los ojos y, tan discretamente como pude, aspiré hasta llenarme los pulmones. Mi mayor debilidad: un hombre que oliera bien sin parecer que lo intentara demasiado.

Terminé soltando un bajo gruñido y abriendo los ojos para mirar a través de la ventanilla del piloto. Ese ruido de placer llamó la atención de Mr. Mafia, el cual ladeó el rostro, pero no demasiado, ya que el mío estaba pegado al suyo.

—¿Por qué gimes? Todavía ni he empezado.

—Hueles muy bien —tuve que reconocer—. ¿Qué es? ¿*Baccarat Rouge*? No —me respondí a mí mismo. Yo tenía esa colonia y no olía así.

Mr. Mafia no respondió, se limitó a soltar un levísimo bufido por la nariz, como si mi comentario le hubiera hecho gracia. Aunque su voz sonó dura cuando, tras un breve silencio, me dijo:

—Cuando estemos juntos, no quiero que hables a no ser que yo te lo ordene. Responderás solo lo necesario, sin comentarios estúpidos ni gilipolleces. Sí, *il mio capo*. No, *il mio capo*. El único sonido que puede salir de tus sabios son gemidos y gruñidos. ¿*Tutti capito*?

—Sí, *il mio capo*.

—È così che mi piace, *mio cuccolino*.

—La madre que me parió...

Apreté los labios y me aguanté una especie de gemido de gusto que me recorrió el estomago al oírle hablar así. Nunca había querido escuchar a mi madre cuando me decía lo eróticos que resultaban algunos idiomas. A ella le encantaba el español y, al parecer, a mí me gustaba demasiado el italiano. O quizá fuera Mr. Mafia, su voz grave y ese timbre terriblemente provocador con el que pronunciaba aquel idioma de artistas y filántropos.

Entonces volvió a recorrer mi espalda con la punta de los dedos, produciendo otro escalofrío por todo mi cuerpo, el cual terminó en un leve gemido de dolor cuando Mr. Mafia me tiró del pelo para apartarme de él de una forma un tanto brusca.

–Tócate como en el vídeo –ordenó.

Todavía tenía la mano en el pelo, que frotaba un poco para sofocar el rastro de dolor que me había dejado allí. Aquella rápida sucesión entre placer y dolor me estaba dejando un tanto confuso y desubicado. Aunque, por alguna razón, no podía decir que no me gustara.

–No voy a repetirlo... –me advirtió cuando pasaron un par de segundos y yo seguía mirándole sin hacer nada.

–*Sí, il mio capo...* –murmuré.

Entonces recliné el asiento, tanto como pude, por dos simples razones: sería más cómodo para hacer lo que me pedía y, además, había muchas menos posibilidades de que me vieran hacerlo.

Empecé por acariciarme el cuerpo y gruñir, como había hecho en el vídeo que le había mandado. Deslizándolo una mano lentamente desde mi pectoral a mis abdominales hasta terminar en la entrepierna, donde empecé a masturbarme lentamente mientras jadeaba: «Capo..., capo...».

Me sentía muy expuesto y ridículo haciendo aquello, algo que se podía ver claramente en mi rostro sonrojado y mis ojos un tanto llorosos. Grabarse un vídeo era una cosa, pero tener a Mr. Mafia justo delante, mirándome a través de sus gafas con expresión seria, juzgándome, mientras, distraídamente, fumaba y conducía; era otra cosa muy diferente.

Era muchísimo mejor.

Me mordí el labio inferior con fuerza y gemí, usando la lubricación de mi miembro para empezar a meterme un dedo en el culo. Tenía una pierna por encima del salpicadero y una mano tras la cabeza. Movía la cadera y no apartaba la mirada de Mr. Mafia.

–Joder... ¿Así, *il mio capo*? –jadeaba, completamente perdido en la fantasía.

Ya no me importaban los vecinos, ni que me miraran, ni nada más que disfrutar de aquel instante de completa pérdida de inhibiciones. Mr. Mafia nunca respondía, solo me miraba con su expresión seria y seguía como si no pudiera importarle lo más mínimo lo que yo hiciera.

–Las llaves –ordenó entonces.

Me detuve en mitad de un gruñido y parpadeé.

–¿Qué? –dije en apenas un jadeo.

Mr. Mafia me miró e hizo un gesto hacia delante con la cabeza.

–Las llaves, *porca mia*.

Me incorporé en el asiento, bajando las piernas del salpicadero para comprobar que, frente a nosotros, estaba la verja de mi casa. Abrí mucho los ojos y miré al capo.

–¿Cómo...?

Una bofetada me calló al momento. Cuando me recuperé, agaché la cabeza y fui en busca de mi blazer, donde estaban las llaves y el botón del garaje. Al entregárselo a Mr. Mafia, me di cuenta de que en la pantalla del coche estaba puesto el GPS, el cual, por supuesto, estaba sincronizado con mi iPhone. Justo frente a la flecha roja que éramos nosotros, había un enorme círculo verde en el que ponía «Casa». Gracias, Apple.

Mr. Mafia pasó al interior, siguiendo el camino de tierra que marcaba la dirección al garaje. Sin embargo, su mirada estaba perdida a un lado, hacia la casa.

— *E lo chiama casa, l'ebreo figlio di puttana* —le oí murmurar por lo bajo mientras negaba con la cabeza.

No necesité entender lo que decía, solo con percibir su tono asqueado pude deducir que mi eufemismo al decir «casa», no le había gustado. Yo vivía en una villa de lujo en la colina de Bel-Air, con jardín, piscina, veinte habitaciones, dos garajes y unas impresionantes vistas al valle. Pero para mí no dejaba de ser «una casa», así que de esa forma la llamaba.

Al llegar al garaje descubierta; el que no estaba cerrado, sino que solo tenía una techumbre de rejillas repletas de vides; Mr. Mafia aparcó al lado de mi segundo coche, un Porsche descapotable color crema. El cual, también miró un buen rato mientras negaba con la cabeza.

— Bueno, ya sabías que tenía dinero —se me ocurrió decir, porque en ese momento me estaba sintiendo muy juzgado. Mucho más que cuando me estaba tocando como una cerda para él.

Mr. Mafia al fin giró el rostro y, como ya me esperaba, me dio una rápida bofetada. Dolía menos cuando la veías venir.

— *Zitto, fottuto monello viziato* —me dijo con voz dura y firme, casi apretando los dientes con enfado.

— Sí, *il mio capo* —murmuré, bajando la mirada.

— Vete atrás —añadió y, sin esperar a que obedeciera, salió del coche para dar un portazo.

Cuando salí, todavía desnudo, le vi sacarse un pitillo y encenderlo. Me metí en la parte trasera y esperé allí, pero él se tomó su tiempo, con la espalda apoyada en el coche mientras fumaba tranquilamente. No sabía en qué estaba pensando, pero esperaba que todo aquello no le resultara intimidante. Sabía que las relaciones de amo-sumiso se basaban en un juego de poder, donde había un arriba y un abajo; y quizá mi fortuna, mi mansión y mis coches habían causado cierta sensación de inferioridad en el capo. Puede que fuera un mafioso, y puede que tuviera dinero, pero muy probablemente, ni la mitad que yo.

Y como no era lo mismo saber algo, que verlo por ti mismo, temía que aquello hubiera hecho mella en su frágil ego de machito italiano. Solo esperaba que no cambiara de idea y se fuera, porque yo ya estaba bastante emocionado con aquella relación.

Tras diez minutos de espera, al fin noté un movimiento por el borde de los ojos. Mr. Mafia se incorporó, tiró el pitillo al suelo y lo pisó antes de abrir la puerta trasera. Se sentó con las piernas bien abiertas y volvió a cerrar de un fuerte portazo que hizo vibrar el coche. Traía con él una peste a tabaco más fuerte de la habitual y una expresión más seria de lo que esperaba.

— Encima —ordenó mientras se quitaba el cinto negro de su pantalón.

— ¿Encima? —pregunté, sin saber a qué se refería—. ¿Te refieres a horcajadas o...?

— ¡Me refiero a que te pongas encima, *cazzo porca di merda!* —me interrumpió, de nuevo, bastante enfadado.

Ya sin paciencia, tiró de mi brazo y me obligó a extenderme hacia él, pegando la cabeza a la puerta y con el culo en pompa. Mi leve jadeo de sorpresa se fundió con un entrecortado grito cuando, sin previo aviso, me dio un azote que resonó por todo el Maserati.

Ahí comenzó la locura.

Mr. Mafia me ató las muñecas con el cinto y usó mi camiseta blanca para amordazarme la boca. Entonces me dio tres buenos azotes y después me acarició la nalga enrojecida y sensible antes de darme un cuarto. Yo gritaba a cada golpe mientras se me humedecían los ojos.

El capo volvió a acariciar mi nalga, demasiado sensible ya para no sentir cada milímetro de sus dedos sobre la piel dolorida. No sabía cuando llegaría el próximo azote, y eso me hacía removerme un poco. Mr. Mafia decía cosas en italiano que no podía entender, llenando aquel leve silencio con una letanía de insultos y frases. Yo movía las piernas y jadeaba, llenando la tela de baba que empezaba a gotearme por la comisura de la boca.

Cuando volvió a pegarme, sentí la sorpresa, el dolor y un extraño placer, todo entremezclado y al mismo tiempo.

Y entonces sus dedos, esos que besaban mi nalga ardiente con tanto cariño tras haberme causado tanto dolor, se fueron deslizando en dirección a mi ano. Cuando lo rozaron, se apartaron. Gemí con queja y me revolví un poco. Otro azote y el silencio. Oí como el capo se escupía en la mano y, deliciosamente, la acercaba de nuevo a mi ano.

Mr. Mafia me preguntó algo en italiano, algo sucio, porque percibí el ya clásico «*porca*» y «*puttana*». A lo que yo solo respondí un ahogado e incomprensible:

—Sí, *il mio capo*.

Cuando empezó a meterme los dedos, ya no sabía ni qué sentir. Fue cruel. Muy cruel que me hiciera sufrir de aquella forma. Lo hacía lentamente y paraba si hacía el más mínimo movimiento. A veces volvía a pegarme y a gritarme. Me agarraba del pelo y entonces me metía de un golpe los dedos, haciéndome perder la respiración y el sentido.

No supe cuánto tiempo pasó, solo lo mucho que viví cada segundo de aquel momento. Y, de pronto, todo terminó.

El capo me apartó de encima con violencia y salió del coche, dejándome solo, perdido y confuso. De pronto agarró el cinto que me ataba las manos y me arrastró hacia afuera, tirándome sobre el suelo de gravilla. Tenía los ojos húmedos, pero vi su expresión seria, enfadada. Su respiración acelerada. Su camisa entreabierta. El enorme bulto que le apretaba los pantalones.

Creí que me iba a follar allí mismo, en el suelo, y esa simple idea me hizo sentir más vivo que nunca. Sin embargo, lo que hizo fue inclinarse, desatarme las manos y arrancarme la camisa que me había atado a la boca. Mirándome a través de sus gafas oscuras y algo dobladas, me agarró con fuerza de la mandíbula, la apretó hasta que me hizo daño y me escupió.

Después, nada...

Se levantó, me tiró la ropa arrugada y subió al asiento del conductor para arrancar y marcharse. Sin más.

Le miré irse, demasiado confuso, excitado y confundido como para reaccionar. No fue hasta varios minutos después que recuperé la conciencia suficiente para darme cuenta de que el capo me había dejado con todo el calentón y que, además, se había llevado mi Maserati.

QUATTRO

La idea de que un mafioso italiano me hubiera robado un coche de cientos de miles de dólares, se me pasó por la cabeza un par de veces. Cuando amaneció al día siguiente y vi el vacío allí donde debería estar, cogí aire entre los dientes y negué con la cabeza.

Me podía permitir que algo así no me afectara demasiado porque, siendo sincero, podría comprarme un Maserati para cada día del mes, si así lo deseara. Pero eso no quería decir que la idea del robo no me dejara un poco tocado. Y, lo peor, era que no entendía lo que había pasado exactamente.

¿Se había enfadado el capo? ¿Me había dejado? ¿O es que aquello era parte del juego? Las preguntas se acumulaban en mi cabeza como cartas en un castillo de naipes, pero no tenía el valor para pedir una respuesta clara.

No fue un Sabbat muy divertido, que digamos.

No pude evitar revisar el móvil de vez en cuando en la sinagoga, por mucho que el rabino me clavara miradas serias y muecas de exasperación.

—¿Ha ocurrido algo? —me llegó a preguntar mi padre, inclinándose un poco hacia mí mientras recitaban el canto.

—No, todo está bien —respondí, recolocándome la estola al cuello antes de cruzar las muñecas y fingir que cantaba.

—¿Vienes a tomarte un branch conmigo y Carly después?

—No voy a ir contigo y tu nueva novia a tomar un branch, papá.

—¿Por qué? —quiso saber él, llegando a girar levemente el cuello en mi dirección.

—Porque esa chica es más joven que yo.

—¿Te ha dicho tu madre que digas eso?

—No, papá. Ya no tengo ocho años...

Mi padre levantó la cabeza de pelo blanco y barba espesa, orgulloso y digno, como a él tanto le gustaba mostrarse. Nos llevábamos muy bien, pero, por alguna razón, no era capaz de entender que yo no quisiera conocer a sus «novias».

Al terminar la ceremonia, todavía nos quedamos un rato charlando con algunos amigos: los Rosemberg, los Mizrachi, los Dohan, los Abramov —que nos invitaron amablemente al Bar Mitzvah de su hijo menor— y a muchas otras familias importantes de la sinagoga y, por supuesto, de Los Ángeles.

Al terminar, me reuní con mi madre en las afueras del templo y la llevé hacia el coche.

—Oh ¡has traído el Porsch! —celebró ella, al verlo aparcado al lado de la acera—. Sabes que me encantan los descapotables —añadió, poniéndose las gafas y desatándose el pelo para agitar su melena rubia como si estuviera en un anuncio de champú.

Ya estaba demasiado acostumbrado a aquellas innecesarias exhibiciones como para que me afectaran a estas alturas. Simplemente esperé a que mi madre terminara y me senté frente al volante. Con cierta inconsciencia, volví a mirar el

iPhone, quedándome helado en el momento en el que vi una notificación bajo el nombre: IL MIO CAPO.

Lo abrí al instante y, entonces, fruncí el ceño hasta el límite. No había nada escrito, tan solo cuatro documentos: una dieta para toda la semana, una tabla de ejercicios, una lista de vinos y, lo más sorprendente, el enlace a un libro de recetas italianas.

Mr. Mafia tenía un don para dejarme sin palabras, literal y figuradamente.

—Quítate ya la kipá —me distrajo mi madre, sentándose a mi lado antes de ponerse las gafas de sol—. No vas a conducir con eso en la cabeza.

—Sí, mamá —murmuré, llevándome una mano a la coronilla para quitarme el gorro.

Guardé también el móvil, pero usé la primera oportunidad que pude para responder a aquel mensaje tan extraño. Fue la única vez que estuve feliz de que la señora Friedman nos interrumpiera en el Club de campo, acercándose a la mesa para tener una de esas conversaciones de amigo-enemigos con mi madre. Ganaba la que más dinero se hubiera gastado aquella semana o la que se hubiera vuelto a operar antes que la otra.

«Buonasera, padrino. ¿Qué quieres que haga con esto que me has mandado?».

«Mándame la dirección de tu otra casa», respondió en apenas un minuto.

Quizá también quisiera robarme algo de allí, pensé. O puede que incluso quedársela. Aún así, obedecí.

«Espérame allí a las nueve con la cena preparada. Desnudo. Límpiame bien y hazte una lavativa. No me gustan las sorpresas asquerosas».

Mi cara debió ser todo un poema, porque incluso mi madre interrumpió su conversación para preguntarme:

—¿Ocurre algo, cariño?

—No —negué al momento—. Trabajo. ¿Te importa que me vaya un poco antes hoy?

—No, claro que no... —dijo ella, aunque en sus ojos azules había una evidente sospecha de que yo mentía. Algo que confirmé cuando se despidió de mí diciendo con mucho retintín—: Pásalo bien con ese «trabajo».

Tras una risa sarcástica y un beso en la mejilla, me fui directo al centro comercial para pasar por el supermercado y llegar con varias bolsas en las manos a mi casa de Beverly Hills.

La mansión que tenía allí era más pequeña, aunque, aún así, bastante grande; con un bonito estilo clásico, íntima, bien iluminada, con piscina, patio ajardinado con espacio de recreo y una chimenea, tanto exterior como interior. Aunque, sinceramente, ¿quién cojones necesitaba una chimenea en Los Ángeles? Solo servía para dar ambiente en las noches con amigos.

Dejé todo en la una de las encimeras de la cocina y me quité la chaqueta del traje. Irónicamente, nunca había usado aquellos ochenta metros cuadrados de la casa para cocinar. Normalmente comía fuera o tan solo iba a buscar bebida a una de las dos neveras industriales que había en la pared.

Pero, como *il capo* había ordenado, tenía preparado todo para prepararle uno de esos platos del libro que me había mandado. Algo simple y para principiantes: pasta carbonara.

Mientras se cocían los espaguetis fui a ocuparme de ese segundo asunto más privado. Había comprado un pequeño paquete de laxantes en la farmacia del centro comercial junto con una ducha anal, lo que se llamaba habitualmente «una pera».

Ya lo había hecho otras veces, porque Mr. Mafia no era el primer ni único hombre en el mundo al que no le gustaban «las sorpresas desagradables». A mí tampoco me gustaban.

Además, aunque el sistema no era agradable, tampoco era complicado ni llevaba mucho tiempo. Te tomabas el laxante, esperabas a que hiciera efecto, ibas al baño y, al terminar, usabas la pera, que era básicamente un tubo unido a una bola que llenabas de agua. Te la metías y seguías hasta que lo que entraba fuera igual de claro que lo que salía. Fin. Ya estabas limpiito y preparado para meterte cualquier cosa sin miedo a manchar nada.

Aprovechando que estaba en el baño, ya eché el traje al cesto de la ropa sucia y salí desnudo en dirección a la cocina. Allí me puse uno de los delantales, solo por miedo a que la mantequilla o la nata caliente saltara y me quemara, y puse algo de música.

Con la puntualidad de un reloj suizo, a las nueve y un minuto, oí un par de golpes seco en la cristalera que daba hacia el patio trasero con piscina. Me asustó, por supuesto, pero fue solo un momento antes de ver al capo, de pie, con su camisa apretada y entreabierta, su cruz dorada colgada del cuello, su pitillo en los labios, sus mangas remangadas, sus pantalones ajustado y, como no, sus carísimas gafas de sol.

Le sonreí, le saludé con la mano de camino a la cristalera y, nada más abrir, solté un casual:

—No esperaba que vinieras por aquí.

Mr. Mafia entró, cerró la puerta a sus espaldas y se tomó todo el tiempo que quiso para dar una calada, soltar el humo en mi dirección y caminar hacia la isla de la cocina.

—Te he estado mirando un rato por el cristal —me dijo—, para saber que estabas haciendo lo que te he ordenado.

—Ah... —murmuré antes de recuperarme con un leve saltito y señalar la cocina—. Emh... He hecho pasta carbonara, siguiendo la receta de ese libro que me mandaste. Supongo que era para eso, ¿no? Porque el mensaje era un poco...

—Ssh... —me detuvo él, levantando una mano para, de una forma vaga, hacerme una señal para que me acercara.

Así que eso hice. Una vez frente a él, Mr. Mafia se quitó las gafas y me miró con esos ojos claros que, juro, me tenían completamente hipnotizado.

—*Il tuo padrone è tornato a casa* —murmuró en voz baja, grave y de delicioso tono aterciopelado. Con solo el reverso de dos dedos, los mismos que había movido para hacerme acercarme, me acarició la mejilla—. *Cosa devi fare, mia porca?*

Tras un par de segundos en silencio, lo único que pude decir fue:

—No sé qué has dicho, pero me ha puesto cachondísimo...

Mr. Mafia apartó la mano de mi rostro y después me dio una bofetada, una pequeña, sin mucha fuerza. Una que aún así me quitó el aliento y me levantó la polla, la cual empezó a abultar el mandil.

—Joder... —jadeé.

—*Ascolta, cuccolino* —continuó, cogiéndome del mentón para obligarme a mirarle—. Cuando *il tuo capo* llega a casa, le dices: *buonasera, signore*. Le ofreces una copa de vino y, cuando él se siente a comer, te quedas de rodillas a su lado en silencio. ¿*Capito*?

—*Capito* —asentí—. ¿Qué vino quieres? He comprado el *Pigmaliione Rosato* de la lista, pero tengo un Valduero de 1984 en la bodega.

—*Portami il Valduero* —respondió tras una pequeña pausa.

—Sí, *il mio capo*.

Sin más, me di la vuelta hacia la puerta del sótano, el cual conectaba con la bodega de la casa. Cogí el vino de veinte mil dólares la botella y lo subí con una tonta sonrisa en los labios. Toda aquella estúpida fantasía de sumisión me estaba encantando hasta un límite preocupante.

Cuando volví a la cocina, Mr. Mafia ya estaba sentado en el taburete de la mesa, con las manos entrelazadas sobre la isla de madera oscura y la mirada perdida al frente. Fui a por el sacacorchos y una copa de la alacena, descorché el vino y se lo serví con cuidado. El capo observó todo el proceso y después cogió la copa. La olfateó, le dio un par de vueltas y lo probó, terminando por asentir con aprobación.

—*Servimi de mangare* —ordenó entonces junto con un gesto italoamericano, juntando las yemas de los dedos antes de soltarlos hacia delante.

Fui a por la fuente de espaguetis en salsa carbonara y la dejé frente a su plato. Había dejado otro para mí al otro lado de las velas que había encendido, solo para darle un poco de ambiente a la cena, pero como el capo no había dicho que yo pudiera cenar *con él*, asumí que esa no era la idea. Así que le serví a él solo y después me puse de rodillas a su lado, tamborileando con los dedos sobre las piernas.

Mr. Mafia ni me miró, sino que empezó a comer calmadamente. Yo le observaba desde mi posición a sus pies, esperando pacientemente a que terminara. No voy a mentir: esa parte era muy aburrida. Los cinco primeros minutos todavía estaba emocionado, nervioso y excitado, así que no tuve problemas, pero después el tiempo se alargó, las rodillas empezaron a dolerme y ya no fue divertido. Casi estaba deseando que llegara uno de esos momentos en los que el capo ordenaba algo: «servilleta», «más vino», «pon música», solo para poder moverme y distraerme.

La cena se alargó unos buenos treinta minutos y, cuando al fin dejó la servilleta de tela sobre el plato, le oí decir:

—*Ora portami il café*.

No entendí la frase, pero sí «café», así que me levanté y fui a encender la cafetera.

—No —negó—. Nada de café americano.

Me giré hacia él y negué con la cabeza.

—No tengo otro.

—Pff... *porca miseria* —murmuró con descontento, gesto asqueado y un gesto airado de la mano—. Comprarás una cafetera italiana y aprenderás a usarla. Solo café de importación.

—Sí, *signore*.

Entonces me hizo un gesto para que me acercara. Cuando estuve a su lado, sacó un papel mal doblado de su bolsillo y me lo tiró al pecho.

—Llévame a la habitación —ordenó.

No supe que hacer primero, si agacharme a recoger el papel o guiarle. Él debió ver la duda en mis ojos, porque bajó la mirada hacia el suelo con impaciencia y puso una mueca de enfado. Me agaché al momento y abrí la hoja.

—Oh —exclamé—. Gracias, capo —sonreí.

—La última vez... —me recordó de mala gana.

Asentí, me quité a prisa el mandil y le señalé la dirección hacia el dormitorio. Lo que me había traído eran las pruebas del médico que le había pedido. El nombre del paciente estaba tachado con rotulador negro para que no se pudiera leer el nombre, pero no tenía razones para sospechar que me estuviera mintiendo. Eso caería un poco en la paranoia.

Mr. Mafia me siguió por el pasillo, echando lentas ojeadas a las habitaciones, parándose cuando quería mirar mejor o, incluso, encender la luz. Eso hizo que tardáramos un poco más en alcanzar nuestro destino.

La habitación principal estaba en el segundo piso, en una esquina de la casa, con bonitos ventanales en ambas paredes, acceso a un enorme baño con jacuzzi y plato de ducha, y un vestidor de treinta metros cuadrados en madera de arce. No había mucho allí, ya que yo no me quedaba a menudo a dormir en *Beverly Hills*: una cama de dos por dos, un par de muebles de diseño, un sofá, un arcón con cojines a los pies del colchón y una alfombra de seda persa.

El capo se detuvo en el centro y miró alrededor. El leve nerviosismo y la excitación volvió a mí en el momento en el que cruzamos el umbral de la puerta, como el anuncio de que algo emocionante iba a pasar.

—De rodillas —ordenó, señalando el suelo a su lado.

—Sí, *il mio capo* —murmuré antes de morderme el labio inferior.

No pude evitar volver a tamborilear los dedos sobre los muslos y mirar como Mr. Mafia se desataba el cinturón de cuero negro.

—La cena estaba buena —me dijo distraídamente—. Y el vino.

—Gracias —sonreí más.

No pareció importarle mi agradecimiento en absoluto. Se deshizo del cinto y dio un paso a mi espalda, con él, volvió a atarme las muñecas a la altura del trasero. Apretó bastante fuerte y sentí un leve dolor. Entonces el corazón se me aceleró y tuve que soltar aire lentamente entre los labios. Al fin empezaba lo bueno.

Mr. Mafia dio otro paso y se sentó en el borde de la cama. Incluyó el cuerpo hasta apoyar los codos en las rodillas y me miró fijamente. Sin decir nada, se detuvo a sacar el cartón de tabaco de su bolsillo y se puso un pitillo en los labios; sin dejar de mirarme, se lo encendió y me echó el humo a la cara.

—Cuéntame algo que te dé mucha vergüenza, *porcellino* —dijo entonces.

—¿Qué? —aquello no fue intencionado, solo una reacción a la pregunta sorpresa.

Aún así, el capo me dio una bofetada rápida que me hizo girar el rostro. Tomé aire y lo volví a soltar lentamente.

—No lo sé, *il mio capo*. ¿Te refieres a algo sexual?

La segunda bofetada me dejó claro que no iba a pararse a responder mis preguntas.

—Bueno... emh... Mis padre me dan mucha vergüenza ajena muchas veces, pero no creo que eso sea raro. No en la comunidad judía —sonreí.

Una bofetada después, ya con la mejilla enrojecida y los ojos húmedos, asentí y me lo empecé a tomar más en serio. Mr. Mafia seguía fumando lenta calada tras calada y echándome el humo, ahogándome con aquella peste casi tanto como con su mirada intensa y fija.

—Vale... vale. Me... me da vergüenza que... los demás me tomen por un niño malcriado y estúpido.

—Eres un niño malcriado y estúpido —me dijo con un tono duro y grave.

—No, no creo que lo sea —negué—. He tenido suerte en la vida, sí, pero también trabajo mucho y...

Y volvió a abofetearme.

—Ir a fiestas y sacarte fotos con famosos no es trabajar, *mia porca*. Eres un niño judío al que papá y mamá le pagan todo lo que quiere... Tú no sabes lo que es esforzarse por nada.

—Eso es cuestionable —murmuré junto con un leve cabeceo.

Esa bofetada sí la vi venir.

—Ahora dime: *io sono un fottuto monello viziato, il mio capo*.

Me pasé la lengua por los labios y tragué saliva.

—*Io sono un fottuto monello viziato, il mio capo* —repetí.

—Mírame a los ojos.

—*Io sono un fottuto monello viziato, il mio capo* —repetí, esta vez, mirándole a los ojos claros que me juzgaban sin piedad.

Mr. Mafia fumó otra calada, prendiendo la punta anaranjada del pitillo de importación. Sin ningún tipo de reparo, echó la ceniza sobre la alfombra de seda de cuarenta mil dólares y me preguntó con un gesto airado:

—¿Sabes lo que significa eso, *porcellino*?

—No, *signore*.

—Significa que eres una mierda con suerte a la que le gusta que se la follen muy duro —me dijo, ladeando suavemente el rostro—. ¿Verdad?

—Sí, *capo*... —me costó decir.

Él asintió lentamente, llevándose de nuevo el pitillo a los labios. Los minutos se alargaron y no dijo nada, mirándome mientras solo se dedicaba a ahogarme con el humo.

—¿Sabes quién soy yo? —me preguntó entonces.

—¿*Il mio capo*? —respondí.

Una bofetada después, conseguí decirlo sin el tono interrogativo.

—¿Y sabes lo que significa eso?

—Sí, *signore*.

—No, no lo sabes —negó, volviendo a echar la ceniza sobre la alfombra—. Significa que yo soy tu amo, tu rey y tu dios. Todo en uno. Que lo que yo diga es lo único que importa y que lo que yo deseo es tu principal y única preocupación.

Entonces se levantó de la cama y se quedó de pie, cerca, muy cerca, de mí. Su mano con anillos y enorme reloj en el bolsillo. Su camisa levemente desabotonada. Su entrepierna abultada a la altura de mis labios. Sus ojos... esos maravillosos ojos, clavados en los míos.

—Conmigo no eres Joel, conmigo eres *una merda*, mi *cagna*, mi *porca troia* que solo desea comerme *il mio enorme cazzo*.

Solo pude asentir, pero no demasiado, porque entonces rozaría la entrepierna del capo con la cara. Había una forma evidente contra la tela, y por el grosor y el tamaño, parecía increíblemente prometedor.

—Tú no tienes un Maserati, ni dos mansiones en la colina —continuó tras una lenta calada—. Porque todo lo tuyo es mío ahora... Tu cuerpo, tu mente, tu dinero e incluso lo que sientes.

—Sí, *il mio capo* —dije tan bajo que dudaba de que hubiera podido oírme.

Mr. Mafia se dejó el pitillo en los labios y, sacando la mano del bolsillo, empezó a desabotonarse la camisa blanca. A cada botón que se quitaba, más y más se podía ver de su precioso torso. Dos montañas de potente músculo y piel caramelo, coronadas por la cruz cristiana, tan dorada como la cadera que bordeaba su cuero de toro. Flotaba entre el vello tan oscuro como el de su barba y su pelo, pero aún así, no demasiado abundante, solo el suficiente para remarcar su hiper masculinidad, su procedencia mediterránea y sus abdominales torneados. Un sutil reguero de oscuro placer que caía deslizándose hacia el delta donde su abdomen se fundía con la cintura, donde su pronunciada «v» se perdía dentro de los pantalones negros.

No sabía qué hacía el capo en la mafia, cuando podría estar en todas las portadas de las mejores revistas del mundo.

Cuando terminó con el último botón, se abrió un poco más la camisa para enseñarme bien lo que allí había. Sin dejar de mirarme desde las alturas y con el pitillo todavía en los labios, fue a desabrocharse el pantalón de pinza.

La tensión de la tela era demasiada como para no producirse un leve movimiento de liberación, mostrando el inicio del pubis y, solo un poco más abajo, el comienzo de su miembro, igual de oscuro y tentador que todo en él.

—Joder... —jadeé. El capo no llevaba ropa interior aquella noche.

Entonces, como si no pasara nada y no me estuviera poniendo su erección a apenas dos centímetros de la cara, volvió a meterse la mano en el bolsillo y a sacarse el pitillo de los labios.

—Cuéntame algo que te excite, algo que no le contarías a nadie más —ordenó.

—Pues esto que está pasando ahora mismo me está excitando muchísimo, aunque no estoy seguro de que no lo vaya a ir contando por ahí en cuanto pueda —le confesé, medio en broma, medio en serio, incapaz de dejar de mirarle de los ojos al cuerpo, y de allí al inicio del pubis que se entreveía por entre la bragueta.

Mi comentario no pareció gustarle, porque, sin previo aviso, se alejó de mí. No hacia la cama, sino hacia la puerta. Ese fue el momento en el que la profunda excitación fue sustituida por el intenso miedo. ¿No iría a dejarme así? ¿Verdad? ¿VERDAD?

—¡Ey, capo! ¡No te vayas, por favor! —exclamé al oír sus pasos alejándose por el pasillo.

Agaché la cabeza y solté un suspiro. Cuando abrí los ojos vi mi polla, erecta como una piedra y con un evidente y claro reguero de líquido preseminal empapando la punta y deslizándose por el tronco.

—Hijo de puta... —murmuré por lo bajo.

Otra noche más tocándome como un mono porque el capo me había dejado a dos velas, a dos velas después de ponerme más cachondo de lo que había estado nunca. Y entonces oí de nuevo sus pasos por el pasillo. Levanté la cabeza y no pude más que sonreír.

Mr. Mafia volvió con el pitillo casi consumido en los labios y una cuchara de madera de la cocina en la mano. Fruncí el ceño, pero ahorré la pregunta obvia. El capo tiró la colilla al suelo y la plastó antes de sentarse en el borde de la cama. Solo tuvo que hacer una señal con el dedo hacia el suelo para que fuera gateando a donde me ordenaba.

Con la punta de la cuchara, me acarició la cara, un roce áspero y frío sobre mi mejilla todavía caliente y sensible. Bajó por mi barba corta hacia el cuello, de ahí al hombro, el brazo y, finalmente, me dio un golpe repentino y seco con ella.

Apreté los dientes y cerré los ojos. Era increíble lo que dolía una puta cuchara de madera. En comparación, casi pareció que me daba una caricia cuando me agarró con fuerza del pelo y tiró para que le mirara a los ojos.

—¿Qué parte no has entendido de lo que hacemos, Joe? —me preguntó en voz baja y con fuerte olor a tabaco—. ¿La parte en la que esto no es un puto juego, o la parte en la que yo no estoy aquí para reírte las gracias?

Volvió a darme con la cuchara en el muslo. Rápido, repentino, agudo y doloroso. Ahogué un gritito y los ojos se me empañaron más que con todas las bofetadas juntas.

—Ya no sé cómo decirte que yo no soy *il tuo amico, né il tuo ragazzo*...

Y me golpeó en el costado. Apreté los dientes y cerré los ojos. Su voz grave y apenas susurrada era ahora lo único que acompañaban las lágrimas y el dolor.

—Aquí no van a venir papi y mami a ayudarte y salvarte, Joe... Aquí las acciones tienen consecuencias...

Y entonces levantó la mano de la cuchara. Lentamente, para que yo la viera.

—No, no, por favor. No... no... —jadeé, rogando con desesperación, mirando de su mano a su rostro—. Seré bueno...

Entonces, gracias a Dios, bajó la cuchara y, tirando de mi pelo, pegó mi frente a la suya.

—Oh... *il mio porcellino viziato*... —susurró antes de chiscar la lengua como si algo le diera pena.

Suavemente, muy suavemente, acercó sus labios a los míos y, con un simple y maravilloso roce, me besó. Uno corto al principio, seguido de una caricia en la que levantó dulcemente la cabeza para frotar nuestras narices. Fue algo

increíblemente simple, corto, sin saliva, sin grandes artificios ni rebuscados movimientos. Un solo beso y una caricia. Un jadeo y una mirada cómplice.

Un momento único y perfecto.

Y entonces llegó la dura realidad, cayendo del cielo con la forma de una cuchara de madera que me azotó el muslo como una lengua ardiente de fuego, dejando solo dolor a su paso.

Grité, joder si grité. Cayendo sin aliento en el regazo de Mr. Mafia mientras notaba esa corriente de dolor todavía propagándose por mi pierna. Se me saltaron las lágrimas y un gemido del que, sinceramente, no estaba nada orgulloso, pero que en aquel momento me pareció apropiado.

Solo cuando me tranquilicé un poco y dejé de revolverme, intentando desatarme las muñecas para frotarme la herida, el capo tiró de mi pelo y me susurró al oído:

–La vida es dura, Joe, y yo lo soy más...

Dicho eso, me echó de su regazo sin cuidado alguno y se levantó. Tranquilamente, se abotonó la camisa, el pantalón y recuperó su cinto para ponérselo a la cintura.

Sin si quiera mirarme, se fue.

CINQUE

Me quedé tirado en el suelo un buen rato, mirando la pared de la habitación mientras las lágrimas se me secaban en los ojos y el muslo dejaba de escocerme. Había pasado por muchas emociones: ira, desprecio, indignación, consuelo, tristeza... una tras otra sucediéndose en el torbellino de mi mente.

Cuando me levanté, incorporándome con un brazo y mirando mi pierna, vi el lugar exacto en el que me había pegado, porque había una marca violácea que lo marcaba. Me costó caminar hacia el vestido, notando un leve pinchazo a cada paso, y me costó más bajar las escaleras para irme al garaje.

En el silencioso viaje a Bel-Air, miraba la sinuosa carretera de la colina y ladeaba el rostro con expresión seria. No quería cogerle manía al capo, ni culparle de aquello porque, después de todo, él era un amo y esas eran la clase de cosas que los amos hacían. Dominar, pegar, someter...

Pero a mí aquello no me había gustado. No me había parecido agradable y no quería repetirlo.

Quizá, pensé, lo mío era más bien un BDSM «*soft*». Todo lo que me había hecho hasta entonces me había encantado. No tanto lo de dirigir mi vida, pero los insultos, los azotes e incluso lo de cocinarle y servirle como una mujercita, me había hecho sentir emocionado, cachondo y excitado. Puede que simplemente el capo tuviera un estilo muy duro para mí y nuestros gustos e intereses chocaran en ese sentido.

Sinceramente, si hubiéramos tenido una charla antes para marcar límites, como yo le había pedido, todo hubiera sido mucho más fácil.

Justo cuando dejé el Porsch en el garaje exterior, bajo la techumbre de higueras, el iPhone vibró en el asiento del copiloto y la notificación iluminó la penumbra. No la miré al momento, sino que lo cogí y salí del coche en dirección a la casa. Siguiendo el camino de piedra bordeado de palmeras y helechos, leí el mensaje. Mr. Mafia había tenido el detalle de mandarme el enlace a un vídeo que enseñaba a preparar café —en italiano—, una lista de la compra —que incluía una fusta, cuerda de nilón, un bozal para la boca y varios tipos de aceites lubricantes—, y una sola pregunta: «¿Qué has aprendido esta noche, *mio cuccolino*?».

Lo que había aprendido era que no me gustaba que me azotaran con una puta cuchara de madera, eso había aprendido. Con un suspiro, dejé el móvil en el bolsillo de la blazer y abrí la puerta de casa.

Necesitaba un baño fresco en la piscina, una copa con hielo y un poco de soledad.

-

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Lizza la mañana del lunes, nada más verme llegar por el pasillo con mi ya casi imperceptible cojera.

—Joder, no se te escapa una —murmuré, bastante sorprendido por lo perceptiva que era a veces.

—¿Te has caído en la piscina? —insistió.

—Sí, me he caído en la piscina —respondí sin más antes de encogerme de hombros—. Problemas de ricos, ya sabes.

Ella sonrió y asintió, dejando pasar el tema y levantándose para seguirme al despacho y leerme la agenda del día. Cuando a media mañana me entregó el café con hielo, me recordó también la fiesta del fin de semana y los nuevos guiones que me habían mandado.

—Ah, sí, anota un Bar Mitzvah. Los Abramov.

—¿Para cuándo?

—Creo que para el mes que viene o así.

—¿Crees? ¿Qué quieres que ponga en la agenda? ¿«Bar Mitzvah algún día del mes»?

—No sé, Lizz, llama a mi madre, ella lo sabrá. No tiene otra cosa de la que preocuparse —farfullé mientras abría la portada de uno de esos guiones que debía revisar.

Mi ayudante miró el reloj de pulsera y se levantó del sofá.

—La llamaré después —anunció—. Ahora estará borracha, bebiendo martinis dietéticos mientras le hacen la pedicura.

—Mmh... —murmuré, dándole la razón. Mi madre tenía un estricto horario de mujer rica y nunca se lo saltaba.

Fue entonces cuando, casualmente, sentí una leve vibración en el pantalón y el leve sonido de la notificación. No dejé de mirar el guion mientras lo sacaba del bolsillo y lo desbloqueaba.

«Espero que haya pasado algo horrible y esa sea la única razón por la que no me hayas respondido. Porque si no, me voy a enfadar de verdad».

Tomé una bocanada de aire y la solté entre los labios apretados. ¿Cómo decirle a tu amo que quizá te busques uno menos... «amo»?

«Perdona, capo. La noche del Sabbat me ha dejado un poco tocado. Sé que seguramente no te importe una mierda, pero quizá esto no sea lo mío. Lo siento». Enviar.

Hala, ya estaba. Dejé el iPhone a un lado con la sensación de haber hecho lo correcto y continué con mi trabajo; ese que todos creían que me había caído del cielo y en el que «no tenía que hacer nada más que salir de fiesta y conocer a estrellas y súper modelos».

Pi-pi.

Fruncí el ceño y miré el móvil. O en la mafia no había mucho que hacer a media mañana o al capo le gustaba responder muy rápido a las cosas.

«El Elefante Dorado, esta noche a las nueve. Paso a recogerte en Bel-Air».

Mi cara debió transmitir todo lo que yo no pude con palabras. Ojos entrecerrados, boca entreabierta, ceño tan junto que mis cajas casi llegaban a rozarse. No me esperaba aquello, ni en mil años. Había dado por hecho que el capo simplemente me bloquearía o que borraría mi número del móvil y se quedaría con mi Maserati. No que quisiera ir a cenar al restaurante hindú de moda un lunes por la noche.

No era un plan que me emocionara demasiado, pero yo era esa clase de persona a que le costaba cerrar un capítulo de un simple portazo. Me gustaba más la suave transición hacia el distanciamiento, el silencio y, finalmente, la muerte de

la relación. Como había pasado con todos mis exes con los que ya no me hablaba pero a los que saludaba con una sonrisa en eventos sociales.

–Lizz –la llamé por el comunicador–. Consígueme una reserva para dos en El Elefante Dorado esta noche a las nueve, por favor.

–¿Qué? –exclamó–. ¿Te crees que hago magia o algo? ¿Te crees tan importante como para conseguir una mesa el día que quieras en cualquier parte de Los Ángeles? Ese puto restaurante tiene una lista de reservas totalmente llena hasta dentro de tres años. Además, tú odias el curry.

–Sí, no y sí –respondí en orden–. Gracias, Lizz.

Cerré la comunicación y respondí al capo con un simple «Ok», solo para que se fuera haciendo una idea de mi actitud al respecto. Cuando volví a poner mi atención en el guion, pude oír a Lizz gritando al teléfono. Conseguiría esa reserva sí o sí porque se tomaba muy en serio su trabajo, por desgracia, me lo echaría en cara y estaría de morros el resto del día.

–Hecho –anunció dos horas después, abriendo la puerta de mi despacho con cara seria–. El Elefante Dorado a las nueve. Espero que te atragantes.

Y se fue.

-

A las ocho menos cuarto llegué a mi casa, dejé mi maletín con los guiones que no me había dado tiempo de leer a un lado y fui directo a darme una ducha fresca. Al contrario que la primera vez, no me paré tanto tiempo a prepararme, ni en el vestidor ni frente al espejo. Camisa de Armani de la temporada pasada y pantalones de pinza negros. Me remangué y me desabroché los primeros botones porque la noche iba a ser cálida y después me di un poco de cera para reordenar el tupé rubio.

A las ocho y media recibí una llamada que duró un solo tono. Con un suspiro, salí en dirección a la puerta. Más allá de la verja exterior, estaba mi Maserati aparcado y, dentro de él, el capo.

Le saludé con un gesto vago de la mano y esperé a que la verja se deslizara lo suficiente para poder salir. Él no respondió a mi saludo, ni al gesto, ni a cuando subí al coche y le dije:

–*Buonasera.*

De nuevo, se había cambiado de gafas de sol. En esta ocasión se había puesto unas de aviador, con los cristales degradados del violeta oscuro a un bonito rosado por el que medio se podía traslucir el final de sus ojos. Había estado fumando dentro del coche, porque olía bastante a tabaco, pero junto un delicioso rastro a esa colonia dulce y masculina que se ponía.

Mr. Mafia bajó el freno de mano e hizo un giro brusco con el volante para dar la vuelta en mitad de la carretera y descender la colina. Fue entonces cuando al fin me hizo el gran honor de hablarme.

–*Verás, mio porcellino, hay momentos para hablar, momentos en los que no me importan tus bromas o incluso tu porca necesidad de decir toda tontería que te pasa por la cabeza. Momenti come questo, come adesso* –me miró por el borde de los ojos y reafirmó sus palabras con un gesto de la mano, golpeando el volante

con la punta de los dedos—. Como ahora, cuando vamos a cenar y puedes hacer tus preguntas y tus chistes de judío. *Bello, vero?*

Terminó exclamando, llegando a poner una leve sonrisa, levantar las manos en señal de celebración y encoger los hombros como si eso fuera algo genial. Entonces, volvió a coger el volante y dejó un breve silencio antes de continuar:

—Pero hay otros momentos, Joe, en los que cierras la puta boca, respondes solo a lo que te pido y no bromeas. Como cuando voy a tu casa tras un largo día de trabajo y solo quiero cenar, tomarme un vino y follarme bien duro a *alla mia cagna*. ¿Lo entiendes? En esos momentos, sabes —me miró con una expresión entre divertida y paternalista y me aseguró—: *tu lo sai, mio cuccolino*, que me vas a enfadar. ¿A que lo sabes?

No supe que decir. No mentía, pero eso no hacía de aquel momento algo menos espeluznante.

—Supongo —le dije.

—No, no supones —negó, haciendo un aspaviento como si estuviera algo decepcionado con mi respuesta—. *Tu lo sai, Joe... Lo sai bennissimo*.

—Sí, sé que todo esto entra dentro de la relación amo-sumiso, y no digo que no haya tenido un poco de culpa —añadí, concediéndole al menos aquello. Yo era un poco bocazas a veces—, pero creo que lo de pegarme con una...

—No, no... —me interrumpió, y entonces alargó una de sus grandes manos y la puso sobre mi muslo para acariciarlo distraídamente y decirme—: Te pego fuerte porque te quiero... para que aprendas a ser una buena *donna* obediente... Creo que en ese momento me quedé incluso sin aire.

—Wow... —solté, asintiendo repetidas veces y mirando al frente—. Wow... —tuve que repetir mientras parpadeaba. Una vez más, Mr. Mafia me había dejado sin palabras.

—No me escuchas cuando te hablo, *porcellino* —se quejó, juntando las yemas de los dedos mientras agitaba las muñecas en el más clásico gesto italiano—. No me haces caso cuando te pido las cosas. Y yo quiero que seas bueno, quiero que me hagas feliz, porque eres *molto bello*, Joe. —Se detuvo un momento y aprovechó el final de una curva y el camino recto que ya descendía directo al valle, para volver a mirarme y sonreír un poco—. Eres el tipo de *ragazzo* que más me gusta.

—¿Con dinero? —pregunté.

A Mr. Mafia se le escapó un bufido y, negando un poco la cabeza, volvió a mirar al frente.

—Ya tengo mucho dinero —me aseguró, añadiendo un gesto de arriba debajo de su cuerpo para que pudiera apreciar su ropa de marca, sus gafas de diseño, su reloj de miles de dólares y los anillos que adornaban sus dedos—. No necesito follarme a *ragazzi* como un puto. Y más te vale que no vuelvas a decirme algo como eso, porque, de donde yo vengo, matamos a la gente que te insulta así a la cara —me advirtió junto con una mirada bastante intimidante.

—Perdona, era solo una broma.

—No, no pasa nada —murmuró—. Esta noche estamos hablando. Tú y yo. Puedes decir cosas y yo te explico cosas. *Bene, vero?*

—Sí, *bene, bene* —respondí, ahorrándome la sagaz observación de que, si el capo tenía tanto dinero, quizá debiera comprarse su propio Maserati.

La cosa quedó allí por el momento, mientras Mr. Mafia fumaba y nos llevaba por la autopista de seis carriles en dirección a *West Hollywood*. Cuando tomamos la salida a la ciudad, aminoró el ritmo; lo que quiere decir que dejó de conducir a ciento cincuenta para ponerse a unos ciento diez y frenar algo repentinamente cuando le era imposible pasar un semáforo en ámbar. Por suerte para él, la policía de Los Ángeles no solía molestar a los conductores de coches que valían más que una casa.

Un poco antes de llegar al aparcamiento, Mr. Mafia llamó mi atención chasqueando los dedos y me dijo:

—Tu cartera y tu móvil.

Sin pensarlo demasiado, me metí las manos en los bolsillos y le entregué ambas cosas. El capo las guardó y, más calmadamente, giró hacia la entrada del restaurante. El aparcacoches tuvo el detalle de abrirle la puerta con una gran sonrisa y un educado saludo, y Mr. Mafia salió como si su mera presencia fuera un regalo para el mundo. Entonces le tiró las llaves sin cuidado alguno y le puso el dedo en el pecho.

—Más te vale que no lo rayes, *fottuto idiota* —le advirtió justo antes de golpear su gorra de una forma bastante maleducada.

Puse los ojos en blanco y cerré la puerta del copiloto para seguirle al interior del local. Como todos en *West Hollywood*, era puro lujo y decoración que nadaba entre lo sobrecargado y lo elegante. Al ser hindú, no faltaban las estatuas de Shiva, los tapices y las alfombras. Todo lo que un occidental podría desear encontrar en un restaurante temático. Incluida la recepcionista india de pelo negro azabache y lunar rojo en la frente.

Fue ella la que nos preguntó por la reserva, la que la confirmó en la lista y la que nos guio entre la jungla de mesas, el ambiente de voces apagadas y la iluminación suave hacia un apartado bastante íntimo y agradable separado de los demás por un par de biombos y unas plantas. Hice una nota mental para felicitar a Lizza, la verdad era que se había superado.

Mr. Mafia se sentó, aceptó la carta que ella le ofrecía y, con un gesto vago, le ordenó que se fuera. Cuando al fin estuvimos de nuevo solos, se quitó las gafas, las dejó a un lado de la mesa con mantel de vivos colores y me miró antes de abrir la carta.

—Todavía no me has agradecido que te invite a cenar, *cuccolino* —me dijo—. Espero que sepas que esto solo va a pasar una vez y que, si vuelves a molestarme con gilipolleces, me buscaré a un *ragazzo* que sepa de verdad lo que quiere. *¿Capisci?*

—Oh, claro. Gracias, *il mio capo* —dije de forma casi automática, aunque nada sentida.

Aun así, Mr. Mafia se dio por complacido y asintió mientras leía la carta.

—¿Ya has pensado en la palabra de seguridad? —preguntó.

—No.

—Tiene que ser algo que no digas normalmente —me aconsejó—. Algo corto.

—Ahm... —fingí pensarlo, aunque lo único en lo que pensaba era en para qué cojones necesita una palabra de seguridad ahora que ya me había pegado cuando no quería que lo hiciera—. No sé, ¿qué sueles utilizar tú? —dije al fin.

—Si quisiera elegirla yo, no te preguntaría —murmuró, pero tras un par de segundos, me dio un pequeño consejo—. Quizá algo en ese idioma judío tuyo.

—Si te refieres al yidis, yo no sé hablarlo. Mis antepasados vinieron directamente desde Israel a comienzos de siglo. Aunque aún nos llevamos bastante bien con la familia de allí —le expliqué, aunque fuera del todo innecesario.

El capo levantó los ojos claros hasta que rozaron el borde de sus pestañas negras.

—Me refería al ebreo.

—Ah... —murmuré con un profundo asentimiento.

—¿Cuál es la palabra que más te gusta?

—Gratis —respondí sin dudar.

Entonces me reí y, para mi sorpresa, a Mr. Mafia se le saltó un jadeo que trató de ocultar de mí con la carta del menú.

—*Sei un completo idiota, mio porcellino* —dijo en voz tan baja que casi ni pude oírle. Carraspeó para recuperar la seriedad y me miró de nuevo—. Deja de jugar y responde.

—Vale, bien. Emh... ¿Qué te parece «Kosher»?

Mr Mafia esperó un momento para comprobar y preguntó:

—¿Es una de tus bromas judías?

—Sí, puede —sonreí—. Aunque, irónicamente, esa no es una palabra que diga mucho.

—Entonces, no eres muy judío —concluyó.

—No entiendo a qué te refieres con eso. ¿Tú eres «muy cristiano»? —pregunté, señalando con la cabeza la cruz dorada que colgaba de su cuello, deslizándose suavemente entre sus pectorales de vello fino y negro.

—Mucho —declaró con un tono totalmente serio.

—Ya... ¿y qué piensa tu querido Jesús de que te dediques al crimen organizado?

A Mr. Mafia no le hizo gracia aquello. Lo supe porque me dedicó otra de aquellas miradas de advertencia y, de haber podido, estaba seguro de que me hubiera abofeteado.

—Voy cada domingo a misa con *la mia famiglia*. Rezo. Pido perdón a *Dio* —añadió junto uno de esos aspavientos tan italoamericanos—. ¿Qué sabrás tú, *porco ebreo*?

—Yo también celebro el Sabbat, voy a la sinagoga y ayunó en el Yon Kippur —le aseguré—. Pero creo que Yahveh está más dispuesto a perdonarme a mí por comer cerdo que a ti, por mucho vino mágico que bebas, muchas galletitas secas que te comas y lo mucho que le cuentes a tu cura tus pecados.

El silencio que se produjo tras mis palabras fue profundo y frío, pero yo no me eché atrás. Si había algo que no soportaba, era la hipocresía católica y su prepotencia.

Por suerte, antes de que aquello llegara a más, apareció una preciosa camarera para tomarnos el pedido. Mr. Mafia no le respondió al momento y, cuando lo hizo, ni apartó sus ojos claros de mí.

—Tomaremos un Romanee-Conti Pinot negro, un Lamp tikka masala para mí y un pollo tandoori para él.

La joven asintió, recogió la carta y se fue con la misma sonrisa con la que había llegado, quizá pensando en la propina que le daría el hombre capaz de gastarse diez mil dólares en una sola botella de vino.

—Las charlas religiosas serán un tema prohibido —dijo entonces mientras entrelazaba los dedos sobre la mesa—. Si no recuerdo mal, ya te dije que yo soy tu único dios ahora.

—Como quieras —asentí—, quizá sea lo mejor.

Mr. Mafia se quedó mirándome en silencio, quizá tratando de intimidarme, o quizá fantaseando con poder hundirme la cara en la mesa y dejarme sangrando en el suelo. Fuera como fuera, no se movió en los tres minutos que le llevó a la camarera ir a buscar el vino y servirnoslo. Entonces el capo descruzó los dedos, tomó la copa y empezó su ritual de oler, mover y probar. Con un asentimiento de aprobación, la botella quedó a un lado de la mesa y la joven se fue.

—Dime, ¿a qué te refieres cuando dices *questo non è il tuo genere*?

—¿Qué?

—¿A qué vino ese mensaje de que «esto no era lo tuyo»? —repetió, con un tono más duro y un gesto más contundente de la mano, como si le molestara que no le entendiera cuando hablaba en un idioma que yo no conocía.

—Ah... Bueno, pues a que quizá el BDSM *hard* no sea lo mío.

Mr. Mafia resopló, casi como si se riera de mí.

—¿Crees que no veo lo duro que se te pone *il cazzo* cuando te pongo de rodillas?

—Sí —tuve que reconocer, cerrando momentáneamente los ojos mientras un leve rubor se extendía por mis mejillas—. Sí, me... excitas mucho, pero...

—Solo te falta menear la colita como un *cuccolino* al verme llegar —me interrumpió mientras se llevaba la copa de vino a los labios y me clavaba su mirada clara y salvaje—. Te encanta que *il tuo capo* te trate como una *porca troia*.

—Sí —repetí, bajando la mirada al plato—. Eso está muy bien. Sinceramente, no me esperaba que me pusiera tanto el... no sé cómo llamarlo. «El proceso», ¿entiendes? Creía que solo serían azotes y sexo duro, como en el porno —sonreí y me reí por lo bajo, solo por puro nerviosismo.

—*Questo non è porno, mio porcellino*. Yo soy real. Esto es real.

—Sí, lo sé, no...

—*Questo* no lo eliges a la carta. *Questo* no es algo que puedas ver en tu casita mientras te tocas la polla y de lo que te puedas olvidar una vez que terminas de meneártela —volvió a interrumpirme, golpeando la mesa con la punta del dedo y produciendo un leve «toc-toc-toc» antes de levantarlo y señalarme—. Tú no le dices *al tuo capo* lo que tiene que hacer, cuándo tiene que hacerlo o cómo tiene que hacerlo. Porque tu no eres nadie. No eres nada.

—Ya, yo *capito* —afirmé con una expresión algo incómoda por aquella forma en la que trataba de decirme algo que yo ya sabía. Como si fuera un niño tonto—. Lo único que digo es que no me das tiempo a adaptarme. Te he dicho que es mi

primera vez y has pasado de cero a cien en un segundo –entonces chasqué los dedos en el aire–. Así, sin más.

–Oh... –murmuró, levantando la cabeza y arqueando las cejas como si hubiera llegado a algún tipo de comprensión importante–. *Il porcellino viziato* quiere que le pongas las cosas fáciles... Quiere que se lo den todo masticadito y solo como a él le gusta...

–No es eso –declaré con tono serio.

–Bueno, si lo que quieres es un amo que haga las cositas suaves y al que puedas... –se llevó la mano a la barba y se rascó el mentón mientras ponía una expresión pensativa – *¿Como se dice questo...?* Que puedas usar tu dinero y tu poder para conseguir todo lo que quieres, como llevas haciendo toda la puta vida... Eh... ¿«mangonear»? ¿Es esa la palabra?

Me pasé la lengua por el interior de la mejilla con una mueca de pocos amigos y esperé a que Mr. Mafia dejará de hacer aquella actuación sin ningún tipo de gracia.

–Quizá el problema es que no te entra en la cabeza que yo también estoy haciendo esto por placer y que, si no me gusta algo, no voy a hacerlo.

–*Sicuro, sicuro...* –murmuró, afirmando con la cabeza y frunciendo levemente el ceño, otra vez, fingiendo que me entendía–. Escucha, Joe, conozco a algunos amos que te pueden interesar. Les pagas y ellos hacen solo lo que «te gusta». Puedes llevarlos a *la tua dimora*, tu mansión, bromear con ellos mientras te dan un par de azotes, a ellos no les importa, así que puedes hacer todos tus chistes de judío que quieras. Os reís, charláis y después, por un extra, incluso *ti fottono davvero forte* como en el porno. –Y entonces abrió las manos con una cara que decía «ya está»–. *Bene, vero?* Eso es lo que quieres...

Me quedé en silencio y no aparté la mirada de sus ojos claros, pero no dije nada, porque dos camareros aparecieron por el lado del biombo para traernos los platos de la cena. Los dejaron frente a nosotros y, tras desearnos buen provecho, se fueron. El ambiente se cargó entonces de olor a carne caliente y especias, uno que me revolvió levemente el estómago.

Mr. Mafia cogió el tenedor y se llevó un trozo de comida a los labios sin dejar de mirarme, a la espera de que le respondiera.

–Así que contigo es todo o nada –murmuré.

–Exacto.

Asentí lentamente y miré el plato de pollo tandoori que habían pedido para mí, aunque yo odiaba la comida india.

–Tengo que pensármelo, capo.

–*Molto bene* –respondió, terminando de masticar mientras llevaba una mano a la copa de vino–. Pero te daré un *piccolo consiglio*, Joe. No busques a otro amo que no puedas pagar con dinero, porque a ninguno le gusta que no te los tomes en serio.

Y bebió de la copa, clavando sus ojos claros en mí.

SEI

La cena transcurrió en silencio mientras la botella de vino se vaciaba por momentos, al contrario que mi plato, el cual ni toqué. Mr. Mafia sí se terminó el suyo, disfrutando de las especias y la carne de cordero en profundo silencio.

Cuando pidió la cuenta, sacó mi tarjeta platino de la cartera y la entregó el mismo. La mujer le sonrió con más interés y después se alejó contoneando el trasero de una forma un tanto evidente. Cuando regresó, le devolvió la tarjeta como si fuera de él y nos deseó una agradable velada.

Pasó algo parecido con el aparcacoches, que asumió que el Maserati era del enorme italiano con cara de pocos amigos, por lo que le entregó las llaves y agachó la cabeza sin enfrentarse a su mirada de gafas rosadas.

Una vez en el interior, Mr. Mafia se sacó un pitillo de su cajetilla de importación y se tomó todo el tiempo que necesitó para encenderlo, soltar el humo y revisar la lista de Spotify de la pantalla; cuya cuenta ya había sustituido con la suya propia.

No le importó que hubiera una cola de coches esperando a nuestras espaldas, ni las miradas nerviosas de los trabajadores del restaurante, deseosos de que se moviera y dejara la entrada libre de una vez. El capo no arrancó hasta que seleccionó una lista de música pop italiana y le dio otra lenta calada al pitillo. Casi parecía estar disfrutando del caos que su prepotencia y egoísmo estaban causando a nuestro alrededor.

—¿Te llevo a *la tua dimora*, o quieres que te deje en otro sitio? —me preguntó sin mirarme.

—No, llévame a casa —le pedí.

Él asintió y al fin arrancó el motor, saliendo casi de un golpe seco hacia la carretera. La noche era calurosa y el aire entraba por las ventanas entreabiertas, agitando nuestro pelo, bañando nuestros rostros y aliviando el rubor que más de tres cuartos de la botella de vino había dejado en mis mejillas.

—No me gusta invitarte a cenar y que no comas, *porcellino* —continuó con la vista al frente. Quizá fuera un cliché, pero Mr. Mafia tenía un montón de amaneramientos muy italianos y esa extraña costumbre de mover mucho las manos mientras hablaba y juntas los dedos—. De donde yo soy, eso è *brutto*, è *molto brutto*. Casi *un'offesa*.

—Lo siento, no me gusta la comida hindú. ¿Sabes eso que dicen sobre los judíos y su pasión por los antiácidos? Es totalmente cierto.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

En ese momento giré el rostro hacia él, esperando ver una expresión prepotente, o quizá una sonrisa que confirmara que no era más que una broma. Pero él seguía serio, llevándose la mano con la que sostenía el pitillo de los labios al volante.

—¿En serio? —tuve que preguntar.

—Sí, en serio.

—Vaya... bueno, la verdad es que ni pensé que te importara una mierda.

—Ya... *ascolta, mio cuccolino*. Tú puedes decirme las cosas, después... —otro movimiento de mano—, yo decido si me importan o no...

—Me estás enviando un montón de mensajes contradictorios todo el tiempo, capo —reconocí—. Es bastante confuso.

—È *molto semplice*, Joe. Me pides permiso para hablar, y, si te lo doy, me hablas. Pero nunca cuando quiero que te calles, *¿capito?*

—¿Y cómo sé cuándo quieres que me calle?

Mr. Mafia al fin ladeó el rostro y me miró por el borde de sus gafas de aviador.

—Prácticamente, siempre que estés desnudo o de rodillas.

—Ah... —murmuré.

—*Per esempio*, ahora quiero que te quites la ropa.

Me quedé un momento parado, mirando su rostro mientras pensaba en si de pronto se había olvidado de todo lo que habíamos hablado en la cena.

—Puedes decidir lo que quieres hacer con tu vida mañana, *cuccolino* —me dijo entonces—. Pero esta noche *il tuo capo* te ha invitado a un restaurante bonito, te ha ido a buscar en *una bella macchina*, ha escuchado tus gilipolleces y te ha tratado bien, merece algo a cambio... *Non credi?* Ya sabes, vaciarle *il suo cazzo* y tragarte *tutti la sua sborra*.

—Vaya... ibas muy en serio con todo eso del hiper machismo siciliano, ¿eh? —murmuré.

Mr. Mafia me miró fijamente y me dijo sin dudarle:

—*Molto serio*.

La primera reacción que sentí fue negarme. El típico: «que le jodan, no merece la pena. Que se vaya a vacilar a otro...» Pero después llegó esa voz ética que siempre daba tan buenos consejos y me susurró al oído: «Sabes que quieres comerte su *cazzo*, su *tutti sborra* y todo lo que te ponga delante. No te hagas el digno ahora, Joe. Date el gusto y después ya piensas lo que haces».

—De acuerdo —respondí. No a Mr. Mafia, sino a mí mismo—. Probaremos a tu manera.

Y empecé a desnudarme. Primero la camisa y después a tirones el pantalón. Cuando me deshice de los zapatos y los calcetines, ya estábamos en la autopista. Miré de nuevo al capo y pasé una mano por el respaldo de su asiento, a la espera de que me diera otra orden. Él fumó una calada de su pitillo y agachó levemente el rostro, mirándome bien de arriba abajo mientras su música italiana resonaba por todo el Maserati.

—*Mamma mia...* —le oí murmurar aun así mientras negaba con la cabeza —, *sei così bello...*

—Gracias, *il mio capo*.

Él asintió y fijo su vista al frente, haciendo un breve movimiento de cadera para acodar mejor el creciente bulto que se estaba extendiendo allí. Acostándose un poco, me hizo una señal para que me acercara. Cuando lo hice, me rodeó los hombros y me atrajo como la otra vez, obligándome a adaptarme a su cuerpo hasta rozarlo todo lo posible mientras él descendía con la punta de los dedos en dirección a mi culo.

Pensar en lo peligroso que era que siguiera conduciendo a ciento cincuenta por hora con solo una mano en el volante —la cual incluso apartaba a veces para llevarse el pitillo a los labios—, o el hecho de que cualquier conductor que pasara por nuestro lado pudiera vernos; no era algo en lo que debiera pensar,

así que no lo hice. Me limité a aspirar ese delicioso olor de Mr. Mafia y sentir un escalofrío cada vez que sus dedos me acariciaban la nalga en su lenta pero constante camino hacia mi ano.

— *Il tuo capo* te ha dado permiso para tocarle, *¿cosa fai allora, porcellino?*

— No lo sé, *signore* — murmuré cerca de su oído.

— Es un regalo — me explicó—. Yo te permito demostrarme las muchas ganas que tienes de hacerme feliz. Te humillas... me ruegas... —enumeró, moviendo la mano del volante, porque la otra la tenía muy ocupada en mi trasero. Tras una rápida calada, continuó—: Haces *tutto* lo posible por llamar mi atención porque *il mio enorme cazzo* es todo lo que quieres en la vida.

— Sí, *padrino* — asentí justo antes de inclinar el rostro directo a su grueso cuello para, con la punta de la lengua, recorrerlo suavemente mientras gruñía de puro placer.

Había un par de cosas que me gustaban mucho en un hombre. Cosas concretas que superaban el típico «Guapo», «con cuerpo de diez», «depilado o no»... Me refería a, por ejemplo, que oliera de aquella manera, o a que su cuello fuera grueso, poderoso, un firme tronco que descendía hacia unos abultados trapezoides. En ese maravilloso cuello, había una vena marcada, una elevación en mitad de aquella piel aceitunada, como el caramelo.

Esa vena me volvía loco, al igual que las de los antebrazos, sobresaliendo entre el músculo firme. No sabía por qué tenía aquel gusto, pero seguramente solo fuera una más de mis muchas filias; empezando por lo perturbadoramente cachondo que me estaba poniendo humillarme para Mr. Mafia.

Le lamía el cuello y no podía dejar de gruñir y jadear. Metí una mano por la abertura de su camisa y noté su fuerte pectoral, como dos montañas cálidas de fino vello negro. Entonces llegué a perder el aire y a contraer el estómago. Desde ese momento, gemir al capo rogándole que me follara, me llenara la boca de corrida, me usara y después me dejara tirado en la cama como a una puta; no fue una obligación, sino toda una necesidad.

Estaba tan perdido en aquel momento que ni me di cuenta cuando dejamos la autopista para alcanzar la carretera que ascendía las colinas de Bel-Air. Sí sentí ese descenso del ritmo al que conducía el capo, pero supuse que era algo normal cuando tenías a un hombre restregándose contra ti como si no hubiera un mañana, lamiéndote el cuello, gimiendo en tu oído y apretándote el pecho.

Solo llegó a su fin cuando sentí que me agarraba del pelo y tiraba para alejarme.

— *Stai zitto, mia porca* — le oí murmurar entonces.

Parpadeé, me pasé la mano por los labios y la barba empapados de saliva y miré al exterior. Ya habíamos llegado a la verja de mi casa y Mr. Mafia alargó la mano para pedirme la llaves. Aquello cortó un poco el momento, tener que rebuscar entre mi ropa para dárselas y esperar a que la verja se abriera... pero tuve tiempo de contemplar mi obra.

Capo tenía el cuello algo enrojecido y brillante de baba, la camisa arrugada y revuelta, las gafas algo movidas y la respiración un tanto acelerada. Había una mancha en la tela blanca, allí donde me había rozado la entrepierna, y otra más discreta en su pantalón, allí donde terminaba el grueso bulto que amenazaba los límites de la resistencia de su cremallera.

Ninguno de los dos dijo nada mientras se adentraba en la propiedad y aparcaba en el garaje bajo las higueras. Mr. Mafia se tomó un momento para quitarse las gafas y dejarlas a un lado del salpicadero y, sin decir nada, salió del coche. No estuve seguro de si debía seguirle o no, pero la duda duró poco. El capo le dio la vuelta al coche y golpeó mi cristal con el nudillo de los dedos. Cuando abrí la puerta, me agarró del pelo y tiró de mí al exterior.

– Ensiñale *al tuo capo* donde te tocas pensando en él – ordenó con tono duro, grave pero algo agitado para tratarse de Mr. Mafia.

– Sí, *signore* – respondí, levantándome del suelo, completamente desnudo, para guiarle por el camino ajardinado en dirección a la entrada.

Mi paso era algo precipitado, excitado y nervioso, pero el capo no tuvo ningún problema en seguirlo por la entrada, el salón principal y la puerta acristalada que llevaba al jardín interior, delimitado por la casa y el balcón con preciosas vistas al valle. En otro caso, quizá con otra persona, le hubiera hecho una pequeña guía turística por la villa, hablándole de los dinteles hechos por encargo, el estilo mediterráneo contemporáneo de colores crema y techo de tejas rojas; el espacio abierto...

Pero no a Mr. Mafia. A él le llevé directo a la habitación que había a un lado de la piscina, con una pared completamente abierta. Allí había una cama grande, mantas más suaves que las nubes y una cantidad absurda de cojines sobre los que me gustaba dormir como si fuera un sultán.

El capo observó con atención la habitación cuando pulsé el interruptor y se iluminó con una luz cálida y sutil. Había muchas habitaciones el quíntuple de grandes en la villa, mucho mejor adaptadas para dormir en ellas; pero a mí me gustaba aquella. Me gustaba levantar la mirada y ver la piscina y el jardín.

– De rodillas – ordenó entontes, y eso hice.

Él se desabrochó del todo la camisa y se puso frente a mí. Su expresión era dura y casi parecía enfadado. Entonces me dio una bofetada que resonó por todo el jardín, me giró el rostro y me dejó sin aire en los pulmones.

– *Porca puttana, ti piace farmi arrapato i toccarme bene, eh?*

– Sí, *il mio capo* – respondí casi sin aliento.

Aunque no tenía ni puta idea de lo que había dicho, me daba igual. Solo quería que siguiera y me follara bien duro.

– *Ti farò soffrire come una fottuta puttana finché non mi dai tutto quello che voglio, mi hai sentito?*

Y tras aquello, me volvió a abofetear.

– Sí... sí... – gemí, con la mejilla dolorida, los ojos brillantes y una sonrisa en los labios. Entonces se detuvo y, como si nada, se sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo para coger un pitillo –. No... no... – gemí entonces –. No pares...

Por supuesto, Mr. Mafia me ignoró por completo. Se encendió el pitillo, se guardó la cajetilla y me dio otra bofetada por haber hablado sin permiso. Entonces se sentó en el borde de la cama y, como la primera vez, se inclino para mirarme fijamente, con los codos apoyados en las rodillas y sus ojos claros clavados en mí. Todavía respiraba agitadamente, aunque se notaba que trataba de controlarlo y parecer mucho más calmado de lo que estaba. Fumar tres caladas seguidas del pitillo, no ayudó mucho en el intento.

—Se acabó el porno —me dijo entonces, con la boquilla del cigarro pegado a los labios y el humo grisáceo elevándose frente a su rostro—. Se acabo lo de tocarse. *¿capisci, mia cagna?*

—Sí, padrino.

—Ahora solo te vas a correr cuando yo lo diga. Todos tus orgasmos serán conmigo o pensando en mí. Si estás cachondo, me avisas y puede o no puede que me apiade de ti y venga a ver cómo te lo haces a mis pies.

—Sí... Lo que quieras, capo —asentí.

Le diría lo que fuera para que se bajara los pantalones.

—Bene... Empieza —ordenó entonces.

Me quedé parado, completamente paralizado y con la mente eclipsada por la cruel realidad que se presentaba ante mis ojos. No quería tocarme, yo ya me tocaba como un mono a diario en aquella misma habitación; lo que quería era que el capo me follara.

Pero, como ya había aprendido a la fuerza, no tenía sentido tratar de convencer a Mr. Mafia de que cambiara de idea. Así que no tuve otra opción que empezar a tocarme y tratar de disfrutar del momento todo lo posible, aunque no fuera lo que yo me hubiera imaginado.

Empecé con algo suave, aprovechando el rastro de líquido presimal que todavía me manchaba la punta, froté la cabeza y solté aire al notar el roce de mis dedos contra la sensible piel del glande. Cuando seguí por el tronco, entrebrí los labios y jadeé por lo bajo. El capo no paraba de mirarme con sus ojos claros mientras fumaba lentamente, sin llegar a apartarse demasiado la boquilla de los labios.

Me costó verlo al principio, porque la frustración de no tener lo que quería todavía me cegaba; pero cuando eso pasó, empecé a comprender lo erótico que resultaba todo aquello. *Il mio capo* me estaba mirando hacérmelo, de rodillas en el suelo solo porque él quería. Puede que me estuviera juzgando; puede que le pareciera ridícula la forma en la jadeaba su nombre, me agitaba la polla y me revolvía un poco en el sitio; puede que estuviera disfrutando de la visión de *il suo bello porcellino* tocándose para él como una buena cerdita; puede que no estuviera pensando en nada en absoluto.

Fuera como fuera, aquel momento se convirtió en un instante de pura excitación para mí y, por desgracia, se acabó rápido. Demasiado rápido.

Sí.

Cuando sentí la oleada del orgasmo gruñí, cerré los ojos y di las últimas batidas mientras mi semen salía disparado hacia la alfombra de hilo fino que cubría el suelo de la habitación.

Solo entonces la fría realidad cayó sobre mí como una lluvia de nieve seguida de una risa baja y grave. Levanté los ojos llorosos y miré al capo, riéndose desde la cama a carcajadas.

—¿En serio, *porcellino*? —me preguntó cuando recuperó el aliento—. ¿Ni un *porco minuto* has tardado?

—Tenía... muchas ganas —jadeé, tragando saliva para aclararme la garganta.

El rubor de mis mejillas producido por el calor del momento se fue mezclando con la repentina humillación y la vergüenza.

—No, no puede ser... —negó él, poniéndose el pitillo en los labios antes de levantarse—. Porque esto no es lo tuyo... ¿verdad? A ti no te gusta que *il tuo capo* te use como quiera —entonces se detuvo justo frente a mí y bajó una mano para darme unas suaves palmadas en la cara—. ¿No, Joe? ¿No era eso lo que decías?

Levanté la mirada hacia sus ojos y tomé una buena bocanada antes de murmurar:

—Me equivoqué, *signore*.

—Ah... —sonrió. Como todo en él, su sonrisa también era perfecta, amplia y limpia contra su piel tostada y su barba negra—. ¿Al fin lo has entendido? —entonces se agachó para decirme en voz baja al oído—: Ahora, cuando todo termina, las buenas *cagnas* dicen a sus hombres: *Grazie amore*.

Asentí lentamente y repetí lo mejor que pude:

—*Grazie amore*...

—*Molto bene* —me felicitó antes de incorporarse y darme una última palmada en la mejilla, esta vez un poco más fuerte.

Sin más, se alejó en dirección al patio, dejándome allí solo, con la mano todavía manchada de semen y la sensación de haber perdido un poco de mí mismo; y de haber ganado todo un mundo a cambio.

Cuando me desperté en mitad de la cama, miré el techo a dos aguas de la caseta, sustentado por pilares de madera oscura. Entre ellos, enrollados por la nudosa superficie, había pequeñas luces decorativas, esas que le daban un ambiente cálido y apagado a la habitación. Sentí la brisa cálida y seca llegando por un lado y oí el leve arrullo de las cortinas blancas de imitación ibicenca.

Parpadeé.

Y entonces me levanté de un salto. Debía ser muy tarde, pero me había quedado completamente dormido y, por alguna razón, la alarma del móvil no había sonado. Ese misterio quedó resuelto rápidamente cuando, tras ducharme y vestirme, me puse a buscar el iPhone por todos lados. No estaba en mi habitación, ni en la mesa de la entrada, ni en la cocina ni en el baño. Pero ya llegaba hora y media tarde al trabajo y no tenía más tiempo para dedicarle a la búsqueda.

Curiosamente fue al abrir la puerta cuando me lo encontré, descansando sobre el escalón de piedra blanca. Casi lo hubiera pisado de no haber tenido la manía de mirar hacia abajo cuando le daba vueltas a la cabeza.

Entonces lo recordé: Mr. Mafia me lo había pedido junto a la cartera y yo no se lo había pedido de vuelta. ¿Cómo haber podido? Después de correrme solo me dejé caer entre los cojines con una estúpida sonrisa y ninguna preocupación en mente.

Lo primero que hice fue llamar a Lizza para decirle que me había quedado dormido, a lo que ella respondió con un:

—Problemas de ricos...

–Te veo directamente en la nave del plató –respondí yo, subiendo ya al Porsch.

Después conduje a unos peligrosos ciento treinta por hora entre las serpenteantes carreteras de la colina hasta alcanzar el valle. No pude ni pararme a tomar un café, asunto que Lizza ya había previsto y por el cual se trajo con ella un moccaccino con hielo de sobra.

–Te amo –le confesé.

Ella no hizo más que arquear las cejas y negar con la cabeza mientras sorbía de su pajita y miraba en incesante movimiento del plató de rodaje. En un momento más relajado, cuando mi atención ya no era «del todo necesaria», volví a mirar el iPhone, en el cual tenía algunos mensajes sin leer.

«¿Qué has aprendido ayer a la noche, *mio porcellino*?»

Puse los ojos en blanco, pero respondí:

«Qué tenías razón, *signore*».

Tan solo cinco minutos después, el teléfono vibró entre mis manos.

«Bene. Esto es lo que vas a hacer a partir de ahora: cada maña me vas a mandar un mensaje de buenos días junto tu geolocalización a tiempo real. Así sabré dónde estás en todo momento. Cuando vayas a algún sitio, me lo dirás antes: ya sea por trabajo o no. Por supuesto, nada de andar con *ragazzos*, ni estrellas ni modelos. Y más vale que no juegues en ese sentido, *cuccolino*, porque te aseguro que soy *molto*, MOLTO *geloso*. ¿*Tutto capito*?»

Releí aquello un par de veces y, a cada ocasión, fruncía más el ceño. Me parecía un tanto excesivo, aunque no del todo preocupante. Es decir, el capo no era mi novio ni nada así, y aquello que hacía solo formaba parte de la fantasía de amo controlador. Una fantasía en la que estaba dispuesto a participar, aunque pudiera resultar un tanto incómoda en ciertos aspectos como ese.

«Sí, *il mio capo*», respondí, mandándole la geolocalización en tiempo real y programándola para todo el día. «Ahora estoy con Lizza en el plató de rodaje».

«*Chi è Lizza??*», recibí casi al instante, como si mr. Mafia se hubiera quedado mirando el móvil hasta que hubiera respondido.

Cuando escribía en italiano era mucho más sencillo entenderle, básicamente porque podía pasar el traductor por encima.

«Es mi ayudante, Elisabeth Brown. Me ayuda con la agenda y cosas así».

«Oh, *il mio porcellino viziato* necesita una ayudante porque su trabajo è *molto difficile*...»

«Ja, Ja, Ja, Ja... (espero que captes la ironía). Aunque no lo creas, no es tan fácil como parece. Hay mucho dinero en juego e importantes decisiones que tomar, la presión a veces es muy grande».

«Qué bien te viene entonces que conmigo solo tengas que pensar en una cosa, ¿eh? ¿Estás siguiendo la dieta que te he mandado? ¿Y los ejercicios? Quiero que dejes el gimnasio. Seguro que tienes pesas y bancos en alguna parte de tu enorme mansión, así que ahora lo harás solo en casa. No quiero que creas que por estar conmigo voy a permitir que dejes de trabajar ese *bellissimo corpo tuo* y te conviertas en una puta foca».

Fruncí tanto el ceño y negué tanto con la cabeza que Lizza llegó a preguntarme qué pasaba.

– Nada, un... chico... que conocí.

– ¿Es judío?

La miré y puse una expresión seria.

– ¿Quién eres ahora, mi madre?

– Ojalá fuera tu madre. Me pasaría el día tomando el sol, bebiendo y a la caza de actrices con unos sueños tan grandes como sus tetas.

– Entonces quieres ser mi padre –la corregí, lo que produjo una risa y un asentimiento en respuesta.

De vuelta al móvil, tomé una bocanada de aire y escribí:

«Oye, capo. Me gusta mucho lo que haces, y no me importa seguirte el juego con eso del control absoluto, pero debes saber que tiene que haber límites. No puede ser nada que afecte a mi trabajo, a mi familia o a mi vida social en la comunidad judía, ¿vale? Tendré que tener reuniones con muchas personas, algunos de ellos, *ragazzos*. Pero estoy dispuesto a seguir tu dieta y cancelar el bono del gimnasio».

Como me esperaba, apenas un par de minutos después, él respondió:

«Vas a llevar el móvil siempre encima y vas a responder a todos mis mensajes lo antes posible, ¿*capito*? Mándame una foto cuando entrenes».

«Capito. Por cierto, ¿te has quedado tú mi cartera? Dímelo, por favor, porque sino tengo que cancelar todas las tarjetas».

«La tengo yo».

Asentí. La tenía él y, por lo que parecía, no tenía prisa en devolvérmela. Maravilloso. No es que necesitara el dinero y las tarjetas, porque podía pagar las cosas con el móvil, pero la idea de que se la hubiera quedado a propósito, como se había quedado el Maserati, me causó cierta preocupación.

Aquel día revisé un par de veces las cuentas bancarias, curioseando si Mr. Mafia andaba usando mis tarjetas por ahí, pero no encontré más gastos que los que yo había hecho y conocía. Cuando volví a casa a las siete y media, se lo dije al capo y fui a desempolvar el gimnasio que una vez había montado en la planta baja, en una de las alas laterales con vistas al valle.

«*Cos'è quello? Non hai niente di meglio che mandare il tuo capo?*», me preguntó cuando le envíe una foto en el espejo de pared con la ropa de deporte. No fue nada del otro mundo, tan solo yo sentado y mirando al frente.

Tras pasar el traductor y descubrir que a Mr. Mafia le había parecido poco, me quité la camiseta, me remangué el pantalón corto y le di un poco de gracia.

«Así sí, *porcellino*. Ahora quítatelo todo».

Pronto descubriría que lo del sexting sería una constante en nuestra relación, aunque, por desgracia, solo iba en una dirección: de mí para él. Mr. Mafia nunca me enviaba nada, solo me decía lo que quería. Por otro lado, aquello tenía su punto picante y excitante. Algunas noches de la semana el capo debía tener poco trabajo y se ponía bastante descriptivo con las posturas, formas, ángulos y vídeos que quería que le mandara.

Lo de no poder correrme a solas se convirtió en todo un problema. No es que yo fuera de esos que estaban todo el rato pensando en sexo, pero sí *il mio capo* no paraba de mandarme mensajes cerdos en italiano mientras yo me hacía unos

dedos para él y gemía... bueno, después me costaba un rato bajarme el calentón.

A golpe de Sabbath ya estaba algo loco, frustrado y con unas enormes ganas de sexo sucio. Escuchar al rabino leyendo el Génesis y después cantando con su voz de pito, no ayudó demasiado a mi buen humor.

«Salgo de la sinagoga. Ha sido una mierda. Me voy a parar a hablar con algunos amigos de la familia y después voy con mi madre al club de campo», le escribí distraídamente a la salida mientras mi padre saludaba al señor Rosemfort, un viejo amigo de la infancia.

«Mándame una foto».

«Ahora no puedo quitarme la ropa, capo».

«Mándame una foto ahora mismo».

Levanté el móvil y me hice un selfie, con la kipá negro en la coronilla y el talit –chal de oración blanco a rayas azules– alrededor de los hombros.

«Masel tov!», escribí al pie de la foto.

«Nos vemos en Beverly Hills esta noche a las nueve. Ya sabes lo que tienes que hacer».

Como muchas otras veces, solo pude fruncir el ceño y quedarme mirando la pantalla. ¿Acaso tenía Mr. Mafia algún tipo de filia con mi religión y se había puesto cachondo al verme así? Esperaba que no, sinceramente, porque la lista de cosas por las que preocuparme con él ya era demasiado larga...

«Sí, *il mio capo*»

SETTE

A las ocho en punto llegué a la casa de Beberly Hills tras una rápida visita al centro comercial para comprar. Durante la comida con mi madre, me había decidido por cocinar una lasaña. No parecía complejo y, dadas mis pocas dotes culinarias, debía empezar por lo más fácil primero.

Dejé todo en la cocina, abrí las puertas correderas y alguna ventana para que se fuera el olor a cerrado y dejé el vino en la nevera. Tenía pasta que dejar en remojo, carne picada que preparar, verduras que cortar y una lavativa que hacerme; esta vez, con la esperanza de que sirviera para algo. No era un proceso divertido si después no le sacabas partido.

Como la primera vez, ya salí del baño sin ropa y recién duchado, tan limpio por dentro como por fuera. Me puse el delantal y terminé de montar aquel extraño pastel de carne y pasta italiano. Entonces lo cubrí de queso rayado y lo metí en el horno.

Ya que la idea no era que yo cenara con el capo, me había traído mi propia ensalada, que comí distraídamente mirando la televisión plana del salón. A las nueve y cinco, apareció Mr. Mafia en la cocina, entrando directamente desde el jardín.

Llevaba una camisa color crema, unos pantalones café y las gafas Rayban negras.

—*Buonaserà, il mio capo* —le saludé con una sonrisa.

Él asintió y cruzó hacia la isla para sentarse en el taburete. Allí se quitó las gafas y esperó a que le sirviera el vino.

—*O'Porto, 1976* —le dije.

Mr. Mafia lo olió, le dio vueltas y lo probó.

—*Bravissimo* —murmuró.

Saqué la lasaña del horno y se la puse delante, sirviéndole un buen trozo antes de entregarle el tenedor y quitarme el mandil. El capo señaló el suelo a su lado y, como un perrito obediente, allí me senté de rodillas mientras él comía.

¿Qué pensaban los sumisos cuando estaban esperando? Pues la verdad es que nada en especial. A veces me distraía con tonterías del trabajo, a veces pensaba en algo que tuviera que hacer o con planes, a veces simplemente me quedaba mirando al capo y disfrutaba de lo guapo que era.

Esa noche, Mr. Mafia me pidió que le rellenara la copa dos veces más y, tras terminar con el plato, que le hiciera un café. Ya había comprado la cafetera italiana y había visto el vídeo, así que le hice algo parecido al café que le gustaba. Se lo serví en una taza pequeña y el lo miró, lo olió y lo probó, al igual que con el vino; solo que en esta ocasión chasqueó un poco la lengua y no pareció tan complacido.

Con la taza en la mano, me señaló la salida hacia el jardín y le acompañé en silencio hacia uno de los muebles que allí había, rodeando una mesa baja de cristal, con techumbre de parras y al lado de la chimenea de piedra. Cuando se sentó, abrió las piernas como a él le gustaba y fue en busca de la cajetilla de tabaco, la cual me tiró.

—*Accendimi una sigaretta, porcellino* —me dijo con uno de esos marcados manierismos italianos.

Aunque seguía sin entenderle del todo, el contexto fue claro. Le saqué un pitillo y me lo puse en los labios para encendérselo y, después, dárselo directamente en la boca. Sin embargo, antes de que pudiera echar el humo, se inclinó hacia delante y me agarró de la mandíbula. Mirándome directamente a los ojos, tan cerca que podía sentir su aliento en la cara, apretó mis mejillas hasta que no me quedo otra que entreabrir los labios como un besugo. El capo ladeó un poco el rostro y aspiró lentamente el humo que brotaba de mi boca.

Al terminar, me dio una palmada en la cara y me quitó el pitillo de la mano. Yo me mordí el labio inferior y traté de ahogar una sonrisa tonta de excitación. Recostado contra el respaldo del mueble de jardín, como el puto rey que era, chasqueó los dedos y me indicó el punto exacto en el que quería que me quedara: justo entre sus piernas.

El bulto entre ellas era evidente y me llamaba como la miel a las moscas, pero me esforcé en mirar aquellos ojos claros que se clavaban de vuelta en mí. El capo fumaba lentamente, con una mano por encima del respaldo, la camisa entreabierta y una expresión seria. Se pasó todo un minuto así hasta que me dijo:

—Te has portado muy bien esta semana, *mio cuccolino*. Creía que me ibas a dar muchos más problemas...

—*Grazie, il mio capo*.

Volvió a hundirse en un silencio que se dilató vagamente en el tiempo, difuminándose como el humo del tabaco que ascendía hasta perderse entre las hojas verdes de la parra sobre nuestras cabezas.

—¿Te has tocado sin mí? —quiso saber.

—No, *signore*.

—No me mientas, *porca cagna...*

—De verdad, no lo he hecho —le aseguré con un tono bastante serio—. Y no ha sido por ganas...

Mr. Mafia no respondió al momento, sino que se tomó otro de esos momentos para ladear la cabeza, dar una calada, dejar que el humo grisáceo le acariciara ese rostro masculino y atractivo y, finalmente, se dispersara en la calurosa noche. Entonces levantó un pie y, dejándolo en mi pecho, me empujó para que cayera de culo en el suelo de piedra. No supe muy bien cómo reaccionar o aquello, o incluso la razón por lo que lo había hecho, aunque quizá no hubiera ninguna. Solo lo hacía porque podía.

—Vuelve —ordenó, señalando el punto entre sus piernas en el que había estado antes.

—Si *il tuo capo* te diera la oportunidad de decirle algo, una cosa, que no quisieras nunca que te hiciera, ¿qué le dirías? —me preguntó.

—Oh... emh... —parpadeé—. Meterme el puño por el culo. Eso no me pone nada.

Él asintió lentamente y, con la uña del meñique, empezó a limpiarse una encía antes de pasar la lengua y volver a darle una calada al pitillo.

—Si *il tuo capo* te diera la oportunidad de decirle algo, una cosa, que quisieras que te hiciera, ¿qué le dirías?

—Follarme —esta vez no lo dudé.

—*Pensa saggiamente, mio porcellino* — me aconsejó —. *Il tuo capo* ya te va a follar lo quieras o no. Dile algo que te gustaría, pero que no creas que pueda pasar.

—Mmh... quizá... No —me detuve, alzando la mirada al techo verde y vivo para darle una vuelta o dos a la idea—. Vale. Me encantaría hacerlo en un lugar público. No público en plan, al aire libre, me refiero a un sitio discreto, pero público; como en la sección vip de la discoteca, donde hay sofás apartados, poca luz y pasa gente, pero no tienen por qué saber lo que haces hasta que se paran bien a mirar. Muchas veces, cuando voy a sitios así, lo tengo visto y la verdad es que me pone bastante cachondo.

El capo escuchó mi larga explicación en silencio y, cuando terminé, volvió a usar su pie para empujarme de espaldas. Esta vez, supe por qué lo hizo y agaché la cabeza cuando me hizo volver a ponerme entre sus piernas.

—Así que *il mio cuccolino* es una guarra de discoteca...

—No, nunca lo he hecho, solo digo que me pone mucho.

El capo se movió entonces, inclinándose hacia delante para apoyar los codos en las rodillas y dejar su rostro a apenas un par de centímetros de mí. Sus ojos claros me miraban como los de un halcón en las alturas y me hacían sentir minúsculo en comparación.

—¿Y qué es lo que *sí has* hecho, *puttana*?

—No mucho —dije en voz baja antes de encogerme de hombros—. Lo mío no es el sexo esporádico y, con mis ex, la cosa era bastante normalita.

Mr. Mafia no dijo nada durante un par de segundos y, después, se incorporó, se dejó el pitillo en los labios y empezó a desabrocharse el cinturón, dejando, como no, su entrepierna casi pegada a mi cara.

—*Cosa hai fatto con i tuoi ex?* —preguntó sin mirarme.

—¿Qué?

—¿Qué hacías con ellos? —repitió, moviendo el pitillo que sostenía entre los labios mientras terminaba de quitarse el cinturón negro.

—Lo normal.

Mr. Mafia sostuvo el cinto con la mano, me miró desde las alturas, se sacó el pitillo tras una calada y, tras volver a ponérselo en los labios, me dio una bofetada.

—¿Qué te he preguntado, *porcellino*? ¿Te he dicho que me hagas un resumen o te he dicho que *me lo cuentes*?

—Que te lo cuente, *il mio capo* —asentí.

Entonces hizo uno de esos gestos italianos de palma abierta y movimiento de muñeca, invitándome a que le obedeciera.

—Pues... con Isaac, el primero, no pasamos de mucho más allá de pajas y mamadas. Éramos jóvenes, estábamos en el Club de campo mientras veraneábamos y casi ni sabíamos lo que hacíamos. Cuando el verano terminó, seguimos hablando, pero la cosa se murió rápido. Después conocí a Poul. Solo salimos un año. A él le gustaba mucho el sesenta y nueve y a veces me daba un

par de azotes y me escupía cuando se lo pedía, pero era como ver a un cachorrito ladrando.

Mientras yo hablaba, Mr, Mafia se había vuelto a sentar en el sillón y, con calma y solo parando para dar una calada al pitillo, me ató de las mulecas con el cinto.

—Ah, sí, una vez intenté hacerle una paja en el cine, pero se puso tan nervioso que ni se le empalmó. Después estuve con Joshua, el hijo de una amiga de mi madre. Me lo presentó en la boda de los Dohan y al principio no tenía muchas esperanzas, la verdad; otro de los estúpidos intentos de mi madre por emparejarme con un judío de buena familia; pero lo cierto es que era bastante guapo. Estaba terminando su especialización en cirugía plástica y nos pasamos todo el banquete charlando y bromeando. Al final nos pasamos casi cuatro años juntos. Mi madre lloró durante horas cuando le dije que no sentía la magia... — recordé con cierto pesar. Uno del que salí deprisa cuando Mr. Mafia, muy amablemente, me abofeteó de nuevo—. Sí, perdona, *il mio capo*. Con Joshua tampoco hacía nada especial. Sexo normalito, alguna mamada tonta en el coche, toqueteo casual durante las cenas románticas... En una o dos ocasiones conseguí convencerle para hacerlo en su despacho de la clínica; pero también se ponía un poco nervioso y casi podía verle sufriendo por terminar. Aunque, cuando le confesé que yo no me sentía como él, que no estaba tan... enamorado, llegó a proponerme alguna cosa sorprendente.

Fruñí el ceño al recordarlo y, por un instante, sentí ese ramalazo de pena que todavía me atormentaba al pensar en el bueno de Joshua. Hubiera deseado poder amarle, porque era todo un amor de hombre, pero, por desgracia, no fui capaz.

Una buena bofetada fue todo lo que necesité para despertar de nuevo. Parpadeé con los ojos llorosos y la mejilla ya enrojecida.

—Sí — dije, mirando de nuevo a los ojos del capo, ya recostado y con los brazos extendidos por el respaldo del sillón—. Me... me dijo que si quería, podíamos probar juegos de roles, disfraces e incluso llegó a proponer que, si el problema era que él no me excitaba, podíamos empezar a hacer tríos o incluso a tener una pareja abierta.

—*Ce l'hai fatta?*

—¿Qué?

—¿Lo hiciste?

—Oh, no, no, claro que no —respondí, negando con la cabeza a la vez que fruncía el ceño—. Nada de tríos, ni cuartetos ni mierdas así. Y mucho menos abrir nada —le aseguré—. Aunque parezca muy moderno aquí de rodillas, con las manos atadas y frente a un amo, en realidad soy muy clásico. Mi hombre es mío y de nadie más.

Mr. Mafia asintió lentamente y me dijo:

—*Feliche de sentirlo*, porque yo tampoco abro nada ni comparto nada. ¿Te has limpiado bien? —terminó preguntando de una forma un tanto repentina.

—Sí, *il mio capo*.

—¿Cómo?

—Pues... con un enema y una ducha anal. ¿Por qué, *padrino*, te gusta de otra forma?

—No, *va bene* —murmuró con una ademán rápido de la mano antes de ir en busca de su cajetilla a un lado del sofá.

Esta vez se lo encendió él mismo, pero, al terminar y dejar el tabaco a un lado, me miró y levantó la cadera para alcanzar el botón de la bragueta y liberarlo. Me quedé mirando ese momento tan hermoso en el que la tela cedió, mostrando parte del vello rizado y oscuro de su pubis, un tanto oculto por el final de la camisa.

—*Quindi, ti piace succhiare, mia cagna?* —preguntó, volviendo a recostar el brazo en el respaldo y dando una calada—. *Ti piacciono i cazzo grassi da mettere in bocca?*

—Lo siento, *il mio capo*. No te entiendo —murmuré, negando lentamente con la cabeza y deseando con toda mi alma conocer aquel idioma que tan estúpidamente cachondo me ponía ahora.

—No voy a traducirte cada puta frase, *cuccolino*. Si quieres, te compras un diccionario.

—Sí, *padrino*.

—Me gusta hablar mi idioma cuando follo, me gusta hacerlo en la intimidad. ¿Vas a pararme cada vez para que te explique lo que digo? —continuó con una mueca un tanto exasperada en el rostro.

—No, *signore*.

—*Bene. Ora vieni qui e mostrami come succhi un bel cazzo.*

Seguí sin entender una mierda, pero como se estaba señalando la entrepierna con uno de esos gestos de la mano, asumí que, o me estaba invitando a acercarme, o me estaba dando alguna explicación. Decidí arriesgarme e inclinarme hacia delante. Avancé lentamente sin apartar la mirada de los ojos de Mr. Mafia, por si le había malentendido y me iba a detener con una bofetada. Como no lo hizo, bajé la mirada hacia la breve abertura entre el pantalón y la camisa, allí donde el pubis negro y rizado se elevaba como el más hermoso vellón de una oveja.

Con las manos atadas y muertas entre mis piernas, no pude más que hundir la cara en su entrepierna y moverla, restregándome como él me había obligado a hacer las primeras veces; solo que en esta ocasión, yo estaba muy cachondo y me puso como una completa perra. Noté el vello más áspero y lo besé un par de veces, lamiéndolo y llegando a abordarlo de una forma un tanto desesperada. Había un bulto carnoso contra el pantalón, extendiéndose hacia un lado; un bulto que mordisqueé, bese y lamí, aunque todavía hubiera una tela áspera de traje que nos separara. Mis gruñidos llenaron el silencio junto a mis gimoteos de queja, cada vez más altos cuando el tiempo pasaba y seguía sin tener lo que quería.

Entonces, una mano me agarró del pelo y tiró para levantarme. Me topé con los ojos claros del hombre más guapo que había visto nunca y propietario de la polla que más había ansiado devorar en mi vida. Ese hombre, fumaba y sonreía con crueldad.

—*Come va, mio porcellino? Sembra che tu sia un po' disperato per il mio cazzo, vero?* — me preguntó con un tono bajo y un movimiento de su mano de yemas juntas y bamboleo de muñeca. No necesité traducción. Mr. Mafia simplemente estaba disfrutando de mi desesperación.

—Sí, *il mio capo* —jadeé—. Dame más, por favor...

—*Più?* —me dijo mientras acercaba su rostro al mío—. *Come chiedi di più al tuo capo, mia bella cagna?*

Me mordí el labio inferior tan fuerte que me dolió mientras un gemidito brotaba de lo más profundo de mi garganta. Mr. Mafia se dio cuenta y bajó la mirada, apartándose lo suficiente para ver cómo, usando mis manos atadas con el cinturón, estaba frotándome la polla húmeda.

—*Agh, sei una fottuta puttana. Non puoi nemmeno aspettare, eh?*

—Sí, *signore* —jadeé—. Fóllame...

Pero Mr. Mafia negó lentamente con la cabeza y, apartándose un poco, me dio una buena bofetada.

—*Calmati, porcellino. Calmati... Ti scopero la bocca come se non fossi stato fottuto nella tua fottuta vita. Mi senti?*

Asentí con los ojos húmedos y la mejilla ardiendo. No me importaba lo que dijera, solo me importaba que siguiera adelante, más y más, con aquella actitud de machito italiano que me estaba dejando sin sentido ni razón.

Entonces el capo se levantó, quedando de nuevo de pie frente a mí, tiró el pitillo a un lado y, cumpliendo uno de mis mayores deseos en la vida, se abrió la bragueta para sacarse la polla.

Hubo varias razones por las que me quedé maravillado y, de alguna extraña forma, hasta enamorado.

La primera, fue que aquel bulto grueso que parecía tan prometedor era, en efecto, todo lo grande que prometía. No había querido hacerme muchas ilusiones hasta entonces porque no quería decepcionarme al final. Me hubiera hundido por completo la excitación que, después de todo, Mr. Mafia solo tuviera los huevos muy grandes y eso abultara demasiado. Pero no era así. El capo era perfecto de arriba abajo, y eso incluía su enorme polla de unos... a ojo, dieciocho o diecinueve centímetros bien gruesos.

La segunda, fue que la forma acompañaba al tamaño: proporcionada, tronco recto, un poco venoso y con una cabeza ligeramente más grande, rosada, que sobresalía del resto y la coronaba como si fuera un rey que necesitara su corona. Ni se desviaba hacia un lado, ni era más gruesa en la base que en la punta, ni tenía un color diferente al resto de su piel... Era como un cilindro perfecto, como si la hubieran dibujado o tallado, como un dildo hiper-realista.

La tercera, fue que olía bien. No quería decir que oliera a rosas, pero sí a que Mr. Mafia se había tomado la molestia de limpiarla con agua y jabón antes de venir, que ya era mucho más de lo que se podía decir de muchos otros. Y saber eso me gustó. Yo no era ninguna princesa y sabía muy bien que una polla era una polla, pero eso no significara que no me importara la higiene.

La cuarta y última, aunque, sin lugar a dudas, la mejor, era que, *il mio capo*, tenía prepucio. No mucho, solo un pellejo juguetón que le cubría hasta la mitad del glande. No tuve claro si fue una reacción psicológica al hecho de que en mi comunidad eso era un tabú, o a que nunca había visto uno antes tan cerca; pero fuera lo que fuera, me atrajo y excito de una forma que rozó lo perturbador.

Llegado ese momento, entreabrí los labios y me incliné suavemente. Una bofetada me detuvo, pero estaba demasiado acalorado, sudoroso y atontado como para notar demasiado dolor. Miré al *mio capo*, que movía la mano de

yemas unidas y decía algo en italiano. Solo se me ocurrió asentir lentamente y esperar a que él se agarrara del tronco de la polla y la abaneara delante de mi cara como si quisiera provocarme o condenarme a la locura.

Volvió a preguntarme algo, a lo que yo volví a asentir y, por fin, Mr. Mafia subió un pie al sofá para quedarse con la pierna doblada y, supongo, estar más cómodo. Entonces me pegó un golpe en la cara, se señaló el miembro con ambas palmas abiertas y me dijo:

— *Mangliare, mio porcellino.*

Y eso hice. Primero con la lengua, rozando la cabeza un tanto brillante gracias a la leve gota de líquido preseminal que la humedecía, como una lágrima tibia y salada. Después recorrí la abertura más sonrosada y, muy cariñosamente, me metí esa cabeza que casi me llenaba la boca. Cerré los ojos y gruñí.

En ese momento supe que estaba completamente perdido.

Mr. Mafia no tenía ni idea de a lo que se estaba enfrentando, el monstruo que acababa de despertar en ese mismo momento. Que el sabor de su miembro, como un beso envenenado, me cambió para siempre. Que desde entonces, tendría que alimentar a un dragón que se había pasado veintisiete años dormido dentro de mí y que, ahora que estaba despierto, tenía un hambre voraz y una dieta muy, muy limitada y con un solo nombre en ella: *il suo capo*.

No digo que antes no me gustara mamar y el sexo, porque mentiría. Era solo que con Mr. Mafia lo disfrutaba diez veces más. Como si me hubiera pasado la vida comiendo gachas y de pronto y por sorpresa, probara cereales con más azúcar y chocolate que trigo. Una explosión de sabor y un capricho instantáneo, eso era *il mio capo*.

En cuanto a lo que estaba pasando en aquel momento, sería confuso de describir, porque ni yo mismo fui del todo consciente. Solo sé que, si tuvieran que ponerme nota por esfuerzo, entusiasmo y dedicación, me hubiera licenciado con *cum laude*.

No tenía ningún miedo de metérmela hasta tener la nariz hundida en su pubis y sus huevos en la barbilla. Siempre había estado morbosamente orgulloso de mi garganta profunda, pero aquella polla supuso todo un reto. Me atragantaba, me quedaba sin aire, los ojos me lloraran y la boca se me inundaba de baba densa que goteaba desde mi barba al suelo sin parar, produciendo un ruido viscoso y húmedo cada vez que me retiraba para seguir chupándola de arriba abajo.

Por otro lado, Mr. Mafia estaba inmerso en su propio trance. No paraba de decir cosas en italiano, gruñir, tirarme del pelo y darme alguna que otra bofetada, como si lo que yo le estaba haciendo no fuera suficiente. Solo descansaba los momentos que, inevitablemente, tenía que apartarme debido a una fuerte arcada, momentos en los que, aunque breves, me daban un ligero instante para recuperar la compostura y el aliento.

Il mio capo no era demasiado considerado a la hora de follarte la boca. No se preocupaba demasiado de lo fuerte que movía la cadera, lo mucho que te hundía la cara en su entrepierna o la intensidad con la que lo hacía, obligándote a aguantar hasta que él lo deseaba, por mucho que te ahogaras o empezaras a producir el sonido ronco que precedía al vómito. Entonces, justo en el límite

más peligroso, te soltaba y sentías que tomabas la primera bocanada tras minutos nadando en el profundo mar.

Hizo aquello hasta que, inevitablemente, llegó un punto en el que no consiguió aguantar más y, con un gruñido grave y profundo de garganta, se produjo el milagro. Sentí algo más caliente en el interior de la boca, mucho más salado y denso que mi saliva. Al comprender que se estaba corriendo, hice un último esfuerzo para sacarle al *mio capo* hasta el alma por la polla. Algo que, por como gimió y me apretó el pelo mientras temblaba, podría haber sido posible.

Cuando terminó y no quedó ni una sola gota más que ordeñar, él me soltó. Yo dejé caer la cabeza, cerrando los ojos empapados en lágrimas mientras tomaba leves respiraciones. La saliva goteaba de mi barbilla, se deslizaba por mi cuello y empapaba mi pecho y el suelo, alimentando ese pequeño charco más oscuro que se había ido formando allí. A cada respiración, notaba un leve dolor en la garganta y, cuando tragaba, sentía el intenso regusto a semen.

Noté un movimiento frente a mí, pero no fue más que una sensación lejana. Yo me había quedado en un estado cercano a la inconsciencia tras aquella experiencia tan fuerte y, podría decirse, violenta.

El silencio y la calma se extendió varios minutos, hasta que al fin conseguí levantar la mirada borrosa y vi a Mr. Mafia, con la cabeza recostada en el respaldo del sofá, los brazos extendidos y los labios entreabiertos. Casi en la misma postura en la que le había visto por primera vez. Su pecho, un poco sudado, se elevaba más de lo normal bajo su camisa, moviendo la cruz dorada y la cadera que colgaban de su cuello grueso. Descansando todavía fuera de los pantalones, estaba la culpable de todo aquello, ya dormida y flácida.

El *mio capo* hizo un movimiento entonces, golpeó el respaldo del sofá e incorporó la cabeza para mirarme.

—*Molto bene...* — me dijo con una voz un tanto jadeante —. *Molto... molto bene...*
Se levantó con evidente esfuerzo, se metió la polla en los pantalones y los abrochó. Sorbiendo por la nariz y pasándose una mano por el pelo, miró hacia la piscina y después se dirigió al interior de la casa. No me moví del suelo hasta que volvió con sus gafas puestas. Cuando se agachó para desabrocharme el cinturón de las muñecas, me agarró de la barbilla empapada, hundió los dedos y me preguntó:

—*Cosa hai da dire al tuo capo, mio cuccolino viziato?*

Tragué saliva y respondí con voz ronca y gastada:

—*Grazie, amore.*

Él me miró tras los cristales negros, asintió lentamente y me dio un último golpe en la mejilla que resonó levemente en el silencio de la noche. Y, sin más, se fue caminando por el patio en dirección al camino que bordeaba la casa, entre las palmeras y helechos, en dirección a la carretera.

Cuando me quedé solo, me dejé caer hacia delante y me cubrí la cabeza entre los brazos. Había sido demasiado...

Demasiado bueno, quiero decir.

OTTO

Cuando me desperté, todavía seguía en la casa de Beverly Hills. No había sido capaz de caminar más allá del salón y dejarme caer en el sofá. Casi me había dormido al instante, despertando solo cuando el sol dorado de la media mañana se coló por entre los cristales como llamaradas que me hacían arder los ojos.

Entonces me di una ducha, me preparé un café con hielo y me fui al jardín para tomármelo sentado en el mismo lugar donde, la noche anterior, había tenido una de las experiencias más excitantes y brutales de toda mi vida.

Ya me habían follado la boca antes, bueno, ahora que sabía lo que era que te follaran la boca de verdad, decir eso era como hacerle un gran, gran favor a mis ex. Ellos lo habían intentado, habían sido firmes, pero no duros. Siempre les frenaba esa preocupación por hacerme daño o se asustaban a la primera arcada que me daba. *Il mio capo*, sin embargo, no había tenido piedad. Me había usado a su placer, había abusado de mí y me había tratado como si no fuera más que una puta barata.

Y eso era *justo* lo que más me ponía de todo aquello.

Con un suspiro, desbloqué la pantalla del iPhone e hice lo que ya formaba parte de mi rutina, mandarle mi geolocalización a tiempo real a Mr. Mafia junto con un breve «*Buonasera, il mio capo*».

Después lo dejé a un lado y tomé un trago de café frío con la mirada perdida en la piscina. Todavía no me había dado tiempo a volver a llevarme el vaso a los labios cuando oí el pitido de la notificación.

«¿Todavía estas allí?»

«Sí, *signore*. Me quedé dormido en el sofá. Después de lo de anoche no pude moverme. La verdad es que me ha encantado» —le confesé.

«Me importa una mierda lo que te encante o no. ¿A dónde vas a ir hoy y con quién?»

Puse los ojos en blanco y me di un momento para mirar hacia el frondoso jardín más allá de la piscina.

«Hoy no tengo planes. Iba a quedarme en casa, quizá tomar un poco el sol y leer los guiones que me quedan pendientes».

«¿Qué casa?»

«La de Bel-Air».

Tras pasarme esperando tres minutos a que respondiera, di por hecho que no iba a hacerlo, así que apagué la pantalla y la dejé a un lado. Estiré los brazos y las piernas, solté un gemidito y, finalmente, un suspiro.

—*Molto bene, capo... molto bene* —sonreí.

No hace falta decir que todas mis dudas sobre aquel acuerdo se disiparon de la noche a la mañana. Seguía sin hacerme gracia que me hubiera pegado con la puta cuchara de madera, pero, como él había dicho, quizá había sido mi culpa por hablar demasiado cuando no debía. Al parecer, si no lo hacía, las cosas eran mucho más divertidas.

Cuando terminé el café, al fin dejé la casa, pasando por un Starbucks de camino a la colina. Lo que menos me gustaba del descapotable, era que la gente se

quedaba mirando cuando pasabas por delante o te parabas en un semáforo. Algunos disfrutaban de esas miradas, yo, no tanto. Era joven, bastante guapo y con dinero. Tenía escrito «niño de papá» en la frente y casi podía sentir como me juzgaban por ello en la distancia. Por eso solía mantener la mirada al frente, porque sabía que en el momento en el que girara el rostro, me encontraría con la típica expresión de envidia y desprecio.

–Tú familia ha trabajado mucho por tener todo esto, Joel –me decía mi padre siempre, indignado por mi actitud avergonzada al respecto–. Tu bisabuelo, Abraham, llegó a este país desde Israel sin saber hablar inglés y con solo un par de monedas en el bolsillo. ¡Fue un pionero y un visionario!

A día de hoy, seguía sin entender qué me quería decir con eso.

Al llegar a la villa, dejé las llaves en la enorme mesa de la entrada y eché una ojeada a las nuevas flores de crisantemo que habían puesto en el jarrón; señal inequívoca de que ya había venido el servicio de limpieza. A mí madre le encantaba tener criados, pero a mí me incomodaba tener a personas rondando por la casa, así que había alcanzado un acuerdo con la empresa para que solo vinieran una vez a la semana, limpiaran, hicieran la compra, repasaran el jardín y se fueran.

Como diría Lizza: problemas de ricos...

Tras cambiarme de ropa y ponerme el bañador, fui con mi cappuccino con hielo hacia la piscina. Allí, a la sombra de las palmeras, tenía un par de hamacas y una mesa. Allí dejé la pila de guiones antes de tumbarme, coger el primero de la montaña y abrirlo.

Cuando decía que era productor de cine, sonaba siempre muy emocionante. Sin embargo, casi me pasaba el día leyendo y haciendo de intermediario entre directores, representantes, actores y demás jauría de la exuberante jungla que era Hollywood. Las fiestas estaban bien, claro, pero eran solo la punta del iceberg y la única parte que le interesaba a la gente. Lo cierto era que...

El móvil empezó a vibrar en la mesa y moví la mirada hacia el iPhone, con el ceño fruncido y la profunda curiosidad de saber quién me llamaría un domingo a media mañana. Mi madre estaría con sus amigas, tomando margaritas y comprando en las mejores tiendas de la ciudad. Mi padre, por el contrario, no salía de la cama hasta la tarde, bien acompañado por su novia de turno hasta que llegaba el momento de ir a echarse unos hoyos al campo de golf.

IL MIO CAPO, decía la pantalla.

–¿Sí? –respondí, arqueando las cejas y con la mirada perdida al frente, más allá de la piscina, donde estaba la caseta de cortinas blancas que era mi dormitorio.

–Estoy en la puerta –y colgó.

Todavía me quedé un par de segundos más con el móvil en la oreja antes de bajarlo. ¿Qué cojones hacía el capo allí? Dejé el guion sobre la pila y fui al interior de la villa, cuando llegué al otro lado, vi mi Maserati azul marino frente a la verja y a un capo bastante impaciente dentro. Le abrí la puerta y fue directo a aparcar con uno de esos acelerones tan suyos. Al salir, dio un portazo a la puerta y se recolocó la camisera azul bebé por dentro de los pantalones oscuros

antes de guardarse las llaves en el bolsillo y girarse en dirección al camino empedrado.

Pude sentir su mirada suspicaz de arriba abajo tras sus gafas violáceas y la mueca de comisuras apretadas cuando me vio esperando en la entrada.

—¿Así es como tomas el sol? —preguntó con cierto enfado en la voz, señalando mi bañador.

—¿Qué le pasa? —pregunté, bajando la mirada.

Eran unos *speedo* de Armani, negros y con una bonita línea dorada a los lados. Sí que eran cortos... y bastante ajustados... pero, después de todo, estaba en mi casa.

—Pareces una *puttana*... —murmuró, esta vez con un claro desprecio antes de empujarme al interior—. Vete adentro antes de que alguien te vea.

—Ey... —se me escapó, dando un tras pie debido al inesperado empujón. Miré al capo con el ceño fruncido y ladeé el rostro—. Nadie me puede ver en la piscina, capo —le aseguré—. No a no ser que tenga un equipo de escalada o un dron del ejército con una buena cámara —añadí.

Pero mi intento de aliviar la tensión con una pequeña broma, cayó en saco roto. Mr. Mafia cerró la puerta de un golpe seco y, cuando se giró de vuelta hacia mí, me agarró del brazo con tanta fuerza que llegó a dolerme.

—¿También se necesita un dron para verte desde la carretera? —me preguntó, tirando de mí y acercando su rostro de una forma amenazadora y violenta—. ¿O es que te gusta exhibirte como una *porca troia*? ¿Eh? ¿Quieres que los hombres te miren? ¡Pues eso no va a pasar! ¡Como te vuelva a ver con un *costume da bagno di puttana* como este, te voy a pegar tan fuerte que te acordarás toda la puta vida! ¿¡Capito?! —terminó por todo lo alto, dándome una rápida bofetada antes de señalarme con su dedo índice, en el cual tenía un nuevo anillo dorado.

Todo aquello me dejó impactado. No sabía si era la forma, el contenido o el mensaje, pero me impresionó de tantas formas que hasta me costó reaccionar.

—Wow... —fue lo único que pude decir, levantando las manos mientras miraba a un punto indeterminado de la apertura de su camisa.

—*Come dici?* —preguntó, girando el rostro como si no me hubiera oído bien.

—Emh... —cerré los ojos—. Sí, *il mio capo*.

—*Bene*... —murmuró, volviendo a dedicarme una expresión seria antes de empujarme hacia delante, en dirección a la puerta del amplio salón acristalado. Di otro traspie y me froté el brazo dolorido, de espaldas a Mr. Mafia, mientras avanzaba hacia el patio. Evidentemente, aquello no me había hecho ninguna gracia, la verdad.

—¿Dónde estabas? —quiso saber él.

—En la hamaca.

—¿Estás solo?

—Sí, capo, ya te dije que hoy no iba a hacer nada.

—Más vale que no me mientas... —le oí decir.

Solo tuve que echar una ojeada a mis espaldas para verle mirando a todas partes por sí, entre la maleza del jardín o por las puertas acristaladas de la villa,

veía alguna sombra sospechosa. Quizá un amante secreto escondido o alguna gilipollez así.

Una vez al lado del asiento, le enseñé la pila de guiones y mi *capuccino* con hielo a medio beber.

—Estaba trabajando —le expliqué.

Mr. Mafia soltó un resoplido prepotente como si aquello le hubiera hecho gracia. Entonces señaló el asiento y dijo:

—*Non muoverti da qui, capito?*

No entendí la frase, pero la señal era clara. Me tumbé y le miré echando otra rápida ojeada al patio. Murmurando algo en italiano, se alejó de vuelta a la casa. Llegado ese momento, tenía muchas preguntas en la cabeza, cada una más preocupante que la anterior. Pero no pude más que quedarme allí, esperando veinte largos minutos a que el capo volviera.

Fue gracioso, hasta irónico, verle aparecer por la puerta acristalada de la cocina, que también conectaba por el lateral con el patio, siguiendo esa estructura en la que la mansión parecía tener unos brazos que rodearan el jardín. A Mr. Mafia no se le había ocurrido otra cosa que ponerse uno de esos «*costume da bagno di puttana*» que, momentos antes, tanto había criticado.

Era hipócrita, sí, por supuesto, pero también era una visión que se quedaría grabada a fuego en mi memoria para siempre. El capo parecía una estrella de cine porno o una versión +18 de los clásicos casanovas italianos que paseaban por la playa mediterránea.

Piel caramelo, vello fino y negro, músculos grandes pero naturales, v de infarto, espalda ancha, piernas gruesas y, por supuesto, una entrepierna que estaba poniendo a prueba todos los límites de resistencia del bañador. Era deliciosamente obsceno la forma en la que el *speedo* trataba de contener aquel miembro gordo y esos huevos grandes; llegando a ceder en algunas partes y mostrar más de lo que se intencionada. Un poco más de vello púbico y un poco más de piel.

Por si todo aquello no dejaba bien clara su sangre italiana, ya estaba allí su actitud de machito alfa; sus andares prepotentes de rompecorazones; sus gafas de marca; su cerveza fría en la mano; su cadena dorada al cuello con la cruz católica, acariciando los hinchados pectorales y aquel pelo revuelto de su torso mientras refulgía a cada paso cuando el sol la besaba; su gran reloj de marca en la muñeca; y todos los anillos, los cuales también reflejaban suavemente la luz del sol de Los Ángeles cuando el capo se llevaba el pitillo recién encendido a los labios y echaba una de sus increíblemente sexys caladas.

Me hubiera encantado, *encantado*, poder haberle echado en cara lo gilipollas que había sido antes. Lo hipócrita que era enfadarse conmigo cuando el único de los dos allí que parecía tener ganas de llamar mucho la atención: era él.

Por desgracia, cuando se detuvo a un paso de mí, lo único que me brotó de los labios fue muy humillante jaeo y un simple:

—Joder, capo... vas a tener razón con eso de que eres mi nuevo dios...

Mr. Mafia le dio un calmado trago a la botella fría, perlada de gotas que se deslizaban suavemente por el cristal oscuro. Se pasó la lengua por esos labios empapados y húmedos y murmuró:

— *Scostati per el tuo uomo, porcellino.*

— ¿Qué? — pregunté, arqueando las cejas.

Esperaba que aquello significara: «lámeme todo el cuerpo y hunde tu cara en mi pecho hasta que te ahogues», porque era en lo único que podía pensar.

Pero el capo me hizo una señal con la mano para que me incorporara. Cuando lo hice, se sentó en la misma hamaca, abrió las piernas hasta que salieron por los lados y, con los brazos recostados en los reposabrazos, me hizo otra vaga señal para que me acercara.

— ¿Cómo? ¿Te refieres a que me acerque gateando para hundir la cara en tu...?

— Me refiero a que te tumbes y cierres la puta boca — me interrumpió, ladeando la cabeza con expresión seria —. No me provoques, *cucolino*. Ya me tienes muy enfadado hoy.

— Sí, *il mio capo* — asentí.

Me senté en el extremo y después retrocedí con cuidado hasta hacer tope con el cuerpo de Mr. Mafia. Entonces me mordí con fuerza el labio inferior y empecé a sonreír como un completo subnormal mientras, lentamente, me recostaba contra él. Su piel todavía estaba fresca del aire acondicionado del interior de la villa y su barba me rozaba la sien cuando apoyaba la cabeza contra su clavícula. Pero eso no era lo más interesante que notaba muy pegado contra mí... guiño, guiño.

— Joder... — repetí, disfrutando de aquello como un niño al que hubiera llevado a Disneylandia, porque yo también me había montado en mi atracción favorita. Cerré los ojos y me quedé en completo silencio, sonriendo hacia las hojas de las palmeras en lo alto mientras una suave brisa me acariciaba el rostro sonrojado.

— ¿Haces muchas *partiti* aquí? — le oí decir entonces, tras beber otro trago de la cerveza.

— No, aquí no hago fiestas. Bueno, sí — me corregí, encogiéndome levemente de hombros—. Mis cumpleaños, pero solo viene la familia y algunos amigos cercanos.

— ¿Y te pones esos bañadores siempre?

Cogí aire y lo solté lentamente, controlándome para no soltar lo primero que me vino a la cabeza.

— No, capo. Esto solo me lo pongo cuando estoy solo en casa. Tengo otros más elegantes, aunque eso ya lo sabes, porque los habrás visto en el mismo lugar en el que has encontrado el que te has puesto.

Mr. Mafia no respondió a eso, sino que le dio otro trago a la cerveza seguido de una calada de su pitillo de importación.

— Tú y yo vamos a tener una charla *molto serio* sobre lo que te puedes poner y cuándo, *mio cucolino* — dijo mientras agitaba los dedos de su mano en otro de esos manierismos italianos—. Creía que estaba claro, pero, al parecer, no me he explicado bien. Tú eres solo para *il tuo capo, capisci?*

Al estar de espaldas, Mr. Mafia no pudo ver mi cara de comisuras apretadas y ojos en blanco.

— ¿También me vas a decir qué vestir, capo?

— *Come dici, Joe...?* — preguntó, inclinándose un poco y levantando la mano para darme dos cortas bofetadas en la mejilla, una más fuerte que la otra.

—Nada, *il mio capo* —murmuré.

—¿Así que te vas a poner *osato*, eh? Te dan un poco de polla y ahora te crees que puedes insultar al *tuo capo* a la cara, *è questo?* —insistió, volviendo a darme una leva bofetada mientras apretaba su cabeza contra mi sien como si quisiera doblarme el cuello.

—No, *capo*.

Pero no quiso dejarlo pasar, por supuesto, sino que golpeó los reposabrazos de la hamaca con fuerza y se incorporó lo suficiente para empujarme fuera de mala manera.

—Vete a la casa y hazme de *mangiare* antes de que me enfade de verdad y te deje sin dientes —me dijo con un tono bastante duro y una expresión que, sinceramente, daba miedo.

—Sí, *signore*... —murmuré, levantándome de la hamaca y asegurándome de haberle dado la espalda antes de suspirar y arquear las cejas.

Aquella fantasía de machito siciliano era muy excitante en el sexo, pero no tanto en los momentos en los que Mr. Mafia se ponía demasiado intenso, violento y pretendía inmiscuirse en todos los aspectos de mi vida. Por desgracia, no creía que pudiera elegir. Ya había quedado claro que era todo o nada; y yo todavía no estaba dispuesto a dejar irse a «il increíblemente bello cabronazo de enorme pollone».

La situación era bizarra, por supuesto, no diré que no, pero no era como si estuviera atrapado en un matrimonio con un maltratador; sino más bien, que estaba experimentando una relación extrema de la que, sabía, podría deshacerme en cualquier momento.

Con eso en mente, era mucho más sencillo dejar pasar las cosas y limitarse a obedecer, como cuando le preparé una ensalada con parmesano y tomates cherrys y se la llevé a la piscina como una buena mujercita. Mr. Mafia estaba ahora leyendo uno de los guiones, recostado y con las gafas puestas mientras pasaba distraídamente las hojas. Cuando me acerqué, ni se dignó a mirarme. Continuó a lo suyo mientras yo me quedaba de pie con un bol en cada mano y la mirada baja. Al terminar el guion, al fin alargó una mano y me dijo:

—Comerás en el suelo.

—Si, *il mio capo*.

Me cruce de piernas sobre la piedra y comí mi ensalada sin levantar la vista ni un segundo. No pensaba nada en especial, ni me sentía mal por todo aquello; solo tenía algunas preguntas sobre por qué Mr. Mafia había aparecido por allí y cuánto pretendía quedarse exactamente.

Al terminar la ensalada, me tiró el cuenco, con tan mala suerte que se rompió al tocar el suelo. Miré los pedazos, y después al *capo*, tan rápido que vislumbré por un segundo una expresión de sorpresa en su rostro. Una que desapareció tan rápido que creí que me la había imaginado.

—Trae el tabaco y un café *al tuo capo* —ordenó con un gesto de la mano mientras se recostaba.

—No tengo la cafetera italiana aquí, *signore*, está en Beverly Hills —le recordé.

Farfulló algún insulto y después un vago:

—Lo que sea... *presto, cuccolino*.

Antes de irme, recogí los pedazos más grandes del bol de cuarzo persa que Mr. Mafia había roto de una forma tan innecesaria. Después me los llevé conmigo al interior de la casa y me puse a buscar dónde cojones había dejado su ropa. Resultó que la había puesto encima de la cama de la habitación principal, allí donde estaba el vestidor más grande del que había sacado mi bañador. Busqué la cajetilla de tabaco en los bolsillos de sus pantalones de traje y, sin querer, me topé con un papel doblado entre las llaves; las del Maserati y, supuse, las de su casa.

Me gustaría decir que yo no era un cotilla y que el respeto por la privacidad de los demás era más importante para mí que saciar mi propia curiosidad; pero mentiría. Cogí el papel, eché una rápida mirada a la puerta y después lo abrí. Estaba escrito a mano y la letra era evidentemente femenina.

«Esta tarde tengo que ir con los niños al dentista, ¿puedes encargarte tú de sacar al perro? PD: Te he dejado lasaña en la nevera. *Grazie, amore mio*».

Me quedé mirando aquello con los labios entreabiertos un par de segundos, hasta que solté un jadeo y sonreí.

Mr. Mafia estaba casado y con hijos... Vaya, vaya...

Dejé la nota donde estaba y fui a por la cajetilla de tabaco que encontré en el otro bolsillo. Dándole vueltas entre las manos, saqué un cigarro y me lo puse en los labios mientras caminaba distraídamente por el pasillo.

Aquel descubrimiento, aunque morboso e inesperado, no era sorprendente. ¿Un mafioso italiano con amantes? Por favor... *Il mio capo* cumplía demasiados clichés para que aquello resultara una novedad. Sin embargo, sí causo cierto impacto en mí.

Puede que Mr. Mafia se hubiera casado muy joven con una buena chica italiana, de esas católicas, con sonrisa fácil y grandes caderas para parir hijos. Puede que llegara todos los días a su casa, le diera un beso a sus hijos y cenara en la mesa familiar mientras su mujer le hablaba de lo que había hecho durante el día. Puede que, después, diera rienda suelta a sus oscuras pasiones en brazos de *bellos ragazzi* a los que le gustaba someter...

Bajé las escaleras de caracol hacia la cocina y empecé a preparar el café de máquina. Mientras esperaba, me encendí un pitillo. Entrecerré los ojos y eché el humo a un lado, mirando hacia la pared acristalada, hacia el jardín tras la piscina donde Mr. Mafia esperaba tumbado, con los brazos tras la cabeza y las gafas de aviador.

Le había dicho que no me gustaba compartir nada, pero también era verdad que no era yo el que estaba engañando a otra persona. Yo era el amante... y esa idea me produjo cierto extraño y oscuro placer. ¿Le prohibiría también a ella vestirse demasiado ajustada? ¿Le preocuparía saber dónde estaba y qué hacía todo el rato? Nunca veía al capo con su móvil cuando estaba conmigo, pero no tardaba ni un segundo en responder cuando yo le hablaba...

Me mordí el labio inferior y sonreí. Tenía cierto encanto saber que eras el objeto de deseo, la persona a la que el capo buscaba cuando quería huir y disfrutar. ¿Por eso había venido aquella mañana? ¿Porque estaba cansado de su familia y su casa repleta de juguetes y gritos? ¿Por qué estaba atrapado en un matrimonio

sin amor y había encontrado al *mas bello ragazzo* con el que disfrutar de la forma que no podía con ningún otro?

La alarma de la cafetera me distrajo de mis tontas cavilaciones. Me di la vuelta y coloqué un piedra de hielo sobre el café solo, junto con la cajetilla, atravesé la puerta acristalada y las cortinas movidas por el suave viento. Incluso en la distancia, pude notar la mirada fija de Mr. Mafia, observando con mucha atención como bordeaba la piscina, recorriéndome de arriba abajo mientras me acercaba con el pitillo en los labios, su café en la mano y mi bañador ajustado.

Il mio capo y sus secretos...

—El pitillo y el café, *signore* —murmuré, ofreciéndole ambas cosas.

Él asintió y se incorporó para tomar la cajetilla, sacarse un cigarro, encenderlo rápidamente y, mientras echaba una voluta de humo, tomar la taza de café. Con la misma mano con la que sostenía el pitillo, hizo una señal al suelo y yo me puse de rodillas.

—*Ascolta, mio porcellino* —me dijo, echándose hacia delante y mirándome fijamente tras las gafas de cristales rosados—. No quiero enfadarme, de verdad que no, *Giuro si diu. Questo...* —y me señaló de arriba abajo, negando la cabeza mientras se pasaba la lengua por los labios en señal de profundo deseo. Entonces se llevó las puntas de los dedos a la boca y los besó de una forma sobreactuada con un gran «muac»—. *Bellissimo!* Por eso me enfado. Hay mucho *ragazzo* que no respeta lo que no es suyo, ¿lo entiendes? Ven algo tan bonito y lo quieren... pero tú ya tienes dueño, *vero, mio porcellino?*

—Sí, *padrino*.

—Sí, claro que sí. Pero, si te pones estas cosas y vistes así... van a creer que no tienes ya a un hombre que te calienta la cama, van a creer que estás *cercando un cazzo come una puttana* —continuó, con toda clase de aspavientos y movimiento de mano y muñeca al más puro estilo italiano, donde él era comprensivo y solo se preocupaba por mí—. Y tú ya tienes un *enorme cazzo* aquí mismo —me recordó, haciendo una señal a su entrepierna abultada y tan obscena en esos speedos—. ¿No te hace *molto felice il mio cazzo, cuccolino mio?*

—Tú *cazzo* me hace muy, muy feliz, *signore* —respondí, y no mentía.

—Entonces, ¿por qué quieres otro?

—No quiero otro, solo el tuyo, *il mio capo*.

—*Bene* —lo celebró junto con una sonrisa y una calada del pitillo. Cuando echó el humo a mi cara, se inclinó para apoyar los codos en las rodillas y continuar en un tono más bajo e íntimo—. Entonces, ¿no deberías taparte para que ningún *ragazzo* se acerque a lo que es *dil tuo capo?*

—Sí, *signore*. Eso haré.

—Claro que lo harás. No quieres que me enfade... ¡Aunque no digo que tires la ropa! No, no... Sería *peccato* no volver a verte así... Solo digo que te guardes los bañadores cortos, esos pantalones ajustados y esos shorts que hay en tu armario solo para cuando *il tuo capo* está contigo. Él puede protegerte de los *ragazzos*, así que no hay problema porque todos sepan la *bellissima cagna* que tiene. *Capisci?*

En mi mente solo se repetía la misma expresión una y otra vez: «wow...», pero mis labios murmuraron:

—Claro, *il mio capo*. *Grazie*.

—*Prego* —sonrió, recostándose al fin para volver a darle una calada al pitillo—. Ahora... demuéstrole *al tuo capo* lo mucho que lo sientes.

Asentí sin dudarle y gateé en dirección a la hamaca. Después de aguantar todas aquellas gilipolleces, al fin tenía mi recompensa, y, joder, qué ganas tenía de ella.

Yo era de esas personas que, cuando comían algo que les gusta, dejaban lo mejor para el final. Sin prisa, sabiendo que te aguardaba a un lado del plato todo el tiempo que necesitaras para dejarte un buen sabor de boca... Bien, eso era lo que siempre hacía con *il mio capo* cuando tenía la oportunidad. No iba a por su *enorme cazzo* nada más empezar, sino que me acercaba a su cuerpo de dios romano y me rozaba suavemente, disfrutando del calor de su piel de caramelo contra la mía.

Con pequeños roces, le besaba el cuello, de arriba abajo, siguiendo el recorrido de esa vena que tanto me ponía, después de la cadera dorada hasta la clavícula. Después repetía el proceso con la lengua y oía como Mr. Mafia gruñía suavemente. Intentaba parecer indiferente, continuar fumando y tomando su café como si no pasara nada, pero había pequeñas cosas que le superaban: cuando le lamía el cuello o los pezones, cuando le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y le susurraba guarradas y súplicas.

Entonces, cuando ya estaba bien caliente, empezaba mi descenso por aquel cuerpo que era a la vez mi mayor placer y mi mayor desdicha. Lo amaba cuando lo tenía y lo odiaba cuando estaba lejos.

Hundía la cara entre sus pectorales y me frotaba contra aquel vello negro y revuelto. Le besaba suavemente, dejando marcas brillantes y húmedas en su piel de caramelo, pero evitando siempre la cruz. Era demasiado judío como para no temer arder en llamas si la rozaba demasiado. Le mordisqueaba los pezones algo salidos y después los acariciaba con la punta de la lengua, siguiendo la aureola más oscura.

A continuación, descendía por el reguero de vello que atravesaba sus abdominales. A veces me detenía a besarlos, a veces recorría con la lengua esa línea que marcaba su imponente uve, descendiendo como un desfiladero hacia su cadera. Acariciaba su pubis más frondoso con la punta de la nariz y, con un solo y corto beso sobre el speedo o la ropa interior, pasaba por encima para continuar en sus piernas.

A Mr. Mafia le encantaba que le lamiera los muslos interiores, que me acercara poco a poco a su entrepierna y le dedicara todo el tiempo que sus huevos se merecían. En esos momentos siempre empezaba a murmurar en italiano, mover la cadera y llevar una mano a mi pelo para agarrarme con fuerza del pelo. Cuando terminaba allí, *il mio capo* solía estar un poco mojado. No era un hombre que se empapara enseguida, pero sí llegaba a producir un poco de líquido viscoso que le manchaba y dejaba una marca más oscura en su ropa interior; si la llevaba.

En aquella ocasión, el líquido preseminal terminó cayendo sobre su cadera. Ya que el speedo ya no era capaz de contener su *enorme cazzo*, el cual había buscado su camino al exterior, huyendo de sus ataduras. La cabeza, con su fino

prepucio, sobresalía de la cintura y descansaba cerca de su uve. Cuando lo besaba y lo lamía, *il mio capo* se revolvía un poco y jadeaba:

—*Figlio di puttanna...*

Después, lamida a lamida, me lo metía más y más en la boca.

A veces *il mio capo* me dejaba hacérselo sin tomar partido. Solo me agarraba del pelo con fuerza y se dejaba llevar por mi excitación y entusiasmo, el sonido goteante de mi saliva y el roce, el movimiento de mi cabeza arriba abajo recorriendo por entero su polla hasta conseguir que se corriera.

Otras veces, le gustaba tomar el mando y decirme cuándo, cómo y hasta dónde tenía que metérmela. Me la sacaba de la boca, me daba con ella en la cara y la pasaba por el interior de mis mejillas, disfrutando de la visión del bulto exterior que producía. Me ordenaba que le mirara a los ojos y me follaba la boca mientras me insultaba en italiano y jadeaba.

Fuera como fuera, al final siempre se corría con un buen gruñido ronco y hundiendo mi rostro todo lo que podía en su entrepierna, hasta que no le quedaba más corrida que darme. Cuando me soltaba, yo jadeaba y recuperaba el aire que había estado a punto de perder por completo, con los ojos llorosos y la boca empapada en baba.

Esa tarde de domingo en la piscina, me dejó mamársela sin prisa y, cuando se corrió, se pasó las manos por el pelo mientras recuperaba el aliento. Sus piernas abiertas, su piel algo sudada, su pecho elevándose y descendiendo sin cesar, su mirada tras las gafas perdida en lo alto, entre las hojas de las palmeras y el cielo azul y limpio.

Aquella fue la vez que aprendí a no acercarme después de algo así. Porque cuando gateé por la hamaca hacia él, queriendo darle las gracias de una forma sensual e íntima; Mr. Mafia apartó el rostro e interpuso su mano entre nosotros.

—*Cosa fai?* —me preguntó con una mueca asqueada—. ¿Quieres besar al *tuo capo* con la boca apestando a polla?

—Perdón —me disculpé con voz ronca, retrocediendo antes de frotarme los ojos empapados en lágrimas y enrojecidos.

Mr. Mafia chasqueó la lengua y señaló la casa.

—Vete a limpiarte bien —ordenó—. Después vuelves y puedes besar al *tuo signore* para darle las gracias.

Asentí con la cabeza y me levanté, sintiendo un leve mareo que me retuvo un par de segundos en el sitio.

—Y trae otro pitillo —añadió.

—Sí, *il mio capo*.

Era hasta gracioso ver como Mr. Mafia trataba de parecer indiferente y frío a todo aquello, como si no significara nada para él o no tuviera ninguna importancia. Quizá se creía que no le oía ni le veía perder la cabeza, o que no me daba cuenta de lo mucho que le gustaba y lo mucho que yo le ponía.

Quizá, casi tanto como él a mí.

NOVE

La visita de Mr. Mafia no se alargó mucho más. Tras la mamada y el pitillo, se echó una pequeña siesta de media hora mientras yo leía el guion recostado contra él. Entonces se despertó casi de un golpe, se frotó la cara bajo las gafas y miró la hora en mi móvil. Me dio un leve toque para que me apartara y se levantó, recolocándose nada sutilmente el *cazzo* dentro del speedo.

Sin decir palabra, camino en dirección a la casa y no volví a verle. Por curiosidad, una hora después, fui a la habitación, comprobando que su ropa ya no estaba allí y que la ducha estaba húmeda después de un uso.

Il mio capo nunca decía adiós, simplemente se iba.

No era algo que me importara realmente, solo uno más de sus extraños comportamientos, después de todo, ¿qué le costaba despedirse? Aprovechando que estaba allí, también me duché y me puse un pantalón suelto, pensando en pasar el resto de la tarde frente a la televisión.

El lunes por la mañana, le mandé el mensaje y la geolocalización, pero no recibí respuesta. Cuando llegué a la oficina, Lizza me recibió con el asentimiento habitual y un cappuccino con hielo del Starbucks.

—Hoy tienes la reunión con Thomas Whiteman, el director.

—Agh... Va a ser una pérdida de tiempo.

—Los de arriba le quieren a él para esa nueva película de adolescentes.

—Los de arriba no saben que están alimentando a un puto monstruo —le aseguré de camino a mi escritorio.

—Los cinéfilos le aman.

—Los cinéfilos pueden comerme la polla.

—Has estado con ese chico, ¿verdad?

—¿Eh? —pregunté, apartando repentinamente los labios del cappuccino para mirarla.

Lizza estaba de brazos cruzados, con el hombro apoyado en el marco de la puerta y una sonrisa cruel en sus labios llenos.

—Camisa nueva, postura relajada, mano en el bolsillo, piel brillante, cara de haber dormido bien... —enumeró—. Me parece que al que le han dado polla es a ti, Joe.

—Lizza, a veces te extralimitas en tus funciones —murmuré mientras arqueaba las cejas—. Soy tu jefe.

—Pfff... —se rio ella—. ¿Guapo y buen cuerpo?

—Increíble.

—¿Blanco?

—Italiano.

—Uh... —cambió la sonrisa por una expresión de preocupación—. Hay que tener cuidado con esos, tienen una cultura muy machista. La boca llena de dulzuras pero la polla muy suelta.

—Es un poco... anticuado —reconocí—, pero no hay de qué preocuparse.

—Ya... La tiene grande, ¿no?

—Enorme —sonreí.

—Me lo imagino, ¿y qué harás cuando ese guapísimo potro italiano te engañe con otro?

—Bueno, la verdad es que yo soy *el otro*... —respondí, inclinando la cabeza y dedicándole una mueca de complicidad.

Lizza se quedó en silencio durante un par de segundos y, entonces, puso los ojos en blanco, se dio la vuelta y dijo un despectivo: «qué puta eres...».

—Lo sé —afirmé antes de que cerrara la puerta.

Lizza no volvió a tocar el tema en todo el día, ni al siguiente, ni cuando pedimos comida italiana para tomar el miércoles y me metí un trozo de pizza casi entero en la boca mientras la miraba y decía:

—Justo así me lo hace.

—Tú sigue bromeando. No seré yo quien te aguante cuando te rompa el corazón.

Eso me pareció exagerado y lo dejé pasar con un movimiento vago de la mano. Mr. Mafia no me iba a romper el corazón, porque no había más relación que la de amo-sumiso; la cual, aunque mucho más intensa e intrusiva de lo que me imaginaba, seguía siendo distante y segura. Además, puede que yo fuera su amante, pero jamás iba a arriesgarme a romper una familia. Yo no era como mi madre y sus ex maridos a los que había hecho divorciarse de sus mujeres para casarse con ella.

Aunque, cómo no caer en las redes del amor cuando recibías constantes mensajes del tipo:

«¿Qué haces en esa cafetería? ¿Quién está contigo?» «¿Por qué estás en el centro comercial?». «¡Quita esa foto de *puttana* frente al espejo ahora mismo! ¿¿Qué cojones te crees que haces subiendo eso??». «¿Has entrenado ya? Sabes que no quiero que te pongas como un vaca». «Mándame un vídeo tocándote, *il tuo capo* quiere ver lo cerda que es su *cagna*». «¿Por qué hay un tal Jordan Jr. mandándote privados en twitter? ¿¿Quién es??». «¿Por qué no has llegado aún a casa? ¿Dónde coño estás?». «Hoy he pasado por delante de tu despacho, no creas que no te vigilo por si me mientes, *mio porcellino*...».

Responder era a veces complicado, pero, si no lo hacía, Mr. Mafia me llamaba y era mucho peor. No sé qué cojones hacían en el hampa, pero joder, *il mio capo* tenía muchísimo tiempo libre para andar a fisgonear y preocuparse de controlarme. Debía resultarle agotador...

—Me he parado a tomar un café en una cafetería de East Hollywood que me gusta bastante. No, no es un bar gay, tranquilo. Ya no me acerco a más de doscientos metros de esos locales. Y sí, estoy solo. Lo que me lleva a preguntarte si quieres venir a tomar algo conmigo —le envié el mensaje de voz y esperé sentado en la mesa a la respuesta.

«Ahora estoy ocupado».

Pues no lo suficiente para no mirar el putito GPS y espiarme...

—Qué pena, tengo muchas ganas de ver *al mio capo* —respondí, inclinándome sobre el móvil para poder poner un tono algo más íntimo—. ¿Vas a venir a cenar este Sabbath, *signore*?

«¿Has comprado lo que te ordené?».

«Sí, *il mio capo*».

«Espérame a las ocho»

– Genial... – murmuré con una gran sonrisa en los labios.

Entonces el móvil volvió a vibrar brotó un segundo mensaje que decía:

«Y pide ese café para llevar y vete a casa. No necesitas beberlo allí».

Cogí aire y me froté el rostro. Si eso iba a seguir así, ya podía empezar a venir a darme polla como mínimo cuatro o cinco veces a la semana; porque sino, no merecía la pena.

A la mañana siguiente, tras poner la cafetera y sentarme en la isla de la cocina tras solo cinco tristes horas de sueño, mandé los buenos días a Mr. Mafia y la geolocalización. Después me tomé el café bien cargado y fui a ducharme y vestirme con un buen traje para ir a la sinagoga. Mi padre ya me estaba esperando allí, al principio de todo, en los mejores asientos del templo que, por supuesto, había pagado para la familia. Saludé a mis tíos, mis primos y me senté a un lado, junto a mi padre.

– Esta noche los Rossenzh celebran una cena en su casa. Habrá amigos y gente importante – anunció.

– Esta noche no puedo, tengo una cita.

– ¿Una cita? – repitió con un tono de sorpresa que, sinceramente, resultó algo ofensivo –. ¿Te refieres a... amigos o... a alguien?

Solo necesitó una de mis miradas por el borde de los ojos para asentir y callarse.

– ¿Es un gentil? – preguntó tras solo cinco segundos de silencio.

– ¿Te pregunto yo si tus novias son gentiles, papá?

– Lo son, claro que lo son – anunció con total desparpajo mientras se rascaba su espesa barba blanca –. ¿Para qué quiero otra mujer judía? Yo ya cumplí mi deber con dios al casarme con la loca de tu madre. Ahora quiero disfrutar de la vida sin que nadie trate de matarme lentamente con condescendencia y comentarios mordaces.

Puse los ojos en blanco y, por suerte, el rabino interrumpió la conversación cuando ascendió al podio, dando comienzo a la liturgia. Los comentarios de mi padre fueron sutiles en comparación con la investigación policial que, nada sutilmente, me hizo mi madre durante la comida cuando le dije que volvería a irme un poco antes de lo normal.

– Así que las cosas van adelante con ese gentil... ¿Tiene nombre o todavía no es tan importante?

– No tiene nombre.

– ¿Dónde lo conociste? ¿En una fiesta... un bar...? ¿Os presentó un amigo en común?

– En un club.

– ¿Cuántos años tiene?

– No lo sé, pero no creo que muchos más que yo. ¿Veintiocho quizá?

– Ah... ¿Y a qué se dedica? No me mires así, cariño, solo es curiosidad... Aunque, si no me lo quieres decir es porque no es un trabajo muy bueno... ¿verdad?

– Para ya.

—Claro, cielo. Perdona. Solo espero que no sea actor. Me rompería el corazón que fueras como tu padre, aprovechándose de esas pobres niñas y sus sueños... ¿Joel, a dónde vas? ¡No dejes a tu madre comiendo sola!

Aquello me dio mucho más tiempo para hacer la compra y llegar a la casa de Beverly Hills para prepararme. Pude tomarme una copa de vino, cenar algo rápido, hacerme la lavativa, ducharme y revisar que los canelones de Mr. Mafia estuvieran saliendo bien.

A las ocho en punto, *il mio capo* apareció por la puerta acristalada, con gafas nuevas, camisa blanca y pantalones camel. Le recibí con una sonrisa y le ofrecí la botella de Pignon rose que había comprado. Él no dijo nada, se sentó a la mesa, se quitó las gafas y me hizo una vaga señal para que le sirviera el vino y, tras la rutinaria aprobación, la cena.

Esperé pacientemente a sus pies hasta que terminó. Entonces le serví su café y me dijo:

—Vete a la habitación.

—Sí, *signore*.

Subí los escalones, entre nervioso y emocionado, y me quedé de rodillas sobre la alfombra. Empecé a tamborilear con los dedos y a mirar las paredes, buscando algo con qué entretenerme a medida que los minutos pasaban y Mr. Mafia seguía sin aparecer. Al comprobar en el reloj que llevaba casi veinte minutos allí parado, hasta se me ocurrió que el muy cabrón se hubiera ido y me hubiera dejado sin decir nada.

Solo por si acaso, le di otros cinco minutos y, por suerte, fue el tiempo suficiente para oír unos pasos por el pasillo. Giré el rostro y vi a *il mio capo* en la penumbra del pasillo con una cuerda de nilón en una mano y una venda y una fusta en la otra. Me revolví en el sitio y me mordí el labio inferior. Parecía que aquella noche sería interesante...

Mr. Mafia cruzó el umbral y cerró tranquilamente la puerta, como si no tuviera ninguna prisa. Se acercó a la cama, dejó todo sobre el edredón y repasó el dobladillo de sus mangas. Entonces, volvió a coger la cuerda y la extendió. La usó para, lentamente, atarme las muñecas y los tobillos. Se me escapó un gemidito al notar como las apretaba contra la piel y me inmovilizaba. Después, con esa desesperante calma, fue a por la venda y me cubrió los ojos, ajustándola a mi coronilla.

Inmovilizado y cegado, solo pude oír sus pasos apagados contra la alfombra. El sonido del colchón cuando se sentó sobre él y, por último, el azote que se dio en la mano con la fusta.

—¿Has echado de menos a *il tuo capo, porcellino*?

—Muchísimo, *signore*.

—¿Te has tocado sin él?

—No, *signore*.

—¿Vas a ser bueno esta noche?

—Sí, *signore*.

Oí un murmullo y después sentí que se levantaba de la cama y daba un par de pasos a un lado.

—Cuéntame algo privado —ordenó.

—Emh... Me... Ah. Solo duermo con la luz encendida porque me da miedo la oscuridad.

Más pasos, esta vez hacia mi espalda. Sentí el beso tibio de la fusta en el cuello y un escalofrío me recorrió el cuerpo y me erizó la piel. La cabeza de cuero se deslizó hacia mi hombro y, de forma repentina, Mr. Mafia me golpeó con ella. Solo un toque seco que provocó una mordida breve e intensa en mi piel. Perdí el aliento y agaché la cabeza.

—Más —ordeno.

—Eh... No sé... —y me dio otro golpe, está vez más fuerte y en el brazo.

—Me dijiste que te ibas a portar bien, *mio cuccolino*. *Non me l'hai detto?*

—Sí, *il mio capo* —respondí tras tragar saliva—. Pues... empecé a tocarme a los once —se me ocurrió decir—. Por aquella época también tuve un flechazo por el entrenador personal de mi madre, Roy. Ya tenía bastante claro que lo mío eran las pollas. No paraba de pensar en él y hasta le puse su nombre a la almohada contra la que me frotaba por las noches —se me saltó la risa y comencé a sonrojarme—. Ahora me río, pero por entonces estaba algo obsesionado. Al final mi madre consiguió tirárselo y... Me enfadé muchísimo con ella. Todavía lo recuerdo, me puse increíblemente celoso y me fui a vivir con mi padre una temporada. No podía ni mirarla a la cara. Sabía lo muchísimo que él me gustaba y se lo folló de todas formas solo porque estaba aburrida. Estoy seguro de que Roy solo lo hizo para mantener el trabajo, porque mi madre pagaba muy bien y tiene mucha influencia entre las ricachonas de Hollywood.

Me detuve ahí, dejando un profundo silencio en la habitación que se alargó casi diez segundos hasta que los pasos de Mr. Mafia retumbaron sobre la alfombra.

—Más.

—Mmh... Cuando estaba en la universidad empecé a tontear con la cocaína y las pastillas. Solo de fiesta —me encogí de hombros—. Todos lo hacían, pero nunca se lo he contado a mis padres.

Un inesperado latigazo me abraso la mejilla y solté un grito de dolor. La mano que me aferró del pelo y tiró de él para levantarme la cabeza no fue nada en comparación.

—*Ascolta, mio porcellino*. Nada de drogas. *Capisci?* ¿Sigues tomando *di quella merda?* ¡¿Eh?!

—No, *signore*. Ya no —jadeé.

—Más te vale —dijo cerca de mi oído, tanto que sentí su aliento contra la piel caliente y algo sudada—. Porque como te pille con algo así, me iré pasa siempre.

—Sí, *il mio capo*...

Entonces me soltó y me dio otro pequeño golpe con la fusta en el hombro. Sus pasos volvieron a inundar el silencio y, después, oí un sonido que no conseguí identificar hasta después de un rato. Mr. Mafia se estaba quitando la camisa y, por como siguió, también el cinto y el pantalón.

Mi cuerpo no tardó en reaccionar a aquella idea, bombeando sangre directa a mi miembro, que palpitaba contra mi ombligo y se balanceaba en el aire, desesperado por recibir mimos y atención tras casi una semana olvidado.

Cuando Mr. Mafia terminó, tomándose todo el tiempo que quiso para descalzarse y doblar la ropa, volvió a acercarse con unos pasos más suaves ahora que no llevaba zapatos. Noté que se sentaba frente a mí y, después, noté sus rodillas contra las mías, presionándome para abrir más las piernas.

Ahugué un gemido cuando sentí algo frío en la punta de mi polla, y después apreté los dientes y los dedos de los pies cuando esa presencia empezó a dar suaves giros, rozándome el glande. Para terminar, se separó y me dio un pequeño azote que me dolió de una forma que no había sentido nunca: entre el placer y la agonía.

Llegué a dejarme caer hacia delante, pero una mano firme y grande se apoyó en mi pecho y me empujó para que recuperara la postura.

—Más —exigió la voz de Mr. Mafia.

—No sé qué más contarte —reconocí, negando con la cabeza y sintiendo cierta impotencia—. Aunque no lo parezca, mi vida no es tan interesante.

Empecé a sentir ese beso tibio y áspero en la base de los huevos, frotándose contra el pelo rubio y provocándome un sentimiento encontrado entre el placer y el miedo.

—No... —le pedí—. Emh... No sé, una vez... Una vez pillé a mi padre mientras le hacían una mamada. Bueno, a ver, yo era un niño y en ese momento no sabía lo que pasaba, pero recuerdo a la mujer de rodillas y a mi padre de espaldas con la mano en la pared.

Aquel peligroso movimiento en mis genitales cesó y se hizo el silencio.

—Tu familia es asquerosa, ¿lo sabías?

—Sí, bueno... —murmuré antes de encogerme de hombros—. Somos una familia compleja.

—¿No tienes hermanos?

—No, *il mio capo*. Digamos que yo soy la única razón por la que mis padres alargaron su matrimonio más de lo necesario.

—Hermanastros, entonces.

—Oh, no... No —y me reí, porque resultaba hasta gracioso—. Mi padre se hizo la vasectomía nada más nacer yo y mi madre se toma religiosamente la pastilla todos los días. Junto a muchas otras... Incluso cuando se volvió a casar. Aunque... —recordé—, una vez casi estoy seguro de que abortó. Por entonces estaba con Moshé Cohen, su tercer marido, un banquero bastante importante. Ya habían empezado a tener problemas y mi madre se fue repentinamente al extranjero «de vacaciones». Al volver estaba hecha polvo y se divorció de Cohen. Aunque él me sigue enviando felicitaciones por mi cumpleaños, es un hombre muy agradable.

Aquella caricia áspera regresó a mí, esta vez, recorriendo la cara interior de mi muslo, allí donde la piel era más fina y, el dolor, más intenso.

—Háblame de tus ex. Esos que no sabían follarte bien.

—Oh... —murmuré—. Vale... ¿Qué quieres saber, *signore*?

Aquello se estaba alargando un poco para mi gusto. Aunque la fusta, la ceguera y la cuerda que me ataba de pies y manos fuera excitante, había empezado a sentirme como en la consulta del puto psicólogo; y yo ya había pasado demasiado tiempo en sitios así como para encontrarlo erótico.

–*Tutto...* –respondió él, dándome un pequeño azote en el muslo que me hizo perder la respiración y arquear la espalda –. Empieza.

–Pues ya te dije que lo de Isaac no pasó de segunda base y que con Poul e Joshua tampoco es que fuera especialmente emocionante.

–¿Cuál de esos es del que todavía guardas fotos en el móvil? –preguntó, volviendo a deslizar la fusta por mi pierna –. ¿Crees que no las he visto, *mio porcellino*?

–Emh... –eso no me lo esperaba –. Ese... es Joshua –terminé confesando.

–¿Dónde está tu móvil? Voy a borrarlas ahora mismo.

–No, espera –le pedí, echándome un poco hacia delante, ya que no podía mover las manos –. Son fotos personales, capo. No las borres, por favor.

El silencio que siguió a mis palabras fue duro y profundo. No había que ser un genio para saber que la había cagado. El azote se hizo esperar, pero llegó como un relámpago, electrizando mi cuerpo y llenándome de una dolorosa corriente que me hizo gemir y apretar los dientes hasta babearme.

–*Come di, cuccolino?* –me preguntó Mr. Mafia, acercando el rostro al mío. No podía verle, pero sí escucharle y notar su aliento en la cara.

–Escucha, entiendo todo esto... –lo intente de nuevo, interrumpiéndome solo para tragar saliva y tratar de que mis palabras no sonaran entrecortadas debido al dolor que todavía me ardía en el muslo –. Es parte de la fantasía y está bien... pero si borras esas fotos, se perderán para siempre. Y son recuerdos importantes.

–*Molto bene...* –respondió él, alejándose de mí –. Entonces, prefieres esas fotos que a *il tuo capo*.

–No. No seas así, por favor.

El azote fue igual de intenso que el primero, pero en la otra pierna y más cerca de mis genitales. Esta vez sí grité, incapaz de no contraer el estómago y dejarme caer hacia delante. Una mano firme me sostuvo y, sin mucha delicadeza, me empujó para que volviera al sitio.

–*Non essere come, mio porcellino?*

Apreté los ojos llorosos y negué con la cabeza. Antes de que pudiera responder, sentí como se levantaba, oí sus pasos por la alfombra y la puerta al abrirse. Me quedé allí, cegado y con la cabeza gacha todo el tiempo que Mr. Mafia tardó en volver. Entonces noté su cuerpo desnudo rozando el mío, sus piernas encerrándome, sus brazos extendiéndose a ambos lados de mí, su respiración al lado de mi oído, su voz grave al decirme:

–Vas a borrar esas fotos, o vas a despedirte de mí. Tú eliges.

Mr. Mafia me desató la venda y al fin pude ver, o lo hubiera hecho de no estar cegado por la suave pero repentina luz y las lágrimas que me empapaban los ojos. Frente a mí, sostenía el iPhone y, en su pantalla, estaban seleccionadas ya todas las imágenes de Joshua.

Aquella en la que habíamos ido a la boda de los Levy y nos habían fotografiado bailando el Tumid B'Simcha, con nuestros kipás en la cabeza y un par de copas de más.

Aquella en la que habíamos salido a una fiesta de Halloween con nuestros disfraces a juego.

Aquella que nos habíamos sacado tomando un helado en la playa un Sabbat cualquiera.

Aquella en la que yo sonreía y un Joshua borracho y sonrojado de fin de año me daba un beso en la mejilla.

Aquella en la que él me abrazaba por la espalda en mitad de Israel, poco antes de cenar en el hotel donde me propuso matrimonio.

«Lo siento, Joshua. No... yo no... te quiero pero no... Lo siento», había dicho antes de irme, dejando tras de mí a un hombre roto y perdido.

Pero a veces, en secreto, algunas noches, me arrepentía de no haberle dicho que sí. Por eso guardaba las fotos, para recordar que, en un breve momento de mi vida, alguien me quería de verdad.

—Solo tienes que decirlo, *mio cuccolino*, y no las borraré. Me iré y podrás mirarlas todo lo que quieras mientras te tocas tu *cazzo* solo. ¿Eh? —me dijo Mr. Mafia al oído, moviendo su dedo por encima de la pantalla—. Vamos, solo una palabra... —insistió mientras pulsaba el botón de borrar. Entonces en la pantalla salió el mensaje de confirmación. «¿Está seguro?»—. Solo... una... palabra... —me prometió, acercando lentamente su pulgar al «Sí».

Una lágrima me cruzó la mejilla y contemplé en silencio como, tan solo un segundo después, esas fotos desaparecían de mi iPhone para siempre.

—*Molto bene, porcellino* —dijo *il mio capo*, apartando el móvil— Yo soy mucho mejor que esas fotos. Yo estoy aquí, ¿verdad?

Cerré los ojos y otra lágrima me cruzó el rostro.

—Sí, *signore* —murmuré con la voz algo rota.

Mr. Mafia dejó el iPhone a un lado y, de una forma un tanto inesperada, me abrazó, rodeándome con esos grandes brazos, apretándome contra su piel caliente del color del caramelo. Su áspera barba contra mi mejilla, su respiración en mi cuello, su polla dura rozando mis nalgas, tan cerca de mis manos atadas que casi podía rozarla con la punta de los dedos.

—¿Por qué lloras, *mia porca cagna*? —me susurró.

—Por nada —mentí.

—No necesitas a nadie más, ¿verdad? Solo a *il tuo capo*. Él te da todo lo que quieres... —continuó, moviendo suavemente la cadera para mancharme la parte baja de la espalda con el líquido preseminal que le coronaba el miembro. Su voz se volvió algo jadeante, como si se estuviera excitando demasiado con aquello—. Y a él no le importa estar contigo. No le importa darle un poco de atención a una mierda de persona como tú. *Vero, mio porcellino?*

—Sí, *signore*...

—Nadie más que yo va a querer hacerlo. Lo sabes... No eres más que un *bello ragazzo* malcriado y egoísta. ¿A que sí? —me dijo mientras, con cuidado y lentamente, me inclinaba hacia delante, siguiéndome con su cuerpo hasta que estuvo medio tumbado sobre mí.

—Sí —respondí, con la mejilla pegada en la alfombra y los ojos empapados en lágrimas.

—Si pierdes a *il tuo capo*, vas a quedarte solo para siempre —susurró inclinado sobre mi oído.

Entonces me abrió de piernas y tiró de mi cadera para que la elevara. Casi al instante, sentí el roce de su polla húmeda y caliente buscando mi ano y dejando tras ella un rastro de besos húmedos y salados. Cuando alcanzó el rosetón, más sensible y perceptivo a aquella gruesa presencia, jadeé.

—Nadie más te va a querer, Joe —le oí decir, un poco más lejano ahora que se había incorporado lo suficiente para poder apretar la cadera. Su polla apretó mi ano y yo apreté los dientes, era demasiado gorda y mi culo no estaba preparado todavía—. Nadie va a querer estar contigo. Nadie va a aguantar tus gilipolleces, porque eres un niño triste y estúpido...

—Sí, *signore* —jadeé, inmóvil y tirado en la alfombra mientras Mr. Mafia se adentraba más y más en mí lentamente.

Su jadeo empezó a acompañar el mío, aunque el suyo no estaba teñido de un rastro de dolor y tensión. Cuando la cabeza estuvo dentro, me agarró con fuerza de los hombros.

—Vas a acabar como tus padres —me dijo entonces, lentamente, casi parando a cada palabra mientras seguía follándome poco a poco—. Solo. Triste. Vacío. Usando tu dinero para conseguir que la gente te quiera... ¿Eso es lo que quieres, Joe?

—No —gemí.

Lloraba, pero no sabía por qué exactamente: si era el dolor que me producía aquella enorme polla entrando sin parar en mi recto; o si era el dolor que sus palabras me producían, porque en el fondo de mí sabía que podían ser verdad.

—Pues eso es lo que pasará si me dejas... Acabarás siendo un puto judío viejo y asqueroso que solo sale para comer con la puta de su madre... ¿Eso es lo que deseas?

Yo apretaba los dientes y respiraba, echando gotas de saliva sobre la alfombra pegada a mi cara, manchándome la barbilla.

—No... —conseguí decir apenas sin aire.

Con una última arremetida y un gruñido, Mr. Mafia me la clavó hasta el fondo. Me apretaba los hombros con demasiada fuerza y me empujaba de tal forma que empecé a sentir un ardor en la mejilla pegada contra la alfombra.

—Solo eres para *il tuo capo* —jadeó él, retrocediendo un poco para volver a metérmela—. Dilo... Di: *sono solo tuo, il mio capo*...

—*Sono solo tuo, il mio capo*... —gemí.

—Sí... Agh... *Fanculo, come mi metti, porco ragazzo!* —Mr. Mafia empezó a follarme lentamente al mismo tiempo que sacaba una mano de mi hombro para agarrarme del pelo y apretarme la cara incluso más contra el suelo. Jadeaba y gruñía como si no la hubiera metido en años—. Dale las gracias al *tuo capo* por dignarse a follarte... vamos.

No dije nada y él me la volvió a clavar hasta al fondo con violencia y a apretarme más la cabeza contra el suelo.

—¡Vamos, *puttana di merda!* ¡Dame las gracias por follarte! —rugió.

Cerré los ojos y una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—*Grazie, amore*... —susurré.

DIEZI

Había leído sobre ello, pero nunca me había imaginado que lo viviría. Ese momento en el que los sumisos quedaban tan afectados por la sesión que necesitaban un tiempo para recuperarse, para volver a ser personas tras una experiencia que, muchos, considerarían hasta traumática.

Para mí lo fue.

Mr. Mafia me había dejado en un estado mental muy bajo, me había hecho llorar y dudar de mí mismo y después me había follado a placer, inmovilizado y con la cara pegada al suelo. Fue sexo duro, frío, egoísta y violento. Solo por su completo y único placer. Cuando se cansó de hacérmelo a cuatro patas y azotarme el culo, se derrumbó sobre mí y continuó insultándome en italiano al oído. Llamándome «*porca*», «*puttana*», «*troia*» y todo lo que se le ocurría hasta que, en mitad de aquel estado de excitación febril, se corrió con un buen gruñido que debió oírse por toda la casa.

Al terminar, se quedó donde estaba, sobre mí, sudado y jadeándome en la oreja. Un rato después, al fin se levantó, la sacó de dentro y me desató las muñecas. Yo me quedé donde estaba, incapaz de moverme o dejar de mirar la pared. Él no dijo nada, simplemente se fue camino al baño y cerró la puerta, dejando al fin solo.

No pensé especialmente en nada; ni en el leve dolor de mi ano, ni en mis piernas entumecidas, ni en mis rodillas peladas por la fricción contra la alfombra, ni en todo lo que había llorado y gemido.

No pensé en nada en especial de lo que acababa de suceder en aquella habitación.

No estaba alegre, ni complacido; pero tampoco estaba asqueado o enfadado. Después de todo, yo había podido pararlo. Solo una palabra y todo hubiera terminado, pero esa palabra no brotó de mis labios. Simplemente dejé que Mr. Mafia continuara follándome y usándome hasta el final. ¿Por qué? No lo sabía. Ese era el problema. No lo sabía.

En algún momento, *il mio capo* volvió del baño. Se había duchado y su piel estaba perlada de gotas recientes. Le vi acercarse, desnudo, a donde yo todavía yacía en el suelo, incapaz de moverme y mirar la pared. Se agachó y de una forma extrañamente dulce, me acarició el rostro con un dedo húmedo y tibio.

– *Tutto bene, porcellino?* – susurró con algo que me pareció preocupación.

– No lo sé – conseguí decir, aunque mi voz sonó vacía y sin vida.

Él me rodeó el hombro, pero no como antes, cuando sus manos eran garras que me herían y me apresaban como furiosos grilletes; ahora eran las manos de un amante, de un padre y un amigo. Me dio una caricia y suave y, con una bocanada de aire y un suspiro, murmuró:

– *Lascia che ti aiuti, cuccolino...*

Entonces me movió y, con sumo cuidado, me cogió en brazos para levantarme y llevarme a la cama. Allí me abrió las mantas y me arropó con cariño antes de darme un solitario y húmedo beso en la frente.

– *Sogni d'oro* – susurró, dirigiéndose hacia su ropa doblada a un lado para llevársela con él y desaparecer de la habitación.

No recuerdo cuándo me dormí, puede que minutos u horas después, pero sí recuerdo cuando me desperté, con la luz de la mañana y una sensación ligera en el pecho. Me froté el rostro y me di una buena ducha. La noche anterior todavía estaba presente, pero casi como un sueño turbio y sin sentido que, por casualidad, había soñado.

Solo por costumbre, cuando me preparé el café y me lo llevé al patio, escribí el «*Bongiorno, il mio capo*». Entonces me quedé mirándolo un buen rato. Si quería, aquel era un buen momento para terminar con esa relación. Ya había probado un poco de todo, había tenido un par de experiencias interesantes y había vivido un momento muy intenso.

Quizá fuera hora de dejarlo pasar y seguir adelante.

Y, sin embargo, mandé el mensaje. Algo dentro de mí me decía que todavía no era momento de abandonar a Mr. Mafia. No porque creyera que nadie más en el mundo me fuera a querer, por supuesto que no. Pasado el momento, aquello solo sonaba a palabrería tóxica y estúpida para mí. La razón por la que mandé ese mensaje fue porque, aquella noche, había tenido una experiencia única y, de alguna forma, estaba seguro de que *il mio capo* podría darme muchas más.

Quizá fuera un pensamiento retorcido, pero era lo que yo quería en ese momento.

«*Bongiorno, mio porcellino. ¿Qué te pareció lo de ayer?*», respondió tan solo un minuto después.

«Intenso», reconocí.

«*Bene. Espérame en Bel-Air, iré después de misa*».

Arqueeé las cejas y, por un instante, tuve una imagen mental de *il mio capo* en un banco, rodeado de su mujer y sus hijos mientras escuchaba la cháchara de un cura y pedía perdón a su Dios por matar, robar y follar a un judío. Aquello me hizo gracia y me arrancó una sonrisa, pero, evidentemente, no le dije nada.

«*Sí, signore*».

Con una buena bocanada de aire, dejé el iPhone a un lado y lo sustituí por mi café con hielo, mirando el sol reflejándose en el agua de la piscina. No sabía lo que esperarme de que Mr. Mafia quisiera venir a la villa, pero le esperé allí como la primera vez, tumbado en la hamaca mientras adelantaba trabajo. No tardó demasiado en llamarme al móvil y, en aquella ocasión, me puse una bata antes de salir a buscarle a la puerta.

Él entró con mi Maserati, aparcó, salió con su actitud de machito y me echó una ojeada tras sus gafas de cristal oscuro. Cuando se acercó, me hizo un gesto para que entrara en casa y, al cerrar la puerta, me hizo otro para que le enseñara qué había debajo de la bata: un speedo blanco de Dolce.

—Mmh... *Bellissimo*... —murmuró, disfrutando de la visión de una manera hasta soez. Relamiéndose un poco y bajando las gafas para que no hubiera nada entre sus ojos claros y mi cuerpo—. Prepara a *il tuo capo* una cerveza fría mientras se va a cambiar —ordenó entonces.

—¿Ya has tomado mucho vino en misa y te has cansado? —le pregunté.

—¿Qué te he dicho de ese tema, *porcellino*? —me recordó mientras hacía un gesto de advertencia y caminaba en dirección a las escaleras—. Vete a por esa

cerveza –insistió entonces, dándome un cachete en el culo como si fuera su mujercita.

Arqueé las cejas y me quedé mirándole mientras ascendía en dirección al segundo piso. Mr. Mafia estaba más sonriente, más juguetón y parecía más alegre de lo habitual. Quizá le hubiera ido bien en algún trabajo o, quizá, le emocionaba la idea de pasarse otro domingo tomando el sol en mi piscina. Fuera como fuera, no le di demasiada importancia. Fui a la cocina y saqué dos cervezas de una de las neveras, las abrí y me las llevé conmigo a la hamaca.

Il mio capo apareció diez minutos después, atravesando la puerta acristalada del salón casi como la primera vez; espectacular y demasiado sexy para ser real; con la diferencia de que, en esta ocasión, se había puesto un bañador corto que se había remangado para enseñar lo más posible. Al quedarse frente a mí, se puso las manos en la cadera y me dijo:

–*Fai spazio al tuo uomo, cuccolino.*

Asentí y, aunque no le hubiera entendido una mierda, me levanté para que pudiera sentarse y abrir las piernas.

–La cerveza, *signore* –le dije, entregándole el botellín frío y perlado de gotas de agua–, y te he comprado el tabaco que te gusta –añadí, mostrándole la cajetilla de importación. Era parecida a las tuyas, pero en esta el color anaranjado era más brillante y la tipografía, más moderna–. Aunque no sé si me he equivocado.

–Eh... no –respondió tras agitar un poco la cabeza, como si estuviera sorprendido–. Es esa, sí. *Molto bene.*

Asentí y le saqué un pitillo largo, me lo puse en los labios y lo encendí, aspirando aquel humo mucho más amargo y duro. Yo estaba bastante seguro de que no era el mismo tabaco, pero no dije nada y se lo entregué. Mr. Mafia le dio una calada y, de pronto, tosió. Se cubrió los labios con la mano y sorbió por la nariz.

–*Come in Sicilia* –me dijo–. Cuantos recuerdos... –y miró el pitillo humeando entre sus dedos.

–¿Naciste en Sicilia? –pregunté.

Mr. Mafia me miró un momento y, tras un breve silencio, me hizo una señal con la mano para que me acercara. Dejé de sentarme en el borde de la hamaca y me recosté contra él, sintiendo, una vez más, aquella agradable frescura de su piel acaramelada. De una forma un tanto inesperada, me rodeó con un brazo y me apretó suavemente contra él, dándome un beso en el cuello.

–¿Echaste de menos a *il tuo capo*? –me preguntó al oído.

–Mmh... La verdad es que esta mañana estaba un poco insensible. Lo de anoche fue bastante intenso –le confesé, ya que, al parecer, aquel domingo Mr. Mafia estaba menos «amo» de lo habitual.

–*Mi ha fatto impazzire...* –susurró, acariciándome la oreja con los labios de una forma que me produjo un escalofrío por todo el cuerpo.

–¿Qué?

–*Il tuo capo* quedó muy contento –respondió, pero de una forma menos íntima y lejana, entonces supe que eso no era lo que había dicho en italiano.

–Eso parece, hoy estás de muy buen humor, *signore.*

Una vibración en su gran pecho me movió ligeramente sobre él mientras su brazo a mi alrededor se convertía en una lenta carga en mis abdominales.

—Llevaba un tiempo sin... *una buona scopata*. Una buena follada —tradujo sin que tuviera que pedírselo.

—Oh... —arqueé las cejas y puse una expresión de sorpresa que él no pudo ver.

—*Il tuo capo* no mete *il suo cazzo* en cualquiera. Deberías sentirte halagado, *mio porcellino*. Tienes mucha suerte conmigo.

—*Grazie, amore* —respondí, porque parecía lo apropiado, aunque, sinceramente, no me imaginaba a un hombre como Mr. Mafia sin follar.

Era la clase de persona que podía chasquear los dedos y tener a cien sumisos a sus pies deseosos de hacer todo lo que él ordenara; yo entre ellos, por supuesto.

—¿Cuánto llevabas tú, *mio cuccolino*?

—Pues... dos años, más o menos. Desde que dejé a Joshua.

Noté al capo moviendo la cabeza para mirarme mejor, como si dudara de mis palabras.

—Sabes que no me gusta que me mientas.

—Es verdad, *signore* —le aseguré.

—Así que, según tú, llevas dos años sin hacer nada. En tu trabajo rodeado de estrellas, actores y famosos...

—No, no nada —le corregí—. Me he besado con un par y ha habido algunas cosas por en medio: pajas, toqueteo y esas tonterías para bajar el calentón. Pero lo que es follar y metérmela, nada de nada.

—Mmh... —murmuró, ladeando la cabeza para darle una calada a su pitillo, el cual se estaba consumiendo rápidamente entre sus dedos. Después le dio un trago a su cerveza y recostó la cabeza en el respaldo de la hamaca—. Pues ahora *il tuo capo* cuidará bien de ti. Ya no necesitas ir a fiestas ni tocar nada que no debas.

—Bueno, si hablamos de eso... —dije, centrando mi mirada en la caseta más allá de la piscina, donde estaba mi cama y las cortinas blancas que se agitaban suavemente con el viento—. La verdad es que me vendría bastante bien que nos viéramos un poco más a menudo. Sin poder tocarme, estoy llegando a los fines de semana bastante cachondo y es un poco frustrante.

Mr. Mafia no respondió enseguida, sino que se hizo derogar, fumó otra calada y, tras expulsar el humo grisáceo sobre nuestras cabezas, me dijo:

—*La mia cagna vuole il suo uomo più spesso, eh? ¿Y por qué no me lo dice? ¿Por qué solo leo mensajes cortos y tonterías cuando podría estar leyendo lo mucho que quieres que me corra en tu boca?*

—Oh, bueno, creía que te molestaría que insistiera. Me has dejado bien claro que solo lo haríamos cuando tú quisieras —le recordé.

—Exacto, *mio porcellino*. Cuando y donde yo quiera... pero eso no quiere decir que no le puedas rogar a *il tuo capo* para que te haga caso. Quizá enviarle fotos, algún vídeo... Sabes que me gustan. Quizá hasta me convenzas para *modo che ti scopi molto forte*.

—Genial, entonces. Te lo pediré más a menudo —decidí, aunque estaba seguro de que eso era algo de lo que el capo se iba a arrepentir muy pronto.

Mr. Mafia tomó una buena bocanada de aire, hinchando su abultado pecho y levantándose un poco en el proceso. Me acarició de nuevo el pecho de una forma que continuó resultándome extraña en él y, después, se empezó a quedar dormido a medida que el tiempo pasaba y la brisa nos acariciaba el cuerpo. Yo también me quedé algo atontado, con la cabeza recostada sobre el hombro del capo y su mano alrededor. No me desperté hasta que, una o puede que dos horas después, noté un movimiento a mis espaldas.

–*Fai di mangare* – oí ordenar a Mr. Mafia.

–S...sí, *signore* –murmuré, todavía adormecido y haciendo un gran esfuerzo por levantarme del sitio.

No tenía mucho en la cocina, así que hice otra ensañada y se la llevé. *Il mio capo* tardó un poco en desvelarse del todo y, tras la comida y otro rato de descanso, decidió probar la piscina. Nadó un poco, se quedó flotando con las gafas puestas y el sol bañando su cuerpo perfecto y, después, llegó al borde para recostar los brazos y llamarme. Dejé el guion y me acerqué junto a él, a la espera de que me pidiera otra cerveza, un pitillo o cualquier otra cosa; sin embargo, levantó la cabeza y me dijo:

–*Baciami, porcellino...*

No supe lo que eso significaba, pero por la forma en la que alargó ligeramente el cuello para alcanzarme, no tardé en descubrirlo. Le di un suave beso en los labios, de rodillas a los pies de la piscina mientras el flotaba, mojado y fresco en el agua brillante. El primero fue suave, solo un roce, seguido de uno más intenso. En el tercero, Mr. Mafia empezó a sacar la lengua y yo comencé a gruñir de placer. Como todo en él, esa lengua era perfecta, suave, húmeda y deliciosa.

Me perdí completamente en aquel beso que se alargó en el tiempo, bebiendo de él como si me hubiera pasado años recorriendo el desierto. *Il mio capo* me agarraba del pelo y decidía la intensidad y la profundidad, y yo le daba todo el control mientras rodeaba su cuello con los brazos y le acariciaba aquel pecho grande y velludo.

Siempre había creído que aborrecía el vello corporal, hasta que le había conocido a él.

Cuando la situación se hizo insostenible por más tiempo, Mr. Mafia empezó a volverse impaciente y un poco más violento. Excitado, jadeaba en italiano en esos breves momentos en los que me obligaba a alejarme de él. Entonces, señaló la habitación a un lado de la piscina y dijo un firme:

–*Prego.*

Asentí varias veces y, como si no tuviera ni que decírmelo, me quité el speedo y fui hacia mi habitación. Mr. Mafia brotó de la piscina como salido de una película. El sol brillaba sobre él, sacando reflejos a su piel húmeda, morena y suave. Su pelo negro estaba mojado y le caía sobre el rostro, sus ojos claros me miraban como si estuvieran a punto de devorarme. Parecía enfadado mientras caminaba con aquel marcadísimo bulto sobresaliendo de su bañador empapado.

Al cruzar el umbral, se lo bajó y sin si quiera molestarse en secarse, subió de rodillas a la cama en la que yo le estaba esperando, sonrojado, jadeante y con

los ojos como platos. Estaba viviendo un puto sueño y me daba miedo despertar.

Entonces me abrió las piernas y, como un puma a punto de cazar, gateó lentamente, paso a paso, hasta ponerse sobre mí. Sentí su piel fría y húmeda contra la mía, caliente del sol, y un nuevo escalofrío como ningún otro me recorrió el cuerpo.

Me dijo algo, pero como muchas otras veces, me limité a asentir y a decir: «*Si, il mio capo....*». Entonces, sin dejar de mirarme con aquellos ojos claros e intensos como joyas, se escupió en la mano y la llevó a mi ano, expuesto y a su total disposición. No se tomó mucho tiempo para jugar con él y mojarlo, pero eso no fue algo que me importara, porque cuando acercó la punta húmeda de su enorme cazzo, yo ya estaba deseando que me empalara de lado a lado y no dudara en destrozarme por el camino.

Curiosamente, mis ruegos se hicieron realidad cuando, metida la cabeza, *il mio capo* se recostó contra mi cuerpo, me agarró del pelo y empezó a hundir la cadera mientras gruñía, cada vez más alto y cada vez más fuerte en mi oído, a medida que se adentraba cada vez más profundo y cada vez más insaciablemente dentro de mí.

Yo miraba el techo y trataba de seguir respirando, aunque gemía demasiado fuerte. Le rodeaba con los brazos y clavaba los dedos en los músculos que allí había, rogándole que no parara. Rogándole que me follara hasta el amanecer. Rogándole que no me dejara nunca.

Como la noche anterior, fue duro y un tanto violento, algo desconsiderado y, por supuesto, egoísta; ya que todo terminó cuando él se corrió con un ronco gruñido mientras trataba de metérmela lo más profundo posible. Sin embargo, aquello era parte del juego. Era parte de la fantasía en la que lo único que importaba era lo que mi capo quería y donde yo solo estaba allí para saciarle.

Así que, cuando se derrumbó sobre mí, todavía húmedo, con la piel perlada tanto de sudor como del agua de la piscina; yo no podía ser más feliz. Miraba el techo de la cabaña y sonreía como un tonto, porque había sido uno de los mejores polvos de mi puta vida. El momento, la fiereza, el lugar, la forma, la postura, el hombre... todo había sido, simplemente, perfecto.

Entonces suspiré, acariciando su espalda mojada, le di un beso en la sien y le susurré:

—*Grazie amore...*

Cuando pasaron casi diez minutos, *il mio capo* se levantó, me miró un momento y retrocedió para sacármela de dentro. Entonces hoy que chiscaba la lengua y soltaba alguna queja en italiano.

—Te pregunté si estabas limpio —me recordó con cierto enfado en la voz.

Parpadeé y me di cuenta de lo que pasaba. Mr. Mafia se había llevado una pequeña sorpresa y se había manchado, no mucho, pero seguía sin ser agradable.

—Oh, joder, lo siento muchísimo —me disculpé al momento, bastante avergonzado de aquello. Era algo natural, por supuesto, pero seguía sin ser agradable—. No te entendí, estaba demasiado cachondo. Lo siento muchísimo,

capo. No volverá a pasar –prometí, con la esperanza de que aquel pequeño fallo no afectara a futuros polvos salvajes en mi cama.

Él no dijo nada, solo hizo uno de sus gestos italianos y repitió la queja antes de levantarse y salir a buen paso en dirección a la casa. Por si se volvía a ir sin avisar, le seguí al baño y me quedé de brazos cruzados al lado de la puerta.

–Lo siento, capo, de verdad –repetí.

–*Ok, basta, lascia perdere* –le oí decir, aunque su tono seguía siendo molesto.

Me quedé allí hasta que terminó de darse una ducha y salió, con el pelo revuelto, las gafas puestas y vestido.

–Lo siento... –repetí con mi mejor cara de chico guapo y arrepentido.

Él puso los ojos en blanco y juntó las yemas de los dedos antes de abrirlas de pronto mientras me decía:

–He dicho que ya está. La próxima vez te limpias siempre antes de que venga. ¿*Capisci?* Creía que había quedado claro.

–Sí, *il mio capo*.

–*Bene* –murmuró antes de darme una palmada en la cara –. *Ciao, bello*.

–*Ciao...* –repetí, y creo que casi se pudo escuchar el sonido de mis bragas cayendo al suelo con tan fuerza que hubieran causado un terremoto.

Con *il mio capo* había mil razones para salir corriendo, y solo una para quedarse. Irónicamente, ambas eran la misma: él.

El lunes llegué con tal sonrisa al trabajo que Lizza arqueó las cejas e interrumpió la charla que mantenía con su hermano, Jeremy.

–Eh, Joe, ayúdame, hermano –me dijo él, moviendo sus manos hacia mí mientras su camiseta desproporcionadamente grande bailaba como un vestido–. Resulta que soy un gran fan de los súper héroes, ya sabes, porque luchan contra el mal...

–No, Jey –le interrumpió ella con una de sus caras que decían «como sigas vamos a tener un gran problema»; pero él ni la miró.

–Y, casualmente, sé que tú estás produciendo una y me preguntaba si me podrías meter, ya sabes, como un extra o algo. Quizá uno de los que miran al cielo con cara de sorpresa y señalan –y como si quisiera demostrarme todo su talento, eso es lo que hizo.

–Claro –dije yo antes de encogerme de hombros –. Hablaré con el director de reparto, seguro que no hay ningún problema.

–¡Gracias, hermano! –exclamó, queriendo compartir conmigo uno de esos saludos de puños cerrados al más estilo afroamericano.

Traté de estar a la altura, pero casi se podía ver una cartel en mi cara que gritaba: «¡blanco alert!».

–Jey, lárgate –dijo Lizza entonces, clavando una de sus duras miradas en su hermano.

–Claro, Lizz –sonrió él –. Gracias de nuevo, Joe.

–De nada –respondí de camino a la puerta de mi despacho, a la que Lizza no tardó demasiado en seguirme.

—¿Por qué coño le consientes? Solo lo hace para ir por el barrio diciendo que va a salir en una película y después tratar de ligar con esa misma frase de mierda.

—No sé, Lizza, no es para tanto —respondí, sentándome en mi sillón de cuero negro antes de encender la pantalla del ordenador—. Además, seguro que ni le importará que no le paguemos. Estoy ahorrando dinero.

—Pff... —puso los ojos en blanco y terminó de cerrar la puerta a sus espaldas, dispuesta a leerme la agenda del día—. Así que la cosa va bien con ese italiano. ¿Es cierto lo que dicen de ellos, son más apasionados?

Dejé de atender al ordenador y la miré con una enorme sonrisa en los labios.

—Me folló en la piscina y fue brutal. Estaba todavía mojado, el sol brillaba sobre su piel y parecía un puto dios romano llegando desde las aguas del Tíber para decirme guarradas en italiano y darme por el culo como no me han dado en mi puta vida.

Lizza puso cara de asco y negó con la cabeza.

—A veces te extralimitas Joe —me recordó—, yo soy solo tu ayudante.

—Ya... —murmuré—. Y sí, es muy cierto. Es muy, muy apasionado. En varios sentidos —añadí, aunque aquello era más una observación personal sobre sus otros aspectos.

Aquella mañana ya me había mandado dos mensajes para preguntarme a dónde iría y para recordarme que quizá se pasara cerca de mí para vigilarme si le quedaba cerca de «sus rutas». Así que era mejor que no le mintiera.

—Vale, tú solo ten cuidado —me pidió ella mientras abría la agenda—. No te dejes atontar por el sexo divino y su «pollini di caballini», y que al final resulte ser un *boy toy* buscando un ricachón que le malcríe.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza, aunque, por desgracia, aquella idea ya me había venido un par de veces a la cabeza. Mr. Mafia no solo se había quedado con mi Maserati, sino también con mi cartera. Habían pasado dos semanas y todavía no me la había devuelto.

Por supuesto, había estado vigilando los pagos y, aunque no había nada serio, sí había empezado a hacer pequeñas compras con la platino. Nada importante: entre los sesenta y los ochenta dólares, normalmente en tiendas de ropa o comida. Aunque sí había un gasto que me había llamado la atención, el de un restaurante en el que se había gastado ciento cuarenta dólares. *Il Dolce Gusto*.

Lo primero que se me había venido a la cabeza era que *il mio capo* se hubiera llevado a su mujer a una cena romántica que, al parecer, yo había pagado. Sí, era preocupante. No, no era algo que me convenciera lo suficiente para atreverme a sacar el tema delante de él y tener una conversación que, evidentemente, no quería tener.

La primera razón por la que no quería era porque sabía que Mr. Mafia se iba a poner como una fiera y que se enfadaría. La segunda era el miedo que me daba descubrir que, al final de todo, quizá *il mio capo* estaba más interesado en mi dinero que en ser mi amo.

Quizá se lo tomaba como un trabajo y por eso estaba tan paranoico y atento todo el rato al móvil para saber dónde estaba. Tenía que proteger a su oca de los huevos de oro, ¿verdad?

Quería bromear sobre ello, pero lo cierto era que me dejaba un mal sabor de boca pensarlo. Si solo quisiera tener *boy toys* como los tenía mi madre, o «novias» como tenía mi padre; tendría un puto modelo de gimnasio en mi cama para cada día de la semana; pero sabiendo qué era lo que pasaba y la razón por la que estaban allí. Con las cosas claras.

Porque encontrar a un chico que me gustara y descubrir que no era más que un aprovechado y una sanguijuela, era algo que me aterraba. Pensar en que los demás solo me veían como una tarjeta Black con patas y culo, me asqueaba. Creer que iba a terminar cayendo en la oscuridad y seguir el gran ejemplo de mis padres... me daba ganas de tirarme de cabeza por el balcón de la villa.

Quizá por eso extrañaba a Joshua. Porque, aún siendo un poco aburrido y predecible, sabía que me había amado solo por como yo era.

Y, quizá, fuera el primero y último que lo hiciera jamás.

UNDICI

Mr. Mafia me mandó un mensaje aquel mismo martes que decía: «Esta noche a las once». Un poco tarde, pero no dudé ni un segundo en responder: «Sì, *signore*», mientras sentía esa creciente excitación y nerviosismo que siempre me atenazaban las entrañas cuando sabía que iba a verle.

Preparé pasta a la romana, elegí un vino blanco de la bodega y se lo serví a un increíblemente guapo capo con camisa beige y pantalones color mocca. Ambos nuevos, o, al menos, que nunca le había visto antes. Al terminar, se tomó su café y me hizo esperarle en la habitación. Allí, como desde que había llegado, no dijo nada. Solo me ató las manos con una cuerda, dejando cierta distancia entre ellas. Eso me extrañó, hasta que le vi sacar un cuadro del pasillo y me llevó con él para subirme las manos al enganche en la pared y, así, quedar con los brazos en alto.

Entonces me puso un bozal que consistía en una correa y una bola roja en mitad de mi boca y, después, se fue. Tardó diez minutos en volver, desnudo, con uno de los aceites lubricantes en una mano y una pala de cuero en la otra. Apreté los puños y mordí la pelota, empezando a sentir como la sangre dejaba mi cerebro para irse directa a mi polla.

Il mio capo volvió a conseguirlo. Volvió a darme un viaje a las estrellas, ida y vuelta, mientras me follaba contra la pared, me gritaba guarradas en italiano e, intermitentemente, me azotaba con la pala. La baba empezó a caerme por las comisuras de los labios y a gotear de mi barba. Los ojos se me llenaron de lágrimas y las piernas empezaron a temblarme y dolerme; porque mantenerse de pie cuando tenías a un macho italiano a tus espaldas, follándote como un completo animal, era complicado.

Se corrió media hora después, mientras me tiraba del pelo y apretaba todo lo que podía mi cadera contra la suya, poniéndose de puntillas por sí, así, conseguía metérmela incluso un poco más profundo. Después, sudado y con el pelo revuelto, los ojos entrecerrados y la respiración acelerada como si acabara de correr toda una maratón, me la sacó y se fue con paso lento hacia la habitación.

Me quedé allí colgado, con las piernas temblando y la sensación de que una pequeña gota del aceite lubricante se había escurrido desde mi ano a mi muslo, cosquilleándome la piel con un beso tibio y un dulce olor a vainilla.

Cuando *il mio capo* regresó, duchado y vestido, me desató el bozal babado y me preguntó:

— *Cosa dici al tuo capo, cucciolo?*

— *Grazie, amore...* —jadeé, mirándole por el borde de los ojos enrojecidos.

Entonces me soltó las manos y caí de rodillas al suelo. Mr. Mafia se fue, pero como pasaba últimamente, tras él mi mundo era simplemente maravilloso. Iba flotando en una nube, con el culo adormilado y un poco dolorido, una sonrisa enorme en los labios y suspirando como si me hubiera tomado uno de los ansiolíticos de mi madre.

Siempre dormía toda la noche.

El jueves, volvió a decirme que vendría a verme, pero solo después de un intenso interrogatorio sobre lo que se hacía o no en el plató del estudio y cómo de estrecho era mi contacto con los actores que allí había. Mi respuesta fue: «supervisar la producción» y «ninguno».

«¿Y con los encargados de el escenario, vestuario, diseño y *demasi merde?*»

«Yo solo trabajo con los directores de cada departamento, capo.»

«¿¿Quiénes son esos?? ¿¿Son hombres??»

«Pues los encargados de cada equipo. Maquillaje, vestuario, efectos... Hay hombres y mujeres. Aunque, prácticamente solo suelo hablar con el director de rodaje que es quien se encarga de tomar las decisiones importantes».

«Mándame una lista de esos directores ahora mismo».

Se podía decir que Mr. Mafia rozaba a veces lo ridículo. Esa fantasía posesiva y controladora suya parecía a veces una parodia o una broma más que algo serio. O el pobre estaba realmente enfermo de la cabeza, o aquello se le iba un poco de las manos. Fuera como fuera, yo cumplía sus deseos y fingía que no pasaba nada. Después, como esa misma noche, obtenía mi recompensa en forma de macho italiano.

Il mio capo me llevó a la habitación y me obligó a verle fumarse su pitillo mientras se desnudaba lentamente. Se exhibió un poco, sacó músculo y me preguntó si me gustaba, si quería tocarlos, lamerlos y besarlos.

«Sí, *signore*».

Se quedó de pie frente a mí y se toqueteó el enorme paquete mientras me miraba fijamente con el pitillo en los labios. Me preguntó si quería su *enorme cazzo*, si era lo mejor que había visto y saboreado en mi vida.

«Si, *signore*»

Se quitó el cinto, me lo ató al cuello y empezó a tocarse bajo la bragueta entreabierta. Me enseñó la humedad viscosa que se había pegado a sus dedos, frotándola delante de mis ojos para que la viera bien. Me preguntó si quería probarla, si me pasaba el día pensando en poder lamerla.

«Sí, *signore*»

Y después, se quitó el pantalón, se tumbó en la cama y me obligó a verle masturbarse. Recostado como un rey persa de piernas abiertas para que le viera bien, con una mano tras la cabeza, mostrándome su gran axila de vello negro, y la otra en la polla, jugando con la punta gorda y con la creciente humedad que la empapaba. Me miraba con aquellos ojos claros y aquel rostro masculino y perfecto. Su piel desnuda, morena y con delicioso olor a colonia y tabaco me llamaba, cantaba mi nombre con una música irresistible y me hipnotizaba. Me preguntó que estaría dispuesto a hacer para que me follara.

—Lo que sea, *signore* —le juré—. Todo lo que quieras.

—*Vedremo a riguardo, mio porcellino...* —murmuró.

«Eso ya lo veremos...», fue lo que dijo. Lo sé porque lo busqué en cuanto se fue, dejándome completamente loco y con la entrepierna empapada después de haber tenido que mirar, solo mirar, inmóvil y amordazado, como se lo hacía solo; sin apartar los ojos, gruñendo como un oso y usando ambas manos para rodear su polla mientras movía la cadera.

La frustración fue REAL, no voy a mentir. El viernes me lo pasé con un humor de perros y Lizza hasta llegó a decirme que me tranquilizara, algo preocupante viniendo de alguien que le gritaba al afila-lápiz cuando se le rompía una punta dentro.

«*Cos, è successo, mio bello? ¿No te lo pasaste bien anoche con il tuo capo?*», llegó a preguntarme el cabrón, riéndose de mí.

«Me has dejado bastante *arrapato*, Capo», le confesé, aunque no fuera algo que él no supiera. «Estaba seguro de que al final me ibas a dejar al menos probar *il tuo cazzo e il tuo gusto delizioso*»

«Oh... así que después de todo te has comprado un diccionario».

«Lo he buscado en el Traductor de Google. Pero sí, también me he comprado un diccionario y una guía lingüística. Necesito entretenerme con algo cuando me dejas como una jodida perra en celo y te vas (carita sonriente)».

«Me gusta mucho tu humor judío, *porcellino*. Pero, como supongo que no te habrán dicho nunca: *Non sempre otteniamo ciò che vogliamo*»

No siempre conseguimos lo que queremos. Será hijo de puta.

«Ah... *Il mio capo* me está enseñando lecciones sobre la vida. *Grazie amore*. PD: devuélveme mi puto Maserati y mi cartera».

«Lo que te va a enseñar *il tuo capo* es a no ponerte tonto e insolente, *caccolino*. Ahora pídemelo perdón y reza a tu dios sin prepucio para que te vaya a ver mañana».

«*Mi dispiace molto, signore*. Por favor, ven mañana. Te necesito». Lo escribí con cara de asco, pero con buena intención. Quería al capo encima de mí y no me importaba mentirle para conseguirlo.

Por supuesto, como no podía ser de otra forma, Mr. Mafia no me volvió a hablar. Ni cuando le di las buenas noches, ni cuando le di los buenos días, ni cuando antes de entrar en la sinagoga le mandé una foto con cara de cachorrito triste —creyendo que le haría gracia ya que tanto le gustaba llamarme así—, ni cuando, comiendo con mi madre, le mandé un mensaje rogándole que viniera a verme y prometiéndole que sería muy bueno.

Estaba jugando al juego, así que no era cuestión de orgullo. Yo era un sumiso al que follaban la boca como a una puta y al que usaban como clínex donde correrse, así que no tenía orgullo cuando se trataba de *il mio capo*. El problema era que él SÍ tenía un orgullo que no cabría ni en el océano.

—¿Ocurre algo, cariño? —me preguntó mi madre al verme pasarme una mano por el pelo, suspirar y poner cara de circunstancias—. ¿Es ese gentil con el que sales?

—Hoy no, mamá. No estoy de humor —corté de raíz—. No me obligues a irme de nuevo como la semana pasada.

—Perdona, solo estaba preocupada...

Negué con la cabeza y seguí clavando el tenedor en la tarta de manzana y miel, pensando en que, quizá, la había cagado demasiado. Esa idea me persiguió como una oscura sombra que empezó a empañar la luz del sol y la felicidad de mi alrededor. La villa parecía demasiado vacía, la cena demasiado sosa, el agua del jacuzzi demasiado fría y el cielo nocturno, demasiado oscuro. Con el iPhone en una mano y uno de esos pitillos de importación en la otra, busqué la

conversación con *il mio capo*, pasé todos esos mensajes que había dejado en «visto» y le mandé un audio.

—Hola, capo. Oye... siento haberme portado como un crío *viziato*. Tienes razón, tengo un pequeño problema lidiando con la frustración. No es culpa mía, es culpa de mis padres por consentirme y querer comprar mi amor con regalos — solté un bufido y sonreí—. Es una de mis bromas judías. Bueno, en parte. Sí es verdad que eso pasó, pero no importa. El caso es que lo siento y que me encantaría poder verte. Te echo de menos y es raro que no me hables o me preguntes qué hago o dónde estoy. Ah, y... puedes quedarte el Maserati y la cartera. No los necesito. Solo dije eso por joder. Lo siento —repetí antes de suspirar, apartar el móvil y darle a enviar.

Dejé el móvil a un lado del jacuzzi y miré el cielo estrellado sobre las colinas de Los Ángeles. La luz de la ciudad refulgía a los pies del valle, tapando parte del brillo de las estrellas, aunque, si te parabas a mirar el rato suficiente, eras capaz de ver las constelaciones.

Pi-Pi.

Fruncí el ceño y giré el rostro, entonces me puse rápidamente el pitillo en los labios y cogí el móvil para leer el mensaje.

«Voy para allí».

Empecé a sonreír tanto que el pitillo se me cayó de los labios, precipitándose hacia la bañera burbujeante. De un salto, salí corriendo hacia la casa, dejando un rastro de gotas y pisadas mojadas sobre el suelo. Rápidamente, fui al baño y rebusqué los enemas y la ducha anal. Si me daba prisa, creo que me daría tiempo de sobra, aunque iría algo justo.

Todavía con una sensación extraña y goteante en el ano, salí un cuarto de hora después hacia el piso inferior para sacar dos cervezas de la nevera. Todavía estaba abriendo los tapones cuando oí la llamada. Fui a por la bata y salí a abrir la verja y recibir a *il mio capo*. Parecía serio, aunque con las gafas Ray Ban no le podía ver bien el rostro. Aparcó donde siempre y salió con, para mi sorpresa, una camiseta blanca ajustada en vez de una camisa y unos vaqueros en vez de unos de traje.

Fruncí el ceño pero agité rápidamente la cabeza para recuperarme. Seguía estando terriblemente guapo, por supuesto, pero era extraño verle así.

Avanzó hacia mí, me miró fijamente a los ojos y se cruzó de brazos.

—*Buonasera, signore*. Gracias por venir —le saludé.

Él se quedó un momento más en silencio y, finalmente, asintió, haciendo una señal con la cabeza al interior. Entonces cerró la puerta a nuestras espaldas y, como ya me imaginaba que haría, hizo otra señal con la mano para verme sin la bata.

—Estaba en el jacuzzi —le expliqué, señalando mi bañador amarillo fosforito. Corto y ajustado, pero más sexy que obsceno.

Mr. Mafia me miró de arriba abajo y murmuró algo antes de coger aire y levantar la vista hacia cualquier lado que no fuera yo. Por alguna razón, noté un leve aroma a comida caliente viniendo de él, bastante diferente a su aroma a colonia y tabaco habitual.

—¿Quieres una cerveza? —le invité.

—No —negó en apenas un murmullo vago antes de volver a mirarme.

—¿Qui... quieres bañarte conmigo? El agua está muy buena y las vistas son preciosas de noche.

—No.

—Ah... vale. ¿Quieres ir a la habitación...?

—No.

Ahí me quedé en silencio y simplemente puse una mueca triste y me encogí de hombros.

—¿Qué quieres entonces, Capo?

No dijo nada.

—Ya me he intentado disculpar y te he pedido perdón mil veces, ¿qué más tengo que hacer?

...

—Vale... —murmuré, agachando la cabeza antes de rascarme una ceja—. Vale

—repetí, dándome la vuelta en dirección a la cocina.

Aquello ya no me estaba pareciendo un juego porque me estaba empezando a sentir culpable de verdad. Así que me fui antes de que fuera tarde, me senté en uno de los taburetes de la isla y me bebí un trago de cerveza mirando la pared acristalada que daba a la piscina.

Noté un movimiento por la periferia de los ojos, pero no giré el rostro, ni siquiera cuando oí el fuerte sonido de las llaves cayendo sobre la mesa, seguido de mi cartera, la cual se deslizó y se abrió por un lado.

Ignorando aquello por completo, volví a llevarme la cerveza a los labios.

—De acuerdo —le dije entonces sin mirarle—. Ya quedó claro que tú eres el que manda.

—No, creo que no ha quedado nada claro, Joe.

Fue lo que me dijo con su voz grave y su marcado acento italiano antes de darse la vuelta.

—Espera, Capo —le detuve, levantando una mano hacia las llaves—. Quédate el Maserati, sé lo mucho que te gusta.

Mr. Mafia se detuvo en seco a apenas un par de pasos de la puerta, se giró y me miró casi con desprecio.

—Yo no soy como tú, Joe. Mi amor no se compra con dinero.

Aun con las llaves colgando de mi dedo, negué con la cabeza y se las volví a ofrecer.

—Si quisiera comprar amor con dinero, te aseguro que sería el hombre más querido del mundo. —El capo no se movió, así que insistí una última vez, haciendo resonar las llaves y llenando la amplia cocina de un sonido tintineante—. Llévate el coche, es un regalo. Y ya sabes que soy judío —añadí—, así que regalar cosas es casi como un pecado.

Mr. Mafia se quedó en el sitio, de brazos cruzados y mirada silenciosa, hasta que, finalmente, dio un par de pasos y cogió las llaves de mi mano. De pronto, me las tiró al pecho con un gesto rápido al que me costó reaccionar. Las llaves chocaron contra mí y se precipitaron contra el suelo de mármol suizo.

—Métete tus putos regalos por el culo, son lo único que van a entrar ahí ya.

Dicho eso, se dio la vuelta y se fue. Pude oír sus pesados pasos alejándose y el portazo que dio a la puerta de la entrada al salir; pero fui incapaz de reaccionar hasta después de todo un minuto, cuando me agaché a por las llaves y me quedé mirándolas. Con un suspiro, fui hacia el salón y, de allí, a la entrada. Subí al Maserati y, por un momento, me sentí algo raro en el asiento del piloto; como si aquel ya no fuera mi coche.

Ahora tenía un leve olor a tabaco y a la colonia de mr. Mafia. El asiento estaba readaptado para su tamaño y del retrovisor colgaba una especie de cartel promocional con la forma de una pizza en la que ponía con letras verdes blancas y rojas: *L'italiani*.

Lo miré un momento balanceándose en la penumbra del coche y, después, arranqué el motor. Capo no podía haberse ido demasiado lejos, no si había decidido descender la colina andando por un lado de la carretera. Como me imaginé, le encontré en menos de cinco minutos, andando con un mano en los bolsillos de sus vaqueros y fumando calada tras calada bajo la luz de las farolas. Debió oír el coche acercándose lentamente y ver los focos encendidos, pero no se volvió, ni siquiera cuando bajé la ventanilla y le dije:

—Vamos, Capo, sube al coche. Al menos te acercaré al valle.

Él siguió andando: cabeza alta, mirada al frente y la ciudad de Los Ángeles brillando al otro lado.

—Capo... —insistí, ya un poco cansado de todo aquello.

No bromeaban cuando hablaban del dramatismo italiano. Mr. Mafia estaba haciendo un mundo de todo aquello. Cogí una bocanada de aire, golpeé suavemente el volante y, mirando al frente, le pregunté:

—Entonces, ¿se terminó?

—¿Terminar el qué? —le oí murmurar antes de llevarse el pitillo a los labios.

Giré el rostro hacia él y respondí:

—El acuerdo que tenemos.

Entonces, soltó un bufido y con una mueca de desprecio escupió a un lado del suelo.

—Dime algo, por favor —le pedí, aunque casi sonó como un ruego.

Tras otros cinco segundos más en silencio, terminé por asentir y comprender que el juego se había acabado y que yo no tenía por qué arrastrarme más delante de Mr. Mafia. Así que detuve el coche con el que le seguía muy lentamente, giré el volante hacia un lado y le dije un último:

—*Ciao, amore*.

Apreté el acelerador y comencé la maniobra para darme la vuelta y venir por donde había venido. La carretera era estrecha y necesité un par de movimientos, frenazos e intentos hasta que conseguí poner el Maserati en dirección contraria.

Entonces la puerta del copiloto se abrió y miré un cuerpo musculoso, una camiseta blanca y algo arrugada y el comienzo de unos vaqueros.

—*Esci dalla macchina* —le oí decir.

Sin entender muy bien qué pasaba ahora, me quedé un par de segundos allí plantado hasta que, con un movimiento rápido, salí del coche. Miré a Mr. Mafia con su expresión seria y su pitillo en los labios, rodeando el coche de lujo para

venir a donde yo estaba. Sin si quiera mirarme, me hizo una vaga señal para que me moviera. Cuando me aparté, se subió al coche y cerró la puerta de un golpe seco que retumbó en la silenciosa noche.

Fruncí el ceño, convencido de que, para darle un toque todavía más dramático, me dejaría allí tirado en mitad de la carretera. Sin embargo, después de un par de segundos, *il mio capo* golpeó la ventanilla con sus nudillos y soltó algo en italiano. Parecía impaciente y señalaba al otro lado con uno de sus gestos tan característicos de palmas abiertas y dedos juntos, así que asentí, di unos buenos pasos hasta alcanzar la puerta del copiloto y me subí.

Todavía con el pitillo en los labios y ahumando el interior del coche con aquel olor a tabaco, salió disparado por la carretera de la colina. No me atreví a decir nada y romper aquel frágil silencio, tan solo miré al frente y jugué nerviosamente con mis dedos en el regazo.

—¿Quién te crees que soy yo, Joe? —me preguntó con su voz grave y de fuerte acento tras sacarse el pitillo de los labios.

Le dediqué una rápida mirada por el borde de los ojos y respondí:

—*Il mio capo*.

Él asintió lentamente y sin apartar la vista del frente.

—¿Crees que a *il tuo capo* le puedes hablar como si solo fuera un *ragazzo* cualquiera?

—No, *signore*.

—¿Crees que te voy a aguantar tus gilipolleces de niño rico y que después solo tienes que usar tu dinero para conseguir que vuelva?

—No..., *signore* —agaché la cabeza.

—¿Crees que yo estoy aquí para cumplir todos tus putos deseos como y cuando tú quieras?

—No, *signore*.

—¿Crees que tú tienes algún tipo de voz o poder de decisión entre nosotros?

—No, *signore*.

—¿Qué crees que va a pasar cuando vuelva a leer uno de esos mensajes pasivo-agresivos con carita sonriente?

—Que te irás para siempre...

Mr. Mafia volvió a asentir, dejando un breve silencio en el que fumó una calada, quizá para dejar bien claro aquel punto.

—¿Crees que *il tuo capo* no sabe cuidar bien de su *porca cagna*? ¿Qué no se preocupa por él y le da lo que necesita?

—No, *signore*. *Il mio capo* me cuida muy bien.

—¿Entonces, qué dirás la próxima vez que te permita disfrutar de mí, de verme tocarme y saber la suerte que tienes por hacerlo?

—*Grazie, amore* —respondí.

—¿Y qué harás cuando te quedes *arrapato* como un perro salido porque yo no te he permitido disfrutar de *il mio cazzo e il mio gusto delizioso*? —preguntó, usando esas mismas palabras que yo le había escrito.

—Esperar a que *il mio capo* vuelva —dije, aunque no estaba muy seguro de lo que debía responder a eso.

Mr. Mafia me miró un momento por el borde de los ojos claros, allí donde los cristales de sus gafas no se interponían entre nosotros.

—No, *mio porcellino*. Le das las gracias a *il tuo capo* por hacerte sentir así. Como no te han hecho sentir nunca — me corrigió.

—Oh... —murmuré, llegando a arquear ligeramente las cejas—. Claro. Sí, *signore*.

Él asintió y miró al frente para darle una última calada al pitillo y echarlo por la ventanilla. No tuve que quedarme allí sentado y en silencio mucho tiempo más, porque la distancia de vuelta a casa no era mucha y Mr. Mafia se aseguró de apretar el acelerador cuando terminó de... enseñarme una de sus lecciones.

Entonces me pidió las llaves para abrir la verja, a lo que respondí:

—Hay un mando aquí, *il mio capo* —y abrí el pequeño cajón entre nuestros asientos para mostrarle el pequeño mando negro de la verja.

Él lo miró un momento y me lo quitó de las mano con un gesto algo brusco. Yo había dado por hecho que lo sabía y que todo aquello de hacerme salir para abrirle y recibirle en la puerta era solo parte del show; al parecer, me equivocaba.

Una vez aparcado bajo la manta de higueras, al lado del Porsche, Mr. Mafia salió del coche y esperó a que yo hiciera lo mismo. Me dejé guiar hacia el interior de la casa y, de allí, a mi habitación frente a la piscina.

Sin decir palabra, *capo* me señaló la cama. Me tumbé allí, medio incorporado en los codos mientras le veía desnudarse lentamente. Primero la camisa apretada, que se sacó por la cabeza y tiró a un lado. Miré su torso fuerte, con aquella piel de caramelo, ese vello negro y ligero y esa cruz dorada colgada entre sus pectorales. Me mordí el labio inferior y casi ni pude contener un gemidito de necesidad.

Il mio capo solo con vaqueros era todo un espectáculo para los sentidos.

Entonces subió de rodillas a la cama y, como si fuera el mayor de los monumentos, alzado en las alturas y de brazos cruzados, me dijo:

—Ábrete la bata.

Y eso hice.

—Quítate el bañador.

Me faltó tiempo para tirarlo a un lado y, jadeante y sonrojado, esperar a lo siguiente que me mandara. Mr. Mafia, sin embargo, se lo tomó con calma, ladeando ligeramente el rostro mientras me miraba de arriba abajo. La entrepierna de sus vaqueros ajustados no tardó en empezar a tensarse con un hambre que, aunque no se traslucía en su rostro, era más que evidente.

Que a mí me asustara pensar en que todos los hombres que trataban de ligar conmigo solo querían usar mi influencia o mi dinero, no significaba que yo no fuera consciente de mi gran atractivo y mi cuerpo trabajado.

Solo que, a veces mi paranoia era más poderosa que mi autoestima.

—*Ragazzino del cazzo. Sei così bello...* —murmuró en voz baja y con un tono de enfado, como si hubiera algo que le molestara mucho de todo aquello.

Entonces descruzó sus enorme brazos y se desabrochó el botón del vaquero, no sin cierta dificultad debido a la presión que estaba sufriendo la tela en esa parte. La bragueta casi soltó un gruñido de placer al sentir la liberación, abriéndose

sola hasta que pude ver el vello púbico, negro y rizado, junto el comienzo de su *enorme cazzo*.

— Pon las manos detrás de la cabeza — ordenó entonces.

Y eso hice mientras me mordía tanto el labio inferior que me hacía daño. El pecho me subía y bajaba a cada respiración y el corazón me latía con fuerza. Por si eso no le dejaba bien claro a Mr. Mafia lo emocionado que estaba con todo aquello, ya estaba mi polla, demasiado dura y sufriendo leves espasmos incontrolables que la levantaban y la volvían a dejar caer sobre el final de mis abdominales.

Il mio capo la miró un momento y después se inclinó, lentamente como la primera vez. Puso una mano al lado de mi rostro y, acercando el suyo hasta que casi llegó a besarme, susurró:

— Como te muevas un solo centímetro, me iré...

Mi primera reacción fue asentir repetidas veces, pero después jadeé un rápido y ahogado:

— Sí, *signore*...

Entonces comenzó otra de esas experiencias que me llevarían al límite y me dejarían tan exhausto que no era ni capaz de pensar. Aunque, al contrario que la primera, esta me haría llorar por otros motivos.

Il mio capo, quizá para enseñarme otra de sus lecciones o comprobar hasta qué punto yo había entendido lo que me había dicho; empezó a tocarse el solo. Volvió a enseñarme lo mojado que estaba, acercándose el líquido preseminal pegado a su mano, pero sin dejarme probarlo. Volvió a exhibirse para mí, a acariciarse lentamente el cuerpo, los pectorales y a apretar esos enorme bíceps como si solo estuviera disfrutando de su propia belleza.

Volvió a hacerlo todo, pero peor, porque en esta ocasión estaba cerca, se inclinaba sobre mí y casi llegaba a besarme, dejándome con todas las ganas y apretando las manos tras mi cabeza. A veces no era capaz de contener un temblor o un leve movimiento de cadera, a lo que él respondía parando en seco y alejándose de mí en una silenciosa advertencia.

— Me voy a morir... — llegué a jadear, negando con la cabeza mientras miraba el techo de vigas de madera y pequeñas luces.

Tenía la polla empapada, y yo no era alguien que se mojara mucho habitualmente, o incluso de los que eyaculaban antes de tiempo. Aguantaba bastante y normalmente eran mis ex los que terminaban primero. Sin embargo, estaba bastante seguro de que, con Mr. Mafia, solo necesitaría frotarme una vez para correrme a chorros al instante.

Y creí que ya había descendido completamente al pozo de la locura, sintiendo el calor de *il mio capo*, su cuerpo muy cerca sobre mí, su aliento en la oreja mientras me susurraba guarradas en italiano y me hacía preguntas que no era capaz de responder; cuando, de pronto, noté su *enorme cazzo* sobre el mío. Él no estaba mucho menos mojado que yo, así que nuestras puntas parecieron darse ese beso húmedo que yo tanto había anhelado de sus labios.

Solté un profundo gemido, cerrando los ojos y echando hacia atrás la cabeza. Mi expresión era de sufrimiento, pero lo que sentía no podía estar más cercano a lo divino.

Mr. Mafia, con sus piernas entre las mías y moviendo suavemente la cadera, hizo que nuestras pollas siguieran frotándose de una forma lenta y desesperante. Entonces me obligó a mirarle fijamente a los ojos mientras lo hacía, esos ojos claros de gato que me observaban con la atención de un puma salvaje. Sus jadeos en mi rostro, su cuerpo cerca pero sin rozarme, su miembro acariciando el mío de una forma que jamás había sentido.

Solo sé que, a las puertas de uno de los más arrolladores orgasmos de mi vida, todo lo que pude hacer fue seguir mirando sus ojos y jaderar:

– *Ti amo...*

Después me corrí apretando la cabeza contra mis manos tras la nuca, con la boca abierta, el ceño fruncido hasta que aquellos chorros calientes dejaron de salir disparados hacia mi pecho, mis abdominales y de deslizarse por mi miembro. Entonces sentí otros que no era míos y escuché, un poco lejano debido a la inconsciencia, los gruñidos de *il mio capo* mientras él mismo se corría, frotando un poco más fuerte su cadera contra mí.

Cuando terminó, agachó la cabeza, apoyando la frente en mi cuello mientras recuperaba el aliento. Se quedó así un delicioso momento que se alargó, bañado por al suave luz del cuarto y el suave aire cálido que entraba por entre las cortinas blancas, acariciando nuestra piel sudada y demasiado caliente.

Yo ya estaba al borde del sueño cuando noté un movimiento y una palmada en la mejilla que me hizo abrir los ojos.

– Vete a limpiarte – me ordenó.

Solo pude asentir lentamente y, cuando se hizo a un lado, gruñendo y quedando sobre las mantas y cojines; me levanté. Notaba el cuerpo algo adormecido y me costó bastante alcanzar el baño de la planta baja. Allí me di una ducha fresca y agité la cabeza bajo el chorro, tratando de recuperar la consciencia. Me limpié el cuerpo, muy, MUY, manchado; porque al parecer yo no había sido el único en correrse como un animal aquella noche; y después me sequé antes de volver a mi cama.

Il mio capo seguía allí, ya sin sus vaqueros por las rodillas, sino arrugados, dados la vuelta y tirados a un lado. Me acerqué y me tumbé de lado. Mr. Mafia tenía un brazo sobre los ojos y respiraba suavemente, como si estuviera dormido. Tímidamente, me acerqué a él y le abracé, creyendo que se despertaría, me empujaría y se iría de mi casa.

Pero él se desveló un momento, me miró con ojos adormilado y movió su brazo para rodearme los hombros y pegarme a él.

Esa fue la primera noche que dormimos juntos.

DODICI

Me sentí extraño al desvelarme y notar un cuerpo agradable y caliente pegado al mío. Hacía mucho tiempo que eso no me sucedía y, por un instante, me sentí transportado al pasado. Creí que ese hombre era Joshua y, por eso, al acariciarle el pecho, fruncí el ceño. Jos no tenía vello, ni unos pectorales hinchados y duros, ni unos pezones algo salidos, ni mucho menos una cadera y una cruz católica colgando de su cuello.

Entonces entreabrí los ojos y miré a aquel extraño en mi cama. Era *il mio capo*, roncando, con su cuerpo grande flotando entre las mantas y los cojines y su entrepierna expuesta para todo aquel que quisiera mirarla dende las muchas aperturas de la caseta. Sinceramente, era una visión que merecía la pena contemplar.

Y, de pronto, una alarma resonó a nuestro alrededor. No era la de mi iPhone, de eso estaba seguro, pero aún así miré alrededor, buscando la fuente de aquella música extraña. *Il mio capo* se desveló entonces, sorbió por la nariz, soltó un breve y ronco:

—*Fanculo...* —y apartó su mano de mi alrededor para sentarse en el borde de la cama y rebuscar entre sus vaqueros—. *Cosa è successo?* —preguntó a su móvil tras aceptar la llamada.

Se quedó así, un poco inclinado hacia delante y frotándose el rostro mientras escuchaba la respuesta.

—Sí... sí. No, voy ahora. De acuerdo —y colgó con un suspiro.

Tiró el móvil en la cama, se levantó, se puso su vaquero arrugado, buscó su camisa blanca por el suelo y comprobó que aun tuviera las llaves del Maserati. Todavía descamisado y con cara de dormido, me dijo:

—Llego tarde a misa. Prepara algo de comer para cuando vuelva.

Me limité a asentir y mirarle alejarse por entre las cortinas blancas, con la camiseta en una mano y sus zapatillas deportivas en la otra. Yo no estaba tan impactado y extraño para no dejarme caer de vuelta en la almohada y cerrar los ojos, disfrutando un poco más de aquel vago despertar de domingo.

Lo que volvió a despertarme fue un pitido y una vibración entre los cojines. Seguro de que no era mi iPhone, rebusqué hasta encontrar el móvil de Mr. Mafia, aquel que se había olvidado después de arrojar en la jungla de almohadas que era mi cama. Fruncí el ceño y miré la notificación de llamada perdida. Solo por curiosidad y ya que estaba allí, deslicé aquel mensaje para ver la foto que había detrás.

Se trataba de *il mio capo*, pero no parecía él. Aquel joven que sonreía a la cámara y rodeaba con el brazo a una mujer anciana, no tenía el pelo engominado, ni expresión seria, ni camisa y pantalón de traje, ni un carísimo reloj en la muñeca y los dedos llenos de anillos. Pero sí tenía esos ojos claros y la cadena dorada al cuello. La mujer que le acompañaba tenía un aire demasiado italiano para no suponer que se trataba de su abuela, con enormes gafas y el pelo canoso recogido en un moño.

El amor que sentían los hombres italianos por sus abuelas era demasiado conocido para que me sorprendiera. Quitando el hecho de que *il mio capo* solo

parecía otro de los muchísimos *ragazzos* increíblemente guapos que plagaban los Ángeles; todo era más o menos normal.

Dejé el móvil entre los cojines, allí de donde lo había cogido, y salí de la cama. Me estiré a la vez que soltaba un gruñido y me fui a dar una ducha antes de vestirme, coger las llaves del Porsch, mi cartera, y salir a desayunar. Sabía que las misas cristianas se alargaban una eternidad, así que tenía tiempo de sobra para irme a tomar un café tranquilo —aunque no demasiado lejos—, y volver a casa con la compra hecha para poder cocinarle algo a Mr. Mafia.

Todavía estaba sacando las cosas de la bolsa de papel cuando oí la puerta y unos pasos rápidos que se acercaban por el pasillo. Me quedé mirando la entrada hasta que *il mio capo* pasó por delante, entre los muebles del salón, con su pelo hacia atrás, sus gafas de aviador, su camisa de marca y sus pantalones de traje. Salió directo al patio y bordeó la piscina y las palmeras en dirección a la cabaña que era mi habitación.

Me quedé mirando a través de la pared acristalada de la cocina cómo rebuscaba entre los cojines hasta encontrar su móvil, entonces lo miró, pasó el dedo para comprobar si había algo importante que yo hubiera podido leer, y, más calmado, regresó caminando con su actitud de machito alfa.

—*Buonasera, signore. ¿Quieres una cerveza?* —le pregunté nada más cruzar la puerta.

Mr. Mafia no respondió, dejó las llaves del Maserati sobre la isla y se acercó a mí con cara seria.

—*Dove sei andato, cucciolo?* —me preguntó, dándome una leve palmada en la mejilla antes de señalarme de arriba abajo, a mi camisa desenfadada y mis pantalones de vestir.

—Fui a la compra —respondí, asumiendo que se refería a eso.

—¿Qué te dijo *il tuo capo* de vestirme así...? —me recordó, empezando a atarme los botones de la camiseta hasta el cuello.

La hipocresía era real, porque él llevaba su camisa tan abierta que casi se le podían ver los pezones de su enorme pectoral.

—Hace calor, capo.

Con otra firme palmada en la cara y señalándome con el dedo de anillo dorado, me dijo con tono peligroso:

—Ten cuidado, *porcellino*... ¿Ahora me vas a decir que no hay aire acondicionado en la puta tienda?

—Sí, *signore* —murmuré, agachando la cabeza y sometiéndome, una vez más, a sus gilipolleces.

—*Bene*... —murmuró, quitándome la cerveza fría de la mano para bebérsela él—. Ahora prepárame algo de *mangiare* —ordenó, pasando por mi lado para darme un cachete en el culo e irse en dirección a la puerta.

A esas alturas, yo ya ni me hacía preguntas a mí mismo. Esa época en la que me cuestionaba por qué *il mio capo* se quedaba a comer allí los domingos o por qué me trataba como a su mujercita, ya había pasado. Ahora me limitaba a obedecer, prepararle la comida y servírsela con una sonrisa en los labios; como si verle comer fuera lo que más feliz me hacía en el mundo.

Realmente, lo que más feliz me hacía era verle aparecer con otro de mis bañadores cortos, pero eso no era algo que tuviera que decirle, porque creo que mi mirada y mi labio inferior mordisqueado lo dejaba bien claro.

Tras esa comida rápida, donde Mr. Mafia hasta me permitió sentarme en la mesa frente a él para comer a la vez, fuimos directos a tumbarnos en la piscina. Yo me quedé en ropa interior a falta de bañador, y *il mio capo* se quedó dormido en la hamaca antes de despertarse e irse a dar un baño a la piscina.

Mientras le miraba hipnotizado, flotando en el agua clara, con el sol arrancando suaves destellos a su piel caramelo y remarcando sus músculos y su vello negro, recibí una desagradable llamada. Se trataba otra vez de Thomas, el director de la película que estaba produciendo. Como no le había llegado con llevar media semana tocándome los cojones con sus gilipolleces y quejas, había decidido hacerlo también el domingo.

—Lo hablaremos mañana, Thomas —le interrumpía yo de vez en cuando—. Ahora no puedo hacer nada.

Pero daba igual, porque él seguía soltando sus tonterías, completamente indignado porque los demás no podíamos meternos en su mente y ver exactamente lo que quería; aunque él apenas se molestara en dar indicaciones útiles. Trabajar con él era un dolor de huevos y nadie le soportaba, pero al público le encantaban sus películas.

En mitad de la conversación, Mr. Mafia se dio cuenta y me miró, dejando de flotar para incorporarse y hacer uno de esos gesto rápidos y enfadados de hombros encogidos.

—*Che diavolo stai facendo?!*

Señalé el móvil y respondí sin hablar:

—Trabajo.

Por supuesto, eso no le bastó. Caminó por la piscina y salió del agua, goteando agua como una cascada, se acercó y tomó la cerveza que había al lado de la mesa, mirándome fijamente para escuchar todo lo que decía. Con una señal, me ordenó que pusiera el manos libres.

Al hacerlo, la voz chillona de Thomas se oyó bien alta a nuestro alrededor.

Yo me quedé mirando a Mr. Mafia como un tonto y hasta sonreí un poco, levantando la mano para, solo con la punta de los dedos, pellizca el final de su traje de baño rojo y demasiado corto.

Tras dos minutos ininterrumpidos de quejas sobre el resto del equipo y de recordarme que él era lo más importante de todo aquello, volví a interrumpirle.

—Thomas, ya hablaremos de todo eso mañana, en plató, ahora estoy ocupado, ¿vale?

Él no quiso escucharme y siguió, a lo que respondí con unos ojos en blanco y una expresión aborrecida para que Mr. Mafia me viera.

—¿Te puedes creer lo que tengo que aguantar? —le pregunté, lo suficiente bajo para que el director no me oyera.

Il mio capo movió la cabeza hacia arriba, sin afirmar o negar nada, más bien como un gesto de interés. Entonces cogió el móvil, quitó el manos libres y le dijo:

—Joe te ha dicho que está ocupado y que hablaréis mañana. *Ciao* —y colgó.

Me quedé con cara de sorpresa y, por qué no, una sonrisa al pensar en la reacción de Thomas a aquello. Me reí, sí, pero me aseguré de después decirle:

—Esta vez se lo merecía, pero mi trabajo está fuera de los límites, capo. Es kosher, muy kosher ¿De acuerdo?

Para mi sorpresa, no se tomó aquello tan mal como creía. Simplemente murmuró por lo bajo y me dio un cachete juguetón en el muslo para que me moviera.

—Vente a bañarte con *il tuo capo* — me ordenó.

A lo que solo pude responder un emocionado:

—Sí, *signore*.

Evidentemente, antes tuve que quitarme el bóxer, así que me metí desnudo en el agua junto a un Mr. Mafia con pitillo recién encendido en los labios, gafas de aviador y una cerveza a medio beber en la mano. No fue demasiado lejos, ni siquiera se alejó del bordillo, por el que estiró cómodamente los brazos mientras yo le rodeaba el cuello y le besaba la mejilla.

Era gracioso pensar que, el que nos mirara, estaría seguro de que él era el millonario playboy y yo uno de sus muchos *boy toys*. Él tenía la posición de poder, fumaba y bebía con total indiferencia mientras yo me deshacía en caricias y besos para llamar su atención.

—Eres increíble, capo. No hay nadie como tú... nadie me hace sentir como tú lo haces... —susurraba en su oído antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Notaba su *cazzo* bien duro contra el bañador cuando me pegaba a él y me rozaba, pero eso no afectó en absoluto a su actitud. Siguió bebiendo y fumando, dejando que yo le halagara hasta el absurdo mientras, de vez en cuando, ladeaba el rostro para que le besara; como si quisiera premiarme por hacer aquello. Sus labios eran suaves y firmes; su lengua era tibia y húmeda, grande, pero no torpe. Se hundía entre mis labios, acariciando mi propia lengua, dejando un leve sabor a tabaco y cerveza que me hacía gruñir de puro placer.

Lo curioso era que odiaba ese sabor. Siempre lo había odiado. No tenía ni idea de cuántos caramelos de menta y chicles había obligado a tomar a Joshua antes de besarme; pero en *il mio capo*... era simplemente delicioso. Lo encontraba terriblemente masculino, provocador y excitante; de una forma que se escapaba por completo a mi entendimiento.

Me deshacía entre sus labios como las gotas de agua que perlaban la cerveza que bebía; me perdía por completo entre el humo amargo que a veces compartía conmigo, echándolo lentamente entre mis labios: me olvidaba de todo a mi alrededor como si, de pronto, el mundo dejara de existir y solo quedara él; *il mio capo*...

Sus ojos claros mirándome, sus labios susurrando palabras en italiano, su cuerpo fuerte pegado al mío bajo el agua. Pura perfección hecha carne. Hasta que, de pronto, me apartó de él llevándose el calor, la vida y todo mi mundo. Salió de la piscina y me dejó allí, flotando, desnudo y tan cachondo que dolía. Le miré con una expresión de sorpresa y miedo en los ojos, le miré irse hacia la villa y, minutos después, le vi regresar vestido. Me miró a través de la pared acristalada, me lanzó un beso y sus labios se movieron.

—*Ciao, mio porcellino*...

Y se fue.

—¡La puta madre que te parió! —chillé, golpeando el agua con el puño y apretando tanto los dientes que dolía.

Cuando aparecí por el ascensor de la oficina, Lizza supo que algo no iba bien. Quizá fuera mi cara de estar a punto de asesinar a cualquiera que me hablara, o quizá fuera el hecho de que pasara por su lado con un breve: «buenos días». Tuvo cuidado de seguirme al despacho, ofrecerme mi cappuccino con hielo y mirarme un momento antes de preguntar:

—¿Todo bien, Joe?

—Sí, no, más o menos —farfullé, moviendo una nueva pila de guiones a un lado con un golpe seco. Me senté en mi sillón de cuero y recosté la espalda. Tras moverme lentamente de un lado a otro con los labios fruncidos como un niño pequeño, le dije—: Tengo algunos problemas con mi potro italiano.

—Oooh... —entendió ella, relajando un poco la postura y apretando las comisuras, como si por un momento hubiera creído que se trataba de «algo serio»—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha pedido que le compres un coche nuevo?

—No. Él ya tiene dinero, Lizza, no necesita el mío. ¡Para de asumir que solo está conmigo por eso!

—Vale, vale... Relájate, solo era una broma —respondió, alzando sus manos de uñas pintadas hacia mí antes de irse a sentar al sofá—. ¿Qué ha pasado entonces?

—Me... A veces... —lo intenté, aunque no había forma de decir aquello—. Algunas veces, me provoca, me pone súper cachondo y después, simplemente se va y me deja con los cojones como pelotas de playa.

Eso le hizo gracia, pero tuvo cuidado de ocultar la risa de mí. Miró a un lado, hacia la pared acristalada del despacho y después de vuelta en mi dirección.

—¿Y por qué crees que lo hace?

—¡Porque es un prepotente y cruel hijo de puta! —exclamé, golpeando la mesa con el puño—. ¡Sabe que lo odio y aún así lo hace!

Lizza dejó un breve silencio para que me calmara y, después, sacando desinteresadamente la agenda para abrirla encima de sus piernas, me dijo:

—Quizá a tu potro italiano le guste mantenerte interesado...

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir, Joe, es que si te conoce lo más mínimo, ya se habrá dado cuenta de lo caprichoso que eres...

—No soy caprichoso —me negué en rotundo.

Lizza me dedicó una mirada firme por el borde de sus ojos con eyeliner.

—No de una forma materialista, pero sí con los hombres —me aclaró—. Siempre te enfadas cuando las cosas no van como a ti te gustaría. Te pones de morros y te vuelves una putita condescendiente y pasivo-agresiva hasta que consigues lo que quieres de ellos.

—No es verdad.

—Joe —esta vez ya se puso seria, ladeando el rostro con una mueca de circunstancias—. Te he visto hacerlo. Les enamoras con tu atractivo de rubiazo californiano, tu cuerpo de gimnasio y tus bromas tontas. Entonces, cuando los tienes donde quieres, te conviertes en un puto monstruo hambriento de necesidades. Es como ver a una mosca cayendo en la tela de una araña.

Me quedé con el ceño fruncido y la boca entreabierta, incapaz de hacer nada más que jadear con indignación.

—¡Eso no es cierto! Aun así, ¿con cuantos putos hombres me has visto tú para estar tan segura?

—Nos conocemos desde la universidad, Joe... —me recordó—. ¿Te acuerdas cuando te dije que esto solo sería un trabajo temporal para pagarme la carrera? Me quedé en silencio y, entonces, levanté la cabeza con orgullo.

—Solo he tenido dos novios y lo sabes. No ando por ahí enamorando a hombres y cazándolos como a moscas...

—E hiciste lo mismo con ambos —me aseguró—. Poul y Joshua se desvivían por ti, y tú nunca parecías tener suficiente.

—Vale, ya está, dejemos el tema —decidí, moviendo la mano como si con aquel gesto pudiera cortar en seco la conversación.

—Solo digo que, si ese potro italiano te da todo lo que quieres, simplemente te aburrirás y te irás...

—¡He dicho que ya está, Lizza! —exclamé, poniéndome serio de esa forma en la que ella sabía que se habían terminado los juegos—. Llama a Gertrud Jones, la directora de vestuario de Thomas. Tengo que hablar con ella antes de ir a plató. Lizza asintió, cerró la agenda y se fue hacia la puerta. Sabía que no estaba «enfadado de verdad», pero sí que era mejor dejarme espacio. Cuando me quedé solo, farfullé un «tonterías» por lo bajo, aunque, dentro de mí, me empezó a preocupar el hecho de que eso... podría ser más o menos cierto. Me ponía un poco puntilloso con algunos temas, quizá mis estándares de exigencia eran más altos de lo normal...

Pero cuando eso había pasado, había hablado tranquilamente con mis novios y se lo había pedido sin recurrir a un comportamiento tóxico que, de una forma perturbadora, sonaba tanto al de mi madre. Así que yo no era ninguna trampa mortal con forma de «rubiazo californiano». Ni de broma.

De todas formas, cuando llegué a plató y tuve que volver a discutir con Thomas, toda esa rabia y frustración me vinieron de lujo.

—¿Te crees irremplazable, Thom? ¡Pues no lo eres! Hay cientos, no, ¡miles de directores rogando a mis pies que les dé esta película!. ¡Es la adaptación de una saga de libros para adolescentes y saben que va a ser un éxito en taquilla aunque lo dirija un puto chimpancé! Así que deja de tocarme los cojones. O dejas de dar problemas al equipo y te pones a trabajar, o ahí tienes la puerta...

Thomas eligió la puerta, porque era terrible el daño que un par de buenas críticas y un suelo de seis cifras podían hacer en un hombre con ínfulas de ser el nuevo Hitchcock.

Su marcha causó cierto impacto en el plató, pero nada fuera de lo normal en Hollywood, donde todos tenían el doble de ego que de talento. Deshice el día de rodaje —lo que significaba mucho dinero tirado a la basura—, y salí directo

al carrito junto a una Lizza que se apresuraba como podía para seguirme en sus altísimos tacones.

—Llama a Alfred, que busque a un director más o menos decente que sí quiera trabajar y disfrutar de un éxito seguro que no le costará nada —ordené, apretando el acelerador hasta el fondo, aunque aquellas cosas no fueran a más de cuarenta por hora—. Ah... y tacha el nombre de Thomas Whiteman de la lista para siempre...

—Uff... —le oí decir antes de negar con la cabeza—. Eso me ha puesto hasta cachonda...

Una de las cosas buenas de ser un productor en una de las compañías de cine más importantes de América, era el poder de decidir quién y quién no trabajaba allí. Si quedabas tachado, más valía que tu trabajo valiera su peso en diamantes de sangre, porque, sino, estabas muy, muy jodido. Y Thomas iba a estar muy... muy jodido.

«¿Qué cojones haces en ese bar? ¡Vete ahora mismo de ahí!»

«He tenido que cancelar el día en plató y despedir al director, así que tengo una hora libre y he pensado en invitar a Lizza a una copa. ¿Quieres venir?», respondí a ese mensaje que había recibido casi diez minutos después de habernos sentado en la barra.

«Ahora no puedo, estoy trabajando. Podéis tomaros esa copa en el despacho».

Cogí aire y puse los ojos en blanco antes de suspirar. Me masajee los ojos y pensé bien mis palabras.

«Acabamos de pedir, danos al menos diez minutos y vuelvo al despacho»

«A H O R A»

«Capo... ha sido un día de mierda. Por favor...»

Sin respuesta. Por supuesto. Golpeé la barra y miré a Lizza, con su Malibú con piña pegado a los labios.

—Tengo que volver al despacho —le dije, levantándome del sitio para sacar la cartera y un billete de cien—. Tómate la copa tranquila y vuelve cuando quieras —me despedí, dándole un cariñoso apretón en el hombro descubierto.

Ella me miró con una ceja arqueada, pero no dijo nada al respecto.

«Ya estoy de camino al despacho», escribí cuando me subí al coche. «No te enfades, por favor».

«Bene», respondió, confirmando mis sospechas de que acababa de esquivar una bala directa a mi cabeza. Y es que Mr. Mafia se estaba tomando demasiado en serio aquella fantasía tóxica suya.

«Oye, si tienes tiempo esta noche, podemos tomarnos esa copa juntos. Yo invito».

«Esta noche no, *mio cucciolo*, pero, si te portas bien, mañana *il tuo capo* te llevará a un sitio bonito a cenar».

Quizá los lunes por la noche tenía que cenar con su mujer y sus hijos después de haberse pasado el fin de semana fuera de casa, pensé mientras escribía:

«Gracias, *signore*. Me gustaría mucho».

No era lo que yo quería y no era cuando yo quería, pero, al menos, era algo. Con el mio capo, eso ya era toda una victoria.

-

El sitio al que me llevó a cenar Mr. Mafia, es decir, el nombre del sitio que me envió para que yo usara mi influencia y consiguiera una reserva esa misma noche, fue Le Petit Souris. Era un buen local en la parte lujosa de Los Ángeles, llevaba muchos años abierto y aún tenía una lista de reservas muy larga, pero no tanto como los demás; así que conseguir una mesa para dos en una buena zona, no fue tan complicado.

Il mio capo vino a buscarme en el Maserati y le vi mirarme de arriba abajo tras sus gafas de cristal amarillo incluso antes de que me subiera al coche. Entonces asintió un par de veces mientras murmuraba: «Bello... bellissimo», muy complacido con lo que veía. Como me había dicho, no importaba lo sexy que fuera cuando salía con él, así que había decidido ir muy sexy. Chaqueta beige remangada, camisa vaquera abierta hasta el pecho, gafas de espejo, cinturón fino y pantalón vaquero. Esa noche, yo parecía el *boy toy*.

—*Buonasera, signore* —le saludé con una sonrisa.

Il mio capo me miró fijamente, me dio una palmada en la mejilla y negó con la cabeza, decidiendo que era momento de dejar de comerme con los ojos y salir en dirección al restaurante. No hablamos mucho en el viaje, tan solo el típico: «¿Echaste de menos a *il tuo capo*?». «¿Te has tocado sin *il tuo capo*?». «¿No tienes nada que decirle a *il tuo capo*?»

—Emh... Gracias por sacarme a cenar, *signore* —respondí a esa última, no muy seguro de a qué se refería.

—No, *cucciolo* —respondió, señalándose distraídamente la cabeza con la misma mano con la que sostenía el pitillo que, peligrosamente, fumaba mientras conducía a ciento cincuenta por la autopista.

—Ah... ¿el corte de pelo y barba? Sí, estás muy guapo, pero no es como si tú no estuvieras guapo siempre.

Mr. Mafia me dedicó una breve mirada por el borde de los ojos y soltó un murmullo que apenas conseguí oír con el barullo del viento que entraba por las ventanillas abiertas. No se me había escapado el hecho de que se hubiera repasado el pelo y la barba, dejándolos perfectos y al más estilo clase-alta (pero moderna) de Los Ángeles. Tampoco se me había escapado el hecho de que eso lo había pagado yo, ya que, sorpresa, sorpresa, mi tarjeta platino había desaparecido de mi cartera el domingo.

Cuando llegamos frente al restaurante, Mr. Mafia salió por todo lo alto, hizo su habitual espectáculo de amenazar al aparcacoches y tirarle las llaves al pecho y, después, me esperó para poder rodearme los hombros con el brazo y entrar en el restaurante como si fuera todo un mafioso con su guapísima amante. La recepcionista no dudó ni un segundo de a quién tenía que sonreír y preguntar por la reserva.

—Joe Swortz.

—Joel Schwartz —le corregí en un susurro al oído.

Mr. Mafia se tomó un momento y, con un digno asentimiento de cabeza, lo repitió bien. Entonces, de camino a nuestra mesa, me susurró:

—La próxima vez haz la reserva a mi nombre.

—No me sé tu nombre, *signore* —le recordé.

—Di algo italiano, *non lo so, qualcosa del genere...* Salvatore Puzio, emh... Nicola Bellini... *Sai di cosa sto parlando, mio porcellino*.

—Sí, *signore* —asentí sin, la verdad, darle demasiada importancia.

Ahora que sabía que estaba casado, ya no estaba tan seguro que eso de no decirme su nombre fuera algo de amo, sino más bien de un infiel preocupado por ser descubierto... o traicionado.

—Tomen la carta, ahora vendrá su camarero a atenderles —se despidió la metre.

Il mio capo se sentó, se remangó mejor la camisa y abrió la carta para leerla. Un repentino detalle llamó mi atención al darme cuenta de que, aquella noche, solo llevaba uno. Y no era en el dedo anular de la mano izquierda, sino en el dedo índice de la derecha.

—*Dimmi, mio cucciolo, cos'è che ti ha infastidito così tanto?*

—Emh... —parpadeé.

—No has usado mucho ese diccionario de italiano —asumió, dedicándome una mirada por encima de sus gafas de cristal amarillo—. Pensaba que lo leías mucho cuando te dejaba con las ganas. *Non è così?* Si es verdad, a estas alturas ya deberías ser todo un experto en mi idioma...

—Ja, ja, ja —no pude evitar decir con una sonrisa sarcástica—. Qué gracioso...

Mr. Mafia reaccionó de una forma diferente a la que me esperaba: en vez de darme una advertencia o mirarme con enfado, sonrió un poco y volvió su atención a la carta.

—Pero la verdad es que he aprendido un par de expresiones y he buscado muchas cosas. Aunque, cuando intento escribirlas no tengo ni puta idea de cómo se deletrean y a veces es muy complicado.

—¿Qué buscas normalmente?

—Pues... cosas que dices, cosas que susurras... cosas que gruñes —terminé diciendo en voz más baja antes de encogerme de hombros—. Solo por curiosidad.

—Oh... —comprendió él, lo que produjo que su sonrisa se alargara un poco más en sus preciosos labios—. Así que quieres saber lo que te dice *il tuo capo mentre ti scopa...*

—Sí, algo así. Por ejemplo, cuando busqué «*scopa*» me aparecía «fregona» o «escoba», pero, evidentemente, no creí que me estuvieras hablando de barrer o limpiar algo en ese momento. Lo cual sería un tanto preocupante —añadí con una leve sonrisa y un leve giro de cabeza—, pero, al parecer, en italiano también es una forma vulgar de decir «follar».

Mr. Mafia asintió lentamente, dejándome continuar con la explicación.

—Y no es la primera palabra o expresión con la que me pasa. Al parecer, el diccionario no recoge usos coloquiales ni vulgarismos; así que tengo que ir a internet o dictárselo a Siri.

—Si quieres, la próxima vez, paro en mitad de la follada y te lo escribo en un papel, *cucciolo* —me ofreció sin apartar la mirada del menú mientras pasaba las páginas—. Seguro que eso te encanta.

—Oh, capo... —murmuré—, para de hacerme reír así o... *sto per innamorarmi di te...*

Mr. Mafia se quedó con una página a medio camino de su recorrido, como si se hubiera congelado en el tiempo. Entonces me miró por el borde superior de los ojos y perdió por completo su sonrisa. Él tampoco parecía muy divertido con mi broma.

—*Stai attento, porcellino, penso che non mi dispiacerebbe...* —susurró.

TREDICI

— ¿Qué? — pregunté, parpadeando un par de veces seguidas.

Pero Mr. Mafia solo se quedó en silencio, mirándome como solo él me miraba, hasta que, como si nada, continuó revisando la carta.

— ¿Cuál fue ese problema que te ha enfadado tanto? — me preguntó entonces —. Por el que has tenido que ir a un bar y arriesgarte a que me enfadara mucho contigo...

— Ah, emh... sí. Fue culpa del director, Thomas, el que me llamó el domingo — empecé a decir, y, cuando tomé carrerilla, no pude parar —. Verás...

Se lo conté todo desde el principio, desde el momento en el que había descubierto la famosa saga adolescente, había comprado los derechos y había encargado el guión. Solo frené en las breves interrupciones en las que el camarero llegó para anotar la comanda, cuando volvió con el vino que Mr. Mafia le había pedido, y cuando, finalmente, nos trajo la comida y nos deseó «bon appetite».

El mio capo escuchó todas mis quejas en silencio, sin interrumpirme, mientras yo le explicaba como había terminado conmigo despidiendo a Thomas por todo lo alto. Incluso llegué a adornar un poco la historia, solo para darle un toque más dramático y efectivo.

— Le puse en la lista negra, así que, si quiere volver a trabajar en Hollywood va a tener que comer muchas, muchísimas pollas por el camino — y sonreí.

Mr. Mafia terminó de masticar el pedazo de bistec que se había llevado a la boca y, tras beber un trago de vino, me preguntó:

— Esa saga no será Medianoche, ¿verdad?

Me quede unos segundos en silencio y entonces se me escapó una pequeña sonrisa.

— Sí... ¿por qué? ¿Eres fan de las novelas...? — ahí me mordí el labio inferior porque no necesité verle la cara para saber que no le haría ni puta gracia.

Mr. Mafia se tomó un buen momento para intimidarme con sus ojos de pantera antes de volver a preguntar:

— ¿Conoces a la escritora?

— No personalmente.

— ¿Podrías conseguir un libro firmado y dedicado?

Fruncí el ceño y ladeé un poco el rostro, quedando con mi tenedor a medio camino de la boca.

— Sí, podría... — afirmé —. ¿Quieres uno?

El mio capo no respondió al momento, por supuesto, sino que cortó otro trozo de la jugosa carne poco hecha y se la llevó a los labios. Tras masticar y tragar, respondió:

— Sí.

— Oh... Pues, mañana mismo busco su número y hablo con ella. ¿Lo quieres dedicado a *Il mio capo*, *signore* o *padrino*? — había algo en todo aquello, en la idea de que Mr. Mafia fuera fan de una saga de vampiros adolescentes, que me resultaba terriblemente gracioso.

Capo, sin embargo, mantenía la seriedad por completo. Se limpió los labios con la servilleta tras el último bocado de bistec y la dejó a un lado, dejando un plato vacío frente a él mientras alargaba una mano hacia la copa de vino.

—Que lo dedique a nombre de Maria.

Arqueé las cejas, pero fue algo breve y rápido; un solo gesto de sorpresa que podría provocar muchas preguntas, las cuales, obviamente, Mr. Mafia no iba a querer responder. Por lo que él sabía, yo no estaba al tanto de la existencia de su mujer y sus hijos, así que aquello podía pasar por un regalo tonto para, quizá, una hermana pequeña.

Aunque eso no evito una rápida sucesión de pensamientos en mi cabeza sobre a qué edad había tenido Mr. Mafia a sus hijos. Si tenía una hija adolescente, aunque fuera de once años, significaba que había sido padre a los quince o dieciséis... Algo no tan inverosímil viniendo de un mafioso italiano y su extraña cultura. Una noche tonta... un descuido en la cama... una novia preñada y unos padres muy católicos... Todo encajaba.

—Claro —terminé diciendo, imitando su gesto de limpiarme los labios antes de ir a por la copa de vino—. Te lo daré en cuanto lo reciba.

—*Bene...* —murmuró, todavía mirándome fijamente y, quizá, aguardando a que cometiera un paso en falso y me pusiera muy chismoso al respecto.

Algo que me aseguré de que no pasara.

—¿Y tú qué tal en el trabajo? ¿Es tan emocionante como parece? —pregunté.

—No. Recoger pagos, vigilar, esperar a que el padrino ordene algo... A veces hago mucho y a veces, demasiado poco —respondió de una manera desinteresada.

—Oh... —murmuré, ahorrándome el comentario que surgió en mi mente sobre el mucho tiempo libre que parecía tener para estar tan atento a mí.

Entonces él pidió la cuenta y, cuando llegó el camarero, sacó la tarjeta platino y se la entregó sin si quiera mirarle. Estaba claro lo mucho que le gustaba fingir que todo aquello era suyo: el dinero, el Maserati... No dudaba de que Mr. Mafia no tuviera dinero, pero no tanto como para permitirse aquellos lujos. Se había quedado *solo* con la platino porque era un símbolo de status, una tarjeta que el banco solo daba a sus clientes más acaudalados.

La veías y *sabías* que el dueño era alguien importante. Y a *il mio capo* le encantaba parecer importante. Se notaba lo mucho que disfrutaba de la manera en la que los camareros le trataban, de la forma en la que todos le sonreían y se apartaban de su camino en dirección a la puerta, de cómo el aparcacoches agachaba la cabeza y le devolvía las llaves de su preciosísimo coche de triunfador.

Lo tenía todo: dinero, atractivo, juventud y a un guapísimo amante que le besaba el cuello y le acariciaba el pecho mientras él conducía por la autopista y fumaba.

¿Cómo me hacía sentir todo aquello? Terriblemente excitado.

Quizá fuera el cambio de roles y la balanza de poder, quizá fuera que el capo conseguía hacerme sentir como su putita y eso me ponía demasiado, quizá fuera aquella masculinidad tóxica que, en ese mundo de fantasía, me volvía tan, TAN, loco...

Fuera como fuera, él tenía razón en una cosa: nadie me había hecho sentir lo que *il mio capo*. Sabía que había muchas cosas que me molestaban de él, pero también sabía que uno de sus besos sabían muchísimo más dulces cuando eras consciente de que era casi un regalo que te los diera.

Al llegar a la puerta de la villa, yo ya estaba completamente loco. Besaba su cuello, frotaba su pecho velludo y descendía todo el delicioso camino hacia *il suo enorme cazzo* para apretarlo por encima de los pantalones de vestir.

«Ven a casa... Fóllame como tú quieras... Úsame como a una puta y hazme lo que desees... *Io sono solo tuo, il mio capo...*». Jadeaba y rogaba en su oído, tratando de convencerle para que me acompañara a la cama.

Él se mantenía firme, indiferente a todo, y hasta llegaba a apartarme con firmes manotazos de vez en cuando, a la espera de que yo volviera a él y siguiera humillándome. Ese retorcido juego se prolongó un poco cuando aparcó frente a la verja, mientras él me miraba y apoyaba la mano por encima de mi respaldo para estar más cómodo. Me insultaba en italiano y, de vez en cuando, me premiaba con un beso húmedo y fiero en los labios.

Al final, me mordió, me agarró con fuerza del pelo y me metió la lengua hasta casi ahogarme. Yo gemí de puro placer y, como ya era costumbre, me derretí entre sus brazos como mantequilla al sol. Y, entonces, me apartó una última vez de un empujón y señaló la casa con un gesto de cabeza. El borde de sus labios estaban enrojecidos y manchados de saliva, su respiración era acelerada y sus gafas se habían ladeado.

— *Andare a casa* — ordenó casi con un jadeo.

Cerré los ojos y sentí aquella punzada de frustración e ira que, por desgracia, ya era tan habitual en mi vida. No me quedó otra que asentir, ponerme bien la ropa arrugada y movida tras haberme restregado contra Mr. Mafia, y decir:

— *Grazie, amore* — antes de salir del Maserati.

Supe que *il mio capo* se quedó mirando hasta que crucé la verja y me detuve en la puerta de la mansión para abrirla. Entonces arrancó el coche y dio marcha atrás para desaparecer por la carretera de la colina.

Cachondo como un mono y con la polla tan dura que me hacía daño contra el pantalón, fui directo a darme una ducha fría. Puede que *il mio capo* tuviera a una mujer esperándole en casa con la que desquitarse y bajarse el calentón; pero yo estaba solo y aquello de dejarme con las ganas ya se estaba alargando demasiado.

Así que, sin dudarlo demasiado, me lo hice en la ducha, terminando con un gruñido que debió oírse por todo el ala de la villa. Manché tanto la mampara de la ducha que hasta me quedé asombrado, pensando, cruelmente, en quizá sacarle una foto y mandársela a Mr. Mafia.

«Tranquilo, lo hice pensando en ti (carita sonriente)».

Lo pensé, pero no lo hice. Oh, no... No iba a volver a soportar las gilipolleces de *il mio capo*. Había aprendido la atención. Sería solo mi pequeño secreto, después de todo, él también tenía los suyos.

«*Buonasera, capo*. Anoche me lo pasé muy bien. *Grazie* por llevarme a cenar y dejarme besarte», fue lo que le mandé a la mañana siguiente junto a mi geolocalización a tiempo real.

«*Buonasera, cucciolo*. De nada...»

Hijo de puta... Con una bocanada de aire y un suspiro, me fui a trabajar. Le pedí a Lizza el número de la escritora y fuimos a hablar con el nueva directora de rodaje de la saga adolescente: Mariam Jonhson. Al contrario que Thomas, ella sabía apreciar aquella gran oportunidad y, por lo que nos dijo, tenía algunas buenas ideas que nos convencieron de haber hecho lo correcto.

Más tranquilo en mi rato de descanso, se lo comenté al capo y añadí un pequeño ruego para que viniera a darme polla aquella noche, a lo que respondió: «Mañana».

Asentí, porque ya contaba con ello. Aunque sonara raro decirlo, Mr. Mafia y yo ya llevábamos un mes y poco viéndonos, y había empezado a apreciar algunos patrones. *Il mio capo* solía tener libres los martes, jueves y sábados por la noche, que era cuando me decía que vendría. Los domingos volvía después de misa y se pasaba la tarde en mi piscina. Lo que me recordó decirle:

«Este Sabbat tengo un Bar Mitzvah, así que quizá llegue algo tarde a la noche».

«No», respondió en menos de diez segundos. «Nada de fiestas».

«No es una fiesta, capo, es un tradición judía. Una muy importante. Tengo que ir», le aclaré, porque quizá me había malentendido y creía que se lo estaba preguntando y no dando por hecho que iría sí o sí.

«¿¿Van a estar tus ex allí??»

«No», mentí, porque los Abramov también se llevaban muy bien con la familia Katz y, muy probablemente, Joshua estuviera allí.

«Entonces, no pasa nada si yo voy también. *Vero, porcellino?*»

Fruncí el ceño y ladeé el rostro, algo preocupado con la dirección que estaba toando aquello.

«No es una fiesta, capo. Te lo he dicho. No es una celebración que admita invitados de última hora. Si quieres, te llevaré a la próxima —volví a mentir—, aunque quizá la mayoría de los invitador arda en llamas al ver la cruz de tu cuello, como si fuéramos vampiros». Preferí bromear para relajar el ambiente.

«Voy a ir»

No, no iba a ir...

—Capo —le dije con un tono serio cuando le envié un mensaje de voz, solo para que pudiera apreciar la seriedad del asunto—. Kosher, ¿entiendes? Como mi trabajo, mi vida en la comunidad judía es totalmente kosher para ti. Y no insistas, por favor, porque me da la impresión de que no te tomas en serio mi religión ni las costumbres de mi pueblo.

Mr. Mafia tardó más de lo normal en responder y llegué a creer que se había enfadado; pero no me importó tanto como con otros asuntos más triviales. Su fantasía de dominación y control ya acaparaba demasiados aspectos de mi vida.

«Te llevaré y te recogeré yo», leí cinco minutos después.

Puse los ojos en blanco, pero, tras pensarlo un momento, creí que sería bueno darle aquel hueso que roer para que se quedara tranquilo.

«Vale. ¿Quieres llevarme también a la sinagoga o me recoges a la salida?»

«Mañana a las nueve en Bel-Air. Me lo explicas bien todo y hablamos...»

Le mandé un «Ok», pero al darme cuenta de lo seco que había sonado, añadí un rápido:

«Grazie, amore».

Cuando el mio capo aparcó mi Maserati bajo las higueras, salió fumando y con un paquete envuelto en la mano. Me sorprendió, pero evité decir nada y le saludé con una sonrisa antes de seguirle al interior de la villa. Mr. Mafia se quitó sus gafas de aviador y señaló mi cuerpo con una de las patillas. Al quitarme la bata y ver que estaba tan desnudo como a él le gustaba, asintió y murmuró un simple: «Bene...»

En la cocina, le serví un buen vino y la pizza casera que había hecho para él siguiendo la receta del libro. Entonces esperé de rodillas a sus pies a que terminara y le preparé el café.

—*Il tuo capo* te ha traído una cosa —me dijo, arrastrando hacia mí el paquete envuelto que había traído.

—Oh, *grazie, signore* —respondí, no sin cierta sorpresa.

Él tomó su taza de café y le dio un pequeño sorbo sin dejar de mirarme por el borde de sus ojos claros y salvajes.

Lo abrí frente a él, tirando del papel marrón y sin decoraciones hasta descubrir un envase de plástico transparente. Me quedé mirándolo con las cejas arqueadas y después miré a Mr. Mafia, que sonreía un poco.

—*Mi cucciolo* necesita su colita, *vero?* —me dijo.

—Emh... —solo pude responder, volviendo a bajar la mirada hacia el regalo.

Se trataba de un plug anal de esos que parecían una cola de perro. Tenía una cabeza plateada que meterte por el culo y una larga tira de pelo anaranjado y blanco.

—*Grazie, signore...*

—Vete a ponértela —ordenó, haciendo una vaga señal a sus espaldas—. Quiero ver cómo te queda.

Tomé una bocanada y asentí, yéndome con mi regalo hacia la puerta. Al entrar en el baño, abrí la caja y saqué aquella cola para mirarla mejor. La verdad era que tenía muy buen tacto y era bastante suave. Además, también venía con varias cabezas para decidir el grosor del plug que querías meterte. Como supuse que querría, elegí el más grande.

Meterme dildos o tapones anales por el culo no era algo desconocido para mí, aunque no se tratara de mis cosas favoritas. Lo hacía por necesidad, pero no acababa de verle la gracia y, aunque tuviera alguna polla de goma escondida entre mis cajones de la cómoda, apenas las usaba. Eran demasiado... irreales para mi gusto. Te sacaban de un apuro y le daban un poco de gracia a tus sesiones masturbatorias, pero, al final, no eran más que plástico sin vida.

Cuando al fin terminé de meterme la cola por el culo, bien bañada de uno de los aceites lubricantes del capo con olores dulces, cerré las piernas y me quedé un momento frente el espejo, sintiendo aquella sensación extraña de tener algo colgando detrás.

Al andar era incluso peor, porque la bola se movía un poco y te rozaba las paredes del recto; ya no hablo de bajar las escaleras con eso metido. Al llegar al

final tuve que tomar una respiración y pasarme una mano por el pelo algo alborotado.

Mr. Mafia seguía sentado en la isla, fumando distraídamente mientras se terminaba el café. Al oírme llegar, giró el rostro y una leve sonrisa se coló en sus labios.

—*Girati per il tuo capo* —ordenó en apenas un murmullo bajo.

Y eso hice, mostrándole la cola —que al parecer y según la caja, estaba inspirada en la de un zorro y no la de un perro—, que colgaba entre mis nalgas hasta casi alcanzar el final de mis muslos. Entonces oí un gruñido contenido procedente de Mr. Mafia, como si aquello le estuviera gustando demasiado.

—Ven aquí —dijo, moviendo la mano con cierta impaciencia.

Al acercarme, *il mio capo* volvió a darme la vuelta y acarició la cola, enrollándola suavemente alrededor de su mano y tirando un poco, solo un poco, para saber si me la había metido bien.

—*Mio bellissimo cucciolo...* —susurró cerca de mi oído de una forma que me erizó la piel.

Entonces me movió para ponerme de cara a la isla y colocó la mano en mi espalda para inclinarme hacia delante. Usando sus pies, desplazó los míos por el suelo de mármol hasta que estuvieron bien abiertos. En esa postura de poder a mis espaldas, con mi culo expuesto y sometido, disfrutó del final de su cigarro. Gracias al reflejo de la luz del interior contra el cristal de la pared y la oscuridad tras ella, pude ver a un borroso Mr. Mafia, con la mano en el bolsillo y la cabeza gacha, mirando, casi hipnotizado, su gran obra.

Entonces, tras casi un minuto de aquello, apagó el pitillo directamente encima de la mesa, inclinándose sobre mí hasta pegarse bien y echarme un poco hacia delante. Soltó el humo cerca de mi rostro y volvió a ponerse de pie para acariciarme la nalga y, después, darle un azote que resonó por la cocina.

Ahugué una mezcla de grito y gemido y bajé la cabeza mientras apretaba las manos contra el borde de la isla. Mr. Mafia repitió aquello un par de veces, cada una, más fuerte que la anterior: una suave caricia y, de pronto, un áspero mordisco en mi nalga cada vez más enrojecida.

Cuando ya me tenía jadeando y con el corazón acelerado, sacó su otra mano del bolsillo y agarró la cola, enrollándosela de nuevo alrededor de la mano. Susurró algo en italiano y me dio otro fuerte azote que me hizo contraerme. Entonces, con cuidado, tiró de la cola, creando una tensión que, lentamente, hizo que el plug anal se saliera de dentro de mí hasta quedar colgando en el aire.

Mr. Mafia lo levantó para verlo mejor y sonrió.

—*Molto bene, cucciolo...* —me dijo, revolviéndome el pelo como si hubiera sido un perrito bueno—. Creía que habrías usado el más pequeño y me iba a enfadar. Iba a decirte: ¿por qué ofendes así a *il tuo capo* y a *il suo enorme cazzo*? Pero veo que ya estás empezando a aprender... —finalizó, un poco más bajo, mientras acercaba aquella punta metálica con forma de semilla redondeada que se volvía más gruesa cuanto más se acercaba a su base—. ¿Te gusta el regalo que te he hecho?

—Sí... *signore* —jadeé, sintiendo como me lo volvía a meter, muy lentamente, dentro de mí.

—No puedes decir que *il tuo capo* no piensa en ti —continuó—, que no se preocupa por buscar formas en las que le puedas hacer *molto... molto felice...*

—Sí, *signore* —gruñí cuando el tapón llegó al final y, como si mi ano se lo tragara, solo quedó esa fina varilla que le unía a la cola.

—¿Te gusta hacer a tu dueño feliz, *cucciolo*?

—Mucho, *signore*.

—Entonces, quizá deberías dejar de decirle a dónde puede o no puede ir... ¿no crees?

Ahí abrí los ojos y perdí por completo el momento. Tomé una lenta bocanada y la solté.

—Capo...

—Sshh... —me interrumpió con una largo seseo, acercándose a mí para rodearme entre sus brazos y susurrar en mi oído—: *I cuccioli buoni e ubbidienti tacciono quando il loro padrone gli parla*. —Frotó su nariz contra mi sien, descendíendole lentamente en dirección a la barba corta de mi mejilla para darme un suave beso, el cual dejó un húmedo rastro sobre mi piel—. Ponte de rodillas.

Cerré los ojos y supe que aquella noche no iba a ser divertida. Era una de esas en las que *il mio capo* había venido con ganas de vengarse y hacerme sufrir para darme una de sus grandes lecciones.

Cuando estuve de rodillas a sus pies, sonrió.

—Vamos, ven con tu dueño —me ordenó, chasqueando los dedos mientras avanzaba en dirección al salón—. No, no, no... —añadió, al ver mi intención de levantarme del suelo—. A gatas...

Asentí. Por supuesto, aquello no podía ser tan fácil.

Mr. Mafia me miró gateando a cuatro patas en el suelo, siguiéndole por el pasillo en dirección al salón secundario. Al menos, así era como llamaba yo al lugar en el que tenía la enorme televisión de plasma, los sofás y las estanterías de libros; aunque raramente tenía tiempo para leer más que guiones y correos.

Había puesto la televisión, el equipo de sonido y el carísimo sofá reclinable allí porque la pared acristalada daba a una frondoso caminito que bordeaba la casa. Esa parte que daba en dirección a la pared cubierta de helechos y las bajas palmeras que lo hacían parecer una pequeña jungla tropical, no entraba mucha luz, lo que era perfecto, porque la villa solía ser muy soleada y tener pocos lugares a la sombra.

Il mio capo llegó a ese sofá y se sentó: brazos recostados sobre el mullido respaldo, mirando cómo yo me quedaba de rodillas en la abertura que había dejado para mí entre sus piernas.

—Verás, *mio cucciolo* —me dijo, ladeando ligeramente el rostro hacia un lado mientras bajaba una de sus manos para apretarse el abultado paquete de su entrepierna—. Si te portas bien, te daré un enorme premio... El que más te gusta. Pero si te portas mal, me enfadaré y volveré a dejarte toda una semana llorando y gimoteando mientras mueves tu colita y me ruegas... ¿*Capisci*?

—*Capisci* —asentí.

—*Bene...* Ahora dime por qué no quieres que vaya a *tua merda ebraica dil Bar Mitzva*. ¿Eh?

Como ya supuse que aquel sería el tema a tratar, me lo tomé con calma. Levanté una mano para acariciar el muslo de Mr. Mafia y, poniendo una mueca triste y dulce, le expliqué:

—El Bar Mitzva es un evento muy importante para la comunidad judía, *il mio capo*. Se trata del rito de paso de un adolescente a la madurez. A ojos de dios, ese chico deja de ser un niño para convertirse en un hombre y, según la ley judaica, ya se le puede juzgar como tal. A la celebración acuden familiares y buenos amigos a los que la familia invita. Se reúnen el Sabbat en la sinagoga, oyen el rito y después van a comer, bailar y festejarlo. No es que no quiera que vayas o me moleste que estés allí —le aclaré entonces, mirando distraídamente como mi mano recorría su muslo y se detenía muy, muy cerca de su entrepierna antes de volver atrás—. Pero al ser un evento tan importante, los familiares se pueden sentir ofendidos por llevar a un *gentil* sin antes...

—*Cosa diavolo significa "gentil"?! —me interrumpió de pronto y de mal humor.*

—Ah, significa que no eres judío —le expliqué, deteniendo mi caricia un instante y mirándole a los ojos—. No es nada malo, bueno —me corregí con una pequeña sonrisa—, lo es para mi madre, pero ella está loca, así que no cuenta. ¡Oh! Y además ese término viene de Italia, de la antigua Roma, cuando se denominaba *gens publica* a la población que...

Y me detuve cuando Mr. Mafia ladeó más el rostro y puso cara de circunstancias. Estaba claro que no le interesaba una mierda la historia de la terminología hebraica.

—¿Y la *tua mamma* invita a sus *ragazzos* a esas cosas? —quiso saber.

—¡Oh, no, no, no! Eso sería muy ofensivo —le aseguré, llegando a levantar ambas manos para enfatizar la rotunda negación de esa idea—. No se puede invitar a un *gentil* a no ser que sea algo serio. Hay un proceso que es educado cumplir: le presentas a tu familia primero, después a la comunidad y finalmente le introduces en eventos importantes como son los Bar Mitzva, bodas, entierros... ya sabes.

Mr. Mafia asintió lentamente, aunque no parecía demasiado feliz por lo que le decía.

—Entonces, primero tienes que presentarme a tus padres... —murmuró—. ¿No?

Me quedé un par de segundos en blanco y, como una reacción involuntaria, parpadeé un par de veces seguidas.

—¿Qué?

—Que primero tienes que presentarme a tus padres —repitió, inclinándose hacia delante para poner su rostro muy cerca del mío, tanto que solo pude mirar intermitentemente hacia uno de sus ojos a la vez—. Eso es *la cosa giusta*. *Non è quello che hai detto?*

—No... no te entiendo —murmuré en voz baja. Y en esa ocasión no me refería al italiano, sino a lo que cojones le estaba pasando por la mente para querer que le presentara a mis padres.

Mr. Mafia puso su dedo índice en mi pecho y dijo con voz lenta.

—*Tu stai per presentare il tuo capo alla tua famiglia. Vero, cuccolino?*

Como me quedé en silencio y sin saber qué cojones decir, Mr. Mafia retrocedió y se volvió a recostar en el sofá, contemplando atentamente mi reacción.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

—Pu... pues... —me detuve, tragué saliva y, como si eso ya no formara parte de ningún juego, me levanté.

Puse las manos en la cadera y miré hacia las estanterías repletas de libros que llenaban las paredes del salón secundario. Hubiera deseado no tener un tapón anal en el culo con forma de cola de zorro al tratar aquel tema, pero no era como si hubiera podido elegir.

—Capo, creía... creía que esto era un juego —empecé, tratando de elegir bien las palabras y la forma de decirlo.

Movía la mano y miraba aquellos ojos claros de pantera, los cuales me miraban en respuesta en mitad de un rostro serio que tan solo se ladeaba lentamente hacia un lado mientras me escuchaba.

—Ya sabes, amo-sumiso... plenamente sexual. Y si te presento a mis padres, van a pensar que tenemos algo serio... Van a querer saber cosas de ti y van a hacer muchas preguntas... preguntas que, te aseguro, ninguno de los dos quiere responder —terminé junto con un jadeo-risa nervioso—. ¿Entiendes?

Mr. Mafia seguía serio y mirándome sin apenas pestañear, poniéndome más y más nervioso por momentos. Ese silencio duro y asfixiante se alargó hasta que, por fin, él dijo algo, aunque no fuera lo que yo hubiera deseado oír.

—Me vas a presentar a tu familia, y después le vas a decir a todos tus amiguitos judíos que ya tienes *ragazzo* y que es mejor que no se acerquen. ¿*Capito*?

—Capo... —jadeé, porque aquello no era un juego. Aquello era serio—. Creo que no lo entiendo...

No pude terminar la frase, porque él se levantó de pronto, me dio una bofetada y después me agarró con fuerza de la mandíbula para que volviera a mirarle a la cara.

—El que no lo entiende, eres tú, Joe. Vas a hacer lo que te ordeno, o vas a ver como me voy por esa puerta y no vuelvo jamás.

Dicho esto, me soltó la cara y se alejó en dirección a la puerta, dejándome solo en la penumbra del salón. Pude oír sus pasos en dirección a la cocina y después ver su figura atravesando la entrada hasta que la puerta de la villa retumbó al cerrarse de un golpe seco.

QUATTORDICI

La situación se me había ido un poco de las manos, debía reconocerlo. No solo no estaba yendo como yo hubiera deseado, sino que, además, estaba influyendo en aspectos de mi vida que quería mantener al margen: como mi familia y la comunidad. Mr. Mafia me había dado un ultimátum y yo no era tan estúpido o incrédulo para pensar que no lo cumpliría. Sabía de sobra que lo haría sin pensárselo dos veces ni mirar atrás.

Eso me llevó a pasarme casi toda la noche despierto, con los pies metidos en la piscina, uno de los pitillos italianos del capo en los labios y una copa de bourbon en mi mano. Miraba más allá del balcón, hacia la ciudad de Los Ángeles, repleta de luces que brillaban como un conjunto de estrellas en la oscuridad del valle.

La respuesta debería haber sido clara: no. El problema era que, una vez más, mi mente racional y mi polla volvían a estar en profundo desacuerdo. La lógica me pedía que diera por terminado el experimento, que ya estaba yendo demasiado lejos y que, si quería otro amo que me pusiera a cuatro patas y me amordazara, siempre podría pagarlo.

Mi polla solo insistía en mandarme imágenes mentales del capo desnudo, tirado sobre mí, caliente, un poco sudado, con su olor a colonia y tabaco llenando cada molécula del aire a mi alrededor mientras me metía su *enorme cazzo*, me susurraba guarradas en italiano y gruñía, echando ese vaho caliente y jadeante en mi rostro.

«Es un gilipollas y egoísta hijo de la gran puta, sí, pero... mira esto, Joe... Mira esos ojos... Mira ese cuerpo... Sabes que nadie te hizo sentir como él te hace sentir. Sabes que quieres más. Sabes que no vas a encontrar jamás algo ni remotamente parecido... Porque solo hay un capo. *Il tuo capo*. Así que dale un poco más, síguele el juego, solo un poco... Un mes, quizá dos, hasta que quedés bien satisfecho».

«Estás cometiendo un error, Joe. El capo se está tomando esto demasiado en serio. No respeta los límites y, cuanto más le des, más va a querer. Sí, es un hombre increíble y folla como un puma en celo, pero no tiene autocontrol. Va a meterse hasta el fondo de tu vida, va a tocar todo y a removerlo hasta que esté a su gusto; y entonces volverá a su casita con su mujer y sus hijos. ¿O no te acuerdas de eso? Vas a presentarles a tus padres a un puto mafioso que además está casado...»

«Quizá el que se lo está tomando demasiado en serio eres tú, Joe. Te estás olvidando de las docenas de *boy toys* y «novias» que tus padres te han presentado desde que tenías siete años. ¿Qué diferencia habría con que tú les presentes a tu amo italiano? Con tal de advertirles de antemano que es «*un buen gentil*», no habría ningún problema. Si las cosas se complican demasiado, le paras los pies y le mandas a tomar por el culo».

«¿Y si entonces ya es demasiado tarde y no quiere irse?»

«Vas a ver a su mujer y a sus putos hijos y les cuentas cuatro cosas sobre lo que hace su papá por las noches...»

Wow... Ahí me detuve, impresionado de mis propios pensamientos. Aún así, creía haber alcanzado una decisión, una que hice real cuando, a la mañana siguiente, con un café bien cargado en la mano y unas ligeras ojeras bajo los ojos, escribí:

«*Buonasera, il mio capo*. Te puedo presentar a mis padres si es lo que quieres, pero tengo que pedirte un par de cosas antes. Cosas kosher –aclaré–, cosas que mis padres no tienen por qué saber. *Grazie* por lo de anoche y por el regalo (corazón)».

«*Bene*. Los conoceré el sábado, cuando te lleve y te traiga de esa fiesta judía».

Me quedé un momento parado en el asiento del coche, poniendo los ojos en blanco y con una mueca un tanto asqueada. ¿Tanto le costaba llamarlo por su nombre y no ser ofensivo?

–Genial –respondí, usando el manos libres para mandar un mensaje mientras conducía–. Lo organizaré todo, ¿te vendría bien tomar un desayuno con mi padre antes de la sinagoga y después, al terminar la ceremonia, conocer a mi madre? No puede ser a la vez a no ser que quieras ver como el mundo implosiona en un festival de rencores guardados y fría condescendencia.

Esperé la respuesta, pero no llegó hasta que, dos horas después, estaba con Lizza en el estudio de montaje. Noté la vibración del móvil en mitad de la penumbra de la habitación y leí rápidamente:

«He pedido el día libre a il padrino. Esta noche a las nueve iré a tu casa, ten la cena preparada. ¿Qué son esas cosas kosher que quieres pedirme, *porcellino*?»

–Te espero esta noche, entonces. ¿Aunque te refieres a Bel-Air o en Beverly Hills? –respondí al salir de la sala para tener un poco de intimidad–. A lo que me refería con cosas kosher, bueno, evidentemente nada sobre que eres un amo o de lo que hacemos tú y yo. También te pediría si podrías... –me detuve cuando una joven cruzó por mi lado, dedicándome una sonrisa educada y un asentimiento. Respondí igual y esperé a que se alejara antes de continuar–: Si podrías bajar un poco esa intensidad hiper masculina tuya. Sabes que me encanta, pero a mis padres podría asustarles. No quiero que crean que me he metido de cabeza en un relación tóxica... –y me reí, solo por la ironía–. *Grazie, amore*.

No recibí ningún mensaje después de eso más que un escueto «Bel-Air. Ponte la cola». Quizá Mr. Mafia estuviera ocupado cobrando sobres, vigilando o haciendo alguna cosa ilegal; o quizá estuviera contándole una enorme mentira a su mujer sobre por qué iba a pasarse el viernes noche y la mayoría del sábado fuera de casa.

Fuera como fuera, apareció tan puntual como siempre, caminando con paso firme en dirección a la cocina, donde ya le estaba esperando con la cena preparada, el mandil y mi cola de zorrillo colgando del culo. En su mano llevaba una especie de mochila negra sobre la que, evidentemente, no hice preguntas. Mr. Mafia la dejó a un lado de la mesa, lo supervisó todo, asintió complacido y se sentó para que le sirviera. Mientras esperaba de rodillas a sus pies me removí un poco, algo incomodado por aquella sensación invasiva del tapón anal, más apretado en esa postura que de pie.

Cuando el capo terminó, ordenó que le preparara el café y se lo tomó mientras fumaba y me miraba fijamente a sus pies.

— ¿Qué le has dicho a tus padres sobre mí, *cuccolino*? — quiso saber.

— Que te llamas Salvatore, que eres italiano, que nos conocimos en un bar y que llevas al cuello una cruz, así que es mejor que no se acerquen demasiado.

A Mr. Mafia se le escapó un bufido y una pequeña sonrisa, echó la ceniza del tabaco en el cenicero que le había comprado y después volvió a mirarme.

— ¿Les has hablado de mi trabajo?

— No, *signore*. No sabía qué inventarme, pero, si te preguntan, tiene que ser algo bueno. Algo que te haga ganar puntos, como... empresario, médico o algo relacionado con las finanzas — le aconsejé.

— *Che cosa c'è?* Así que tus padres son unos judíos muy ricos y muy elitistas...

— Sí y no. Depende. Aceptaría a cualquiera que les presentara, pero hay como una especie de requisitos y, cuantos más cumplas, más les vas a gustar.

— Mmh... — murmuró, dándole otra calada al pitillo y echándome el humo, que llegó como una nube grisácea a mi sitio en el suelo—. ¿Y cuántos de esos requisitos cumplía Joshua?

Tardé un poco en responder, pero solo porque sabía que no iba a gustarle oírme decir:

— Muchos...

— ¿Cuáles?

Tomé una bocanada y agaché la cabeza. Parecía que el capo le había cogido el gusto a las nuestras charlas. Algo que, curiosamente, él mismo aborrecía por completo al principio; o quizá eso solo pasaba cuando era yo el que quería hablar.

— Pues para empezar, es judío y de buena familia, así que eso son como cien puntos ya de entrada. Después, tiene un buen trabajo en la clínica de cirugía estética de su padre, así que suma otros cincuenta. Sabe jugar al golf, y eso son como veinte puntos a favor de mi padre. También tiene una casa de veraneo en Palm Beach, así que son cien más a favor de mi madre. Es muy educado, elegante, tranquilo, humilde... — terminé por encogerme de hombros y levantar la cabeza hacia Mr. Mafia—. Puede decirse que mis padres estaban más enamorado de él que yo.

— Mmh... — se limitó a responder él, soltando una última calada antes de aplastar la colilla del pitillo contra el cenicero. Con fuerza, como si en vez de apagarlo quisiera ahogarlo hasta la muerte.

Entonces se levantó, fue a por su maletín negro con cremalleras y silbó de la forma en la que silbarías a tu perro para que te siguiera. Con cierto pesar, salí a gatas para reunirme con él en el salón secundario. Aquello no tenía tanta gracia cuando estabas en un estado mental adecuado, de excitación y nerviosismo. Después de hablar de mis padres y mi ex, caminar a cuatro patas con un tapón anal con forma de cola metida por el culo... era simplemente humillante y ridículo.

Il mio capo encendió la luz de la lamparilla que había sobre la mesa cercana al sofá, la cual arrojó una luz amarillenta, suave y cálida sobre el salón en penumbra. Se dejó caer sobre el sofá y abrió las piernas para que yo me metiera

entre ellas, mirando de rodillas como abría su maletín; del que, por sorpresa, sacó una videocámara.

Fruncí el ceño y busqué una explicación en sus ojos, pero él me ignoró por completo mientras la encendía y abría la ventanilla lateral para mirar lo que se veía.

— Resulta que *il tuo capo* también es una especie de director — murmuró en voz baja —. ¿A ti te encanta el porno, *vero, mio cuccolino*?

— S... sí, me gusta mucho, pero no cuando salgo yo en él... — respondí, un poco intimidado por aquella cámara que apuntaba directa hacia mí.

— Pues a mí me pasa lo contrario, solo me gusta cuando salgo yo... — me dijo antes de hacerme una señal para que me levantara —. Enséñale a *il tuo capo* lo *bellissimo* que es su *ragazzo*...

Parpadeé varias veces, pero además de eso, no moví nada más de mi cuerpo.

— Vale. Solo una pregunta, *capo* — le pedí —. Prométeme que esto es solo para ti, como los vídeos que te mando.

Mr. Mafia apartó por primera vez la mirada de la cámara para dirigirme una expresión seria.

— ¿Ahora tampoco confías en *il tuo capo*? — preguntó, añadiendo uno de esos gestos tan italianos de dedos juntos —. ¿Eso es lo que estás diciendo? ¿Qué te crees que voy a ir por ahí enseñando cómo me follo a *la mia cagna*?

— No, *signore* — respondí al momento.

— *Sicuro*? Porque eso es a lo que suena, a que piensas que *il tuo capo* se dedica a vender vídeos puercos. ¿Crees que lo necesito? — insistió, moviendo su mano entre nosotros sin parar y tocándose el pecho con le dedo de una forma demasiado dramática.

— No, *signore* — negué, agachando la cabeza y poniendo las manos a la espalda hasta que aquella tormenta de mierda pasara de largo.

Solo había hecho una confirmación para sentirme más seguro, no era para tanto.

— *Molto bene* — terminó diciendo a la vez que cerraba la ventana de la cámara y la guardaba de vuelta en su estuche —. Tengo muchos vídeos de mis otras *troias*. Quería tuyos, pero creo que seguiré tocándome mirándolos a ellos.

Sinceramente, no pude evitar aspirar aire por la nariz y poner los ojos tan en blanco que me dolió. En el capítulo del buen cliché toxico de esta noche: cómo usar los celos para manipular a tu amante.

A veces no tenía claro si Mr. Mafia tenía claro que todo lo que yo hacía por él, todas esas concesiones y lo mucho que me humillaba, era solo parte del juego; o si realmente se creía que toda esa mierda funcionaba conmigo. Porque si de verdad se creía que yo era tan manipulable y gilipollas, era hasta ofensivo.

— No, *signore*... — murmuré junto con una expresión de fingida preocupación y pena. Mordiéndome un poco el labio inferior mientras me volvía a poner de rodillas —. Por favor, grábame. Solo quiero que te lo hagas conmigo...

Mr. Mafia se detuvo y, lentamente, me miró por el borde de sus ojos claros.

— Haré todo lo que quieras... — insistí, inclinándome sobre sus piernas y pasando las manos suavemente por encima de su abdomen en dirección a su amplio pecho bajo la camisa de marca —. Por favor...

Il mio capo siguió en silencio un poco más, pero, bajo su ajustado pantalón, ese enorme bulto empezó a hacerse todavía más grande y a tomar forma alargada. Entonces me incliné un poco más y acerqué mis labios a los suyos para darle un suave y dulce beso que dejó un rastro de saliva y un fino hilo transparente entre nosotros.

—*Bene...* —susurró *il mio capo* cerca de mi boca mientras volvía a sacar la cámara.

Entonces, ¿quién era el subnormal manipulado ahí? ¿Yo, dejándome grabar, o él, que no se daba cuenta de que todo aquello solo era un juego para mí?

Cuando me volvió a poner la cámara delante, abrió la ventana y tomó una buena bocanada, moviendo su cadera para acomodarse.

—*Mostra al tuo capo quanto è stupendo il suo ragazzo...* —me ordenó.

Así que yo me levanté y me exhibí para él. Al principio fue un tanto extraño, como esas primeras veces en las que intentaba grabarme un vídeo y solo me sentía estúpido; sin embargo, ver la reacción de Mr. Mafia, su cabeza recostada mientras miraba con atención la ventanilla de la cámara, la forma en la que gruñía por lo bajo y murmuraba en italiano, el leve movimiento que hacía de vez en cuando con la cadera... me ayudó bastante a entrar en la fantasía.

Para cuando volví a arrodillarme entre sus piernas, ya era toda una estrella porno, muy tímida, muy cerda y totalmente desesperada porque le dieran polla.

—*Vuoi davvero che il tuo capo ti spacchi la bocca, eh, cucciolo...* —murmuró él, acercando su mano libre a mi rostro para apretarme las mejillas y agitarme un poco.

Entonces me dio una leve bofetada y yo solté un gemidito y me mordí el labio como si acabara de tener un orgasmo.

—*Oh, sí... Gemiti per il tuo uomo, sai quanto mi piace. Ti lo sai, fottuto maiale* —continuó antes de acercar su dedo gordo a mis labios y hundirlo en mi boca hasta meterlo por entero, anillo de oro incluido.

Fruncí el ceño y volví a gemir, mirando sus ojos perdidos en la ventana de la cámara mientras observaba la grabación. Asintiendo con la cabeza, empecé a chuparle el dedo como si fuera la polla; lo cual produjo un leve jadeo en el capo y otro de esos movimiento de cadera.

—*Molto bene, cuccolino. Continua così e forse ti fotterò davvero forte. Come a ti te piace. Eh? È quello che vuoi, giusto?*

Como no le entendía una mierda, seguía asintiendo, gimiendo y chupando aquel dedo mientras no paraba de mirar la lente de la cámara. Ya estaba demasiado metido en mi fantasía porno y ahora no quería parar.

Entonces Mr. Mafia apartó el dedo y me dio otra de esas leves bofetadas en la cara, ruidosas, pero no dolorosas; no del todo. Volvió a preguntarme algo, yo volví a asentir con carita de niño bueno y él volvió a pegarme antes de agarrarme del pelo y tirar de mí hacia su entrepierna. Allí me froté la cara como me gustaba y, tras un poco de aquello, *Il mio capo* me soltó del pelo y me dejó hacerlo a mi solo.

Al ladear el rostro y echar una rápida ojeada, le vi con la cámara levantada, en ángulo picado para que se nos pudiera ver bien a ambos. Mr. Mafia también

miraba a la lente mientras se desabotonaba la camisa, moviendo la cadera para pegarme su entrepierna a la cara.

Verle incluir a ambos en la imagen me tranquilizo bastante, sinceramente. No tenía razones para sospechar de él, pero aun así me sentía mucho más relajado ahora que estaba seguro de que no subiría aquello a internet o a ninguna otra parte; porque no se arriesgaría a que le vieran.

Cuando se terminó de quitar el último botón, incluso me agarró del pelo para apartarme y me dio un momento la cámara mientras se quitaba la camisa, tirándola rápidamente a un lado para recostarse un poco más en el sofá.

Fue entonces cuando empezó lo bueno.

Il mio capo me hizo lamerle el pectoral, mordisquearle los pezones y frotar el rostro contra sus abdominales. Nos grabó besándonos con fiereza, escupiéndome en la boca, dándome un par de bofetadas y, después, eligió un plano de POV para sacarse *il suo enorme cazzo* del pantalón y agitarlo delante de mí. Estaba empapado y la cabeza gorda brillaba reflejando suavemente la luz de la lamparilla, como si le diera un toque amielado y dulce a la lubricación. Se acumulaba mucho más allá donde su prepucio delimitaba su glande, pero había terminado desbordándose y cayendo por un lado en forma de lágrima.

Mr. Mafia no paraba de preguntarme cosas y agitársela con la mano, y yo no paraba de asentir a todo, gemir y rogarle que me dejara chupársela. Lo cual hizo, pero un poco más tarde, cuando se puso de pie y me obligó a ponerme a favor de la luz, para que la imagen no quedara oscurecida por su gran cuerpo. Entonces me dio con la polla en la cara y me la pasó por los labios y la lengua que tenía fuera, después escupió encima de su grande, dejando caer una gota densa y blanquecina de saliva y, con aquel añadido, al fin me la metió en la boca.

Gruñí, vaya si gruñí. Estaba deseando que llegar aquel momento y no pudo ser mejor. *Il mio capo* sabía más fuerte de lo normal, más salado y denso debido a lo mucho que había alargado ese momento y a lo mucho que se había mojado. Cuando se la limpié de arriba abajo y le hice una garganta profunda, me agarró de la nuca y me apretó contra su entrepierna hasta que casi me ahogo.

Sin dejar de grabarme desde las alturas, me folló la boca como solo él hacia, sin piedad. Gruñía y decía sus guarradas, se enfadaba y me abofeteaba antes de volver a metérmela; solo que, en esta ocasión, a veces perdía un poco de intensidad cuando levantaba el brazo para hacer un plano picado de los dos en el que se le viera la cara y el cuerpo mientras me agarraba del pelo y movía la cadera.

Creí que se correría en mi boca, como solía hacer en esas ocasiones, pero, para mi sorpresa, llegó un momento en el que se detuvo y me empujó contra el sofá. De forma un tanto acelerada e impaciente, me enseñó cómo tenía que ponerme: piernas bien abiertas sobre los cojines, espalda arqueada y brazos en el respaldo. Creo que grabó bien esa cola de zorrillo mientras me daba un par de azotes y seguía con su monólogo en italiano. Jugó a meterme y sacarme el tapón, pero no fue algo que alargara demasiado antes de tirarlo a un lado y metérmela lentamente y con un ruidoso gruñido de placer. Acompañado por el mío mientras apretaba con fuerza el respaldo del sofá.

Y, antes de empezar a follarme como la bestia que era, me dio la cámara. Yo no supe lo que pasaba y le miré con mis ojos nublados de lágrimas y mi boca empapada en saliva, buscando una explicación clara y corta que atravesara esa bruma de excitación que me nublaba el juicio.

—Que se nos vea a ambos —ordenó, señalándonos rápidamente antes de agarrarme de la cadera y empezar a follarme.

Creo que tener que aguantar la cámara mientras luchaba por no temblar y morirme entre gemidos y el imparable bamboleo, era parte de esa necesidad del capo de hacerme sufrir. Trataba de hacerlo lo mejor posible, pero, aún así, Mr. Mafía me daba un buen y ruidoso cachete cuando, por descuido, me olvidaba de todo lo que no fuera su enorme polla taladrándome como un incansable martillo percutor.

En una de esas ocasiones, parpadeé, tragué saliva y volví a levantar la cámara, viéndonos en la pequeña ventana con el símbolo de «REC» y la batería. Yo estaba hecho un desastre, con el pelo revuelto, los ojos enrojecidos y la boca babada. Entreabría los labios y no dejaba de jadear y gemir mientras me movía al ritmo de la incesante penetración, como un diabólico vals del que no pudiera escapar. Tras de mí, estaba el capo. De pie. Sus manos aferradas a mi cadera. Sus músculos tensos y más marcados debido al esfuerzo. Sus grandes bíceps, sus hombros anchos, su pecho velludo y perlado de sudor. Su rostro masculino roto debido a incesantes expresiones que bailaban entre el placer, el sufrimiento y el esfuerzo. Fruncía el ceño, entreabría los labios, jadeaba, cerraba los ojos y después miraba al techo y negaba con la cabeza, como si no pudiera creerse lo que estaba pasando.

Evidentemente, nunca le había visto follarme de espaldas y, ahora que lo veía, resultaba extraño. Era increíblemente sexy, terriblemente sexy; y si realmente se dedicara a vender porno en internet, Mr. Mafía tendría su propio Maserati, su propia mansión, una nave espacial y un puto castillo en la luna. Porque no habría nadie que no quisiera pagar por verle.

Sin embargo, ocurría algo curioso, y es que no parecía *il mio capo*. Detrás de mí, donde creía que no le veía, jadeando y sudado, con el pelo revuelto y sin su aspecto engominado, parecía alguien diferente. No era exactamente su aspecto ni su físico, sino su forma de mirar y lo que sus expresiones transmitían. En aquel momento, no vi a mi amo mafioso, soberbio y estricto, sino a un joven italiano demasiado guapo y demasiado perdido en la excitación y el placer.

Arqueaba las cejas, me miraba el culo, la espalda, después miraba el techo y gruñía apretando los dientes como si aquel fuera el mejor momento de su vida. Entonces me agarraba de los hombros y me daba más fuerte, tirando de mí mientras ese sonido de su cadera chocando contra la mía se intensificaba. Por un momento volvía a ser el capo, furioso, duro, impasible, diciéndome guarradas en italiano que no podía entender; y después se derrumbaba, fruncía de nuevo el ceño y negaba con la cabeza, convirtiéndose en ese hombre que parecía estar demasiado agradecido por estar follando al *ragazzo* más guapo que había visto en su vida.

Me gustaría haber podido analizar mejor aquel momento, o sorprenderme de ver esa cara diferente de *il mio capo*, esa que, al parecer, escondía de mí. Pero

estaba demasiado ocupado tratando de no romper el sofá de tanto que lo apretaba, o de no quedarme sin aliento mientras gemía, o de mantener aquella puta cámara en alto aunque lo único que quisiera fuera reventarla contra el suelo y hundir la cara entre los cojines.

Todo llegó a su final cuando, incapaz de soportarlo más, me empecé a tocar y terminé por correrme como un animal sobre el sofá; gimiendo como no había gemido en mi vida. Como si me hubieran arrancado el corazón del pecho, lo hubieran puesto a hervir y me lo hubieran vuelto a poner dentro.

Mr. Mafia no aguantó mucho más, empezando a eyacular a mitad de mi orgasmo para, como si fuera una competición, tratar de gruñir más alto que yo. Después se hizo el silencio. *Il mio capo* se acercó en un paso tembloroso, echándose hacia delante, se subió de rodillas al sofá y se derrumbó sobre mí, dejándome sin el poco aliento que me quedaba. Con un jadeo incesante en sus labios y su piel ardiente y sudada contra la mía, buscó mis manos, me quitó la cámara y entrelazó nuestros dedos.

Así nos quedamos mientras los minutos pasaban en aquel pequeño mundo que era el salón secundario, bañado por la suave luz de la lámpara y con el solo sonido de nuestras respiraciones acompasadas.

— *Cosa hai da dire al tuo capo?* — oí susurrar en mi oreja.

— *Grazie, amore...*

QUINDICI

Cuando desperté, lo primero que sentí fue un aliento caliente y húmedo en mi nuca. Entreabrí los ojos y miré la pared de cortinas blancas de mi habitación. El amanecer ya había llegado y cubría gran parte del jardín con las primeras luces doradas, aunque todavía había suficiente sombra para no resultar cegador. Una agradable brisa agitaba las telas blancas mientras aquel ruido algo ronco y profundo ascendía y descendía a mis espaldas.

Aquel ruido era Mr. Mafia, rodeándome con un brazo y con su cuerpo bien pegado al mío.

No tenía una idea exacta de lo que había sucedido tras el polvo en el salón, solo un brumoso recuerdo de levantarnos, darnos una rápida ducha fresca e ir directos a la cama. Había caído rendido sobre las sábanas como si no hubiera dormido en días, quedándome prácticamente inconsciente a los pocos segundos.

Tomé una buena bocanada de aire y me giré entre los brazos del capo, frotándome el rostro antes de estirar los brazos y bostezar. Aquel movimiento terminó por desvelar a Mr. Mafia, quien no se privó de gruñir algo con enfado, moverse para ponerse de cara y tirar de mí para que fuera yo quien le abrazara y apoyara la cabeza en su enorme pecho.

La idea resultó increíblemente tentadora, como no podía ser de otra forma con él; pero, por desgracia, había cosas que requerían nuestra atención.

—Tenemos que ir a desayunar con mi padre —le recordé, incorporándome sobre el codo para mirar su rostro—. No podemos llegar tarde.

Él no pareció reaccionar, como si hubiera vuelto a dormirse mientras se cubría los ojos con un brazo y me apretaba contra su cuerpo. Entonces me quedé mirándole un par de segundos, mitad adormilado, mitad maravillado por lo sexy que *il mio Capo* podía llegar a ser. Incluso allí tumbado, sin hacer nada, parecía sacado de mis mejores sueños húmedos.

Levanté una mano y le acaricié el pecho abultado, amplio, velludo y cálido, como dos montes de piel caramelo plagados de helechos negros. Mr. Mafia soltó un bajo suspiro, mezcla de gruñido y jadeo. Una estúpida sonrisa se coló en mis labios y, por un instante, llegué a inclinarme para besarle.

Pero me detuve a tiempo. Cerré los ojos y negué con la cabeza.

¿Qué coño estás haciendo, Joe?

Tomé otra bocanada de aire hasta llenarme los pulmones y me obligué a levantarme de la cama. No es como si estuviera escapando de él y de aquella situación, sino más bien, dejando una distancia de seguridad entre nosotros.

No sabía cómo me hacía sentir que el Capo se quedara a dormir conmigo. Por un lado me gustaba. Bueno, la verdad es que me gustaba muchísimo. Por otro lado, era confuso y peligroso. Cosas como esas desdibujaban las líneas que enmarcaban nuestro acuerdo, y lo último que necesitaba era terminar enamorado de... de «alguien» como Mr. Mafia.

Yo no era como mis padres. Yo no podía fingir tener una relación con un *gentil*, tratarle como a mi novio, usarle y después cambiarle por un modelo nuevo sin sentir nada. A veces me gustaría poder hacerlo, la verdad, porque la vida

parecía mucho más sencilla para ellos; otras veces me preguntaba si mis padres eran si quiera capaces de sentir algo real.

Con ese torbellino de pensamientos en mente, me dirigí a la cocina, puse el café a hacerse y subí al baño para seguir el ritual de cada mañana casi de forma mecánica: mear, ducharse, lavarse los dientes, salir a vestirse, volver para peinarse. Cuando bajé ya me sentía más yo mismo. Ya estaba mucho más espabilado y preparado para afrontar el día; aquel largo, extraño, complicado y nada agradable día.

Iba a volver a la caseta del jardín para despertar de una vez por todas a Mr. Mafia, pero me lo encontré fumando en la cocina mientras se tomaba el café recién hecho. Compartimos una primera mirada silenciosa, yo con una expresión algo sorprendida por verle ya en pie y, también, porque siguiera desnudo; él, por el contrario, parecía enfadado y serio, con su expresión característica de mafioso mientras me clavaba aquella mirada felina por encima de la taza de café.

—*Buon Giorno, signore* —le saludé, sustituyendo mi sorpresa inicial por una sonrisa—. Pensaba que seguirías en la cama.

—No... —murmuró con voz grave y algo seca.

Arqueé ambas cejas y seguí caminando hacia la barra de la cocina donde estaba la cafetera. Mr. Mafia era muy poco sutil cuando quería dejarme claro que estaba enfadado o molesto por algo.

—*¿Tutto bene, Capo?* —pregunté mientras me servía el café y me dirigía a la nevera para echarle un par de hielos y regarlo con algo de leche—. ¿Has cambiado de idea sobre lo de conocer a mis padres? No pasa nada si no quieres ir, todavía podemos cancelarlo.

—No, *cuccolino* —le oí decir a mis espaldas, todavía con la cadera apoyada en la repisa, mostrando sin pudor alguno ese increíble cuerpo que tenía y ese enorme cazzo que tan loco me volvía—. Dime, ¿crees que *il tuo capo* es un perro?

Fruncí el ceño y me giré.

—¿Qué?

—Responde, *mio porcellino*.

—No, Capo, no creo que seas un perro —respondí, añadiendo una pequeña mueca de preocupación con un toque sexy, creyendo que, con suerte, eso le calmaría un poco.

Mr. Mafia dejó la taza sobre la isla y fumó otra calada, esperando a que el humo grisáceo se dispersara en el aire de una forma un tanto dramática antes de decir:

—Entonces, ¿por qué despiertas a *il tuo capo* como si fuera uno?

Una vez más, aquella intensidad y esa forma de... no sé, de ser que tenía él, me había pillado un tanto por sorpresa. Parpadeé y terminé por darme por vencido. No tenía ni remota idea de lo que estaba hablando o a qué se refería.

—No entiendo, Capo —le confesé antes de encogerme de hombros—. ¿He hecho algo mal?

—Sí, claro que has hecho algo mal —declaró, agitando la mano en el aire de esa forma tan italoamericana—. *Il tuo capo* se ha quedado aquí, contigo, para dormir con *il suo bello ragazzo* —comenzó, acercándose a mí mientras me clavaba sus ojos claros y gesticulaba de aquella manera que ya empezaba a formar parte de

sus discursos aleccionadores tan suyos—. Podría haberme ido, podría haberte dejado a cuatro patas y con el culo lleno de *la mia sborra* como si fueras poco más que una *porca cagna*. Pero me he quedado.

Se quedó frente a mí, tan cerca que casi me estaba encerrando entre su cuerpo y la nevera. Volvió a fumar una calada, tan cerca de mi rostro que no me quedó otra que apartarlo un poco para que la punta anaranjada del pitillo no me quemara la mejilla. Entonces, soltó el humo directamente hacia mí e hizo un movimiento de cabeza.

—¿Crees que *il tuo capo* se queda a dormir en la casa de cualquiera, *cuccolino*? ¿Es eso lo que crees?

—No, *signore* —respondí casi al instante.

Era demasiado temprano para aquellas mierdas de amo, sinceramente. Yo no estaba mentalizado y la forma en la que Mr. Mafia pasaba de cero a cien en apenas segundos resultaba, a veces, totalmente agotadora.

—¿Entiendes la suerte que tienes de poder disfrutar de algo así?

—Sí, *signore*.

—Entonces, ¿por qué despiertas al *tuo capo* de esa forma tan fría y seca? —quiso saber, cambiando su expresión seria hacia una leve mueca de asco—. ¿Por qué le dejas solo en la cama y te marchas? ¿Eh? —terminó exclamando en un tono más alto antes de levantar la mano para darme una leve bofetada.

Ahí fue cuando contuve el aire, arqueé las cejas y perdí la poca paciencia que me quedaba.

—Vale, mira, Capo... *Kosher*. ¿De acuerdo? Ahora mismo no estoy de humor para esta energía de amo —le dije, llegando a poner una mano en su pecho abultado para alejarle un poco de mí y poder mirarle mejor al rostro—. Si te gusta retozar un poco en la cama y que te despierten con una mamada, por mi perfecto, la próxima vez, cuando tengamos tiempo, te haré todo lo que quieras; pero hoy tenemos que ir a desayunar con mi padre, ir a la sinagoga y después tomar otro café con mi madre. No es el día para darme una de tus lecciones magistrales, ¿*capito*?

¿Cómo creí que se iba a tomar Mr. Mafia todo aquello? Mal, terriblemente mal, por supuesto. Sus ínfulas de machito alfa saltarían por los aires y su orgullo italiano tomaría completamente el control. Y quizá se fuera muy enfadado de mi casa, pero, siendo sincero, no tener que presentarle a mis padres hubiera reducido muchísimo aquella presión que me atenazaba las entrañas desde que me había despertado.

Y, como si el capo pudiera leerme la mente y hacer siempre lo que no me esperaba: se limitó a asentir. Solo eso. Asintió con una expresión seria, pero no enfadada, y se dio la vuelta para irse fumando su pitillo en dirección al pasillo.

—Tardaré poco, puedes esperarme en el coche.

Estaba tan sorprendido que no pude ni responder. ¿Qué era eso? ¿El Capo siendo razonable?? No... no me lo creía. Lo que creía era que estaría guardando todo aquel rencor para hacerlo explotar en el momento adecuado, quizá cuando pudiera hacerme más daño.

Me pasé todo el tiempo hasta que volvió rezando para que Mr. Mafia no hiciera un numerito frente a ninguno de mis padres; porque entonces se acabaría el Joe comprensivo y sumiso para siempre.

No llevaba ni diez minutos sentado en el asiento del copiloto del Masseratti cuando le vi aparecer por el camino ajardinado. Llevaba una camisa blanca entreabierta y unos ajustados pantalones beige con cinturón. Quizá hubiera traído ropa de repuesto en la misma bolsa en la que había traído la cámara de vídeo; lo que no había traído eran las gafas de marca y el carísimo reloj que se había puesto en la muñeca; porque eso lo había sacado de mi vestidor.

El Capo subió al coche y, con calma, se sacó otro pitillo de la cajetilla y lo encendió. Yo me había quedado mirándole en silencio, casi por el rabillo de los ojos, analizándole, observándole con atención por si podía detectar alguna señal de peligro.

—Tranquilo, *cuccolino*, estoy bien —le oí murmurar entonces mientras arrancaba el motor y abría la ventanilla—. Vamos a ver a tus padres y eso te pone nervioso. *Il tuo capo* lo entiende.

No pude evitar soltar un leve:

—Oh... *Grazie, signore*.

Él asintió y pasó una mano para colocarla en el respaldo de mi asiento y así girarse lo suficiente para mirar mientras daba marcha atrás y maniobraba.

—Pero, Joe... —añadió entonces, casi de forma distraída—. La próxima vez que me despiertes así y me dejes en la cama como si fuera una puta, sin darme los buenos días o algún cariño... me enfadaré de verdad. *¿Capito?*

Asentí un par de veces y miré al frente.

—Claro, *il mio capo*. Lo siento.

—¿Dónde hemos quedado con tu padre?

—En el restaurante del Hotel Hilton, en...

—Sé dónde está —me interrumpió, tomando al fin la sinuosa carretera que descendía por la colina.

No volvimos a intercambiar palabra hasta que llegamos al aparcamiento del Hotel, aún así, no fue algo incómodo ni frío. Tan solo un silencio prolongado mientras se disfrutaba de la brisa de la mañana y el trayecto. Una vez aparcado, Mr. Mafia se tomó un momento para repasar su imagen en el espejo retrovisor. Se retocó el tupé, se peinó un poco la barba con los dedos, salió del coche y miró su reflejo en la ventanilla, decidiendo abrocharse uno de los botones de su camisa demasiado abierta.

Yo le esperé a un lado, con las manos en los bolsillos y una fingida calma. Antes de entrar en el hotel, tomé una buena bocanada y decidí que ya era demasiado tarde para arrepentirse de todo aquello. Fuera lo que fuera, ya estaba en marcha.

El restaurante del Hilton era todo lo lujoso que se podría uno imaginar. Muy influido por aquella estética californiana de colores claros, palmeras en macetas, suelos de mármol, columnas decoradas, grandes ventanales y una preciosa iluminación. Era uno de los lugares favoritos de mi padre y, tras tantos años, casi era considerado uno de los clientes predilectos.

Quizá gracias a eso le consentían más de lo que debería.

Porque mi padre, el importantísimo productor de cine, millonario, filántropo y nombrado uno de los hombres más influyentes de Los Ángeles, estaba sentado a la mesa, sin los zapatos puestos y con un babero sobre su carísimo traje de marca.

Nada más verle cerré lo ojos y suspiré.

Por supuesto, no estaba solo. Su nueva novia —¿Sarah?, ¿Sheila? Algo con «S», seguro—, estaba a su lado. Era joven, rubia, guapa y de cuerpo escultural. Sonreía y trataba de ignorar con todas sus fuerzas al viejo que se sentaba a su lado y mojaba la mitad de un cruasán en su café como si fuera un niño pequeño. —Papá... —le saludé, aunque sonó casi como un jadeo de cansancio y resignación.

A veces entendía por qué mi madre odiaba tantísimo las «excentricidades» de mi padre.

—¡Joel! —respondió él, apresurando el trozo de cruasán que se estaba comiendo para sonreírnos y señalar los asientos libres frente a ellos—. Nos hemos adelantado y ya hemos pedido, espero que no os importe.

—No, está bien —respondí, porque ya sabía que lo haría.

Me quité la chaqueta y la dejé sobre una de las sillas libres mientras sonreía a la joven, esforzándome por recordar su nombre; por suerte, mi padre no era estúpido.

—¿Te acuerdas de Sharon, Joe? —me preguntó él, haciendo un gesto hacia la joven, la cual se había quedado mirándonos con una especie de sonrisa congelada en los labios.

—Claro, Sharon, ¿qué tal estás? —murmuré, dedicándole un amable asentimiento.

Parecía algo aturdida, aunque no tenía claro si se debía a que estaba sorprendida de descubrir que el hijo del señor Schwartz fuera tan guapo; si estaba anonadada con el pedazo de hombre que le acompañaba; o si, simplemente, estaba demasiado agradecida de poder compartir la mesa con otros adultos sin babero.

—Hola... —consiguió decir al fin, aunque le costó un poco.

—Este es Salvatore, ya te hablé de él —añadí, terminando lo más rápidamente posible con las presentaciones.

—¡Oh, sí! El chico italiano —asintió mi padre, como si acabara de acordarse y todo aquello no fuera orquestado por y para que ambos se conocieran.

Mi padre miró a Mr. Mafia con aparente calma y familiaridad, aunque aquella era una imagen engañosa. Probablemente ya le hubiera analizado de arriba abajo desde que nos había visto: su ropa, su porte, su actitud, sus intenciones... El Capo no lo sabía, pero el mejor cazatalentos de Los Ángeles le había hecho una investigación completa en tan solo segundos.

Mr. Mafia, quizá ignorando todo aquello, sonreía un poco y hasta le ofreció un apretón de manos a mi padre.

—Encantado de conocerle al fin, señor Schwartz —le dijo con un suave acento, mucho menos marcado del que usaba habitualmente.

—Igualmente, joven —respondió mi padre, aceptando el apretón tras incorporarse un poco de su asiento. Entonces volvió a ofrecernos que nos sentáramos y se alisó su babero, algo salpicado de café con leche.

—Conociendo a mi hijo, estoy bastante seguro de que no eres actor ni modelo, aunque lo parezcas —dijo mi padre en uno de esos intentos de hacer una broma, una de esas que escondían una pregunta velada.

—No, no lo soy —respondió Mr. Mafia, alargando su sonrisa e incluso llegando a parecer humildemente cohibido por el halago de mi padre—. Dirijo varios negocios familiares, sobre todo restauración y servicios.

—Oh... —murmuró mi padre, arqueando sus espesas cejas canosas—. ¿Trabajas con la familia?

—Sí, somos muy cercanos.

—Eso es estupendo, yo también creo que cuidar del entorno familiar y de los tuyos es muy importante. Lo creas o no, todo este negocio del cine al que nos dedicamos Joel y yo lo comenzaron mi abuelo y su hermano, juntos lo llevaron adelante con inteligencia y trabajo duro; desde entonces siempre ha estado en manos de la familia Schwartz.

—¿Y tú a qué te dedicas, Sharon? —pregunté con una sonrisa y el objetivo de desviar el tema. Mr. Mafia no tenía por qué escuchar nuestra saga familiar.

—Soy actriz y cantante —respondió tras un breve momento de sorpresa, como si no se esperara que interactuáramos con ella en absoluto.

—No puede ser, ¿una actriz?, ¿aquí? ¿En Hollywood? —pregunté, levantando la mirada para añadir una sonrisa mientras me servía el café de una preciosa cafetera de plata.

Mi broma tardó un par de segundos en atravesar la bruma de confusión de la joven hasta producir una risotada algo nerviosa y estridente en sus labios.

—Sí, ya... —murmuró, llevándose una mano al pelo para recolocarse un mechón tras la oreja. Mi padre ya le había comprado unos pendientes de zafiros y una pulsera a juego, así que debían llevar juntos más o menos dos meses—. Me mudé hace poco más de un año desde Wisconsin, ya sabes, persiguiendo el gran sueño...

—¿Y tú cuándo te mudaste a Estados Unidos, Salvatore? —preguntó mi padre, al que le había dado tiempo de terminar su mini-cruasán e ir a por otro de la fuente central.

—Cuando era un adolescente —respondió Mr. Mafia con aquella sutil sonrisa en sus labios. Se había quitado las gafas al sentarse y hasta se había remangado un poco la camisa—. Tenía a algunos familiares aquí y decidí probar suerte al otro lado del gran charco —terminó explicando.

—Qué valiente para un adolescente tomar una decisión así —dijo mi padre.

—Sí, bueno, la verdad es que tenía muchas ganas de ver lo que me esperaba aquí —respondió con el equilibrio justo entre humildad y seguridad en uno mismo—. Fue un poco complicado al principio, porque no dominaba del todo el idioma y tuve que enfrentarme a ese pequeño racismo latente en contra de los italianos; pero después de abrir mi primer negocio, todo fue cuesta arriba. Mi familia lleva generaciones dedicándose a la pastelería y, por suerte, los

americanos tienen buen gusto para los dulces –concluyó, haciendo una sutil pero encantadora referencia a mi padre y los cruasanes.

Sharon volvió a reírse y hasta colocó una de sus manos sobre el brazo de mi padre, quien también sonrió y terminó por asentir.

–Sin duda –murmuró, dedicándome una mirada sutil y rápida.

En el lenguaje de la familia, aquello quería decir «peligro, Joel». El señor Schwartz estaba sorprendido, pero puedo asegurar que ni la mitad de lo que lo estaba yo. *Il mio capo* estaba haciéndolo bien, muy bien, la verdad. Demasiado bien. Era agradable, encantador, ni demasiado desesperado por caer bien ni tampoco ofensivamente despreocupado. Respondía siempre con una sonrisa y todo lo que contaba solo servía para aumentar más y más la aprobación de mi padre.

Al terminar el desayuno, cuando nos levantamos y nos despedimos, el señor Schwartz le dio otro apretón de manos y le dijo que había sido un placer conocerle; pero, como buen judío, esperó a estar en la sinagoga para decirme la verdad:

–Nunca le compres nada que no te comprarías a ti y no inviertas en sus negocios.

–Papá...

–Escucha a tu padre, Joel –continuó con un tono serio mientras miraba al frente, hacia el palco en el que se alzaba el altar. Mi padre estaba serio y había usado ese tono aleccionador, así que no tuve otra opción que apretar los dientes y escuchar—. Ya eres un hombre adulto y me alegra que al fin decidas darte un capricho, pero me preocupa que hayas elegido a un gentil como él.

–¿Italiano?

–No. Demasiado guapo y demasiado listo.

–Gracias, papá. Cuando asumes que soy gilipollas y que mi chico me va a timar, me haces sentir el hijo más querido del mundo –murmuré.

–No seas tan melodramático como tu madre, Joel. Sabes de lo que te hablo. Salvatore parece un buen hombre de negocios, y los hombres de negocios siempre saben sacar provecho de todas las situaciones.

–¿Y crees que tus novias no sacan provecho de ti?

–Sí, por supuesto que lo hacen, pero yo soy consciente de ello. ¿Lo eres tú?

Ladeé el rostro para mirar los ojos azules de mi padre, serios y contundentes.

–Sí, papá –murmuré—. A todo el mundo le gusta el dinero.

–Así es –asintió, recuperando la sonrisa y rodeándome los hombros con el brazo antes de darme un leve apretón—. ¿Cuándo se lo vas a presentar a tu madre?

–Después de la ceremonia.

–¿Quieres otro pequeño consejo?

–Tranquilo, papá, no voy a dejar que mamá se acerque demasiado a Salvatore. Mi padre se rio por lo bajo y asintió complacido.

–Ese es mi chico...

Quería muchísimo a mi madre, en serio, pero eso no quería decir que no reconociera que tenía un grave problema con respetar los límites; todavía más si esos límites venían en un cuerpo musculoso y con cara de cabrón follador.

La primera señal de peligro no tardó ni un segundo en aparecer nada más verle.

—Ha sido la lectura más larga e insoportable que recuerdo, y mira que tu primo Abram lo hizo de pena en su Bar Mitzvah, pero este niño... Te lo juro, hubo un momento en el que pensé que se iba a poner a llorar o a mearse encima. ¿Has visto al rabino? Casi le leyó dos párrafos enteros, qué vergüenza...

—Mira, ese es Salvatore —la interrumpí cuando cruzamos la esquina y señalé con la cabeza al otro lado de la calle.

Entonces mi madre se detuvo en seco y clavó su mirada en el Capo, el cual nos esperaba pacientemente, fumando su pitillo con una mano en el bolsillo y la cadera apoyada sobre el Masseratti. Pasado el impacto inicial, mi madre giró el rostro hacia mí y me miró como si no se lo creyera.

—¿De dónde lo has sacado? —fue lo primero que me preguntó.

—Nos conocimos en un bar —respondí, aunque sabía que no era eso lo que había querido decir con la pregunta.

Lo que había querido decir era: ¿qué haces con un hombre así y cómo es posible que yo no lo hubiera encontrado primero?

Después, de forma casual, se pasó la mano por la melena y sonrió, dejando caer parte del pelo a un lado del escote. A veces me preguntaba si mi madre era consciente o no de lo que hacía, si esa necesidad de atención era algo intencionado o si, simplemente, no era capaz de controlarlo.

Tiró de mí para acercarse a Salvatore, pero me soltó el brazo que me había estado rodeando de forma maternal. Dio largos pasos con sus altísimos tacones, resaltando sus piernas bronceadas, agitó su abundante melena al viento y sonrió mientras cruzábamos la carretera.

Salvatore no tardó mucho en vernos.

Con mi madre era algo imposible no hacerlo. Después de todo, era un metro setenta y cinco de la mejor ropa, el mejor maquillaje y la belleza artificial más cara que se pudiera comprar con dinero en Los Ángeles; centro mundial de las operaciones estéticas.

—Salvatore... —dijo ella con una voz más suave y aterciopelada, ladeando la cabeza mientras extendía su mano en dirección al capo—. Por fin te conozco...

Mr. Mafia sonrió educadamente, tiró la colilla del pitillo que había estado fumando y, haciendo las delicias de mi madre, la cogió de la mano para darle un breve y suave beso en la piel bronceada. Mi madre entreabrió los labios y, juraría, casi pude oír el ruido de sus bragas al desplomarse contra el suelo.

—Madre mía, qué guapo eres... —añadió, en esa mezcla de timidez y descarado ligoteo.

—Muchas gracias, señora...

—Oh, no, llámame Aby, por favor...

—Encantado, Aby, yo soy Salvatore —dijo Mr. Mafia, tan encantador como antes, pero de una forma completamente diferente a como lo había sido con mi padre.

A mi madre le faltó poco para suspirar al oír aquel acento suave, exótico y dulce como la melaza en mitad de una voz grave y masculina.

—¿Te importa ir en el asiento de detrás, mamá? —les interrumpí entonces.

A mi madre le costó un momento recordar que estaba allí y otro pequeño momento en descifrar mi mirada seria y cortante.

—¡Oh, sí! No me importa ir detrás —dijo entonces, apartando la mano de Salvatore antes de soltar una risita—. Perdona, me quedé totalmente hipnotizada por esos preciosos ojos que tiene Salvatore. ¿De qué color son? ¿Grisés?

—Depende de la luz —respondió él sin perder el buen humor mientras me abría la puerta del copiloto.

En ese momento, con mi madre distraída, aproveché para mirar al capo y arquear las cejas. Por supuesto, aquella patológica necesidad de mi madre de ligar con todo hombre guapo que conociera no era algo de lo que no hubiera advertido a Mr. Mafia.

Él me miró a través de las gafas y me guiñó un ojo, como si tratara de tranquilizarme.

—Te juro que si me dejas por mi madre, contrato a un sicario y te mato —le había dicho. *Il Capo* se había reído un poco como si hubiera sido una broma, pero no lo era.

—¿Y de dónde eres? ¿De qué parte de Italia, me refiero? —preguntó madre una vez que estuvimos todos dentro.

—Nací en Sicilia, pero me mudé a Milán cuando era un niño y después a Los Ángeles cuando cumplí los dieciséis.

—¡Oh! ¡Me encanta Milán! ¡He estado muchísimas veces allí! Pero nunca me encontré a alguien como tú...

—No hay nadie como yo —sonrió el capo, dirigiéndome una mirada cómplice.

—Ay, no hace falta que lo jures...

—Mamá —murmuré como si se tratara de una advertencia.

—¿Qué? —preguntó, llegando a encogerse de hombros como si no entendiera que, alargar una mano para colocarla en el musculoso brazo de Mr. Mafia, era pasarse de la raya.

Lo peor de todo era que esa ni siquiera fue la última vez que lo hizo, jugueteando constantemente entre el interrogatorio de tercer grado al que estaba sometiendo al capo y el ligoteo descarado con el que no dejaba de azotarle.

—¿Y a qué te dedicas? ¿Eres entrenador personal? Con ese cuerpo tienes que serlo...

—¿Y dónde vives, en Beberly? Yo tengo una casita por ahí también. ¡Quizá hasta seamos vecinos!

—¿Y dónde sueles comprar? Me encanta esa camisa que llevas, te sienta genial...

Aún así, Mr. Mafia demostró saber muy bien lo que hacía. Era educado y respondía todas las preguntas, dejando que mi madre le adulara lo justo, sin participar en el tonto ni sobrepasar ninguna línea. Incluso cuando ella se ponía demasiado pesada, la contenía con un eficaz muro de fría educación. Al contrario que delante de mi padre, el Capo no se privó de tocarme, rodearme los hombros o incluso agarrarme la mano sobre la mesa del restaurante.

Pequeños gestos que ayudaban a contener la ya incomprensible actitud de mi madre con respecto a Mr. Mafia.

—No bromeabas con ella, *cucciolo* —murmuró en una ocasión en la que se ausentó al baño y nos dejó solos—. Es como un animal hambriento que nunca se cansa.

—Eso es porque le gustas mucho.

—¿Y ni si quiera le importa que su propio hijo sea mi *ragazzo*? —quiso saber, una idea que pareció producirle especial rechazo.

—Oh, no, no mucho —respondí, ni tan sorprendido ni tan abrumado como él estaba al comprobar que todo lo que le había dicho de mi madre era cierto—. Creo que a veces se da cuenta de lo que hace y se siente mal, pero después se toma una pastilla y se le pasa.

Asentí un par de veces y miré al capo, que me miraba en respuesta con aquella expresión de ceño fruncido, entre la extrañeza y la preocupación. Entonces, sin previo aviso y sin ninguna razón aparente, el Capo tiró de mí para acercarme y me besó. No un casual y suave beso en los labios, sino uno un poco más profundo, con lengua, tomándose todo el tiempo que fue necesario para que yo terminara empalmado y jadeando como un completo imbécil; aunque siguiéramos en mitad del restaurante y mi madre no tardara ya mucho más en volver.

Cuando el Capo se separó, continuó mirándome a los ojos mientras se pasaba la lengua por los labios para saborear los últimos restos de saliva.

—¿Sabes lo que significa ser «*il mio ragazzo*», *cuccolino*? —me preguntó entonces en voz baja.

—¿Qué? —murmuré, tardando un poco en volver de aquel mundo cálido y demasiado dulce a donde me había enviado con tan solo un beso.

—Si sabes lo que significa la expresión: «*ser il mio ragazzo*» —repitió.

—Ehm... Sí, *ragazzo* significa «chico» o «joven». ¿No? Así que es algo como «tu chico».

Mr. Mafia negó con la cabeza.

—Es una expresión que se utiliza para algo más.

—¿Algo de amor?

—No.

—Entonces no lo sé —terminé por reconocer.

—Significa «novio». «Mi novio»

Me quedé en blanco y tan solo pude parpadear un par de veces antes de que llegara mi madre, interrumpiendo aquel momento por todo lo alto con una de sus quejas y, como no, otra pregunta para Salvatore.

Por suerte, yo ya no la escuchaba, demasiado perdido en mis pensamientos mientras notaba la mano grande y firme de Mr. Mafia apretando la mía sobre la mesa.

Mi novio...

SEDICI

Sin lugar a dudas, «novio» debía significar algo diferente en la cultura italiana que en la estadounidense. No me refería a que tuviera un significado distinto, sino que no debía tener el mismo peso o carga emocional. Porque de ser así, no sabía a qué cojones estaba jugando Mr. Mafia.

Todavía seguía algo aturdido y confuso cuando abandonamos el restaurante y fuimos al club de campo de las afueras donde se celebraba el Bar Mitzvah. Mi madre se despidió de Salvatore con un salvaje y nada apropiado beso sorpresa en la mejilla, aprovechando que estaba en el asiento de atrás. Después le limpió la marca de carmín y se disculpó mientras se reía de una forma un tanto ridícula.

Cuando al fin se bajó y volvimos a quedar un momento solos, Mr. Mafia me miró con su expresión seria y me dio un ligero golpe en la barbilla.

—*Come devi dire addio al tuo capo?* —me preguntó, señalándose los labios con un clásico gesto italiano.

Sin pensarlo si quiera, me incliné y le besé. Primero algo suave, después, cuando entreabrió los labios, un poco más profundo. Entonces, antes de que pudiera apartarme, me garró de la camisa y me obligó a quedarme pegado mientras me clavaba sus ojos felinos.

—Pórtate bien en esa fiesta judía, Joe... porque como me entere de que eres un chico malo y andas a jugar con *il tuo capo*, me enfadaré mucho... —y cerró el puño hasta tirar de la tela y hacerme daño—. Muchísimo, *¿capito?*

—Tranquilo, capo —murmuré, levantando una mano para rodear la suya y que aflojara la tensión—. Si quisiera engañarte, no lo haría en un Bar Mitzvah, te lo aseguro.

—No, no, no... Tú no vas a hacer eso ni aquí ni en ninguna parte, o me...

—Capo —le interrumpí—. Ya lo sé, eres muy celoso, me ha quedado bastante claro.

Quizá fuera mi tono, quizá mi expresión seria o quizá mis palabras; pero, de alguna forma, Mr. Mafia pareció entenderlo. Me soltó la camisa, la alisó un poco y, finalmente, me rodeó el mentón entre los dedos para volver a atraerme y darme un último beso.

—Avísame cuando salgas y vendré a buscarte.

—*Bene* —murmuré, dándome la vuelta para salir del coche.

No miré atrás mientras me dirigía a la entrada del club, pero estuve bastante seguro de que Mr. Mafia estaba clavando sus ojos en mí y que no se movió de su sitio hasta que me vio desaparecer en el interior.

Sinceramente, estaba demasiado abrumado para procesar nada más de lo que ya había pasado aquel día. Al llegar al salón de celebraciones, saludé a todos aquellos que reconocí de camino a la barra libre y pedí el primer cóctel de la tarde.

Lo bueno de las fiestas judías, es que nunca falta la comida, la bebida ni las distracciones; y yo no iba a preocuparme de nada más que de emborracharme, comer y celebrar el día especial de aquel nuevo adulto judío; el que, por cierto,

sí había tenido una lectura bastante mala en la sinagoga. Mi madre no había exagerado con eso.

Gracias a un equilibrio perfecto entre cócteles de diseño y canapés, conseguí mantener un estado de embriaguez continuo sin sobrepasar la línea de la borrachera. Estaba contento, feliz, sonriente y lo suficiente achispado para mantener conversaciones con mis acompañantes a la mesa; entre ellos, el rabino. Mi padre y mi madre, por el contrario, estaban recluidos en sus esquinas, muy separados el uno del otro para no causar ningún espectáculo.

Era curioso recalcar que incluso la comunidad prestaba atención a no juntarles demasiado. Decía mucho de los Schwartz.

En más de una ocasión, me vibró el móvil. A veces lo notaba y otras veces no, pero siempre que lo miraba tenía un nuevo mensaje del Capo. «¿Cómo va la fiesta esa?», «¿Hasta cuándo suelen alargarse?» «¿Te falta mucho?» «Respóndeme, *cuccolino*. *Il tuo capo* ha sido muy bueno contigo hoy, lo mínimo que puedes hacer es ser muy bueno con él».

Yo respondía siempre que podía, pero, como le dije a él en una ocasión, no podía estar todo el rato mirando el móvil porque sería de muy mala educación. A medida que la velada se alargó, comenzaron la música y los bailes. Muchos invitados se levantaron de sus mesas y fueron a la pista a un lado, yo entre ellos. No bailé, por supuesto, pero me quedé un rato mirando los tradicionales juegos en los que el joven del Bar Mitzvah participaba. Llegado el momento, mandé un mensaje al Capo para que viniera a buscarme y empecé a moverme por la sala, llevando a cabo despedidas y agradecimientos.

En menos de veinte minutos, Mr. Mafia ya estaba en la entrada con el Masseratti. Me subí casi de un salto y con una enorme sonrisa en los labios. Él parecía serio, pero no es que eso fuera algo raro, ni nada que me impidiera inclinarme y darle un buen y profundo beso con lengua.

—Ya tenía ganas de verte —le confesé mientras, nada sutilmente, le apretaba la entrepierna en busca de ese *enorme cazzo* en el que me había pasado la última hora pensando.

Mr. Mafia bajó la mirada hacia aquel gesto y después volvió a mirarme lentamente.

—No, *cucciolo*, tú no decides cuándo ni dónde. Yo lo decido —me recordó.

Se me escapó un leve gemido de queja e incluso llegué a poner morritos como un pequeño niño.

—No me dejes así, *signore* —le rogué, apretándole un poco más con la mano. Quizá él se pusiera muy digno, pero su *cazzo* no mentía, y se estaba poniendo muy duro por momentos bajo la tela del pantalón beige—. Haré lo que quieras... —añadí con un tono más bajo y juguetón, añadiendo una sórdida sonrisa mientras volvía a acercarme para besarle.

Pero Mr. Mafia no respondió, solo movió el rostro al frente y empezó a conducir. Cuando intenté seguir pegado a él y metiéndole mano, me empujó hacia mi asiento, lo que solo produjo un resoplido de mi parte y una respuesta de la que no me siento nada orgulloso: cruzarme de brazos y mirar por la ventanilla mientras refunfuñaba.

—¿Qué te dijeron tus padres de mí? —quiso saber.

—Nada —mentí—. A mí padre le caíste bien y ya viste a mi madre, le faltó poco para saltar sobre ti y ponerte las tetas en la cara.

Mr. Mafia asintió y fue a por la cajetilla de tabaco que tenía apoyada en el salpicadero. Conducía bastante lento para ser él, así que no tuvo problema en soltar el volante y encenderse el cigarro con toda la calma del mundo. Entreabrió la ventanilla y echó el humo fuera.

—Pero no me toman en serio —dijo entonces.

—Ellos no se toman en serio a nadie —murmuré—. Ni siquiera a mí.

El Capo dio otra lenta calada y entrecerró los ojos para que el humo no le molestara.

—¿Y tú me tomas en serio, *cucciolo*?

Fruncí el ceño y giré el rostro para mirarle. La pregunta había sido extraña y, una vez más, totalmente fuera de lugar.

—Claro, Capo —respondí, aunque no era cierto.

Le di la razón porque un capo enfadado era un capo insoportable y cruel que me dejaba sin sexo; y un capo que no te daba sexo no era más que un cabrón tóxico sin ninguna razón para tenerle cerca.

Seguía sin tener ni idea de a lo que estaba jugando, lo que le pasaba por la mente o lo que quería, pero yo cada vez lo tenía más claro. Si estaba allí era por diversión, no por el drama ni los problemas. Mr. Mafia era un amo, un hombre casado y un hipócrita: me llamaba «su novio», pero mentía. Así que cuando me hacía preguntas, yo también mentía.

—Me gusta mucho estar contigo —le dije—. Me gusta mucho más cuando me das lo que quiero —añadí antes de encogerme de hombros—, pero bueno, tú dejándome a dos velas ya es algo que forma parte de nuestra relación.

—*Il tuo capo* te cuida *molto bene, porcellino*... No puedes quejarte —me dijo junto con un gesto de dedos juntos y muñeca agitada en el aire.

—Sí, *signore*.

Mr. Mafia le dio una calada al pitillo y se lo dejó en los labios antes de ir en busca del móvil en su bolsillo. Era la primera vez que le veía cogerlo... ¿era eso extraño? Normalmente el único móvil que tenía era el mío, el cual seguía revisando constantemente de vez en cuando para asegurarse que no hablara con otros *ragazzos*.

Sin preocuparse demasiado por estar conduciendo, fumando y mirando el teléfono a la vez, se tomó el tiempo necesario para encontrar lo que quería y después buscar un lugar en el que dejar el móvil. Al final, lo colocó sobre el reposabrazos de la puerta del piloto, de lado y con la cámara apuntándonos.

—Quítate la ropa —me ordenó entonces.

—Ah... —comprendí. Aquello sería otro de esos vídeos.

No me importó. Lo único que sabía era que, si había vídeo, era porque Mr. Mafia iba a querer acción, y yo ya estaba empalmado cuando al fin me arranqué el último calcetín y lo tiré a un lado junto al resto de la ropa. Con un solo gesto de la mano, me invitó a acercarme antes de poner la mano en el respaldo de mi asiento, dejándome así total libertad para tocarle.

Como un monstruo hambriento, me acerqué a él todo lo que pude, frotándome, besándole, lamiéndole el cuello y hundiendo mi mano todo lo que fui capaz en

la abertura de su camisa. Gemía y me removía, insaciable, totalmente encantado por haber conseguido mi objetivo.

El capo seguía conduciendo tranquilamente por aquellas carreteras de las afueras, menos sinuosas y retorcidas que las de la colina. Me ignoraba intencionadamente, fumando su pitillo y mirando al frente como si todo aquello no significara nada para él; pero el bulto de su entrepierna le apretaba tanto la tela que debía dolerle.

Cuando me pudo la impaciencia y la necesidad, desaté su cinturón y hundí la mano bajo su ropa interior. Mr. Mafia se recostó un poco sobre el asiento y se le escapó un gruñido de placer. La punta de su enorme *cazzo* estaba húmeda y cálida y yo no me resistí a frotarla un poco bajo la tela hasta que, ya perdido en mi propia excitación, descendí para chupársela.

Fue una buena mamada, como siempre lo eran con él. Hubo un montón de saliva, una mano en mi nuca que me empujaba hasta el fondo hasta que perdía el aire y un montón de jadeos y guarradas susurradas en italiano. En un momento cumbre y sin previo aviso, el capo empezó a correrse; así que yo apuré una paja en aquella postura un tanto incómoda mientras me lo tragaba todo.

Cuando terminé, me sentí muchísimo mejor. Me incorporé con cierto esfuerzo y me quedé sentado mientras jadeaba y suspiraba. Cerré los ojos y, sin pensarlo, sonreí. Aquello era justo lo que necesitaba.

Al parecer, Mr. Mafia había dado un rodeo por la colina para alargar aquel trayecto en coche, así que aún nos quedaban unos cinco minutos para llegar a mi casa. Tras un breve silencio solo interrumpido por nuestros jadeos y respiraciones, se guardó el *cazzo* ya flácido y cerró el cinto. Después, para mi sorpresa, fue a por su móvil, el cual había cambiado de sitio en algún momento de la mamada. Lo había dejado en el parasoles sobre su asiento, donde había una goma en el que lo había sujetado para seguir grabando desde esa perspectiva más elevada, donde se le viera a él, a mí y el coche.

Por un momento se me ocurrió pensar en cómo etiquetaba esos videos. «Mamada en Masseratti. Joe».

—Sí que tenías ganas de *il tuo capo, cuccolino*... —le oí decirme entonces, a la vez que se guardaba el móvil en el bolsillo.

—Muchas —asentí, todavía inmerso en aquella nube de relajación ebria y post-sexual—. ¿Te gustó?

—*Moltissimo*... —murmuró en voz baja, casi para sí mismo.

Arqueé las cejas y la sonrisa se extendió por mis labios todavía mojados de saliva. Mr. Mafia raramente reconocía lo mucho que le gustaba lo que le hacía, solo era algo que intuía por cómo reaccionaba y lo mucho que gruñía.

—¿Te quedas a dormir hoy? —pregunté—. O tienes trabajo.

—No, no tengo que *lavorare* hasta el lunes por la tarde —respondió mientras daba un último giro al volante para tomar el descenso a la mansión—. Me quedaré esta noche y mañana.

Arqueé las cejas, pero fue tan solo un movimiento rápido e involuntario, ya que sabía que Mr. Mafia estaba mirándome atentamente por el borde de los ojos para descubrir cómo reaccionaba a esa declaración. En realidad, mi sorpresa

inicial no se debía a que se quedara todo el fin de semana, sino más bien al hecho de que no tuviera deberes matrimoniales o parentales a los que asistir.

¿Le habría dicho a su mujer que trabajaría todo aquel tiempo? ¿Qué estaba de viaje? Una cosa era cierta, a Mr. Mafia no parecían importarle las muestras de afecto en público; así que, o confiaba mucho en que nadie le viera, o estaba demasiado seguro de que los grandes restaurantes, el club de campo y el lujo de Hollywood quedaban muy lejos de su círculo social...

—¿Tú tienes que trabajar? —me preguntó entonces, distrayéndome de mis propios pensamientos.

—Emh... No, no mucho. Tengo un par de guiones en casa, pero nada que no pueda leer tranquilamente en la piscina.

Mr. Mafia asintió y paró el coche frente a la verja de la casa. Usando el mando que le había mostrado con anterioridad, la abrió y cruzó al interior ajardinado. Cuando salió del coche, se metió de nuevo la camisa bajo el pantalón, aquella que había quedado por fuera después de la mamada, y dio la vuelta para encontrarse conmigo al otro lado.

—Prepárame algo de *mangiare* mientras me ducho —ordenó, cruzando la puerta tras de mí antes de darme un cachete en el culo e irse en dirección a la escaleras. Me quedé un par de segundos mirándole con una expresión de boca entreabierta y ceño fruncido, algo que transmitía a la perfección lo que estaba pensando: «¿pero qué cojones?».

Por supuesto, ni dije nada, y, evidentemente, tras aquel momento de shock, negué con la cabeza y fui a la cocina para prepararle algo de cenar a mi hipermachista amo italiano. Saqué un poco de pasta e hice una salsa rápida con tomate, albaca y aceitunas negras; nada extravagante, porque estaba cansado, pero algo más elaborado que un sándwich a la plancha.

Todavía estaba sacando la pasta de la cazuela cuando Mr. Mafia volvió de su ducha, con el pelo todavía algo mojado y tan solo un pantalón de pijama suelto. No había nada que le quedara mal a ese hombre, más aún cuando la cintura elástica le caía un poco más allá, mostrando su increíble «v» y el principio de su bello púbico.

Sin decir nada, se fue a sentar a la mesa y cogió mi móvil para revisarlo. Ya le había dejado una copa de vino, de la que bebió tranquilamente antes de que le sirviera la cena. No era una de nuestras «cenas», esas en las que yo iba desnudo y tenía un tapón anal con cola peluda metida por el culo; así que no vi necesario ponerme de rodillas en el suelo. En vez de eso, me serví un café con hielo y me senté frente a él en la mesa.

—No vas a ir a esa fiesta del catorce —le oí decir en voz baja.

Tardé un poco en comprender que se había metido en mi agenda, esa que compartía con Lizza y que ella iba actualizando con las nuevas citas y eventos; muchas veces, sin consultarme primero.

—¿Qué pone? —quise saber.

—Fiesta Mongobery, 23:00.

—Mmh...

—¿Quién es ese?

—Mogobeat, el famoso Dj. Seguro que has escuchado algo de él en la radio, tuvo este éxito hace unos meses, el de: «*I take a pill and everything was blue... so I take another to make it more cool...*» Canto fatal, pero seguro que te das cuenta. Estaba en todas partes.

Mr. Mafia levantó la mirada por primera vez desde que había llegado y me clavó sus ojos claros.

—De vez en cuando hace fiestas en su mansión de la colina —continué explicándole—. La verdad es que son bastante famosas y muy buenas, podemos ir los dos si quieres.

Al oír la invitación, Mr. Mafia también levantó la cabeza, interesado, perdiendo esa fiereza con la que me había estado mirando. Se llevó pasta a los labios y la sorbió de una forma un tanto ruidosa antes de masticarla y decir:

—¿Quién va a esas fiestas?

—Suele invitar a gente del mundillo de la música y del cine. Gente importante, gente joven y cotizada... —me encogí de hombros y le di un sorbo al café frío—. No te voy a mentir, hay droga y mucho alcohol, pero no es esa clase de fiestas en las que ves a viejos productores y jóvenes con ganas de triunfar. Mogobeat solo invita a estrellas.

—¿Y por qué te invita a ti, *porcellino*?

Hice un gran esfuerzo para no tomarme aquello mal y responder con un tono neutro:

—Lo creas o no, Capo, yo soy un hombre importante.

Mr. Mafia se quedó un par de segundo en silencio hasta que terminó por murmurar:

—Me lo pensaré —antes de devolver toda su atención al móvil.

Miré al capo y bebí otro trago de café. Mi invitación, aunque en apariencia casual, escondía una pequeña trampa. No se me había escapado el hecho de que Mr. Mafia hubiera cambiado tanto con mis padres: su actitud, sus formas, su acento e incluso su sonrisa. Había sido fascinante descubrir hasta que punto el capo podía moldearse a la gente que le rodeaba.

Por supuesto, yo no era gilipollas. Había nacido y crecido en una de las sociedades más excéntricas y frívolas del planeta tierra, y no me refería a los judíos, sino a Hollywood. Y yo tampoco era tan inocente como mi padre creía pensar. Sabía que *il mio capo* podía ser peligroso, y sabía que yo era esa clase de persona a la que era muy bueno acercarse, que conocía a mucha gente, tenía muchos contactos y se movía por círculos muy importantes.

No es que eso me importara realmente, después de todo, el capo solo era «mi amo»; pero, llegado aquel momento, sí tenía curiosidad por descubrir lo que Mr. Mafia realmente quería o realmente buscaba. Si estaba dispuesto a acompañarme a esas fiestas como la de Mogobeat, podía significar que le interesaba la alta sociedad hollywoodiense.

Quizá no fuera un simple *boy toy* italiano, quizá fuera todo un tiburón.

—*Molto bene* —le oí decir, dejando mi móvil a un lado antes de apartar el plato—. Sírreme un descafeinado con hielo y vete a cambiarte.

Parpadeé un momento y, todavía algo inmerso en mis pensamientos y especulaciones, bajé del taburete para prepararle su café. Cuando decía

«cambiarse», supuse que se refería a quitarme la ropa, así que cuando volví junto a él desnudo, su expresión de leve sorpresa me pilló desprevenido.

—¿No te ha parecido suficiente la mamada en el coche, *cucciolo*? —me preguntó, mirándome de arriba abajo sin si quiera bacilar.

—Ah, no, no. Estoy bien —respondí al momento, levantando ambas manos como si aquello se tratara de un atraco—. Creía que te referías a esto cuando dijiste que me cambiara.

—No, *mio ragazzo*, me refería a «ponerte cómodo».

—Ya, es que a veces es un poco complicado descubrir lo que quieres, Capo —le confesé.

Eso solo le hizo sonreír un poco, pero, como solía pasar, no hubo ninguna respuesta y, mucho menos, explicación alguna. Con un gesto me señaló el pasillo y le seguí hacia el salón principal, con pantalla de cine y equipo de sonido. Él se sentó en el sofá, piernas abiertas y brazos extendidos por el respaldo, antes de indicarme con un gesto vago que le acercara el mando. Cuando lo hice, hizo otra señal para indicarme que me sentara a su lado.

Como ya estaba empezando a entender —más o menos— un patrón en los gustos del capo, me pregunté: ¿cómo le gustaría a un hombre tóxico y machista que se sentara su amante? Pues de rodillas en el sofá, rodeándole con los brazos y la cabeza apoyada contra la suya.

Debí acertar por completo, porque Mr. Mafia bajó uno de sus brazos del respaldo para rodearme y acariciarme la parte baja de la espalda mientras encendía la televisión.

Simplemente puso uno de esos programas televisivos de «humor» que plagaban la retransmisión de los sábados noche, con bromas muy neutras, adaptadas para toda la familia y con invitados medio famosos que participaban en aquel espanto orquestado. Me quedé horrorizado al descubrir que realmente eso era lo íbamos a ver, pero me quedé más horrorizado cuando Mr. Mafia empezó a reírse un poco de las terribles bromas y chascarrillos que hacían.

Fruncí el ceño y bajé la mirada al suelo. Jamás me había sentido que me estaba follando a un aburrido padre de familia tanto como en aquel momento.

Entonces, en el programa hicieron un sketch sobre una pareja comprando en un supermercado, el hombre estaba perdido porque al parecer no sabía dónde estaban los productos, y su mujer intentaba darle indicaciones de la forma más caótica posible, poniendo los ojos en blanco como si fuera un incompetente. Daban ganas de vomitar.

Pero *il mio capo* volvió a reírse y, de una forma casual, giró la cabeza hacia mí, me miró un momento a los ojos y me dio un suave beso en los labios antes de volver a mirar la pantalla.

Lo único que se me pasó por la cabeza fue: ¡¿Qué cojones está pasando?!

DICIASSETTE

Al despertarme noté esa presencia cálida y grande a mis espaldas. Esa a la que, por desgracia, ya me estaba acostumbrando.

Me giré mitad adormilado y hundí la cabeza en un abultado pecho de pelo negro, tratando de huir de la brillante claridad del amanecer. Por la luz que llenaba la habitación, ya había amanecido, aunque el ambiente todavía guardaba el frescor de la noche, alimentado por una leve brisa que llegaba desde el valle y agitaba las cortinas-paredes de la cabaña. El único sonido que acompañaba a aquel movimiento de telas era el leve ronquido de Mr. Mafia.

Volví a cerrar los ojos y me dejé arrastrar por el leve cosquilleo del bello rozando mi rostro en cada elevación del pecho, por el agradable calor que emanaba su piel caramelo y ese aroma que la plagaba como un perfume. No era colonia, ya no, al menos, sino más bien ese rastro que dejaba tras todo un día y una noche. Esa leve esencia que se entremezclaba con el sudor suave y creaba un nuevo y particular aroma. Uno muy especial.

En algún momento, quizá un minuto, quizá una hora después, un leve ronquido más grave y alto que el resto volvió a desvelarme. *Il mio Capo* se movió, recostándose de espaldas sobre la cama antes de frotarse los ojos con una mano mientras, con la otra, recorría suavemente mi espalda, apretándome un poco, solo un poco, hacia él.

Acepté la invitación sin dudarle, pegando mi piel desnuda a su cuerpo tanto como pude antes de besarle en la mejilla. Un beso suave que repetí varias veces, cada vez más cerca de sus labios hasta alcanzar mi objetivo. Entonces un leve gruñido de placer brotó de mi garganta y, ya sin mucha sutileza, pasé una pierna por encima de su cadera para ponerme sobre él. Rodeé su cabeza con los brazos y metí mi lengua entre sus labios.

Mr. Mafia no era al único al que le gustaba despertarse con un buen polvo.

Il mio Capo reaccionó rápido. En apenas segundos empecé a notar una elevación cada vez más dura bajo mi trasero. Sus brazos me rodearon por completo y me pegaron contra él mientras su lengua luchaba contra la mía por ver cuál de las dos conseguía meterse más dentro de la boca.

Y, entonces, sonó un móvil.

No era el mío, porque yo no tenía la banda sonora de El Padrino como tono de llamada. Así que separé el rostro y miré al Capo. Como su *enorme cazzo*, él tampoco tardó en reaccionar; me apartó suavemente hacia un lado y se levantó casi de un salto, recorriendo la habitación con aquel obsceno bulto tensando la tela de sus bóxer negros. No tardó demasiado en encontrar sus pantalones tirados a un lado y buscar su teléfono en ellos.

— ¿Sí? — preguntó con un tono algo ronco mientras se frotaba el rostro.

Yo me había quedado en la cama, mirándole con la cabeza apoyada en la mano y una expresión de adormilado interés.

— Joder, sí... Perdón, no me acordé de poner la alarma. Sí, sí, voy ahora mismo. Espérame ya abajo con los niños. Bien. *Ciao*.

Y colgó. Sin si quiera mirarme, empezó a vestirse a toda prisa. Se puso los pantalones casi de un tirón, se agachó a por los calcetines y se dejó caer sobre la cama para ponérselos junto a los zapatos.

— ¿Ha pasado algo? —tuve que preguntar. No estaba preocupado, solo quería recordarle que yo estaba allí y que le había oído hablando con su mujer.

— Llego tarde a misa —respondió en apenas un murmullo mientras, ya calzado, salió despedido para recoger la camisa arrugada del suelo—. Espérame a que vuelva.

— Mmh... ¿Y si te espero en una cafetería mientras desayuno?

— ¿Dónde? —quiso saber. Al parecer, no estaba tan preocupado por llegar tarde a la iglesia con su familia como para no pararse en seco y mirarme.

— No lo sé —respondí, dándome el gusto de suspirar y recostar la cabeza en la almohada—. Quizá en el Hotel Bel-Air, tienen una terraza ajardinada y muy buenos desayunos continentales. Además, no queda lejos y puedo ir dando un paseo. ¿Cuánto dura una misa?

— Vale, espérame allí —fue lo único que respondió mientras cruzaba las cortinas para ir casi corriendo en dirección a la casa; todavía sin camisa y con la bragueta del pantalón abierta.

Le miré por el borde de los ojos y resoplé. Mr. Mafia, el buen hombre cristiano, saliendo a toda prisa de casa de su amante para ir a rezar con su familia...

Hacía un domingo precioso para desayunar al aire libre. Había elegido una mesa casi al borde del balcón con vistas al campo y el bosque y me había pedido un buen desayuno con café, zumo y huevos revueltos. Hacía un sol cegador, pero sobre mi cabeza se alzaba una enorme sombrilla y, por si eso no fuera suficiente, llevaba mis gafas de sol con cristales azul degradado.

Normalmente, hubiera leído un poco el periódico, mirado las redes sociales y hasta sacado una foto para colgarla; pero eso era antes, cuando no tenía un amo obsesionado por el control. Incluso cuando se suponía que estaba expiando sus pecados y pidiendo perdón a su dios.

«¿Estás ya en el Hotel?». «Que no se te acerque nadie, *cucciolo*, o sabes lo mucho que me enfadaré». «Mándame una foto, quiero saber lo que te has puesto». «Ya estoy terminando, espérame allí y pídemme un café largo con leche y hielo». «Estoy de camino. ¿Sigues allí?» «¿Dónde estás, *porcellino*, no te veo?»

Suspiré y me levanté de la silla para hacerle una señal con la mano. Capo ya me estaba llamando y el teléfono en silencio vibraba sobre la mesa. Llevaba la misma ropa de aquella mañana, algo arrugada tras la noche, pero, por alguna razón, se había cambiado las gafas y se había abotonado la camisa hasta casi el cuello. Algo muy extraño en él.

Cuando me vio en la esquina, bajó el móvil y se acercó con esa actitud de macho alfa, como si fuera el dueño del lugar.

— ¿Qué tal la misa? —le pregunté cuando estuvo lo suficiente cerca.

Mr. Mafia no respondió hasta estar sentado frente a mí, donde habían dejado su café con hielo ya casi derretido tras veinte minutos de espera.

—*Bene* —murmuró—. El padre Pullini leyó un pasaje del Antiguo Testamento.

—No me extraña, es la única parte buena de vuestra Biblia.

El Capo me miró por el borde de los ojos mientras le daba un trago a su café. No necesitó decir nada más para recordarme que la religión quedaba fuera de los límites de nuestro acuerdo.

—Y dime, ¿vas a una iglesia italiana? —continué, solo por curiosidad, mientras sacaba un pitillo de la cajetilla que Mr. Mafia ya había dejado sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir con «iglesia italiana», *cucciolo*?

Me encogí de hombros y encendí la punta del cigarro antes de dejar el mechero en su lado para que él se pudiera encender su propio pitillo.

—Bueno, tengo entendido que hay iglesias que visitan grupos concretos de gente. Iglesias protestantes, iglesias evangélicas, iglesias latinas... Quizá también haya iglesias italianas.

Mr. Mafia no respondió al momento, sino que se quedó un par de segundos en silencio mientras el humo grisáceo acariciaba su rostro fuerte y masculino. A veces hacía aquello, como si estuviera en un película de detectives en blanco y negro y él fuera el protagonista sex symbol. Demasiado misterioso y demasiado intenso.

—Sí, a mi iglesia van mayormente italoamericanos, pero no es una «iglesia italiana». Solo católica. ¿A tu sinagoga van solo judíos blancos?

Arqueé las cejas, porque no sabía a qué venía aquello. No tenía claro si se trataba de un ataque o de una supuesta venganza por mi pregunta, una pregunta que, sinceramente, no había hecho por mal.

—La verdad es que no estoy orgulloso de decir esto, pero sí —respondí, optando por el humor—. No conozco a ningún judío que no sea blanco, si puedes considerar «blancos» a los judíos. Hay quien todavía nos consideran una raza aparte, con pelo oscuro, barbas largas y narices enormes. —Dicho esto, froté ambas manos con una mueca de avaricia mientras soltaba un breve y sonoro «ji, ji, ji»—. Ya sabes... —continué, recuperando mi postura normal.

Aquello pareció funcionar, porque *il mio Capo* puso una pequeña sonrisa de comisuras levemente elevadas. Sonrisa que, como siempre, trató de esconder de mí.

—Si te soy sincero, esos dibujos son súper ofensivos, pero después miras a mi tío Moish, que parece sacado de una de esas caricaturas nazis, y te preguntas hasta qué punto los clichés son ciertos.

—Tú no pareces judío.

—Me ofende que me digas eso después de haber visto mi cartera y haber estado en mi mansión de Bel-Air.

Otra breve sonrisa, esta vez más grande y difícil de esconder.

—*Sei così sciocco...* —murmuró en voz baja, llevándose el vaso de café de camino a los labios. Tras un sorbo y una calada del pitillo, consiguió recuperar su expresión seria antes de alcanzar mi móvil sobre la mesa, deslizar la pantalla y decirme—: Los domingos tengo que ir a misa, pase lo que pase; así que pondré una alarma en tu móvil por si yo me olvido. Ya es la segunda vez que llego tarde por tu culpa, *porcellino*.

—Por mi culpa... —repetí.

— *Si, a causa tua.*

— Ya... Lo siento, *signore* —respondí, evitando empezar una discusión que ni necesitaba ni quería tener en aquel momento.

— Bene —concluyó, dejando de vuelta mi teléfono en la mesa, al lado de mi plato vacío con tan solo algunos restos de huevo—. *Cosa vuoi fare oggi?*

— ¿Qué?

— ¿Qué quieres hacer hoy, *cucciolo*? —repitió, esta vez, de una forma en la que le entendiera—. Tengo el día libre y puedo pasarlo con *il mio ragazzo carino*. ¿Tienes guiones que leer o te apetece ir a algún sitio?

— Oh... emh... Pues... —tartamudeé—. No, no tengo mucho que leer. Nada que no pueda aplazar, quiero decir.

Mr. Mafia asintió y, tras fumar otra lacada y golpear la punta del pitillo sobre el cenicero, me preguntó:

— ¿Quieres ir de compras? Podemos ir a algunas tiendas, comprarte algo bonito para que estés guapo para mí —me dijo, añadiendo uno de esos gesto de muñeca italianos—. *Qualcosa di stretto in modo che tutti possano vedere quanto sono fortunato.*

— Claro —fue lo único que respondí.

Ese tiempo en el que molestaba en preguntar o tratar de entenderle ya había pasado hacía mucho. Ahora solo asentía cada vez que a Mr. Mafia le daba por soltar algo en italiano. Sin embargo, no dejé pasar aquella gran oportunidad de poner otra pequeña trampa.

— Si quieres, podemos ir a Rodeo Drive...

— Sí, Rodeo está bien —respondió tras un momento de pausa, como si se lo pensara.

Asentí lentamente y hasta llegué a sonreír un poco. Por supuesto que Rodeo Drive estaba bien, siendo uno de los barrios comerciales más caros de América. No había marca de lujo que no tuviera una tienda allí, ni tampoco nada que se pudiera comprar por menos de seiscientos dólares...

Decidido el destino y terminado el café con pitillo, nos fuimos en el *Masseratti* que, a estas alturas, ya casi consideraba más de Mr. Mafia que mío. Aparcamos en Two Rodeo, el centro comercial y una de las muchas zonas habilitadas para compradores con ganas de gastar enormes cantidades de dinero un domingo por la mañana.

El lujo casi se podía sentir flotando en el aire. Estaba en los edificios mejor cuidados, en las calles mejor pavimentadas, en los coloridos escaparates y en las hermosas macetas y plantas que colgaban de las farolas y llenaban la acera de verdor.

Dejé decidir *al mio Capo* dónde entrar primero o hacia dónde dirigirnos, curioso por descubrir qué tiendas elegiría o si ya tenía una ligera idea de lo que quería visitar. ¿Había estado allí antes?, o, mejor dicho, ¿habría comprado allí antes?, quizá acompañado de otro de sus «*ragazzos*». Parecía conocer bien el camino hasta allí y, como si quisiera responder a mis numerosas preguntas, se detuvo en Brunello Cucinelli.

— Los franceses lo intentan, a veces hasta les sale bien —me dijo cerca del oído mientras cruzábamos la entrada—, pero nadie hace ropa como los italianos...

Por alguna razón, aquello me hizo gracia y me reí un poco antes de terminar negando con la cabeza. Como antes, no hice más que seguir a Mr. Mafia, observar la ropa que se detenía a mirar. Yo no era ningún experto en moda, pero sí conocía las tendencias y lo que la juventud de Beberly Hills compraba. Capo también lo sabía muy bien.

Lo que pasó en aquella tienda, se repitió en todas las demás: Mr. Mafia miraba mucho, casi con una expresión despreocupada, pero elegía muy pocas cosas que probarse. Me preguntaba por mi opinión, hablaba distraídamente, llamaba a un dependiente para que nos atendiera y después, solo si la prenda lo merecía, nos íbamos a los probadores.

No importaba si era para mí, porque si decidía comprarlo, siempre era Mr. Mafia el que lo pagaba con mi tarjeta platino. Al menos fue inteligente y no compró para él más de lo que yo compraba para mí mismo. Chico listo. Una camisa en Dior, dos pantalones en AG Jeans, otra camisa y una chaqueta de verano en Armani...

Aunque en esa última tienda le costó decidirse. Casi pude verlo en su rostro. *Il mio Capo* tenía una debilidad por la ropa italiana y, de haber podido, se hubiera llevado mucho más que aquello; pero yo solo llevaba otras dos prendas y supe que él jamás compraría más que yo. Así que, con todo el dolor del mundo, tuvo que dejar una de las camisas atrás.

—No seas tonto, llévatela —le terminé diciendo—, te queda muy bien.

Y, como si fuera yo el que tuviera que convencerle de que se gastara *mi dinero*, se hizo derogar hasta que, finalmente le «convencí» para que la comprara. Con las manos llenas de bolsas con ropa de marca con valor de casi veinte mil dólares y con el sol ya sobre nuestras cabezas, volvimos al Masseratti e hicimos una última parada para comer en un buen restaurante antes de volver a Bel-Air. El Capo solo sacó mis bolsas del maletero, dejando las suyas a un lado antes de entrar en la casa. Una vez allí, me acompañó al piso de arriba para dejarlas en mi ropero. Sin decir nada, se empezó a desvestir. Me quedé mirándole con una leve sonrisa, entre sorprendido y algo emocionado. Él se quitó la camisa algo sudada después de la mañana de compras y me miró con esa expresión calmada y sería tan suya.

Solo con aquella mirada ya empecé a empalmarme, recordando lo cachondo que me había dejado aquella mañana antes de irse corriendo a misa. Y, como el cabrón que era, no dejó de mirarme mientras se quitaba el cinto y se bajaba la bragueta, creando un pequeño espectáculo para mí.

—Desnúdate, *cucciolo*... —ordenó con voz grave y baja.

Y eso hice, aunque no tan elegantemente como él. Yo me limité a quitarme la ropa lo antes posible para que no hubiera nada entre nosotros cuando quisiera pegar su piel caramelo a la mía.

Mi expresión de decepción y desesperación debió resultar hasta graciosa cuando, ya desnudo, pasó por mi lado sin prestarme ninguna atención. Antes de que pudiera quejarme o siquiera preguntar, me dio un cachete en el culo y señaló la ducha con la cabeza.

—Ah... —volví a sonreír.

Sexo en la ducha. ¡Genial!

A veces me sorprende lo ingenuo que puedo llegar a ser. A esas alturas de la película ya debería conocer al Capo para saber que, en esa ducha, no iba a pasar nada. Él estaba tan empalmado como yo, con *il suo enorme cazzo* ahí... tan... obsceno y perfecto que daba hasta rabia no tocarlo. No podía entender por qué nos hacía esto a ambos cuando era más que evidente que él también lo quería. Pero lo único que hizo Mr. Mafia fue mirarme y enjabonarse, llegando incluso a sonreír en esos momentos en los que mi frustración y rabia eran demasiado evidentes.

Después, como si nada, salió y se secó, dándome la misma toalla que él había usado; la cual ya estaba mojada. Eso sí que no. La tiré al suelo y me fui a por una limpia.

—Me da grima secarme con una toalla mojada —le expliqué en el tono más neutro y suave que pude.

Él pareció entenderlo y se limitó a asentir antes de dirigirse al ropero. Cuando le seguí, se estaba terminando de poner uno de mis speedos. No puedo ni describir lo estúpido que era tratar de contener tanta carne con tan poca tela. Cruzaba todas las líneas de lo porno y sórdido, llegando a rozar lo ridículo y humillante. Por suerte para Mr. Mafia, él estaba tan bueno que se podía permitir cruzar cualquier línea.

—No, quédate así —dijo cuando fui a buscar un bañador para mí.

Y así me quedé, desnudo, como si el hecho de que yo no llevara nada y él... llevara «algo» puesto, creara una diferencia de poder entre nosotros. A lo que a mí respecta, mi desnudez era mucho más digna que tener los cojones a punto de salirseme del bañador y media polla al aire. Pero bueno, esas eran sus cosas de amo...

Cuando bajamos de vuelta al piso inferior, me hizo prepararle un café con hielo, se sentó a la mesa y se fumó tranquilamente otro pitillo, uno que yo tuve que encenderle y pasarle como a él le gustaba.

Por si la dirección que estaba tomando la tarde no era suficiente clara, me dijo:

—Ve a limpiarte y ponte tu colita de *cuccolino*...

Tomé una buena bocanada y respondí:

—Sí, *signore*.

Hacerse una lavativa después de comer no era lo más agradable del mundo, pero fui un *ragazzo* obediente y, tras unos desesperantes veinte minutos, regresé junto al capo con mi recto bien limpio y atravesado por un plug con forma de cola de zorro.

Él me miró, todavía sentado en la mesa y con mi móvil entre las manos, sonrió con evidente excitación y me hizo una señal para que me acercara. Acarició la cola, la enrolló un poco en la mano y tiró de ella para asegurarse que el tapón estuviera bien metido. Lo celebró con un asentimiento de aprobación y entonces chasqueó los dedos antes de señalar el suelo.

—Sienta, Joe...

Cerré un momento los ojos, solo para darme un momento y entrar en situación; después me puse de rodillas en el suelo y le miré. Con otra señal y un silvido, como si llamara a su perrito, se fue en dirección al salón.

—Joder... —murmuré lo suficiente bajo para que no pudiera oírme quejarme.

Andar a cuatro patas era un poco doloroso en una casa tan grade. No se trataba de un par de pasos juguetones, sino de una cocina, un pasillo y un salón que recorrer en esa postura, con las rodillas sobre el suelo duro y frío. Cuando al fin lo conseguí, Capo me estaba esperando al lado de su estuche negro.

Arqueé las cejas, creyendo que iba a querer grabarlo otra vez, pero resultó que, dentro de aquel estuche, me esperaba otra sorpresa. Mr. Mafia sacó un collar de uno de los bolsillos y me lo enseñó. Era negro, de cuero y un tanto grueso. Incluso tenía una de esas anillas para atar una correa.

—Mira lo que te ha comprado tu dueño, *cucciolo*...

—Ya, ya lo veo —respondí en un primer momento, pero ni mi tono ni lo que dije pareció encajar con la fantasía de Mr. Mafia, quien me dedicó una expresión seria y cortante—. Oh, *grazie, amore* —me corregí entonces.

—*Bene*... —asintió antes de silbar y hacer un gesto rápido—. Ven aquí, *cuccolino*.

Y eso hice. El capo se agachó un poco y me lo ató al cuello. El cuero estaba frío, pero no se apretaba tanto como creí que haría. Era una sensación extraña para alguien tan poco acostumbrado como yo, pero no era en absoluto incómodo o desagradable.

Mr. Mafia agarró la anilla con un dedo y tiró de ella como si, una vez más, quisiera comprobar que estaba bien atado. Eso fue lo que creí al principio, hasta que vi cómo se mordía el labio inferior y soltaba una especie de gruñido grave que acompañó con una leve bofetada en mi rostro.

—*Mio dio, quanto sei bello*... —dijo en un tono muy, muy bajo.

Por si no había captado lo mucho que le gustaba, allí estaba su *enorme cazzo* luchando de nuevo contra la tela del speedo. Sin embargo, el Capo no trató de ocultarlo ni fingir que no estaba excitado. Cuando se levantó para mirarme desde lo alto incluso puso ambas manos en la cadera, recalcando lo obsceno de su entrepierna.

—*Cosa devo fare con te*... —continuó momentos antes de coger una buena bocanada de aire y mirar hacia el techo. Soltó el aire al mismo tiempo que cerró los ojos y se pasó así un par de segundos antes de volver a mirarme—. *Vieni qui* —ordenó.

Por suerte, también hizo una señal con el dedo y supe que quería que me acercara. Ya estábamos casi pegados, pero aún así me aproxime todo lo que pude, quedando de rodillas entre sus piernas y, lo mejor de todo, con la cara pegada a su *cazzo* bajo la tela del bañador. Esa vez fui yo el que gruñó de puro placer.

No pude ver ya lo que hacía él, pero el tiempo se alargaba y yo estaba cada segundo más cachondo y desesperado. Sin poder soportarlo más, empecé a acariciar el rostro contra el speedo caliente. Al principio fue sutil y juguetón, después, saqué la lengua y lamí parte de la piel cálida y suave de su *cazzo*, esa que se veía por entre los bordes del bañador.

En ese momento, *il mio capo* reaccionó, se apartó un paso y me dio una firme bofetada. No dolorosa, pero sí más agresiva de lo normal.

—*Te l'avevo detto che potevi mangiarmi il cazzo?!* —exclamó antes de darme otra bofetada que resonó brevemente por el salón—. *Cattivo, cucciolo, cattivo!*

Casi sin aliento, los ojos algo húmedos y con la mejilla enrojecida y cosquilleante, solo pude responder:

—Perdón, *signore*.

El Capo me agarró entonces de la mandíbula y apretó hasta dejarme los labios como los de un besugo antes de obligarme a mirarle.

—Te juro que te voy a domar, Joe... —me dijo, esta vez en un idioma que pudiera entenderle—. Y cuando terminé contigo, ya no sabrás ni cagar sin mi permiso...

Me hubiera gustado decir algo, quizá volver a pedir perdón, pero no podía; así que me limité a mirarle mientras él apretaba los dientes y negaba con la cabeza, como si estuviera enfadado o demasiado decidido a conseguir su objetivo.

No sé cómo creía que iba a «domarme» exactamente, lo que sí sé es que aquella tarde de domingo fue una completa locura. El capo fue cruel, pero no demasiado cruel; fue firme y estricto, pero me daba pequeñas recompensas cuando obedecía; fue rudo y seco, pero siempre incluía algún beso suave y tan dulce como la miel.

Al final, tras casi una hora de juegos y frustración acumulada, me folló en la cama de la cabaña. Un polvo duro al más estilo BDSM, o, al menos, mi superficial concepto del tema: una follada de boca de esas con las que casi terminaba vomitando, con los ojos llorosos y la boca empapada en saliva, seguido de un polvo con las manos atadas, a cuatro patas, tirando de mi collarín y clavándomela como si realmente fuera su intención empalarme vivo.

Fue muy salvaje y me dejó bastante derrotado; mental y físicamente.

Después nos pasamos unos buenos cuarenta minutos en la cama, recuperando la respiración y demasiado exhaustos y acalorados como para movernos. Mr. Mafia parecía haber estado corriendo una maratón, tan sudado y caliente que su piel caramelo emitía una leve humareda como si se estuviera derritiendo. Su respiración tardó un par de minutos en normalizarse y, cuando consiguió volver a ser persona, me acercó de nuevo a él para echar una breve siesta de media tarde.

Y creí que aquel sería el final, que en algún momento se iría, pero cuando me desperté seguía allí; y no parecía con muchas ganas de irse todavía. Me dijo que fuéramos a darnos un baño en la piscina, me ordenó que le hiciera un café y un sándwich, tomamos un poco el sol menos cálido del atardecer y, cuando la penumbra se apoderó del jardín; volvió conmigo a la cama para un segundo polvo.

Pero esta vez al más puro estilo: somos novios en nuestra Luna de Miel. El contraste fue tan grande que, por un instante, llegué a pensar que ni siquiera se trataba del Capo. Me costó procesar que el hombre que aquella tarde me había escupido en la boca y me había obligado a lamerle los pies fuera el mismo que en ese momento me susurraba palabras en italiano mientras movía dulcemente la cadera en el clásico misionero. Recorriendo mi cuerpo con las manos al mismo tiempo que, de vez en cuando, me lamía el cuello o me mordisqueaba la oreja.

No podía comparar. No sabría hacerlo. Ambos polvos me dejaron en las nubes, ambos por diferentes razones; pero lo que sí sé es que los dos fueron

maravillosos a su manera. Quizá simplemente fuera Mr. Mafia, su cuerpo, su voz o su *cazzo*; o quizá tuviera una magia especial y no había una forma en la que no te hiciera correr como un aspersor mientras gemías su nombre.

Puede que Mr. Mafia tuviera muchas cosas malas, pero puedo decir que, en lo que al sexo se refería, era un DIOS. Simple y llanamente la perfección hecha carne. Imposible de olvidar, imposible de imitar. Solo había uno como él.

Y, por el momento, era mío.

Por el momento.

DICIOTTO

—Quiero una foto, *cuccolino*.

—Claro —respondí sin más, dejando el pitillo a un lado antes de pasarme una mano por el pelo.

Capo se levantó de su sitio, se acercó a mí y nos apuntó con la cámara de su móvil. Yo rodeé sus hombros con los brazos y le di un beso en la mejilla mientras miraba la cámara. Mr. Mafia sonreía con las cejas arqueadas y me rodeaba la cadera con la mano. Era una foto tonta de pareja: casual, dulce, empalagosa y divertida. De esas con las que acosabas a tus amigos en las redes sociales porque estabas demasiado enamorado y demasiado orgulloso del increíble novio que tenías.

O, al menos, eso era lo normal. La razón por la que Mr. Mafia quería aquellas fotos y para que cojones las usaba, seguía siendo todo un misterio para mí. De lo que sí estaba seguro era de que preguntar la razón o negarse no eran posibilidades viables si quería mantener la paz y una vida sexual activa.

—¿Aquí? ¿Ahora? —había cometido el error de preguntar la primera vez, mirando a nuestro alrededor.

Como la semana anterior, le había estado esperando en el Hotel Bel-Air a que volviera de misa. Un domingo por la mañana estaba bastante lleno e, incluso si iba al baño, iba a ser un tanto incómodo desnudarse para sacarse una foto guarra con la gente entrando y saliendo todo el rato.

—Sí, ahora —había respondido, sacando su propio móvil del bolsillo.

Eso me sorprendió incluso más que la petición tan repentina. Entre semana, solía pedírmelo a menudo, quizá incluso un vídeo que otro, pero no solía hacerlo en persona y mucho menos con su teléfono.

Mi expresión atónita solo aumentó cuando le vi levantarse de la silla y acercarse a mí para rodearme los hombros con el brazo y sonreír a la cámara frontal.

—¿Qué cojones haces, *cucciolo*? —me preguntó, dejando de sonreír para dedicarme una expresión seria.

—No... no sé, no pensaba que fuera una foto de los dos —le confesé, volviendo a mirar la pantalla del teléfono.

Mr. Mafia chiscó la lengua y soltó aire como si le hubiera molestado un poco mi comentario.

—Sonríe, que parezca que quieres a *il tuo capo* y no que te están apuntando con un arma —me pidió.

Asentí y forcé la misma sonrisa que usaba en mis fotos de Instagram, esa que quedaba bien para la cámara pero que no era para nada natural en mí. Cuando Mr. Mafia estuvo a mi misma altura, pareciendo un hombre más joven, divertido y alegre de lo que solía estar; pulsó el botón y sacó la foto.

La miró un momento y se movió de vuelta a su silla frente a un pitillo a medio fumar en el cenicero y un café con leche y hielo a medio beber.

—¿Es por algo en especial? —volví a cometer el error de preguntar.

Capo fumó una calada del pitillo y movió la mano.

—¿Qué pasa, no puedo tener una foto con mi *ragazzo*?

—Sí, pero... no sé, me ha parecido...

—¿Te ha parecido qué, Joe?

Y en ese momento capté el peligro y retrocedí al instante. Cuando *il mio Capo* se ponía a la defensiva era imposible sacarle nada. Cada pregunta solo alimentaba ese círculo de indignación y ataques gratuitos con el que intentaba esconder la verdad. Por suerte, yo había desarrollado mis propias defensas para casos como aquel.

—Nada, tonterías. —Sonrisa. Encogimiento de hombros. Tono suave y dulce al decir —: *perdonami, amore mio...*

No había tardado demasiado en descubrir que Capo tenía una especial debilidad por oírme hablar italiano, y más si era para disculparme o halagarle. Siempre funcionaba; no le calmaba del todo, pero le hacía perder ese «enfado» tan repentino y le volvía un poco más racional.

—Si quiero una foto bonita con *il mio ragazzo*, me saco una foto bonita con *il mio ragazzo*. Capito? No necesito dar explicaciones.

—Sí, *signore*.

—*Bene...*

Y, tras una sucesión de peticiones de fotos en los momentos más inesperados: en el sofá, cenando en algún restaurante, en la piscina, en el coche, en la cocina, e incluso en la cama; ya había aprendido a simplemente asentir y tratar de salir lo más guapo posible.

—¿Hoy trabajas o quieres hacer algo? —le pregunté cuando volvió a su sitio.

—Sí, hoy *laboro* —murmuró, guardando el móvil y girando el rostro hacia el hermoso paisaje del campo—. Tengo que irme antes de comer, pero esta semana quizá consiga que me sustituyan el sábado. Podemos ir a tomar una copa en un sitio bonito para celebrar esa película que has conseguido.

—Oh... eso sería genial —asentí—, pero sigo teniendo que ir al estreno, Capo. Te guste o no.

Mr. Mafia movió los labios con asco y rabia contenida y, sin decir nada, aplastó el pitillo contra el cenicero como si intentara asesinarlo más que apagarlo.

—Llevarás ropa tapada y te irás nada más terminar la puta película, ¿me has oído? —me dijo al fin, mirándome fijamente mientras me señalaba con su dedo índice a forma de advertencia.

—Eso haré —prometí, aunque quizá estuviera jugando un poco con lo que se entendía que era «el final de la película» y si incluía o no la pequeña fiesta que se celebraba después. Nada importante, solo una copa y algo de picar en el mismo cine... algo que *il mio capo* no tenía por qué saber.

De mala gana, terminó asintiendo y, apurando el café, me hizo una señal para que nos fuéramos. Cuando me dejó a las puertas de casa, le di un beso y me despedí como debía: dándole las gracias, deseándole un buen día de trabajo y prometiéndole que estaría atento a cualquier mensaje que me mandara.

Así que el Capo se fue bastante tranquilo y calmado hacia... bueno, hacia donde cojones tuviera que ir. A las oficinas de Mafia S.A. o lo que fuera.

En cuanto giró la curva y desapareció, yo ya estaba de camino a mi coche para ir a casa de mi madre. Era su cuarenta y cinco cumpleaños y lo celebraría por todo lo alto con una comida familiar, una sobremesa en una de las salas más lujosas del spa, un tratamiento completo relajante y una cena en el restaurante

The Mills. Todo eso antes de coger un vuelo de media noche con destino a Roma. Al parecer, ahora le habían entrado muchas ganas de volver a visitar Italia...

El Capo no sabía nada de aquello por dos simples razones: la primera era que no quería arriesgarme a que me obligara a llevarle y que se volviera a meter en mi vida de aquella forma, y me refiero a la forma en la que lo haría una pareja seria; y la segunda era que quería mantenerle lo más alejado de mi madre como fuera posible.

Las cosas estaban yendo bien por ahora. Mr. Mafia seguía con su control obsesivo, sus llamadas y sus tonterías de amo, totalmente inmerso en su fantasía. Nos veíamos los fines de semana, le preparaba la cena, se quedaba a dormir, follábamos —a veces algo suave, a veces algo duro, a veces acompañado de una mamada al despertar—, y después hacíamos planes dependiendo de si él tenía que trabajar o no.

Con la tontería, ya habían pasado casi dos meses y, por desgracia, habían sido dos meses jodidamente buenos. Al parecer, tener un bravo semental italiano en mi vida era todo lo que necesitaba para ser feliz. Tampoco me refiero a que estuviera todo el día en las nubes, sintiera mariposas en el estómago y fuera sonriendo como un loco a todas partes; me refiero más bien a esa felicidad de la que no te das cuenta, pero que ayuda a ver los problemas de una forma menos aterradora y que evita que termines ahogado en un vaso de agua debido a la ansiedad.

No importaba lo mala o frustrante que fuera la semana, porque *il mio Capo* siempre volvía, con sus tonterías, sus órdenes, sus juegos de amo y, lo más importante, su maravilloso sexo duro y sus dulces abrazos en la cama. El cabrón lo tenía todo y parecía saber muy bien lo que darme cuando más lo necesitaba. Era...

—Es un puto *boy toy*, claro que sabe darte lo que quieres.

—Agh, vamos, Lizza. Si te pones así, voy a dejar de contarte nada.

—Ah, perdona, Joe, no sabía que esta era solo una conversación unilateral —se disculpó ella mientras bebía de su cuarto daiquirí. Evidentemente, estaba siendo sarcástica.

—No es eso, pero es que siempre me dices lo mismo.

—Y tú siempre hablas de lo grande que tiene la polla y no me oyes quejarme, aunque no me interese lo más mínimo.

—Eres muy desagradable cuando bebes, ¿lo sabías?

—Llevas tres meses dándome por el culo con tu puto potro italiano, diciendo que usa tu tarjeta platino, que se compra ropa, va al peluquero y te invita a cenar. Todo con TU dinero; pero después te molesta que le llame «*boy toy*» y que te advierta que eso «mágico» que hace se llama «aprender a follar bien para vivir a costa de los demás». —Dicho eso, le dio otro sorbo al cóctel—. Y es el cumpleaños de tu madre, voy a estar borracha todo el tiempo que pasemos en el spa y posiblemente en la cena. Si no te gusta como me pongo, te largas. La barra libre es mi territorio.

Como ella me sugirió, preferí irme. Yo también estaba algo borracho y mi paciencia había descendido a límites peligrosos; más si el tema era Mr. Mafia.

No era culpa de Lizza, ella solo me decía lo que pensaba y se preocupaba por mí. El problema era que todos pensaban lo mismo.

—Salvatore viene todas las semanas con ropa nueva, ropa cara... —me decía mi padre al salir de la sinagoga, mirando en la dirección en la que el Capo solía aparcar el Masseratti para esperarme—. La ropa está bien, yo también le compro vestidos a Pamela. Y joyas. Las joyas funcionan muy bien, prueba a comprarle un reloj o algo, seguro que esa noche tenéis sexo del bueno...

—¡Papá!

—Bueno, no te enfades, solo te doy algunos consejos...

—¡No necesito consejos!

—Dime, cariño, ¿sabes si Salvatore es gay o... también le interesan las mujeres?

—me decía mi madre, en lo que ella consideraba una conversación casual de brunch—. Si te aburres de él, ¿crees que sería raro que me pasaras su número?

—¡Mamá!

—Ay, cielo, solo preguntaba. Yo te pasé el número de Conrad cuando dejó de darme clases de tenis.

—¡Yo no te lo pedí! ¿Entiendes lo raro que sería follarme a un hombre que se ha follado a mi madre?

—No lo sé, no es para tanto. Él era muy guapo y esto es Hollywood...

—Cállate antes de que vomite, por favor.

Por alguna razón, me molestaba que mis padres consideraran a Mr. Mafia como un *boy toy* de usar y tirar, como ellos dos utilizaban a sus «novias» y sus «amigos». Tratando de darme consejos o pidiéndome que... se los pasara al terminar. No me cabía en la cabeza como un par de padres podían decir esas cosas; pero, para ser justos, mis padres estaban jodidos de la cabeza, así que no debería ni enfadarme. Sin embargo, lo hacía.

Yo ya sabía —o estaba 99% seguro—, de que al *mio Capo* le gustaba mucho el lujo, quizá demasiado. Le gustaban los lugares caros, la ropa de marca, los coches de nivel y pasearse por la ciudad como si todo aquello fuera suyo. Pero no era más que una de sus fantasías, como esa en la que era mi amo y dueño.

Ese dinero que decía tener... no debía ser «tanto» como yo me había imaginado en un principio. No creía que los mafiosos tuvieran una media de sueldo, ni siquiera que tuvieran un paga como tal. Quizá trabajaban a comisión o cobraban después de cada trabajito... pero, fuera como fuera, no le daba para mantener una familia y un estilo de vida por todo lo alto. Así que, quizá, sí se aprovechaba de ese mundo que yo podía ofrecerle.

Por otro lado, Mr. Mafia no se comportaba en absoluto como un *boy toy*, no al menos como los que había visto hasta entonces o conocía. No trataba de convencerme para que le diera esa vida de lujos, ni me presionaba más de lo que yo podía aguantar, ni usaba el sexo para manipularme; al menos, no de una forma en la que yo me diera cuenta.

Si yo quisiera que me mantuvieran, me llevaran de cenas, fiestas y me pagaran todo, lo primero que no haría sería ser un hijo de puta con el sexo y ponerme gallito a la hora de decidir cuándo y dónde. Algo que Mr. Mafia seguía haciendo constantemente. Tampoco me obsesionaría por el control o me pondría orgulloso, fingiendo que el dinero era mío, invirtiendo los papeles y

tratando al otro como si él fuera el *boy toy*. A veces, hasta el punto de resultar humillante.

No, no tenía sentido. Era demasiado arriesgado. O *il mio Capo* estaba demasiado seguro de que era un hombre irresistible, o le gustaba jugar con fuego, porque su metodología era muy cuestionable y hacía aguas por demasiados sitios. No todos estaban dispuestos a hacer las cosas tal y como él quería y, además, meterse un plug con forma de cola por el culo antes de chuparle la polla.

Aunque era cierto que alguien como Mr. Mafia no tendría problema alguno en encontrar a un hombre o mujer adinerado y encantado de mantenerle a cambio de sexo del bueno; las cosas no eran tan sencillas. Había mucho ego en Los Ángeles, más del que podía caber en las mansiones de Beberly Hills. Quizá a un ricachón podrías conquistarle con ese juego de Amo, tu atractivo de semental y ese acento extranjero; pero todo tenía su límite y al final no te quedaba otra que bajarte los pantalones y aceptar que el que tenía el poder allí no eras tú, sino el hombre que te deja dormir en su casa con piscina y que paga tu ropa de dos mil dólares.

Yo conocía lo suficiente a Mr. Mafia para saber que jamás de los jamases se dejaría someter. Lo sabía con una certeza cegadora.

Así que, una de las cosas que llegué a pensar en mis acostumbradas divagaciones en el trabajo fue la siguiente: la forma más sencilla de asegurarte que tu ricachón no se revelara y te mandara a la calle de una patada, sería enamorándole. Entonces podrías ser todo lo hijo de puta y manipulador que quisieras, porque él estaría enamorado y tú solo tendrías que mover los hilos y verle bailar.

Y de pronto, todo tuvo sentido. Lo de ser «*il suo ragazzo*», lo del sexo apasionado, las noches en las que se quedaba a dormir, los abrazos, las fotos de pareja, ese estúpido control de hombre tóxico... En realidad, Mr. Mafia estaba tratando de enamorarme. De una forma retorcida y al más puro estilo Cincuenta Sombras de Grey, pero el caso es que lo estaba intentando. Le estaba dedicando muchísimo tiempo y esfuerzo a «domarme», y no puedo decir que no lo estuviera consiguiendo.

No me refiero a enamorarme. No, por dios, no. Yo no era tan gilipollas.

Me refiero a conseguir su objetivo de mantener el buen nivel de vida a mi costa, incluso fingiendo que él era el millonario y yo su *cucciolo* mimado. Y era indignante, más o menos, una vez que sabías lo que intentaba hacer... sin embargo, yo no sentía nada malo al respecto.

El sexo era el mejor que había tenido en mi vida. La compañía era muy agradable ahora que habíamos llegado a un entendimiento mutuo de los momentos en los que «ser amo y sumiso» y los momentos en los que yo estaba demasiado *kosher* para sus mierdas. Mr. Mafia seguía siendo demasiado controlador y asfixiante, pero yo ya había aprendido a tener mis secretitos — esos que no apuntaba en el móvil ni en la agenda de trabajo —, y conseguía algo de tiempo libre para disfrutar a solas. Y, cuando lo que quería era todo lo contrario, solo tenía que llamarle y decirle con voz suave:

«*Puoi venire a baciarmi. Mi manchi, amore mio...*»

En serio, el italiano nunca fallaba. Había algo en su idioma natal que bajaba todas las defensas de Mr. Mafia. Eso y una buena actuación de *cucciolo* cariñoso y desesperado por el *cazzo* de su amo, me conseguía —normalmente— todo el sexo que pudiera desear.

Después de todo, tres meses con alguien dan para mucho si estás atento; y yo soy un hombre muy perceptivo cuando quiero. Capo seguía sorprendiéndome a veces con sus arrebatos y tonterías, pero en general, había aprendido las mejores maneras de... no quiero decir «manipularle», así que diré: «conseguir lo que quería de él».

Lo malo era que tres meses con alguien también dan para mucho si estás solo; y yo soy un hombre muy débil en algunos sentidos. A veces me daba cuenta de que echaba de menos a Mr. Mafia. Era solo una sensación en el fondo de mi mente, como si la semana sin verle en persona se me estuviera haciendo demasiado larga. Otras veces, me sorprendía a mí mismo pensando en planes que hacer con él, a sitios a donde creía que le gustaría ir o restaurantes que querría que probáramos.

De alguna forma retorcida, estaba empezando a considerar al *mio Capo* como una especie de amigo y eso sí que era preocupante.

—Buona notte, amore. Stavo pensando a te...

—E quello, *cucciolo*? Ti manco già? —respondió él con esa voz más baja y grave que usaba cuando se ponía «cariñoso».

Tome una buena respiración y miré el precioso paisaje urbano que se extendía a los pies del edificio The Mills. El cielo ya estaba teñido de malvas y azules, cada vez más oscuros allí donde las estrellas empezaban a verse. La cena no había comenzado, pero tras toda una tarde comiendo y bebiendo cócteles en el spa, ya estaba cansado de seguir celebrando. En uno de esos momentos moñas y tontos, había pensado lo genial que sería que Mr. Mafia viniera a recogerme para dar un paseo por la playa. Así que había cogido el móvil... y allí estaba, suspirando y fumando en el solitario balcón.

—Molto, Capo... —respondí—. ¿Qué tal el trabajo?

—Lo de siempre.

—Mmh... Creía que la mafia sería más interesante.

Una risa baja llenó la línea y después llegó la respuesta que siempre me daba:

—Has visto demasiadas películas, *cuccolino*.

—Yo hago esas películas. A eso me dedico.

—Y a nadie le gustan las películas aburridas.

Esa vez el que sonreí fui yo.

—Exacto.

—Si la gente quiere datos verdaderos y realistas, que se vayan a ver documentales. È così facile, vero, *porcellino*?

—Los documentales no pagan una mansión en Beberly Hills... —asentí, todavía con una tonta sonrisa en los labios—. ¿Qué haces al salir? —añadí, ahora con verdaderas ganas de verle— ¿Qué me dices si te invito a cenar al mejor restaurante de sushi del país?

—Te diría que tengo que ir al apartamento. Al parecer ha ocurrido algo con los cables.

—Ah... —no pude evitar sonar decepcionado, así que añadí un rápido—: Espero que nada grave.

—No creo, es un edificio viejo y muchas veces da problemas. Me llaman a mí porque soy más barato que un electricista de verdad.

—¿También sabes arreglar cableado? —pregunté, no sin cierta sorpresa. Seguía sin tener ni idea de lo que hacía el Capo en la mafia, pero, según había descubierto, era todo un manitas. Sabía hacer un poco de todo: fontanería, mecánica, restauración...

—Yo lo hago todo bien, *cucciolo*, ya deberías saberlo...

Se me escapó otra risa baja, acompañada por el breve silencio en el que tardé en fumar una calada del pitillo y echar el humo en dirección a la brisa cálida.

—Mmh... ¿Vas a ponerte camisa de asas y un cinturón de herramientas? Porque si vas a hacer eso, más vale que le mandes una foto a *il tuo ragazzo*...

—*Il mio ragazzo* está bien cuidado y no necesita fotos.

—*Il tuo ragazzo* no está de acuerdo.

—Oh, *il mio ragazzo* piensa que *il suo capo* non si prenda cura di lui?

Sabía algo más de italiano que antes, pero no el suficiente para comprender del todo frases como aquella, así que opté por el comodín.

—*Amore*... —susurré, como la suave queja de un joven enamorado y triste por no poder ver a su hombre.

Hubo un breve silencio en la línea y, entonces, se oyó un suspiro.

—Solo porque has sido bueno y te has quedado este domingo en casa...

—Sí... —sonreí como un cabrón.

—Pasaré por el apartamento, miraré el cuadro eléctrico y te voy a buscar.

—*Bene*... —sonreí más.

—*Ti vizio troppo, cucciolo* —murmuré, como si fuera algo malo.

«*Vizio*» sí sabía lo que significaba: «malcriar», porque ya lo había usado antes en momentos como aquel en el que yo ganaba. Así que le dije la respuesta que había buscado para la ocasión; una frase juguetona, fingidamente inocente pero cargada de una cruel sensualidad.

—*Non abbastanza*...

No lo suficiente...

El silencio que siguió a mis palabras, ese que al principio había identificado como algo negativo, era en realidad el ruido de Mr. Mafia apretando los dientes para no gemir de puro placer. Como buen macho alfa italiano de masculinidad tóxica, *il mio Capo* no podía evitar venir a socorrerme cuando fingía ser ese bello *ragazzo* indefenso y necesitado; al igual que no podía evitar perder las bragas cuando le provocaba de la forma correcta, diciéndole lo mucho que le necesitaba a mi lado.

Mi error al principio solo había sido intentar racionalizar con él, cuando, en realidad, todo era más sencillo si jugabas a su juego.

—Espérame en casa —fue lo único que dijo, serio, muy serio, demasiado serio para no saber que estaba terriblemente cachondo.

Cuando colgó, dejándome con la palabra en los labios, solo pude reírme. Encontraba un terrible placer en conseguir que el Capo cediera a mis deseos. No siempre sucedía y no siempre podía hacerlo porque Mr. Mafia no era tan

gilipollas. A veces, pocas veces, se daba cuenta de lo que hacía. Culpa mía, sinceramente, por querer presionar más de lo que debería. Entonces era cuando el Capo se vengaba de las formas más imaginativas; como cuando se pasó un fin de semana entero provocándome, tocándose él solo delante de mí y dejándome con las ganas.

— *Cosa c'è che non va, cucciolo?* — me había preguntado de una forma un tanto cruel mientras ponía su sonrisa prepotente —. ¿Te has olvidado de quién manda aquí? *Vero?*

No tuve otra opción que aguantarme y aceptar el castigo, tomando nota para el futuro: «no ponerse agresivo con Mr. Mafia». Aprender con él muchas veces requería un sistema de prueba y error, ya que el Capo no era la clase de persona que te explicaba las cosas.

— Me marchó ya — le dije a mi madre, encontrándola sentada en su mesa de gala y rodeada de sus mejores amigas. Todas divorciadas, todas operadas, todas con ropa más cara que un coche y todas borrachas de alcohol y pastillas para la depresión.

— ¿Ya? ¡Pero te vas a perder la tarta! ¡Oh! ¿Viene a buscarte Salvatore? ¡Dile que pase y se tome algo!

— No, Salvatore trabaja hoy, te lo he dicho — respondí, inclinándome para darle un beso en la mejilla —. Pásalo bien en Italia.

— Gracias, cariño — murmuró en un tono mucho más bajo —. Te quiero mucho. Parpadeé y, tras un segundo o dos de silencio, respondí:

— Y yo a ti, mamá.

Después me fui, dejando el ruido, la música y la luz cálida atrás. Todavía me sentía un poco mareado por el alcohol, pero no lo suficiente para que conducir me preocupara. No si no superaba los ochenta por hora. Un par de conductores se quejaron, pero les ignoré por completo y tomé las curvas a la velocidad que fuera necesaria para no precipitarme por el precipicio.

Cuando llegué a casa, me di una ducha fresca, me tomé un café cargado para despejar la mente, me puse algo sexy y relajado: camisa entreabierto con pantalones de Armani, y, finalmente, miré el reloj. Ya había pasado media hora y Mr. Mafia no daba señales de vida. Normalmente no tardaba tanto en llegar, pero quizá el asunto de los cables se hubiera complicado un poco.

Decidí ir al salón y ver algo para entretenerme. Treinta minutos después, volví a mirar el móvil con el ceño fruncido y decidí mandar un mensaje. «*Tutto bene?*». Nadie respondió. Media hora después ya estaba más dormido que despierto. «¿Capo?». Diez minutos después: «Ey, si el cableado se ha complicado, podemos dejarlo para otro día». Cinco minutos después: «Me estoy empezando a preocupar. Dime algo».

Dos minutos después, ya estaba a punto de llamarle cuando, por sorpresa, el iPhone empezó a vibrar.

— ¿Ha pasado algo? — pregunté al instante.

— Ha ardido, Joe — respondió con una voz baja, un tanto afectada y ronca. Una que jamás le había oído.

— ¿Qué... qué ha ardido?

— Todo...

DICIANNOVE

— ¿A qué te refieres con «todo»? — pregunté, incorporándome del sofá en el que había estado recostado y a punto de dormirme.

— Todo, Joe. Mi casa, mi ropa, mis cosas. ¡Todo!

— Vale... emh... — miré a mi alrededor, como si buscara la respuesta correcta entre los muebles o tras los ventanales con vistas al jardín—. Tranquilo. ¿Dónde estás?

— Estoy en la calle, con la policía y los bomberos.

— Voy ahora mismo.

— No — negó al instante, lo que me detuvo en seco mientras caminaba en dirección a la puerta—. No vengas.

Entreabrí los labios y lo entendí; quizá su familia estuviera allí. Asentí en silencio y volví a dejar las llaves del coche sobre la mesa.

— De acuerdo. ¿Necesitas algo?

— No... no lo sé... Llegué aquí y ya estaba en llamas. Al parecer ese «problemita» con los cables era más serio de lo que parecía. El edificio de mierda se puso a arder en minutos.

— Vaya... ¿To...? — me detuve—. ¿Todos están bien? — terminé preguntando en voz más baja.

— No, a la señora Trupper le dio un ataque al corazón. — Cuando el silencio se apoderó de la línea, Mr. Mafia pareció comprender que yo no tenía ni idea de quién era esa mujer—. Mi vecina del cuarto. Ya era muy mayor.

— Ah... Pobre mujer. Y... — volví a detenerme. ¿Cómo le preguntabas a tu amante si su mujer y sus hijos estaban bien? Mujer e hijos que, en teoría, no sabías ni que existían—. Pero, tú estás bien, ¿no?

— Sí, *cucciolo* — murmuró en un tono más suave—. *Sto bene*, no te preocupes. Solo... un poco impactado, por eso no pude responder antes. Tuve que esperar a que apagaran el fuego, miraran si la estructura se había dañado y así poder entrar a ver si se había salvado algo de mi casa. — Cogió aire y lo soltó lentamente con tan solo un par de interrupciones, como si estuviera a punto de llorar—. El primero fue el que más ardió... todo estaba negro y apestaba a humo.

— Ya... — murmuré. En mi cabeza había muchas preguntas, pero era esa clase de preguntas que no podías hacer en momentos como aquel—. ¿Quieres que vayamos a tomar un café? O quizá algo más fuerte.

— La verdad es que me vendría bien una copa.

— Claro, ¿qué te parece West Hollywood?

De pronto oí una risa baja y desganada, como si mi pregunta le hubiera hecho gracia.

— No estoy vestido para Wesy Hollywood, *cucciolo*.

— No creo que haya norma de vestimenta para esa zona, créeme, he visto de todo por allí.

— No, me refiero para ir a los... Da igual. ¿te importa si nos vemos en Chinatown?

Fruncí el ceño y hasta hice un leve movimiento de cabeza hacia abajo, como si me acabara de dar una pequeña patada en el estómago. ¿Chinatown? Aunque el nombre sonara exótico, aquel barrio estaba muy lejos del lujo y elitismo que a Mr. Mafia le gustaba frecuentar.

—Claro —me apresuré a responder cuando me di cuenta de que el silencio se había alargado demasiado—. Donde quieras. Nos vemos allí entonces.

—*Bene... Grazie, Joe.*

—De nada —murmuré antes de quedarme un momento escuchando el pitido de la línea—. ¿Chinatown? —repetí para mí mismo.

Nunca me había considerado a mí mismo una de esas personas elitistas que no pisan más allá de East Hollywood; pero, por desgracia, era cierto. No recordaba la última vez que había salido del centro de Los Ángeles para otra cosa que no fuera ir al aeropuerto. ¿Eso me convertía en un niño malcriado de la clase alta? Esperaba que no...

Con buen ritmo, salí de casa para coger el coche y tomar la dirección contraria que solía tomar siempre. Bordeé la colina y tomé la autopista 101 para descender rápidamente hacia el este, tardando apenas veinte minutos en alcanzar el conglomerado de cruces y desvíos que descendían como riachuelos a la ciudad. Desde ahí, apenas tardé un par de minutos en alcanzar Chinatown.

Era... depresivo, sin duda. Y no estoy orgulloso al reconocer que no salí del coche con los seguros activados hasta que recibí el mensaje de respuesta de Mr. Mafia diciendo que estaba esperándome en el bar de la esquina, un local de letras chinas cuyo nombre no pude ni descifrar.

Tomé una bocanada de aire y salí a la cálida noche de Los Ángeles. El bar no estaba lejos, en un edificio viejo de ladrillo rojo que hacía esquina. Al menos, creía que era un bar, porque, por como olía, podía ser también un sitio de comida o una fábrica de aceite.

Me sentí totalmente fuera de lugar nada más entrar, no solo porque la mayoría de clientes fueran asiáticos, sino también porque nadie iba con camisa entreabierta y pantalones de marca. Eché un rápido vistazo y, al final del pequeño local, en una esquina apartada, encontré a Mr. Mafia. Era él, físicamente al menos, pero sin sus gafas, su camisa apretada y sus pantalones ajustados, casi me costó reconocerle.

En aquella mesa había un hombre tremendamente atractivo, pero con apariencia cansada y distraída, observando a través de la ventana de cristal grasiento mientras sostenía lo que creía que era un café entre las manos. Llevaba camiseta floja, tan vieja que el logo del pecho estaba casi desgastado, y unos simples vaqueros rotos en las rodillas. Me acerqué con calma y me quedé un par de segundos mirándole.

—*Buona notte, Capo.*

Mr. Mafia levantó la mirada al momento, quedándose un par de segundos en silencio antes de asentir.

—*Hola, cucciolo.*

Moví la silla vieja frente a él para sentarme, remangándome la camisa un poco más solo para que no rozarla contra la mesa cuando apoyé en ella los codos. Sin

pensarlo demasiado, alargué la mano y agarré la muñeca del capo, dándole un leve y cariñoso apretón.

—No te preocupes, estas cosas pasan —le dije, comenzando lo que yo creía que era una frase profunda y motivadora—. Todos están bien y lo único que has perdido son «cosas». Las «cosas» se pueden comprar de nuevo.

—Lo sé... el problema es que estas mierdas siempre me pasan a mí —murmuró en respuesta, volviendo a mirar hacia la ventana—. Cuando vi el humo y oí las sirenas sabía... es que lo sabía, que era mi casa la que se estaba quemando. *Dio non mi ama, cuccolino...*

—Pues tu tienes el dios bueno, el guay. Los judíos nos quedamos con el cabrón vengativo que mata a tus hijos... así que...

Mr. Mafia movió las comisuras de los labios, pero fue algo breve y fugaz. No era el momento de bromas.

—¿Te han dicho algo los del seguro? —pregunté.

—No.

—Pues tienes que llamarles y saber cuándo te...

—No tengo seguro, Joe.

—Ah...

—Digamos que mi casero no me hizo un contrato legal porque no quería pagar de más...

Ahora entendía el problema. Mr. Mafia lo había perdido «todo» y nadie le iba a dar el dinero para recuperarlo.

—¿Tienes dónde... dormir?

Mr. Mafia bajó la cabeza y miró durante un momento la taza entre sus manos.

—No —respondió en voz baja, casi como si no quisiera que le oyera.

—Entonces vete a Beberly.

Sus ojos saltaron al instante hacia mí, claros y tan vibrantes en contraste con su piel caramelo.

—Sabes que no uso la casa demasiado y, si lo necesitas, puedes quedarte allí hasta levantar un poco la cabeza —continué, sin añadir el: «tú y tu familia».

—No, no podría hacerlo —se negó.

—Capo, no convirtamos esto en una de esas cosas de las que tengo que convencerte. Se ha quemado tu casa, lo has perdido todo y lo mínimo que puedo hacer es ofrecerte un lugar donde dormir.

Mr. Mafia no dijo nada, solo se quedó con su cara seria; pero, en realidad, eso era un avance, porque ya había dejado la tristeza atrás.

—Te pagaré.

—¿A polvos?

Eso no le hizo ninguna gracia, así que le agarré con más fuerza la muñeca para que no se alejara y tomé una bocanada de aire:

—Era broma. No me vas a pagar, porque no hace falta. *Tu sei il mio ragazzo. Non è così, amore?*

De nuevo el italiano fue la clave para que Mr. Mafia frunciera los labios y terminara murmurando:

—*Sì, è vero, cucciolo.*

—Y si yo me quedara sin casa, ¿qué harías tú? ¿Dejarías que tu *cuccolino* durmiera en el coche?

—*Non, non lo farei mai...*

Asentí lentamente.

—Entonces, te quedarás en Beberly.

Capo siguió resistiéndose a la idea, bajando la mirada a mi mano sobre su muñeca y tomándose casi medio minuto de silencio antes de preguntar:

—¿En serio? ¿No te importa?

—En serio —asentí, llegando incluso a sonreír un poco.

—Eso... me... ayudaría bastante —reconoció al fin—. *Grazie, cucciolo.*

—Pues ya está —concluí.

Pero antes de que pudiera apartar la mano de su muñeca, Mr. Mafia la agarró y volvió a clavar su mirada de ojos claros y salvajes en mí.

—Esto no va a cambiar nada. *Vero, Joe?* —me preguntó—. *Il tuo capo* va a seguir al mando y tú vas a ser muy obediente. *Capito?*

—Ah, sí. No te preocupes —afirmé, poniéndome un poco serio—. Esto es a parte de nuestro... nuestras cosas. No tiene nada que ver.

—*Bene...* ¿Cuándo me vas a dar las llaves de mi casa? —dijo, llevándose la taza a los labios sin dejar de mirarme.

Mi casa... y así, como si nada, Mr. Mafia había regresado, aunque estuviera tomando un café de mierda en Chinatown, con una camisa vieja y unos vaqueros rotos.

—Aquí están —respondí, sacándome las llaves del bolsillo, porque aquella idea no era algo repentino, sino una oferta que había ideado incluso antes de salir de casa.

El Capo las miró un momento y las cogió para llevárselas al bolsillo, junto las del Masseratti. *Su Masseratti.* No era tan ingenuo para no temer que mi buena voluntad y mi generosidad no se convirtieran en algo de lo que tuviera que arrepentirme. Quería creer que Mr. Mafia entendía, en el fondo, que todo aquello era parte del juego. Que era un préstamo y que su familia no acababa de ganar una puta mansión en Beberly Hills, sino un lugar temporal en el que quedarse hasta rehacer su vida. Aunque, sinceramente, la idea me aterraba.

—¿Quieres la verdad o quieres que te diga lo que quieres oír, Joe? —me preguntó Lizza el lunes, mirándome por el borde de sus ojos oscuros mientras yo conducía el carrito de golf por entre las naves de rodaje.

—Lo que quiero oír.

—Has sido muy bueno y cualquiera en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Estoy orgullosa de ti.

—Bien —asentí—. Ahora la verdad.

—Eres gilipollas. ¿En qué coño estabas pensando al meter a una familia de mafiosos italianos en tu casa? ¿Qué crees que va a pasar? ¿Crees que van a buscarse otro apartamento de mierda después de vivir gratis en un palacio con piscina? Joder, Joe, es que a veces te juro que no te entiendo.

Apreté el volante y resoplé. Lizza siempre daba justo en el punto que más dolía. Era uno de sus muchos dones.

—Solo quería ayudarle. Somos amigos...

—¿¡Amigos!? Hostia, eso es nuevo...

—Sí, amigos —sentencié, empezando a enfadarme un poco—. Follamos, pero creo que nos llevamos bien. No es la clásica relación de *boy toy*.

—No, Joe. *ES* la clásica relación de *boy toy*. Tú le mantienes y él te folla. El único que se niega a verlo, eres tú.

—¡No me niego a verlo! Sé muy bien lo que pasa, pero no creo que sea tan frío como eso.

—Dime una cosa, ¿qué pasó después de que le dijeras que podía quedarse en Beberly Hills?

Fruncí el ceño y chasqueé la lengua, porque ya sabía hacia dónde se dirigía aquella pregunta.

—Tomamos una copa y charlamos.

—Y...

—Y después follamos.

—Aha...

—¡Pero no fue sexo a cambio de la casa! —aclaré rápidamente, frenando casi en seco cuando llegamos frente a nuestra nave. Allí había gente del rodaje y fui consciente de que me oyeron gritar, así que bajé el tono y me acerque a Lizza antes de continuar—: Pasamos por Beberly a ver si todo estaba bien y estábamos un poco borrachos, así que nos lo montamos en la piscina.

—¿En la piscina? Vaya, follar en el mismo agua donde se van a bañar tus hijos es un poco salvaje, ¿no crees?

—Agh, de verdad... —terminé farfullando con los ojos en blanco mientras salía del carrito.

—No te indignes, Joe. Sabes que es cierto —continuó ella, alisándose la falda de tuvo antes de acompañarme al interior de la nave—. Tu potro italiano ya estará instalando a sus pequeños ponis en las habitaciones de invitados mientras su mujercita cuelga cruces cristianas en la cocina.

Me froté los ojos y terminé pasándome ambas manos por el pelo. A veces no sabía ni por qué seguía contándole estas cosas a Lizza.

—Aunque, la verdad es que empiezo a creerte cuando dices que es todo un semental —añadió mientras, distraídamente, esquivaba a los hombres y mujeres del set de rodaje hasta alcanzar el plató.

Nos detuvimos en un lugar tranquilo, tras las cámaras y no muy lejos de la silla de la directora, quien daba rápidas indicaciones de cómo quería que se desarrollara la escena. Unos actores adolescentes y con maquillaje demasiado pálido la miraban con ojos atentos y asentían a todo sin parar.

—¿Por qué? —tuve que preguntar mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón.

—Porque entre el Masseratti, la tarjeta platino y la mansión, podría decirse que estás pagando cada polvo a unos cien mil dólares la corrida.

Giré el rostro hacia ella y esperé a que Lizza hiciera lo mismo.

—Merece cada puto centavo... —le dije entonces.

Lizza puso los ojos en blanco, pero terminó sonriendo un poco y negando con la cabeza.

—Joe, solo te digo estas cosas para que no pierdas la cabeza. Sé que el dinero no es problema alguno para ti y que te puedes permitir ir regalando coches de lujo y mansiones, pero tienes que mantener el control.

—¿Por qué asumes que no me doy cuenta de lo que está pasando?

—Porque a veces te crees muy listo y piensas que los demás no pueden hacer lo que tu haces —me dijo—. Crees que hablando italiano y haciéndote el tonto consigues lo que quieres, pero quizá él diga lo mismo de ti.

—Ni de broma —me negué, sacando una mano del bolsillo para remarcar mi incredulidad con un gesto rápido—. Él es muy obvio cuando trata de manipularme.

—Ya... así que no crees que quizá le esté diciendo a un amigo: quitarme la camisa nunca falla, en serio, después solo tengo que ponerle la polla en la cara, dejarle con las ganas y al final hace todo lo que quiero solo para que me lo folle. A cada palabra que decía yo fruncía más y más el ceño, hasta el punto de que mi expresión casi rozaba la parodia.

—No... no es así —murmuré en un tono más bajo, apartando la mirada de vuelta al plató—. No hace eso para que le compre cosas a cambio.

—Quizá no —dijo Lizza antes de encogerse levemente de hombros—, quizá solo lo haga cada vez que te quejas de que se haya quedado con tu coche y tu tarjeta de crédito, y quizá lo haga cuando le preguntes cuándo cojones va a llevarse a su familia de tu casa.

—Vale, para ya —le pedí, cerrando de golpe el tema—. Me estás empezando a preocupar de verdad.

—De acuerdo —asintió ella, dejándolo pasar al fin.

Y, como si Mr. Mafia nos hubiera escuchado hablar, de pronto me mandó uno de sus mensajes. No es que eso fuera extraño, ya que lo hacía regularmente durante la semana, solo que en ese momento coincidió de forma extraña con el final de la conversación.

«¿Dónde estás, *cucciolo*? ¿Has ido ya al rodaje? Haz tu trabajo y vete de ahí, nada de hablar con actores, ya lo sabes...»

«Lo sé, Capo», respondí rápidamente. «Y sí, ya estoy en plató, acabo de llegar con Lizza».

«*Bene*. Por cierto, he pedido el día libre al Padrino para organizar la casa y mudarme, así que haz la compra y ven a prepararme la comida y la cena».

Eso era raro por varias razones. Como ya había dicho Lizza, yo también creía que a estas alturas su familia estaría instalándose en la mansión. Por otro lado, Mr. Mafia hacía mucho que no sacaba a relucir aquella fantasía de «la mujercita». Yo siempre le hacía la comida cuando se quedaba en casa, pero entre semana no era muy común que me lo pidiera.

«Claro, *signore*», fue lo único que respondí, guardándome, como siempre, las preguntas para mí mismo.

—Hazme un hueco a la hora de comer y cancela la última reunión del día, necesito salir antes del trabajo —le dije a Lizza.

—Muevo la charla con tu padre para mañana y cancelo el pedido de comida mejicana.

—¿Puedes decirlo de una forma más importante, por favor?

–Claro. Muevo la reunión con el presidente de la productora para mañana y cancelo la comida empresarial en el restaurante de cocina internacional.
–Gracias –sonreí.

-

Llegué a Beberly Hills poco antes de la una, con la bolsa de la compra en una mano y una botella de vino en la otra. Llamé a la puerta y esperé un minuto a que Mr. Mafia la abriera. Entonces le miré de arriba abajo con cierta sorpresa, ya que no me esperaba encontrarle en bañador.

–*Buonasera, Capo* –le saludé.

–*Buonasera, cucciolo* –respondió, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

De una forma inconsciente, eché una rapidísima mirada al hall, sin encontrar nada nuevo o, al menos, que no fuera de Mr. Mafia. Aún así esperé un momento sin moverme, en caso de que él quisiera ir primero para supervisar que no se hubiera olvidado de esconder nada.

–*Cosa stai aspettando? Dai, il tuo uomo ha fame* –le oí decir a mis espaldas antes de darme uno de esos cachetes tan suyos.

–Oh, emh, sí... –murmuré, empezando a caminar en dirección al enorme salón que conectaba casi toda la casa.

Allí tampoco había nada nuevo. La cocina con vistas al jardín con piscina... tan limpia y sin usar como la había dejado la última vez que había estado allí con el Capo. Dejé la bolsa de la compra y fui a por dos copas de vino en la alacena. Todos los vasos y copas estaban allí, sin tocar, al igual que los platos.

Curioso...

Serví el vino para ambos y le di la copa al capo, quien lo olfateó un poco, le dio un par de vueltas y lo probó, asintiendo a forma de aprobación. Después de todo, era uno de sus vinos favoritos, un Marlotte tinto en barrica de roble.

–¿Quieres que me ponga el delantal o es algo más casual? –pregunté, bebiendo de mi propia copa.

–*Quanto tempo hai?* –preguntó a su vez, yendo a buscar un pitillo de la cajetilla que había a un lado de la isla de piedra.

–Tengo una hora.

–Entonces no, solo hazme la comida y el café.

Asentí, agradecido de no tener que desnudarme para ponerme el delantal y, después, tener que vestirme de nuevo a toda prisa para regresar al trabajo. Era divertido cuando había tiempo, pero un completo coñazo cuando no.

–¿Tienes que mudarte de verdad o solo era un excusa que le diste al padrino para que te dejara el día libre? –pregunté mientras ponía una cacerola con agua al fuego e iba en busca de los espaguetis que acababa de comprar.

El Capo echó el humo a un lado y respondió:

–Todo lo que tenía se ha quemado, *cucciolo*, ¿qué cojones voy a traer?

–No sé, quizá tenías cosas en otro lugar.

–Puede que te sorprenda, pero no todos tenemos dos casas y dos coches, *cuccolino*...

—¿No? —fruncí el ceño, profundamente sorprendido, y me giré un momento hacia él—. ¿En serio? ¿Y qué hacéis cuando os aburrís de una de las mansiones? ¿A dónde vais?

El Capo no se rio, sino que se quedó mirándome con esa expresión seria mientras seguía fumando. Eso no quería decir que no le hubiera hecho gracia mi comentario, solo que no le había hecho «la suficiente» para no poder evitar reírse.

—*Sei così divertente, Joe...* —se limitó a murmurar.

—Lo sé —afirmé con una sonrisa, volviendo a mirar la sartén donde preparaba la salsa carbonara. Ya ni siquiera necesitaba mirar la receta en el libro, porque me estaba convirtiendo en todo un experto en comida italiana—. Por cierto, ¿qué vas a hacer con la ropa?

—¿A qué te refieres?

—Si se ha quemado, tendrás que comprar nueva. Podemos ir este fin de semana si quieres.

El Capo se volvió a quedar un par de segundos en silencio, como si valorara profundamente la respuesta que darme.

—¿Quieres venir conmigo a comprar ropa, *cucciolo*?

—¿Por qué sueñas sorprendido? Ni que fuera la primera vez.

—Quizá me compre una camiseta y un pantalón para tener algo que ponerme cuando te lleve a cenar.

—No seas tonto, Capo —dije tras probar la salsa y secarme las manos con el trapo—. Cómprate toda la que necesites. No puedes ir en bañador todo el día por ahí.

—*Non posso...* —murmuró con aquel tono que significaba peligro. A Mr. Mafia no le gustaba nada que le dijera lo que debía hacer. Irónico, ¿verdad?

—*No, amore mio. Non puoi* —respondí, girándome para enfrentarme a sus ojos claros y firmes—. Si quieres, vamos juntos. Si no quieres, vete tú solo; pero cómprate todo lo que necesites.

—Joe, creo que te has olvidado de que soy yo quien...

—*Kosher, Capo* —le interrumpí, señalándole con la cuchara de madera—. Haz lo que te salga de la polla, yo solo te digo que necesitas ropa.

Mr. Mafia fumó una lenta calada de su pitillo en uno de esos silencios dramáticos de ojos levemente entrecerrados.

—Me voy a divertir mucho esta noche, *cucciolo*...

Normalmente —y hablo de antes—, hubiera soltado un resoplido, puesto los ojos en blanco e ignorado por completo aquel comentario, dejando bien patente lo estúpido que me resultaba aquella actitud de machito y amo fuera de contexto. Sin embargo, ahora sabía que era mucho mejor no presionar demasiado. El punto exacto hasta donde era bueno jugar con el enorme orgullo de *il mio Capo*.

Por eso dejé la cuchara a un lado, puse una mueca de morritos y di la vuelta a la mesa para ponerme a su lado. Él me ignoró, por supuesto, hasta que rodeé su cuello con los brazos y pegué mi frente a su sien, dándole una leve caricia con un movimiento suave.

—*Amore mio...* —dije en voz baja y cariñosa—. *Sono solo preoccupato per te...*

Capo fumó otra calada de su tabaco italiano y murmuró junto uno de esos movimientos de muñeca tan clásicos:

– *Non ti devi preoccupare. Se ho bisogno di qualcosa, posso ottenerlo da solo. Capito?*

– *Va bene, perdonami* – cedí al fin, dándole un beso en la mejilla antes de separarme.

Pero antes de que me alejara lo suficiente, Capo movió una mano hacia mi espalda y me detuvo. Me miró a los ojos y, tras esa pequeña y breve pausa, me acercó a él para darme un beso en los labios usando tan solo un poco de lengua. La reacción de mi cuerpo fue instantánea, mis pulmones se vaciaron de aire, mi garganta produjo un bajo gruñido y mi entrepierna se despertó con bastante emoción.

No importaba el tiempo que pasara a su lado, porque eso nunca parecía cambiar. Mr. Mafia tenía absoluto y total control sobre mi libido. Era un hecho.

Cuando se separó, volvió a mirarme un momento a los ojos y, después, me dio una suave bofetada.

– *Continua a cucinare* – ordenó, haciendo un breve gesto con la cabeza hacia la sartén y la olla al fuego.

– *Sì, signore* – asentí, tragando saliva antes de dirigirme de vuelta a la cocina.

Yo llamaba a eso: victoria neutra, porque ninguno de los dos ganaba. Al menos, era lo que me gustaba decirme a mí mismo. Porque esa misma noche el Capo me hizo ponerme mi delantal, mi cola y mi collar para cocinarle y, después, limpiar. Sí, limpiar. ¿Lo qué? No lo sé, porque ya pagaba a una empresa de limpieza y todo estaba bien, pero a Mr. Mafia le pareció divertido toquetearme mientras yo hacía la cama, ponía la lavadora o fregaba los platos; momento en el que me quitó el plug y me folló. Allí mismo, mientras yo agarraba el fregadero repleto de espuma y apretaba los dientes.

Me decía guarradas en italiano, me daba azotes y tiraba de mi pelo, de la cinta del delantal o del collar mientras movía la cadera a buen ritmo. Al terminar con un buen gruñido y la respiración acelerada, me dio un último cachete y se fue a duchar, dejándome allí, inclinado sobre el fregadero húmedo.

¿Cómo me sentía? Sentía que cien mil dólares era poco dinero para pagar aquello. *Il mio Capo* no tenía precio.

VENTI

Al parecer, Mr. Mafia no se había apresurado demasiado en contarle a su familia que se mudaban a una de las partes más lujosas y caras de Los Ángeles. Lo cual, si te parabas a pensarlo, tenía sentido. ¿Cómo le explicas a tu mujer que un «amigo» te ha dejado su casa de millonario? Eso requiere preparación, algunas elaboradas mentiras... no era algo que pudieras decir sin levantar sospechas.

Lo sé porque aquella primera semana tras mudarse, el Capo me hizo volver un par de veces más para cocinarle, limpiar y, evidentemente, follar. El viernes incluso me quedé allí a dormir y, tras la sinagoga, Mr. Mafia me llevó a una tarde de compras.

Como le había sugerido, compró un poco más de lo que solía, pero, aún así, con cuidado de no excederse. Volvimos a Rodeo Drive, pero también pasamos por otras zonas de boutiques de lujo de Hollywood. El proceso era siempre el mismo, el que llevaba siendo desde hacía dos meses cuando habíamos ido esa primera vez allí. Mr. Mafia se paseaba, miraba la ropa, me preguntaba si «quería que él me comprara algo» y después elegía algunas cosas para sí mismo, terminando por pagarlo en caja con mi tarjeta platino.

Yo participaba en esa fantasía diciendo cosas como: «sí, cómpratelo, no seas tonto». «Vamos, date un capricho, Capo». «Te queda muy bien... llévatelo. Si no lo haces por ti, hazlo por mí». Siempre fingiendo que yo solo era el *bello ragazzo* al que mimaba y mantenía.

¿Era estúpido?, si. ¿Funcionaba?, a la perfección.

Mr. Mafia estaba mucho más dispuesto a gastarse mi dinero si obviábamos la parte importante, que era mío y no suyo. Siempre cogía aire y terminaba asintiendo, diciendo cosas como: «*ok, amore mio*».

Solo hubo un breve momento de tensión cuando, en la joyería, se detuvo a comprar un buen reloj de pulsera y, de una forma del tono innecesaria, me ofreció otro a mí y me dijo con un tono bajo y algo sórdido:

—Pero después tienes que agradecerérselo a *il tuo capo*...

El dependiente estaba justo frente a nosotros, forzando una sonrisa mientras miraba a Mr. Mafia rodearme con los brazos y decirme aquello al oído. Eso era Beberly Drive y él ya estaba demasiado acostumbrado a esa clase de escenas y comentarios como para ni inmutarse; pero yo no lo estaba.

—*Kosher* — anuncié con tono seco y serio —. Muy *kosher*, Capo.

Mr. Mafia, dejó de abrazarme al momento y levantó un poco el rostro, perdiendo por completo esa sonrisa airada y prepotente.

—*Capito, tesoro* — respondió antes de asentir.

—Compra el Rolex y vámonos.

Y eso hizo, compartiendo un denso silencio hasta salir de la tienda, momento en el que movió una mano para buscar la mía y entrelazar nuestros dedos.

—¿*Tutto bene, cuccolino*?

—No, Capo. Me dio un poco de asco lo de antes — confesé con la vista al frente, pero sin apartar mi mano de la suya —. Eso es justo lo que me imagino que mi padre le dice a sus novias antes de comprarles joyas.

—Lo siento, solo me puse un poco... *giocosso*.

—Vale —asentí un par de veces, reflexionando hasta qué punto estaba ofendido. No lo suficiente para no dejarlo pasar, al menos, en ese momento—. Digamos que lo de sugerir intercambios materiales por sexo queda totalmente fuera de los límites. Para ambos —concreté, girando al fin el rostro hacia él—. *Va benne?*

—*Va benne* —afirmó.

Tras aquello, nos paramos a tomar un café en local de sillones de cuero, tazas de lujo y clientes tan mal vestidos que era más que evidente que eran millonarios. Al final, regresamos al Masseratti y Mr. Mafia puso algo de su música italiana de camino a Bel Air. Antes de llegar a parar el coche, puso una mano en mi pierna y me miró.

—Te estaré esperando a la salida del cine. Sé bueno y no hagas esperar a *il tuo capo*.

—Es un estreno, no una fiesta, Capo —le recordé antes de inclinarme para darle un suave beso en los labios—. ¿Lo de la copa de después sigue en pie?

—Sí.

—Genial —sonreí.

Entonces, antes de que pudiera bajarme del coche, Mr. Mafia me cogió de la muñeca. Cuando me giré a mirarle no tenía su expresión de siempre, sino una más preocupada. Me miraba fijamente tras sus nuevas gafas con cristales grises y tenía el ceño levemente fruncido.

—Siento mucho lo de la joyería, Joe. Me dejé llevar un poco —se disculpó.

—No pasa nada —respondí, decidiendo no hacer un mundo de ello.

Él asintió y, llevando la mano a mi mejilla para acariciarla suavemente, añadió:

—*Grazie, amore...*

Se me hizo muy raro escuchar esas palabras de sus labios, con su voz grave y su pronunciación perfecta; tanto que parpadeé un par de veces antes de arquear las cejas y sonreír.

—*Prego, tesoro* —respondí, volviendo a inclinarme hacia él para darle otro beso y, esta vez, salir con éxito del coche.

Todavía estaba pensando en aquel momento cuando me preparaba para la gala y me peinaba frente al espejo. Era la primera vez que Mr. Mafia se disculpaba por algo, o... agradecía lo que hacía por él. Había asumido hacía tanto tiempo que eso simplemente no iba a pasar, que no encajaba en su fantasía de amo, que nunca me había planteado que pudiera suceder. Sin embargo, me alegraba mucho que fuera posible.

De alguna manera, convertía a *il mio Capo* en un hombre de verdad. Me refiero a que le hacía más real... No sabría cómo explicarlo. A veces Mr. Mafia era alguien tan intenso que casi parecía una parodia, así que ver ese lado más racional de él me ayudaba a entender que también comprendía la diferencia entre la ficción de nuestro acuerdo y la realidad.

¿Es eso raro? Quizá, no lo sé.

Un estreno de cine no es el evento lleno de glamour que la gente se imagina cuando lo mira por la televisión. Realmente, ni siquiera es algo tan importante. Hay cientos de estrenos al año en Hollywood, demasiados como para asistir a todos, muchos, incluso la misma noche. Mi presencia en aquel en concreto se debía a que la productora había puesto mucho dinero y esfuerzo en el proyecto. Los actores eran estrellas conocidas, jóvenes y atractivos. La temática era de súper héroes, muy en alza durante la última década. Los efectos especiales eran de última generación y el total del precio de la grabación había alcanzado los cuatrocientos millones de dólares. Suena a completo locura de dinero, pero esperábamos recaudar el quíntuple de eso en taquilla.

Por eso sonreía tanto a las cámaras y pasaba por delante de la alfombra roja como si fuera el hombre más fan de los súper héroes del mundo. Aunque, siendo sinceros, ninguno de los reporteros sabía exactamente quién era yo ni por qué estaba allí. Pasado aquello, empezaba el cóctel informal en el hall del cine, un pequeño aperitivo que precedía a la película. Allí hacías contactos, hablabas con famosos, te sacabas fotos y pasabas el rato.

–Perdona, Jhon, soy un gran fan. ¿Te importaría sacarte una foto conmigo?

–No, claro que no –respondió él, dejando su copa de champán a un lado para acercarse a mí y mirar la cámara de mi iPhone con una sonrisa.

–Genial. Muchas gracias, de verdad.

–De nada... Por cierto, me suenas mucho, ¿nos conocemos?

–Sí, soy Joel Schwartz, uno de los productores ejecutivos –le expliqué, mirando los ojos de un azul cegador y la sonrisa perfecta de uno de los grandes protagonistas de la película–. Quizá me hayas visto algún día por el set de rodaje.

–Oh, sí... Ya me acuerdo. Llevabas camisa blanca, gafas de espejo y pantalones beige. Te pasaste media hora discutiendo con el director.

–Vaya, qué buena memoria –sonreí–. Discutir con directores es como el noventa por ciento de mi trabajo.

Jhon se rio un poco y asintió.

–Se me dan muy bien las caras, además... eres un hombre fácil de recordar.

En ese momento exacto fue cuando me sonaron las alarmas. Arqueé las cejas y tardé apenas microsegundos en responder:

–Oh, muchas gracias. Perdona, tengo que volver con el grupo. Gracias de nuevo por la foto –y retrocedí un par de pasos antes de darme la vuelta y enviarle la foto a mi madre.

«Adivina a quién me he encontrado en el estreno (emoji de corazón) (emoji de lengua fuera y guiño)». Aquella era la razón por la que quería la imagen, porque mi madre sí que era una gran fan de Jhon, su cara masculina y su cuerpo musculoso.

Después me reuní con Lizza a los pies de las escaleras y le dije discretamente:

–Adivina quién acaba de tontear conmigo...

–¿Un viejo que te has encontrado en los baños?

–Capitán Maravilla...

—¡No! —exclamó de pronto, agarrándome del brazo y casi llegando a derramar el champán sobre su carísimo vestido de noche. Entonces bajo mucho la voz y susurró—: ¿Jhon Perry?

Asentí un par de veces mordiéndome el labio inferior para no sonreír como un gilipollas.

—Se acordaba de cuando fuimos aquella vez al rodaje en Abril.

Lizza se llevó una mano al pecho y, muy sutilmente, echó una mirada por la sala hasta encontrarle en el mismo sitio, rodeado de un par de personas.

—Te está mirando... —me dijo entonces—. Joder, qué fuerte...

—Uh... un gay en Hollywood, vaya novedad —murmuré, porque, aunque fuera un descubrimiento bastante jugoso, tampoco era para tanto.

—Es uno de los actores mejor pagados y más deseados del momento —me recordó ella—. Su representante debe estar muy atento para que no se filtre ningún rumor o escándalo.

—Sí, eso es verdad —tuve que reconocer.

—Qué fuerte... Jhon Perry. Jamás lo hubiera pensado.

Había un única razón por la que Lizza amaba trabajar en Hollywood, aunque ella jamás lo reconociera, y esa razón eran los cotilleos. Ni las cenas, ni el dinero, ni la fama; descubrir qué actor era cocainómano o que cantante tenía aventuras era su verdadera pasión.

Cuando entramos en la sala del cine, todavía podía notar a Lizza echando ojeadas a Capitán Maravilla.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó entonces.

—¿Yo? Nada, ¿qué quieres que haga?

—¿No lo vas a intentar si quiera?

—¿Qué? —dije con el ceño fruncido y la cabeza girada hacia ella.

—Es totalmente tu tipo, Joe, y parece muy agradable.

—Sí, bueno, pero yo... —y ahí casi se me escapa un: «yo ya tengo a *il mio Capo*», frase que me hubiera sentenciado por completo. Por suerte, me detuve a tiempo y negué con la cabeza, como si quisiera sacudir ese pensamiento de mi cabeza—. Ya sabes lo que pienso de salir con actores.

—Mmh... qué pena, harías muy buena pareja.

Y ahí dejó el tema, mayormente, porque la película ya estaba empezando. Por supuesto, nada de aquello iba a salir de allí; y mucho menos llegar a oídos de Mr. Mafia, porque entonces no me iba a dejar volver a ninguna gala o plató de rodaje. Ya estaba demasiado obsesionado conque un actor tratara de ligar conmigo para, aun por encima, darle la razón.

Me aseguré muy bien de borrar la foto con Jhon del móvil y que no quedara rastro alguno de la conversación sobre el tema con mi madre antes de salir de la sala de cine para reunirme con él. Como había prometido, me esperaba en su Masseratti no muy lejos de allí, fumando tranquilamente y con la cadera apoyada en la puerta. Se había puesto una camisa de Armani y unos pantalones de Pullinno que habíamos comprado aquella tarde.

Estaba espectacular. John era muy guapo, sí, pero no era el Capo. Ni de lejos.

—*Buona notte, amore* —le saludé con una sonrisa.

—*Buona notte, cucciolo* —respondió él, esperando a que me acercara lo suficiente y le diera un suave beso en los labios antes de moverse y entrar en el coche.

Para celebrar el estreno, fuimos a uno de los locales de moda, esos con tres tipos de sala VIP, Dj en vivo y bebidas que no bajaban de las tres cifras de precio por copa. No teníamos pase para subir a las zonas más glamurosas, pero teníamos una tarjeta platino que, básicamente, servía para lo mismo. Mr. Mafia se la enseñó a los gorilas que guardaban la entrada, les dijo algo que no pude escuchar con la música y después apareció una camarera con una gran sonrisa para guiarnos a una de las zonas más altas.

El local era mucho mejor de lo que me había imaginado, con reservados discretos, luz baja y pista de baile, baños y barra de bebidas privada en cada piso. Las camareras eran rápidas y se aseguraban de que el alcohol no dejara de correr como un río. Después, había otras personas que se aseguraban de que ningún tipo de pastilla o polvo faltara al cliente interesado.

Nosotros nos ceñimos a la bebida, ya que el Capo tenía una perspectiva muy agresiva y tolerancia cero hacia las drogas. Bebimos lo que debía ser el vodka más frío y suave del mundo, pero que subía a la cabeza como la espuma; bailamos en la pista, nos enrollamos pegados a una columna y, casi como sabía que iba a pasar, *il mio capo* me llevó a nuestro cubículo privado y rodeado de plantas artificiales para que se la chupara.

No era la primera vez que hacíamos aquello, ni la primera vez que salíamos a bailar y beber. Hacía mes y medio que Mr. Mafia me había dejado cumplir una de mis grandes fantasías eróticas, esa de la que le había hablado sobre hacer una mamada en un local. La primera vez me había pillado algo por sorpresa, el Capo casi se la había sacado y había tirado de mi cabeza hacia ella.

Como si fuera una monja de clausura, yo hasta me había escandalizado. ¿Aquí?, ¿en serio? ¿Pero puede pasar alguien y vernos? Aun borracho, me había puesto muy nervioso, incluso si aquella era mi fantasía erótica. Irónicamente, había sido Mr. Mafia el que había tenido que convencerme, susurrándome guarradas al oído y «ordenándome» que me tragara toda su «*sborra*». Y eso hice poco antes de tener uno de los orgasmos más rápidos y sucios de mi vida.

Las siguientes veces no necesité que me convenciera de nada. Le metía mano como un completo adolescente hormonado y después me bajaba al pilón como si no hubiera comido en años. Gracias a dios la música era alta, porque no hubieran podido ocultar nuestros gruñidos de otra forma. Tampoco es que fuéramos sutiles. Yo estaba inclinado sobre la entrepierna de Mr. Mafia, y Mr. Mafia estaba recostado sobre el sillón con ambos brazos sobre el respaldo, las manos apretadas contra el cuero, la cabeza hacia atrás y la boca entreabierta, jadeando sus clásicas guarradas en italiano hasta que se corría y gritaba algo como: «*Si, così, oh, pezzo di puttana!*».

Para terminar, nos sentábamos juntos, nos fumábamos un cigarro a medias y, cuando estábamos cansados del local, nos íbamos; a veces directos a casa, a veces para dar un paseo y despejar la cabeza o comer algo rápido y grasiento.

Sin embargo, el club no era el único lugar «público» en el que hacíamos cosas. Mr. Mafia no era ningún exhibicionista. A él le gustaba mucho más practicar sexo tranquilamente en la intimidad de su casa, pero yo sí era un poco más...

morbooso con ese tema. Y, al contrario que mis ex, él no tenía ningún problema en darme lo que quería. Tampoco era como si lo hiciéramos en mitad de un parque ni nada así, eran más bien tonterías: una mamada bajo el puente del paseo de la playa, una paja en los baños de un restaurante, un polvo rápido entre los árboles de la carretera de Bel Air... cosas así.

Yo le sugería esas ideas y, cuando el Capo quería, las hacíamos.

—¿Qué tal la misa? —le pregunté al día siguiente de nuestra gran noche de celebración.

Despertarse había sido un completo dolor, la resaca era real y no había más que mirar al Capo a la cara para saber que estaba a punto de ahorcarse.

—Casi vomito el vino de la comunión —murmuró en un tono bajo y algo más ronco de lo habitual.

Con un movimiento lento, se sentó frente a mí en la mesa del hotel y se quitó sus gafas de espejo, frotándose los ojos con leves manchas oscuras de no haber dormido tanto como debería. Después, buscó un pitillo y lo encendió, atreviéndose a darle un sorbo al café solo con hielo que había pedido para él.

—Tranquilo, nos pasaremos el día tirados en la piscina y durmiendo la resaca —le prometí.

—Mmh... No puedo, *cucciolo* —respondió, sin embargo—. Le prometí a la *mamma* que la ayudaría con un mueble que tiene que montar.

—Ah... —murmuré, sintiéndome un poco decepcionado por no tener a Mr. Mafia conmigo aquel domingo—. ¿Tu madre compró un mueble para la casa?

—Sí. Bueno, en realidad, se lo compré yo —se corrigió a tiempo—. Ya lo necesitaba. Ese viejo armario se estaba cayendo a cachos y era peligroso.

Solté un breve «ahm...». Ahora el extracto de mi cuenta corriente con el gasto de dos mil dólares en una tienda de muebles, tenía sentido. No es que fuera de los más grandes, solo el que más me había llamado la atención.

—¿Y ya le has dicho que ahora vives en Beberly Hills?

No estuve seguro de por qué pregunté aquello. El capo siempre se ponía un poco a la defensiva cuando salía el tema de su familia, algo comprensivo si sabías su secreto. Y, como sabía que haría, levantó la mirada y se quedó en silencio mientras fumaba otra calada. Lo que no me esperaba, fue la respuesta que me dio.

—Más o menos.

Arqueé las cejas y parpadeé. Ojalá no hubiera tenido la cabeza nublada por la resaca y el estómago dado la vuelta en aquel momento, porque era la clase de conversación a la que me gustaba prestarle toda mi atención.

—¿Más o menos? ¿Qué significa eso?

El capo fumo otra lenta calada, echó la ceniza a un lado y se encogió de hombros.

—Sabe que vivo en casa del *mio ragazzo*, pero no sabe dónde está exactamente.

Las preguntas solo se apiñaban una tras otra en mi mente, tantas, que parecían crear un tapón que me hacía incapaz de formular ninguna en concreto; así que terminé balbuceando un incomprendible:

—Pero... Y... En... Como lo... —Tomé una bocanada de aire y coloqué ambas manos en la mesa, cerrando los ojos un momento antes de calmarme y centrarme—. ¿Me estás diciendo que tu madre lo sabe?

—Llevamos tres meses juntos, ¿a dónde te creías que le decía que me iba los fines de semana o por culpa de quién siempre llegaba tarde a misa?

—Sí... —asentí, aunque, en realidad, me estuviera costando mucho entenderle—. Entonces tu madre sabe que tienes... un *ragazzo*.

—No, no «un *ragazzo*». *La mamma* cree que tengo *al ragazzo più bello d'America* —sonrió—. Ha visto las fotos.

Eso... sí que no me lo esperaba.

—¿La... las fotos? —tuve que preguntar, aunque casi sonaba más a sorpresa que a interrogante.

—¿Por qué parece tan sorprendido, *cucciolo*? —preguntó él.

Empezaba a no tener muy claro si «*la mamma*» era su madre o su mujer. Fuera como fuera, ambas opciones eran bastante perturbadoras. En mi mente ya se estaban creando toda clase de ideas absurdas sobre si Mr. Mafia tenía alguna clase de matrimonio abierto, o si le contaba a su madre que tenía un amante que le mantenía, o... yo qué cojones sabía. En palabras de mi propia madre: «esto es Hollywood, cariño».

Aunque, por otra parte, siempre había la posibilidad de que me estuviera mintiendo. «Le he hablado a mi madre de ti y le he enseñado fotos de nosotros, esto es serio, ¿a que sí? ¿Ya estás un poco más enamorado? Cómprame un coche y chúpamela dentro».

Tenía que ser eso, sin duda, porque no me cabía en la mente que una madre italiana que iba a misa todos los domingos aceptara algo como eso.

—Por nada —terminé respondiendo antes de encogerme de hombros—. Siempre eres muy discreto con tu familia, y creía que no lo sabían.

Mr. Mafia movió la cabeza de lado a lado como si estuviera sopesando mis palabras, le dio otra calada a su cigarro italiano y soltó el humo en dirección al paisaje agreste de la colina.

—Claro que lo saben, *cucciolo* —respondió con un tono más bajo—, pero no lo saben todo. Hay cosas... que es mejor contar poco a poco.

—¿Cómo que soy judío?

Mr. Mafia me dedicó otra de aquellas miradas severas, esas que ponía cuando mis bromas no le parecían oportunas o divertidas.

—Sabe que eres *ebreo*. No es algo que le entusiasme —reconoció con un leve cabeceo hacia el lado—, pero ese no es el problema. Verás, *la mamma* es más... *diffidente* —terminó por elegir tras pensárselo un poco al mismo tiempo que movía su mano al estilo italiano—. Desconfiada —añadió entonces, como si acabara de recordar la traducción—. Sabe que trabajas en el cine, así que asumen que tienes *molti soldi*; pero no se imaginan cuánto.

Volví a asentir con una expresión indescifrable. Estaba tan confuso por aquella mentira que no sabía ni cómo reaccionar. Su madre lo sabía, pero no lo sabía todo porque al parecer había alguna clase de problema con mi dinero... Demasiado complejo, como todo con *il mio Capo*.

—Entonces no les gusta que tenga *molto soldi* —concluí.

—No... no es que no les guste... —Mr. Mafia parecía estar pasando un mal momento para tratar de explicarme aquello de una forma que lo entendiera. Movía la mano del cigarro, miraba un poco a todas partes, agitaba la cabeza y tomaba profundas bocanadas de aire—. *Ascolta, cuccolino...* cuando llegue el momento te presentaré a *la mamma*. *Lo prometto, amore...* pero todavía es pronto, ¿lo entiendes?

—Claro —y ahí casi se me saltó la risa.

No es de buenos mentirosos poner plazo a un evento que, sabías, no iba a suceder. Aquella posibilidad podía llevar a la otra persona a insistir, lo que solo te obligaría a inventarte más excusas de mierda hasta que, al final, la persona terminara frustrada y enfadada.

Pero Mr. Mafia había creído que, quizá, yo me sentiría más cómodo y confiado en nuestra «relación» si creía que iba a conocer a su familia. Lo que, sinceramente, ni en un escenario realista hubiera pasado.

—Vaya, qué ganas de conocer a tu madre —sonreí.

Il Capo asintió con la cabeza, se terminó un poco apurado el café y, alargando la mano para acariciar la mía, me dijo:

—Tengo que irme, *cucciolo*.

—*Mi mancherai, amore*.

Oírme decir aquello siempre arrancaba una pequeña sonrisa en Mr. Mafia, quien se levantó de sus sitio y se acercó lo suficiente para inclinarse y darme un dulce beso en los labios.

—Esta noche ven a mi casa, me haces la cena y te quedas a dormir —me susurró al oído.

—Suena genial...

Y, con una preciosa sonrisa en los labios, se puso las gafas y se fue. Yo también sonreía. El Capo se creía una araña tejiendo poco a poco la trampa perfecta; pero él no sabía que yo tenía mi propia tela a la sombra de la suya, mucho más grande y mucho, muchísimo, más letal.

VENTUNO

—¿Ya se ha instalado la familia en la mansión? —me preguntó Lizza mientras dejaba el envase plástico con una ensalada cesar sobre mi escritorio.

—¿Ahora quieres que te hable de eso? —pregunté con un tono algo remilgado—. Creía que estabas harta de oírme...

—Pff... —puso los ojos en blanco y se pasó una mano por su melena trenzada al más estilo jamaicano—. Ahora que has empezado, tengo curiosidad por cómo va a terminar. Mal, obvio, pero ¿cómo de mal?

—Ahm... —murmuré, viendo cómo movía la silla frente a mi mesa para sentarse con su propia ensalada.

Hacía un par de días que no le contaba nada de Mr. Mafia. Me ceñía a las conversaciones de antes: trabajo o quejas sobre mi madre. Lizza había aguantado bien, pero, finalmente, había cedido a su necesidad de cotilleos.

—Pues todavía no se han mudado que yo sepa —continué, abriendo mi envase y clavando el tenedor en un tomate cherry—. He ido varias veces a la casa y seguía como siempre. Un vaso y un plato en el fregadero, solo la ropa de mi potro italiano y ninguna otra cama deshecha. Ayer puse un papel bajo la almohada de una de las habitaciones de invitados para saber si alguien la usaba.

Lizza se quedó mirándome un momento antes de llevarse un trozo de lechuga a los labios y masticar.

—Estás enfermo —me dijo.

—Es solo curiosidad —me defendí, como si no fuera para tanto.

—Pero sí es raro —confirmó, frunciendo levemente el ceño—. Oye, Joe, ¿estás seguro de que lo del incendio fue verdad?

Dejé el tenedor a medio camino entre el envase y mi boca y la miré.

—¿Qué?

—Que si estás seguro de que sea verdad.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no te mintiera para tener una casa con piscina que disfrutar lejos de su familia.

—¿Y dices que yo soy el enfermo por poner un papel bajo una almohada? —la acusé—. Eso sí es retorcido, Lizza.

Ella se encogió de hombros, casi igual que yo había hecho antes.

—¿Has visto el edificio en llamas, has buscado en internet si algo se había quemado? Porque todo lo que sabemos es que él te llamó, te dijo que lo «había perdido todo» y que ahora tiene una mansión en Beberly y montones de ropa nueva...

Mantuve el ceño fruncido y me metí otro bocado de ensalada en la boca. No me gustaba a dónde estaba llevando Lizza aquello, pero no podía decir que sonara del todo disparatado.

—No sé, cuando le miré en ese bar de Chinatown, parecía mal de verdad.

—Claro que parecía mal, se habría echado un poco de colirio en los ojos.

—Así que crees que me ha mentado para... tener un pisito de soltero con piscina y ropa nueva.

—No, no un «pisito». Una mansión en Beberly Hills, Joe.

—Sin su familia.

—Sin su familia —asintió.

—Pero él ama a su familia.

—Yo también quiero mucho a mi familia, pero tengo mi propia casa a la que huir cuando se ponen insoportables. ¿Tan raro te parece que un machito italiano quiera tener un lugar al que escapar de sus insoportables hijos y su mujer? Una... «Guarida de lobo solitario».

—Pero duerme allí, de eso sí estoy seguro.

—¿Y qué? Puede que les diga que está de viaje por trabajo.

Dejé otro breve silencio en el que le daba vueltas a la idea y comía mi ensalada sin ya demasiadas ganas.

—No quiero decirte lo que tienes que hacer, Joe, pero yo que tú empezaría a estar atenta con este tema. Si quieres pagarle la casa y la ropa, bien, pero ten cuidado que no use todo eso para vivir su propia vida.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que se monte su propia fantasía de millonario playboy y use tu dinero y tu casa para tener sus propios *boy toys*...

En ese punto dejé de comer y miré a Lizza como si de pronto se hubiera convertido en un dragón de cinco cabezas.

—No —me negué en rotundo—. Eso sí que no.

Ella arqueó las cejas, bajó la mirada y se encogió de hombros como si dijera: no sé...

No voy a mentir, esa idea me enfadó mucho. Muchísimo. Un poco hipócrita de mi parte ya que, después de todo, yo era «el otro»; pero eso no significaba que fuera a permitir que se riera en mi puta cara y usara *mi* dinero para follarse a todo el que quisiera.

Pensar en ello empezó a envenenarme la mente de una forma que rozó lo preocupante. Me pasé el día dándole vueltas sin parar, llegando a ser un tanto tajante en los mensajes que respondía al Capo.

«*È accaduto qualcosa, cucciolo?*», llegó a preguntarme.

—Hay una frase en el Torá, Capo. Dice así: Jódeme y te mato. *Capito?*

Eso hubiera deseado decirle, pero solo respondí: «No, perdona, hoy ha sido un día largo de trabajo». Por supuesto, aquella sospecha no era algo de lo que fuera a hablarle a él, ni algo que pudiera afrontar de una forma directa, aunque lo hubiera deseado.

Quizá fuera el hecho de que pudiera usar mi dinero para vivir su fantasía playboy. Quizá fuera el hecho de que él se creyera que podía tomarme el pelo de esa forma. Reírse así de mí en mi cara. O quizá fuera el hecho de que pensar en *il mio Capo* engañándome con otro me hacía hervir la sangre.

Pero, fuera lo que fuera, no iba a pasar... Porque me iba a asegurar de ello.

—Hola, buenas noches, ¿es la empresa de vigilancia? Sí, soy Joel Schwartz, tengo una casa en Beberly Hills y me gustaría saber si podría contratar un servicio especial...

—¿Qué clase de servicio, señor Schwartz?

–Pues... algo como que me avisaran si ven a alguien en mi casa... Alguien que no sea yo y mi novio... Alguien que no debería andar por ahí con poca ropa ¿Me explico?

–Ah... emh... Lo siento, nosotros no podemos ofrecerle esa clase de servicio, pero, si le interesa, puedo ponerle en contacto con otra clase de compañía.

–Sí, genial. Muchas gracias.

Hay pocas cosas que no puedas conseguir con dinero y pocos servicios que no se ofrezcan para saciar las muchas necesidades y problemas psicológicos de los millonarios. Por eso Beberly Hills era una mina de oro para empresas de espionaje que se alimentaban de maridos infieles y mujeres paranoicas; o al contrario. Yo no era el primer ricachón preocupado de que su *boy toy* le estuviera tomando el pelo, seamos realistas.

Resulta que la empresa que los de seguridad me recomendaron tenía todo un paquete de servicios en ese campo: espionaje 24h, seguimiento, pichar el móvil, rastrear el coche y –algo de lo que hablaron casi de pasada y muy sutilmente– , conseguir toda clase de información privada que no era del todo legal conseguir. Informes médicos, cuentas bancarias...

El conocimiento y poder que podría llegar a tener con eso resulto del todo intoxicante. Fue muy, muy tentador terminar con ese velo de misterio de un plumazo, encargar una investigación completa y conocer hasta el último y sucio detalle del Capo...

Pero no lo hice.

Primero, porque no quería meterme con la Mafia; segundo, porque no creía que fuera a descubrir nada que no supiera o sospechara ya; y tercero, porque me conocía y sabía que en el momento en el que tuviera todas las respuestas, me convertiría en un puto monstruo. Saber su nombre hubiera estado bien, la verdad... pero ya era muy tarde para imaginarme llamándole de otra forma que «Capo».

–No, solo me interesa la vigilancia en casa. Me preocupa que me... engañe – confesé, no sin sentir cierto ridículo.

–Claro, señor Schwartz – me dijo la mujer de la empresa con total naturalidad, la cual se había presentado como Detective del Río–. Pincharemos las cámaras de seguridad y estaremos atentos. Si le interesa, también podemos poner cámaras en el interior de la mansión. En las habitaciones, por ejemplo...

–No, no, eso es excesivo –me negué, porque si ya era humillante contratar aquello, solo había que imaginarse si me pillaban gateando con un tapón anal y un collarín por la casa–. Quizá una cámara en la entrada sea suficiente.

–Sería más efectivo si al menos incluyéramos una en el interior, señor Schwartz. Puede entrar mucha gente, pero eso no tiene por qué significar que... ocurra nada que no deba ocurrir. Nos enorgullecemos de dar resultados fiables, no de alimentar la paranoia y las dudas de nuestros clientes. Si le decimos cada persona con la que está, quizá no le ayude en absoluto.

–Entiendo, pero en esa casa solo debería entrar él, en teoría.

–Escuche, señor Schwartz, si lo que le preocupa es que podamos ver algo relacionado con usted, puedo asegurarle que no tiene nada de lo que

preocuparse. Somos una compañía muy profesional y, por supuesto, muy discreta. Nos tomamos nuestro trabajo muy en serio.

La detective del Río ya debía estar más que cansada de personas como yo que no querían arriesgarse a exponer sus intimidades, lo que solo complicaba su trabajo.

—Sí, te creo, pero, de verdad que solo necesito la vigilancia en la entrada. No es que tenga una sospecha real, solo una leve preocupación... ¿Entiendes?

—Por supuesto, señor Schwartz.

—Lo que sí es que... ¿Haces investigaciones de eventos que podrían o no podrían haber sucedido, detective?

—Necesito que sea más concreto en eso.

—Al parecer, se quemó un apartamento hará una semana, pero ya no estoy seguro de que fuera cierto.

—Sí, también hacemos esa clase de investigaciones, pero se la tendría que cobrar a parte.

—Oh, sí, sin problema.

—¿Puede decirme algo de ese apartamento que podría o no podría haberse quemado? Día concreto, por ejemplo.

—Domingo 14 de este mes. A la noche, sobre las nueve o diez. Al parecer, fueron la policía y los bomberos y el edificio ardió muy rápido. Un supuesto problema con el cableado.

Pude oír como la detective lo anotaba todo rápidamente y, tras una breve pausa, preguntó:

—¿Cree que ese «problema» con el cableado fue intencionado?

—Uff... No, no creo —tuve que decir, abriendo más los ojos. Quizá hubiera mentido, pero no me imaginaba a Mr. Mafia llegando a tal extremo—. Al parecer fue solo un accidente.

—De acuerdo —respondió ella—. Me pondré a ello y le avisaré en cuanto sepa algo. Esta misma tarde pasaremos a instalar la cámara en la entrada.

—Muchas gracias, detective.

Colgué la llamada y me quedé un momento mirando el vaso de whisky a medio beber sobre la mesa de la cocina. La decisión de contratar aquel servicio había sido sencilla al principio, pero complicada en su final. Había muchas preguntas que me hacía a mí mismo sobre las líneas que estaba cruzando y hasta qué punto lo que hacía era «normal».

Mi padre llamaría a aquello «proteger tu inversión». Asegurarte que el dinero y tiempo que has invertido en algo no caiga en saco roto y que nadie te robe los beneficios... Pero yo lo veía como algo más preocupante.

El viernes por la tarde estaba terminando una llamada cuando, por sorpresa, Lizza me interrumpió abriendo la puerta. Solo tuve que ver su cara para saber que algo iba mal. Fruncí el ceño, bajé los pies de encima de la mesa y moví los labios formulando un inaudible: «¿Qué?»

Ella hizo una señal con el dedo pulgar hacia sus espaldas y abrió mucho los ojos. Alguien había venido por sorpresa.

«¿Mi padre?»

Ella negó. Por supuesto que no, él hubiera entrado sin preguntar y ya se estaría sirviendo un coñac del carrito de bebidas.

«Mi madre», asumí entonces junto con una expresión de cansancio.

Pero ella volvió a negar.

—Sí, escucha, Tommy, terminamos de hablar mañana. Me ha surgido algo, lo siento mucho. Sí, perdona. Claro, manda un saludo a los niños —y colgué—. ¿Quién? —le pregunté, ahora de una forma que se oyera.

Lizza no necesitó responder, solo abrió del todo la puerta y se hizo a un lado. Como si del rey del mundo se tratara, el Capo entro en mi despacho. Llevaba una camisa de Versace con estampado florar en dorado, abierta hasta casi el abdomen, lo que mostraba gran parte de su pecho y la cruz que le colgaba del cuello. Se había puesto sus gafas de espejo y sus pantalones grises de Armani junto al nuevo y carísimo Rolex. En sus manos había anillos de la mejor joyería de Beberly Road y, nada más cruzar la puerta, casi pude percibir ese delicioso olor a colonia. Una nueva que no había comprado conmigo, pero que ahora se quedaba pegada entre las sábanas de mi cama y me hacía suspirar de puro placer.

—*Buonasera, cucciolo* —me saludo, sacando una mano del bolsillo para subirse las gafas hasta la cabeza, echando hacia atrás su tupé recién cortado, al igual que su barba.

Le miré en silencio, sin entender por qué estaba allí. Parpadeé y tragué saliva, fue entonces cuando dije algo parecido a:

—*Buonasera, amore...*

Lizza se movió a sus espaldas, interrumpiendo aquel momento y llamando mi atención. Cuando la miré, vi en su cara una expresión de absoluta incredulidad, después me preguntó en silencio:

«¿¿Es el semental??»

A lo que yo respondí:

—Sí, gracias, Lizza. Puedes cerrar la puerta.

Ella abrió los labios y negó con la cabeza. Quizá se había creído que había exagerado cuando le hablaba sobre lo guapo que era Mr. Mafia. Estaba seguro de que se creía que solo era otro niño bonito de Hollywood, pero acababa de descubrir por qué yo me dejaba manipular tan fácilmente. Lizza terminó por poner los ojos en blanco y salir por la puerta a la vez que negaba con la cabeza. Cuando al fin nos dejó solos, miré de nuevo los ojos claros del Capo, tan fascinantes en contraste con su piel tostada.

—¿A ocurrido algo? —pregunté, porque fue la única razón por la que me imaginaba que estaría allí.

—No, *cucciolo*. Estaba por la zona y pensé en venir a verte —respondió con su tono grave y su acento italiano. Dio un par de pasos hacia los ventanales y echó un distraído vistazo al exterior—. He tenido algunos problemas en la entrada, ¿no les has dicho a los de seguridad quién soy yo?

—¿Qué se supone que quieres que les diga, Capo? —pregunté mientras me recostaba en el sillón y lo giraba hacia él.

Él se encogió levemente de hombros y me dedicó una rápida mirada por el borde de los ojos.

—Que no tienen por qué pedirme identificación y pararme diez minutos para hacer comprobaciones solo porque quiera venir a ver a *il mio ragazzo*, por ejemplo.

Me contuve para no poner los ojos en blanco y no cambiar el tono cuando respondí:

—¿Sabes cuantos turistas y locos intentan colarse cada día en la productora? Los de seguridad solo hacen su trabajo, Capo.

—No hacen tantas preguntas ni se preocupan tanto cuando venimos por la noche para follar en tu despacho —me recordó con cierto tono de peligro en la voz—. ¿O es que están acostumbrados a verte trayendo a...?

—No, no empieces —le corté en seco—. No traigo a nadie más que a ti y lo sabes. Pero... —añadí antes de que pudiera seguir insistiendo en el tema—. Les diré que eres mi *ragazzo* y que la próxima vez te dejen pasar sin hacer preguntas. *Bene?*

—*Bene...* —murmuró él, dejando su sitio frente a la pared acristalada para acercarse al escritorio y revisar distraídamente un par de papeles que había encima, como si fuera a encontrar algo incriminatorio o de interés allí—. Levántate, *il tuo capo* te va a llevar a cenar a un lugar bonito.

—Oh... ¿Y eso?

—*Che cosa succede? Non posso portare fuori a mangiare il mio ragazzo? Eh?*

Esta vez sí que no pude evitar poner los ojos en blanco y quedarme mirándole un par de segundos en silencio. Como sabía que sucedería, el Capo solo hizo un gesto con la mano mientras me miraba con cierta chulería, como si me retara a continuar preguntando.

—*Ok, amore mio...* —cedí sin más, levantándome de mi sillón para meterme bien la camisa bajo el pantalón.

Él asintió y esperó a que pasara por su lado antes de seguirme en dirección a la puerta. Lizza estaba sentada en su escritorio y escribía algo en el ordenador, pero lo dejó al instante cuando me vio salir.

—Vamos a cenar fuera —anuncié mientras pasaba por delante—. Dile a Pamela que hablaré con ella mañana, pero que se vaya olvidando de mover el set a San Francisco. No necesita tantas escenas en exteriores para una película romántica de mierda.

—Sí, Joe —asintió, mirándome a mí y después al Capo—. Pasadlo bien...

—Gracias —murmuré, cruzando ya el pasillo hacia el ascensor.

Cuando nos subimos y las puertas se cerraron con un «ding», Mr. Mafia me preguntó:

—¿Esa es Lizza, tu ayudante?

—Lo sabes de sobra, tengo fotos con ella en el móvil. No te hagas el tonto.

El Capo movió la cabeza para mirarme en silencio. Al igual que yo me daba cuenta de sus tonos peligrosos, estaba seguro de que él se daba cuenta de los míos. Y últimamente, yo era todo un festival de frases directas y cortantes.

A la detective del Río parecía estar resultándole muy difícil encontrar ese supuesto edificio que había ardido, lo que solo me dejaba claro la clase de persona que era Mr. Mafia: un cabrón manipulador y mentiroso. No es algo que no supiera ya de antes, pero no me había imaginado hasta que punto podía llegar para conseguir cosas. Inventarse aquello del incendio había sido... otro jodido nivel.

Por eso ahora me costaba mucho más tolerar sus tonterías. Si iba a jugar duro, más vale que estuviera al nivel...

— *Stai iniziando a preoccuparmi, cucciolo* — me dijo en voz baja, sacando una mano del bolsillo para acariciarme el brazo con el reverso de los dedos —. No sé si el trabajo está pudiendo contigo o... es otra cosa.

Respondí a su mirada y, entonces, sonreí un poco.

— Es solo el trabajo, Capo, ¿qué otra cosa iba a ser?

Él asintió y pasó de acariciarme el brazo a rodearme en un abrazo cariñoso antes de darme un suave beso en los labios.

— *Non preoccuparti, cucciolo, le cose si risolveranno* — susurró mientras frotaba la punta de su nariz contra la mía —. *Il tuo Capo* te va a llevar a *mangiare* y a tomar un *gelato* en la playa. Seguro que eso te ayuda a olvidarte un poco de esos directores gilipollas. ¿Eh?

Mi sonrisa se extendió un poco más lejos y terminé asintiendo. Qué repentinamente atento y cariñoso se volvía Mr. Mafia cuando tenía miedo de que nuestra «relación» peligrara...

— *Grazie, amore* — susurré en respuesta.

El Capo aprovechó el breve momento antes de alcanzar la planta baja para darme otro beso con lengua y dejarme un poco cachondo y aturdido. Era todo un maestro en lo suyo. Cuando salimos a la calle, vi el Masseratti aparcado a un lado de la calle casi vacía, ya que las oficinas tenían su propio aparcamiento privado. Nos subimos y Mr. Mafia encendió el motor. Una de esas listas de reproducción de pop italiano empezó a resonar muy alto mientras el capo pisaba el acelerador como a él le gustaba.

Ese «bonito lugar» al que iba a llevarme por sorpresa resultó estar a solo diez minutos de la productora. Se trataba de un conocido italiano llamado *Little Italy* en West Hollywood. No era tan nuevo como para tener una lista de espera de meses, pero tampoco era tan viejo como para no necesitar una reserva con cierta anticipación. Así que Mr. Mafia había puesto cierto empeño e interés en organizar aquella cena sorpresa. Vaya, vaya...

Aunque, la verdad es que el lugar era muy romántico y estaba muy bien ambientado; además de tener una preciosa terraza al aire libre rodeada de plantas y con mesas discretas. A una de esas, fue a la que el camarero nos llevó con una sonrisa.

— ¿Te gusta, *cucciolo*? — me preguntó el Capo mientras revisaba la carta.

— Mucho — tuve que reconocer, echando otro rápido vistazo alrededor.

Sobre nuestras cabezas había viñedos que nos cubrían de la intemperie y, entre las hojas verdes y perfectamente cuidadas, había entrelazadas pequeñas bombillas que brillaban como estrellas. Por si eso no fuera suficiente, en el centro de mesa al lado del pan, había un par de velas para dar ambiente.

—¿Hoy no *laboras*? —le pregunté, porque no solía salir tan temprano del trabajo.

—Le he pedido un favor a un amigo para que me cubriera y he salido antes —respondió—. Este fin de semana te lo pasarás conmigo en mi casa.

—Mmh... —asentí. Mr. Mafia debía estar más acojonado de lo que creía—. ¿Tienes algo planeado también?

—No. Solo tomar el sol, quizá salir a desayunar... *e scopare un sacco con il mio ragazzo* —terminó diciendo, dedicándome una mirada por el borde superior de los ojos mientras una media sonrisa se colaba en sus labios.

—Suena maravilloso —reconocí.

En ese momento volvió el camarero para tomar el pedido del vino y la cena. Como siempre, Capo eligió por los dos y le entregó la carta al camarero sin demasiado cuidado. Después, cruzó los dedos sobre la mesa y me miró fijamente.

—Estás *bellissimo* esta noche, *cucciolo* —me dijo.

Y me reí. Sinceramente, no pude evitarlo. Mr. Mafia estaba tan desesperado que casi resultaba ridículo y humillante. ¿Dónde estaba ahora el hombre que decía que lo único que importaba era su placer? Ah, sí, estaba cagándose de miedo por perder su mansión y su coche...

Cuando terminé de reírme, suspiré y, con la mirada baja, fui a por mi copa vacía para acariciar el cristal con la punta del dedo.

—¿Tú me amas, Capo? —le pregunté entonces.

La única respuesta fue un profundo silencio que se alargó un par de segundos hasta que, distraídamente, levanté la mirada hacia él. Mr. Mafia se había quedado mudo y congelado en el tiempo. Su pecho se elevaba y descendía más rápido y profundo de lo habitual, tirando de la tela ajustada de su camisa de tres mil dólares. Sus ojos claros parecían mirar más allá de los míos. Su expresión era una máscara inexpresiva.

—Sí... —susurró entonces, casi más como un jadeo que como una palabra.

—*Davvero mi ami, Capo?* —repetí en italiano, ladeando el rostro mientras acariciaba la boca de la copa, siguiendo lentamente aquel círculo perfecto con la punta del dedo.

Mr. Mafia tragó saliva y la enorme nuez de su cuello se elevó y bajó de una forma más que visible. Entonces miró hacia sus dedos entrelazados y, tras una buena bocanada de aire, volvió a mirarme y me dijo:

—*Sì, cucciolo, penso di amarti...* —se detuvo, cerró los ojos y negó con la cabeza—. *No, io... so di amarti, Joe.*

Cuando volvió a abrir los ojos se miró de nuevo las manos, ya descruzadas, y empezó a darle vueltas a uno de sus anillos de oro. Su ceño estaba levemente fruncido y en sus mejillas y cuello empezaba a verse un cierto tono rojizo sobre su piel caramelo.

—Sé que es pronto y hace poco que nos conocemos, pero... me gustas muchísimo y me lo paso muy bien contigo —entonces me miró y me dijo con un tono firme y seguro—: *Ti amo, cuccolino...*

VENTIDUE

Joder...

No sabía si al Capo le iría bien en la mafia, pero podría ganar un puto Oscar actuando así; eso, o era un jodido psicópata; porque aquella escena que se había sacado de la manga era simplemente maravillosa. La fragilidad de sentirse expuesto, la sorpresa por haber sido descubierto, el increíble atractivo de ser un hombre vulnerable y la vergüenza de reconocer sus propios sentimientos... Todo ello acompañado de los gestos indicados y hasta un sexy sonrojo en las mejillas.

Quizá lo hubiera hecho antes, docenas de veces antes, pero si a mí me había sorprendido, sin duda el resto de millonarios se lo habrían tragado por completo. Mr. Mafia era un genio en lo suyo.

En eso pensaba distraídamente mientras miraba al Capo, que, muy lentamente, fue levantando sus ojos claros hacia mí para terminar mirándome en respuesta por bajo sus pestañas densas y negras.

—*E tu, cucciolo?* —me preguntó en ese tono bajo e íntimo que acabó siendo casi un susurro al decir —: *Tu mi ami?*

—Muchísimo... —sonreí.

—*Bene* —asintió él, tomando una buena bocanada de aire para recomponerse —. *Bene* —repitió antes de, finalmente, sonreír—. Creí que era muy pronto para decirlo, la verdad...

—Oh, no, tranquilo.

—Los americanos son más lentos para estas cosas, más fríos —me explicó, volviendo a sus gestos habituales de dedos juntos y muñeca—. Los italianos parecemos demasiado apasionados en comparación y no quería que te... asustaras ni nada parecido.

—¿Asustarme? —pregunté, ladeando de nuevo el rostro—. ¿De qué?

—De que fuera muy rápido. Entiendo que... —entonces se detuvo porque el camarero volvió con el vino y lo sirvió en las copas, dejando la botella al lado de las velas y el pan—. Entiendo que nuestra relación no empezó de la forma más... normal, *cucciolo*. No estaba seguro de que te lo estuvieras tomando tan en serio como *io*.

—¿Y eso? —murmuré.

—*Non lo so, questa è la verità*. Llegué a pensar que solo me veías como un amo... Y lo soy —se corrigió rápidamente—, me gusta serlo. Lo disfruto mucho, pero temía que no fueras capaz de ver más allá de eso. ¿Entiendes lo que digo, *cucciolo*?

Asentí y fui a por mi copa de vino, escuchándole desarrollar aquella explicación de por qué temía que hubiera pasado lo que exactamente estaba pasando en realidad: que yo era incapaz de tomarme a Mr. Mafia en serio.

Su plan era muy bueno, no lo niego, su estrategia era brillante y la ejecución era perfecta: un macho italiano por el día, posesivo y celoso; un semental por la noche, sexo del bueno y lo mejores polvos de tu vida; y un dulce romeo en la intimidad, susurrándote al oído y dándote besos que te dejaban sin aliento...

Solo veía un pequeño fallo en todo aquello: ¿Cómo podías enamorarte de alguien del que no sabías ni su nombre real? Quizá ese halo de secretismo jugara en su favor a la hora de fascinar a los millonarios de la colina, pero al menos debería inventarse un nombre falso que confesar de una forma dramática e íntima llegado el momento.

—Soy consciente de que soy un hombre tóxico, chapado a la antigua y algo machista, no lo niego —continuó él, desarrollando su monólogo mientras me acariciaba la mano sobre la mesa—. No me gusta hablar de mis sentimientos, soy muy celoso, muy posesivo y enseguida me pongo un poco violento si sospecho que pasa algo. También me gusta ser el hombre de la casa, que me hagan la comida, me obedezcan y me cuiden... —ahí se detuvo, dejando un breve momento para analizar mi reacción a aquello.

—Para, Capo, me estoy poniendo cachondo... —bromeé.

Él soltó un jadeo y sonrió de nuevo, volviendo a mirar nuestras manos unidas.

—Sé que eso no le gusta a todo el mundo —murmuró—, y que a veces puedo llegar a ser un poco... «demasiado».

—Un poco demasiado —repetí. Eso se quedaba corto.

—Sí, pero no quiero que pienses que no me importas o que no puedes contarme todo lo que necesites. Me preocupo muchísimo por ti, *cucciolo* —dijo, apretando su mano sobre la mía y mirándome fijamente—. Puedes contar conmigo para lo que sea... *per sempre*.

Joder... Potro semental y amigo confidente... Si es que Mr. Mafia lo tenía todo.

—*Grazie, amore...* —susurré, ladeando la cabeza a la vez que cubría su mano con la mía—. Tú también puedes contar conmigo para lo que sea.

Sinceramente, estaba disfrutando mucho de aquella cena con espectáculo incluido. Cuando le había hecho la pregunta sobre si me amaba, me esperaba un poco de titubeo, quizá incluso un firme «claro que sí, *cuccolino*. Con toda mi alma...»; lo que no creí fue que tuviera aquel elaborado discurso preparado para mí.

—*Dammi un bacio prima che impazzisca...* —me dijo con una suave sonrisa antes de incorporarse lo suficiente para inclinarse en la mesa y acercarse.

No necesite la traducción entera, sabía que «*un bacio*» era un beso, así que me reuní a medio camino de la mesa con sus labios y nos dimos un buen morreo. Dulce al principio, pero algo más picante al final. Los camareros debieron sentirse algo cohibidos cuando llegaron con los platos de pasta y nos vieron allí, pero fueron profesionales y esperaron con la mirada baja hasta que nos dimos cuenta y nos separamos.

Yo me limpié los labios manchados de saliva con la servilleta y les miré algo sonrojado y acalorado. Había sido un morreo maravilloso, la verdad, y de no estar en mitad del restaurante, sin duda hubiera terminado en un polvo por todo lo alto. Aún aturdido y sintiendo el delicioso olor de la colonia del Capo sobre mi piel, tomé un tenedor y di vueltas a los espaguetis.

Había una razón y solo una por la que no ponía fin a aquella tontería, por la que no dejaba de hacerme el tonto y le confesaba que hacía tiempo que sabía lo que trataba de hacer; y esa razón era simple: todavía no podía deshacerme de Mr. Mafia. No era lo suficiente fuerte para dejarle marchar.

Quizá en unos meses lo fuera, pero en ese momento no.

En ese momento me limité a disfrutar de la cena, del *gelato* en la playa mientras dábamos un romántico paseo y, sobre todo, del pedazo de polvo que me echó después en «su casa». Mr. Mafia era un mentiroso y un manipulador, pero no se podía decir que no supiera tenerme contento.

Cuando me desperté aquella mañana de sábado a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro y la mano en su pecho abultado y firme, me detuve a pensar en cómo de malo sería dejarme engañar. No tan malo, concluí. Con tal de que no me engañara con otro, a mí me valía.

—*Buonaserà, cuccolino...* —le oí decir, sacándome de mis divagaciones.

Entonces levanté la mirada hacia sus ojos claros y adormilados, por encima de su suave sonrisa. Nadie estaba tan guapo como él recién despierto, lo juro.

—*Buonaserà, Capo* —susurré con la voz algo más ronca de lo habitual.

Me dio un beso suave en los labios y, con la mano con la que me rodeaba la espalda para atraerme a él, me pellizco la nalga.

—Hazme el desayuno —ordenó sin dejar de sonreír—. Me apetecen tortitas con el café.

Tomé una bocanada de aire, miré hacia la pared de la habitación y, de pronto, mi decisión de soportar sus mierdas flaqueó levemente. Y, aun así, me levanté, me puse mi bóxer del día anterior y su camisa de Versace tirada no muy lejos.

—Eres el hombre de mis sueños, Capo... —murmuré mientras me abotonaba un único botón de la camisa.

Quizá no percibió la ironía en mi voz, o quizá se lo tomó como una simple broma, porque su respuesta fue llevarse las manos tras la cabeza y soltar un simple:

—Lo sé, *cucciolo...*

Por extraño que pudiera parecer, la improvisada y totalmente falsa confesión de amor que nos profesamos aquella noche en *Little Italy*, cambió a Mr. Mafia.

De la noche a la mañana se convirtió en un hombre más relajado, menos suspicaz, más... alegre. Incluso sonreía más a menudo, algo extraño viniendo de alguien como él, el que hasta entonces había tratado de esconder cualquier muestra de humor de mí como si se tratara de un pecado capital reírse.

Quizá le hacía muy feliz creer que todo su esfuerzo había tenido sus frutos, que «yo estaba enamorado» y que ahora tenía una buena vida asegurada.

Tampoco quiero decir que dejara de ser *il mio Capo*. Seguía siendo él, tan controlador, mandón, tóxico y machista como siempre había sido; era solo que ahora no se tomaba tan a mal las cosas y dejaba esa actitud más cortante para nuestros momentos de sexo duro y nuestras sesiones de sumisión. Esas sí que no habían cambiado en absoluto: lavativa, ducha anal, plug y correa. Incluso se podría decir que subieron de nivel al incluir una cámara fija en la habitación de matrimonio.

—¿En serio, Capo? —le había preguntado al verla allí, a un lado de la cama, sobre un trípode.

—Ya sabes que *il tuo capo* es un artista —me susurró al oído a la vez que me abrazaba por la espalda—. Y su *bellissimo ragazzo* es su musa favorita...

—No me puedo creer que te hayas comprado una cámara profesional para hacer porno casero —insistí, porque, como muchas otras cosas, su antigua cámara se había «quemado».

—Mmh... —fue toda la respuesta o explicación que me dio al respecto, quizá demasiado ocupado lamiéndome el cuello y desabotonándome la camisa como para hablar.

No siempre la usaba, pero, por alguna razón, esa lucecita roja en la penumbra siempre me producía cierto malestar. Había confiado en el Capo cuando me dijo que era solo para él, pero ya me costaba un poco poner tanta confianza en alguien que había mentido sobre un incendio.

Al menos de lo que sí estaba seguro era de que solo nos grababa a nosotros. No te pasas ocho horas al día discutiendo con directores y supervisando rodajes sin aprender un par de cosas sobre cámaras. Siempre que podía, revisaba aquella pequeña cabrona de dos mil doscientos dólares que grababa en calidad 4K. Había formas de borrar archivos, por supuesto, pero no había forma de quitar los datos residuales que dejaban.

Qué puedo decir, soy un hijo de puta muy listo.

Por suerte para el Capo, nunca había ninguna escena que no me incluyera a mí. Tampoco es que esperara encontrar nada realmente, después de todo, la empresa de espionaje me había asegurado que de Beberly Hills solo salíamos y entrábamos nosotros. Nada de amigos. Nada de visitas sorpresa. Nada de mafiosos. Nada de familia o niños... El único desconocido que se acercaba a más de tres metros de la puerta era el repartidor de comida turca al que el Capo llamaba religiosamente cada miércoles noche.

Así que Mr. Mafia era un manipulador y un aprovechado, pero al menos parecía respetar la fidelidad. Conmigo, quiero decir, no con su mujer; a la que, por cierto, no sé cuándo veía, porque el Capo *vivía* en la mansión de Beberly. Otro dato que me aseguró la detective del Río. Las únicas noches a las que no iba a dormir allí eran las que pasaba conmigo en Bel-Air.

Por supuesto, toda aquella información y datos curiosos eran bien procesados y discutidos entre Lizza y yo.

—¿Crees que está divorciado o algo?

—No, Joe, no empieces por ahí. Por lo que sabemos, sigue casado.

—No, Lizza, no sabemos nada seguro, ese es el problema —respondí, dejando el café con leche a un lado de la tabla de montaje—. Me sorprendería que un italiano que va a misa todos los domingos y que se considera a sí mismo «chapado a la antigua», se divorciara, pero es evidente que no pasa tiempo con su familia.

—Solo han pasado tres semanas desde que se mudó —me recordó, usando el tono alto e indiscreto que siempre usábamos en aquella sala insonorizada—. Es un tiempo breve...

—Es casi un mes, Lizza —la interrumpí.

—Todavía podría seguir con ese cuento de que está de viaje —insistió ella.

—Ese cuento te lo inventaste tú...

—Es totalmente creíble —insistió con un gesto cortante—. Además, podría haberle contado cualquier otra excusa a su mujer: que ahora trabaja por la noche, por ejemplo. No sabemos lo que hace por el día, quizá va a verles entonces.

—Sí, bueno, eso tendría sentido —reconoció, sopesando la idea.

—Sigo diciendo que no entiendo por qué te comes la cabeza de esta forma, Joe. Llama a la detective y pídele que te haga el informe completo —y entonces empezó a dar palmadas a cada palabra que decía—: Nombre, apellido, profesión, estado civil, familia, PUM. Se acabó el drama —y chiscó los dedos.

—No quiero hacer eso, es lo que haría mi madre —me negué, volviendo los ojos hacia el segmento de película que, en teoría, estaba supervisando para su aprobación.

—¿Solo tu madre? —dijo con cierta sorpresa—. Créeme, yo ya hubiera pedido saber hasta la marca de papel de baño con la que se limpia el culo. No te engañes, Joe.

—No lo sé, Lizza... Algo me dice que no quiero saber la verdad. Es demasiado fácil.

—No, Joe, lo que no quieres es que te digan que tu potro italiano es un *boy toy* de manual —me corrigió ella, llegando a poner una mano en mi hombro—. Que te manipula y que te miente a la cara cuando te dice que te quiere y que le importas.

—Sé lo que es —repetí, como docenas de veces antes hasta la saciedad—. ¿Por qué crees que no lo sé, joder? Sé que me miente y que trata de manipularme, Lizza. No es eso, solo que... —me detuve un momento, porque no sabía exactamente lo que quería expresar. Realmente, no sabía exactamente ni lo que quería—. Solo que no quiero... tomar el camino fácil. ¿Lo entiendes?

—No —negó ella acompañada de un firme movimiento de cabeza—. No lo entiendo.

—Pues no sé cómo explicarlo. Simplemente no lo voy a hacer y punto.

—Ah... —murmuró entonces, como si lo hubiera comprendido de pronto—. Así que eso.

—¿Lo qué?

Lizza se hizo la interesante, bajó su mano de mi hombro y cogió su café solo con sacarina de la tabla de mezclas. Tras un dramático silencio y una mirada fija, sonrió y murmuró con los labios casi pegados al envase del Starbucks:

—No quieres aburrirte de él...

—¿Qué?

Lizza bebió y, como si tratara de desesperarme, volvió a dejar el café sobre la mesa con un dramática e innecesario silencio.

—¿Recuerdas cuando te dije que eras un hombre caprichoso y que te aburrías con facilidad de tus novios? Pues creo que en el fondo te encanta este juego de mentiras, manipulación y poder con el potro italiano... Te mantiene entretenido y enganchado, así que no quieres saber la verdad porque entonces perdería toda la emoción.

—¿Tan retorcido te crees que soy? —fruncí el ceño y negué con la cabeza—. ¿En serio?

—Lo que sé es que si fuera cualquier otro, ya habrías pedido ese informe de espionaje hacía meses —respondió antes de encogerse de hombros—. Pero ese italiano te tiene loco y no quieres que sea... «fácil». No creas que no lo entiendo —añadió con un gesto rápido de la mano—, después de verle lo he entendido todo. Ese hombre es tan tu tipo que da miedo.

—Él es el tipo de todos, Lizza. Es «El Italiano» —con mayúsculas y marcando cada palabra, porque el Capo se lo merecía.

—Sí, pero, por alguna razón, cuando os vi juntos lo supe —murmuró con una expresión pensativa y la mirada perdida en el fragmento de la película que, de nuevo, se suponía que estaba supervisando—. Me dije: hacen tan buena pareja que solo puede salir mal...

—¿Qué? —me sorprendí, llegando a incorporarme un poco en mi silla—. ¿En serio crees que hacemos tan buena pareja?

—No, no, no —respondió rápidamente, comprendiendo el error que había cometido al decir aquello—. Olvídate de eso, Joe. No le des fuego a esos pensamientos porque lo único que harás será quemarte. Al contrario que el apartamento de tu potro, que no se ha quemado, ¿recuerdas?

—Es que si me dices que hacemos tan buena pareja, ya no sé... —dije antes de suspirar de una forma sobreactuada y dramática—, quizá me acabe de dar cuenta de que le amo...

—Vete a la mierda, Joe —terminó diciendo—. No bromees con eso. Como te enamores de ese hombre va a ser una cagada mayor que la película de Lucy Holmes, la hija perdida de Sherlock Holmes.

—Yo no di luz verde a esa mierda —me defendí—. Fue mi padre creyendo que con el nuevo movimiento feminista iba a tener éxito, y después me echó a los lobos de la junta de inversores culpándome de su error.

—Bueno, después te dio el Masseratti. Ese que le has regalado al semental.

—No se lo regalé, se lo presté.

—Aha... A ver cuándo te lo devuelve...

—Que te jodan, Lizza —respondí, centrando mi atención, esta vez de verdad, en el metraje.

Después de una larga semana, el viernes tenía un color especial. El sol parecía más brillante, el café sabía mejor y Los Ángeles parecía cargada de una electricidad estática que te llenaba el cuerpo de energía. Puse buena música de camino a la productora, me paré a pedir dos cafés bien grandes, saludé a Lizza con una enorme sonrisa y empecé a trabajar con hasta emoción.

Aunque me duró poco cuando a media mañana tuvimos que bajar a los estudios para discutir con Franz Shreider sobre por qué no podía rehacer *todas* las escenas clave de su nueva película.

—¡Porque no hay dinero, Franz! ¡Ya has regrabado media puta película y vamos con dos semanas de retraso! ¿Qué es lo que no entiendes? ¿Te crees que te damos dinero solo para que te lo gastes en putas y cocaína? ¡No! ¡Te lo damos para que hagas la puta película y llevarla a los cines!

—¡Todo es dinero, siempre dinero! ¿Y el arte? ¿Eh? ¿Y mi visión personal? ¡El cine es un proceso de creación y cambio, sois los gilipollas como tú los que solo lo ven como una fábrica de dinero!

—¡Los gilipollas como yo son los que pagan tu puto deportivo, tu mansión y la universidad privada de tus hijas, así que cierra la boca! Si quieres «hacer arte» y regrabar mil veces las mismas escenas, te vas a hacer cine independiente. ¡Aquí se cumplen los horarios y las fechas límite!

Dicho eso, tiré el guion —el cual había reescrito ya tres veces— al suelo y me fui por todo lo alto seguido del rápido taconeo de Lizza. Cuando abandonamos la nave, saqué un pitillo de la cajetilla y me lo puse en los labios antes de subir al carrito de golf. No era lo más digno del mundo, pero era lo único con motor que se podía mover en los estudios.

—Te juro que no entiendo a esta gente —murmuré, negando con la cabeza.

—Porque eres un monstruo capitalista al que solo le importa el dinero.

—Esto es una empresa, no una asociación de becas para artistas de cine.

—A veces empiezas a hablar como tu padre, Joe.

—¿Sabes lo peor? Que a veces le entiendo y me doy cuenta de por qué dice lo que dice... Eso sí que da miedo.

—Quizá estés madurando.

—Quizá empiece a beber en el trabajo como hace él.

—Quizá me busque otro empleo si haces eso.

Sonreí y solté el humo hacia un lado, deteniendo el carrito frente a un enorme perchero de vestuario que estaban moviendo de una nave a otra.

—¿Qué hay esta tarde? Podemos pasarnos por el Chill's a tomar una copa —le sugerí.

Lizza sacó la agenda y la revisó en apenas segundos.

—Nada importante. Les diré a los de administración que dejen los guiones en mi mesa y te los llevas para el fin de semana.

—Este fin de semana estaré comiendo *cazzo* italiano en el Hotel Bellrosso después de asistir al *Late Night Show* de Alan McGraham —le recordé.

—No sé qué me da más asco, si la idea de una mamada o Alan McGraham —murmuró mientras dejaba la agenda a un lado.

—Lo sé, pero a mi potro italiano le encanta ese puto programa. Lo mira cada sábado —dije, fumando otra calada antes de empezar a golpear el volante con el dedo.

Al enorme perchero de vestuario le había seguido parte del decorado y nadie parecía tener intención de dejarnos pasar, así que estábamos atrapados allí.

—Cuando le dije de ir a verlo en directo, juraría que hasta se emocionó. Después me echó un pedazo de polvo en el sofá.

—Demasiada información —dijo Lizza mientras negaba con la cabeza.

—Fue la primera vez que me comió el culo —continué—. En serio, la lengua de ese hombre es de otro mundo.

—Te juro que me bajo del carrito y vuelvo andando, Joe —me advirtió sin mirarme.

—Me pidió que no se lo contara a nadie, porque al parecer los hombres italianos no hacen esas cosas. Nada oral. Ni siquiera a las mujeres. Lo consideran humillante, ¿te lo puedes creer?

Lizza giró el rostro hacia mí y arqueó una ceja.

—¿En serio?

—Te lo juro —asentí—. No sé qué clase de problema tienen los italianos con su masculinidad, pero es muy grave.

—¿Entonces nunca te la chupa?

—Jamás —negué—. Ni siquiera se acerca demasiado a la zona, solo la mira, como mucho.

Lizza parecía estar bastante impactada con aquel descubrimiento, lo suficiente para cruzarse de brazos y decir:

—¿Y tú no dices nada? Si yo tuviera una *girl toy* que se niega a tocarme o comerme el coño, te aseguro que la echaba de casa al momento.

—Sí... No sé —murmuré, mirando un momento al frente y, de forma repentina, acelerando en seco porque había un hueco por el que poder pasar.

El hombre del decorado al que casi atropellé, se quejó, pero Lizza se dio la vuelta y le enseñó el dedo anular. Por cosas como esa no me imaginaba trabajar sin ella.

—La verdad es que no lo hecho en falta —continué—. Cuando follamos, casi toda la atención se centra en él y... como que eso me pone mucho —terminé reconociendo.

—Te estoy perdiendo el poco respeto que te tenía, Joe.

—No mientas —le pedí mientras tomaba una curva—. Tú no me tienes respeto desde que me compré ese masajeador de pies en la universidad.

Lizza se rio y asintió.

—Qué cierto...

—No sé, Lizza —murmuré tras llevarme el pitillo a los labios y cambiar la marcha—. Desde que hizo ese papelón confesándome que me amaba, parece mucho más relajado. Menos a la defensiva —traté de explicarle—. Cuando le propuse ir a ver el Show y quedarnos en la suite del Bellrosso para un fin de semana romántico, ¿sabes que me dijo?

—¿Gracias por ser tan gilipollas y rico?

—No. Me dijo: *Ok, amore mio...* Sin mirada seria, sin comentarios pasivo-agresivos, sin actitud prepotente... Solo eso, un simple «*Ok, amore mio*».

—Así que crees que ya no le importa tanto que te gastes tu dinero en él —razonó ella—. No de una forma directa y clara.

—Más o menos —asentí—. Creo que ahora que piensa que me tiene enamorado, no le importa caer más en el tópico del *boy toy*. Raro, ¿verdad?

—No tanto. Quizá ahora que piensa que te tiene a su merced, se sienta más cómodo para aceptar tus regalos sin temer que su postura de poder peligre.

—Sí, exacto.

—Aunque estamos hablando de un hombre que cree que el sexo oral solo lo debe practicar «el sexo débil», así que... no sé. Puede que solo sea completamente gilipollas.

—Sé que me vas a odiar, pero... —detuve el carrito frente a la entrada de las oficinas y la miré un momento en silencio—, me pareció un poco *cute* que me pidiera que no lo contara. Lo hizo más especial...

Lizza se bajó del carrito sin decir nada y se fue hacia la puerta a buen paso mientras negaba con la cabeza.

—¡Estás muerto para mí! —dijo antes de desaparecer en el interior del hall.

—¡Lo sé, lo siento! —sonreí.

Visto desde fuera, era completamente ridículo, pero *il mio Capo* tenía momentos en los que hasta me hacía sentir... encariñado con él. Los momentos más tontos e inesperados. Momentos en los que le miraba a los ojos y no podía dejar de sonreír.

VENTITRÉ

El cielo sobre nuestras cabezas estaba repleto de estrellas, compitiendo con el brillo de las velas que nos rodeaban. Sonaba una balada italiana de fondo, suave, al igual que el ruido de las burbujas del jacuzzi. El Capo me besaba como no me habían besado nunca y yo me derretía entre sus brazos. Me costaba dejar de gemir y jadear mientras movía la cadera sobre él, sintiendo cómo su *enorme cazzo* me llenaba. Él no se movía, solo me miraba con aquellos ojos salvajes que reflejaban la luz de las velas y las estrellas; completamente hipnóticos. No necesitaba ni moverse, con las manos extendidas por el borde del jacuzzi exterior y las piernas abiertas.

Solo a veces, cuando dejaba de besarme, susurraba algo en italiano y yo apretaba un poco más fuerte la mano sobre su enorme pecho. Podía sentir el placer con los cinco sentidos. Podía negar con la cabeza como si no lo soportara más, pero no podía parar. Era demasiado bueno y...

Y entonces sonó el móvil.

Yo lo ignoré, pero, por desgracia, Mr. Mafia resopló y soltó un: «*merda*» mientras bajaba una mano a mi cadera para detenerme. Cuando levanté la mirada con una expresión de pocos amigos, le vi alargando el brazo hacia donde estaba su pantalón, arrugado y tirado en el suelo. Alcanzó a duras penas el teléfono y miró quién estaba llamando.

—Perdona, *cucciolo* —me dijo antes de responder—. ¿Qué ocurre? ¿*Tutto bene*?

Una voz algo aguda respondió, provocando una obvia expresión de cansancio y hastío en el rostro del *mio Capo*. Fuera quien fuera, lo que dijo esa persona al otro lado del teléfono le hizo echar la cabeza atrás y tomar una buena bocanada de aire.

—*Mamma...* Estoy con Joe —respondió—. Te dije que nos iríamos de fin de semana romántico a un hotel. —Pausa—. No, no puedo. —Otra pausa—. Carlo está allí, que él se encargue —entonces incorporó la cabeza y se frotó los ojos entre el dedo índice y pulgar adornados con anillos—. *OK d'accordo* —terminó por decir con un tono seco—. *Sì, sì, bene... Prego, mamma... Ciao* —y colgó.

Cuando me miró, casi parecía realmente arrepentido y triste de decirme:

—Tengo que irme un rato, *cuccolino*.

—¿Ahora? —pregunté, arqueando las cejas y con su *cazzo* todavía metido dentro.

—Sí... *Mi dispiace, amore* —dijo con ese tono dulce que solía acompañar de una suave caricia y una expresión demasiado sexy para negarle nada—. Volveré enseguida, te lo prometo.

Con una bocanada de aire y una mueca de resignación, moví la cadera para salir de encima del Capo. Aquello había sido un corte de rollo en toda regla y no se podía decir que yo estuviera del todo receptivo y comprensivo para aceptarlo. Aquella llamada probablemente fuera falsa y estuviera programada y ensayada; solo para que yo creyera que «era verdad» que le había hablado de mí a su madre.

Por un instante, juro que estuve a punto de soltarle un: «que sí, Capo, que somos súper novios y te creo a muerte. ¿Podemos terminar de follar?». Pero al

final me mordí la lengua, miré el precioso paisaje de la ciudad a nuestros pies y fui a un por uno de los pitillos de Mr. Mafia.

— *Cuccolino...* —le oí decir, moviéndose a un lado para pasarme un brazo por los hombros, darme un par de besos en la mejilla y susurrarme al oído —: *Il tuo capo andrà via solo per un momento per aiutare sua mamma. D'accordo?*

— Sí, no pasa nada — murmuré en respuesta tras soltar el humo a un lado.

Mis palabras decían una cosa, pero mi lenguaje corporal decía otra muy diferente. Mr. Mafia, metido en ese nuevo papel de novio italiano, no dudó en sacar toda la artillería pesada para engatusarme.

— *Non essere arrabbiato, amore mio, per favore...*

Cuando giré el rostro para mirarle, me encontré con una expresión de leve ceño fruncido y labios apretados. Era demasiado sexy e irresistible como para negarle nada y, por si eso no fuera suficiente, volvió a besarme y susurró un fascinante:

— *Sai che ti amo, cucciolo.*

No voy a mentir: eso me afectó un poco. No lo que dijo, sino cómo lo dijo y lo que le precedió. Mirar a Mr. Mafia manipulándote con su encanto italiano, su increíble atractivo y su dulce verborrea, era como ver a un virtuoso del violín tocando solo para ti. Puro arte.

Aunque quizá me afectara más porque era algo nuevo. Se trataba de una de esas cosas que había empezado a hacer ahora que «*mi amava*». Antes se hubiera puesto gallito, se hubiera indignado al verme con mala actitud o, simplemente, me hubiera dejado con las ganas y se hubiera ido; pero ya no. Ahora ponía cara de perrito, me susurraba disculpas en italiano y jugaba conmigo como si fuera una marioneta.

La manipulación seguía estando ahí, pero el sistema había cambiado.

— *Io ti amo di più, Capo...* — fue lo que respondí antes de forzar una leve sonrisa.

— *Ogh... amore...* — gruñó él, volviendo a besarme con pasión hasta que, cuando la cosa volvió a calentarse demasiado, echó la cabeza atrás y me dijo —: ¿Me vas a esperar desnudo en la cama, *cucciolo*?

Asentí y él gruñó con excitación ante de darme otro rápido beso, seguido de otro y otro después, como si le costara un esfuerzo real evitar dejar de hacerlo. Entonces negó con la cabeza y puso los ojos en blanco antes de levantarse del jacuzzi de una forma casi precipitada.

— *Mi farai impazzire, Joe, lo giuro* — se quejó con un clásico gesto italiano de muñeca. Fue en busca de sus calzoncillos tirados a un lado y, de una manera un tanto divertida, se señaló su *cazzo* duro y firme —. *Io ero un uomo con una volontà prima di incontrarti... e guardami adesso.*

Volvió a negar y se puso la ropa interior, adaptando como pudo aquel enorme bulto que le sobresalía de la entrepierna. Después hizo lo mismo con el pantalón y se metió sus zapatos de marca sin necesidad de calcetines. Para terminar, fue en busca de su camisa y me dedicó una última mirada. Yo seguía fumando desnudo en el jacuzzi, contemplando aquel espectáculo que estaba haciendo para mí. Nuestras miradas se encontraron y, una vez más, el Capo volvió a negar con la cabeza antes de darse la vuelta.

—*Signore dammi forza...* —rogó, juntando las manos a la vez que miraba al cielo y caminaba en dirección al interior de la suite.

Aquello también era nuevo. Bueno, no exactamente «nuevo», porque *il mio Capo* nunca había sido especialmente sutil sobre lo mucho que yo le ponía. Solo que ahora lo reconocía de una forma más directa y clara; quizá jugando la carta de: «No solo te quiero sino que además estoy loco por ti».

Oí el ruido sordo de la puerta desde el balcón y, al fin solo, giré el rostro hacia las vistas de la ciudad. Hasta el momento, había sido un fin de semana cojonudo y no entendía por qué Mr. Mafia se había sacado aquella llamada de la manga. Había sido tan extraña e inoportuna que, de no haberme nombrado en ella, hasta hubiera creído que era de verdad.

Fumé otra calada y recosté la cabeza en el borde del jacuzzi antes de soltar el humo hacia el cielo estrellado. La interrupción me había molestado más por saber que era uno de sus trucos que por el simple hecho de habernos interrumpido; después de todo, lo único que habíamos hecho desde nuestra llegada a la suite había sido comer y follar como monos.

La única interrupción a esa rutina fue la noche del sábado en la que fuimos a ver el Show en directo. Nos sentamos entre el público, en los mejores asientos que mi nombre y mis contactos habían podido conseguir, y estuvimos allí dos horas. Para mí fueron dos horas demasiado largas, pero el Capo se había reído a carcajadas, recostado en su asiento con las piernas bien abiertas y su brazo alrededor de mis hombros.

Y es que desde el viernes había estado de muy buen humor, casi hasta parecía verdaderamente emocionado por aquel fin de semana romántico. Su sonrisa solo se había hecho más y más grande al descubrir que yo había puesto la reserva del hotel y del restaurante a su nombre; así que a él era al que trataban como a un millonario, al que miraban y al que le dedicaban toda su atención.

Quizá por eso después se había esforzado tanto en darme sexo del bueno.

Cuando me terminé el pitillo, salí del jacuzzi y me puse una de las batas de algodón con las siglas del hotel. Fui en busca de mi móvil y leí por primera vez los mensajes desde que había salido del trabajo. Entre ellos, había uno de Lizza en el que decía: «¿Qué tal el Show, y me refiero al de verdad, no al del puto McGraham?».

Me reí un poco por el juego de palabras y respondí: «Bastante bueno, la verdad. Hicimos nuestro primer sesenta y nueve y fue la hostia. Ahora se ha ido un momento porque al parecer su madre le ha llamado (creo que se lo inventado y que está en el coche haciendo tiempo)», respondí, asegurándome de borrarlo después en caso de que Mr. Mafia me mirara el iPhone.

Dejé el móvil a un lado de la mesilla y me eché en la cama de matrimonio deshecha. Para entretenerme mientras esperaba, cogí el mando de la televisión y puse alguna tontería en la televisión plana que casi llenaba la pared de enfrente. Era una de las suites más caras de la parte baja de Los Ángeles y tenía que notarse.

Estaba viendo un programa de cotilleos sobre Hollywood, ya prácticamente adormilado, cuando, de pronto, el móvil vibró. Lo primero que pensé fue que

Lizza me habría respondido, pero al abrir la carpeta de mensajes, lo que encontré fue una foto.

Se trataba de una mujer mayor, con algunas canas en su pelo moreno y unas gafas desfasadas frente a sus ojos de un precioso azul suave en contraste con su piel más tostada. Tenía un moño improvisado sobre la cabeza y vestía una camiseta nada halagadora de una compañía de refrescos. Junto a ella, estaba el Capo, tan guapo que dolía verle, sonriendo mientras sacaba la foto desde un ángulo picado.

«*La mamma* te manda saludos y dice que lo siente por haber interrumpido nuestro fin de semana», decía debajo.

Me quedé todo un minuto mirando aquella imagen, sin creermelo que fuera de verdad. En mi mente surgieron todo tipo de teorías, cada una más disparatada que la anterior: que Mr. Mafia tuviera aquella foto guardada y que la hubiera enviado para hacerme creer que era cierto, que hubiera contratado a una actriz, o que incluso aquella mujer fuera una de las antiguas millonarias que le habían mantenido y con la que, al igual que había hecho conmigo, se había sacado fotos.

Pero el Capo llevaba la misma ropa con la que se había ido del hotel, un poco arrugada tras haberla tirado a un lado del jacuzzi; y la mujer que le acompañaba se parecía demasiado a él para duda de que fueran familia.

No... no lo entendía, sinceramente. Era un movimiento muy extraño viniendo del Capo, quien hasta entonces había mantenido tan en privado y sido tan reservado con su trabajo y su familia.

Tras cinco minutos enteros contemplando la imagen, solo se me ocurrió responder: «Dile que no pasa nada (carita sonriente)». Después, hice captura de pantalla y se la mandé a Lizza junto con un breve: «¿¿¿¿¿QUÉ COJONES????»

—No me parece para tanto, sinceramente —dijo Lizza, acompañándome al despacho con una café en cada mano—. Es solo una foto con su madre.

—No, no lo entiendes —negué antes de sentarme en mi sillón—. Él *jamás* habla de su familia.

—Ya ha nombrado a su madre un par de veces, lo que, por cierto, es muy cliché viniendo de un italiano.

—Lizza.

Ella puso los ojos en blanco y dejó mi café sobre el escritorio antes de mover la silla para sentarse frente a mí.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Me dijo que iba a ir a ayudar a su madre y después me mandó una foto con ella —repetí, esperando que esta vez entendiera lo extraño del asunto—. Estaba seguro de que me había mentido y que la llamada no era de verdad. Le hablé de mí, Lizza. Le dije que estaba conmigo en «un fin de semana romántico».

—No, eso no lo sabes. No puedes estar seguro de que la persona que llamara fuera su madre, ni que no pasara por su casa para hacer tiempo y se sacara una foto con ella.

—Ah... —murmuré, echando la cabeza un poco hacia atrás antes de abrir los ojos—. Es verdad... Un poco retorcido —reconocí—, pero estamos hablando de alguien que mintió sobre haberse quedado sin casa.

—Exacto —bebió un trago de su café y entonces añadió—: ¿Te dijo algo más cuando volvió?

—No, solo follamos y nos quedamos dormidos. Después por la mañana bajamos a desayunar y nos despedimos para venir cada uno a su trabajo. Ya me ha enviado un par de mensajes para saber si llegué bien y... sus cosas —murmuré, ahorrándome la parte en la que me recordaba que mantuviera a esos «*fottuti musicisti*» bien lejos de mí; porque había leído en mi agenda que tenía una reunión con el equipo encargado de las bandas sonoras.

Parecía que el Capo odiaba a todo artista de Hollywood, pero solo odiaba a cualquiera que tuviera *cazzo* y se acercara a más de cinco metros de mí.

—Así que te manda fotos de su madre, pero después no te cuenta nada de su vida —concluyó Lizza.

—Sí.

Ella se encogió de hombros y abrió las manos como si no tuviera palabras para expresar lo evidente.

—Sigo sin ver qué es lo que te sorprende tanto, Joe —me dijo—. El potro italiano es un maestro del despiste, eso ya lo sabemos. Está intentando hacerte sentir confiado y fingir que vuestra relación avanza, cuando realmente está en el mismo punto que al principio.

—Lo sé... —afirmé—. ¿A veces no te pasa que...? —me detuve.

—Suéltalo, Joe. Ya te he oído decir demasiadas gilipolleces sobre ese hombre para que ahora te cuartes.

—¿No te pasa que a veces como que le admiras un poquito? —le pregunté en voz más baja y con los ojos entrecerrados—. ¡Espera! —añadí, porque Lizza ya había levantado las manos y puesto su expresión de «hasta aquí lo que puedo aguantar sin partirme la cara»—. Me refiero a que es... muy inteligente. No sé, no creo que muchos puedan hacer lo que él hace. Es una especie de genio.

—Dime que no lo dices en serio, por favor...

—Lo digo totalmente en serio. Piénsalo, Lizza, lo que dice, cómo actúa, lo que hace... es casi perfecto. La forma en la que utiliza los sentimientos y te hace sentir cómodo hasta que, ¡zas! Has caído en sus redes. —Negué con la cabeza y miré el techo—. Es como un artista...

—Empiezas a preocuparme de verdad, Joe —me dijo Lizza, adelantándose un poco en la silla para poner una mano sobre la mesa de fresno—. Ese hombre utiliza su atractivo, su físico y todo a su alcance para manipular a la gente con dinero; y lo peor de todo es que lo hace sin que ellos se den cuenta. Una cosa es ser un *boy toy*, y otra muy diferente es querer jugar con la vida de los demás —entonces se inclinó un poco más y se aseguró de que la estuviera mirando a sus ojos oscuros para decirme—: Tu potro italiano no es un artista, es un puto psicópata.

—¿Te... te parecería retorcido si te digo que eso me pone cachondo?

—¡No bromees, Joel! —exclamó, aunque casi no se la oyó con lo mucho que me reí.

El jueves por la tarde, *il mio Capo* volvió a pasarse por el despacho, esta vez con una camiseta de deporte bien ajustada de Adidas y un pantalón de chándal que me hizo perder la respiración. Cargaba una bolsa negra al hombro e, incluso con ese look más casual, seguía llevando gafas, su cruz al cuello, pulseras de primera calidad y anillos en los dedos.

En esa ocasión, no esperó a que Lizza me avisara, simplemente cruzó la puerta y me pilló hablando por teléfono, con los pies cruzados sobre la mesa y la mirada perdida en el techo. Cuando bajé la cabeza, me quedé sin habla y le eché un vistazo de arriba abajo del que no me sentí demasiado orgulloso.

—Sí... oye, Lisa, hablamos más tarde, ¿vale? Sí, lo siento. No, no, es que ha venido mi novio antes de tiempo y... ya sabes, es mejor no hacerles esperar. Claro, gracias. Chao —y después—: *Mio dio, Capo...* ¿Estás intentando ver si consigues que me corra solo con mirarte? Porque he estado a poco... —sonreí, llegando a morderme el labio inferior mientras le echaba otro de esos barridos de baboso.

Mr. Mafia, sin embargo, no pareció en absoluto molesto por ello. Incluso llegó a sonreír con cierta chulería y satisfacción mientras dejaba su bolsa de deporte en la silla y daba la vuelta al escritorio. Entonces, apoyando las manos en los reposabrazos de mi sillón, se inclinó para susurrarme:

—Hacer que te corras es una de mis cosas favoritas, *cucciolo* —y me besó.

Al estar tan cerca, cada respiración era como absorber una nube de dulce colonia recién echada tras una ducha. Quizá fuera esa la razón por la que me costó un poco hablar, o quizá se debiera a que la llegada del Capo me había puesto cachondo y me había sorprendido a partes iguales.

—Oh... seguro que eso se lo dices a todos —bromeé, hipnotizado por el azul grisáceo de sus ojos.

De pronto, el Capo perdió esa sonrisa y ese tono juguetón para dedicarme una mirada firme y seria.

—Yo no soy de esos, Joe —me dijo y, por un momento, hasta le creí—. *Io sono solo tuo, capito?*

Vale, eso sí me hizo sentir un poco especial, tengo que reconocerlo. Buena jugada, Capo, buena jugada...

—Era broma —murmuré, porque aquel tema era peligroso—. Ya sabes que *il tuo ragazzo è un uomo molto divertente*.

—Mmh... *Sì, lo so*, pero hay temas que no me hacen ninguna gracia.

—Claro... —y tiré de su camiseta para acercarle y darle otro suave beso juguetón—. ¿Y de dónde vienes?

—Salí del gimnasio y quise ver a *il mio ragazzo* —me susurró cerca de los labios, acariciando nuestras narices suavemente.

—¿No te gusta el gimnasio de tu casa? —pregunté.

—Sí, me gusta mucho, pero también voy a un ring de boxeo —asintió, incorporándose para dejarme algo de espacio, pero no demasiado, porque seguía pegado a mí.

Traté de mirar sus ojos, pero por alguna razón no paraba de bajar la mirada hacia esa entrepierna apretada en su pantalón de chándal negro.

—Para hacer fuerza me gusta más entrenar en casa —continuó, como si yo no estuviera luchando a vida o muerte por no parecer desesperado por su *cazzo*. En serio, ese estilo deportivo tan inesperado en él me estaba dejando loco—. También tengo un saco allí, me lo compré hace poco, pero a veces prefiero pasarme por el ring y ver a los chicos cuando tengo algo de tiempo libre. *Tutto bene, cucciolo?* —terminó por preguntarme con una sonrisa del todo prepotente. Cogí una bocanada de aire y, rindiéndome a lo inevitable, negué con la cabeza.

—*Sei troppo bello, Capo...*

Mr. Mafia se rio un poco por lo bajo, como un jadeo divertido. Entonces negó con la cabeza y volvió a inclinarse.

—*No, cucciolo. Ti sei il ragazzo più bello d'America* —susurró antes de besarme dulcemente en los labios—. Vamos, te invito a comer...

—Ahora tengo mucha hambre, pero solo de ti...

—*Sì? Forse il tuo capo sarà bravo e ti darà qualcosa da mangiare...*

Tomé otra bocanada de aire y me mordí tan fuerte el labio inferior que hasta me dolió. Sabía que todo aquello era solo una mentira. Sabía que el Capo solo estaba allí para asegurarse de tenerme bien controlado y enamorado. Sabía que nada de lo que me decía o sentía era real; y por eso no dudé ni un segundo en susurrarle:

—*Ti amo...*

Mr. Mafia volvió a sonreír como un cabrón y respondió:

—*Ti amo di più, cucciolo...*

Aquella tarde, Mr. Mafia me llevó a otro italiano de la zona, casi tan romántico como el primero. Pidió nuestra comida, bebimos un poco de vino y tonteamos mientras nos dábamos la mano. A la hora del postre, compartimos una tarta de chocolate como harían un par de empalagosos y odiosos enamorados: con sonrisas tontas, muchos besos y muchos susurros discretos.

Para ser todo una mentira, he de decir que los dos hacíamos muy buenos papeles; hasta el punto de que casi sonábamos y parecíamos una pareja de verdad. Yo podía ser muy falso y dejarme llevar, pero ayudaba mucho que el Capo actuara tan bien. Un buen compañero de reparto era siempre un plus.

Y, al terminar, Mr. Mafia me llevó a los baños y me dio un pequeño adelanto de lo que, después, haríamos en su casa por la noche. Así que volví al trabajo con el pelo revuelto y la sonrisa más estúpida del mundo en los labios.

—Tienes una llamada, Joe —me dijo Lizza cuando me vio.

—¿Importante? —por su tono y su expresión, lo parecía.

—De la empresa especial de vigilancia.

Perdí la sonrisa al momento y fruncí el ceño.

—Pásamela al despacho.

Entré a buen paso y me senté en el sillón para esperar los pocos segundos en los que la lucecita de la línea uno se encendió.

—¿Detective del Río? ¿Ha pasado algo?

—Buenas tardes, señor Schwartz. Tengo buenas noticias. Hemos encontrado el edificio en llamas.

Me quedé un par de segundos en silencio y después solté un:

— ¿Qué? ¿Es... es real?

— Sí, señor Schwartz, es real...

— No lo entiendo, ¿y cómo habéis tardado casi un mes en encontrarlo?

— Ha sido complicado porque la situación es bastante confusa — me explicó—. Resulta que el edificio que se quemó en la fecha y hora que usted nos ha dado, no es un edificio de apartamentos que aparezca en el registro. Se trataba de una vieja fábrica en Compton en la que, ilegalmente, vivían algunos inquilinos. Por eso no aparecía en los informes policiales ni en el de los bomberos. Sin embargo, sí sale la muerte de una mujer de ochenta y dos años que falleció debido a un ataque al coraz...

— ¡Sí! La señora Tropper — exclamé de pronto al recordarlo.

— Exacto, Gloria Tropper. Gracias a ella hemos podido encontrar el lugar, ya que no había ninguna razón aparente para que esa mujer estuviera allí a esa hora de la noche. Indagando un poco y haciendo algunas preguntas por la zona, descubrimos que el dueño de la fábrica alquilaba ilegalmente las oficinas de la fábrica como viviendas, sin preocuparse del mantenimiento o la seguridad. Sinceramente, ese edificio era una trampa mortal a estas alturas.

— Entiendo... — murmuré, procesando aquella información tan rápido como podía—. ¿Y sabes si allí vivía alguna familia italiana?

— ¿Italiana? Déjeme ver. Gloria Tropper, Troy Malone, Susana y Oscar Días, padres de María y Jesús Días, Kivro Urchenko y...

— No hace falta que me leas la lista — le dije, demasiado impaciente y nervioso como para esperar —, solo que me digas si hay alguno que te suene italiano.

— Mmh... Sí, en efecto. Aparecen un tal Luigi y Clara Di Maio, padres de Tyler, Stefanni y Estela Di Maio.

Miré la puerta de mi despacho en la que, apenas segundos después, apareció Lizza con una expresión de ojos muy abiertos. Por supuesto, había estado escuchando la conversación.

— Luigi Di Maio... — murmuré.

VENTIQUATTRO

— Tiene cara de Luigi — afirmó Lizza, sentada ya en la silla frente al escritorio. Nos habíamos pasado casi un minuto en silencio tras la llamada; ella mirando por la ventana y yo mirando hacia algún punto de la pared, allí donde estaban colgados y enmarcados los posters de las películas más famosas de la productora.

— Ya estaba seguro de que el incendio era inventado — murmuré en voz baja.

— Yo también — respondió ella—. Aunque, siendo sincera, ese servicio de detectives es cojonudo.

Moví la mirada lentamente hacia ella en busca de una explicación de a qué venía eso. Lizza se encogió levemente de hombros y continuó:

— No pararon hasta encontrarlo, aunque tardaran un mes, e incluso buscaron la más estúpida de las posibilidades, como que tu semental y su familia vivieran en un edificio ilegal sin registros. Son muy buenos — concluyó.

— Les pago muy bien — le aseguré.

— Y lo merecen — asintió.

Tomé una bocanada de aire y me recosté en el sillón, me froté el rostro con ambas manos y terminé mirando hacia el techo.

— Así que es verdad, son súper pobres...

— Venga, Joe, que tu potro italiano no tenía ni donde caerse muerto era algo que ya sabíamos — adelantó ella con un gesto rápido de la mano—. No estaría contigo si él tuviera la posibilidad de comprar su propio Masseratti, su ropa de lujo y su mansión en Beberly Hills.

Esa idea, tan obvia y cruda, me causó cierta incomodidad. Una punzada de angustia y pena en la parte baja de mi pecho. Algo leve y rápido, pero que me llevó a decir:

— Le encanta follar conmigo. Eso no lo finge.

Lizza se quedó un momento en silencio, se miró las uñas perfectamente cuidadas y pintadas y después murmuró:

— Eres un hombre muy guapo, Joe. Estoy segura de que el semental está más que encantado de follarte a ti y no a un viejo asqueroso; pero eso no quiere decir que la razón por la que lo hace no sea la misma.

Seguí mirando el techo sin decir nada mientras en mi cabeza se desarrollaban toda clase de pensamientos encontrados. Aunque Mr. Mafia fuera un genio de la mentira y la manipulación, yo estaba completa y totalmente seguro de que lo mucho que disfrutaba follándome no era fingido. No podía serlo. Había una cámara en su casa con más de treinta horas de sexo casero en las que el Capo gemía y gruñía como un completo cerdo, sonriendo como un niño pequeño en navidad y mirando al cielo para darle las gracias a *il suo Dio* cuando creía que yo no le veía.

El sexo era real. Incluso si era lo *único* real entre nosotros.

Por otro lado, entendía lo que Lizza quería decirme con aquello. Yo era como un unicornio de Hollywood: joven, guapo, con buen cuerpo y con demasiado dinero. Era el gran premio a ganar y el sueño húmedo de cualquier *boy toy*. Por

eso el Capo se esforzaba tantísimo por mantenerme enamorado, porque no iba a encontrar alguien como yo ni en un millón de años.

–Pero no mintió en lo del incendio, eso fue verdad. La noche en el bar de Chinatown era auténtica...

–Auténtica –repitió Lizza, como si la palabra le diera un poco de asco—. Sí, puede que dijera la verdad, pero también debió ver una oportunidad dorada para conseguir sacarte más cosas. Seguro que cuando vio las llamas incluso lloró de alegría. Adiós apartamento de mierda con la familia, hola vida de millonario follador.

Aquello me hizo hasta gracia y se me escapó un leve jadeo de entre los labios. Negando con la cabeza, me incorporé en el asiento y crucé los brazos sobre la mesa.

–*Troppo bello e troppo povero...* –murmuré.

Lizza me dedicó una mirada de ceño fruncido y comisuras apretadas.

–Demasiado guapo y demasiado pobre –traduje para ella.

–¿Ahora estás aprendiendo italiano, Joe?

–No estoy aprendiéndolo, solo busco cosas –me defendí, restándole importancia—. Y puede que, si tengo dudas, le pregunte a un experto –añadí, girando el rostro a un lado.

Evidentemente, no había aprendido a entender a Mr. Mafia y a poder responderle solo con *Google*. La *signora* Caputo, profesora de idiomas en Roma, me estaba ayudando con un par de cosas a cambio de un precio razonable por su tiempo.

–Para.

–La verdad es que es un idioma bastante bonito de apren...

–Joe –me interrumpió con una mirada seca y un tono bastante frío para tratarse de ella—. Sé lo que estás haciendo y tienes que parar ahora mismo.

–No lo estás mirando de la forma que es –me defendí, tratando de relajar el ambiente con una de mis sonrisas—. No estoy «aprendiendo italiano», solo estoy aprendiendo a jugar a su juego. Cuando me oye *parlando italiano*, se le caen las bragas y es más fácil de llevar.

Lizza negó con la cabeza y se levantó de la silla para dirigirse a la puerta.

–Es un manipulador, un mentiroso y un timador, Joe –me advirtió—. Traduce eso al italiano si quieres.

–È un manipolatore, un bugiardo e... –empecé, usando uno de esos gestos tan tímicos de Mr. Mafia y tan innegablemente clichés; pero no pude terminar antes de que Lizza cerrara la puerta de un golpe seco.

Me quedé sonriendo, pero después miré la pila de guiones frente a mí y, lentamente, volví a ponerme serio.

Luigi Di Maio...

Un hombre casado, con tres hijos, atrapado en una vivienda ilegal y hecha ruinas. Un hombre al que le gustaba demasiado el lujo y el dinero para conformarse con una vida como esa. Un hombre demasiado guapo y astuto para no conseguir todo lo que quería de los demás.

Un hombre que se hacía llamar *il mio Capo* y había creado una fantasía perfecta con la que ahogarme. Era el amo, el amante, el novio y el mejor amigo... Todo en uno.

Troppo bello, troppo povero, troppo perfetto...

—Cuento contigo en mi cumpleaños, ¿no? Pamela está organizándome una fiesta sorpresa o alguna gilipollez así y no para de marearme para conseguir tu número de teléfono e invitarte.

—¿Qué pasó con la otra rubia que me presentaste? Sophia, Sussane...

—Sharon —respondió mi padre—. Se tuvo que volver a Wisconsin una temporada. Murió su tía o algo así.

—Ah, ¿y ya te has buscado repuesto?

—Joel, yo ya estoy muy mayor para esperar por nadie —murmuró, alisándose distraídamente el talit blanco de rayas marinas sobre su traje a medida. Entonces cruzó ambas manos a la altura de la cintura y miró al frente, donde el rabino estaba terminando de cantar la oración—. ¿Vas a venir o no? —preguntó.

—Claro, dale mi número a Paula.

—Pamela —me corrigió de nuevo antes de hacerme la pregunta del millón—. ¿Sigues viendo a ese *gentil* italiano?

—Sí.

—¿Le vas a traer?

Giré el rostro hacia mi padre y, con el ceño fruncido, volví a mirar al rabino antes de que nadie se diera cuenta de que estábamos charlando durante la oración.

—¿Quieres que le lleve? —pregunté.

Mi padre se encogió de hombros.

—A mí me da igual, pero me gustaría saberlo antes.

—¿Qué pasó con todo eso de que es «un tiburón» y que hay que tener cuidado? ¿Quieres meter a Luigi en una misma sala que todos tus amigos millonarios?

—¿Luigi? ¿No se llamaba Salvatore? —dijo mi padre, girando el rostro hacia mí. Al contrario que yo, él también era demasiado viejo para que le importara una mierda lo que pensarán los demás.

—Sí, sí, Salvatore —me corregí rápidamente, agitando la cabeza—. Luigi Salvatore, es un nombre compuesto. Italianos, ya sabes...

—Ah... —mi padre, quien consideraba a todos los gentiles como seres extraños de extrañas costumbres, se tragó aquella tontería por completo—. Sí, hay que tener cuidado —afirmó—, pero eso no quiere decir que no sea un chico muy guapo. Es importante que los demás vean que tenemos cosas bonitas, que mi hijo tiene cosas bonitas. Parecer importantes nos hace importantes.

—Luigi no es un coche de lujo, papá, no es algo que montas delante de tus amigos para creerte mejor que ellos.

—Dile eso a tu madre y los «chicos» que ella monta para sentirse importante.

—Agh, por favor... —jadeé mientras cerraba los ojos y negaba con la cabeza.

—Vamos, Joel —insistió mi padre—. Ya sabes cómo funciona el mundo real. Yo no me gasto miles de dólares en mis novias para dejarlas en casa y que nadie las vea. Les compras un buen vestido, unos zapatos bonitos, las llevas a la peluquería y las sacas a cenar. Cuando las ven, piensan: Joziel Schwatz es un hombre importante y con buen gusto.

—Te aseguro que no es eso lo que piensan, papá. Lo que piensan es: ahí está ese asqueroso viejo con otra niña rubia del brazo.

—Eso es incluso mejor —respondió él sin embargo—. Imagínate lo poderoso que deben creer que soy para tener a niñas rubias del brazo, cenando conmigo y metiéndose en mi cama. Quizá les de asco, pero el hecho es que yo puedo permitírmelo y ellos no. ¿Lo entiendes, Joel? Al final, he conseguido lo que quería.

Mi padre tomó una buena respiración hasta inflarse el pecho sobre su redondeada barriga y, después, volvió a mirar al frente. Creí que la conversación había terminado ahí, que mi padre se sentiría contento de darme otra de sus «grandes lecciones sobre la vida»; pero, al salir de la sinagoga y mirar al Capo al otro lado de la calle, fumando y con la cadera apoyada en el coche, atrayendo las miradas de todas las mujeres que salían del templo...; mi padre me tomó de la muñeca y me dijo:

—Tráete a ese italiano a la fiesta, Joel, que vean lo que tienes. Saca provecho de toda esa ropa que le compras y el Masseratti que tanto le dejas conducir. Los gentiles como él sirven para más cosas que follar.

Y, como si nada, me dio un cariñoso apretón en el hombro y se giró con una sonrisa para saludar a Yion Star y su familia. Yo me quedé un par de segundos mirando al Capo y negué con la cabeza. Y, cuando me acerqué lo suficiente, le rodeé con los brazos y le di un buen morreo, de esos de película, justo allí donde todavía podían vernos.

Éramos jóvenes y guapos. Él me utilizaba, yo le utilizaba... ¿acaso no éramos la pareja perfecta de Hollywood?

—*Buonaserà, cucciolo* —me saludó cuando me separé lo suficiente.

Como era de esperar, parecía encantado por aquel inesperado y apasionado beso en la calle. Sonreía como un tonto enamorado, jadeaba un poco a causa de la falta de aire y me rodeaba con los brazos, pegándome contra él y esa elevación que ahora tensaba un poco sus pantalones de marca.

—*Cos'è successo, ti sei arrapato nel tempio o è che ti è già mancato il tuo capo?* —me preguntó en casi un susurro mientras frotaba la punta de su nariz contra la mía—. No me digas que te has quedado con ganas después de lo de esta mañana, o me enfadaré... —añadió en un tono calculadamente juguetón y divertido.

Yo me encogí de hombros y, cumpliendo con mi parte de la escena, le pregunté en un tono bajo y dulce:

—*Cosa succede, amore mio. Non posso baciare il mio ragazzo?*

Juraría que Mr. Mafia hasta suspiró con verdadero y puro placer antes de responder un bajo:

—*Ogni volta che vuoi, cuccolino...*

«Siempre que quieras», era una promesa justa, porque, después de todo, para eso estaba él allí. Aunque un tanto extraña viniendo del Capo con su «solo cuando y donde yo quiera», pero aquel era el nuevo Mr. Mafia enamorado, así que tenía sentido que hubiera evolución y cambios en el guion original.

— *Bene...* — murmuré, dándole otro rápido beso antes de separarme y bordear el coche —. Proto será el cumpleaños de mi padre, ¿quieres venir?

— Claro que quiero, *cucciolo*. ¿Cuándo es? Pediré el día libre al padrino.

— Todavía no lo sé, al parecer su nueva novia lo está organizando, pero calcula que será en dos semanas como mucho.

Mr. Mafia asintió, encendió el motor y una ruidosa balada italiana empezó a retumbar por todas partes. El Capo saltó un poco en su sitio y fue corriendo a pararla, no antes de que yo leyera: *Con te partirò* de Andrea Bocelli, en la pantalla del reproductor de Spotify.

— ¿Te da vergüenza que sepa que escuchas baladas románticas cuando conduces a solas, Capo? — le pregunté con una sonrisa un poco malévola en los labios.

— *Attento, Joe* — me advirtió, perdiendo el buen humor de un plumazo para dedicarme una mirada por el borde de los ojos junto uno de esos gestos italianos —, *non farmi arrabbiare*.

Arqueeé las cejas pero lo dejé pasar. Por supuesto, aquello no había sido más que una de esas escenas programadas para que yo creyera que Mr. Mafia, el serio macho italiano, era en realidad todo un romántico en el fondo.

A eso me refería cuando decía que admiraba al Capo. Lizza no quería entenderlo, pero, vamos... el nivel de detalle y sutileza que Mr. Mafia le dedicaba a tejer aquella mentira, era simplemente exquisito.

— Esta tarde tengo que ir a ver una cosa — me dijo entonces, pasados un par de minutos en los que ya se había puesto a ciento sesenta por la autopista en dirección a Beberly Hills. Desde que tenía mansión, prefería «ir siempre a su casa» —. *Labore...* — continuó, moviendo la cabeza a ambos lados como si decidiera si explicármelo o no —. Me iré después de que me hagas la comida y volveré a media tarde.

— Mmh... — fue todo lo que se me ocurrió decir.

— Tengo que *laborare, cucciolo*. — insistió —. *È quello che è*.

— Lo sé, Capo. No pasa nada — respondí, mirando por la ventanilla.

Lo decía en serio, no me importaba que tuviera que irse a trabajar, o a ver a su familia o a hacer alguna cosa de las suyas; pero Mr. Mafia no pareció conformarse con mi respuesta.

— Los hombres como *io laboran*, Joe. Eso no va a cambiar, *capito*?

En ese momento giré el rostro hacia él para mirar como apretaba un poco el volante entre sus manos con anillos. Parecía algo tenso y enfadado por alguna razón que no llegaba a entender.

— Yo también trabajo, Capo — le recordé —, tranquilo. Sé que a veces surgen imprevistos.

— Sí, a veces surgen imprevistos — murmuró —, pero lo que te quiero decir, *cucciolo*, es que yo no me voy a quedar en casa tomando el sol y bebiendo

cócteles. Ni ahora, ni nunca. *Capisci di cosa sto parlando, Joe?* —terminó preguntando mientras me miraba por el borde de sus gafas azules.

—Ah... —dije, comprendiéndolo al fin—. Sí, claro. Nunca te pediría eso, Capo.

—*Bene*, porque no va a pasar —concluyó.

Mr. Mafia no era un *boy toy*, él no iba a quedarse en la piscina esperando a que su «novio» volviera a casa... él era un hombre que trabajaba con sus propias manos y llevaba comida a la mesa gracias al sudor de su frente.

—Si te quedaras en casa tomando el sol todo el día o yendo de compras, no me habría enamorado de ti, Capo —le dije, en parte para calmarle, en parte porque había cierta verdad en el hecho de que no me hubiera gustado tener un novio así.

El Capo tomó el desvió que se sumergía entre las primeras mansiones de Beberly Hills, redujo la velocidad y volvió a mirarme, esta vez más calmado. Sin decir nada, sacó una mano del volante y me acarició la mejilla. Una leve sonrisa nació entonces en sus labios.

—*Sei troppo buono, mio cuccolino*.

Demasiado bueno... sí, podía decirse que sí. Después de todo, todo lo que yo decía y hacía era solo lo que él quería ver y oír. Encajaba a la perfección en sus necesidades y fantasías. Como esa en la que no me importaba salir de la sinagoga para ir a su casa a cocinarle mientras él se rascaba los huevos en el sofá.

Siendo sincero, me sorprendía que Mr. Mafia no sospechara nada de mí. Es decir, la fortuna de mi familia estaba valorada en más de once cifras, y yo era el heredero de casi el sesenta por ciento de la misma; pero él creía que no me importaba quedarme un sábado por la tarde recogiendo su ropa del suelo, haciendo la colada de la semana, limpiando y fregando la pila de platos sucios que había acumulado...

Vamos... suena muy raro. ¿Tan convencido estaba de que yo era un hombre débil y desesperado por complacerle? ¿Tanto creía que esa fantasía de «maridito italiano» era lo que me mantenía enamorado? Lo que mantenía enganchado era el sexo. 100%. Bueno, eso y la intriga. Quizá fuera un 90%-10%. No, un 80%-20%. Ah, y también el espectáculo. Me resultaba fascinante verle actuar. Así que quizá fuera un 60% sexo, 20% intriga y 20% espectáculo.

Sí, esos eran los porcentajes por los que me hacía el subnormal y jugaba a su juego. Por los que aguantaba cosas como:

—¿Todavía no está la cena? Te dije que volvería a la cena, ¿por qué llego a casa y no veo ni la mesa puesta, Joe?

—No, Capo, lo que dijiste fue que el trabajo se había complicado y que llegarías «tarde» —le corregí—. Creí que te referías a que ya no vendrías a cenar.

—¡No, *cucciolo!* *Se avessi voluto dirti che non vengo a cena, ti avrei detto che non vengo a cena, ma quello che ti ho detto è che sarei in ritardo, «in ritardo», Joe. È lo stesso che non venire a cena? Eh?*

Tras aquel discurso en italiano rebotante de gestos hacia mí y la isla vacía en la cocina, al fin se quedó callado.

—Te hago la cena ahora —murmuré, mordiéndome la lengua para no decir nada que no debiera decir.

—Claro que me vas a hacer la cena —tuvo el valor de decirme con esa actitud indignada—. Trabajo mucho, estoy cansado y cuando vuelvo a casa con *il mio ragazzo* quiero tener la comida en la mesa. ¿Es tanto pedir, Joe? ¿De verdad?

—Te he dicho que te entendí mal —respondí, apretando los dientes y con un tono más peligroso en la voz.

—*Oh, ti stai arrabbiando, cucciolo?* —respondió, ladeando el rostro a la vez que arqueaba ligeramente las cejas—. Creo que he sido demasiado bueno contigo y que te has olvidado de quién es *il tuo Capo*. ¿Tengo que recordártelo o vas a cerrar la puta boca y hacerme la cena que ya deberías haberme hecho?

Me quedé un par de segundos con la boca entreabierta, incapaz de formular palabra, hasta que, finalmente, solté un «Uffff» y cerré los ojos.

—*Kosher, Capo* —le advertí—. Esto es muy *kosher*.

Él, al igual que yo, se quedó un momento en silencio antes de jadear y sonreír.

—No, *cucciolo*... —me dijo mientras negaba con la cabeza—. *Kosher* es para cuando te follo la boca tan fuerte que estás a punto de vomitar, o para cuando te ato a cuatro patas y te azoto sin parar. Esta... —y nos señaló a ambos con el dedo índice—, esta es nuestra vida juntos. Aquí no hay palabras de seguridad, ¿lo entiendes?

—Oh... —sonreí y arqueé las cejas—. Vaya... ¿a dónde se ha ido ese hombre enamorado ahora? —no pude evitar decir con cierta malicia.

Con un par de pasos firmes, Mr. Mafia se acercó a mí y me cogió la mano. Sin dejar de mirarme con aquellos ojos claros y salvajes, se la llevó a los labios y le dio un suave beso. La tibia marca de saliva que dejó allí me hizo estremecerme de arriba abajo.

—*È qui, Joe* —susurró—. *Ti amo con tutto il mio cuore... Lo sai benissimo, pero no vas a cambiarme. Tú sabías como era yo. Te lo dije. Te dije que soy esa clase de hombre italiano chapado a la antigua* —entonces levantó su otra mano y me acarició la mejilla antes de agarrarme con firmeza del mentón—. Y a mí no me vas a manipular con tu cara bonita y tus gilipolleces de niño rico, Joe. A mí no me vas a convencer para que baile al son que tu tocas, como hiciste con los *cazzo di stronzo* de tus ex. *Capito?* El que lleva los pantalones en esta casa soy yo, así que dime: ¿vas a hacerme la cena o vas a hacer que me enfade?

La mirada que compartimos en ese momento fue algo épico, como la escena más importante de una película de guerra, cuando la banda sonora marca el inicio de una batalla que decidirá el final del metraje. Mi corazón estaba algo revolucionado, mi respiración era pausada y profunda, mi mente era un ciclón de pensamientos.

Pero, como todo entre nosotros, aquello no era real. No tenía sentido ponerse orgulloso y luchar por algo que no existía. Por eso terminé asintiendo lentamente y diciendo:

—*Hai ragione, amore mio* —e inclinándome para darle un beso en los labios, añadí—. *Perdonami*.

Mr. Mafia me siguió con la mirada, se dejó dar aquel suave beso y después tomó una bocanada de aire, como si con aquello ahogara el fuego que estaba a punto de arder dentro de él.

—*Bene* —murmuró, haciéndose a un lado—. *Vai a prepararmi la cena, prego*.

Y eso hice mientras él se fumaba uno de sus pitillos italianos y bebía una copa de vino. Cuando terminó su plato de ravioli con salsa de queso, se limpió los labios con la servilleta y la dejó a un lado para dirigirse al salón. Me reuní con él en el sofá y miré el Show de McGraham, demasiado perdido en mis pensamientos como para prestar la más mínima atención, hasta que, de pronto, noté un cosquilleo en el hombro.

Giré el rostro y vi a Mr. Mafia mirándome con una expresión seria. Con la misma mano con la que me había acariciado, me hizo un leve gesto para que me acercara. Cuando lo hice, me rodeó los hombros e inclinó el rostro para darme un beso en la mejilla.

— *Tuttora arrabbiato, cucciolo?* — me preguntó.

Si seguía enfadado... una pregunta difícil de responder. La culpa de aquello no la tenía el Capo, él estaba jugando a su juego; la culpa era mía por dejar que eso me afectara. Aún así, creo que Mr. Mafia era de esas personas que sabrían aprovechar una crítica constructiva a sus métodos de manipulación.

— Cuando dices que vas a llegar «tarde», deberías ser más específico, Capo. No volver a casa y ponerte como una fiera solo porque te hayan entendido mal.

Mr. Mafia bajó un momento la mirada y agitó levemente los pies que tenía sobre mi mesa de té, cedro japonés trabajado artesanalmente y con valor de más de veinte mil dólares.

— Fue un día duro de trabajo — murmuró en voz baja —. El imprevisto se alargó más de lo que creía y yo... — se detuvo ahí, miró la pantalla plana y después, de una forma del todo inesperada, dejó caer su cabeza sobre mi hombro —. *Laboro* mucho por la semana, Joe. *Moltissimo*. Le digo a mi primo: Carlo, ahora tengo un *bellissimo ragazzo*, quédate tú los fines de semana. Y él me dijo: claro, Capo, sin problema. Pero después me llama siempre por cualquier tontería, y si yo no respondo, llama a *la mamma*...

Cuando se quedó en silencio, tomó una de esas profundas bocanadas y negó con la cabeza, haciéndome cosquillas en el cuello con su pelo.

— Me gusta que cuenten conmigo cuando necesitan ayuda. Me hace *molto felice* poder echar una mano a la familia si hay algún problema, pero a veces creo que no entienden que yo tengo mi propia vida. Si algo se rompe, llama a *il Capo*. Si algo se tuerce, llama a *il Capo*. Si hay algún imprevisto, llama a *il Capo*... — enumeraba mientras movía su mano vagamente, como si estuviera demasiado cansado para juntar las yemas de los dedos y mover la muñeca como siempre hacía —. A veces siento que no me respetan, Joe. No les importa que esté cansado y solo quiera estar contigo; pero es la familia y hay que ayudarles. ¿Entiendes? Por eso hoy volví un poco enfadado. No es tu culpa, *cucciolo*, sé que no fui claro en el mensaje, pero me dolió que hubieras cenado ya sin mí. Si no puedo disfrutar de una cena con mi *ragazzo* ni los fines de semana, ¿cuándo lo haré?

Entonces volvió a quedarse en silencio, con su rostro escondido en mi cuello y su respiración pausada. Por suerte, no podía mirar mi expresión de ceño fruncido y mirada perdida al frente. El Capo se había sacado una de esas escenas sensibleras de la manga y yo no estaba preparado para algo así. Quizá se hubiera dado cuenta de que se había pasado y quisiera compensarlo con

aquel pequeño momento de lo que a mí me gustaba denominar: El Capo en la Intimidad.

Debía ser como un botón del pánico para él, porque había pocas cosas más conmovedoras y sexys que ver a un hombre como Mr. Mafia confesándote sus sentimientos más profundos e inseguridades.

Con un asentimiento, decidí ponerme a la altura del momento. Le acaricié el pelo e incliné un poco la cabeza para poder decirle suavemente al oído:

—En el Torá hay una frase, dice: «Soy bueno con mis amigos, pero no tonto. Soy creyente de Dios, pero no ingenuo. Soy fiel a mi familia, pero no inocente de crimen».

Mr. Mafia levantó la cabeza y me miró con unos ojos húmedos y algo enrojecidos.

—¿Qué significa? —preguntó en voz baja.

—Significa que, aunque queramos ser buenos con los demás, no podemos dejar que sus necesidades se antepongan a las nuestras. Ni siquiera las de la familia —le expliqué mientras le acariciaba el tupé—. Así que la próxima vez que tu primo te llame y estemos juntos, recítale otra frase del Torá: «Ahora estoy con un judío, así que no le toques los cojones porque son gente muy cabrona y vengativa».

El Capo tardó un par de segundos en reaccionar, y entonces empezó a reírse; primero un golpe de aire que se fue convirtiendo en una risa que desembocó en toda una carcajada. Cuando terminó se separó un poco y se frotó los ojos, ahora más mojados por la felicidad que por la tristeza.

—*Mio Dio, cucciolo...* —suspiró antes de atraerme de vuelta hacia él y darme un beso en la sien—. *Come ti amo...*

Después de aquello, disfrutó del resto del Show de McGraham como siempre hacía, pegado a mí y con una sonrisa estúpida en los labios.

Programa del que hasta entonces no se había reído en toda la noche.

VENTICINQUE

—Capo, ¿has visto mi camisa de Louis Vuitton? —le pregunté mientras me dirigía al vestidor—. La de la temporada pasada. Creo que me la dejé en tu casa.

—*Sì, cucciolo*, está colgada —respondió él frente al espejo de cuerpo entero, donde repasaba su imagen perfecta.

Mr. Mafia ya estaba vestido, porque, después de darme bien de *cazzo* al despertar, se había ido directo a la ducha mientras yo trataba de recuperar el aliento y volver a ser persona.

—¿Dónde? —insistí, moviendo los percheros repletos de su ropa. Al parecer, dos meses daban para comprar muchísimas camisas de marca y llenar toda la hilera del ropero.

Mr. Mafia terminó de decidir que era mejor desabotonarse un poco más la camisa y enseñar el inicio de su abdomen y gran parte de su pecho perfecto y velludo, así como los muchos collares de oro de ley que ahora acompañaban a la cruz cristiana. En serio, solo él podía hacer sexy esa estética de mafioso italiano.

—*Ecco, Joe* —murmuró, acercándose para señalar un extremo del ropero—. En tu parte del armario.

Sin buscar demasiado, encontró la percha con la camisa y me la entregó. Yo arqueé las cejas y farfullé un leve «*grazie, amore*» antes de ponérmela.

—¿Desde cuándo tengo «mi parte del armario»? —pregunté, mirando esa sección a un lado que, en efecto, tenía varias de mis camisas y pantalones.

—Desde siempre, *cuccolino* —respondió él, yendo ya hacia el cajón-expositor en el que guardaba sus relojes de marca. El Van Phersen de treinta mil dólares que ya tenía en la muñeca no parecía convencerle—. Qué te creías que hacía con la ropa que dejas tirada en mi habitación, o en el salón, o en la piscina...

—El que me arranca la ropa y la deja tirada, eres tú, Capo —le aseguré con una expresión un tanto orgullosa. Lo decía como si aquello fuera culpa mía, y no lo era.

Il mio Capo sonrió un poco y me miró a través del espejo que había sobre el expositor de relojes.

—*Cosa posso dire? Ho il ragazzo più bello del mondo e mi piace renderlo felice...*

Puse los ojos en blanco y después terminé de abotonarme la camisa mientras negaba con la cabeza. Mr. Mafia no se cortaba un pelo en usar todo su encanto italiano para salirse con la suya; luchar era solo una pérdida de tiempo.

—¿Ya estás listo? No quiero llegar tarde.

Él asintió, eligiendo un Rolex de oro rosa para ponerse en la muñeca antes de acompañarme a la habitación y, de allí, al pasillo. Revisé el móvil y me aseguré de que tuviéramos tiempo de sobra para llegar a la fiesta de cumpleaños de mi padre sin toparnos con el tapón de coches a la entrada del Club de Golf. Al parecer, su novia Pamela no se había cortado demasiado con la lista de invitados: actores, políticos, empresarios... Iba a ser todo un show.

—*Calmati, cucciolo, andrà tutto bene* —me dijo el Capo cuando llegamos, consciente de que yo estaba bloqueado en ese estado entre la incomodidad y la exasperación.

Le tiró las llaves del Masseratti al aparcacoches y me rodeó los hombros con un brazo para darme un beso en la mejilla y comenzar nuestro camino al interior.

—Nos tomaremos una copa con tu padre, comeremos y bailaremos un poco. Será divertido —continuó diciendo.

—La madre que la... —me detuve en seco.

Pamela había hecho traer fotos de ella y mi padre juntos, las había puesto sobre trípodes bordeando el camino hacia la sala de celebraciones y los había rodeado de globos y flores.

—¿Pero qué es esto? —pregunté al Capo, quien, al parecer, encontró aquello bastante divertido.

—Creo que esa chica está algo... *disperato di sorprendere tuo padre* —terminó susurrándome al oído.

—Pues se ha equivocado, porque si a mí me parece demasiado, mi padre lo va a odiar... —le aseguré.

La cosa solo se complicaba por momentos y sí, sin duda apestaba un poco a desesperación por llamar la atención de mi padre porque, cuanto más te adentrabas, más empezaba a parecerse todo a una boda. En la sala de celebraciones incluso había manteles blancos, centros de mesa, enormes ramos de flores, globos en tonos metalizados y...

—¡Capo! —exclamé poniendo una mano en su pecho antes de señalarle la enorme tarta de cinco pisos que se alzaba en una de las esquinas.

—*Mio Dio...* —murmuró él con una leve sonrisa en los labios.

Todavía seguíamos mirando aquella nada sutil tarta de boda cuando oímos:

—¡Joe, Salvatore, qué bien que hayáis venido tan pronto!

Mi padre se acercó con un traje nuevo de color azul cian y una copa en la mano; como le había advertido a Mr. Mafia, probablemente llevara bebiendo desde el desayuno. Me dio un breve abrazo a mí primero y después le ofreció la mano al Capo, quien lo aceptó con un solemne asentimiento y un firme apretón.

—Feliz cumpleaños, señor Schwartz.

—Gracias. Me alegra mucho que hayas podido venir, Salvatore.

—Ha sido un placer.

—¿Por qué no aprovechamos que todavía no hay nadie y me acompañáis al campo de golf? Creo que nos dará tiempo a echar unos hoyos antes de que lleguen los invitados importantes, al parecer... habrá muchos —y mi padre me miró, buscando en mí ese entendimiento tan Schwartz.

Al igual que él y al contrario que mi madre, yo también odiaba las fiestas de cumpleaños absurdamente grandes. Por eso supe reconocer al instante esa señal de socorro que me había lanzado y a la que, evidentemente, acudí en su rescate.

—Claro, papá, suena genial.

—¡Maravilloso! Iré a por un carrito y los palos mientras se lo dices a Pamela —concluyó con una sonrisa antes de irse rápidamente por una de las puertas acristaladas que daban al jardín. Pero, antes de cruzarla, inclinó la cabeza para mirar a los lados como si temiera que alguien le descubriera.

Capo me dedicó una mirada de cejas arqueadas sobre sus gafas negras de marca, pero negué con la cabeza y, con un gesto de la mano, le aseguré que aquello era totalmente normal.

—¿Cariño?

Y la nueva novia entró en escena. Rubio californiano, joven, guapa, cuerpo escultural, vestido caro, bañada en joyas y perfume, peinado y maquillaje de peluquería... Sinceramente, a veces mi vida parecía sacada de una mala película de comedia repleta de estereotipos.

Ella se detuvo al vernos y, tras una breve sorpresa inicial, sonrió y nos saludó con la mano, corriendo tanto como pudo con sus tacones de dieciocho centímetros.

—¡Ay, hola! Tú debes ser Joel, ¿verdad?

—Sí —afirmé con una sonrisa—, y tú debes ser Pamela. Te presento a mi novio, Salvatore.

—*Piacere di conoscerti, Pamela.*

La joven parpadeó y se llevó una mano de uñas perfectas a su generoso pecho. Mr. Mafia no fallaba nunca a la hora de dejar sin habla a las mujeres que no estaban preparadas para presenciar el encanto mediterráneo de un potro italiano.

—Oh... Mucho gusto —dijo al fin antes de mirarme y volver a retomar aquella sonrisa un tanto desproporcionada y forzada—. Le he pedido mil veces a Jozi que nos presentara, pero él no paraba de decir que estabas ocupado... —cara triste de morritos.

—Sí, entre semana ando de arriba abajo con el trabajo y los fines de semana me los paso con Salvatore en su casa.

—Vaya... ¡De todas formas me alegro mucho de que al fin nos conozcamos! —vuelta a la sonrisa demasiado grande—. ¿Qué te parece la fiesta?

—Me parece... bien pensada —asentí tras aquel momento de duda.

—¡Gracias! ¡La verdad es que le he dedicado muchas horas! Buff... Los del cáterin y el club de golf no paraban de poner todo tipo de excusas... pero al final ¡lo conseguí! —terminó exclamando tras cambiar de expresión como cuatro veces en la misma frase—. Por cierto, ¿has visto a Jozi? Estoy intentando encontrarle desde hace un buen rato, pero no le veo por ninguna parte.

—Sí, le he invitado a echar unos hoyos en el campo de golf. Ha ido a por todo mientras nosotros mirábamos la sala. Nos dijo que había quedado preciosa... —sonreí.

—¡Oh! ¿Puedo acompañaros? Todavía es pronto y ya he organizado todo, además ¡siempre he querido aprender a jugar al golf!

—Me encantaría, Pamela, pero es algo así como una tradición entre nosotros tres. Algo como padre-hijo-yerno... ¿entiendes?

—Ah, pero... ¿estáis casados?

Me quedé en blanco y parpadeé un par de veces, todavía con la sonrisa triste en los labios por tener que decirle que no la queríamos con nosotros.

—¿Qué?

—Como has dicho padre-hijo-yerno... —se explicó, señalándonos a Salvatore y a mí intermitentemente.

—Ah, sí —me reí—. No, no estamos casados, pero Salvatore es ya como uno de la familia, *vero, amore?*

—*Vero, cucciolo* —asintió antes de apretarme un poco más contra él.

—Ah... entiendo. Entonces... supongo que me quedaré aquí —mueca triste, mirada baja, hacia sus manos, como una niña pequeña a la que hubieran castigado sin helado.

Pamela sabía lo que hacía, pero había un error en su plan perfecto: yo era gay y a mí no podían importarme menos sus mohines de preciosa rubia tetona.

—Me alegro que lo entiendas —dije, ignorando por completo la escena y dándome la vuelta—. Nos vemos en la fiesta.

Cuando la dejamos atrás, eché una mirada de complicidad al Capo. Él asintió, como si hubiera podido leerme el pensamiento. Esa chica, Pamela, se creía demasiado guapa para que los hombres se resistieran a sus tonterías y estaba demasiado acostumbrada a salirse con la suya.

—No sé en qué estaba pensando mi padre el día que la encontró —murmuré.

—*Davvero, cucciolo, non lo sai?* —me preguntó el Capo, dedicándome una media sonrisa.

—Bueno, sí sé en lo que estaba pensando —aclaré—, pero mi padre suele ser un hombre con poca paciencia para las tonterías.

—¿Cuánto lleva con esta *cagna*? *Due mesi*? La conoció poco antes de que me mudara a mi nueva casa.

—Sí, más o menos dos meses y algo, ¿por qué?

Il mio Capo movió la cabeza de lado a lado como si valorara una idea.

—Esa *ragazza* todavía puede tener muchos trucos bajo la falda para mantener a tu padre tranquilo.

—Ah... —asentí, escuchando con atención la opinión de todo un experto en el campo del «*boy toy*»—. Pues debe ser muy buena, porque con lo que le gusta a mi padre follar, es difícil seguir siendo original tras dos meses.

Capo se rio un poco y me apretó contra él para susurrarme de forma íntima al oído:

—Así que ese apetito voraz te viene de familia, *cucciolo*...

Giré el rostro y miré sus ojos, apenas sombras perfiladas tras sus gafas Rayban.

—*Ho fame perché sei l'uomo più sexy del mondo, mio Capo* —le dije—. Antes de conocerte yo no estaba tan salido.

Mr. Mafia sonrió como un cabrón orgulloso y prepotente, llegando a alzar la cabeza y pasarse la punta de la lengua por el labio inferior; demostrando que yo tenía razón y él era el hombre más jodidamente sexy del mundo.

—¿Ni con tus ex? —quiso saber.

Puse los ojos en blanco y rodeé su cadera con el brazo, dándole un leve apretón contra mí antes de responder:

—Sabes que no, Capo. Ya te lo he dicho.

El Capo no paró de sonreír como un machito gilipollas en todo el camino hasta la parte trasera del club, donde estaba el aparcamiento de los carritos de golf y empezaba el campo de hierba. Allí bajó su brazo de mis hombros y fue a por su cajetilla del bolsillo. Me ofreció uno, pero yo lo rechacé, así que se lo encendió solo para él. No muy lejos del borde del camino estaba ya mi padre esperándonos con un carrito de golf, bajo la sombra de un árbol y con la cabeza gacha, como si así pudiera evitar que le reconocieran. Le saludé con la mano y le hice una señal para que se fuera a la parte de atrás.

—Es mejor que yo conduzca, papá. Tú sigue bebiendo.

—Buena idea —afirmó él.

Mi padre fue a sentarse a mi lado, pero Mr. Mafia ya estaba allí; así que no le quedo otra que sentarse en la parte trasera, junto a las bolsas y los palos y en dirección opuesta a nosotros. Cuando arranqué, tuvo que agarrarse para no caer hacia delante.

—Ya conocimos a Pamela —le dije nada más llegar al campo abierto. Kilómetros y kilómetros de pastos verdes, colinas, estanques y pequeños bosques que hacían las delicias de los jugadores de golf más pudientes de Los Ángeles.

—¿Qué te parece?

—Me parece que tienes un problema, papá.

—¡Te juro que antes era normal! —se defendió, tratando de girarse en el asiento para mirarnos—. Ahora está como loca. ¿Sabes cuanto me he gastado en este cumpleaños «sorpresa»? ¡Treinta y dos mil dólares, Joel! ¡No me gastaba tanto dinero en gilipollices desde que estaba casado con tu madre! ¡Y ya sabes lo que odiaba estar casado con tu madre!

—Lo sé.

—Al principio era la niña más dulce del mundo —insistió—, pero estos últimos meses se ha ido convirtiendo en una arpía descorazonada. Si no le digo que sí, no para de insistir una y otra vez y de enfadarse. Lo hace con todo: joyas, ropa, comida, viajes... ¡Es como un pozo sin fondo de necesidades!

Tamborileé con los dedos sobre el volante, algo preocupado por la dirección que estaba tomando aquello. Mi padre soltaba mucho la lengua cuando bebía y no tenía demasiado respeto por quién estuviera delante.

—Papá... —murmuré, tratando de enviarle un sutil recordatorio de que *il mio Capo* estaba allí con nosotros.

—¡Incluso me deja sin follar! ¿Te lo puedes creer? —continuó por todo lo alto—. ¡¿Para qué cojones te compro cosas si no?! ¿Te crees que lo hago por amor? ¡No! ¡Si me gasto tanto dinero en ti, al menos ten la decencia de comerme la polla cuando te lo pido!

—¡Papá! —le corté en seco, llegando a girar la cabeza para que viera mi cara de advertencia—. Salvatore está aquí...

Mi padre arqueó sus cejas algo entrecanas y miró al Capo, el cual seguía fumando tan tranquilamente con la mirada perdida al frente y su brazo apoyado en el respaldo de mi asiento.

—Ah... sí, perdona, hijo —se disculpó entonces—. Lo siento, Salvatore, en la familia Schwartz somos algo directos...

—No pasa nada —dijo el Capo—. Me gusta mucho la gente que dice lo que piensa, como Joe.

Fruncí el ceño, pero no dije nada sobre aquella frase tan estúpida y falsa. Mr. Mafia no tenía ni idea de lo que yo pensaba y, mucho menos, de lo «directo» que yo podía llegar a ser.

—¡Claro que sí! —lo celebró mi padre, llegando a alzar su vaso de whisky casi terminado—. No puedes estar con un Schwartz si no te gusta que te digan las verdades a la cara. ¿Verdad, Joel?

—Sí, papá —sonreí.

—Entonces, ¿te parece que tengo razón, Salvatore? Con Pamela, digo. ¿Crees que lo mínimo que tendría que hacer es darme todo el sexo que quiera?

—Si yo tuviera una *cagna*... —respondió Capo, dejando un breve silencio mientras movía la muñeca del pitillo—, y esa es la clase de relación que me interesa. Sí, *io sarei così arrabbiato se non mi succhia il cazzo fino a soffocare* —terminó, haciendo una señal hacia su entropierna.

—¿Qué? —preguntó mi padre, mirando a Mr. Mafia y después a mí.

—Estaría muy enfadado si no le comiera la polla hasta atragantarse —traduje.

—Ah... —murmuró mi padre—. Entonces estamos de acuerdo. ¿Y a ti, Joel, no te indignaría?

Mi padre, jugando a sus pequeños y peligrosos juegos...

—A mí no me interesa el amor que se compra con dinero, papá, ya lo sabes —murmuré.

—No sé cómo has podido salir así siendo hijo de tu madre —resopló mi padre antes de darse la vuelta para terminarse la copa.

Para mi sorpresa, Mr. Mafia movió su mano sobre el respaldo y me acarició la nuca con cariño. Cuando giré el rostro para mirarle, vi una fina sonrisa en sus labios. Por supuesto, debía estar encantado de pensar que lo había conseguido y que yo no le consideraba un *boy toy*; sino *il mio ragazzo*...

—¿Y qué tiene pensado hacer, papá? —le pregunté mientras tomaba un leve giro en dirección al primer hoyo, saliendo del recorrido para descender por la leve inclinación de la colina.

—Lo que voy a hacer es quitármela de encima lo antes posible —me aseguré—. Hollywood está lleno de chicas que matarían por tener la oportunidad de estar a mí lado. No tengo por qué aguantar a esa loca.

—Sin duda, ¿qué chica joven y guapa de Los Ángeles no querría tener sexo con un viejo judío de noventa kilos que duerme con un humidificador y calcetines gordos hasta las rodillas. Eres un sueño hecho realidad, papá...

Mi padre se dio la vuelta tan rápido que casi tiró una de las bolsas de palos.

—Sí, Joel, a lo mejor debería gastarme un millón de dólares en operaciones estéticas y tratamientos de lujo, como hace tu madre. Eso seguro que haría más aceptable follarme a chicos que podrían ser mis nietos. ¿También le haces estos comentarios a ella?

—Por supuesto que sí —le aseguré mientras detenía el motor—. ¿De qué crees que hablamos en nuestros *brunch* si no?

—Pues de cómo derrocha mi dinero y el de sus cinco exmaridos, por ejemplo.

Me reí por lo bajo y bajé del carrito, dándome la vuelta para ir en busca de los palos y ayudar a mi padre a levantarse.

—¿Qué palo te gusta? —le pregunté entonces al Capo—. ¿Del nueve, del ocho...?

Él, que ya se había reunido con nosotros en la parte trasera, se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos.

—No sé jugar al golf.

—¿En serio?

Mr. Mafia sonrió y soltó un leve bufido, como si se tratara de otra de mis bromas; pero no lo era. En esta ocasión, mi sorpresa fue real por varias razones. La primera, era que yo no conocía a nadie que no jugara regularmente o no supiera jugar al golf, ya que era un deporte bastante difundido entre la élite de Los Ángeles. En el campo se hacían amigos, contactos, tratos...

La segunda razón era que me sorprendía que ninguno de los ricachones que hubiera tenido el Capo antes de mí, no le hubiera enseñado a jugar. O que incluso no hubiera aprendido por sí mismo para codearse con la élite y encontrar una buena víctima.

La tercera razón era que, para ser un genio de la mentira y la manipulación, no había estado nada fino en ese momento. Le había dicho a mi padre que él era empresario y, como ya dije, muchos de los negocios importantes se llevaban a cabo en ese campo de hierba verde.

—¿Cómo que no sabes? —preguntó mi padre con una expresión de ceño fruncido—. ¿Y dónde te reúnes con tus socios?

Mr. Mafia se quedó un momento en silencio y, finalmente, arqueó las cejas y respondió:

—Los italianos no tenemos el amor de los americanos por el golf. Nosotros hacemos tratos en la mesa, con una buena comida delante y un buen vino.

Agh, qué rápido era el cabrón. Un genio.

—Ah, claro, ya... —a mi padre no le quedó otra que asentir y creerse aquella excusa inventada pero con fundamento—. No pasa nada, te damos unas lecciones rápidas. Es un juego muy fácil, incluso mi tío Abrahahim lo jugaba, y eso que se quedó tonto y tullido en la guerra.

Mr. Mafia aceptó las lecciones con humildad y gran atención, llegando a tener un *swing* relativamente bueno a la altura del cuarto o quinto hoyo. No me sorprendió, la verdad, porque mi padre era un gran maestro de la materia y *il mio Capo*, un gran alumno.

Mi única aportación fue un momento tonto en el que, aprovechando que mi padre no estaba, traté de enseñarle golf al Capo como si de una película porno se tratara; rodeándole los brazos, pegándome mucho y rozando bien la entrepierna contra su culo mientras le «enseñaba» el *swing*.

Capo, como buen machito italiano que era, me apartó de un firme codazo y se dio la vuelta para dedicarme una expresión muy seria. No le hacía ninguna gracia que me acercara así a su espalda y, mucho menos, adoptar esa posición más... «pasiva». Él era el semental, después de todo.

—¿Así te enseñaron a jugar a ti, *cucciolo*? —preguntó con cierto tono peligroso en la voz—. Sé muy bien la clase de «profesores» que hay en estos sitios...

Perdida la gracia del momento, solo pude suspirar y cruzarme de brazos para decirle:

—A mí me enseñó mi padre, pero sí —reconocí—, a mí madre le enseñó «esa clase de profesor». Según ella: tocó mucho palo del nueve, pero no jugó demasiado —y sonreí.

Creí que aquello le haría gracia, pero me equivoqué. El Capo miró a un lado, allí donde mi padre trataba de sacar su pelota de un estanque de arena, y, entonces, puso una expresión algo asqueada.

—*Non mi piacciono i tuoi genitori, cucciolo. Non mi piace come loro usano gli altri* — murmuró.

—Mmh... Entendí lo de que no te gustan mis padres, lo que comprendo a la perfección, pero lo segundo se me escapa. «*Usano gli altri?*».

—No me gusta como usan a los demás. Su forma de ver las relaciones... Es asquerosa.

—Ah... —dije, abriendo bien la boca mientras arqueaba las cejas—. Sí... es un poco frívolo —reconocí, siguiendo su mirada en dirección a mi padre, el cual ya estaba gritando insultos porque no conseguía sacar la pelota de allí—. Pero me gusta pensar que la gente que se acerca a ellos saben cómo son. Saben a lo que se van a enfrentar. El precio... y el premio. ¿No te parece?

Aquella conversación era muy interesante. El Capo estaba intentando separar «lo nuestro» que era, por supuesto, amor puro y de verdad; de lo que tenían mis padres, con sus relaciones de sexo-dinero. Lo normal hubiera sido darle la razón, «*sì, amore mio, es totalmente asqueroso...*», pero me pareció un poco divertido plantear aquel dilema. ¿Realmente había víctimas cuando ambas partes aceptaban el trato?

—Entiendo eso, Joe, no nací ayer —respondió, dedicándome una mirada firme tras sus gafas negras—. Lo que quiero decir es que no me gusta la gente que utiliza a los demás de esa forma, que les miente a la cara y después se deshace de ellos cuando se aburren. No me gustan nada esa clase de juegos, Joe. *Capisci di cosa sto parlando?*

Con una expresión de ceño fruncido, ladeé el rostro y esperé unos segundos antes de responder:

—*Si, Capo, ho capito.*

El silencio que siguió a mis palabras fue denso y extraño. Mr. Mafia había hecho algo muy arriesgado, había roto la cuarta pared de la perfecta película que era «nuestro romance».

Era evidente que estaba haciendo una nada sutil referencia a que yo supiera que él era un *boy toy*; o que, al menos, lo sospechara.

Eso jamás había pasado antes y me dejó bastante impresionado. No entendía por qué lo había hecho ni qué quería comprobar con aquello. En teoría, yo era un hombre totalmente enamorado al que ni se le había pasado por la cabeza que el Capo pudiera estar manipulándole; pero ahí estaba Mr. Mafia, diciéndome que odiaba «esa clase de juegos».

—Joe, solo te lo preguntaré una vez —me dijo entonces antes de acercarse y rodearme la cadera—. ¿Tienes algo que decirme?

Joder... ¿Acaso mi gran papel de novio era menos convincente de lo que yo creía? ¿Había visto el Capo la verdad que escondía mi indiferencia a sus gilipolleces? ¿De verdad era tan bueno calando a la gente?

Yo seguía con mi ceño fruncido y mi rostro ladeado cuando le rodeé el cuello con los brazos y respondí:

—¿Tú tienes algo que decirme, Capo?

No entendía la razón, pero, al parecer, estábamos a punto de romper aquella fantasía que ya había durado casi medio año de nuestras vidas. Era completamente absurdo. ¿Por qué Mr. Mafia iba a querer tirar por la borda todo

aquello que tanto trabajo le había costado conseguir? Todas esas mentiras perfectas y brillantes detalles con los que había hilado un sueño dorado en el que ahogarme.

– Yo ya te dije la verdad en el restaurante italiano, *cucciolo* – murmuró antes de añadir un brillante y demoledor – : *Ti amo, Joe...*

Entonces sentí un pequeño cosquilleo en el abdomen y un calor que empezó a propagarse por mi pecho a cada latido de mi corazón. Por un momento, le creí, o, al menos, quise creerle. Y...

Y, como si Dios me hubiera enviado una visión divina, al fin lo entendí.

Se me escapó un jadeo incontrolable y una sonrisa tonta me llenó los labios. Negué con la cabeza, saqué una mano alrededor de su cuello y me froté los ojos. El cabrón era bueno, joder, era buenísimo... Hasta había conseguido hacerme sentir algo real por un momento.

– ¿Joe?

Su tono grave estaba teñido con la perfecta cantidad de inseguridad y nerviosismo, como si realmente temiera que yo no le creyera. Su pecho empezó a elevarse y descender más rápido, como si le empezara a horrorizar la idea de que yo hubiera podido haberle engañado todo aquel tiempo. Sus ojos buscaban los míos, cada vez un poco más abiertos y húmedos, como si estuviera a punto de echarse a llorar en cuanto escuchara mi respuesta.

Todo era... perfecto, simplemente perfecto.

– Sí, perdona, Capo – respondí entonces, apartando la mano de mi rostro para mirarle. Yo también tenía los ojos húmedos, pero no sabía muy bien por qué – . Por un momento me asustaste....

Él me creyó, porque, sinceramente, le dije la verdad. Me había acojonado la idea de que, por un instante, me hubiera hecho sentir que le quería. Pero era solo parte del show, por supuesto. El Capo había tomado un riesgo calculado al hacerme pensar que sospechaba que creía que fuera un *boy toy*, entonces lo había cortado en seco incluso antes de que yo hubiera llegado a esa sospecha por mí mismo.

Había solucionado el problema incluso antes de que el problema existiera.

Y como una perfecta película de amor, le besé en los labios y le dije:

– *Ti amo così tanto, capo...*

Porque el Show debía continuar...

VENTISEI

Mr. Mafia me pidió perdón, una, dos, tres veces... me abrazó con fuerza y pegó su rostro al mío antes de susurrar:

—Necesitaba estar seguro, *cucciolo*.

—No pasa nada... —susurré de vuelta, levantando la mano de su cuello a su pelo para acariciarle un poco el tupé engominado.

Miraba por encima de su hombro, hacia las colinas verdes del campo de golf y sus pequeños bosques. Quizá oía a mi padre hablando de Pamela le había hecho darse cuenta de la suerte que tenía conmigo; como había dicho Lizza, era muchísimo más agradable ser un *boy toy* si tu *sugar* era joven, manipulable y guapo.

Después de separarse, Capo me cogió el rostro entre las manos y me dio uno de esos besos profundos e intensos, solo interrumpido por la inesperada llegada de mi padre.

—Oh, perdonad, ¿queréis que vaya por delante y os deje un rato tranquilos?

—No, no —negué, recuperándome rápidamente antes de pasarme la mano por los labios húmedos—. Si no te vigilamos, empezarás a inventarte hoyos en uno y a hacer trampas.

—¡Los Schwartz no hacemos trampas, Joel! —me recordó con cierto enfado—. Hacemos cosas, cosas cuestionables..., ¡pero siempre legales!

—Ya...

Aquel extraño momento entre el Capo y yo se fue diluyendo con el paso de los minutos, como un cubito de hielo al sol, deritiéndose hasta convertirse en agua y, finalmente, evaporándose para desaparecer como si nunca hubiera existido.

Terminamos la partida con mi padre, volvimos al club y mantuvimos las conversaciones sociales estrictamente necesarias en aquella absurda cantidad de invitados. Las únicas excepciones fueron las estrellas de cine o de la música con las que Mr. Mafia quedo un tanto impresionado. Me las señalaba como si no se creyera que estuviera a solo dos metros de ellos.

—¿Quieres sacarte una foto con ellos?

—No, *cucciolo*, *non abbiamo bisogno di farlo* —decía siempre antes de que casi le arrastrara del brazo para «obligarle».

El Capo descubrió un par de cosas aquel día: que uno de sus raperos favoritos era todo un gilipollas, que mi padre tenía tanto poder e influencia que podía permitirse que hasta el alcalde de la ciudad estuviera allí, que la comunidad judía de Hollywood era casi peor que su Mafia italiana, y que podría tener una brillante carrera como súper modelo o actor.

—Ya es la quinta tarjeta que ofrecen a *il tuo Capo*... —me dijo, enseñándome su última adquisición de la empresa de modelos Holly's Models como si fuera todo un trofeo.

—Capo, que podrías ser famoso no creo que sea algo que no supieras ya —le aseguré, poco impresionado con su cacareo de gallito del corral.

—*Pensa quanto sei fortunato ad avermi*...

—Uh... —dije, poniendo los ojos en blanco antes de beber de mi copa—. Sin duda lloro todas las mañanas dándole las gracias a Dios por haberte conocido.

Pero el Capo fue un cabrón y metió la tarjeta de la empresa de modelos en mi pantalón, aprovechando para introducir el dedo en el bolsillo y atraerme hacia él.

— ¿Crees que no te veo dándole las gracias *a Dio* cada vez que te follo, Joe? — me dijo al oído, lo que, debo reconocer, me resultó un tanto sexy.

Cuando llegó la comida, nos sentamos a la mesa, que compartíamos con algunos de los mejores amigos de mi padre y, por supuesto, Pamela; la cual sonreía demasiado y quería participar en demasiadas conversaciones a la vez.

Después llegó la tarta, la sobremesa, las copas y el picoteo de la tarde que, prácticamente, se solapó con el final de una comida que había durado tres horas. Para cuando cayó la tarde, el Capo fumaba estirado en su silla, con la barriga abultada bajo su camisa de Versace, un brazo alrededor de mis hombros y los ojos entrecerrados.

— *E io* creía que los italianos comíamos mucho... — me confesó tras un resoplido.

Me reí.

— No, *amore*, no sabes lo que es comer hasta que te sientas a la mesa de un judío de celebración. ¿Quieres un antiácido? Mi tía Musha siempre lleva un bolso especial con todas las marcas y sabores que te puedas imaginar.

El Capo me miró y sonrió, pero cuando quiso reírse puso una mueca de dolor, como si la barriga le doliera demasiado como para respirar demasiado fuerte.

— Vamos a casa, *cucciolo* — me pidió entonces —. Solo quiero tumbarme.

Y, sin necesidad de que lo dijera dos veces, me levanté y comencé las precipitadas despedidas antes de salir del club, cogerle un pitillo al Capo de su cajetilla, y encenderlo antes de subirme al asiento del piloto. A Mr. Mafia no le hizo demasiada gracia, pero no estaba en situación de quejarse, así que me «permitió» que condujera «su» Masseratti de vuelta a «su» casa.

Allí, apenas consiguió quitarse la camisa antes de caer rendido en el sofá. Entonces me hizo un gesto vago para que le ayudara a quitarse los pantalones y, una vez en calzoncillos, abrió las piernas y puso los pies encima de mi mesa de té japonesa. Para terminar todo aquello con un toque de lo más elegante, se metió una mano debajo de la cintura del Calvin Klein y se rascó el vello púbico antes de pasarla por el respaldo y rodearme los hombros.

Por un momento, tuve una visión del futuro con un Capo mucho más mayor; algunas canas en el pelo y la barba, quizá incluso una incipiente calvicie; la barriga tan abultada como en aquel momento, pero no debido a una comida copiosa, sino a la grasa acumulada tras años de pasta y salsas; allí tirado en el sofá, con sus cadenas y su cruz al cuello, mirando la televisión en calzoncillos tras un duro día de trabajo.

¿Dónde estaría yo entonces? No a su lado, de eso estaba seguro.

— *Che succede, cucciolo?* — me preguntó al darse cuenta de que llevaba un par de minutos mirándole fijamente—. *Oh, no... Il tuo capo non può darti il suo cazzo adesso, Joe...* — añadió, creyendo que lo que estaba esperando era a que me diera polla—. ¿No ves que estoy a punto de estallar? ¿Quieres que te vomite encima mientras te follo?

—No, Capo, no pensaba en eso —le corregí—. Estaba pensando que tengo unas sales de frutas en la cocina. —Y sin esperar a su respuesta, me levanté y fui a prepararle un vaso de agua burbujeante con sabor a naranja—. Te sentará bien, créeme —insistí, ofreciéndoselo con una pequeña sonrisa.

Mr. Mafia resopló pero terminó por beberse el vaso entero. Eructó por lo bajo, pero tapándose la boca; al menos tenía decoro para eso; y se recostó de nuevo. Apenas veinte minutos después, estaba dormido y roncando levemente.

Me levanté, le cubrí con la manta de piel y me fui a dar una ducha rápida y a buscar los guiones que había traído del trabajo. No volví junto a él hasta que, dos horas después, anocheció. Fui a inclinarme sobre su rostro y besarle para saber si iba a querer cenar —aunque sabía de sobra que no—, cuando percibí una luz blanquecina en la penumbra del enorme salón abierto.

En los pantalones del *mio Capo*, tirados a un lado, sobresalía una forma rectangular del bolsillo. Su móvil. En él brillaba una luz parpadeante de notificación. Con una mirada rápida a Mr. Mafia, comprobé que estuviera profundamente dormido antes de caminar sin hacer ruido hasta el pantalón. Tuve cuidado de tapar la claridad de la pantalla con la mano antes de encenderlo.

En el fondo, apareció una foto de nosotros dos. Una de esas fotos tontas que nos habíamos sacado en la piscina. Yo rodeaba su cuello y le besaba en la mejilla mientras él sonreía como si fuera el hombre más feliz del mundo.

Arqueeé las cejas y volví a mirar a Mr. Mafia, roncando suavemente en el sofá. Debía tener aquello por si en algún momento, como estaba pasando ahora, me daba por cotillearle el móvil. No me sorprendía demasiado, la verdad. Le había visto sacar adelante genialidades mucho más originales que esa.

Bajo la hora del reloj, estaban los mensajes instantáneos. Solo tuve que deslizar el dedo hacia abajo para mirar las notificaciones.

La mamma: Cariño, el domingo cuando vengas a buscarnos, recuerda pasarte por el Millo's. Hay una promoción de detergente, usa los tickets.

La mamma: Ah, y también pasa por la farmacia, la niña necesita más jarabe para la tos. ¿Sigues trabajando?

Carlo: Oye, Capo, ¿qué número es el pedido 34?

Carlo: El número no, me refiero a cantidad. Ya sabes.

Carlo: Vale, ya lo he solucionado.

Carlo: Me han llamado para entregar un pedido enorme para una fiesta. ¿Puedes ayudarme?

Piccola: Al final la fiesta es el viernes. Puedes llevarte tú en el Masseratti???

Poorfaaaaa.

Piccola: (emoji de manos levantadas)

Carlo: Capo????

Carlo: Joder, sé que estás con el ricachón ese, pero me vendría bien un poco de ayuda.

Carlo: Oye, si tienes tiempo, pásate por aquí. Ya sé que tú te estás consiguiendo una vida de lujo a folladas, pero los demás seguimos teniendo que trabajar.

Carlo: No han querido pagarme por llegar una hora tarde y han llamado a los Giorgio. GRACIAS. Espero que lo estés pasando de puta madre en ese palacio de Beberly. Eres un puto egoísta.

Releí todo una vez más y moví la pantalla para dejarla como estaba antes. Guardé el móvil en su sitio y me quedé mirando la pared acristalada que daba al jardín y la piscina. Un minutos después, volví a al cocina y cogí uno de los pitillos de Mr. Mafia para fumarlo mientras me terminaba el café.

Fue todavía media hora después cuando oí un leve y ronco:

– Cucciolo.

Al levantar la mirada me topé con el Capo en sus calzoncillos de marca, caminando lentamente en mi dirección mientras se frotaba el rostro de ojos enrojecidos y algo hinchados tras la siesta de casi tres horas.

– ¿Estabas cansado, *amore*? –le pregunté.

– Un poco... La comida pudo conmigo –reconoció, terminando de bordear la isla para abrazarme por la espalda y hundir su rostro en mi cuello.

Tomó una buena respiración y la soltó lentamente, llenando el cuello de mi camisa de un calor húmedo que me erizó parte de la piel. Tras un beso suave en el hombro, terminó por decirme al oído:

– *Fai un caffè al tuo capo*.

Asentí, pero cuando me bajé del taburete, Mr. Mafia no quiso dejarme ir. Me encerró entre sus brazos, la mesa y su cuerpo. Pegó su frente a la mía y me obligó a mirarle a los ojos claros y salvajes.

– *Poi vai a ripulirti... Che ne dici?*

Se me escapó un leve bufido y sonreí. Alguien se había levantado cachondo de su siesta, pero estaba siendo lo suficiente considerado para preguntar si me apetecía hacerlo. Porque el Capo, incluso el Capo enamorado, seguía sin meterla a no ser que estuviera totalmente limpio, y eso requería tiempo y esfuerzo de mi parte.

– *Cosa ti dirò, amore? Sì, sempre sì...*

Mr. Mafia ahogó un gruñido de placer y me dio uno de esos besos suaves pero cargados de erotismo y sensualidad. Un poco de lengua, un leve mordisco, un roce de su entrepierna contra la mía. Después, se separó, me hizo una señal con la cabeza hacia un lado y, cuando di un paso, me pegó uno de esos azotes juguetones en el culo.

Salté un poco, porque aunque no fuera doloroso, sí me sorprendió. Después fui a prepararle el café y le eché un breve vistazo. Ya se estaba encendiendo un pitillo en los labios, con el codo apoyado en la mesa y cara a mí. Su pelo estaba revuelto, las cadenas de oro colgaban de su cuello, destacando en contraste con el vello negro y la piel caramelo, más tostada ahora que tomaba el sol en su piscina regularmente. Su barba era espesa, pero perfectamente recortada. Su cuerpo ya había dejado atrás la redondez del empacho y volvía a ser simplemente perfección hecha carne. La tela negra de sus Calvin Klein se adaptaban a la perfección a su cintura, como hechos a medida, remarcando sus grandes piernas y el bulto carnosos y duro que sobresalía de su entrepierna.

No era difícil enamorarse del Capo, dejarse llevar por esa fantasía y caer rendido a sus pies. Y no hablo de su físico. Hablo de ÉL. Del personaje que

había creado para mí. El que, incluso con sus tonterías de machito italiano y su actitud retrógrada, tenía aquel encanto masculino y protector. Ese momento dulce y tierno que escondía de todos menos de ti... como cuando tomas un caramelo de limón y descubres que, al fondo de ese sabor amargo del principio, hay un corazón de miel.

No, no era difícil enamorarse del Capo. Lo difícil era no hacerlo y recordarte a ti mismo que, fuera quien fuera ese increíble hombre que estaba frente a ti, no era real...

Ni nunca lo sería.

Cuando entreabrí los ojos, el despertador ya llevaba sonando todo un minuto. Lo sé porque fue el Capo el que alargó la mano y lo apagó de un golpe seco. Otra vez en silencio, hundí la cara en el hueco entre su cuello y su hombro y cerré los ojos.

– *Cucciolo*...

– Lo sé – murmuré.

– Vas a llegar tarde...

– Lo sé.

– *Bene*... – terminó, rodeándome con un brazo mientras se cubría el rostro con el otro.

Cuando entreabrí los ojos, ya había pasado una hora y salté de la cama como si se hubiera prendido en llamas.

– ¡Mierda! – grité de camino al ropero.

No había tiempo para ducharse, solo para elegir algo limpio que ponerse de mi parte del vestidor y salir corriendo en dirección al baño para limpiarme los dientes y peinarme. El Capo, con expresión adormilada y el pelo revuelto, me siguió al interior y se puso a mear mientras, sin mucho cuidado, estiraba los brazos y bostezaba.

– Te lo dije, *cuccolino*... – me recordó antes de volver a prestar atención a su *cazzo* y hacia donde apuntaba.

– Lo sé – farfullé con la boca llena de pasta de dientes. Entonces escupí, bebí agua y volví a escupir –. Llego antes a la productora desde aquí, creí que podría tomarme diez minutos más – le expliqué, arrojando mi cepillo al interior del vaso, junto al de Mr. Mafia, antes de abrir una de sus ceras para el pelo.

– Son casi las diez – dijo el Capo, mirando su Rolex.

– ¡Sé que hora es! – terminé exclamando antes de dedicarle una mirada seria por el reflejo del espejo.

Mr. Mafia respondió a mi mirada con la misma intensidad y seriedad, sin apartarla, se agitó un poco el *cazzo* para soltar las últimas gotas y después se acercó un par de pasos para quedar a mis espaldas.

– *Rilassati, Joe*... – me dijo con un gesto de advertencia al más estilo de la mafia –. No se le habla así a *il tuo Capo, capito*?

Me mordí la lengua y terminé por seguir peinándome mientras Mr. Mafia hacia uno de esos numeritos de los bajos fondos. Ese en el que se te quedaba mirando

muy fijamente y en silencio, como si estuviera a punto de pegarte una paliza, y, entonces, escupió en el lavabo y siguió su camino a la ducha. Por suerte, toda esa testosterona también la usaba en la cama, donde de verdad era jodidamente excitante y divertido verle así.

– *Devo andare, amore* – me despedí cuando estuve listo.

Capo se inclinó hacia la parte abierta de la ducha acristalada y esperó a que le diera un beso en los labios.

– *Ci vediamo stanotte* – me recordó.

Asentí con la cabeza y le di otro rápido beso en su rostro mojado de agua.

– *Ti amo* – dije antes de dirigirme a buen paso hacia la puerta.

Al cruzar la puerta de la mansión, sentí ese golpe de calor de la mañana y resoplé, poniéndome las gafas de sol que llevaba en las manos; aunque no estaba seguro de si eran mías o del Capo.

Durante ese último mes todo se había entremezclado un poco y, sinceramente, estaba resultando un tanto caótico. Todo empezó poco después del cumpleaños de mi padre, cuando, al parecer, el primo Carlo se había enfadado y había dejado «el negocio». Mr. Mafia se había puesto como una completa fiera. Me había tenido una hora al teléfono, oyéndole quejarse sin parar mientras yo intentaba hacer mi trabajo.

– ¡Me llamó egoísta! ¡EGOISTA, JOE! ¡Yo, que me mato a trabajar por la familia! ¡Le hice un favor al darle ese empleo! ¿Sabes? ¡Hice un sacrificio personal para que él tuviera dinero que darle a la *ragazza* que el muy gilipollas ha dejado preñada! Pero no... Carlo es demasiado bueno para trabajar con las manos. ¡ÉL ha ido dos años a la universidad! ¡Se merece un puto puesto de alcalde! –y eso era de lo poco que gritaba en inglés, porque la mayoría del tiempo eran insultos en italiano y supuestas preguntas a Dios de por qué le hacía esas cosas.

– Suena a que necesitas una copa, *amore*, ¿quieres que le diga a Lizza que pida una reserva en la Garza Plateada? –terminé preguntándole cuando se desahogó lo suficiente.

– Sí... *bene*. Esta noche paso a buscarte y vamos.

Sentados en una de las mesas del restaurante japones, mientras comíamos sushi y bebíamos sake, el Capo seguía bloqueado en un bucle de rabia e indignación.

– ¿Dime si no es indignante, *cucciolo*? ¡Dímelo! ¿Está *il tuo Capo* loco o tú lo ves normal? He pasado hambre por culpa de ese gilipollas desagradecido. ¡La familia ha pasado hambre! Pero a él no le importa, él se cree mejor que nadie y no es más que un puto inútil que no sabe hacer nada bien. Bueno, sí, sí que sabe hacer algo bien: comerle la oreja a toda *ragazza* que pasa por su vida para meterle el *cazzo*. ¡Eso lo hace *troppo benne*...!

Las demás mesas estaban algo escandalizadas de verle gesticulando tanto, mezclando idiomas y totalmente indignado; pero yo comí tranquilamente, le escuché y asentí sin parar a todo lo que decía. Cuando yo me enfadaba así con mis padres me gustaba mucho tener a alguien que, simplemente, me diera la razón.

Al terminar, fuimos a su casa y echamos un polvo bastante salvaje en la cama. No es que el Capo fuera violento conmigo, sino más bien que tenía mucha frustración que descargar con gruñidos, un incesante movimiento de cadera y

varias de sus posturas favoritas. Cuando se corrió, casi pude sentir como la energía abandonaba su cuerpo, como si se evaporara junto con el sudor que empapaba su piel.

Se derrumbó sobre mí y se quedó así un buen rato, recuperando el aliento antes de quitarse de encima y atraerme con cariño.

—Tú te...

—Sí, un poco antes que tú —respondí, acomodando la nuca en su hombro y soltando un suspiro de pura felicidad.

—*Bene*.

Entonces, en esa calma y silencio tras el sexo, retomó el tema una última vez; pero, en esta ocasión, con un enfoque diferente.

—*Cucciolo*... sin Carlo para ayudarme, voy a tener que trabajar más horas. Como antes... No creo que podamos vernos todos los fines de semana —me dijo en voz baja mientras me acariciaba el pecho sudado.

—Oh, eso es nuevo —respondí, entreabriendo los ojos para mirar el techo.

—Sí. Es una de las razones por las que me he enfadado tanto con él. Pero no puedo dejar el negocio, ¿entiendes?

—Claro, Capo —afirmé, haciéndome mis propias teorías conspiranoicas de si todo aquello era cierto o no.

Había visto el mensaje de Carlo, un mensaje que Mr. Mafia era imposible que hubiera planeado que yo viera, así que tenía que ser cierto. Junto con la evidente referencia a que el Capo se aprovechaba de mí y mi dinero, había un par de mensaje que sí le hacían parecer la persona insoportable e inmadura de la que Mr. Mafia se quejaba tanto.

Pero, por otra parte, quizá aprovechara un evento real —como hizo con el incendio—, para sacar un beneficio personal. Habían pasado casi tres meses tras la mudanza y estaba más que claro que su mujer y sus hijos no iban a vivir allí jamás. Aunque eso no quería decir que su mujer no se estuviera hartando de que su marido desapareciera los fines de semana y nunca durmiera en casa...

—Tendremos que vernos en momentos libres entre semana o quizá algún domingo —continuó diciendo mientras me abrazaba y pegaba su rostro al mío, como si tratara de consolarme—. Lo siento, *cucciolo*... De verdad.

—No pasa nada, Capo, así son las cosas —respondí, levantando una mano para acariciarle el rostro y consolarle.

—¿No hay una frase del Torá que pueda ayudarme? —me preguntó.

—Sí. Hay una historia en que dice así: «Y bajaron los saenitas de la montaña, mayores y pequeños, hombres y mujeres, arrastrando con ellos tiendas y animales. Cuando llegaron al valle, Dios envió un ángel y este bajó del cielo. Iluminó sus rostros llenos de tierra y sudor y les dijo: Si alguna vez vuestro *ragazzo* se marcha mucho tiempo, debe mandaros fotopollas y videos guarros para que no muráis de hambre...».

Mr. Mafia se quedó un par de segundos en silencio y, entonces, empezó a reírse. Su pecho se movió de arriba abajo contra mi espalda y su voz resonó en la penumbra de la habitación. Cuando terminó, me dio un beso en la mejilla y dijo:

—*Solo tu mi fai ridere così, Joe*...

Después, me abrazó y apoyó su cabeza contra la mía. Creí que daríamos la charla por terminada y nos dormiríamos, pero resultó que aún tenía algo que decir en voz baja:

—Me siento estúpido, pero todavía me preocupo por Carlo. Sé que no se lo merece, pero es de la familia... Ahora tiene a esta chica y un hijo a punto de nacer. Si deja el trabajo, ¿qué va a hacer? Solo tiene dos años de universidad y jamás a hecho nada más que salir de fiesta e ir al gimnasio. Aun por encima se cree demasiado bueno para un empleo que no sea de oficina... ¿Cómo va a sacar una familia adelante con esa actitud?

—¿Quieres que le busque un trabajo? —le pregunté, a lo cual siguió un breve y profundo silencio.

Noté cómo Mr. Mafia giraba el rostro y me miraba en mitad de la oscuridad.

—¿En serio?

—Sí —me encogí de hombros—. No sería nada complicado buscarle un sitio en la productora. Siempre hace falta mano de obra para mover cosas, cargar y descargar... aunque si dices que solo le interesan trabajos de oficina, también puedo meterlo en una de las sucursales, o incluso hacer una llamada y pedirle a un amigo que le contrate en una empresa. No creo que al señor Goldenberg le importara buscarle un lugar en el banco, si lo prefieres.

El Capo volvió a quedarse un momento en silencio.

—El banco... suena genial. Carlo se pondrá insoportable, pero creo que tendría un sueldo aceptable para mantener a su familia.

—Sí, bueno, el sueldo será normal, supongo. Algo administrativo muy básico y simple. Tampoco es que vaya a poner a tu primo el borracho de gimnasio que no controla su *cazzo* en primera fila del banco, como entenderás.

El Capo volvió a reírse por lo bajo y asintió, rozando la barba espesa contra mi sien.

—Claro, *cucciolo*. Lo que sea, de verdad. La familia estará muy agradecida.

—Sí, hablando de eso, Capo... —añadí con un tono más serio—. Necesito que me prometas que no pasará nada turbio con tu primo. Y me refiero a la mafia. Sería una vergüenza si pido este favor y se os ocurre utilizarlo para algún negocio turbio. *Capisci di cosa sto parlando?*

EL Capo, una vez más, se quedó un par de segundos en silencio. Acercó sus labios a mi sien y me dio un suave beso.

—*Cucciolo*... yo no trabajo en la mafia.

Esa vez el que se quedó parado y sin hablar, fui yo.

—¿Qué? Pero si me dijiste que...

—No, Joe. Yo no te dije que fuera de la mafia, eso es algo que asumiste tú.

—No, no, no... Yo lo asumí... y tú nunca me corregiste al respecto. Así que lo afirmaste por omisión. Además, no parabas de hablar de ese «padrino» al que le pedías permiso para todo.

No dijo nada.

—Vale, de acuerdo, entonces, ¿de qué trabajas, Capo? —una de las preguntas del millón, una que, después de aquella revelación, me había ganado saber.

—Soy empresario, me dedico a la restauración y el sector servicios.

Mentía, mentía como un cerdo porque yo sabía dónde había vivido acinado con su familia antes de estar en mi casa de Beberly Hills. Era imposible que el Capo tuviera tantos negocios como les había dicho a mis padres; pero eso abría otra interrogante. ¿Por qué quería corregir su mentira inicial? ¿Qué había cambiado? –Vale –murmuré sin más, escondiendo la revolución que era mi mente en aquel momento.

El Capo se volvió entonces, quedándose de lado para mirarme el rostro y abrazarme.

–*Cosa succede, cucciolo?* ¿Ya no quieres tanto a *il tuo Capo* al saber que no es un mafioso?

Giré el rostro y vi sus ojos sumergidos en la suave penumbra de la habitación. Incluso así, eran ligeramente más claros que todo lo demás.

–Capo, ¿tú me querrías menos si yo no fuera productor de cine?

Él se tomó uno de esos silencios que se alargaban demasiado en el tiempo, hasta que casi estabas seguro de que no iba a responder; y entonces susurró:

–Tú eres *il mio cucciolo*, Joe. No hay forma de que te quiera menos.

VENTISETTE

— ¿Qué quieres que te diga, Joe? Me está empezando a doler la cabeza con este tema, ya se ha alargado demasiado — me dijo Lizza mientras se acomodaba en su asiento de primera clase —. ¿Cuánto llevas con Luigi? ¿Seis meses?

— Sí, más o menos.

— Pues parece que llevamos años hablando de él, en serio. No te voy a mentir — me miró un momento y ladeo el rostro —, al principio fue divertido, pero ahora es estúpido. ¿Qué quieres conseguir con todo esto, Joe? ¿Te has hecho esa pregunta?

— ¿Cómo que qué quiero conseguir? — murmuré antes de fruncir el ceño —. Nada.

— Algo quieres conseguir, porque sino no entiendo por qué le das tantas vueltas. Creía que había quedado muy claro que es un manipulador y un *boy toy*, pero tú siempre vuelves cada puto lunes con algo nuevo: es que me ha dicho que... Es que he descubierto que... Cuando le dije esto le vi que...

Puse los ojos en blanco y terminé por mirar al frente.

— Si no quieres que te hable de él, solo tienes que pedírmelo, Lizza. No hace falta que te pongas así.

— Me pongo así porque me preocupas. Te lo he dicho, deja de obsesionarte con él. No te quiere, Joe. Solo te hace creer que sí.

— Ya sé que no me quiere.

— No, no lo sabes, porque si lo supieras te limitarías a comerle la polla y no a sobreanalizarías cada puto micro-detalle de lo que hace o dice.

— No hago eso, solo hay... ciertas cosas que me llaman la atención. No acabo de entender por qué ahora le ha dado por compartir cosas de su trabajo o su familia conmigo. Nunca lo ha hecho antes. Y está rompiendo sus propias mentiras, cambiándolas, no sé por qué. Además, parecemos novios — y ahí dejé de gesticular como un loco mientras trataba de expresar mi frustración. Tomé una bocanada de aire y miré a Lizza, en su asiento con ventanilla —. Novios reales... no una especie de pareja perfecta creada para hacerme feliz. A veces incluso discutimos a gritos.

— Wow, discutir... eso no me lo habías dicho — murmuró ella, moviendo la mano para colocarla sobre la mía en el reposabrazos —. Eso lo cambia todo, Joe. Si discute contigo es que de verdad hay sentimientos ocultos. Yo creo que te ama, pero que sus convicciones sociales y sus costumbres italianas le han obligado a casarse con una mujer y tener tres hijos; pero él trata de huir de ese matrimonio infeliz. Un día te encontró a ti y descubrió lo que era la auténtica felicidad, así que se aferra desesperadamente a ella, porque solo la consigue entre tus brazos...

Ninguno de los dos dijo nada hasta que, tras casi cinco segundos de silencio ininterrumpido, respondí:

— Que te jodan, Lizza.

— Madura, Joe. Esta no es una de tus putas películas — dicho esto, se puso su máscara de dormir y se recostó en el asiento —. No me despiertes hasta llegar a Nueva York.

Continué negando con la cabeza, algo frustrado y enfadado al mismo tiempo. Ella no lo entendía, no podía entenderlo. No estaba allí para mirar al Capo a la cara y ver lo que hacía, o cómo se relacionaba conmigo.

Ese mes de trabajo constante y ausencia continua, Mr. Mafia —aunque ya no tenía claro si debía llamarle así—, había convertido sus habituales mensajes tóxicos y cortos en auténticas conversaciones con sentido. No quiero decir que dejara de estar obsesionado con dónde estaba, o con quién, o lo que hacía, pero había añadido nuevas capas a eso. Capas de persona normal.

Habitualmente era yo el que hablaba de alguna tontería o me sacaba una foto graciosa y después esperaba su respuesta; pero desde que había empezado a no poder verme cuando quería, la cosa había cambiado. Ahora me hablaba de todo un poco, desde cosas como el tiempo hasta reflexiones que le preocupaban y pequeños secretos. Me enviaba mensajes, audios, fotos e incluso vídeos. Después me llamaba cada noche y hablábamos cuanto podía hasta que tenía que «volver al trabajo».

A veces se le notaba cansado, a veces se le notaba preocupado y, a medida que el mes fue avanzando, hasta empezó a estar irascible.

—No sé qué hacer, *cucciolo* —me había dicho una madrugada de jueves, uno de esos extraños días en los que aparecía a las tantas en mi casa y me despertaba por sorpresa—. No puedo volver a esto, no puedo. No voy a encargarme yo de todo y sacrificar mi vida, no ahora que te tengo a ti.

—Es que no sé cómo ayudarte, Capo —le había confesado yo, abrazándole en la cama.

No dudaba de que trabajaba demasiado, porque últimamente olía más a sudor que a colonia y bajo sus ojos se habían formado unas manchas más oscuras que solo se oscurecían día tras día.

—Si necesitas otro trabajo, puedo encontrarte uno, mejor que el de tu primo Carlo, con un buen horario y un buen sueldo.

—No, nada de eso —se negó en rotundo, llegando a ponerse orgulloso—. Yo puedo conseguir mi propio trabajo, *cucciolo*.

Esos eran los malos momentos, después, todo eran besos, caricias y palabras dulces en italiano. «*Mi manchi tanto, Joe*», «*Ti penso sempre, amore mio*», «*Ti amo...*» Y desaparecía, tan repentinamente como había venido, dejándome con la cabeza algo aturdida y una pelota cada vez más pesada en el pecho.

Ya no era cuestión de sexo, porque, como le había pedido, el Capo no dudaba en enviarme toda clase de fotos y vídeos sexuales. Hasta me había traído un pen drive con nuestro porno casero. El trato era simple: háztelo cuando lo necesites, pero solo mirándome a mí. Y mirar al *mio Capo* era todo lo que necesitaba para correrme como un adolescente. Incluso cuando esos vídeos guarros parecían más una propagando «pro-Capo» que algo erótico.

—¿Qué te parece, *cucciolo*? ¿Crees que esto vas a encontrarlo en otra parte? ¿eh? *Pensi che troverai qualcuno come il tuo Capo? No, Joe, nessuno avrà questo cazzo...* — me decía mientras se grababa desnudo frete al espejo, se acariciaba, sacaba brazo, pecho o agitaba su *cazzo* duro. Una completa maravilla...

Sin embargo, eso me había hecho preguntarme de hasta qué punto ahora Mr. Mafia confiaba en mí. Jamás había intercambiado nada conmigo, nada que le

incluyera a él y, mucho menos, él haciéndose una paja o diciéndome guarradas con un primer plano de su cara. Con eso en mi poder, era muy sencillo sobornarle. Era tan sencillo como amenazarle con ir a enseñarlo a su mujer, sus hijos, su *mamma* o incluso a sus parroquianos de la iglesia.

A eso me refería con que no entendía nada. ¿tanto se había arriesgado el Capo por ganarse mi confianza? ¿Tan seguro estaba de que yo le quería y que jamás le haría daño? Pero, y si las cosas se torcían. No tenía ningún seguro para evitar el desastre. Solo me estaba dando ciegamente herramientas para joderle si me enfadaba.

No, ahora el problema no era él; era yo.

Y es que ya no estaba seguro de nada. Podía ser otro de esos trucos del Capo, estar... yo que sé, montando todo aquel espectáculo para conseguir algo, pero ¿lo qué? Ya tenía mi coche, ya tenía mi casa, ya tenía mi tarjeta y toda la ropa y complementos que podrían caberle en el armario. ¿Qué más necesitaba? Incluso se suponía que tenía mi corazón, ya no necesitaba esforzarse tanto por seguir enamorándome o haciéndome desearle de esa forma.

¿Acaso creía que yo era uno de esos millonarios volubles y caprichosos y que, si no hacía aquello, me acabaría olvidando de él? Suena a algo posible... No conmigo, pero en general... Pero yo no le había dado ninguna señal de que no estuviera encantado con él. Seguía tan fascinado por su físico y el sexo como el primer día, incluso más, ahora nos conocíamos el uno al otro de esa forma que solo da la experiencia.

Puede que yo fuera un poco caprichoso, no voy a negarlo, pero era imposible, *impossible*, que el Capo se creyera que estaba perdiendo interés en él. Por favor... era demasiado evidente lo loco que me tenía.

—¡Te juro que como te pille follando con otra persona, TE JODO LA VIDA! ¿ME HAS OÍDO, CAPO? ¡A mí no me vacilas! ¡Te echo a patadas de mi puta casa y después contrato a un ruso para que te corte los putos cojones y me haga un collar con tus dientes! ¡VAS A COMER DE UNA PAJITA EL RESTO DE TU MISERABLE Y JODIDA EXISTENCIA! —y reventé el cenicero contra el suelo, creando un estallido de ceniza y cerámica negra de ochocientos dólares.

Esa tarde a mitades de mes había llegado a su casa y me había encontrado la parte de arriba de un bikini en el baño de invitados. Cuando el Capo entró por la puerta, creo que sintió un escalofrío, uno que se intensificó nada más verme fumando en la cocina con el bañador delante.

—¡Joe, Joe, *ascoltami, giuro che non è come sembra!* ¡Es de mi hermana! No tengo ninguna *cagna*, lo sabes. ¡Yo jamás te haría eso! *Piccola* sabe que vivo aquí y debió venir con algunas amigas a la piscina. Me lo había preguntado, pero no estaba seguro de si estaría bien. *Per favore, cucciolo! Sai che ti amo più di ogni altra cosa!*

Capo usó todo su encanto, se deshizo en gestos, expresiones sexys, caricias y excusas sobre que su hermana era una adolescente descerebrada y rebelde. Lo hizo muy bien, no puedo decir que no. Debía ser algo en su genética, algo en su cultura de machos italianos infieles y mujeres demasiado celosas y dramáticas; que le había preparado para escenas como esas.

Yo no paraba de gritar, amenazarle y romper cosas y él no paraba de darme explicaciones y jurarme que me amaba mientras esquivaba todo lo que le tiraba a la cara.

Cuando al día siguiente vino a mi despacho, trajo con él fotos del Instagram de su hermana, a la que llamaba *Piccola*. En ellas se veía a la joven de no más de diecisiete años, disfrutando de su fantasía de Beberly Hills con sus amigas. No podía ser un montaje por varias razones, la primera era que la chica se parecía al Capo; la segunda era que llevaba el mismo bikini, y yo me había quedado con el que estaba en su casa; la tercera era que los muchos posts que ella había subido tenían fecha del día anterior y, en la cocina, todavía estaban el cenicero, los vasos y el jarrón que yo había reventado contra las paredes y el suelo.

—Es mi hermana, Joe —me juró el Capo una vez más, con esa intensidad de mirada firme y tono muy serio—. Se coló en casa con sus amigas porque sabía que yo trabajaba, se hicieron muchas fotos y después olvidó el bikini en el baño cuando se cambió. *Il tuo Capo* tiene muchas cosas malas, pero è un uomo fedele, Joe. *Giuro su Dio*.

Lo más curioso de toda aquella historia, es que a *il mio Capo* pareció gustarle descubrir aquella parte terriblemente loca y celosa de mí. Yo ya sabía que era esa clase de hombre al que «le gustaba gustar», lo hacía siempre en las fiestas, se dejaba halagar y no dudaba en sacar el encanto mediterráneo a relucir a la menor oportunidad; pero desde entonces tuvo muchísimo cuidado de dejarme bien claro que «*il mio Capo è solo mio*».

Tras discutir más veces a gritos, me quedó bien claro que en su genética italiana había una inclinación enfermiza por ese tipo de relaciones tóxicas y pasionales; porque cuando follábamos después —o incluso durante— esas peleas, el Capo parecía tener los mayores orgasmos de su vida. Y, no voy a mentir, yo también los tenía. Había algo preocupantemente excitante en aquella violencia desatada. La verdad, es que había algo preocupantemente excitante en todo lo que él hacía. Algo que, poco a poco, me estaba volviendo loco. Y eso no podía pasar. Él *no podía* ganar, y yo me iba a asegurar de ello...

«Ya llegué a Nueva York. Aquí está lloviendo, ¿te lo puedes creer? Lluvia. Qué cosa tan de pobres... (foto de la calle desde el taxi). Lizza lleva dormida todo el viaje y se acaba de despertar de muy mala hostia (foto de Lizza con cara de enfado). Ahora nos vamos al hotel y a la reunión con el director y el equipo de rodaje. ¿Tu qué tal todo? Debe ser aun de madrugada por allí». Fue lo primero que escribí cuando encendí el móvil, porque aquel viaje a NY había puesto totalmente de los nervios al Capo.

«JAJAJA. Lo de la «lluvia de pobres», me ha hecho gracia, *cucciolo*. ¿Tú has dormido bien? Espero que nadie te haya echado miradas en el avión. Ya sabes que te lo digo siempre, pero no puedo evitarlo: como alguien se te acerque, te juro que lo mato. Y no es broma, Joe. Voy allí y *giuro che lo ucciderò*. Capito? No tienes que decirme que no confío en ti, porque lo hago. Eres *il mio ragazzo* y

confío más en ti que en nadie; pero ya sabes cómo soy yo, así que no hagas que *il tuo Capo* lo pase mal. *Di acordo?*»

«Mmh... Sinceramente, Capo, has mandado un mensaje bastante suave para ser tú y, además, considerando que me he ido a la otra punta del país. ¿Estás teniendo una buena noche?, ¿es eso? ¿Poco trabajo? Tranquilo, *amore*, te mandaré mensajes cada poco. Solo serán dos días y volveré a la soleada y lujosa Los Ángeles»

El Capo había tardado apenas minutos en responderme, así que estaba trasnochando otra vez. Eso o se había quedado despierto a la espera de que le enviara un mensaje, lo cual, la verdad, no me sorprendería lo más mínimo.

—¿No te parece que todos los neoyorkinos tienen cara de asco? —me preguntó Lizza, mirando a través del cristal empapado del taxi.

—Yo también la tendría si viviera aquí —le aseguré.

Lizza se rio con cierta crueldad y después se acomodó en el asiento.

—Lo único que merece la pena de esta ciudad es James Black. ¿Crees que lo veremos en la gala?

Puse los ojos en blanco y después le dediqué una mirada que habló por sí misma.

—Sigo sin entender qué te pasa con ese hombre. Lo mío con el semental te aburre, pero sigues como una subnormal cada foto que cuelgan de esa estúpida relación que tiene con su secretaria. Es puro marketing, Lizza.

—Lo sé, pero está muy bien hecho. Es cien por cien traída a la actualidad: la chica latina y pobre, el empresario multimillonario y guapísimo... ¿Sabes que he pedido mesa para esta noche en uno de los restaurantes a donde la llevó?

—De verdad... —terminé por murmurar, incapaz de creerme lo que oía—. Puedes apuntarte con mi madre al club de fans.

Antes de que hubiera terminado de decir aquella frase, volvió a vibrarme el móvil. Capo ya había respondido y, como sospechaba, no dejaría de hacerlo en todo el tiempo que estuviera en Nueva York. Estaba paranoico y lo estaría mucho más si supiera la verdadera razón por la que Lizza y yo estábamos allí. La Academia de Cine de Nueva York, la más importante asociación de la industria en la costa este, iba a celebrar una gala importante y, al parecer, mi padre creía que había llegado el momento de ir delegando responsabilidades en mí. Yo sería el representante de la productora y, aunque en la costa oeste no nos tomáramos en serio a los cineastas neoyorkinos, había que mantener las buenas formas y los contactos.

Si *il mio Capo* hubiera sabido que me iba directo a una gala llena de actores y artistas al otro lado del país, que iba a tener que sonreír mucho y estar con muchas de esas personas, y que después probablemente tuviera que irme a un local de baile en una de las ciudades más gays del mundo; le iba a dar un puto ataque al corazón.

Por eso le había contado algunas pequeñas mentiras, con la esperanza de que se lo tomara con más calma y no «hacérselo pasar peor» de lo que ya lo estaba pasando. Así que la historia oficial era que habíamos venido a ver a unos directores, que haríamos un poco de turismo, que Lizza y yo dormiríamos en la

misma habitación del hotel y que nos volveríamos corriendo a Los Ángeles lo antes posible.

Y, aun así, *il mio Capo* no paraba de enviarme mensajes en los que de vez en cuando incluía un breve «¿Por qué tardas tanto en responder, *cucciolo?*», «por dónde estáis ahora. Ten cuidado con los criminales, esa ciudad está llena», «¿Prefieres que te llame? Te llamo, dame un momento...».

—Capo, todo va bien, tranquilo. Acabamos de cenar en un restaurante de mierda que Lizza eligió porque está enferma de la cabeza y después nos hemos venido al hotel.

—¿Qué restaurante?

—Uno al que un empresario millorano llevó a su novia. Son algo así como famosos.

—¿Hablas de ese millonario de la tecnología y la latina?

—Ogh, no me digas que tú también les sigues.

—No, pero mis hermanas y mi madre sí. Yo estoy bastante seguro de que el tipo ese se *scopa molto duramente a il suo assistente irlandese*.

—Yo también. Y no le culpo, es demasiado guapo.

Un breve silencio y supe que la había cagado. Ya estaba poniendo los ojos en blanco incluso antes de que Mr. Mafia dijera:

—Oh... así que te parece «demasiado guapo».

—Vamos, Capo. Es un hombre muy guapo, reconócelo.

Otro breve silencio.

—*Lui è bello... ma non più bello di te*.

—Oh, por... —y se me escapó una risa tonta. ¿Desde cuándo me emocionaba que me consideraran más guapo que otro hombre? Al parecer, desde hacía poco—. *Grazie, amore* —terminé murmurando—. Ahora sé que eres más de rubios que de pelirrojos.

—¿Y tú, *cucciolo?*

—No sé, los irlandeses tienen su gracia, me gusta su acento —respondí, bajando la mirada a las uñas como si el Capo estuviera allí para ver mi actuación—; pero creo que no hay nada como un buen italiano. ¿Sabes? *Un uomo grande e forte, un lavoratore, che mi dà sempre quello di cui ho bisogno*.

El profundo silencio que dejaron mis palabras me dio una idea muy aproximada de lo muchísimo que le había gustado eso al Capo.

—*E ho pensato che non potevo amarti di più, Joe...* —me dijo al fin en casi un susurro.

«Y yo que creía que no podía amarte más...», eso me dijo, y, por un momento, hasta le creí. Así que tomé una bocanada de aire y pregunté:

—¿Tienes la televisión por ahí? ¿Quieres que veamos algo?

A veces el Capo y yo mirábamos un programa juntos, el que fuera. Él debía tener algún tipo de televisión en su trabajo y yo la miraba en casa. Lo hacíamos solo para seguir charlando al teléfono aunque ninguno de los dos supiera qué más decir. Lo más curioso es que había sido idea suya, y fue una de esas cosas que me habían hecho sospechar de hasta que punto estaba *il mio Capo* invirtiendo su tiempo en mí. ¿De dónde sacaba los ratos para ver a su familia? A su mujer, a sus hijos. Porque yo parecía ser todo su mundo ahora.

—Sí, *cucciolo*, estoy viendo el canal de la NTU.
—Capo, ¿qué te he dicho de esa cadena? Está dirigida por putos nazis.
—No te gusta porque es la única cadena que no está dirigida por uno de tus amigos *ebreos*.
—A veces, cuando dices estas cosas, me pregunto por qué te amo.
—*Mi amas* porque no hay nadie como *io*, Joe. ¿No has visto los vídeos que te mandé?
—Ya... —murmuré, mirando hacia mi maleta a un lado.
Había un secreto en el bolsillo exterior. Un sobre de papel oscuro que tenía todas las respuestas que me había prometido no saber. Nadie más que la detective del Río y yo conocía su existencia, ni siquiera Lizza.
—Cambia de canal. Me da igual cual —le dije al Capo—, pero no lo la NTU.
Él soltó un ronquido de queja, pero, con uno de sus comentario de machito para defender su orgullo, terminó cediendo.

La gala fue... terriblemente larga. Elegante, he de reconocerlo, pero demasiado larga. Había mucha gente bien vestida, muchos canapés, mucha sonrisa falsa y demasiado acento neoyorkino. En serio, hablaban como si les cobraran por el tiempo que tardaban en decir una frase. Hubo momentos en los que tuve que pedirles que relajaran un poco, y eso que hablábamos el mismo idioma.

—Los odio a todos —me dijo Lizza, con su tercera copa de champán en una mano, su mini bolso en la otra y un precioso vestido de gala hasta el suelo—. Odio su ciudad fría, odio su acento de subnormales y odio que se crean el puto centro del universo.

—Sonríe, Lizza, estamos aquí para representar a la productora, no de vacaciones —le recordé de forma sutil, dando ejemplo con una gran sonrisa en los labios—. Y deja de quejarte, no eres tú la que tiene que hablar con ellos y explicarles por qué no ha venido tu padre.

—Paul Turner se está acercando —me indicó, agachando la cabeza antes de volver a levantarla con una sonrisa que dio miedo.

Tres, dos, uno... ¡Acción!

—¡Paul! ¡Qué alegría verte!

Y así toda la gala, hasta que, como sospechaba, tuve que irme a uno de esos clubes de Midtown con algunos de los socios de mi padre en la ciudad. En ese momento aproveché para responder más asiduamente al Capo, el cual se había puesto algo impaciente cuando había notado que estaba ocupado. Había tratado de ser sutil al principio, pero después ya se había vuelto algo pasivo-agresivo. Que le dijera que estaba reunido solo me consiguió cuarenta minutos de tranquilidad.

«Estoy cenando, ¿qué tal tú?», «nos vamos a ver una obra de teatro, Lizza quiere reírse de los aficionados neoyorkinos. Es algo cruel con la escuela de arte de la costa este (yo también)», «ya en el hotel, ¿al final has sacado adelante ese encargo tan grande?». Le mentía un poco y después preguntaba por sus cosas,

de esa forma había una buena mezcla en la conversación y no se centraba todo en mí o en lo que hacía.

Cuando finalmente llegué a mi hotel, me quité los zapatos, la camisa y los pantalones. Me di una ducha caliente y me puse una bata del hotel antes de llevarme la cajetilla de tabaco y el sobre de papel oscuro al balcón. Miré la ciudad, tan diferente a Los Ángeles, y me fumé un pitillo.

Era extraño, pero haberme llevado el tabaco italiano fue la razón por la que decidí terminar con todo de una vez por todas. Porque, de una forma inconsciente, quise traerme conmigo a Nueva York algo que me recordara al Capo. Y eso era malo. Era muy malo.

Así que fui a mi despacho y cogí el sobre que escondía en el cajón de mi escritorio.

Lo había pedido una semana antes. Solo tuve que decirlo y la detective del Río me lo envió, como si ya lo tuviera preparado. Cuando me sorprendí de que ya lo hubiera investigado todo, me dijo:

—Es mi trabajo, señor Schwartz. Al final, la curiosidad siempre vence al miedo. Aun así, lo había dejado a un lado. A veces lo miraba, pero negaba con la cabeza y cerraba el cajón de un golpe seco.

Esa noche en el balcón del hotel, sostuve el sobre entre las manos y solté una calada del amargo tabaco italiano. Fuera quien fuera el Capo, iba a descubrirlo. Aquí y ahora.

Abrí el sobre y sentí un latido más fuerte en el corazón.

Por alguna razón tenía miedo.

Lo primero que saqué fueron un par de fotos en blanco y negro. Robados en la calle donde se veía al Capo caminando, saliendo del gimnasio, tomando un café con la misma mujer que había dicho que era su madre. En una tienda de alimentos junto a una chica adolescente, esa cuyo Instagram me había enseñado. Paseando a un perro. Yendo a la farmacia. A los pies de la escalinata de una iglesia católica, con camisa y pantalones. Fumando en el exterior de un local con una gorra de una pizzería y una camisera vieja. Conmigo en la playa. Conmigo en Beberly Dive. Conmigo, besándole en un restaurante... y así seguía en una docena de situaciones más de su vida diaria.

En ninguna salía con niños, con una mujer que no fuera su madre o su hermana, ni besando a nadie que no fuera yo. Fruncí el ceño y metí la mano en el sobre para sacar el informe. Todo lo que era legal e ilegal conseguir saber de nadie.

Tomé una bocanada de aire, miré al cielo oscuro de Nueva York y después fumé una última calada antes de mirar la primera página.

-

Nombre: Troy Malone.

Nacionalidad: Estadounidense.

Lugar de nacimiento: Los Ángeles, California. 13 de Marzo, 1998.

Edad: 22 años.

Estado civil: Soltero.

Trabajo: Empleado y repartidor de Puzzio's Pizza.

-

IL MIO CAPO

No se me da bien expresarme. No soy de esa clase de personas con facilidad de palabra cuando llega el momento de hablar de sí mismos; pero *il mio cucciolo* me habló una vez de una frase del Torá, una en la que un hombre decía lo que era y lo que no. Me gustó mucho, así que empezaré por tratar de explicarlo de esa manera:

Me gusta el dinero, pero no soy un *boy toy*. Me gusta conseguir lo que quiero, pero no regalo mi amor a cambio. Soy un buen hombre, pero miento. Soy predecible, pero también complicado. Soy muy bueno con los míos, pero reservado y distante con los demás. Soy anticuado, pero fiel. Soy muy apasionado, pero muchas veces en el mal sentido.

Y, lo más importante que hay que saber de mí: soy alguien que parece tontear con todos, pero no soy de los que mienten al decirte «*ti amo*».

— *Mamma*, siéntate, tengo algo que contarte. He... conocido a alguien...

— Oh... ¡OH! ¡Cariño!

— Sí, bueno, es pronto, pero me... gusta bastante. Mucho, la verdad. Me gusta mucho. Se llama Joe.

— ¿Y cómo es?

— Es... perfecto, *mamma*. Es gracioso, divertido, tranquilo, dulce y obediente, pero también tiene un lado rebelde, sarcástico, ácido y con carácter. Ya sabes cómo me gusta eso. Y... es tan *bello... troppo bello, bellissimo, mamma...* Pelo como la miel y ojos como el mar. Cuando te besa deja un rastro de saliva en tus labios, y después añade otro pequeño beso al final, como una firma, como una marca personal que dijera: *non c'è nessuno come me, amore...*

— Ay, Troy... ¿Y dónde os conocisteis?

— En un bar.

— ¿Trabaja en la ciudad?

— Sí, es... Tiene un empleo en una productora de cine.

— Uuh... ¿Trabaja en las naves, moviendo cosas y montando los escenarios como el hijo de la señora Caputo?

— Sí, algo así... va mucho a las naves. Pero todavía es pronto, llevamos solo un par de semanas viéndonos. No te hagas ilusiones, *mamma*.

— Troy, si me hablas de él, es porque es algo serio.

— No... Es... Bueno, es mi *ragazzo*...

— Ayyyyyyyy....

— *Mamma, per favore...*

— ¡Ashley, tu hermano tiene *ragazzo*!

— ¡*Mamma*!

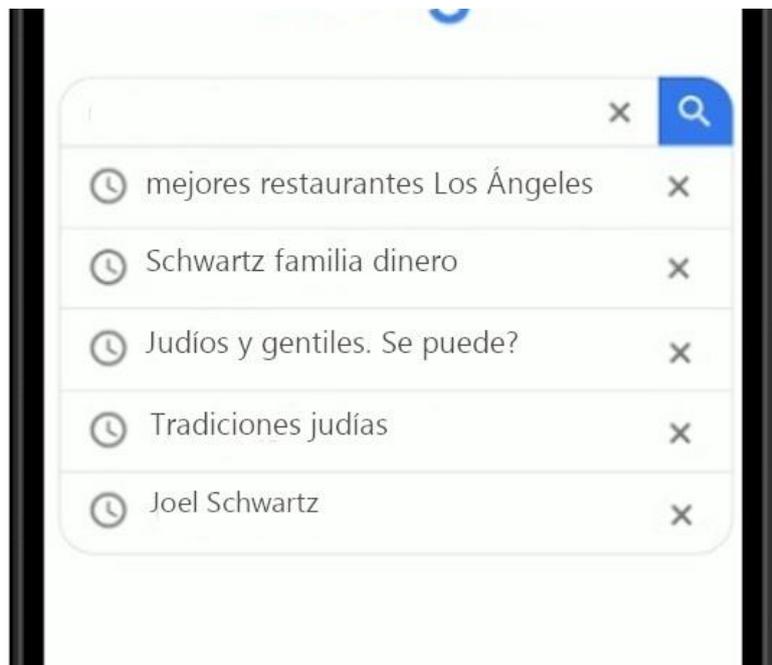
— ¿Quién tiene «*ragazzo*»?

— Se dice: *ragazzo, Piccola*.

— No me corrijas como si supieras hablar italiano, Capo.

— Sé hablar italiano...

- Sí, tanto como el gilipollas de Carlo. Oh, *amore mio*... Solo lo usáis para follar...
- ¡Ashley!
- ¡Es verdad que lo hacen! Lo he visto.
- So parlare italiano, me lo ha insegnato la nonna, ricordi?*
- Oh... *Pizza, pullini, carbonara, Pastrami, la mamma*... ¿Ves? Yo también sé decir cosas en italiano y hacer un montón de gestos con las manos, pero, sorpresa, no soy italiana.
- Ya basta, niños. Los abuelos eran italianos. Tenéis sangre italiana. Punto. El caso es que Troy tiene novio.
- ¿Es italiano?
- No, *Piccola*, no es italiano. ¿Por qué? ¿También quieres insultarle a él como haces con *il tuo fratello maggiore*.
- No, pero es lo que siempre me preguntas a mí sobre mis novios.
- Pues Joe no es italiano, solo es... judío.
- ¿Judío? Entonces, ¿tiene dinero?
- Ashley, decir que todos los judíos tienen dinero es como decir que todos los italianos nos dedicamos a la mafia.
- Capo, te lo vuelvo a repetir. ¡No eres italiano!
- Vale. Bueno, tengo que irme a la pizzería, empieza el turno de noche. Solo quería hablaros de Joe antes de irme a trabajar.
- Si no dice que *no tiene* dinero es porque *tiene* dinero.
- ¿Qué más da, Ashley? Lo importante es que a tu hermano le gusta.
- No dijiste lo mismo cuando yo salía con...
-



Cuando vi a Joe, supe que me volvería loco. Cuando miré su cartera y su móvil, supe que tenía que mentirle. Cuando empecé a conocerle, supe que haría lo que fuera por conseguirle.

Porque no había otro como él.

Yo era un hombre rudo, serio, reservado y trabajador como mi abuelo; todo un italiano de los de antes. Tenía muy claro lo que quería y las tonterías que no estaba dispuesto a soportar, y aún así, no podía deshacerme de la idea de que con Joe, yo solo estaba ahí, esforzándome por mantener el poder, haciéndome el duro, luchando con uñas y dientes por conseguir su respeto, dejándole claro que *io* y SOLO *io* mandaba allí; mientras caía como un completo imbécil en ese peligroso abismo que era amar a alguien como él.

Conocía a los ricachones de la colina, conocía sus gustos y sus vidas. No eran más que niños caprichosos con el dinero suficiente para hacer todos sus sueños realidad. Usaban a la gente como si fueran juguetes y después los abandonaban sin mirar atrás; alimentándose de los sueños y esperanzas de personas como yo: demasiado pobres y demasiado guapos para no verse tentados a conseguir una buena vida en Beberly Hills. Incluso si tenían que darle *cazzo* a momias con más silicona que cerebro, o abrirse de piernas para viejos con más barriga que vergüenza.

Pero yo no era ningún juguete, ni ningún pasatiempo temporal. Yo era el Capo. Si hubiera querido tomar la respuesta fácil, mi familia ya viviría en un palacio hecho de oro. Y si hubiera querido embaucar a un ricachón que me mantuviera, sería *il frocio* más famosos de Hollywood.

Sé lo que valgo. Sé lo mucho que les gusta a los demás mi cuerpo y mi cara. Sé que mi actitud les excita y que muchos estarían dispuestos a cualquier cosa para conseguir mi atención y llevarme a su cama. Algunos sumisos me regalaban ropa buena, me daban cosas de marca, e incluso llegaban a ofrecerme muchísimo dinero.

Yo aceptaba los regalos, por supuesto, pero la respuesta era siempre la misma: No.

Y entonces llegó Joe.

—Oye, Carlo, sé que me voy a arrepentir de esto, pero... normalmente, cuando sales con una de tus chicas, ¿cuándo sabes si está preparada para el sexo?

—Cuando se abre de piernas y no lleva bragas.

—Joder... Vale, olvida esa pregunta. Lo que quiero decir es, ¿cuánto tiempo suele tardar en pasar?, ya sabes, desde que os conocéis hasta que tenéis sexo. Y me refiero a si esa persona te importa y quieres algo serio, no a un ligue de una noche.

—Espera, espera... ¿de qué cojones hablas?

—No dejes la cuchara goteando, Carlo. Te lo he dicho mil veces, manchas la mesa y es un desperdicio de...

–Capo, ¿lo estoy entendiendo mal o... tienes a alguien a quien quieres darle cazzo? Tú... el hombre de piedra. *Mio Dio!* ¡Es un milagro!

–Solo te estoy preguntando cuánto tiempo se tarda habitualmente. Joder, ¿es tan difícil de entender? ¡Y no dejes la puta cuchara fuera del cubo! ¿Qué haces echándole pimienta a la pizza? ¿No era pizza napolitana?

–Ah, sí, joder. Me he liado. ¡Es que son todas iguales, coño!

–Vale, aparta, da igual, ya la hago yo. Tú ve a ordenar el almacén y a fregar el suelo.

–Tranquilo, joder, solo ha sido un error. Me alegra que al fin vayas a echar un polvo, a ver si así te relajas un poco, porque lo necesitas, primo.

–Lo que necesito es que dejes de hacer el subnormal y aprendas el trabajo. Nos estamos sacrificando mucho para darte un sueldo, Carlo. Esta mierda de pizzería apenas da dinero para nosotros. ¿No lo entiendes?

–Mira, Capo. Relájate. Estás algo nervioso con eso del sexo. Escucha a un experto en el tema. Si es una chica especial, que me gusta, lo primero que hago es enseñarle el cuerpo; la llevo a la playa o a la piscina, un sitio donde pueda verme bien. Eso suele ponerlas bastante cachondas. Después suelo empezar por pedirles una mamada, pero eso es un gusto personal mío. Hay quien prefiere...

–Te he preguntado por el tiempo que suele tardar en pasar, no por lo que haces con ellas.

–Eso depende, Capo, cada una es diferente... Las hay más fáciles, que te la chupan en el coche después de la primera cita; las hay un poco tímidas, a las que tienes que camelarte para que te dejen follártelas después de una cena romántica; y hay algunas a las que parece que tienes que convencer para que, después de dos meses saliendo con ellas, se atrevan siquiera a mirarte la entrepierna. ¿Cómo es ese chico tuyo? ¿Tiene pinta de ser muy cerdo?

–No.

–Vamos, Capo, me lo puedes decir... Soy familia... Eh.

–Vete a limpiar el suelo, Carlo. Ya me tienes harto por esta noche.

–¡Bah! ¡Eres un puto aburrido!

Joe me hacía sentir como en mitad de una tormenta, como en mitad de un huracán, como en un terremoto, como en un tsunami y un incendio. Por primera vez en mi vida sentí esa tentación agónica *per scopare*; y por primera vez en mi vida lo hice. Con él, con *il mio cucciolo*...

Sé que no muchos pensarían que un hombre como *io* fuera todavía virgen a los veintidós años. Y no les culpo. Nadie lo sabía en realidad. Mi vida sexual era solo mía y no la hablaba con nadie, ni siquiera con *la mamma*. Aunque ella sí sabía que su hijo era en realidad todo un romántico. El resto asumían, como Carlo, que de tanto en tanto tendría «mis cosas», pero que simplemente era demasiado serio y reservado para charlar de ellas.

La verdad era un poco más compleja que esa: a mí me encantaba el sexo, o al menos, me encantaba masturbarme. Tenía un disco duro repleto de mi porno favorito en el que había un poco de todo: dominación, *soft*, romántico, fotos,

vídeos caseros, *dirty talk*... pero siempre con *ragazzos più bellos* y un poco sumisos.

Yo sabía muy bien lo que me gustaba, lo que más me excitaba y todo lo que quería probar; pero no quería hacerlo «con cualquiera». Al contrario que mi primo, a mí no me atraía la idea de compartir esa clase de intimidad con desconocidos, por muy guapos que fueran. No. Yo quería algo especial, me merecía algo especial. Quería que mi primera vez fuera con «*el hombre*», y no con «*un hombre*».

Joe era ese hombre.

LISTA DE IDEAS

- ~~Mamada en el coche tras cena romántica.~~ Muy pronto.
 - ~~Ir a un buen hotel.~~ Muy caro.
 - Atarle, amordazarle y hacerlo duro. ¿¿??
 - ~~Preguntarle a él cómo lo quiere.~~ NO
 - Lugar tranquilo, con tiempo y espacio. (Su casa)
 - Empezar por mamada. Poco a poco. Vas midiendo y decides.
 - ~~Correrte sin avisar.~~
 - Correrte antes de ir para durar más.
 - Darse una buena ducha y recortarse el vello.
-

Supe que tenía que ser con él en el momento en el que me di cuenta de lo nervioso que me ponía la idea de follarle. Yo me decía a mí mismo que era una estrategia, que si le dejaba con las ganas marcaría la diferencia, que así le quedaría claro quién tenía los pantalones y que yo no estaba dispuesto a hacer lo que él quisiera.

Después de todo, el quería un amo. Uno firme. Y yo sería todo lo duro y firme que pudiera. Insultos, humillaciones, desprecio, frases cortantes y cero explicaciones. Le obligaría a contarme sus más íntimos secretos y después le haría sentir débil y expuesto antes de follármelo como yo quisiera.

Ese era el plan.

Pero en realidad, estaba tan asustado que me temblaban las manos y no dejaba de sudar. Me aterraba la idea de que mi *cucciolo* no disfrutara, de que se diera cuenta de que todo eso de ser Amo no era más que un hobby y un fetiche para mí, que yo no era más que un pajillero demasiado guapo y que no tenía ni puta idea de follarle otra cosa que no fuera la almohada.

Cuando me di cuenta de que Joe ya estaba llegando al límite de su paciencia, que ya había esperado demasiado y que estaba cansado de mis juegos de dominación; me armé de valor y empecé a dar pequeños pasos.

Primero: una mamada. En su casa, tranquilamente. Me había corrido antes de ir y me había limpiado a conciencia. Me senté en el sofá del jardín y me saqué un pitillo. El corazón me palpitaba con tanta fuerza en el pecho que casi no podía

oír nada más y, por un instante, estuve a punto de cambiar de idea y volver airme de allí con la polla dura y dolor de huevos; pero ya era tarde.

Tenía que ser ya. No podía aplazarlo más.

Entonces le dije a mi *cuccolino* que podía *mangliarmi il cazzo*.

Joder, joder, joder. Sí, sí, así, oh, joder. Mierda, ¿por qué tiene tan suave la lengua? Mierda. Capo, céntrate. Finge que no te importa. Finge que te la comen todos los días y que esto no significa nada para ti. Dale una bofetada. Sí, tú eres el amo. El jefe. *Il Capo*. Aprieta los dientes y no gimas. Vale, vale... VALE: NO TE CORRAS AÚN. Joder, mierda. MIO DIO. No, no le mires, ¡eso es peor! Bien, respira, cálmate. MMMMMHHHH. ¡Reacciona, Capo! ¡Agárrale del pelo y dile lo cerda que es! ¡Sí! Que sepa que no te importa nada. ¡JODER! ¡Que se la está metiendo entera en la boca! ¿Pero qué...? ¿Cómo...? OH NO NO NO NO PÁRALE. Sí, justo así, respira. Toma el control, Capo, no le dejes seguir a él. Fóllale tú la boca. Sé duro, que entienda que no estás jugando a mierdas y que tú sí le vas a dar lo que necesita. No como la mierda de sus ex. Sí, así, sin piedad, joder. MIERDA, AUN NO. AUN NO. PARA. RESPIRA. Vale, bien. Ahora sigue. Bien... Bieeeeeen... Bieeeeeeeennnnn. Nonononononono. OH MIO DIOOOOO.

Podría decir que nadie la chupaba como *il mio cuccolino*, pero que yo dijera eso no tenía ningún fundamento, después de todo él era el único que lo hacía; y yo no tenía ni la intención ni las ganas de comprobar si mi teoría era cierta.

Para mí, eran perfectas y punto.

Tardé poco en coger confianza y sacar a la luz esos fetiches que tanto me excitaba ver en el porno: apretarle la cabeza hasta la arcada, escupirle y follarle la boca hasta correrme. Y otro tipo de fetiches más personales; como no parar de hablar en italiano mientras lo hacía. A Joe parecía encantarle aquello. Gemía y tragaba como si *il mio cazzo* fuera lo mejor del mundo. Y lo era. Así que, con una confianza renovada en mí mismo, di el siguiente paso.

Bien, ya le has atado, está justo donde quieres. Ahora métesela. Tranquilo, todo irá bien. Tienes un buen *cazzo*, lo sabes, a Joe le encanta. Esto le va a dejar fascinado. Te va a adorar como nunca, Capo. Así que con calma. Vale, está entrando. Vaya... Sí, bien, sabías que te iba a gustar, pero no pares. Metela un poco y sácala, hazle sufrir. Tú haces estas cosas todos los días, ¿recuerdas? Eres un macho follador. Un italiano. Eres el puto Capo. Vamos, deja de jadear como un gilipollas y sigue. Oh... *Mio Dio, Grazie, Grazie per questo...*

OOOOOHHH... OTRA VEZ NO.

CÁLMATE. RESPIRA. MIERDA. ¡JOEEEEEE!

Cuando descubrí el sexo con mi *cucciolo*... fue como si las puertas del cielo se abrieran para mí, justo delante de mis ojos. Era divino. Él, su cuerpo, sus labios, su culo, la forma en la que jadeaba mi nombre... Por suerte para mí, tuve la precaución de hacérselo de espaldas, al menos, las primeras veces. Solo hasta que fuera capaz de controlar mis expresiones de gilipollas enamorado y las muchas veces que miraba al cielo dándole las gracias a *Dio* por haber creado algo tan perfecto como Joe.

Aún así, por muy maravilloso que fuera, tardé un poco en poder disfrutar del sexo por completo. Me llevó siete u ocho polvos y una videocámara el dejar de darle tantas vueltas a todo y, simplemente, dar rienda suelta a la pasión.

Grabar a mi *cucciolo* no solo era un fetiche personal, como le había dicho, sino también una forma de comprobar si a él le gustaba lo que le hacía. Casi estudiaba aquellos vídeos, analizándolos para comprobar en qué momentos Joe lo pasaba mejor o en qué momentos no parecía cómodo. Por suerte, mi *cuccolino* no era especialmente sutil con sus expresiones faciales.

Entonces, al comprender que tenía a Joe completamente loco, fue cuando todo encajó y se volvió fácil y divertido. Ir a su casa, que me hiciera la cena, verle a mis pies, un *ragazzo bellissimo* esperando desesperadamente a que le diera *il mio cazzo*... Joder, me hacía sentir el hombre más poderoso y sexy del mundo.

— ¿Por qué tienes un Masseratti, Capo?

— ¿Qué?

— ¿Qué por qué cojones mi amiga Cindy te ha visto conduciendo un Masseratti por West Hollywood. ¿Lo... lo has robado?

— ¡*Piccola!* ¿Eso crees que hace tu hermano? *Pensi che io sia un criminale? Oh, porca misseria...*

— ¡No, no me vengas con esa actitud de gilipollas! ¿¡Por qué mi amiga te vio conduciendo un puto Masseratti, Capo?! ¡Y no me mientas o voy corriendo y se lo cuento a mamá!

— Sshhhh... Vale, vale... Sí, tengo un Masseratti, pero no es mío, es de Joe.

— ¡LO SABÍA! ¡Está podrido de dinero!

— Joe es un productor importante, trabaja mucho y es muy bueno en lo que hace.

— Y mamá creyendo que es solo un chico del staff... ¿Cuándo le vas a contar que tu novio es millonario?

— No es solo eso, *Piccola*, así que respeta al *ragazzo* de tu hermano...

— Ok, ok... Así que te deja conducir su coche... ¿y dónde vive?

— En Bel-Air... aunque tiene otra casa en Beberly.

— Joder, Capo. ¿Tanto dinero tiene? No... Dime que no es un viejo o algo así...

— ¡NO! Pero quién te crees que es tu hermano...

— ¡Perdón, perdón! Lo siento, de verdad, es solo que... ya sabes, es raro. Llevas mucho tiempo hablando de él pero no hemos visto ninguna foto. Ahora me dices que tiene dos mansiones y que te deja su Masseratti. ¿Qué quieres que piense?

El dinero de Joe era un tema complicado para mí. Me gustaba, sí, me gustaba mucho, pero no era lo que más me gustaba de él.

Cualquiera que me conozca lo más mínimo sabe que me encanta el lujo, pero, ¿a quién no le gusta? La ropa de marca, las joyas de oro, el buen vino, las mansiones con piscina, los coches de gama alta, los accesorios caros... Sí, me encantaba todo aquello.

Y no me importaba utilizar el dinero de mi *cucciolo* para conseguirlo. Sin embargo, no fue una decisión que tomara a la ligera. Muchas veces creía que cometía un error al cruzar esa línea con Joe. Lo de coger su coche, su tarjeta o abusar de su generosidad... A veces estaba convencido de que eso me daría un lugar de poder, que si le obligaba a fingir que yo era el millonario allí, llamaría su atención y le mantendría intrigado. Otras veces, solo me daban ataques de pánico por ser tan subnormal y jugar a ese juego tan, tan... peligroso.

Cada vez que usaba su tarjeta platino o me tomaba demasiadas confianzas al respecto, era un paso más que daba en dirección a un precipicio. Joe no era gilipollas, aunque sabía hacérselo muy bien. Que ignorara todo aquello no quería decir que no supiera lo que yo hacía.

Yo le mentía, por supuesto, le decía que ya tenía dinero de sobra; porque a nadie le excita acostarse con un hombre que de vez en cuando va al comedor social y que lleva ropa de la beneficencia. Joe no me besaba y me decía: «Fóllame, Troy el Pizzero». No. Cuando mi *cucciolo* me montaba, lo único que jadeaba en mi oído era: «*Il mio Capo...*»

Pero ser *il Capo* que me había inventado para gustarle, era muy caro.

Así que, cuando surgía el tema, usaba todo a mi alcance y el sexo que fuera necesario para manipularle y hacerle olvidarse de eso. Tenía que quedarle muy claro que yo NO era un puto «*boy toy*». Yo NO era un pasatiempo. Yo NO era un juego. Yo era *il suo Capo*. Ese fue siempre el objetivo. Todo lo que compraba o lo que pagaba con la tarjeta platino era una inversión en «nosotros». La ropa, la barbería cara, los relojes, la colonia... eran solo para que él me tomara en serio.

MENSAJES:

Capo: ¿Qué te parece este conjunto, Piccola?

(Imagen)

Piccola: ¿QUÉ HACES YENDO DE COMPRAS SIN MI???? ¿¿ESO ES DE ARMANI????

Capo: No has respondido a mi pregunta. ¿Te parece que estoy «sexy»?

Piccola: ¿Te ha dado Joe el dinero para comprar ahí?

Capo: Piccola...

Piccola: Dame veinte minutos para llegar a la tienda. ¿Estás en Rodeo Drive?

Capo: No, no, no. Solo quiero que me digas si te parece que estoy guapo, o si te parece que es demasiado. Tú sabes de estas cosas.

Piccola: Ya estoy saliendo de casa. No te muevas de allí.

Piccola: Y, por cierto, esa camisa es un NO.

Capo: Entonces, no te gusta la camisa.

Piccola: Parece que vas a ir a trabajar a un bufete de abogados, Capo. Eres demasiado formal... Agh, ¿no ves que me necesitas allí contigo?

Capo: No voy a renovarme el armario, Piccola, solo a comprar una camisa y un pantalón bonitos para llevar a Joe a cenar.

Piccola: ¿A cenar a dónde? ¿En plan formal o informal?

Capo: Una cena romántica.

Piccola: Vale, ya tengo una idea.

Capo: ¿Qué idea?

Piccola: ¡Ya lo verás!

Conozco mis puntos fuerte y mis punto débiles.

Sabía que yo no podía competir en logros contra su ex, el puto cirujano de buena familia judía al que sus padres amaban con locura. No siendo Troy Malone, el hombre que ni siquiera había podido terminar el instituto.

Pero ese cabrón no me ganaba en atractivo y físico. Ni de lejos. Yo descendía de una larga saga de rompecorazones y casanovas al más puro estilo mediterráneo. Sabía lo que tenía que decir, sabía lo que tenía que hacer, y sabía que solo necesitaba un par de palabras en italiano y una mirada para que cualquier mujer suspirara.

Con Joe use todas las armas en mi arsenal.

Me exhibía para él todo lo que podía y siempre que podía. Me desabotonaba los botones de la camisa, me ponía bañadores ridículos, pantalones apretados, me pasaba horas frente al espejo, le pedía ayuda a mi hermana para que eligiera mis looks... jamás me había esforzado tantísimo por gustarle a alguien.

— ¿Podemos hablar un momento, *amore*?

— Siento haber llegado tarde a misa, *mamma*. De verdad. Estaba con Joe y me olvidé de poner el despertador.

— No, no pasa nada, cielo. Tu tío vino a buscar a los niños y nos recogió. No es eso de lo que quería hablar, sino de... otra cosa.

— Ah... ¿y... qué es?

— Quería saber si le habías hablado a Joe de... tus costumbres en la casa.

— No te entiendo, *mamma*.

– Escucha, cariño, no quiero meterme en tu vida, pero sé que los hombres de la familia, tú incluido, estáis acostumbrados a una clase de cuidados y dedicación... un poco anticuados. Os gusta ser «los hombres de la casa».

– ¿Por qué pones los ojos en blanco al decir eso?

– Porque ya no vivimos en el siglo pasado, cuando era normal esa tontería de la mujercita que se quedaba en casa. Sé que querías mucho a tu abuelo y que él era... *tutto un napoletano*, de los que trabajaban mucho y llegaban a casa para poner orden. Y a tu abuela la educaron para obedecer, cocina, rezar y limpiar, pero hoy en día, no es lo mismo. ¿Lo entiendes?

– No, mamma, todavía no te entiendo. No sé por qué eso tiene que ver con Joe.

– Lo que quiero decir, cariño, es si le has hablado a él sobre esto. Sobre que tú no limpias ni cocinas si tienes a alguien que lo haga por ti. Lleváis ya un par de meses juntos y pasas mucho tiempo con él, creo que ha llegado el momento de dejar claras algunas cosas antes de seguir adelante. Los novios y maridos italianos pueden resultar muy... intensos algunas veces.

– Joe ya sabe como soy, *mamma*. Se lo dije al principio.

– Ah, y... ¿está de acuerdo?

– Sí. Siempre tiene mi cena preparada cuando llego a su casa.

– Mmh... Vale, entonces, bien... Era solo eso cariño. Por si acaso eras como tu primo, todo dulzuras y mimos con las *ragazzas* hasta que se mete a vivir en sus casas y le echan de una patada a la calle.

– Tranquila, *mamma*. Joe sabe muy bien dónde se mete al estar conmigo.

Yo soy como soy y eso era algo de lo que ya había advertido a mi *cucciolo* desde el principio. Le costó un poco adaptarse. Lo noté enseguida. Él nunca había tenido que dar explicaciones a nadie y no estaba nada habituado a adoptar ese papel «sumiso» en las relaciones. A veces veía sus muecas exasperadas cuando le decía algo. Notaba sus gestos de descontento y escuchaba las ácidas palabras que murmuraba cuando creía que no le oía.

Mi *cucciolo* estaba demasiado acostumbrado a ser el objeto de adoración de sus amantes...

No podía culparle. Era demasiado fácil enamorarse de él y querer ceder a todos sus caprichos. Si yo caía rendido en ocasiones, los mierdas de sus ex debían ser como muñecos de trapo que moviera a placer. Pero ya le podía quedar bien claro que conmigo no iba a hacer eso, que yo no era como sus otros ex, y que toda esa masculinidad tóxica que tanto le ponía cuando follábamos, venía con un precio que había que pagar.

Podía enfadarse, frustrarse y quejarse todo lo que quisiera, pero en eso no iba a ceder ni un puto milímetro. Me iba a decir donde estaba en todo momento, me iba a dejar controlarle, me iba a dar acceso a todas sus redes sociales, móvil y agenda, y me iba a prestar toda su atención cuando yo lo requiera.

Puede sonar demasiado fuerte para algunos, y no voy a mentir, yo también temía que fuera demasiado para mi *cucciolo*. Temía que ni siquiera mi físico y

mi atractivo compensaran esos sacrificios que era tan obvio que tenía que hacer para complacerme.

Por eso trataba de recordarle siempre las partes buenas: lo increíble que era *il suo Capo*, lo muy feliz que le hacía en la cama, lo atento que estaba de su *cuccolino*, lo cariñoso y dulce que podía llegar a ser y lo agradable que era tener a un hombre como él en tu vida.

El precio era alto, pero el premio lo merecía...

—¿¡Puedes quitar de una puta vez esa mierda de canción?!

—¿Qué más te da, Carlo? Vuelve a la cocina.

—¡No, no me da igual! ¡Estoy hasta los cojones de ella! No paras de ponerla en bucle una y otra vez. ¿Qué cojones te pasa?

—Me gusta.

—No, no te gusta. Estás obsesionado, Capo. Es día sí y día también de puto *Con te partirò*.

—He dicho que vuelvas a la cocina, Carlo, no hagas que me enfade.

—Oh... ¿Me vas a pegar, Capo? ¿Te ofende que me meta con tu baladita de gilipollas enamorado? ¿Es eso? ¿Te follaste a Joe mientras sonaba en la radio y ahora es «vuestra canción»? JAJAJA. ¿Quieres que cuando salga a repartir me pase por una farmacia y te compre unos tampones, primo? Porque creo que ese chico se ha quedado con tus cojones... AH, HIJO DE PUTA.

—Como vuelvas a decir algo así, te pegaré más fuerte. *Capito*? Ahora vuelve a la cocina.

Mi abuela me dijo una vez que nuestra familia había sido hechizada por una bruja. Me contó que había hecho a nuestros hombres *più bellos, troppo bellos*, y que después los había llenado de pasiones para así atormentar a todas las mujeres de Nápoles.

Al mes de conocer a Joe, ya estaba tan estúpidamente enamorado que dolía verme. Me pasaba las horas suspirando como un imbécil, pensando en él con una leve sonrisa en los labios, mirando el móvil por si me había hablado, planeando qué hacer la próxima vez que le viera o a dónde llevarle a cenar.

Después, cuando al fin le tenía durmiendo entre mis brazos, pensaba en cómo conseguir que siguiera a mi lado.

Yo era pobre, tenía un trabajo de mierda, estaba fuera de su comunidad judía y muy lejos de su círculo social. Nos separaba todo un abismo y la única forma que se me ocurrió de mantenerle a mi lado fue mintiendo, jugando con sus sentimientos y presionándole.

Necesitaba llamar su atención. Que no me olvidara. Que no pensara que aquello era solo «un juego», ni un «acuerdo que teníamos»; como a veces parecía sugerir. Aquello era real. Al menos, para mí.

Pero Joe iba muy lento en la relación, como si tuviera cuidado o miedo, daba muy pocos pasos hacia delante si yo no le empujaba, y eso me estaba volviendo loco. Entonces le pregunté si sabía que éramos novios. «Eres mi ragazzo, Joe», le dije. Y lo vi, vi la sorpresa en sus ojos azules y la forma en la que siempre arqueaba las cejas cuando no se esperaba algo.

Si no sabía que éramos pareja, ¿qué se creía que éramos?

—Mamma, soy yo, Capo.

—¿Ha pasado algo, cielo? No sueles llamar tan tarde...

—Sí... emh... El... el edificio donde vivía ha ardidido.

—¿QUÉ? ¿Pero tú estás bien? ¿ESTÁS HERIDO?

—No, *mamma*, estoy bien. Empezó a arder antes de que saliera del trabajo.

—Ah... qué susto, cariño. Eso es lo más importante, que estés bien. ¿Y... y dónde estás ahora? ¿Necesitas que te vaya a buscar a algún sitio? Te prepararé tu vieja cama aquí en casa. No te preocupes.

—No hace falta, *mamma*. Estoy con Joe en su casa. Me ha invitado a quedarme aquí todo lo que necesite.

—Oh, entiendo... Qué detalle de su parte. Aunque me sorprende que te haya convencido, a ti, con lo cabezota que eres para dejarte ayudar.

—Sí... pero me empezó a hablar italiano, me dijo que yo era su *ragazzo* y que no iba a dejar que me quedara en la calle... Ya sabes, *mamma*... Joe sabe cómo conseguir lo que quiere de mí.

—Lo sé, cielo...

—¿Por qué te ríes?

—Por nada, *amore*, me alegro que estés bien. Gracias por llamar. Avísanos si necesitas algo.

La noche que ardió mi apartamento, fue la noche en la que empecé a creer que mi *cucciolo* me quería de verdad. Que, simplemente, yo era demasiado impaciente y apasionado y no me daba cuenta de que las personas normales tardan un tiempo en enamorarse.

Cuando llegé a aquel bar de mierda de Chinatown, fue como un rayo de sol en la noche más oscura. Yo estaba cansado, desesperado, hundido en lo más profundo de la miseria, y él brillaba como un ángel. Demasiado bello para la miseria que le rodeaba. Se sentó frente a mí y me miró con esos ojos de agua.

Era la primera vez que me veía con mi ropa vieja, que veía al verdadero y patético Troy Malone, el pizzero. Pero yo ya no tenía mi ropa de Capo, porque había ardidido, como todo lo demás que estaba en el apartamento.

Entonces mi *cucciolo* me tendió una mano suave y cálida. Sonrió como si el mundo fuera un sueño y me ofreció su mansión en Beberly Hills. Yo, viviendo entre millonarios y famosos... Tenía que ser una broma.

«*Tu sei il mio ragazzo. Non è così, amore?*», me preguntó.

Entonces sentí un calor en el pecho que me trajo de vuelta a la vida. No se trataba de la mansión con veinte habitaciones y piscina en la que iba a vivir, sino de lo que eso significaba: que yo a Joe le importaba. De alguna forma, llegué a pensar que Dio me había escuchado cuando le había rogado que me ayudara. Que, quizá, aquel incendio no había sido una catástrofe, sino un milagro que había enviado para mí; reduciendo a cenizas toda mi vida pasada para rehacerla en la hermosa colina, junto a Joe.

MENSAJES:

Piccola: Así que ahora vives en una puta mansión.

Capo: No me gusta que hables así, Piccola. No es nada femenino.

Piccola: (emoji de dedo central levantado)

Piccola: ¿Cuál es, la de Beberly o Bel-Air?

Capo: Beberly.

Piccola: Mándame dirección, te ayudaré a mudarte.

Capo: JAJAJAJA. ¿Tú? Ayudando a mudarme... Claro, Piccola. Te crees que tu hermano es imbécil.

Piccola: Joder, Capo, venga... Tu novio te ha dejado su mansión, ¿de verdad no me vas a invitar a verla?

Capo: No es mi casa, es la de Joe. No voy a invitar a nadie como si fuera mía. Y ya conoces a la familia... si se enteran de esto, mañana ya tengo a todos llamándome a la puerta en bañador.

Piccola: ¡No diré nada! Porfiiiiiiii (emoji de plegaria)

Capo: (imagen) Hala, ya la has visto.

Piccola: QUÉ???? ESA PISCINA ES ENORME.

Piccola: AYYYYY QUÉ BONITO EEEESS.

Capo: Sí, es muy bonito. La cocina incluso tiene una de esas neveras industriales con dos puertas. (imagen) ¿Te acuerdas cuando nos reímos tanto al ver una en el Show ese de las chicas ricas?

Piccola: Las Kardashian, Capo. Y no es solo un Show, es un regalo para la humanidad. Ok?

Piccola: Ahora me tienes que dejar ir sí o sí, en serio. Joe no tiene por qué verme allí, aunque no estaría mal que me lo presentaras de una puta vez. Yo también quiero que se gane mi amor regalándome bolsos de Gucci.

Piccola: Capo?

Piccola: Capo!!!

Piccola: No te enfades, era broma, lo sabes.

Piccola: AGH ERES UN CRÍO.

Había pocas cosas que me gustaran más que oír a Joe hablando italiano.

No tenía una pronunciación perfecta y muchas veces se equivocaba con la entonación; pero había una magia intoxicante en cada palabra que decía. Te miraba a los ojos y sonreía un poco como si supiera que tu corazón se te iba a derretir en el pecho, goteando como cera caliente sobre tus entrañas hasta hacerlas estallar en llamas.

Era como un bombón de licor. Dulce y sedoso chocolate, dulce en los labios y cremoso en la lengua; hasta que le dabas el primer mordisco y descubrías un interior húmedo y fuerte, casi oscuro, que te hacía arder la garganta y te picaba en la boca.

Joe estaba muy lejos de ser ese chico inocente y sumiso que fingía ser. No fuera de la cama, al menos. Y a veces me resultaba difícil entrever que escondían esos ojos como lagos y esa media sonrisa. Sabía que utilizaba el italiano para calmarme, para convencerme de algo, para hacerme cambiar de idea, para excitarme; eso era más que obvio y, la verdad, me gustaba que lo hiciera.

Pero me preocupaba pensar en las demás cosas que hacía y de las que yo no me daba cuenta. A esas alturas, le había visto discutiendo con demasiados directores y gente del cine para saber que mi *cucciolo* nunca le decía que no a una buena discusión a gritos. No dudaba ni un instante en sacar los colmillos y morder.

Y, sin embargo, ahí estaba, cediendo ante mí sin oponerme lo más mínimo. Si el italiano no funcionaba, simplemente seguía adelante, y yo no podía dejar de preguntarme qué significaba eso.

Porque sabía que no podía significar nada bueno.

—Siento llegar tarde, de verdad, el...

—Estabas con Joe, lo sabemos, cielo.

—¿Y ese acento, Capo?

—¿A qué te refieres, *Piccola*?

—¿Por qué hablas con acento?

—Ah, eh... Sí, perdón. Estaba bromeando con Joe y ahora se me ha pegado. No importa. Ayuda a *la mamma* a subir al coche.

—No, no, puedo yo, tranquilos. ¿Ves? Ya está.

—¿No te da vergüenza sentarte ahí atrás y sacar el móvil sin si quiera preocuparte por la espalda de *la tua mamma*?

—¿Y a ti no te da vergüenza llevar un mes viviendo en una puta mansión y no invitarnos ni un solo día?

—He dicho que *no* es mi casa, *Piccola*...

—Ya, parad. Hoy es el Día del Señor, tengamos paz.

—Lo siento, *mamma*. ¿Qué tal los niños?

—Oh, ya sabes... Tus primos son lo peor. Les quiero mucho, pero son lo peor. ¿Tuviste tiempo a pasar por la tienda, cariño?

—Sí, cuando venía de camino.

—¿Y qué tal Joe? ¿Ya resolvió ese problema con el director de cine?

- No, la cosa se está volviendo un poco tensa, según me dijo. Han invertido ya mucho dinero en esa película y el director no para de cambiar cosas y querer regrabarlo todo... es un *fottuto bastardo*.
- ¿Cuánto gana Joe?
- ¡Ashley! ¡Eso no se pregunta!
- Es solo curiosidad.
- Tiene muchas responsabilidades y trabaja mucho, *Piccola*. Le pagan lo que se merece por ello.
- He leído en internet que el sueldo de un productor ejecutivo es bueno, pero no para comprarse dos mansiones, dos coches y toda esa ropa de marca que estrenas cada vez que te vemos, *Capo*.
- Ashley, para ya, por favor. El dinero que gane el novio de tu hermano no es asunto tuyo.
- Qué calladito te has quedado, *Capo*... ¿Acaso tengo razón?
- Joe viene de una familia muy trabajadora, como la nuestra. Llegaron a América como los abuelos, sin nada bajo el brazo y sin casi saber el idioma.
- Oh, qué maravilla. ¿De dónde eran ellos?
- De Israel. Joe me dijo que le gustaría llevarme a verlo un día de estos.
- ¡Oh, qué bonito!
- Sí... Ojalá no trabajara tanto. El *cazzo* de Carlo no para de dar problemas.
- Entonces la familia de Joe es millonaria.
- ¡Ashley Malone! ¡He dicho que basta!
- Sí, *Piccola*... Su familia tiene mucho dinero, ¿ya estás contenta?
- No sé por qué os enfadáis tanto. Era solo curiosidad. *Capo* parece tener mucho cuidado con lo que dice sobre ese tema...
- ...
- Es... No lo hago por nada malo, es solo para que no os hagáis la idea equivocada.
- Troy, *amore*... jamás pensaríamos eso. Somos tu familia.
- Sé lo que piensan en la iglesia al verme, *mamma*. Noto sus miradas y sus susurros. Sé lo que me llaman...
- Pff... No son más que unos envidiosos y beatos meapilas. Se creen que vas a ir al infierno por homosexual, cariño, ¿qué te esperas de ellos?
- *Mamma*...
- No, nada de «*mamma*». ¿Tú eres feliz, *amore*?
- ... Mucho.
- Entonces ya está. Que digan lo que quieran. ¿A que sí, Ashley?
- Yo solo voy a misa por que vosotros me obligáis, así que...

La noche que *il mio cuccolino* me preguntó si le amaba, casi se me cae el mundo encima. Lo había llevado a un restaurante bonito porque últimamente parecía muy enfadado por algo; así que *il suo Capo* le iba a ayudar a superarlo de la forma que solo una amante puede.

Sin embargo, confesarle mi amor no formaba parte de aquellos planes.

Pensé en mentirle, como muchas veces antes. Pensé en darle la vuelta a la conversación y obligarle a decirlo primero. Pensé en levantarme e irme de allí corriendo. Pensé muchas cosas mientras mis labios jadeaban un: «ti amo, Joe...» Entonces él se quedó en silencio, mirándome con esos ojos calmados y suaves, con la cabeza levemente inclinada, con esa preciosa media sonrisa en los labios perfectos. Cada segundo pasó lento y duro, cada respiración se volvió más pesada en mi pecho y sentí un vacío cada vez más profundo y aterrador allí donde había estado mi corazón.

Cuando ya casi estaba a punto de llorar, dejando en aquella mesa el último retazo de mi orgullo, le pregunté: «¿tú me amas?» «Muchísimo...», respondió, arqueando las cejas y sonriendo más.

Y, como un tsunami, una sensación de calma arrasó con todo lo demás, dejando tras ella solo felicidad.

Me amaba, mi *cuccolino* me amaba.

Y eso era todo lo que quería de la vida.

VENTOTTO

Miraba a través del cristal sucio de la pizzería y pensaba en todo y en nada al mismo tiempo.

El local era viejo, pero, al menos, parecía limpio. El suelo era un mosaico de baldosas blancas y rojas, las mesas eran de los años sesenta, como los servilleteros, los botes de las salsas y los anuncios desteñidos que colgaban de las paredes agrietadas.

Puzzio's Pizza, Florence Av, Los Ángeles, California. Entre un Motel de mala muerte y un servicio de lavado exprés de coches. Según los informes y las cuentas bancarias, apenas hacían dinero suficiente para mantener el negocio a flote.

Había un solo hombre en el interior, de espalda ancha y ajustada contra una camisa blanca y algo rasgada en los bordes. El Capo, o Troy Malone, como se llamaba de verdad, estaba detrás de la barra, con su gorra calada en la cabeza y la mirada perdida en una vieja televisión que colgaba de una esquina del techo. Yo había vuelto de Nueva York aquella misma noche y había ido directo a ese lugar perdido al sur de Los Ángeles, porque necesitaba mirarlo con mis propios ojos. Necesitaba comprobar que todo lo que había leído sobre *il mio Capo* era cierto, porque una parte de mí se negaba a creerlo.

Me había hecho una idea tan firme de él, que ahora resultaba difícil cambiarla.

Yo estaba seguro de que el Capo tenía mujer e hijos.

Pero Troy Malone no estaba casado, ni nunca lo había estado.

Yo estaba seguro de que el Capo era mayor que yo, posiblemente treinta y pocos.

Pero Troy Malone tenía solo veintidós años.

Yo estaba seguro de que el Capo era un hombre instruido.

Pero Troy Malone había abandonado el instituto a los dieciséis y no se había sacado ni el graduado escolar.

Yo estaba seguro de que el Capo dedicaba más tiempo a asuntos privados de lo que siempre me decía.

Pero Troy Malone trabajaba setenta horas a la semana en un negocio familiar al borde de la ruina. Y cuando no estaba allí, estaba en misa, con su madre (Silbia Malone), su hermana (Ashley Malone), o en mi casa.

Yo estaba seguro de que el Capo era italiano.

Pero Troy Malone había nacido en América.

Yo estaba seguro de que el Capo no me amaba.

Pero Troy Malone tenía el móvil repleto de imágenes nuestras, una carpeta titulada «*Mi Cucciolo*» y kilómetros de conversaciones con su familia en las que me nombraba y me llamaba «su *ragazzo*».

Tomé una respiración del aire cálido de la noche y di un par de pasos en dirección a la entrada. Cuando abrí la puerta, se oyó una campanita y Troy Malone, ese hombre al que no conocía, se giró hacia mí.

Cuando me vio, sus ojos se agrandaron, sus labios se quedaron helados en mitad de una frase y su respiración se cortó en seco.

—Hola, *amore* —murmuré tras un breve silencio, y fue como si mi susurro llenara todo aquel local que olía a grasa, queso fundido y condimentos.

—Joe... —jadeó él—. ¿Qué...?

Pero no pudo terminar, solo negó con la cabeza.

Di un paso al interior y cerré la puerta, sumergiéndonos de nuevo en un denso silencio. No paraba de mirar sus ojos claros bajo su gorra vieja y gastada. En el avión había planeado mil veces aquella conversación en mi cabeza, pero ahora que estaba allí, no se me ocurría nada que decirle.

—Acabo de volver de Nueva York —murmuré entonces, metiéndome las manos en los bolsillos del pantalón antes de encogerme de hombros—. Y pensé en pasarme por aquí. Ya sabes... a ver a *il mio Capo*.

Troy se llevó una mano temblorosa al rostro y se frotó los ojos antes de pellizcarse el puente de la nariz y tomar una buena bocanada de aire.

—¿Desde cuándo lo sabes? —me preguntó, mirando al techo del local con unos ojos cada vez más húmedos y brillantes.

—Me acabo de enterar. Contraté a un servicio de espionaje.

—¿Qué?! —gritó, atreviéndose a mirarme de nuevo.

Pero yo volví a encogerme de hombros como si no fuera nada de lo que avergonzarse.

—Me puse muy celoso cuando pensé que podrías engañarme, así que contraté a una detective —confesé, moviendo distraídamente la mirada por el local hasta regresar a sus ojos claros—. Ella me dio un sobre con... bueno, con todo.

—¿No tenías derecho a...!

—Troy —dije, y fue como pronunciar una palabra tabú, un código secreto, un hechizo prohibido con el que el Capo se quedó paralizado y sin habla—. Ese es tu nombre, ¿no? Troy Malone... —di un par de pasos por la pizzería, calmadamente, con las manos en los bolsillos y una mirada desinteresada—. No suena muy italiano, ¿no te parece?

Troy no dijo nada, solo se quedó allí, tras la barra, con los brazos muertos a los lados de su cuerpo y una expresión de ojos vacíos.

—No me puedo creer que hayas conseguido mantener el acento todo este tiempo —reconocí mientras cogía uno de esos botes de ketchup tan retro y le daba vueltas entre las manos—. Eres un jodido genio...

—¿Has venido a reírte de mí, *cucciolo*? —me preguntó tras un breve silencio. Su voz era tan grave como siempre, pero algo rasgada y, como era de esperar, sin su característico acento italiano.

—No, Capo —murmuré, dejando el bote en su sitio antes de volver hacia él—. He venido porque no entiendo nada de lo que está pasando. Creía entenderlo, pero ahora... no sé a qué juegas. No sé si me mientes a mí, si mientes a todo el mundo o si solo te mientes a ti mismo...

—Vamos, Joe... —dijo tras un leve jadeo, quizá de indignación, quizá una risa que murió incluso antes de brotar de sus labios—. ¿En serio crees que te hubieras enamorado de...? Esto —concluyó, señalando el local y después a sí mismo—. Tú no quieres un muerto de hambre de Compton, tú quieres al Capo.

—Tú no sabes lo que quiero, Troy —le dejé bien claro. Le miré fijamente a sus ojos mientras ladeaba la cabeza y daba lentos pasos hacia él—. Tú no me conoces.

—*Cucciolo*...

—¿Es esto mentira? —le interrumpí—. ¿Estás inventándote esa excusa para darme pena? No sé... —me encogí de hombros otra vez, casi como si empezara a ser un tic nervioso—. ¿Te he pillado y ahora me vas a vender la historia de la Bella y el Vagabundo?, o quizá la Cenicienta al revés, donde el príncipe azul es un chico pobre al que le va la dominación. ¿Me vas a decir que siempre te ibas antes de media noche porque el hada madrina del BDSM te advirtió que el hechizo terminaría? Dime, Troy, ¿es esa la historia que vas a contarme?

—¿De qué coño hablas, Joe? —negó el tras escucharme. Sus ojos estaban más húmedos y sus labios se estremecían entre una mueca de asco y la tristeza.

—Hablo de que no sé qué es real y que no, Capo —murmuré, terminando de acercarme al mostrador—. Y estoy cansado de no saberlo.

Troy asintió lentamente mientras una solitaria lágrima caía desde sus ojos. Y, aún así, yo era incapaz de sentir nada al respecto.

—Me llamo Troy Malone, pero todos me llaman Capo, porque soy el que se suele encargar de todos los problemas en la familia —empezó a decirme—. No nací en Italia, pero mis abuelos sí. Crecí con ellos cuando era niño porque mi madre tenía que trabajar demasiado. Mi padre nos abandonó cuando mi hermana era pequeña. Nunca tuvimos dinero y tras un accidente, dejé el instituto para ayudar a la *mamma* con el negocio.

Asentí con la cabeza cuando él terminó de hablar. No había dicho nada que no estuviera en los informes: el accidente de su madre y la reducción de movilidad que le había producido, la falta de estudios, la desaparición de su padre (David Malone); cuyo nombre venía acompañado de un asterisco que decía: «podemos encontrarlo».

—Digamos que voy a decidir creer todo lo que me digas esta noche, Troy —respondí, atrayendo uno de los viejos taburetes que había frente a la barra. Me senté y me crucé de brazos—. Dime, ¿eres o no eres un *boy toy*?

Mi pregunta produjo una reacción extraña en el Capo. Cerró los ojos y se llevó una mano al rostro antes de girarse para que no le viera llorando.

—¿Quieres un café? —me preguntó.

—Sí, estaría bien.

Troy dio un par de pasos hacia la enorme y vieja cafetera que había a un lado que, como todo en aquel local, parecía limpia, pero a punto de romperse en mil pedazos. El Capo se tomó su tiempo para preparar el café, puso dos tazas pequeñas en la bandeja y tiró de un asa. La pizzería se llenó entonces de un rugido ensordecedor mientras la maquina producía aquel líquido negro y expreso. Cuando de pronto se detuvo, el Capo le dio un buen golpe, seguido de otro y otro más fuerte y violento hasta que volvió a funcionar.

Antes de darse la vuelta con el café, se frotó el rostro y tiró la gorra de la pizzería a un lado.

—¿Tú crees que soy un *boy toy*, Joe? —me preguntó, volviendo hacia mí con las mejillas húmedas, los ojos enrojecidos y la mirada baja. Colocó ambas tazas en

la barra y aspiró por la nariz antes de alzar la vista hacia el cristal al otro lado del local.

—Sí, eso creía —reconocí, tomando mi café entre las manos—. En mi defensa diré que todos lo creían: mi padre, mi madre, Lizza, todos sus amigos, los de mi sinagoga, los del club de campo... Pero es que eres demasiado guapo, Capo, tienes un cuerpo increíble y esto es Hollywood. ¿Entiendes?

Él asintió muy lentamente.

—¿Y eso es lo que quieres, un *boy toy*?

—No, yo no he dicho eso —le corregí mientras me llevaba la taza a los labios para darle un pequeño sorbo. Estaba amargo y demasiado fuerte para mi gusto—. Nunca me gustaron los *boy toys*, lo sabes. Sabes lo poco que me gusta lo que hacen mis padres con ellos. Cuando nos conocimos solo quería a un Amo, algo ocasional y divertido; pero, no te voy a mentir, a medida que empecé a entender que la relación se estaba convirtiendo en un intercambio de intereses... bueno, me dije: Joe, si vas a tener un *boy toy*, al menos que sea uno del nivel del puto Capo.

Troy apoyó los brazos en la mesa y se inclinó un poco hacia delante antes de agachar la cabeza y frotarse la nuca. Como pasó el tiempo y siguió sin decir nada, añadí:

—Vamos, Troy... usabas mi tarjeta platino, mi coche, te comprabas ropa... ¿Crees que no miraba las cuentas del banco para saber qué hacías con mi dinero? Ahora no finjas que te duele que haya pensado que eres un *boy toy*. Lo extraño es que no lo hubiera hecho.

—Entonces, ¿no me amas, *cucciolo*? ¿Era todo mentira? —me preguntó en apenas un susurro ronco.

Tomé una respiración profunda y miré al frente, hacia las enormes cartulinas con el tipo de pizzas y sus precios.

—Es complicado —reconocí—. Traté de no hacerlo. ¿Te imaginas lo patético que sería enamorarse de un *boy toy*? Lo que me faltaba... Pero, sí que he empezado a sentir cosas. Pienso mucho en ti, me hace muy feliz verte y, como ya has visto, me vuelvo un monstruo al pensar que podrías engañarme. —Traté de darle otro sorbo al café, pero, con una mueca de asco, lo dejé sobre la mesa y me olvidé de él para dedicar toda mi atención de vuelta al Capo—. Me decía a mí mismo que era porque sería humillante que usaras mi dinero y todo lo que te he dado para tener tus propias aventuras, pero en realidad creo que lo que realmente me duele es pensar en perderte.

En ese momento, Troy levantó la mirada por primera vez en todo mi discurso. Me miró con los ojos ya empapados y tan enrojecidos e hinchados que el azul grisáceo de sus iris destacaba como tinta en la nieve.

—Te hice una pregunta en el cumpleaños de tu padre, Joe, te pregunté si tenías que decirme algo, y tu respondiste: No, *amore*...

—Claro, ¿y qué querías que te dijera? Estaba jugando a tu juego.

—¿QUÉ JUEGO? —terminó rugiendo, como una tormenta, como un huracán que ya había tardado demasiado en desatarse—. ¡Te dije que te amaba! ¡TE LO DIJE MIL VECES!

El Capo dio tal golpe con el puño sobre la mesa que hizo temblar las tazas de café. Entonces dejó ese papel de amante dolido atrás y se convirtió en el Capo furioso que yo conocía, gritando, indignado, soltando insultos en italiano mientras gesticulaba y se iba por todo lo alto. En esta ocasión, en vez del jardín o el pasillo de mi casa, eligió refugiarse en la entrada hacia las cocinas y cerró la puerta de tal golpe que retumbó por todo el local.

Yo me quedé allí sentado, con la mirada perdida en el hueco de servicio que había en la pared y que unía ambos espacios. Aquella salida tan dramática hubiera tenido mucho más efecto si no hubiera podido verle caminando por la cocina mientras negaba con la cabeza y empezaba a golpes con lo primero que viera; produciendo un estruendo de boles de metal y vajilla.

Tras un buen minuto de violencia y patadas, el Capo apoyo ambas manos en la mesa de condimentos y agachó la cabeza. Quizá estuviera furioso y dolido por haber perdido su gran oportunidad de seguir utilizándome para darse «la gran vida»; quizá, estaba dolido por sentirse estúpido, traicionado y utilizado por la persona a la que más quería.

Fui en busca de mi tabaco en el bolsillo interior de mi chaqueta y me levanté para atravesar el hueco de la barra y alcanzar aquella ventanilla abierta de servicio.

—Capo, sabes que nadie disfruta más de una buena discusión a gritos que yo; pero esta noche necesito que relajés esa testosterona de macho alfa y me hables. Ven, fuma conmigo.

Troy tardó un par de segundos en reaccionar y dedicarme una mirada afilada por el borde de sus ojos llorosos. Agité el pitillo en el aire antes de meter el brazo para ofrecérselo. Un breve silencio después, añadí:

—Capo, creo que estás olvidando que soy judío. Que te regale algo es como la muestra de paz más grande que te pueden ofrecer jamás, ¿entiendes?

No era un buen momento para bromear, lo sabía, pero no se me ocurría otra forma de relajar aquel ambiente cargado y tenso. Yo no estaba allí para gritar, romper cosas y enfadarme; estaba allí para conseguir respuestas.

Troy al fin se separó de la mesa de condimentos. Con la mirada fija y peligrosa, se acercó a mí para aceptar el pitillo y ponérselo en los labios. No necesitó mi mechero, porque él se sacó el suyo propio del bolsillo de los vaqueros rotos. Se lo encendió y, tras soltar una voluta de humo a un lado, se dio la vuelta y apoyó la cadera en la pared, fuera de mi vista.

—Oh, así que vamos a hablar sin vernos. Bien, pero que sepas que este rollo del confesionario es algo cristiano, así que quizá no...

—Cierra la puta boca, Joe —me interrumpió su voz grave—. Me has mentido a la cara y has estado jugando conmigo. Estoy haciendo un esfuerzo muy, muy grande por contenerme, no te puedes imaginar cuanto, así que no es momento de tus putos chistes judíos. *Capito?*

—Capo, no entiendo cómo creías que esto iba a salir bien, en serio —le confesé mientras me llevaba el pitillo a los labios y lo encendía—. Nunca me hablabas de ti, solo me decías mentiras y era muy evidente que me estabas intentando manipular... —suspiré y negué con la cabeza, volviendo a fumar una calada antes de continuar—: No sabía ni tu nombre real, Capo. ¿Cómo esperabas que

me lo tomara en serio? Sí, de acuerdo, estos últimos dos meses te has abierto mucho, pero ya era un poco tarde...

—Soy muy reservado, Joe. No hablo de mi familia y mi vida a cualquiera.

—No, no eras reservado, eras impermeable, Capo —le corrigió—. Cada vez que te hacía una pregunta o me interesaba lo más mínimo, te enfadabas, te ponías gallito o simplemente tratabas de distraerme con sexo.

—El plan era tratar de confesarte cosas poco a poco...

—Pues era un plan de mierda que solo alimenta la paranoia —aseguré mientras apoyaba los brazos en el borde de la abertura—. ¿Sabes lo que creía? Que era todo falso, que todo lo que hacías o me decías era inventado. Estaba casi seguro de que tu intención era enamorarme para que siguiera pagándote la ropa y dejándote vivir en Beberly. Llegué a admirarte, te lo juro. Te consideraba un puto genio. Eras tan bueno...

—¿Y no se te ocurrió pensar que, quizá, era bueno porque era auténtico? No, claro que no. Lo que tú preferiste fue inventarte toda esa mierda sin sentido antes que quererme, ¿eh? ¿Cómo ibas a enamorarte de un *gentil* que además no tenía dinero ni un buen trabajo? Eso sería impensable ¿verdad?

—No, no, no... No vayas por ahí, Capo. Yo no soy el malo de esta historia. Si me hubieras contado la verdad desde el principio, no estaríamos aquí ahora. Pero tú preferiste seguir adelante con esa fantasía del mafioso italiano, casado y con hijos que venía a mi casa a ponerse rudo y a follarme?

—¿Qué? ¿Pero de qué cojones hablas? Yo nunca te dije que estuviera casado.

—Leí una nota que tenías, decía «*amore*» y... —y ahora sonaba demasiado estúpido—, ¡y cuando busqué el edificio quemado para saber si me mentías, había una familia Di Maio! Eso es, Luigi Di Maio y su familia. Creí que eras tú. Capo tardó un par de segundos en moverse de su sitio, entrar en mi campo de visión y dedicarme una mirada de ceño fruncido.

—Estás enfermo... —murmuró.

—Ogh —puse los ojos en blanco y negué con la cabeza—. Si estuvieras en mi lugar, seguro que hubieras hecho lo mismo.

—Buscaste si el edificio se había quemado de verdad... —repitió, como si le costara creérselo.

—Claro que lo busqué. Quería saber si era solo una de tus tretas para conseguir mudarte a la mansión. No es tan descabellado, así que no me mires así —añadí con un tono más serio—. Tu actitud de amo y la forma en la que evitabas toda referencia a que era *mi* dinero y no el tuyo, no aportaba mucha seguridad, Capo...

Él no respondió, solo se volvió a su lugar fuera de mi vista. Juraría que oí cómo se dejaba caer en el suelo, pero fue una impresión antes de oírle decir:

—Me gusta ser el hombre que consiente y mima a su *cucciolo*; no al contrario. Pedirte dinero, ir en el asiento del copiloto en tu Masseratti, ir a cenas con tu nombre en el registro o que me compraras ropa y joyas... sería como castrarme. Jamás se me pondría dura si yo fuera la mujer de la relación, Joe.

—¿En serio? ¿Y me llamas a mí «enfermo»?

—Es simple: el hombre tiene el dinero, conduce el coche y paga las joyas.

Me quedé con los labios entreabiertos y terminé parpadeando antes de negar con la cabeza y fumar otra calada.

—Así que toda esa mierda de la masculinidad tóxica no era parte del juego.

—Yo soy así. También te lo advertí mil veces.

—Vale... —murmuré, tomando una buena respiración—. Escucha, que usaras mi dinero y te quedaras con mi Masseratti nunca fue el problema, Capo. No soy tan orgulloso en ese sentido. Lo que me preocupaba era que no parecías consciente de que *fuera mío*. ¿Entiendes? No estaba seguro de hasta qué punto ese juego formaba parte de tu faceta de amo, o si tratabas de convencerme de algo, o de tratar de confundirme...

—¿Qué quieres saber, Joe? ¿Qué me gusta tu dinero? —me interrumpió entonces—. Me encanta que estés podrido de dinero, Joe. Me encanta que puedas gastarte veinte mil dólares en ropa y que ni te tiemble la mano. He vivido toda mi puta vida en la miseria y saber que tengo a alguien capaz de solucionar todos mis problemas a golpe de talonario... me hace sentir increíblemente seguro. Piensa lo que quieras sobre eso.

—A todo el mundo le gusta el dinero —recité, palabra por palabra de lo que siempre decía mi padre—. Sabes, Capo. En el fondo siempre tuve miedo a que alguien se enamorara de mí por ese mismo motivo.

—Yo no me enamoré de ti por eso, Joe. Que te quede bien claro.

—¿Ah, no? ¿Y por qué entonces?

Oí una risa seca y corta, casi desganada, y entonces, respondí:

—*Perché sei il ragazzo più bello d'America, Joe... perché mi fai ridere come nessun altro... perché quando mi sento solo tu ci sei sempre.*

Sus palabras quedaron flotando en el aire, junto con el aroma a grasa y queso fundido. Olor que aspiré con fuerza cuando me hinché el pecho. Aunque Troy Malone no fuera italiano, seguía teniendo esa labia capaz de fundirme por dentro.

—Vale, eso ha estado bien —reconocí tras soltar un leve suspiro—. ¿Y cuándo te empezaste a enamorar supuestamente, fue antes del incendio o después?

Mis palabras no tuvieron respuesta. Solo se oyeron un par de pasos y la puerta al abrirse. Cuando me giré para ver al Capo, él ni me miró. Fui directo a por su cazadora vieja colgada del pechero y se la puso de camino a la puerta.

—Capo, no, espera, estam... —pero ya estaba fuera.

Cuando salí a la calle para seguirle, le vi sacando el Masseratti del aparcamiento, tan rápido que casi saltó al cruzar al arcén de la carretera. Y, sin más, me quedé mirándole con el ceño fruncido mientras desaparecía en la noche.

Al día siguiente, el Masseratti estaba en la casa de Beberly, como toda la ropa, las joyas y las cosas que el Capo había comprado; pero él había desaparecido por completo.

VENTINOVE

Me sentía mal.

Sin duda me sentía mal. Por alguna razón que no era capaz de entender del todo, la repentina huida del Capo me había dejado en un estado a medias entre la tristeza y la ansiedad. Quizá había sido algo de lo que había dicho, quizá algo que había visto en sus ojos, quizá... yo era gilipollas y había perdido por completo la razón.

—Para ya, Joe, deja de mandarle mensajes y obsesionarte. Lo que pasó esa noche es que le cazaste por completo y él huyó como una rata para no tener que confesar que es un auténtico mierdas.

—Lizza... —suspiré, dejando el móvil de vuelta en mi bolsillo—. La que tiene que parar eres tú.

—¿Yo? —se indignó, girando hacia mí el asiento de la sala de producción para poder dedicarme una de sus expresiones entre la sorpresa y el asco.

Moví lentamente el rostro hacia ella y puse una mueca de cansancio.

—No paras de repetirme lo mismo... y ya sé que lo haces porque te preocupas por mí, pero, de verdad, ahora mismo no necesito que me martirices con el tema.

Lizza arqueó sus cejas finas y terminó por mirar al frente, hacia las pantallas en las que se reproducía un segmento de la película adolescente de vampiros.

—Vale, como quieras.

—No te enfades tú también...

—No estoy enfadada, Joe, solo un poco decepcionada.

—Oh, qué bien, eso es incluso peor.

—Creía que eras mucho más listo.

—¡Pues no lo soy, Lizza! ¡Y me da igual que Troy sea un *boy toy* o un pizzero o un muerto de hambre con sueños tan grandes como su polla! ¿No lo entiendes?

—terminé exclamando, llegando a detener la película con un golpe seco en el teclado de mezclas—. Me gusta mucho estar con él y solo quiero que vuelva.

—Entonces has caído en su trampa.

—Sí, Lizza —tomé una bocanada de aire y la solté, llevándome una mano al rostro para frotarme los ojos. Hacía un par de días que no conseguía dormir bien y el cansancio solo se acumulaba cada vez más—. He caído por completo. ¿Ya estás contenta?

—No, Joe —murmuró, levantando una mano para acariciarme la espalda con cariño—, pero ya es tarde, así que deja de enviarle mensajes que sabes que no va a responder y haz algo real.

—Ya he ido otras noches a buscarle a la pizzería —le confesé, mirando hacia algún punto entre la mesa de mezclas y las pantallas—, pero había otro hombre allí. Creo que era el primo, un tal Carlo, porque se parecía a él pero... mal. Sin el encanto y esa aura sexy del Capo.

—Entonces ve a un lugar en el que sabes que vas a encontrarle —me aconsejó—. Al más puro estilo Hollywood.

—¿Qué quieres decir?

Lizza sonrió un poco yladeó el rostro.

Esa misma noche me quedé plantado frente a su casa con un ramo de flores en una mano y los mejores bombones de la ciudad en la otra. Me sentía completamente fuera de lugar, estúpido, desesperado y avergonzado; así que supongo que lo estaba haciendo bien. Al más «puro estilo Hollywood»; demasiado dramático y demasiado cliché.

Ya me había pasado diez minutos en el coche y otros cinco en esa acera suburbial frente a la casa, reuniendo el valor suficiente para hacer aquello. Miraba las ventanas por las que salía una leve luz y no podía dejar de pensar en que el Capo iba a odiar aquello. «Los hombres no reciben flores ni bombones», me diría antes de cerrarme la puerta con mosquitera en las narices.

Sí, eso era exactamente lo que diría de todo aquello.

Negué con la cabeza y estuve tentado a fumarme el quinto pitillo de la noche, pero desistí y al fin crucé la verja de metal que delimitaba el pequeño jardín delantero. La casa era pequeña, vieja y pobre, no muy diferente a cualquier otra que pudieras encontrarte en las peligrosas calles de Compton. Llamé al timbre, pero como no funcionaba, así que aparté la mosquitera y llamé directamente a la puerta antes de dar un paso atrás.

Para distraerme y acallar esa voz en mi cabeza que me decía que todo aquello era una terrible idea y, además, increíblemente humillante, miré a ambos lados del pórtico. En una esquina, al lado de un viejo banco colgante, había un rincón con juguetes demasiado usados e incluso rotos. Pero, si el Capo no tenía hijos, ¿por qué estaban allí?

—¿Joe...? —me preguntó una voz, sacándome por sorpresa de mis pensamientos.

Al girar el rostro y sonreír, vi a una mujer mayor, de pelo entrecano y recogido, gafas y mandil. Yo conocía a esa mujer, Silbia Malone, o, como la llamaba el Capo, *la mamma*.

—¡Hola! Sí, soy yo... —respondí, tardando un momento en recordar por qué estaba allí con mi mejor camisa, un enorme ramo de flores y unos bombones de dos mil dólares el kilo—. ¿Está Troy en casa? He... he venido a hablar con él — y levanté un poco el ramo, por si no era suficiente obvio que venía a disculparme.

—No, no está —respondió ella tras un par de segundos mirando las flores y, después, mis ojos—, pero no le debe quedar mucho para llegar del trabajo. Últimamente no quiere quedarse después de las ocho.

Cuando yo salía del trabajo...

—Oh... emh, entonces volveré más tarde —murmuré, algo decepcionado por las molestias que se estaba tomando el Capo para no verme. Él, un hombre que anteponía su trabajo a todo lo demás—. Perdona que la haya molestado.

—No, no, no. Quédate, por favor.

Entonces, la señora Malone pareció reaccionar, como si mis palabras la hubieran despertado de un extraño trance. Me abrió la mosquitera que nos separaba y hasta empezó a sonreír.

—Lo siento, cielo, es que me ha sorprendido muchísimo verte aquí —se disculpó en mitad de un tornado de manerismos y expresiones—. No te esperaba, la verdad.

—Ya, venir ha sido un poco repentino —le confesé mientras, educadamente, asentía con la cabeza para darle las gracias por la invitación—. Como podrá ver, señora Malone, traigo un ramo que dice «lo siento mucho» y unos bombones que dicen: «perdóname».

La *mamma* del Capo se rio de mi pequeña broma, cerró la puerta a mis espaldas y me invitó con un gesto a cruzar el pequeño pasillo que unía casi todas las habitaciones de la casa; incluida, la pequeña cocina frente a nosotros.

—Dame el ramo, cielo, lo pondré en agua.

—Gracias.

La señora Malone se llevó el ramo de mis manos, cojeando ligeramente hacia el fregadero para buscar un recipiente lo suficiente grande donde ponerlo.

—Huele muy bien, señora Malone —le dije, apreciando el delicioso olor que llegaba desde los fogones.

Sin saber muy bien qué hacer, me quedé sonriendo a un lado de la entrada.

—Oh, no, por favor, llámame Silvia —respondió, dedicándome una mirada rápida, una sonrisa tímida y un gesto airado de la mano—. Y siéntate, cariño, no hace falta que te quedes ahí parado.

—Gracias —repetí mientras me dirigía a la mesa central, tan vieja y usada como todo lo demás en aquella casa.

—Estaba haciendo la cena, ya sabes cómo le gustan a Troy las cosas —continuó ella y, para mi sorpresa, puso los ojos en blanco y suspiró. Al parecer, aquella masculinidad tóxica no venía de su madre—. ¿Quieres un café mientras esperas, Joe? O, si quieres, puedes quedarte a cenar con nosotros.

—Oh, no. El café esta bien, gracias —respondí—. No sé cómo se tomará el Capo que haya venido hasta aquí por sorpresa.

Su madre no respondió al momento, sino que puso una leve expresión preocupada de labios prietos.

—Troy me ha contado que habéis tenido una pequeña ruptura —me confesó en voz baja—, pero no quiso hablar mucho de ello.

—Sí, hemos tenido un bache —afirmé, por llamarlo de alguna forma—. No voy a decir que fuera solo culpa mía, pero... quizá yo lo haya empezado.

La señora Malone asintió lentamente mientras llenaba la cafetera italiana y me dijo:

—Los hombres de nuestra familia son un poco... complicados. No sé si será la sangre italiana o qué, pero hacen un mundo de cualquier cosa. A veces hay que saber darles su espacio y esperar a que vuelvan ellos, como si fueran perritos enfadados...

—¿Mamá? —preguntó una voz desde el pasillo, interrumpiendo la frase de la señora Malone—. ¿Con quién hablas?

Me giré al momento, pero supe que no era el Capo, porque había sonado a voz de chica adolescente. Como pensaba, Ashley, la hermana adolescente, no tardó en aparecer en la puerta de la cocina con una camiseta vieja y unos shorts de pijama. Cuando me vio allí sentado, se quedó completamente paralizada, abrió sus ojos azules e incluso perdió la respiración en un repentino jadeo.

—Ah, Ashley, ¿mira quién ha venido de visita? —dijo su madre con una sonrisa.

A la joven le costó un poco reaccionar; primero miró a su madre, después a mí sentado a la mesa, después el enorme ramo de flores en el fregadero y, finalmente, a mí de nuevo.

—Joder, eres real... —fue lo que dijo.

—Ashley, controla esa lengua, tenemos invitados...

—No, yo... Es real, mamá, Joe es real... —trató de explicarle ella, como si su madre fuera la que no lo entendiera. Entonces me miró y, con una franqueza que no me esperaba, confesó—: Estaba segura de que eras un puto viejo de la colina y que las fotos eran falsas...

—¡ASHLEY!

—¡Llevan juntos casi medio año y Capo jamás lo trajo a cenar! ¡Solo nos enseñaba esas estúpidas fotos! —trató de explicarse ella, gritando tanto o más que su madre. Aquello sí que estaba empezando a parecer una familia italiana—. ¿En serio no te parecía muy extraño?

—Estás hablando de tu hermano...

—¡Mierda! ¿Por qué siempre me tratáis como la mala? Solo digo que era muy raro que Capo, el hombre más aburrido y serio del mundo, hubiera encontrado a un novio joven, guapo y con dinero como... —y ahí se detuvo, volviendo a mirarme. Entonces se calmó un poco y se cruzó de brazos—. Lo siento, Joe, eras demasiado bueno para ser cierto.

—Gracias —seguía sonriendo, peor ahora con el ceño fruncido. No me esperaba todo aquello, sinceramente—. Y sí, soy real.

Ashley asintió un par de veces, como si todavía lo estuviera procesando, y después hizo una señal hacia el ramo de flores y los bombones con su dedo de uña pintada.

—Así que la has cagado y vienes a disculparte...

—¡ASHLEY MALONE!

—No, no pasa nada, Silbia —traté de calmarla, o aquello se convertiría de nuevo en otra discusión en bucle—. Mi familia también es muy directa. Tenemos una especie de tradición por ver cual de todos es el primero en hacer enfadar o llorar a un invitado —y me reí un poco antes de volverme de nuevo hacia la joven—. Y sí, vengo a disculparme, más o menos...

—Aha... Y sabes que Capo va a odiar las flores y los bombones, ¿verdad?

—Bueno, realmente, eran para toda la familia, así que... —me encogí de hombros.

—Mmh... —la hermana volvió a asentir y me miró de arriba abajo, como si me juzgara muy duramente por algo—. ¿Sabes lo muchísimo que se enfadó el Capo conmigo por ir a tu casa? Me estuvo gritando media hora sin parar.

—¿Fuiste a su casa? —intervino su madre, quien nos observaba desde su sitio al lado de los fogones—. ¿Sin pedir permiso?

Ashley se encogió de hombros y miró a otro lado.

—Capo vivía en una mansión con piscina y ni nos había invitado, a nosotros, su familia...

Antes de que su madre volviera a gritar de la sorpresa, dije:

—Ya, siento eso. Se enfadó tanto porque encontré tu bikini en el baño y me puse como una fiera. Rompí como cinco platos y una docena de vasos que le tiré a la cara.

Ambas mujeres se quedaron entonces en silencio, observándome con atención.

—El Capo es gay —dijo entonces Ashley, frunciendo tanto el ceño que resultó hasta cómico—. ¿En serio te pusiste celoso por un bikini?

—Ya... Me cegué —murmuré, antes de soltar una breve y algo ridícula risita nerviosa. Yo sabía que el Capo era gay, «ahora», antes no lo sabía...—. Además, hay mucha zorra en Beberly —añadí, como si eso ayudara en algo—. Tienen demasiado tiempo y demasiada falta de vergüenza para no colarse en la casa de su vecino el guaperas de gimnasio y ponerle sus tetas operadas en la cara.

A la señora Malone mi comentario le hizo llevarse la mano al pecho y soltar un leve «uy...», pero a la hermana del Capo se le terminó por saltar la risa. Con una sonrisa un tanto cruel en sus bonitos labios, avanzó en dirección a la mesa y se sentó con las piernas cruzadas sobre la silla.

—Así que además eres gracioso... —me dijo, apoyando los brazos en la madera vieja para jugar con distraídamente con su pulsera de cuentas—. ¿Puedo hacerte una pregunta, Joe? ¿Cómo es posible que alguien como tú esté con el Capo?

Esa pregunta me dejó completamente en blanco. Era más que evidente la razón por la que yo o cualquier persona desearía estar con el Capo.

—Bueno, es... un hombre muy guapo —fue lo primero que solté. Porque, claro, no quería que su familia pensara que yo era un ricachón frívolo y superficial de la colina... Misión cumplida.

—Ya, ya... —me interrumpió su hermana con una expresión de desinterés mientras levantaba la mano en el aire—. A mis amigas también las tiene locas... pero ellas no le conocen. A lo que me refiero es a que, ¿no te parece el hombre más aburrido y serio del mundo? Es como un padre amargado. No le puedo imaginar siendo divertido o teniendo una conversación que no sea sobre la familia o su trabajo.

—Ah... —comprendí antes de fruncir levemente el ceño y mirar a un punto lejano de la cocina—. Mmh... No, la verdad es que nunca me he aburrido con él. Es estricto, eso es cierto —reconocí, añadiendo un leve cabeceo y una mueca de cejas arqueadas. Algo así como una broma privada, ya que no creía que su madre y su hermana estuvieran al tanto de sus... gustos—, pero no de una forma desagradable o cortante. Aunque tenga sus cosas, siempre sabe compensarlo de otras formas.

—Eww... —se quejó su hermana, poniendo una mueca de asco.

—No, no me refiero a eso —aclaré rápidamente, levantando una mano a la vez que miraba a la señora Malone—. Me refiero a que es muy cariñoso y siempre puedes contar con él para lo que necesites.

—Sí, eso es verdad —dijo su madre, asintiendo con aprobación—. Troy es un hombre muy dulce y dedicado con las personas a las que quiere.

—Pues será con Joe, porque a mí me trata fatal...

—¿Ah, sí? ¿Crees que tu hermano te trata mal? —le preguntó su madre con una expresión seria y un tono firme de la voz—. ¿Y todas esas veces que te llevaba

con él de compras? ¿O cuando te llevaba en el Masseratti a casa de una amiga o a alguna fiesta? ¿También estaba siendo cruel?

—No, no —se defendió la joven, negando con la cabeza y agitando su espesa melena morena—. Cuando me llevaba de compras no me dejaba comprarme nada para mí, que, por cierto —y me miró—, me parece muy feo que le dieras una tarjeta platino solo para gastarse dinero en cosas que ponerse contigo. Esa es una de las razones por las que pensaba que eras un viejo asqueroso y salido...

—Oh, yo no le dije eso —murmuré, porque, en efecto, no le había dicho «nada».

—¡Lo sabía! —exclamó la joven, llegando a dar un golpe con la palma abierta sobre la mesa—. ¡Ves, *mamma*, Capo es un puto egoísta y me trata mal!

Por una parte, no quería caerle mal a su hermana, por otro, agradecía que no hubieran aparecido pagos en la tarjeta a nombre de tiendas de ropa de mujer; porque entonces sí que me hubiera vuelto loco de verdad.

—¡Tu hermano no tiene por qué gastarse el dinero de Joe en ti, Ashley! ¡Dios sabe lo duro que debió ser para él comprar cosas con esa tarjeta, con lo orgulloso que es con ese tema! —y mirándome, añadió con un tono mucho más suave—: No es que Troy no te agradeciera que le prestaras el Masseratti o esa tarjeta, es solo que le cuesta aceptar ayuda de los demás. Ya sabes, es siempre el salvador, pero nunca el salvado.

—Claro —asentí—. Me alegra mucho que la usara, para eso está.

—¿Y a mí no puedes dejarme un coche de lujo? ¿Cuántos tienes?

Y antes de que su madre pudiera volver a gritar, se oyó el ruido de la puerta. Una apertura precipitada y un golpe seco que precedió a unos pesados pasos por el pasillo.

Il mio Capo llegó en apenas segundos, porque había visto el coche en la entrada y sabía que yo estaba allí. Llevaba su ropa de trabajo, aunque empezaba a creer que era de la poca que tenía: camiseta gastada, gorra vieja y vaqueros rotos. Bajo sus ojos había unas leves sombras oscuras y su expresión era una mueca de rabia contenida. Cuando me encontró sentado en la cocina con su madre y su hermana, se quedó un par de segundos en silencio y entonces me preguntó con un tono seco:

—¿Qué coño haces aquí?

—Perdona, Capo —me disculpé al momento, levantándome de la silla. Estaba claro que aquello había sido un error—. Vine a hablar contigo y tu madre me invitó a entrar.

Él no dijo nada. Echó otra rápida ojeada a la cocina, al ramo sobre el fregadero y los bombones sobre la mesa, y después volvió a mirar mis ojos para hacerme un gesto constante en dirección al pasillo.

Con una bocanada de aire reuní la fuerza suficiente para dedicarle una última sonrisa a la señora Malone.

—Ha sido un placer conocerte, Silbia. Y a ti también, Ashley.

—Igualmente, cariño... —respondió la madre, pero con cuidado, porque la tensión entre el Capo y yo podía cortarse con una cuchillo.

Entonces me dirigí al pasillo, donde él ya me estaba esperando. No apartó la mirada cuando crucé por su lado, ni cuando, con una mano firme en mi

espalda, casi me empujó en dirección a la salida. Una vez fuera, lejos de su familia, ese toque firme se volvió un gesto agresivo. Me agarró de la camisa y tiró de ella para decirme muy cerca del rostro:

–Vuelve a molestar a mi familia y te haré daño de verdad, Joe. No estoy bromeando –dicho esto, me empujó en dirección a la pared—. Ahora lárgate de aquí y no vuelvas jamás. *Capito?*

–Capo, solo quiero hablar... –lo intenté, pero él ya estaba abriendo la mosquitera y la puerta tras ella.

–No hay nada que hablar –fue lo último que me dijo antes de desaparecer.

Al quedarme allí solo, en mitad del pórtico, los ojos se me empezaron a humedecer. ¿Por qué? No lo tenía claro. Puede que por la forma en la que él me había tratado, puede que por tener razón y saber que esa idea de ir allí había sido un error, puede que por la frustración acumulada o puede que por el inevitable final que aquello representaba.

Después de aquello, yo no iba a arrastrarme más detrás de él, y estaba claro que él no volvería por sí mismo. Así que... la aventura había terminado. Había sido un medio año bastante bueno, con altibajos, pero muy emocionante y divertido. Sin duda.

Busqué ese quinto pitillo que no había fumado antes de entrar y bajé las dos escaleras hasta el pasillo que atravesaba el jardín. Me encendí la punta del cigarro y solté el humo grisáceo junto con un suspiro.

Me sentía mal. Me sentía terriblemente mal. Había un agujero en mi pecho que me estaba tragando por momentos y un pensamiento en mi cabeza que no dejaba de repetirse en bucle.

«Lo has perdido, Joe. Lo has perdido para siempre».

Llegué al Masseratti casi de una forma inconsciente y me dejé caer en el asiento. Cerré la puerta de un golpe seco y me froté los ojos empapados en lágrimas. Metí la llave en el contacto pero, cuando lo encendí, empezó a sonar una de las listas de reproducción del Capo. Su cuenta de Spotify seguía vinculada al coche y yo no había cerrado la sesión.

Miré la canción, otra de esas baladas en italiano que siempre pasaba de largo cuando yo estaba con él; como si se hubiera colado allí por error. Moví el dedo por la pantalla y encontré el título de la lista: *Il mio cucciolo*.

Cerré un momento los ojos y después recosté la cabeza en el asiento. Las señales estaban allí, justo frente a mis ojos, pero yo no había querido verlas. Me había obsesionado con la idea de que el Capo era una mente del mal, trazando meticulosos planes para atrapar me en una mentira que, siendo sinceros, era increíblemente elaborada y compleja.

Con la ventana abierta y el pitillo colgando entre mis dedos, empecé a pensar en, si de alguna forma, aquello hubiera podido terminar de otra manera diferente.

La verdad, era complicado imaginárselo: los secretos del Capo, mis paranoias, la forma en la que nos habíamos conocido y todo lo que rodeaba nuestra relación. Parecía destinada al fracaso incluso antes de comenzar.

Puede que otra persona que no fuera yo hubiera actuado diferente en la misma situación. Puede que no le hubiera dado tantas vueltas y hubiera seguido

adelante sin más. Puede que se hubiera permitido a sí mismo enamorarse del Capo, incluso cuando creía que era un *boy toy*. Puede que ellos dos hubiera vivido felices el resto de sus vidas.

Pero yo no soy esa clase de persona.

La clase de persona capaz de esperar que las cosas salieran bien y los misterios se resolvieran por sí mismos. Para nosotros, no había futuro, porque tarde o temprano llegaría ese momento en el que a mí me hubiera dado por poner final a los secretos y las preguntas sin respuesta.

En verdad, no era del todo culpa mía. Si el Capo no hubiera sido tan cerrado y misterioso desde el principio, yo no le hubiera tratado como si...

—Joe.

Di un leve salto en el asiento y giré el rostro rápidamente. Entonces vi el rostro del Capo, inclinado sobre la ventanilla. Seguía serio, pero algo había cambiado en él.

—¿Qué haces todavía aquí? —me preguntó y, echando una rápida ojeada a un lado, añadió un bajo—: Es un barrio peligroso, es mejor que no te vayas.

—Sí... —respondí, tomándome un momento para aclararme la garganta antes de continuar—: Estaba distraído, perdona, ya me voy.

El Capo asintió, dio un par de suaves golpes en el borde de la ventanilla y se incorporó.

—Oye, Capo —le llamé entonces, antes de que se fuera. Me incliné un poco y volví a ver su rostro cubierto por las luces y sombras de la calle malamente iluminada—. Si quieres hablar o... *Se ti senti solo e hai bisogno di qualcuno*, ya sabes dónde encontrarme.

Dicho eso y sin esperar a que me respondiera, volví a incorporarme y arranqué el motor, saliendo con un giro rápido hacia la carretera para desaparecer en la noche.

No quise mirar por el retrovisor. No quise saber si el Capo se había tomado en serio mis palabras o simplemente había puesto una mueca de desprecio. Esta vez, elegí mentirme a mí mismo y pensar que, al menos, cabía la posibilidad de que me hubiera escuchado.

TRENTA

Pasaron tres días cuando, la media mañana de un viernes, recibí un mensaje en el móvil. Estaba con Lizza en el estudio y no le presté mucha atención. Noté la leve vibración en el bolsillo y seguí adelante, creyendo que sería mi madre recordándome nuestro *brunch* del día siguiente —costumbre que tuve que recuperar ahora que no tenía al Capo en mi cama para darme una excusa por la que no ir—, o incluso contándome algún cotilleo nuevo para que compartiera con Lizza.

Al terminar en la nave, tampoco saqué el móvil, sino que me monté en el carrito de golf y tomé el giro en dirección a la salida mientras anunciaba:

—Café. ¿Starbucks, Dunkin'donuts o Hard Rock?

—Dunkin.

Y allí fuimos. En teoría, no se podía sacar fuera de la productora un vehículo motorizado que no superaba los treinta por hora y que no tenía matrícula; pero aquello era Hollywood. Con que no mataras a nadie ni prendieras fuego a nada, las excentricidades como aquella pasaban bastante desapercibidas.

—Hola, a mi jefe le acaba de dejar su novio italiano y con polla de caballo, ¿cuántos donuts me recomiendas que le lleve?

—Lizza, esa broma dejó de tener gracia hace dos días —le advertí, sacando el móvil del bolsillo.

—Vale, entonces solo un café para ti —respondió, volviendo a girarse al comunicador del *Car service* y decir—: Mañana tengo que ir a la boda de mi prima y la odio a muerte, ¿cuántos donuts me recomendarías?

Puse los ojos en blanco, pero, por desgracia, se me saltó una leve risa al oír a la mujer tras el comunicador tartamudeando una especie de respuesta. Entonces, cuando miré el móvil, lo vi: un mensaje de *il mio Capo*. Casi salto en el sitio. Me incorporé rápidamente y lo abrí, perdiendo por completo la sonrisa para sustituirla por una mueca que rozaba casi el pánico.

«Hoy podemos cenar». Tres solas palabras. Suficientes.

«¡Claro! ¡Suena genial! ¿Dónde te apetece?», al enviarlo enseguida pensé que tantas exclamaciones sonaban a desesperación; pero ya era tarde para borrarlo. Demasiado acostumbrado a las instantáneas respuestas del Capo, me quedé con el móvil en la mano los dos minutos que tardaron en servirnos nuestro café y, por alguna razón, una caja de doce donuts glaseados. Pagué todo con la tarjeta y se lo pasé a Lizza a mi lado, frunciendo el ceño y mirando la pantalla del teléfono.

—¿Ocurre algo? —me preguntó.

—No, nada —murmuré, prefiriendo no revivir aquel tema.

Sabía lo que ella me iba a decir, sabía lo que yo iba a responder y sabía que nada bueno podía salir de aquello. De todas formas, Lizza empezó a sospechar cuando me vio revisar el móvil cada media hora —¿ahora no respondía rápido para parecer más distante? ¿Era una manera de demostrar que yo ya no le importaba tanto? ¿Estaba mandándome un mensaje pasivo-agresivo? ¿O simplemente estaba ocupado?—, hasta que llegó el momento de la comida; momento en el que, al fin, recibí la respuesta.

«Connor Rd. *Fries&Meat*, a las nueve».

No quería parecer un *snoop* ni nada parecido, pero: Connor Rd... estaba en la zona deprimente de Los Ángeles. *Fries&Meat*.... Sonaba a local de mierda. Las nueve... significaba que no tomaríamos una copa antes.

Sinceramente, estaba seguro de que me diría un restaurante de West Hollywood, como siempre, y que antes iríamos a beber algo... Saber que tenía otros planes en mente me decepcionó un poco; pero fui razonable y maduro y respondí: «Genial. Allí nos vemos entonces». Sin exclamaciones esta vez.

—Dime que no, Joe —oí una voz a mi lado.

—Lizza, te recuerdo que eres mi empleada, no mi puta madre ni mi jodida conciencia. Así que termínate la ensalada y esos doce donuts que has pedido por ninguna razón aparente —le aconsejé a la vez que guardaba el móvil y volvía a prestar toda mi atención a la ensalada César que tenía en frente.

Ella me dedicó una mirada fija, pero no especialmente tensa, y se metió su burrito vegetal en la boca.

—Compré los donuts porque son mi regalo de boda para la zorra homofóbica de mi prima —me dijo, todavía con la boca llena.

—Ah, es esa prima... —murmuré, frunciendo un poco el ceño—. ¿No era la de San Diego?

—No, a mi prima de San Diego no la odio, solo me da asco.

—¿Y cuál es la que dices que parece blanca?

—La de San Francisco. Pero eso no es culpa de ella, es culpa de mi tía por haberse casado con el hombre más pálido y normativo de Norteamérica.

—Entiendo, ¿y hay alguna razón por la que tu familia esté esparcida a lo largo de toda California?

—¿Hay alguna razón por la que tu familia esté esparcida por todo el mundo?

—Hay varias razones, la mayoría, bíblicas o antisemitas.

—Pues eso —terminó diciendo a la vez que se limpiaba las manos con una servilleta—. Dios solo va a reunir en un mismo lugar a mis tías y mi madre cuando necesite de nuevo a sus cuatro jinetes del apocalipsis.

Me reí tanto que casi terminé escupiendo la ensalada.

Con una camisa, unas gafas y un pantalón que valían más que aquel local de tercera clase en la esquina de Connor Rd, entré en *Fries&Meat*. Lo que encontré allí no llegó a horrorizarme, pero le faltó poco. Familias, niños, parejas, grupos de trabajadores, camioneros e incluso una mujer que, puede que no, pero seguramente sí, fuera una puta tomándose un café antes de salir a la noche.

Tomé una bocanada de aquel aire que apestaba a grasa de freidora y comida rápida, eché un rápido vistazo entre las mesas repartidas por doquier y, al fin, en una esquina, encontré al Capo. Como la última vez, y la anterior a esa, llevaba su ropa de calle: camiseta vieja y pantalones vaqueros. Cuando me acerqué lo suficiente, dejó de mirar la carta y me dedicó una mirada por el borde de sus ojos.

Aquello sí que no había cambiado: esos increíbles ojos claros, tan intensos y salvajes en contraste con su piel caramelo.

—*Buonanotte, Capo* —le saludé, llegando incluso a sonreír mientras me sentaba en aquella silla algo grasienta frente a él—. Me ha hecho mucha ilusión que quisieras cenar conmigo.

Él no respondió al momento, sino que se quedó de brazos cruzados y se recostó un poco en el asiento.

—Querías hablar —me dijo—. *Bene*. Dime lo que tengas que decirme.

—Oh... —aquello me pilló por sorpresa y yo no estaba preparado para una confesión en mitad de un bar de mierda con gente gritando a apenas un metro de nosotros—. Pues... Siento si te he hecho daño con todo esto, la verdad, nunca fue esa mi intención; pero tendrás que reconocer que tú actuabas de forma muy extraña. Me llamabas *il tuo ragazzo*, pero yo no sabía nada de tu vida, ni siquiera tu nombre...

—Te dije que todos me llamaban Capo —me interrumpió.

—Tu nombre real —aclaré, manteniendo esa mirada seria que él me dedicaba—. El apodo está bien, me gusta y es divertido, pero no es lo mismo, Troy. Y hacías igual con toda tu vida: tu trabajo, tu familia, a dónde ibas, lo que hacías, lo que realmente buscabas o lo que querías de mí. Para lo único que me explicabas algo era para que me metiera un *plug* por el culo, te hiciera la cena y después te lamiera las pelotas. Eso sí que me lo dejabas bien claro —añadí, medio en broma, medio no—. Y no es que eso esté mal. Ya sabes que me encanta follar contigo y que me vuelve loco —continué—, a lo que me refiero al decir esto es que parecía que solo le dabas importancia al sexo y a mandar. Después te ibas con mi Masseratti y la tarjeta y... No sé, era todo un poco raro.

Al Capo le salió un jadeo y después sonrió, pero fue una de esas sonrisas oscuras y asqueadas.

—Claro... —murmuró, inclinándose hacia delante—. No pasa nada, Joe. Cómprame un *lamborghini* y te perdono... ¿No funciona así? —y abrió las manos en uno de esos gestos italianos que, me di cuenta entonces, echaba tantísimo de menos ver en él—. Solo estoy haciendo esto para que me consigas una vida de lujos... *Vero, ragazzo?* Tú me das cosas y yo te doy *cazzo*. Eso es lo que quieres...

—No, no vayas por ahí, Capo —le advertí con una expresión que dejaba poco a las dudas—. Jamás te compré nada para que me follaras, y tú tampoco me pediste nunca nada a cambio. El dinero que me gastaba en ti era solo porque me importabas.

—Te importaba... —repitió él, como si esa palabra fuera un limón ácido y amargo en sus labios. Entonces negó con la cabeza y se inclinó un poco más para decirme—: Al final, Joe, tú eres la más mentirosa y puta de los dos.

Ahí fue cuando le di una bofetada y me puse serio. El Joel Bueno ya había tenido su oportunidad, ahora le tocaba al Joel Malo, que, básicamente, era mi padre hablando por mi boca.

—Vamos a dejar algo claro, Troy. *Ho molti soldi, ma sono un bellissimo ragazzo*. ¿Entiendes? Yo no necesito pagar a nadie para que me dé *cazzo*. No necesito dejarles vivir en una de mis mansiones, ni regalarles mi Masseratti ni darles mi

tarjeta platino. No necesito pedirle un favor a un amigo de la familia para que meta al subnormal de su primo; que, por cierto, ya la ha cagado tres veces en la tarea más simple y estúpida del banco; para que me den *cazzo*. *Mi senti, Capo?* Yo no necesito pagar a *boy toys* que montar en la cama, ¿sabes quién quería que le montara en la cama? —me acordé de pronto—. Jhon Perry. Seguro que le conoces, sale en bastantes revistas y está muy de moda en Hollywood. El hombre más sexy desde Clean Eastwood, le llaman... Sí, ese me quería dar bien de *cazzo* y, que yo sepa, está muy, muy lejos de ser un *boy toy*...

Tras aquel monólogo que acababa de soltar para él, Troy se quedó en completo silencio. Respiraba profundas bocanadas y miraba a los lados como si no quisiera enfrentarse a mi mirada.

—Solo te lo preguntaré una vez, Joe —me dijo en voz baja y áspera, con la cabeza hacia un lado y la vista perdida—. ¿Te follaste a Jhon Perry?

—Claro que no, Troy. Tengo muchas cosas malas, pero *il tuo cucciolo* es un hombre fiel... —le dije, recitando lo mismo que él me había dicho una vez en mi despacho—. ¿Sabes lo que pensé cuando Perry se insinuó? Pensé: no, yo ya tengo al *mio Capo*, y me di la vuelta y me fui. ¿Crees que me hubiera importado una mierda serle infiel a un *boy toy*? Eh, Troy...

El Capo asintió lentamente y después volvió el rostro hacia el frente, aunque no levantó la mirada de la mesa hasta que, de una forma un tanto inoportuna, llegó la camarera para echarnos un café recalentado en unas tazas y preguntarnos qué queríamos comer; todo ello, sin dejar de masticar ruidosamente un chicle. El Capo pidió dos del mismo número y, cuando ella se fue, volvió a cruzar los brazos sobre la superficie de falsa madera de la mesa.

—¿Te gusta este local, Joe? —me preguntó, todavía sin mirarme.

—No es de mis favoritos, la verdad.

—Comer aquí es casi como una cena de lujo para mi familia. Normalmente los domingos mi familia va a un comedor social. Yo voy más noches que esa, pero no se lo digo a la *mamma* para no preocuparla.

Asentí, pero no dije nada.

—Sin tu dinero, este es el único restaurante bonito al que te podría haber traído —murmuró al fin, dedicándome una fugaz mirada por el borde superior de los ojos—. Y tú jamás me hubieras dicho «*ti amo*» en un lugar así.

—Sinceramente, empiezo a creer que me consideras un niño malcriado y elitista, Capo. No me importa estar aquí y comer junto a la familia gritona —y señalé hacia un lado, donde estaban los dos padres y sus asquerosos seis hijos—, ni con el Club de la Raja del Culo —hacia la barra con sus camioneros de vaqueros demasiado cortos para sus enormes culos—, ni con la señorita puta mientras se toma su café antes del trabajo. Pero, lo que no entiendo, es por qué íbamos a hacerlo si podemos pagar los mejores restaurantes de Los Ángeles. ¿No te gustaban los restaurantes? ¿Ni siquiera la Grulla Dorada?

El Capo mantuvo el tipo, pero no pudo negarse a decir:

—Me encanta la Grulla Dorada. Siempre me llevabas allí a comer sushi cuando me veías enfadado o triste.

—Sí, y podemos irnos a cenar allí ahora mismo y dejar esta mierda de local y su mierda de comida. Venga, vamos —le animé mientras ya me estaba levantando de la mesa.

—No —me detuvo, estirando el brazo para agarrarme de la muñeca antes de que me alejara—. Siéntate, Joe. Nos vamos a quedar.

Con los ojos en blanco y un leve suspiro, volví a sentarme.

—¿Es una especie de venganza? ¿Quieres obligarme a comer aquí y que me pase la noche tomándome antiácidos y sales de frutas? Nadie fue tan cruel con un judío desde Ramsés, Capo...

—No, nada de tus bromas —sentenció separando la mano de mi muñeca para hacer un gesto cortante—. Lo que quiero es enseñarte la clase de mundo del que yo vengo.

—En el Torá hay una frase que dice...

—No me jodas, Joe.

—¿Ahora tampoco te gustan mis frases del Torá?

—Me gustan mucho tus frases, pero te he dicho que nada de bromas.

—Esta es en serio —le aseguré—. Dice: Puedes ver las huellas en la arena y saber de dónde vienes, pero no puedes ver las huellas que dejarás ni a dónde éstas te llevan.

Capo se pasó una mano por el pelo, revolviendo un poco su tupé antes de ir en busca de su taza de café solo y recalentado. Para su suerte, fue entonces cuando llegó la camarera con nuestros platos, dándole un poco más de tiempo y una excusa perfecta para redirigir el tema hacia donde él quería.

—¿Qué hubieras pensado si te hubiera dicho que esto —y levantó un lateral de su plato para mostrármelo mejor: salchichas, huevos, algo de patatas fritas y tres tiras de beicon—, es todo un capricho para mí? Qué gastarme diez dólares en dos menús de mierda va a pasarme factura al final del mes.

—Sin bromas... —me recordé a mí mismo antes de asentir—. Pues hubiera pensado que... es una pena que te pase eso. Pensaría que es una suerte que yo tenga dinero para solucionarlo y también pensaría que sigues siendo el hombre más guapo y sexy que he visto jamás.

El Capo no reaccionó demasiado, ni para mal, ni para bien, solo se limitó a mirar su plato y empezar a partir la clara del huevo con el borde del tenedor antes de pincharla y llevárselo a la boca.

—Te voy a decir lo que pensarías, Joe —murmuró después de un dramático momento de silencio y mirada fija—: Pensarías que soy un pobre de mierda, pensarías en solucionar todos mis problemas con dinero y después pensarías que me tendrías totalmente en tus manos, como a un perrito domesticado y al que no tomarse en serio.

—Si hay un problema que se pueda solucionar con dinero, no es un problema, es un gasto —le aclaré, pero como no pareció gustarle mi toque de sabiduría judía, añadí—: Así que creerías que usaría mi dinero para castrarte y «domesticarte».

—No «lo creo». Estoy bastante seguro de ello.

—Ya. Dime, Capo, ¿y qué pasaría si yo fuera el chico pobre y tú el millonario del cine? Y si supieras que yo lo estuviera pasando mal y comiendo de la

beneficencia mientras intento sacar a mi madre y mi hermana adelante. ¿Qué harías?

—No es lo mismo —negó al momento, sabiendo hacia donde se dirigía aquello.

—¿Qué harías, *amore mio*? *Lasceresti il tuo cucciolo da solo*?

Entonces dio un golpe en la mesa que hizo vibrar los platos y los cubiertos. Me señaló con su dedo índice, extrañamente vacío sin sus anillos, y me dijo:

—Tú ya no tienes derecho a llamarme así, o a hablarme así...

—Vale, perdona —me disculpé, entiendo que aquel desliz quizá le había dolido un poco—. Pero, responde a la pregunta, por favor. ¿Qué harías?

—No es lo mismo, Joe. Yo soy el hombre, podría permitirme mimarte y mantenerte sin que hubiera problema alguno.

Sabía lo que iba a decir, sabía a qué se refería y sabía que me iba a dar asco; y aún así no pude evitar una mueca de disgusto y apartar la mirada.

—En serio, Capo, tienes que controlar un poco esa mierda machista...

—Oh, pues eso si que te lo dije la primera vez que nos conocimos —me reprochó—. ¿Te pensabas que ibas a conseguir cambiarme, Joe? O quizá estabas esperando a comprarme un *Lamborghini* y hacerme prometer que me olvidaría del tema a cambio de las llaves?

—¿Qué te pasa últimamente con los *Lamborghini*? —pregunté—. Nunca habías hablado de ellos hasta ahora.

—Es un ejemplo, Joe —respondió con un tono algo duro.

—Pues empiezo a creer que quieres un *Lamborghini*.

—Se acabó —dijo, yendo en busca de la servilleta para limpiarse los labios antes de tirarla a un lado y levantarse.

—Capo —le llamé, levantándome casi un salto para agarrarle del antebrazo—. Relájate, por favor. Estás todo el rato a la defensiva.

Troy se detuvo, pero tiró del brazo para que le soltara mientras me miraba con cierto rencor en los ojos.

—¿No ves lo que pasa? Ya ni me tomas en serio...

—Vamos, Capo, siempre he sido así —le recordé—, pero ahora te lo tomas demasiado a pecho.

—Te estoy diciendo que no me gusta que me manipulen y ser la puta de nadie, y tú te estás riendo en mi cara. ¿Cómo quieres que me lo tome?

—De acuerdo, perdona —terminé por ceder antes de sentarme de nuevo—. Supongo que es un mal momento para ser un Schwartz y soltar lo primero que te viene a la mente.

—Sí, es muy mal momento, Joe —afirmó, todavía de pie y con una expresión enfadada en el rostro—. No parece que entiendas lo que pasa aquí. Tú y yo ya no somos pareja, tú y yo ya no somos ni siquiera amigos. Ahora mismo lo único que veo en ti es a un hijo de puta que me ha usado y me ha mentado. *Capito*?

—*Tutto capito, Capo* —asentí.

Tras un par de segundos más de silencio y miradas fijas, creí que Troy finalmente se iría y me dejaría de nuevo tirado para, esta vez, no volver. Sin embargo, terminó por sentarse a la mesa y apoyar los codos antes de, con un gesto cansado, frotarse los ojos.

—¿Tienes algo más que decirme antes de que me marche? —me preguntó con un tono bajo antes de mirar en dirección a la barra del local.

—Sí —murmuré—. Te amo.

El Capo reaccionó al instante, me miró de nuevo con una cara de enfado y respiró con fuerza, inflando su abultado pecho bajo la camiseta vieja; pero, a medida que los segundos pasaban, se fue dando cuenta de que no era una de mis bromas. Entonces sus ojos claros se humedecieron. Sus labios temblaron levemente hasta que los apretó con fuerza. Negó con la cabeza. Miró a otro lado, a cualquiera menos a mí. Negó de nuevo y terminó por levantarse de la mesa antes de que sus ojos llorosos le delataran.

Y, sin mirar atrás, se fue una vez más, dejándome solo en aquel asqueroso local de Connor Rd.

Cuando llegué a casa, a la de Beberly Hill, me quité la camisa y la dejé sobre la encimera de la isla de la cocina antes de ir en busca de la botella de whisky y el tabaco. Me descalcé, me quité los pantalones de camino a la piscina y me senté en el borde, hundiendo los pies en el agua clara y cristalina, iluminada por los focos del fondo.

Fumando y bebiendo directamente de la botella, pensé en eso que el Capo quería oír. Había algo que deseaba escuchar de mí, algo que quizá le hiciera cambiar de idea y volver; pero yo no sabía lo que era.

Todas mis respuestas eran solo las erróneas.

Incluso confesarle que le amaba. Algo de lo que me había dado cuenta en el momento en el que mi madre me había dicho que se había encontrado a Joshua.

—Estaba guapísimo, cariño, parecía una estrella. ¿Sabes que ahora va al gimnasio y sigue una de esas dietas de deportistas?

—Siempre fue al gimnasio y comió sano, mamá.

—No sé, pero ahora está deslumbrante. Casi ni le reconozco en el aeropuerto, cuando me llamó y agitó la mano, me dije: ¿quién es este hombre tan guapo que me llama? ¡Ah, pero si es Joshua! Me dijo que se iba a un simposio de cirujanos. Ah... es tan brillante. Y ¿sabes qué me dijo también?

—No, mamá, ¿qué te dijo?

—Que seguía soltero... ¿¡Te lo puedes creer!?! UN hombre como ÈL. Si yo tuviera diez años menos, ni se me pasaba por la cabeza dejarle escapar...

—¿Le diste recuerdos de la familia?

—Sí, por supuesto. Me preguntó por ti... Le dije que estabas bien y que, bueno, ya que salió el tema, que también seguías soltero.

—Mamá...

—Joel, cariño, escucha a tu madre. Joshua es uno entre un millón. No vas a volver a encontrar a nadie como él.

Y eso me hizo pensar. Si Joshua era uno entre un millón, ¿quién era el Capo? ¿Uno entre diez... veinte millones? Y también, por alguna razón, pensé en qué hubiera pasado si el Capo me hubiera pedido matrimonio una noche calurosa noche, en uno de los mejores hoteles de Tel Aviv.

Entonces me di cuenta.

Si con todo lo malo que tenía Troy, se me cortó la respiración y se me aceleró un poquito el corazón al imaginarle de rodillas y con un anillo; era porque debía estar mucho más enamorado de lo que creía.

Qué curioso... nunca había sido yo el tonto enamorado al que dejaban.

Quizá el karma me debía una muy grande y puso a Troy en mi camino solo por joder. Es un tanto egocéntrico de pensar, pero, de alguna forma y a medida que la botella de whisky se iba vaciando, se volvió una posibilidad del todo realista.

De pronto, mi móvil vibró y giré el rostro. Sin demasiadas ganas de levantarme, lo que hice fue tumbarme en el suelo y tratar de alcanzar el pantalón tirado en mitad del camino. Cuando lo conseguí, me incorporé y sentí esos tragos de whisky pasándome factura.

Parpadeé para centrar la mirada y desbloquéé la pantalla, encontrándome con lo que menos me esperaba ver.

«Si realmente te importo lo más mínimo, respóndeme a esto con sinceridad: ¿dijiste que me amabas solo porque yo te había dicho antes que nunca lo hubieras hecho en un local como el *Fries&Meat?*».

Sinceramente, me costó entender la pregunta. El alcohol ya me tenía un poco aturdido y el Capo debió haber escrito aquello de corrido. Pero, tomé una bocanada y me esforcé todo lo que pude.

—Hola, Capo. Te envié un audio porque estoy un poco borracho y no creo que pueda escribir algo con sentido. Yo... —un breve momento en el que miré el agua de la piscina—. Yo no soy el monstruo que tú parece creer que soy. Sí, te mentí, pero solo porque creía que tú también lo hacías. Te dije que te amo porque es lo que siento, te lo dije esta noche en esa cafetería de mierda porque quería que lo supieras. —Suspiré y volví a recostarme, con el móvil cerca de los labios y la mirada perdida en un cielo repleto de estrellas—. No me importa que seas pobre, ni que solo tengas una camiseta y un pantalón que vestir, ni que trabajes en una pizzería setenta horas a la semana. Lo único que me importa es que hay algo muy especial en ti, como... una chispa en tus ojos. O... no sé, un aura sexy y poderosa. También tu cuerpo, joder, me encanta tu cuerpo —y ahí se me escapó una pequeña risa de borracho y cachondo—. Te voy a decir algo, Capo: no hay suficiente dinero en el mundo para pagar una noche contigo. Y ahora me voy a callar porque estoy empezando a decir gilipolleces de las que mañana me voy a arrepentir. Así que... eso. *Ti amo, mio Capo. Che ti piaccia o no, ti amo moltissimo.*

Y le di a enviar antes de soltar otro suspiro. Algo mareado, recogí la cajetilla de tabaco y la botella de whisky y volví al interior de la casa. No sabía cómo de retorcido era usar los videos de tu ex amante para masturbarte, pero fue justo lo que hice; porque estaba demasiado borracho y cachondo como para pensar en las consecuencias.

TRENTUNO

Me desperté cuando oí el ruido del timbre de la casa. Alguien lo estaba pulsando una y otra vez sin parar. Con una levísima resaca y la boca seca, me levanté de la cama y bajé la piso inferior como si estuviera a punto de matar a alguien. Entonces miré la pantalla del telefonillo y me quedé helado.

—¿Qué...? —jadeé.

Me quedé unos segundos parado, en shock, antes de que el timbre volviera a resonar una y otra vez. Parpadeé y le di al botón de apertura antes de salir por el pasillo, a buen paso, para abrir la puerta.

El Capo cruzó el camino del jardín frontal, pero se detuvo al verme en ropa interior. Me miró de arriba abajo y su expresión seria se volvió algo más enfadada.

—¿Así es cómo le abres la puerta a todos? —quiso saber.

Arqueé las cejas y bajé la mirada, al darme cuenta de a qué se refería.

—Te vi en la pantalla del telefonillo —le expliqué—. Sabía que eras tú.

El Capo miró a un lado, se caló mejor su gorra con el logo desgastado de *Puzzio's Pizza* y, después, cruzó sus enormes brazos que la tela de la vieja camiseta casi era incapaz de contener.

—Vístete, voy a llevarte a desayunar —me dijo, casi como si no quisiera que le oyera.

—Oh... —tardé tanto en reaccionar que, finalmente, no le quedó otra que mirarme y ladear el rostro—. ¡Oh! ¡Claro! Perdona, es que todavía estoy... sorprendido de verte aquí. Ven, pasa, te haré un café mientras esperas a que me vista.

—No, te espero aquí. Date prisa.

—Capo, no pasa nada. Afuera hace calor, entra en casa y...

—He dicho que no, Joe.

Me quedé un momento en silencio hasta que terminé por asentir. Las cosas eran complicadas y el Capo necesitaba su espacio; tal y como había dicho su madre. De todas formas, dejé la puerta entreabierta y me di prisa por vestirme. Mi mente era un tornado de preguntas, ¿qué hacía aquí? ¿Por qué había venido? ¿Algo había cambiado?

Volví junto a él en tiempo récord, con mi camisa de Armani a medio abotonar, el pelo revuelto, unas gafas de cristal amarillo y unos pantalones cortos.

—Ya estoy —anuncié, cerrando la puerta a mis espaldas.

Capo se giró un momento para verme por el borde de los ojos. Seguía pareciendo más enfadado que serio, pero no hizo ningún comentario al respecto, solo me hizo una señal con la cabeza a sus espaldas y empezó a caminar de vuelta a la carretera.

Allí, aparcado a un lado, había un viejo Ford de pintura desgastada. Parecía tan usado que hasta sorprendía pensar que hubiera conseguido ascender las sinuosas carreteras de la colina sin romperse. El Capo sacó un llavero y metió una llave en la cerradura del lado del conductor; ahí fue cuando negué con la cabeza.

—No me vas a llevar en esa lata de sardinas con motor —le aseguré.

Troy se giró entonces, alzó la cabeza y, por primera vez, sonrió. Aunque, como siempre desde que había descubierto su secreto, fue una de esas sonrisas retorcidas y oscuras.

—No te importa que sea pobre... eso dijiste, *vero*, Joe? Pues te voy a llevar en mi coche de pobre a una cafetería de pobre a desayunar comida de pobre. Seguro que eso te encanta...

—No —negué—. No vas a volver a dejarme tirado en un local de mierda que apesta a grasa. Vas a llevarme en el Masseratti a una buena cafetería de Rodeo Drive, de esas carísimas y con una carta de diez páginas solo para los batidos *détox*.

El Capo parecía estar escuchando al fin justo lo que quería. Con una expresión que rozaba la macabra satisfacción, cruzó de nuevo los brazos y apoyó la cadera en su coche de los Picapiedra.

—¿Y por qué, Joe? Creía que solo querías ver la chispa en mis ojos...

—Sí, Troy, he entendido lo que estás haciendo —asentí, señalando con la mano todo aquel espectáculo que estaba montando—. Y quizá otro día no me importe que me lleves a un local de los tuyos, pero esta mañana tengo resaca y muchísimas ganas de tomar un café contigo en un lugar bonito. Así que, *per favore*... deja toda esta mierda de querer demostrarme que soy un niño malcriado de Beberly Hills, y llévame a tomar café de veinte dólares.

—Yo no puedo pagarte un café de veinte dólares.

—¿No? Pues al parecer tampoco pudiste pagar una cena de diez; porque ayer te largaste y me dejaste pagando la cuenta —le reproché, ladeando la cabeza y arqueando las cejas—. Así que tu orgullo de machito alfa no se va a romper por aceptar que te pague un puto café con tostadas. ¿O sí?

—*Attento, Joe... non sei più il mio ragazzo per parlarmi in quel modo.*

Por extraño que pudiera parecer, oírle hablar de nuevo en italiano, con esa mirada peligrosa en los ojos y ese gesto de muñeca... me hizo sentir jodidamente emocionado y hasta cachondo.

—Oh... —murmuré, pero no con preocupación, sino de esa forma falsamente sentida, con un poco de morritos y el ceño levemente fruncido—. *Fa male che ti dica la verità, Capo?*

Troy cerró un momento los ojos y, juraría, perdió el aliento mientras miraba hacia un lado. Quería parecer orgulloso, inamovible, pero oírme *parlare il italiano* seguía produciendo aquella misma respuesta en él.

Capo se pasó la lengua por los labios, y, solo cuando recuperó la compostura y alzó la cabeza, se atrevió a mirarme y responder:

—¿Cuál es tu plan, Joe? ¿Reírte en mi cara y después mandarme mensajes para que vuelva y así poder reírte más? ¿Crees que eso va a funcionar conmigo? Te lo he dicho, pero, como muchas veces, parece que no me has entendido o no has querido entenderme. Yo soy IL CAPO. Y a mí no me vacilas...

—Ya, verás, Troy —le dije con toda la calma del mundo, llegando incluso a meterme las manos en los bolsillo del pantalón corto—. Te quiero más de lo que he querido nunca a nadie, pero ahora que estamos siendo sinceros y destapando esos pequeños secretos sobre nosotros mismos... Yo no soy el *cucciolo* obediente y sin voluntad que te crees que soy. Solo cedía y te decía a

todo que sí para no tener que aguantar tus arrebatos de gilipollas con inseguridades. Y me refiero a cuando no estábamos en una de nuestras sesiones de amo-sumido –aclaré, sacando una mano para hacer un gesto que reafirmara mis palabras–. Ahí sí, porque es parte de la gracia; pero fuera de eso... No. Si te digo que no estoy de humor y que quiero que me lleves a desayunar a un lugar bonito y caro, te tragas tu puto orgullo y me llevas. Conduce tú, págalo con la tarjeta, me suda la polla; pero hazlo.

Tras otro de mis brillantes monólogos, esos a los que últimamente parecía estar cogiéndoles el gusto, se produjo un intenso silencio entre nosotros. El sol de la mañana ya empezaba a calentarse y en la elegante calle de Beberly Hills, no se oía más que el suave viento agitando las hojas de los árboles y las palmeras.

–Así que no eras tan dulce y obediente como yo creía... –murmuró el Capo–. Eso no me gusta nada. Quizá este nuevo Joe no me enamore tanto, después de todo.

–Ogh –jadeé, aunque realmente fue un ruido en mitad de una risa seca y la indignación. Además, puse los ojos tan en blanco que me dolió la cabeza–. Me encanta cuando intentas manipularme usando clichés tóxicos. Es súper sexy y me pone a cien. ¿Por qué no me hablas también de tus ex? Esos que hacían todo lo que les pedías, al contrario que yo. ¿Eh? –el sarcasmo casi se podía palpar en el aire, pero, por si no era lo suficiente evidente, lo acompañé con un breve silencio de ojos entrecerrados y cabeza ladeada–. No confundas el amor con la sumisión, Troy. Ni ceder a algo con «cambiar por mí». Te guste o no, mis necesidades son tan importantes como las tuyas.

–Mmh... –murmuró él. Si estaba sorprendido por todo lo que me oía decir, no lo parecía en absoluto. La verdad, es que ni siquiera parecía enfadado, ya no–. Así que el *cucciolo* es en realidad todo un *cane*... de los que ladran y muerden.

–Eso ya lo sabías, Capo –respondí, moviendo la cabeza de lado a lado, como si no quisiera creerme del todo que él no lo hubiera, al menos, llegado a sospechar–. No es la primera discusión que tenemos.

–Las discusiones siempre las ganaba yo.

–Ah, ¿sí? –eso sí me sorprendió.

Capo se encogió levemente de hombros.

–Cuando me cansaba de oírte, te follaba y tú te callabas.

Me quedé un momento en silencio y después tomé una buena bocanada de aire.

–Sí, también era consciente de eso, pero, por otro lado, era sexo del bueno, así que me hacía el tonto.

–Qué generoso de tu parte...

–Sí. Es más, ¿por qué no vamos a casa y me dejas bien callado? ¿Eh? –le sugerí, casi de una forma casual, como si se tratara solo de una idea tonta.

Al Capo se le escapó entonces un jadeo y una sonrisa, pero, al contrario que todas las demás, esta era de las de verdad. Miró a un lado, se tomó un momento y después se levantó, separándose de su coche mientras se descruzaba de brazos. Por un instante hasta creí que había funcionado, que el Capo me iba a dar un repaso de arriba abajo en alguna parte de la mansión; pero, para mi decepción, solo se acercó un par de pasos y me dijo:

—Te llevaré en el Masseratti a desayunar a un lugar bonito y caro, Joe, pero después tú vas a recordar que el Capo es un hombre bueno y justo al que le gusta que le traten bien. Y, la próxima vez que quiera llevarte a algún sitio, vas a sonreírle y a decir: *Grazie, Capo* —y, dándome una de esas leves bofetadas en la cara, añadió—: *Capito?*

Tomé una respiración e ignoré la leve hinchazón en mis pantalones que produjo aquella suave bofetada y aquel tono grave y bajo de su voz.

—Sí, *tutto capito*.

—*Bene* —asintió, dirigiéndose de vuelta hacia la mansión.

Le seguí en dirección al garaje cubierto, al contrario que en Bel-Air y abrí la compuerta. Allí solo había un coche, el Masseratti, y unas únicas llaves colgadas en la pared que el Capo no dudó en coger antes de abrir el coche y subirse. Cuando me senté a su lado, miré discretamente cómo observa que todo seguía justo donde él lo había dejado; incluido el cartel con forma de pizza que colgaba del retrovisor, balanceándose un poco a cada movimiento que se producía.

Sin decir nada, el Capo cambió la lista de reproducción de música, esa que se llamaba «*Il mio cucciolo*», y la cambió por una lista de Pop italiano. Bajó el volumen para que solo fuera un ruido de fondo y arrancó.

—No me voy a cambiar la ropa, voy a ir así —dijo entonces, aunque sonó más como una advertencia.

—Sigues estando guapísimo, Capo —respondí, con el codo apoyado en la ventanilla abierta y los dedos tamborileando en la chapa fresca.

—¿Eso crees? Entonces, no te importaría que te follara con esta ropa puesta en mitad de la pizzería. Oliendo a sudor tras un día de trabajo y con los mismos pantalones que he llevado toda la semana.

Le miré al instante y él solo tuvo que dedicarme un leve vistazo por el borde de los ojos para saber la respuesta.

—No soy un puto fetiche, Joe. Ni ninguna fantasía de chico pobre y sucio que te pone de rodillas.

—No sé, Capo —suspiré—. No puedo imaginarme un escenario ni un tipo de ropa con la que no me pusieras terriblemente cachondo. Aunque, si eso también quieres comprobarlo... —empecé a sugerirle, aunque me detuve cuando le vi con una suave sonrisa en los labios mientras negaba con la cabeza.

—Vas a pasar mucha hambre, Joe —me aseguró—. A mí solo me gustaba follarme a mi *cuccolino*.

Eso me dolió un poco, no voy a mentir. No la idea de que no me fuera a follar, eso era molesto, sin duda, pero no tanto como esa punzada de angustia y pena que me atravesó las entrañas al oírle decir que yo ya no era para él lo que había sido antes.

—No pasa nada, puedo esperar —murmuré antes de sacarme la cajetilla de tabaco del bolsillo—. ¿Quieres uno? —le ofrecí.

El Capo miró un momento a la cajetilla, después a mis ojos y, finalmente, de vuelta a la carretera.

—Sí.

Como solía hacer, lo encendí en mis labios y después se lo di a él, quien dio una buena calada y sacó la mano por la ventanilla antes de soltar el humo.

—Esta es la marca que fumaba mi abuelo —me dijo entonces—, nunca la había probado hasta que me la diste. Era carísima y de importación, así que lo que hacía era comprar el tabaco americano más barato y rellenar la vieja cajetilla.

—Ah, ¿lo hacías para recordar a tu abuelo o algo así?

Capo se encogió levemente de hombros y dio otra calada.

—En parte. También lo hacía porque fumar de una cajetilla de marca italiana hacía creer a la gente que tenía dinero y era italiano.

—Mmh... —murmuré mientras daba una calada y echaba el humo a un lado—. Funcionó conmigo.

Entonces se hizo un breve silencio, nada incómodo, solo uno de esos momentos en los que no había nada más que decir, o eso creía yo.

—Oye, Joe, quiero hacerte una pregunta. *Qualcosa di serio, capisci?*

—Claro, Capo —le miré.

—Si esto no sale bien —comenzó, haciendo un gesto con su mano del pitillo para señalarmos a ambos intermitentemente—. Si al final lo de decir la verdad no funciona... ¿Qué vas a hacer con el trabajo de mi primo Carlo?

—Ah —murmuré, porque no era eso lo que me esperaba—. No sé. No iba a hacer nada en especial. ¿Por qué? ¿Quieres que le echen? No sería difícil conseguirlo, la verdad. Es un puto desastre de persona.

—Lo sé —me aseguró junto con un lento asentimiento—, por eso necesita ese trabajo, Joe. —Capo me dedicó esta vez algo más largo y firme que una mirada de soslayo—. Me gustaría que no le echaran por mi culpa.

—Entiendo, pero no tienes que preocuparte de eso. No le van a echar porque yo sea un cerdo rencoroso, le echarán cuando al fin termine de cagarla y haga perder millones al banco.

Troy puso una mueca preocupada y, por un momento, pareció incómodo.

—¿Podría hacerles perder millones?

Me reí.

—Era broma, Capo. Dudo mucho que pueda hacer perder millones al banco estando en la sala de descanso preparando cafés —le expliqué, fumando otra calada antes de añadir—: aunque tu primo Carlo parece tener un talento para ser lo más inútil del mundo. ¿Sabes que se peleó con un ejecutivo y casi le pega un puñetazo en pleno despacho?

—Sí... Nos dijo que le había llamado *italianini* de mierda y que se fuera a hacer *pastrami* a su país. Putos racistas...

—¿Eso te dijo? —le pregunté, girando el rostro hacia él con una leve sonrisa en los labios—. Porque a mí me dijeron que el ejecutivo solo se quejó de que siempre le daba el café erróneo y, además, frío. Y que entonces, el iluminado de tu primo, le tiró el café a la cara y después empezó a gritarle y a amenazarle. Lo sé porque Recursos Humanos tuvo que dejar constancia del incidente y pedirle a varios testigos que explicaran lo sucedido. Al parecer, Carlo ya está empezando a tener una fama bastante mala de incompetente y, aún por encima, baboso con las mujeres jóvenes de la oficina...

El Capo me escuchaba sin decir nada, pero a cada palabra, apretaba más y más fuerte el volante y los dientes, hasta que se puso a negar y a farfullar por lo bajo.

—*Fotutto figlio di puttana...* Hablaré con él, te lo prometo —me dijo entonces—. Asegúrale a tu amigo que no va a volver a pasar algo así. Carlo necesita ese trabajo, de verdad. Su novia está a punto de salir de cuentas y las facturas del hospital son muy caras si no tienes seguro médico.

—Tranquilo, Capo, no le va a despedir. No cuando un Schwartz le ha pedido un favor —murmuré, volviendo a mirar las vistas de la autopista, bastante animada para un Sabbath a primera hora—. Lo que ya no te puedo asegurar es que no lo metan en el sótano a ordenar papeleo, allí donde nadie tenga que verle.

—*Grazie*, Joe —me dijo, y sonó bastante sincero—. La familia está muy agradecida por este favor que nos has hecho, de verdad.

—Ya... —y tirando la colilla por la ventana, volví a mirarle—. Escucha, Capo, sé que te vas a negar, pero quiero que sepas que si necesitas un empleo decente, también puedo conseguirte uno. Uno bueno, de lunes a viernes, ocho horas y con sueldo de cuatro cifras al mes. —Como él antes, yo no necesité más que una breve mirada para saber la respuesta—. Si no es para ti, entonces quizá para tu hermana.

—*Piccola* tiene solo diecisiete años, todavía no puede trabajar —respondió, pero, tras un par de segundos, añadió un bajo—: pero quizá el año que viene...

—Cuando sea —asentí.

—Aunque se va a negar —continuó, algo que no me esperaba—. Ella quiere ir a la universidad con sus amigas. Y no a la pública... no, no, ella quiere ir a la *University of Suthern California* ¿Te lo puedes creer?

—¡Oh, a la USC fui yo! —exclamé con una sonrisa—. Mi madre quería enviarme a Yale, como todos mis primos, pero mi padre sabía que iba a tener que heredar el negocio y que no había otro lugar para aprender sobre la industria del cine como Los Ángeles.

—Exacto, Joe. Tú fuiste ahí... Tú, con tu fortuna y tu importante apellido. ¿Entiendes?

—Mmh... Vale, ahora lo entiendo.

—Yo siempre le digo: ¿y quién va a pagar eso, *Piccola*? Porque con lo poco que estudias y todas las fiestas a las que vas, no te van a dar una puñetera beca en la vida. Pero ella se enfada y se niega a escucharme. Se cree que soy malo con ella, pero lo que pasa es que soy el único realista de los dos.

—Parece una chica con mucho carácter —reconocí, porque era lo poco claro que me había quedado de ella después de nuestra breve conversación en la cocina—. Si quieres, puedo hacer un par de llamadas y conseguirle una... «beca». Ya sabes, de esas destinadas a chicos y chicas sin recursos y que, casualmente, podría acabar a nombre de tu hermana.

—¿En serio, Joe? —me preguntó con un tono que casi parecía ofendido—. ¿Vas a quitarle la beca a una joven que realmente se la merezca y se haya esforzado mucho por conseguirla para dársela a la caprichosa y vaga de mi hermana? ¿Quieres recompensarla por hacer nada? ¿Esa es la clase de educación que quieres darle?

—Bueno, relájate, Capo, solo era una idea —le dije, porque de pronto se había puesto demasiado intenso con el tema.

Capo se quedó con una mueca seria en el rostro y siguió conduciendo en silencio; ya estaba a punto de girar hacia Rodeo Drive cuando le dije:

—¿Sabes qué? ¿Por qué no tomas la Western Ave y vamos a desayunar a USC? Hace mucho que no voy y así te la enseño. Ya verás lo bonita que es.

—¿Ahora tampoco puedo ni decidir el lugar al que llevarte a desayunar? —se quejó, añadiendo uno de esos gestos de muñeca—. Si quieres que vaya a ver la USC, págame una puta beca y regálamela. Así es como parece que consigues siempre tú las cosas, con llamadas y dinero.

No dije nada, la verdad, no sabía qué decir ni por donde empezar. Aquella reacción era totalmente desproporcionada y fuera de lugar, algo que quedó muy claro en mi expresión de ceja arqueada y mirada cortante. Capo se dio cuenta, pero prefirió ignorarme hasta que metió el coche en el aparcamiento de Rodeo Drive y apagó el motor.

Entonces tomó una profunda respiración y me miró.

—Cuando me quejo, no es para que me des soluciones y me ofrezcas dinero. Si quiero o necesito otro de esos favores, te lo pediré, *d'accordo*, Joe?

—*D'accordissimo* —asentí, olvidándome un poco del rencor en cuanto vi su expresión clamada y oí su tono firme pero calmado.

—Bene —murmuró.

Solucionado aquello, se quitó la vieja gorra de la pizzería e hizo un rápido intento por arreglarse el tupé. No pareció muy a gusto con el resultado, pero quizá el problema no estaba en su aspecto, sino en lo que su camiseta rasgada y sus pantalones demasiado usados le hacían sentir. Cuando salió del coche, pareció un tanto molesto e incómodo, quedándose a un lado con los brazos cruzados y a la espera de que me reuniera con él.

—Estás muy guapo, Capo. Tú siempre lo estás —dije, apoyando de forma casual la mano en su brazo. Aunque, al final, no pude resistirme a darle una suave caricia.

—Van a creer que soy el chico de la piscina que has traído a desayunar por pena —murmuró, echando una ojeada al elegante garaje y todos los coches de lujo que nos rodeaban.

—Mmh... —fingí pensarlo mientras deslizaba la mano por su brazo en busca de su mano. Cuando tiré levemente de ella, cogí la otra para, con una suave sonrisa en los labios, decirle—: No creo que piensen eso si me abrazas... o me das un buen beso.

Y, como el jugador sucio y despiadado que soy, me pegué a él para rodearle con los brazos y acercar mi rostro al suyo. El Capo mantenía sus ojos muy fijos en los míos y la expresión imperturbable en el rostro, dejándose adular como si no significara nada.

—Humíllate y ruega todo lo que quieras, Joe —susurró cerca de mis labios, aunque sin llegar a rozarlos en ningún momento. Solo lo suficiente cerca para notar su aliento cálido en mi rostro—. Pero sabes que no va a pasar nada hasta que yo lo decida.

—Parece que ya lo han decidido por ti —le recordé, frotándome un poco, pero no de una forma sórdida, contra el bulto que ahora apretaba levemente sus vaqueros.

Como muchas otras veces, su *enorme cazzo* le había delatado por completo.

—Eso es solo porque hueles muy bien, porque estás bellísimo con tu camisa de Armani y tus pantalones ajustados, y porque sé perfectamente lo que eres capaz de hacer con esa boca tuya —me dijo sin perder el tipo en ningún momento, justo antes de bajar una mano a mi culo para apretarlo y pegarme a él de una forma un tanto brusca, pero profundamente erótica. Casi sin aire, apenas pude oír cómo me susurraba al oído—: Lo único que vas a conseguir con esto es joderte a ti mismo...

Y, como si nada, me apartó. Nada violento, solo lo suficiente fuerte para separarme y mirarme a los ojos.

—Venga, vamos a por tu puto café de millonario.

Acalorado, con las mejillas algo coloradas y cachondo como un mono, solo pude parpadear y asentir. Tener tan cerca al Capo tras... ¿una semana y media ya? Sin siquiera poder tocarle... Bueno, era algo así como meterse la primera raya de cocaína tras pasar por rehabilitación.

Todavía seguía en aquel leve estado de shock cuando llegamos a la cafetería, una de las muchas de Rodeo Drive, con buenos clientes, buena decoración, buen café y buen ambiente. O lo hubiera estado de haber sido media mañana, porque en aquel momento estaba completamente vacía a excepción de los camareros y algunas personas que trabajaban en las tiendas de lujo de los alrededores y estaban en su momento del café.

Como mi madre, nadie con dinero se levantaba antes de las once a no ser que hubiera un buen motivo.

El Capo no solo decidió la cafetería, sino también nuestros asientos —más discreto del que solía elegir, en un sofá alargado y rodeado por falsa vegetación que daba intimidad—, así como lo que tomaríamos: café con leche y hielo grande, tostadas francesas y dos batidos *détox* que se llamaban «*Good Morning*». Una vez que la camarera se fue a prepararlo todo, pasó una mano por encima del respaldo del sofá, se abrió de piernas como él siempre hacía, y me miró.

—¿Qué has hecho desde que me fui? —quiso saber, haciendo una señal a mi entrepierna por si no me había quedado claro de a qué se refería.

—Poco. Para ser yo, quiero decir —le aclaré, porque Capo ya me conocía demasiado en ese sentido—. Y, aunque sea humillante reconocerlo, siempre con tus vídeos.

El Capo asintió lentamente, pero dejó otro de esos breves silencios antes de preguntarme:

—¿Con cuáles?

—¿En serio, ahora? —pregunté, frunciendo levemente el ceño—. ¿Quieres vengarte de mí, Troy?

—Lo que quiero es que me respondas.

Tomé aire y me giré un poco hacia él, cruzándome de piernas para ocultar un poco la elevación en mis pantalones cortos; aquella que me había acompañado e incomodado todo el camino hacia allí.

—El del baño, el del coche, el del espejo —empecé a enumerar, moviendo la mirada por el falso techo de madera y lámparas colgantes—, el del gimnasio, el del gimnasio frente al espejo. Ese me vuelve especialmente loco...

– Quiero que borres esos vídeos – me interrumpió.

– ¿Qué? – jadeé –. No, Capo. Por favor, sabes que me encantan...

– Los vas a borrar aquí y ahora porque no eran para ti, Joe, eran solo para mi *cuccolino*.

No pude más que poner los ojos en blanco y negar con la cabeza.

– Vale, me hace un poco de daño que digas eso, Capo – le confesé –. Como si yo fuera alguien diferente.

– Lo eres – dijo, como si fuera algo más que obvio –. Mi *cucciolo* no me mentía ni me usaba, no me espiaba para saber si le estaba manipulando, ni venía a meter las narices en mi familia sin que nadie le invitara.

– Pues vale – farfullé de una forma un tanto infantil y de la que no estoy demasiado orgulloso. Me levanté del sillón, saqué el iPhone y lo tiré a su lado –. Borra lo que te salga de la polla, voy al baño.

Y, sin esperar a que me dijera nada, caminé con la cabeza alta hacia el servicio. Estuve tentadísimo a masturbarme y, de alguna forma retorcida, joder al Capo; pero mi brillante momento de rabieta infantil se esfumó cuando terminé de mear y me miré un momento en el espejo mientras me lavaba las manos. Negué con la cabeza, puse una mueca de comisuras apretadas y salí de vuelta al local.

El Capo estaba sentado en la misma postura, pero con la cabeza gacha mientras miraba mi móvil. Cuando me dejé caer a un lado, oí que me decía:

– Ya los he borrado todos. La próxima vez me darás el *pen drive* que te di.

– Oh, así que habrá «próxima vez» – murmuré, apoyando el codo en el respaldo y la mejilla en el puño.

Troy fingió no escucharme, siguió repasando el móvil hasta que llegó nuestro pedido, entonces preguntó:

– ¿Te sigue dando problemas el director ese que se cree tan importante?

– ¿Cuál de todos? – pregunté, inclinándome a por mi café con hielo.

– El que está haciendo esa película de la guerra.

– Ah, sí, ahora me amenaza con llevarse todo lo que ha grabado a otra productora que «le respete como se merece».

– ¿Puede hacer eso?

– No si no quiere pagar una multa de diez millones y enfrentarse a una demanda que le dejaría en la ruina. Además de a, posiblemente, la mafia del este. Mi padre tiene toda clase de amigos.

Capo volvió a asentir y, por fin, me dedicó una mirada por el borde de los ojos.

– Dime, Joe, ¿tú quieres al Capo o a Troy?

Esa pregunta me dejó un poco sorprendido.

– No sé, ¿no es la misma persona? – tuve que decir –. ¿O te refieres a que hay una diferencia para ti entre la fantasía italiana que has creado y tu yo real?

– Me refiero a si te has enamorado de la fantasía de tenerme, o de mí.

– Joder, esto es muy intenso para las nueve de la mañana – murmuré mientras me llevaba el café frío a los labios. Tras darle un sorbo, pregunté –: ¿Cuál de los dos me da más *cazzo*?

Cómo me esperaba, mi broma no le hizo gracia, pero eso no me echó atrás.

– ¿Tan difícil te resulta aceptar que te amo y ya está, Capo?

Pero él no respondió.

TRENTADUE

El desayuno terminó con una conversación sobre mi madre, su viaje a Italia y la horrible tradición que me había visto obligado a recuperar.

—¿Ves por qué te necesito, Capo? —le pregunté junto con una de mis muecas de perrito triste—. Ir a la sinagoga y después al *brunch*, es insufrible sin pensar en que al menos me estarás esperando afuera con el coche.

—Para estar intentando que vuelva a ser *il tuo Capo*, usas bromas muy peligrosas, Joe.

—Me gustan mis bromas —respondí, girando el rostro hacia él.

Ya estábamos de camino a la sinagoga y la mañana se había hecho demasiado corta.

—¿Cómo va a ser esto, Capo? ¿Voy a tener que esperar a que te apetezca que nos veamos o puedo invitarte a cenar o a tomar algo?

—Sabes cómo va a ser —me aseguró.

Suspiré y dejé caer la cabeza en el respaldo.

—Te echo mucho de menos.

No dije aquello por ningún motivo en especial más que el hecho de que fue lo que sentí en ese momento al pensar en tener que esperarle día sí y día también, sin saber el momento en el que podría volver a verle.

—Tampoco podría ir a verte a la pizzería, ¿verdad?

—No. No quiero que vayas allí —se negó al momento, pero, tras uno dos segundos, añadió un bajo—: es un sitio peligroso para ti.

—Mmh... —murmuré, eligiendo pasar por alto aquella leve señal de que el Capo estaba preocupado por mí—. Yo también puedo conducir un coche de mierda y ponerme ropa barata. Así pasaría desapercibido.

—He dicho que no, Joe —y lo dijo con ese tono que no admitía más discusión.

Así que la conversación murió allí hasta el momento en el que aparcó el Masseratti a una calle de distancia de la sinagoga y me miró.

—Llevaré el coche a tu casa y te tiraré las llaves por encima de la verja.

—Claro —asentí, como si fuera un buen plan—. O también puedes quedártelo.

—No. Tener el Masseratti era más incómodo que otra cosa. Tenía que aparcarlo en el centro, donde no lo robaran, y después coger el bus a casa, entonces volver a por él cada vez que quedábamos, cambiarme de ropa, ir a buscarte a la colina y volver a bajar...

—Ah... —murmuré al comprender las muchas molestias que se había tomado Troy para cuidar de mi coche—. Vaya, pues creía que te encantaba el Masseratti.

El Capo ladeó la cabeza y miró el salpicadero y el volante, llegando a acariciarlo con cierto cariño.

—Me gusta muchísimo, es una máquina increíble y *bellissima*, pero al final solo me complica la vida —me volvió a mirar y entonces añadió—: Es exactamente como tú, Joe.

Me quedé un momento en silencio antes de que se me escapara una carcajada. Asentí varias veces y abrí la puerta para salir a la calle. Inclinandome para mirarle de nuevo, le dije:

—¿Ves? Bromear es divertido, Capo.

Y cerré la puerta para cruzar la calle y caminar a buen paso en dirección a la sinagoga.

El domingo, como el día anterior, volvió a despertarme un sonido extraño a esa hora: el tono de llamada del Padrino. Cuando lo escuché, casi me di la vuelta entre las sábanas y tiré el móvil al suelo al intentar cogerlo.

—Hola, Capo.

—Hola, Joe. Siento si te he despertado, sé que los domingos duermes más de lo habitual entre semana.

—No pasa nada, ya estoy demasiado acostumbrado ya a despertarme antes de que vayas a misa —le dije, volviendo a tumbarme mientras me frotaba los ojos—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, es solo que... —y ahí se detuvo un momento—. La *mamma* quiere invitarte a comer. Siempre les he dicho que estabas demasiado ocupado, pero ahora que te han visto me parece feo negárselo.

—Oh, entiendo. Qué detalle de tu madre.

—Sí, así que, si quieres, ven a casa a eso de la una y media. Creo que preparará espaguetis y hasta comprará un poco de carne de la buena.

—Suena caro...

—Lo es —no dudó en responder—. Así que espero que lo aprecies, Joe.

—Claro. Oye, Capo, ¿y por qué no en vez de ir yo y gastaros dinero en mí que necesitáis para otras cosas, venís vosotros a Beberly, encargo una buena comida y comemos en el jardín con piscina? ¿Qué te parece?

—¿Hay algún problema con la comida que prepara *la mia mamma*, Joe?

Peligro, un italoamericano y la comida de su madre era siempre un tema a evitar. Bueno, en general, todo lo relacionado con su madre.

—No, ninguno. Solo decía que, desde un punto de vista racional, es mejor para ti que vengáis vosotros. Pero, si eso te parece mal, iré encantado a comer a vuestra casa, por supuesto.

Capo se pasó tantos segundos sin decir nada que hasta creí que se había enfadado por todo aquello.

—Bien, Joe. Iremos nosotros después de misa.

—Genial. Llamaré ahora al cátering.

—No, no... Vas a cocinar tú —me dijo entonces—. *La mamma* te ha ofrecido su comida hecha con todo su amor y tú no vas a insultarla con platos hechos por extraños y comprados con dinero. *Capito*?

Ahora que conocía a la señora Malone, sabía que el único que se tomaba en serio esa mierda italiana era su hijo; pero, por desgracia, también era el hijo del que estaba enamorado, así que...

—*D'accordo*, Capo, cocinaré yo. Aunque, ya sabes que tengo una parrilla en el jardín, si compro un par de costillares y un poco de ternera y hacemos una barbacoa, ¿cuenta como cocinar con amor?

—Una barbacoa en la piscina de tu mansión... —repitió, como si la idea le hiciera gracia—. Tú eres consciente de dónde te estás metiendo conmigo, *vero*, Joe?

—No estoy seguro de que te entienda con eso —reconoció, mirando el techo de la habitación con el ceño fruncido.

—Solo espero que me ames tanto como dices amarme... —y colgó.

Aquello me dejó algo preocupado, no voy a mentir, pero se me pasó rápido cuando tuve que organizar una churrascada improvisada. Sali a por la carne, vino, algunos refrescos, servilletas y café de calidad; lo llevé todo a casa y empecé lo difícil, que fue descubrir si la parrilla todavía funcionaba. Había valido tres mil dólares y según mi padre:

—Es una jodida joya californiana de obra de hormigón, Joel. ¿Por qué coño no la usas?

Porque, al contrario que a él, a mí me daba por culo pasarme una hora y media mirando como la carne se hacía. Yo no tenía amigos que invitar y emborracharme mientras cocinabas no era tan divertido como a mi padre le parecía. De todas formas, por primera vez en mi vida agradecí sus muchos consejos sobre el tema. Cuando sonó el timbre de la entrada, la carne empezaba a tener un aspecto hasta profesional y llenaba el jardín con un olor a grasilla que hacia rugir las tripas.

Como parte del plan, no me había puesto nada en especial para recibirles. Solo una de mis camisetas abiertas, un bañador y unas chanclas, ya que, después de todo, se trataba de una barbacoa en la piscina. Al abrir la puerta comprobé que los Malone también lo habían entendido como tal, sobre todo Ashley, quien apenas llevaba una camiseta corta y un pantalón ridículo sobre su bikini hawaiano. La señora Malone era muchísimo más modesta, pero su perpetua expresión de asombro y su mirada perdida hacia el jardín o lo enorme que debía parecerle la casa, hasta la hacía parecer divertida.

Después estaba Troy... ah... Il mio Capo. No podría decir que estaba «en su mejor momento», no después de haberle visto con speedos o en uno de mis bañadores ajustados, con la camiseta abierta, sus gafas y sus cadenas de oro al cuello; pero, aun así, estaba increíble.

—¡Hola, pasad, por favor! ¿Qué tal la misa? ¿Habéis bebido mucha sangre del mesías o os apetece más?

—Joe... —me advirtió el Capo con una mirada seca. Él odiaba que hiciera bromas sobre su querido Jesusito.

Sin embargo, a Ashley pareció resultarle muy divertido y, como si fuera su casa, se fue directa a la cocina. Troy tardó más, porque insistió en ayudar a la *sua mamma* a caminar todo el recorrido como si la pobre mujer estuviera inválida del todo.

—Tienes una casa preciosa, Joe. Muchísimas gracias por invitarnos —me dijo.

—¡Es solo una de las dos mansiones que tiene, mamá!

—¡*Piccola!* ¡¿Qué te dije en el coche?! —rugió el Capo.

Pasada aquella presentación por todo lo alto, les invité a una copa de buen vino, el favorito de Troy, y les llevé al jardín. Era un poco extraña aquella sucesión de halagos y agradecimientos por parte de la señora Malone, comentarios airados

y directos por parte de Ashley y los gritos de advertencia que el Capo le dedicaba al respecto.

—Vale, hagamos una cosa —llegué a decir con una enorme sonrisa en los labios—. Silbia, siéntate y disfruta, por favor, eres mi invitada y no necesito que me ayudes en nada, aunque te lo agradezco muchísimo. Ashley, haz lo que quieras, saca fotos, báñate, manda vídeos, me la suda, pero deja enfadar a tu hermano. Capo, ¿podrías acompañarme un momento a ver la barbacoa, eh?

Y, una vez frente al fuego y la deliciosa carne, me crucé de brazos para mirarle.

—Te dije si estabas seguro de en dónde te metías —me recordó—. Y esto no es nada comparado con lo que te espera cuando llegue el resto de la familia Malone.

—¿Qué? Espera... Explícame eso último.

Una ligera sonrisa, de esas casi crueles, le brotó en los labios.

—Joe... los Malone somos una gran familia. Puede que no hayamos nacido en Italia, pero te aseguro que conservamos muchísimas de sus tradiciones. Una de ellas, es gorronear, tomarse demasiadas confianzas y no entender el límite de lo educado cuando se trata de la familia.

Entonces me rodeó los hombros con el brazo y me pegó un poco a él mientras miraba la piscina y la señalaba de lado a lado con la mano.

—Imagínate todo esto lleno de mis tíos, tías, primos, sus cuñados, sus hijos... Todos aquí reunidos, gritando, comiendo de tu comida y bebiendo sin parar. Gratis, por supuesto, porque son la familia...

Dicho esto, giró el rostro y rozó ligeramente sus labios contra mi mejilla antes de alcanzar mi oído.

—¿Me sigues amando tanto, Joe? ¿O quizá te gustaría darme las gracias por haberte mantenido alejado de todo eso?

—Oh —lo entendí entonces—. Vaya... es una putada, sí. —Giré lentamente el rostro hacia él y entonces levanté una mano para agarrarle suavemente de la barba del mentón—. Pero lo has entendido mal... Verás, Capo, el que tiene la peor familia aquí, soy yo. Tú espera a que llegue el Yon Kipur y te lleve a cenar con mis tíos, primos y sus parejas y sus asquerosos hijos. Entonces conocerás lo que es el Puto Terror... —y sonreí más, dándole un par de palmadas en la mejilla antes de dar un paso hacia delante—. ¡Silbia! ¿Quieres más vino o algo? ¡La carne ya casi está hecha!

Tras la comida, tan abundante que ni el Capo fue capaz de levantarse de la mesa después, vino el postre. Esperaba que eso tampoco hubiera que hacerlo «con amor», porque lo había comprado en una de las pastelerías más famosas de West Hollywood. Había pastelitos para el café, tarta helada, bollos, tarta de queso, de manzana y de bizcocho con chocolate. A la madre de Troy casi pareció angustiarse no poder probar un trozo de todas, así que le dije que podía llevarse todo lo que quisiera de vuelta a casa.

—No, ni te preocupes, de todas formas, dejarlo aquí sería echarlo a perder. Es mucha comida para alguien solo. Eh, Capo, ¿no te parece?

Troy entendió a la perfección aquella pequeña e inocente pulla, por lo que simplemente me dedicó una mirada firme mientras se terminaba el café y

fumaba su pitillo. Me sorprendió un poco que Silbia también fumara, aunque, según me explicó con cierta confianza:

–Lo he dejado hace diez años, esto es solo porque es una ocasión especial.

A la tarde, tras descansar, charlar, un segundo café y un baño en la piscina, Capo dijo un simple: «Creo que es momento de dejar a Joe en paz» y, como si fuera algún tipo de código secreto, su hermana y su madre asintieron y empezaron a recogerlo todo. No importó lo mucho que insití en que no hacía falta. Capo y Ashley no se detuvieron hasta que estuvo todo amontonado en la cocina, entonces me dieron las gracias de nuevo y se dirigieron a la salida.

–Piccola, lleva a tu madre al coche, yo voy ahora.

La joven casi pareció a punto de protestar, pero se limitó a poner los ojos en blanco y ayudar a su madre. Entonces Troy inclinó la puerta lo suficiente para que no nos vieran y me miró.

–Ha sido una comida maravillosa y una tarde muy agradable, Joe.

–Me alegro que te gustara –asentí—. Podéis volver cuando queráis.

El Capo asintió y echó otra ojeada al otro lado de la puerta para ver cómo de lejos habían llegado su madre y su hermana.

–Quizá vuelva después de dejarlas en casa... –murmuró—. Y tú y yo podamos tomar una última copa en la piscina.

–Oh –exclamé—, eso estaría muy bien.

–Bene... –dijo, volviendo a mirar hacia mí—. Pero no te hagas ilusiones, Joe. Todavía te queda mucho camino para recuperar a *il tuo Capo*.

–¿Sabes? Es bastante irónico que asumas que tengo que ser yo el que te recupere a ti, cuando ambos mentimos por igual –le dije.

–Ya, la diferencia es que yo te mentí sobre mi pasado y mi dinero, pero amaba a mi *cucciolo*. Tú solo me mentiste a la cara, te reíste de mí y me traicionaste –declaró con lo que, para ser él, fue un tono firme y calmado—. Así que te arrastrarás todo el camino y todo lo que haga falta para recuperarme. Si de verdad me amas, claro...

–Capo, hay momentos en los que me pregunto si te das cuenta de las cosas que dices y lo tóxico que eres, o si, simplemente, para ti es súper normal.

–Es lo que hay, Joe –murmuró—. ¿Quieres que venga después o no?

Tomé una bocanada de aire y la solté mientras asentía con una expresión resignada. En las Escrituras se decía que los demonios siempre adquirirían las formas más increíbles, deseables y atractivas para atraer a los humanos hacia el mal y el pecado; eran los ángeles los que daban miedo y eran aterradores.

Capo era algo así como mi Satanás particular. Convenciéndome de hacer cosas que no hubiera hecho con ningún otro y consiguiendo que pasara por alto cosas que, estoy muy seguro, hubiera cortado en seco a la primera señal de alerta. Pero, allí estaba yo, total y estúpidamente ilusionado porque el tóxico de mi «amigo», quisiera venir a tomarse una última copa conmigo.

–Ya veo... –me dijo cuando le abrí la puerta. Por supuesto, en esa ocasión solo llevaba una toalla alrededor de la cintura y el Capo no fue sutil al recorrerme con la mirada—. ¿Qué parte no has entendido de que no va a pasar nada?

Me encogí de hombros y me hice a un lado para dejarle pasar.

—Sabes que me gusta bañarme desnudo, y tampoco es que vayas a ver nada que no hayas visto ya mil veces.

—Te lo he dicho ya, lo único que consigues con esto es joderte a ti mismo —me recordó, pasando de largo en dirección al salón acristalado.

No había llegado a la piscina cuando, sin decir nada, se quitó su camiseta vieja y su bañador de las ofertas, quedando completamente desnudo a excepción de la cadena de oro que siempre colgaba de su cuello. Me mordí el labio inferior con tanta fuerza que dolió y, como si fuera flotando, me precipité a buen paso para seguirle hacia la piscina.

—Tráeme algo de beber y el tabaco —me ordenó mientras bajaba los escalones de la piscina uno a uno.

—¿El Marlote?

—No. ¿Sigues teniendo ese coñac de malta?

—Ah, sí. Ese está muy bueno —afirmé, dándome la vuelta para ir en busca de las copas de coñac, la botella a medio beber y el tabaco.

Capo ya estaba metido en la piscina, flotando un poco boca arriba mientras miraba el cielo estrellado. Por un momento, antes de que se diera cuenta de que me acercaba, le vi sonriendo como un tonto y hasta suspirando de felicidad.

—¿Lo echabas de menos? —le pregunté.

Al oírme, dejó de sonreír, levantó la cabeza y se incorporó. El agua le llegaba hasta el pecho, resbalaba desde su pelo y su barba por sus hombros de acero y su cuello de toro, deslizándose en la penumbra y haciéndole brillar gracias a las luces interiores de la piscina. Entonces, se pasó ambas manos por el pelo para peinárselo hacia atrás y me miró en lo que fue, sin duda, uno de los momentos más sexys que jamás había tenido el Capo.

—Joder... —llegué a decir de forma totalmente inconsciente.

Troy se terminó por apretar la nariz, donde una tímida gota le debía estar cosquilleando. Cuando se acercó a mí, cruzó los brazos sobre el borde de la piscina y me miró con aquellos ojos salvajes y claros.

—Echaba de menos muchas cosas —me dijo—. Estar en tu casa es solo una de ellas.

—Mmh... —murmuré, todavía demasiado aturdido por el momento «Capo surgiendo de la piscina como un dios de las aguas». Pero suspiré y me recordé a mí mismo que era mejor seguir adelante—. ¿De verdad estabas buscando un apartamento nuevo al que mudarte, como me dijiste que hacías? —pregunté, ofreciéndole una copa de coñac y el tabaco.

Capo aceptó la copa, le dio un sorbo y frunció el ceño. El licor era bueno, pero fuerte.

—La verdad es que no —respondió—. Iba a hacerlo, pensé en hacerlo, pero... me gustaba demasiado vivir aquí como para volver a un apartamento de mierda en las afueras.

—Eso imaginaba —sonreí, quitándome la toalla antes de meterme paso a paso en el agua. Estaba algo fresca, pero la noche era cálida.

El Capo se puso un pitillo en los labios y se lo encendió, con la copa en una mano y el cigarro en la otra, se giró para apoyar los brazos en el borde de la piscina y mirarme.

—¿Ibas a echarme en algún momento?

—No. Me gustaba mucho tenerte aquí.

—Para controlarme.

—No, Capo —respondí, flotando suavemente en el agua. No lejos del él, pero tampoco cerca—. Me gustaba porque nos veíamos mucho más desde que empezaste a vivir en Beberly.

—¿Qué te esperabas, que te invitara a pasar la noche en mi antiguo apartamento? —y hasta le salió una risa baja y sarcástica—. Sí, claro... —Fumó otra lenta calada, echó el humo hacia el cielo repleto de estrellas y volvió a preguntarme—. ¿La invitación fue real o de verdad escondía algún motivo oculto? Como espiarme o... saber a dónde venir para conseguir un polvo.

—La invitación fue real, Troy —respondí—. No iba a dejarte dormir en la calle. Por otro lado, no entiendo por qué dices lo de «saber a dónde venir para conseguir un polvo», como si fuera algo malo. Eras mi *ragazzo*, así que si quería echar un buen polvo, ¿a dónde se supone que tendría que ir?

—Tú no creías que yo fuera tu *ragazzo*.

—Sí, sí lo creía —le corregí—. Puede que no de la forma en la que tú lo hacías, pero sí tenía la impresión de que te tomabas ese acuerdo en serio.

Calada, silencio, el cielo estrellado, el agua tibia y el dulce olor de la noche en el jardín.

—Me cuesta creer que de verdad no supieras que te amaba, Joe. Cuando te follaba y te lo decía en la cama, cuando te besaba y te lo decía en los labios, cuando cada vez que te llamaba terminaba con un «*ti amo, cuccolino*».

—Ahora es fácil de ver, Capo —murmuré, incorporando la cabeza y el cuerpo para mirarle a los ojos—. En su momento, solo creía que eras un genio de la manipulación. Te lo he dicho, llegué a admirarte muchísimo.

Nadé hacia él y pensé en si dejarle su espacio o acercarme, pero el Capo ya había hecho esa decisión cuando había venido y se había desnudado antes de entrar en la piscina. Así que le rodeé el cuello con los brazos y me quedé pegado a su cuerpo; tal y como solíamos hacer en la piscina.

—Ahora dime, ¿qué hacías en el local de BDSM donde nos conocimos? Es algo que no me encaja en toda esta historia.

El Capo, en uno de sus muchos momentos «soy el macho», giró el rostro sin dejar de mirarme por el borde de los ojos, fumó una calada y la echó, alargando cuanto pudo ese dramático silencio. Yo, sin embargo, seguía sonriendo suavemente y disfrutando como un completo imbécil del roce de nuestros cuerpos desnudos. Una vez más, el *cazzo* de Troy no parecía estar al tanto de los planes de su dueño, y se alzaba en toda su gloria pegado contra mi abdomen.

—A veces iba a por sumisos allí —me dijo al fin, volviendo a mirarme de frente—. Empecé con todo esto de la dominación hará unos tres o cuatro años. Siempre me atrajo la idea y, cuando tuve la edad suficiente, empecé a probarlo. Nunca me dieron clases ni nada así, solo iba allí y hacía lo que quería con ellos. Un poco de humillación, un par de azotes... lo que me apeteciera —se encogió de hombros—. Lo usaba principalmente para desahogarme después de un día de mierda o de demasiado trabajo. No iba tampoco a un local en concreto, pero ese donde nos encontramos era el que más visitaban los niños guapos y con

dinero de West Hollywood. No eres el primer niño rico al que le doy un par de buenos azotes, Joe.

—Ya... Así que te hinchabas a follar con actores y aspirantes a modelos, eh... — sonreí—. Por eso tratas de que yo los evite a toda costa.

Troy volvió a quedarse en silencio, pero en esta ocasión miró su mano del pitillo y le dio un par de toques en el filtro para dejar caer la ceniza.

—Yo no me follaba a mis sumisos, Joe.

—¿Qué? —ladeé el rostro y sonreí más—. ¿Yo fui especial?

Me mordí el labio de una forma juguetona, pero cuando me miró de nuevo y me dijo:

—Tú fuiste mi primero, Joe... en la vida —me quedé helado.

Se me escapó un jadeo, llegando a pensar que bromeaba, después me di cuenta que no y perdí la sonrisa para quedarme con ojos como platos.

—Oh... joder —murmuré—. Pues... lo haces de puta madre, Capo. Te juro que estaba seguro de que eras un potro italiano que rompía tantos culos como corazones.

—No, solo miraba mucho porno y me tocaba demasiado.

—Ah... Vaya —repetí, bajando un momento la mirada. Ese dato sí me había dejado de piedra.

—¿Qué pasa, Joe? ¿Ya no hace tanta gracia estar pegado a mí cuando sabes que era un virgen de veintidós años antes de conocerte?

—No —fruncí el ceño—. Solo estoy sorprendido. La verdad... es que me hace gracia haberte «desvirgado» —y volví a sonreír antes de acercar mis labios a los suyos y frotar deliberadamente nuestros cuerpos—. Soy el niño rico de Beberly Hills que se ha quedado con tu inocencia, Troy... Ahora por mí culpa no podrás casarte de blanco ni llevar tu anillo de la castidad... Qué judío más cruel y malo he sido, quizá deberías darme unos azotes.

El Capo mantuvo el tipo, mirada firme, expresión neutra, brazos en los bordes de la piscina; solo perdió un poco la compostura cuando me froté demasiado de arriba abajo y su *cazzo* siguió el recorrido, produciéndole una reacción en la que cerró los ojos y respiró más fuerte.

—No me hubieras tomado en serio si lo hubieras sabido —me dijo con su voz grave y baja—. Ni si te hubiera dicho que lo de ser Amo es solo un hobby para mí.

—Bueno, a ver... —murmuré, recuperando un poco la normalidad tras aquella broma subida de tono—. No es que no te hubiera tomado en serio, pero no me hubiera sentido igual de seguro si me hubieras dicho: hola, soy el Capo y me gusta dar azotes los fines de semana hasta que vuelvo a mi casa para masturbarme como un mono mi polla virgen. ¿Entiendes?

—Entonces hice bien en no contarte eso.

—Emh... puedes verlo así. Que te hubiera chupado la polla igual, seamos realistas —le aclaré, inclinado la cabeza hasta pegar nuestras frentes húmeda—, pero entiendo que no te presentas a una oferta de trabajo empezando por decirle al entrevistador que no tienes mucha experiencia en el empleo ni ninguna práctica válida. Solo tus... clases autodidactas —y me reí.

—Ya... ¿y qué pasaría ahora si quisiera que te pusieras la cola de perrito, el collarín y que me esperaras a cuatro patas?

—Pensaría la suerte que tengo de haber encontrado a un pedazo de virgen como tú... ¿Quieres que me ponga la cola y el collar?

—No —negó el Capo, moviendo la mano para fumar otra calada de su pitillo casi extinto—. La colita y el collar son solo para mi *cucciolo*.

—En serio, Troy, para ya con eso —le pedí, esta vez con tono serio—. No me gusta y me hace sentir mal.

—Yo también me sentí mal cuando apareciste en la pizzería para decirme que todo era un puta mentira. No tienes ni idea de lo mal que lo pasé.

Me enfrenté a sus ojos claros en la penumbra, tan cercanos a los míos que casi podía diferenciar aquellos matices más grises allí donde el azul casi parecía diluirse por completo.

—Entonces solo puedes hacer dos cosas: o me perdonas y te olvidas, o te vas para siempre —le dije—, pero estar aquí para hacerme daño no va a solucionar nada.

Troy no dijo nada. Compartió mi mirada y ese largo silencio que se extendió entre nosotros. Entonces, lentamente, sus ojos se fueron humedeciendo y entrecerrándose.

—Me hiciste muchísimo daño, Joe —susurró.

—Lo siento —susurré yo, levantando una mano tras su espalda para acariciarle la nuca—. Fue un momento extraño y difícil, pero no quería hacerte daño.

—Mandaste que me espieran, *cuccolino*. Ni siquiera creíste lo del incendio.

—Lo sé —cerré los ojos y froté mi frente contra la suya—. No fue uno de mis momentos más brillantes. Estabas empezando a gustarme demasiado y me puse nervioso. Perdona.

—No soy un juego —y la voz se le rompió. Cuando abrí los ojos, vi que las lágrimas ya habían empezado a desbordar por sus pestañas, manchando sus mejillas húmedas hasta morir en su barba espesa. Para no perder el temple, Troy apretó los dientes y respiró más fuerte—. Vas a tener que decirles a tus padres que estás con un gentil pobre y sin futuro. Vas a tener que decírselo a toda tu familia y a toda tu comunidad... ¿Lo has pensado, *cuccolino*? ¿Has pensado lo que dirán de ti y de *il tuo Capo*?

Fruncí el ceño y me alejé lo suficiente para ver su rostro en conjunto, entonces deslicé las manos para rodearle la mandíbula y le dije:

—*Calmati, amore mio. Non succederà niente.*

—*È quello che dici adesso, cucciolo.*

—Creo que sobrestimas demasiado lo que valoro la opinión de mis padres, la de mi familia o la de mi rabino. Mis padres cerraran la puta boca porque saben la clase de hijo que han criado, mi familia cerrara la boca porque yo soy el heredero de la mayoría de las acciones, y mi comunidad cerrará la boca porque el apellido Schwarz pesa más que su conciencia... ¿Lo entiendes, *mio Capo*? No te estás follando a un niño rico de Hollywood, te estás follando Al Niño Rico de Hollywood.

Y sonreí un poco antes de limpiarle un reguero de lágrimas e inclinarme para darle un suave beso, seguido de otro más corto al final.

—Ahora que lo sabes, ya puedes decir que mi dinero y mi poder te resultan intimidantes y castrantes.

—Ya sabía lo importante que eras, Joe —me dijo el Capo, todavía con un rastro ronco en la voz—. Lo busqué en internet poco después de conocernos.

—¿Lo miraste en la Wikipedia? —pregunté—. ¿Sabes que mi padre pagó a un periodista con el premio Pulitzer para que escribiera ese artículo sobre la familia? Y que después, cuando le mandó fotos, eligió la del Mitzva de mi primo donde salíamos tan borrachos que daba pena vernos. Me dijo: Joel, la gente quiere ver a los grandes hombres haciendo cosas simples. Les hace creer que somos iguales —y sonreí.

Al Capo le vibró el pecho y una sonrisa afloró en sus labios perfectos. Entonces tomó una buena bocada de aire, fumó la última calada del cigarro ya casi consumido entre sus dedos, se terminó la copa de coñac de un solo trago y, como si estuviera listo, se separó del borde de la piscina para rodearme con los brazos y besarme con una necesidad que me pilló completamente por sorpresa.

TRENTATRE

Tras tanto tiempo sin aquello, casi me costó recordar lo apasionado y vibrante que *il mio Capo* podía llegar a ser. Empecé a jadear y gemir casi desde el principio, deshaciéndome como una pastilla de jabón en aquel agua clara, mientras Troy me recorría el cuerpo de arriba abajo, me pegaba a él y me besaba.

Y, de pronto, cuando tenía las piernas alrededor de su cadera y ya estaba a punto de meterme su *enorme ed meraviglioso cazzo*; allí, en mitad de la piscina, bajo las estrellas; él se detuvo.

Dejé de gemir y busqué una desesperada explicación en sus ojos, que me miraban todavía algo húmedos. Ambos jadeábamos, pero su voz sonó firme al decir:

—No.

—¿No?

—No.

Me llené el pecho de aire y lo solté con un sufrido: «aaaaaah» antes de dejarme caer dramáticamente de espaldas en el agua. Flotando y muerto, así me sentía.

—¿Por qué no? —pregunté, al menos, mirando las estrellas en el cielo sobre la colina.

—Todavía no me siento cómodo.

Fruncí el ceño y llegué a levantar la cabeza para mirarle. El Capo, sin esperar a darme una explicación más detallada, se dirigió a las escaleras y ascendió de las aguas como el puto mesías enviado por Dios que era. Su culo grande, estético y perfecto, se fue moviendo de una forma hipnótica en dirección a donde había dejado la ropa. Su *cazzo* estaba tan duro y firme que dolía verlo. Su piel húmeda y fresca era de un color tan dulce que casi daban ganas de lamerla.

Me acerqué al borde de la piscina y apoyé el codo en la piedra y la mejilla en el puño.

—Vuelve, Capo, y te compraré el *Lamborghini* que querías —murmuré.

Troy no respondió, no enseguida al menos, en lo que tardó en subirse el bañador y tratar de acomodar esa maravilla que colgaba entre sus piernas.

—*Non scherzarci sopra, cucciolo, non è divertente.*

—Mmh... —murmuré, pero había algo que me interesaba preguntar antes de que se fuera—: ¿Qué significa que no te sientes cómodo, *amore*? ¿Es algo en mí, o en la situación...?

—No me siento cómodo, Joe —respondió mientras iba en busca de su camiseta vieja y se la ponía—. Todavía creo que cometo un error si me dejo convencer tan rápido y te doy lo que quieres.

—Ahora sí que pareces una virgen preocupada por dar su castidad a la ligera —sonreí—. Ven aquí, guapo, vamos, dame esa deliciosa polla, seré bueno, lo prometo... —seguido de mi mejor imitación de Hannibal Lecter en su icónica escena en la que sorbía y miraba fijamente.

Terminé riéndome a carcajadas, pero el Capo ya estaba vestido, con las llaves de su mierda de coche en la mano y su móvil en la otra. Me miró desde la

distancia y arqueó ambas cejas, sin embargo, no parecía enfadado ni molesto. Solo tenía esa cara de lo que aman a un *ragazzo* tonto y deben soportar esa clase de gilipolleces.

—Sigue así, Joe, seguro que con tus tonterías me convences para darte *cazzo*.

—Oh... —dije, poniendo una leve expresión de morritos—. No necesito convencerte de eso, *amore*. Solo necesito que vuelvas a confiar en mí.

El Capo se quedó un momento mirándome, después bajó los ojos al suelo y, finalmente, se dio la vuelta para caminar al salón acristalado, con las puertas abiertas en esa calurosa noche.

—Troy —le llamé antes de que desapareciera. Cuando se detuvo y se giró, añadí—: Supongo que no hace falta que te lo diga, pero puedes volver aquí siempre que quieras. O quedarte a vivir —me encogí de hombros—, aunque supongo que tampoco te sentirías cómodo con eso.

—Estas cosas llevan tiempo, *cuccolino*.

Se terminó de calar la gorra en la cabeza y se despidió con uno de esos manierismos italianos que tanto me gustaban. Miré cómo se marchaba, apoyando el mentón en mis brazos cruzados y ahogando un pequeña sonrisa.

Estas cosas llevan tiempo... pero eso no quería decir que no hubiera avances significativos que me animaran a continuar: aquel pequeño revolcón en la piscina había estado bien, pero no se detuvo ahí, sino que a la mañana siguiente había un mensaje esperándome en el móvil y, el miércoles, el Capo apareció por sorpresa en mi despacho con una bolsa de plástico y una camiseta diferente a la habitual. Una que al menos no estaba deshilachada y rota en las mangas.

Me ofreció un sándwich vegetal que sacó de la bolsa y se sentó frente a mí, recordándome que eso era lo que él se podía permitir con su dinero. Cuando acepté sin más y empezamos a comer, él me contó lo mucho que la comida del domingo había impactado a su familia.

—La mamma quedó muy impresionada. Muchísimo —aseguró, arqueando las cejas mientras abría más el papel albal que envolvía el sándwich—. Ya les había dicho que tenías dinero, pero no quise decirles exactamente cuánto o cómo de importante es tu familia. Ella dice que no le importa, pero en el fondo siempre temió que yo hiciera alguna locura por ella o por la familia.

—Oh... —solo pude exclamar, cubriéndome la boca para que no se me escapara ningún trozo de aquella lechuga sin sabor y aquel pan de molde de los grandes almacenes.

Capo ladeó la cabeza como si entendiera que me sorprendiera saber aquello.

—Pero ahora que te ha conocido, está mucho más tranquila. Lo de las flores y los bombones le encantó y después, la comida con todas esas tartas carísimas... Compartió casi todas con los niños o la familia, pero la de manzana la guardó. Si la vieras sentada en la cocina con una pequeña cuchara, tomando trocito a trocito para disfrutarla todo lo posible... —negó con la cabeza y dio otro buen mordisco al emparedado—. Con *Piccola* es más complicado —continuó, volviendo a mirarme—. Está obsesionada con tu dinero, tus mansiones y tu tarjeta platino. Ya me ha pedido cuatro veces que nos vayamos los tres de compras.

Arqueé levemente las cejas y terminé de masticar para decir:

—Bueno, si quieres, podemos ir. Le compramos algo bonito y...

—No, Joe —me interrumpió—. No puedes consentir a *Piccola*. Cosas como esa son lo que van a llevarla directa a los brazos de hombres como tu padre.

Parpadeé un par de veces e incluso se me saltó la risa.

—No sé, *Capo*, quizá lo que la lleve a brazos de hombres como mi padre es negarle todo y no enseñarle que el dinero fácil siempre tiene un precio muy alto. Escucha —me incliné hacia delante y dejé el sándwich sobre la mesa para limpiarme los dedos manchados de aquella mayonesa de oferta—. ¿Por qué no la llevamos el viernes por la tarde a Rodeo Drive? Es cuando los ricachones llevan a sus... novias a comprar. Puedes enseñarle lo que pasa allí, y que todas esas joyas que les compran son a cambio de una asquerosa mamada en el coche. Troy se quedó mirándome con el ceño fruncido y cara de asco durante un momento, lo que tardó en responder:

—¿Eso es lo que te enseñaron a ti?

—Bueno, a mí me educaron para ser el hombre que recibe la mamada, así que...

—y me encogí de hombros—, sé de lo que hablo.

—No.

Esa fue la decisión, un rotundo «No»; pero al llegar el viernes a la mañana, recibí un mensaje que decía: «Le he dicho a *Piccola* que la llevaríamos esta tarde de compras. Está muy ilusionada, pero recuerda que el que manda soy yo».

«*Amore*, me encanta ir de compras contigo, pero recuerda que tengo un trabajo con reuniones acordadas que, a veces, me resulta muy complicado aplazar de esta forma tan inesperada. Lizza ya te odia lo suficiente, no le des más motivos para hacerlo».

«Tienes razón, Joe, perdona. Fue una decisión algo repentina por mi parte. Si no puedes, iremos la semana que viene».

«No te preocupes, los socios ya saben que *il mio Capo* siempre tiene preferencia y que yo soy un hijo de puta egoísta. ¿Quieres que os pase a buscar o nos reunimos ya allí?»

«Me encanta eso que has dicho, solo te faltó un poco de italiano para ponerme cachondo. Iremos a la productora a buscarte cuando te venga bien, así le enseño a *Piccola* que trabajas mucho para conseguir el dinero».

Moví la cabeza de lado a lado mientras leía ese último mensaje.

—Troy dice que trabajo mucho para conseguir mi dinero —le dije a Lizza.

Ella casi se atragantó con su café, escupiéndolo a un lado de su silla alta de director.

—Por cierto, viene su hermana y quiere impresionarla, así que saca el papeleo y déjalo encima de mi mesa.

—Puede pasarse por mi mesa, esa sí que está llena de trabajo de verdad —me sugirió de una forma encantadoramente pasivo-agresiva.

—¿Ah, sí? Pues esta mañana las dos veces que salí al baño, te vi jugando al puto *Minecraft*.

—Esa mierda es adictiva —me aseguró con una mirada seria y un tono cortante—. No es mi culpa.

—Tú saca el papeleo y ya está.

Y eso hizo, dejando montaña tras montaña de guiones, archivos y toda clase de papeleo hasta cubrir la mayoría de la mesa.

—¿Qué es esto? —llegué a preguntar, sacando una hoja amarillenta del montón—. Ni siquiera es de nuestra productora.

—Estaba en el cajón y lo saqué, no me preguntes qué coño es —respondió. Para cuando llegaron el Capo y su hermana, a eso de las cinco, yo estaba sepultado en un mar de papeleo súper importante. Lizza fingió hablar por el teléfono inalámbrico que jamás usaba, les pidió que esperaran, entró en mi despacho y dijo:

—Señorito Schwartz, ya han llegado el señor y la señorita Malone.

«¿Señorito, Schwartz??», le dije sin producir sonido mientras alzaba las manos y la miraba con el ceño fruncido. Había sonado terriblemente racista, como si Lizza fuera mi sirvienta negra o algo. Ella abrió los ojos y me devolvió una mirada de pánico mientras imitaba mi gesto de manos abiertas; como si no supiera de dónde había salido aquello.

Terminé por frotarme los ojos y decir en voz alta:

—Ah, vale, gracias, Lizza. Hazles pasar, por favor.

—Claro, Joe.

Vaya. Puto. Desastre.

Y aun así sonreí y levanté la cabeza sobre los montones de papeleo para recibir al Capo, que fruncía el ceño y me miraba de una manera interrogante, y a su hermana, que parecía algo nerviosa y aturdida por estar en la sede de una de las productoras más importantes del país y, por consiguiente, del mundo.

—Perdonad, Lizza y yo estábamos esta mañana en un casting y uno de los papeles era de criada negra en el siglo dieciocho. Un drama de época. A ella le pareció racista y yo le dije que era para mantener la credibilidad histórica; así que no para de llamarme «señorito Schwartz» para joderme —mentí mientras los miraba a ambos con una sonrisa de disculpa. Detrás, Lizza me enseñó el dedo gordo en señal de aprobación y asintió, celebrando mi historia tan bien hilada—. ¿Vosotros qué tal? ¿Habéis hecho un pequeño tour por la productora?

—No, hemos venido directos —respondió el Capo, con su camiseta nueva y sus pantalones rotos—. Le dije a *Piccola* que estabas ocupado y que no queríamos robarte más tiempo del necesario.

—Oh, sí, estoy súper ocupado —afirmé, mostrándoles todo el papeleo sobre mi mesa, ese que el Capo también miraba con una expresión interrogativa—. Pero ya estoy libre. Lizza, ¿has cancelado mi reunión con el... Presidente?

Ashley ahogó un grito y de pronto preguntó:

—¿El Presidente de Estados Unidos?

En ese momento me quedé en silencio, mirándola, hasta que Lizza vino a mi rescate y dijo:

—Sí, Joe, ya he cancelado tu reunión con el presidente... de la productora.

—Claro, de la productora —asentí, terminando por soltar un risa nerviosa—. No el del país, no soy tan importante... Aunque a mí padre le llamó una vez Kennedy.

—Para pedirle el número de una actriz que follarse —aclaro Lizza, mirando a la joven Malone, a la que, sabía, le íbamos a dar una lección vital esa tarde. Así

que decidió poner su granito de arena al tema—. Eso es lo que hacen los hombres con dinero con las chicas guapas —y abrió mucho los ojos—, prometerles el mundo y después dejarlas tiradas en un sucio motel de carretera, con diez dólares para el taxi y las bragas por las...

—Vale, ya está —intervine, dando una fuerte palmada. Aquella locomotora sin frenos ni sentido iba a terminarse ahora mismo—. Es momento de ponerse en marcha. Gracias, Lizza, puedes irte antes a casa y tomarte una tila... La necesitas.

Ella no dijo nada, pero arqueó una ceja como si su advertencia fuera lo más inocente del mundo. A veces no se daba cuenta de que lo que le decía su madre a ella de pequeña, daba miedo.

Salí de detrás de mi escritorio, cogí mi chaqueta azul marino del perchero e indiqué la salida al Capo y su hermana, dedicándole una última mirada a Lizza que decía: «¿pero qué coño nos pasa?»

Lizza negó: «No lo sé. Creo que hemos estado demasiado tiempo en Hollywood».

Fuera como fuera, cuando llegamos a la planta de abajo, les subí a uno de los carritos y les di un pequeño tour de camino a la salida, señalándole las naves y las películas que se rodaban dentro. Ashley las miraba maravillada, como si se esperara que de un momento a otro saliera una súper estrella de las esquinas. Capo parecía menos interesado, cruzado de brazos en la parte de atrás mientras miraba a la nada y solo hacía comentarios del tipo:

—Toda la gente que ves aquí ha estudiado mucho, *Piccola*...

Lo que, realmente, no tenía por qué ser cierto.

Cuando llegamos al aparcamiento, uno de los de seguridad se ofreció a devolver el carrito y se despidió de mí de una forma muy servicial y elegante. Aunque la sonrisa se le borró rápido cuando el Capo pasó por delante y le miró como si fuera a matarlo.

—Espera, *amore* —me dijo, acercándose para rodearme los hombros y seguir adelante. Sin previo aviso, me dio un juguetón beso en la mejilla y sonrió.

Fruncí el ceño y le miré, pero él actuó como si nada y solo me apretó el hombro para que yo hiciera lo mismo. Había traído el deportivo, ya que ahora conducir el Masseratti me hacía sentir raro; y, cuando saqué las llaves, hice una señal para ofrecérselas al Capo. Él dudó un segundo o dos, pero terminó negando antes de subirse al asiento del copiloto.

La primera parada fue una cafetería lujosa de Rodeo Drive a la que el Capo y yo ya habíamos ido un par de veces, allí nos tomamos un café y un aperitivo mientras Ashley le sacaba fotos a todo y miraba el móvil con una eterna sonrisa de satisfacción. En un momento en el que se fue un momento al baño, puede que para sacarse más fotos, Troy se me acercó y me dijo:

—Escucha, Joe. No le compres nada a *Piccola*, ¿de acuerdo? Por mucho que ruegue y haga pucheros. Si veo algo barato y poco importante, te haré una señal y...

—Toma, Capo —le interrumpí, entregándole una pequeña cajita negra que saqué del bolsillo de mi chaqueta—. Antes de abrirlo, o rechazarlo por completo, escúchame —me adelanté, porque sabía cómo se pondría Troy por

aquello—. Quiero que lo tengas, es importante para mí y me sentiré mucho más... cómodo si te lo quedas. ¿De acuerdo?

Él miró de mis ojos a la cajita y de vuelta a mis ojos. Su expresión era sería y sus labios estaban apretados, debatiéndose entre la queja o el enfado. Tras un par de segundos, ladeó el rostro y aceptó la cajita. No estaba envuelta ni nada, solo tenía una tapa de filtro negro que, al abrirla, revelaba un interior almohadillado de seda gris perla. Sobre ella, descansaba una tarjeta platino a nombre de Troy Malone.

—No —esa fue la respuesta. Un rotundo «No».

—Es para emergencias, Capo. Por si la necesitas —insistí, acercándole la cajita—. Es una cuenta privada a la que solo tú tienes acceso, así que no podré ver lo que gastas ni cómo. Es una muestra de mi confianza hacia ti.

—No.

—*Amore mio. Ascoltami, per favore* —llegó el momento de jugar duro, poner mi mano sobre la suya y dedicarle una mirada suave y dulce—. No digo que la uses para todo, solo digo que la uses para cuando tengas hambre o tu madre necesite más de esas medicinas que siempre dices que son tan caras. *D'accordo?*

—*Te l'avevo detto che il mio amore non è in vendita, cucciolo.*

—*Non voglio comprare il tuo amore, mio Capo, voglio solo assicurarmi che tu stia bene.*

Troy se quedó mirándome en silencio, en una de esas largas luchas entre mi voluntad y la suya; una que terminó de forma repentina cuando su hermana reapareció en escena. Entonces el Capo escondió la cajilla bajo la mano y la arrastró por la mesa hasta esconderla debajo. Cuando los levantamos tras el café, la caja negra había desaparecido y el pantalón de Troy estaba más abultado con una forma cuadrada.

Aunque eso no significó que la lucha hubiera terminado ni que el tema estuviera resuelto, porque en la tienda de Gucci, mientras su hermana se probaba un vestido de temporada; el Capo volvió a acercarse, colocando el hombro sobre la pared en la que yo estaba apoyado.

—¿Ahora es cuando te tengo que hacer una mamada en los probadores, Joe? —me preguntó con tono grave y serio, cruzándose de brazos y ladeando la cabeza en busca de mi mirada—. ¿No es así como funciona?

—¿Tanto te jode que me preocupe por ti? —pregunté sin perder la calma.

—No sé... Te dejo sin follar y te confieso que todavía no me siento cómodo, entonces, de repente, hoy me apareces con una tarjeta platino a mi nombre. Mucha coincidencia, ¿no crees?

—Uy, es mejor que no le des alas a la paranoia, Capo, a mí no me sentó nada bien —le aseguré.

—Ya... ¿Sabes lo que creo, Joe?

—¿Que te amo y me preocupa que vayas a la cama con el estómago vacío?

Troy se tomó unos segundos antes de responder:

—Creo que estás intentando pagar un peaje con el que ahorrarte mucho tiempo en ese camino que te he dicho que todavía te queda hacia mí —se acercó un poco más, hasta llegar a rozar su frente contra la mía y apretarla un poco—. Pero el camino será el mismo, *cucciolo*, con tarjeta o sin ella.

—Entonces, *amore*, ¿cuál es el problema de que te la quedes? —me encogí levemente de hombros y sonreí.

—Ninguno, claro. Por fin podré pagarme mi apartamento de lujo y llenarlo de *bellos ragazzi* que me hagan todo lo que quiero. Viviré de puta madre a tu costa y ni te vas a enterar...

Cogí una bocanada de aire y terminé mirando de vuelta al frente.

—Me romperías el corazón, Capo. Así que ten cuidado... —y dedicándole una mirada por el borde de los ojos, le recordé —: No te olvides quién soy yo.

—Oh, *mi minacceraì, cucciolo. Bene, molto bene. Continua così, vedrai...* —pero su hermana salió del probador y él se detuvo en mitad de aquella, una de sus clásicas bravuconadas de gallito italiano en el que agitaba la muñeca y hacía breves y algo agresivos contactos físicos como si estuviera deseando provocar una pelea—. *Più bella, Piccola* —le dijo, al mirarla con el vestido de flores.

—¿Sí? ¿Te gusta? —preguntó, yendo a mirarse en el enorme espejo del pasillo. Como si de una princesa se tratara, cogió la falda y dio una vuelta sobre sí misma comprobando el elegante vuelo y la ligereza del material—. Ay, ¡me encanta! ¡Creo que he visto una chaqueta con la que quedaría precioso! Voy a buscarla —y salió sonriente, algo sonrojada y totalmente emocionada hacia la tienda.

—¿Qué pasa, Joe, no te gustan las bromitas? —continuó en cuanto su hermana se alejó, recuperando su tono, su mirada y su actitud—. Son muy divertidas cuando tú las dices, eh? Pero cuando yo las hago me amenazas... ¿O es porque todavía crees que soy un *boy toy*...?

—¿Sabes, Capo? Por una vez me gustaría que me dijeras un simple: *Grazie, cuccolino*. Y que no intentaras enmierdar un regalo que te hecho con todo el cariño del mundo.

—Regalarme un par de miles de dólares en forma de tarjeta no...

—¿Miles? —me reí—, querrás decir: «millones». Es una *Palatium*, Troy. No te dejan crear una sin una inversión inicial de siete cifras en la cuenta.

Al Capo pareció bajársele de pronto el enfado, desinflándose como un globo y, juraría, hasta palideciendo al bajar la mirada en busca del cuadrado que abultaba sus pantalones.

—Dime que es broma, *cucciolo* —me pidió.

—No, no lo es —y, con una suave sonrisa, me acerqué a su rostro para darle un suave beso en los labios—. Felicidades, Capo. Ahora eres millonario.

Troy no reaccionó, parpadeó un par de veces, sí, pero fue más bien como si tuviera la firme creencia de que en algún momento se despertaría y sería todo un sueño. Había una tarjeta a su nombre y una cuenta con suficiente dinero para vivir bien el resto de su vida. Si decidía huir con eso y abandonarme, lo único que se interpondría sería la puerta de la tienda; ya que yo no tenía poder sobre ese dinero nunca más.

La hermana del Capo volvió con la cazadora y su enorme sonrisa, nos la enseñó y se la probó sobre el vestido. Eché una ojeada a Troy y le vi con la mirada perdida, tragando saliva y respirando pesadamente.

—¿Necesitas tomar el aire, *amore*? —le pregunté, señalándole la salida.

—No, estoy bien —murmuró, pero cuando se fue a frotar el puente de la nariz, su mano temblaba ligeramente.

—¿Podemos comprarlo, Capo? —exclamó su hermana con un puchero encantador—. Por favor, me encanta, de verdad. Y me queda genial. Por favor...

Troy parpadeó y la miró con los ojos húmedos.

—Sí, claro, *Piccola* —le dijo—. Será un regalo de *il tuo fratello*.

Ashley gritó tan alto que seguramente asustó a más de un cliente de la tienda. Sin esperar ni un segundo se abalanzó a los brazos de su hermano y le apretó con fuerza.

—¡También vi un bolso precioso! —exclamó—. ¡Solo será un poco más!

—Sí, *bene*, lo que quieras...

Ashley chilló de nuevo y salió corriendo en busca del bolso. Yo me aparté de la pared y metí las manos en los bolsillos, mirando a un Capo aturdido y de ojos enrojecidos.

—*Tutto bene, amore?* —le pregunté.

Aquel era el auténtico momento de la verdad. No es que siguiera sospechando del Capo, pero... a todos les gusta el dinero. Incluso más el dinero que no tenía ningún coste.

Troy se pasó el dedo por debajo de la nariz, agachó la cabeza, sorbió un poco y volvió a levantarla para mirarme.

—Le voy a pagar a mi familia un buen apartamento, de esos con ventanas grandes, mucha luz, vecinos sonrientes y vistas a un parque —me dijo.

—Suená genial.

—Y también voy a buscar a una enfermera para que ayude a mi madre con la movilidad y a una limpiadora para que no tenga que hacerlo todo ella —continuó.

Asentí con la cabeza.

—Todo lo que quieras, Capo. Es tu dinero.

Troy se quedó en silencio un par de segundos y afirmó con la cabeza.

—Un apartamento nuevo, una enfermera privada y una limpiadora no suena a emergencias, pero son algo que me prometí a mí mismo que les daría si algún día tenía el dinero suficiente.

—Mi madre considera una emergencia gastarse veinte mil dólares en un viaje a Tailandia con las amigas para «relajarse»; así que no sé, depende de cada persona.

Capo sonrió y subió la mano para apretarme el hombro.

—*Grazie, cuccolino*.

—*Prego, tesoro*.

—Pero esto no cambia nada.

—Bueno, yo creo que un apartamento nuevo y una limpiadora van a cambiar muchas cosas...

Capo sonrió más y apartó la mano de mi hombro para darme una leve y cariñosa palmada en la mejilla.

—Me has entendido, *cucciolo*. No te hagas el tonto...

TRENTAQUATTRO

O el Capo tenía algunos contactos en el mundo de las inmobiliarias, o realmente resultó impresionante lo rápido que consiguió encontrar un apartamento. Lo sé porque el Sabbath antes de entrar en la sinagoga, recibí un mensaje en el móvil con unas preciosas fotos de una vivienda de clase media-alta, con espacio abierto, muy iluminada, buenos muebles, dos pisos, tres habitaciones grandes, estudio, dos baños y una bonita terraza exterior.

«A la *mamma* le va a encantar», ponía debajo.

«¿Has llamado ya? Si te gusta mucho, deja caer mi apellido casualmente en mitad de la conversación. Esas inmobiliarias de nivel conocen a mi madre».

«Estoy yendo a firmar los papeles»

Arqueeé las cejas y respondí un simple: «vaya, ¡qué rápido!». Troy no había tardado ni dieciocho horas en conseguirlo. Tener dinero siempre aceleraba los procesos, pero aún así resultaba impresionante.

— *Buongiorno*, Joe, ¿ya saliste de la sinagoga?

— *Buongiorno*, amore. Sí, estoy de camino con mi madre al brunch.

— ¡Dile que venga! ¡Hola, Salvatore! ¡Ven con nosotros a tomar un café y unos bocaditos de pepino! — exclamó mi madre, inclinándose sobre el asiento del copiloto para gritarle al móvil.

— ¿Quieres venir? — terminé preguntando, porque mi madre no pararía hasta que lo hiciera.

— No, no puedo. Estoy empaquetando todo, por eso te llamaba. Si tienes tiempo, ¿te importaría echarme una mano con la mudanza? Te invitaré a pizza y cerveza después, por supuesto.

— Oh... — la segunda sorpresa del día —. Sí, claro. Iré después del *brunch*. ¿Nos vemos en casa de tu *mamma*?

— No, voy a buscarte yo a Beberly, no quiero que dejes el coche por este barrio de mierda. Ah, y trae ropa cómoda, vamos a sudar un poco.

— No iba a mover cajas polvorientas con mi mejor camisa de Versace, Capo — le aseguré.

Y, para mi sorpresa, se rio.

— Yo solo lo digo, *cucciolo* — sonó una voz de fondo y entonces me dijo —. La *mamma* me necesita, mándame un mensaje cuando estés listo — y colgó.

— ¿Qué quería Salvatore?

— Nada, se va a mudar y me pidió que le ayudara.

Mi madre frunció el ceño y echó un momento la cabeza hacia atrás como si le hubiera dado una pequeña bofetada.

— ¿Y por qué no contrata a un servicio de mudanzas? Es mucho más sencillo...

— Porque es un hombre al que le gusta trabajar con sus manos, mamá.

— Ah... — y esa idea la puso cachonda y terminó con todo lo demás.

A media mañana, a eso de las doce, el mio Capo aparcó la carraca con ruedas que era su coche, y me mandó una llamada perdida para avisarme que ya había llegado. Cuando atravesé el jardín delantero hacia la verja, le vi con una ligera sonrisa en los labios, moviendo la cabeza al ritmo de una canción de pop italiano mientras fumaba lentas caladas de su pitillo.

Al escucharme acercarme, volvió el rostro y perdió la sonrisa. Sus ojos claros y salvajes se movieron de arriba abajo y sus labios se entreabrieron.

—*Mio Dio, cucciolo...* —murmuró.

—¿Qué? —pregunté antes de encogerme de hombros, pasando por delante del coche para ir hacia la puerta del copiloto. Casi podía sentir la mirada de Troy como un láser que me atravesaba—. Es mi ropa del gimnasio —añadí al sentarme a su lado.

—¿Ibas así al gimnasio? —preguntó con un tono duro. Ya no parecía tan feliz, solo enfadado y serio—. Tengo bóxers menos apretados que esos pantalones... Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—La gente de mi gimnasio iba siempre así. Es cómodo para hacer ejercicio.

El Capo no dijo nada, quizá porque no tenía nada más que decir, quizá porque estaba demasiado ocupado mirándome los brazos al aire y las piernas. Casi como si no fuera del todo consciente, apartó una mano del volante y la posó en mi muslo, acariciándolo suavemente hasta que, de pronto, soltó todo el aire y lo recuperó con una violenta bocana antes de mirar al frente.

—*Uno di questi giorni mi farai impazzire*, Joe —murmuró, apretando el volante con ambas manos antes de bajar el freno de mano y apretar el acelerador.

—Oh... —respondí con una de mis falsas expresiones de pena mientras pasaba la mano por detrás del respaldo de su asiento—. *Non fare la vittima, amore mio, sai già che tutto questo è tuo.*

Eso fue un poco demasiado para Troy, quien apretó el volante y echó atrás la cabeza. Su expresión era casi de enfado, pero *il suo enorme cazzo* nunca mentía; y lo que decía mientras tensaba hasta el límite los viejos pantalones de chándal que le aprisionaban, era que me echaba mucho de menos.

—Muy bien, *cuccolino...* —dijo el Capo en voz baja mientras iba en busca de otro pitillo—. Solo tú sabes provocarme así, lo reconozco.

Sonreí con cierta felicidad y ladeé el rostro.

—Si quieres, podemos...

—No —se puso el pitillo en los labios y lo encendió sin apartar la mirada de la sinuosa carretera que atravesaba a una velocidad más calmada que de costumbre. Aunque era de entender cuando estabas al volante de un coche que podía caerse a pedazos en cualquier momento.

Suspiré y me recosté un poco, sacando un brazo por la ventanilla abierta. Necesitaba el aire porque hacía calor y lo necesitaba porque me había vuelto a poner cachondo y la frustración empezaba a amontonarse por momentos.

—Escucha, Joe —me dijo cuando alcanzamos la autopista que nos llevaría directos a los suburbios— le he dicho a *la mamma* que el dinero me lo has dado por un trabajo en el que te he ayudado. Que a veces me paso por la productora para hacer apaños y arreglar cosas y que allí pagan muy bien, ¿lo entiendes?

—Claro.

—No le digas nada de la tarjeta y, si te pregunta al respecto, aunque dudo que lo haga, tú apoya mi historia.

—Entendido.

—Bene... —asintió, fumó otra calada y me miró por el borde de los ojos—. ¿Qué tal en la sinagoga? ¿Lo has pasado muy mal en el *brunch*?

Y, con un suspiro, empecé lo que sería otro de mis monólogos de quejas y bromas veladas hasta que alcanzamos la casa de Troy. Seguía igual que la última vez, con la diferencia de que ahora había algunas cajas apiladas en el pórtico y una camioneta de mudanzas aparcada a la puerta.

Silbia, *la mamma*, nos aguardaba en la cocina, embalando la vajilla y los vasos. Cuando nos miró, sonrió y se dio la vuelta para, por sorpresa, saludarme con un beso en la mejilla y un leve abrazo.

—*Grazie* por ayudarnos, Joe. Sé que esta no es la clase de cosas que hacen los productores un sábado —y se rio.

—Oh, no, lo hago encantado. La verdad es que no tenía planes.

—*Mamma*, ¿qué haces envolviendo esta *merdi*? —nos interrumpió Troy, supervisando lo que su madre había empaquetado y llegando a sacar un vaso envuelto en papel de periódico viejo—. Te he dicho que podemos comprar nuevos, no necesitamos tomar el café en tarros de mermelada nunca más.

—Ay, cariño, no sé. A mí me gustan nuestros vasos especiales —respondió ella.

—No, vamos a comprar tazas de verdad —decidió el Capo, llevando toda la caja entre los brazos para tirarla en un enorme cubo de basura a un lado.

El golpe produjo un fuerte ruido de cristal al chocar e incluso romperse, creando un momento algo tenso en la cocina. Silbia miraba a su hijo con una expresión de labios entreabiertos, pero, como si ya le conociera demasiado, terminó por mover la mano en un gesto indiferente y dirigirse cojeando hacia los paltos que estaba envolviendo.

—Esta es la vajilla de tu abuela, por favor, no la tires —fue lo que dijo sin mirarle.

—¿Cómo voy a tirar la vajilla de la *nonna, mamma*? ¿Pero...? —y alzó las manos como si estuviera volviéndose loco—. *Vieni, cuccolino*, vamos a ir metiéndolo todo en el camión —decidió con un tono más bajo mientras se alejaba y negaba con la cabeza.

Cuando llegamos al exterior, me indicó las cajas que quería que yo llevara. Pesaban, pero no era nada que no pudiera soportar. Lo malo de hacer aquello no era mover las cosas, sino hacerlo bajo el caluroso sol de Los Ángeles. Tras vaciar el pórtico y montarlo todo en el camión, el Capo me hizo otra señal para que me subiera al camión, entonces dijo a su madre que haríamos la primera salida y volvió para sentarse y dar un portazo.

—¿A ti te parece que soy malo, *cucciolo*? —me preguntó antes si quiera de arrancar el motor—. ¿Te parece raro que quiera darle a mi familia lo mejor?

—Claro que no —respondí, algo acalorado y sudado tras el esfuerzo.

Capo también sudaba, pero, como todo en él, su frente perlada y las manchas más oscuras en sus axilas eran más sexy que otra cosa.

—Pues a lo mejor se lo puedes explicar tú a la *mamma*, quizá a ti te oiga. Porque yo le dije: *mamma*, no llesves toda la mierda. Esto es basura. ¡Basura, *mamma*! Pero ella siempre busca excusas para llevárselo todo, como si tuviera miedo de volver a necesitarlo.

Se pasó todo el trayecto quejándose, haciendo muchísimos gestos italianos y tratando de conducir el camión por una carretera demasiado masificada un sábado por la tarde; lo que no mejoró en nada su humor. Yo escuchaba, asentía

y, en un segundo plano, pensaba en dónde nos estábamos dirigiendo. El Capo había tomado un giro en la autopista por Santa Mónica Federal, lo que atravesaba Los Ángeles en dirección a la costa; pero entonces había tomado un desvío norte... y yo conocía perfectamente ese lugar.

Básicamente porque iba allí todos los Sabbats.

— ¡¡Pico Bulevar!?! — exclamé cuando se detuvo en esa misma calle, solo a dos de distancia de mi sinagoga.

Miré al Capo y vi su extraña media sonrisa, como si disfrutara de mi sorpresa.

— Cuando te esperaba a que salieras de tu misa judía, me paseaba por aquí y miraba las casas y edificios, pensando en lo bonito que era y lo maravilloso que debía ser vivir en un lugar como este — me explicó—. Al recibir el dinero lo tuve claro, llamé a una de las inmobiliarias, les di tu nombre... y en tres horas ya estaba todo resuelto.

Yo le escuchaba con las cejas arqueadas, todavía sumergido en la más profunda de las sorpresas. Capo se iba a mudar al centro cultural judío de Los Ángeles, allí, donde era casi normal ver a algún rabino tomando un café en el Starbucks o alguien paseándose con la kipá a la cabeza. Eso no quería decir que no fuera un lugar precioso, por supuesto, solo que era muy extraño ver a una familia italoamericana cristiana viviendo allí.

— Y está a diez minutos en coche de Beberly Hills — añadió entonces, como si eso fuera todo un plus que sumarle.

— No, sí, la zona es muy buena. A mí me gusta mucho, pero es... raro — y sonreí.

— ¿Por qué? ¿No te gusta que viva entre tu comunidad? — preguntó, perdiendo la sonrisa—. ¿Los... *gentiles* no estamos bien vistos aquí?

— No, no es eso — le aclaré, aburrido ya de escuchar gilipolleces como esa—. Solo es raro que hayas elegido Pico, eso es todo.

— Si no te hace gracia, todavía puedo...

Y, con los ojos en blanco y una expresión de sopor, bajé de la camioneta para no tener que escucharle. Capo se reunió conmigo en la parte trasera y se tomó un momento antes de abrir la puerta para decirme cerca del oído:

— A mí no me dejas con la palabra en la boca, ya lo sabes, es una falta de respeto a *il tuo Capo*.

Movió la mano en uno de sus clásicos gestos, pero lo hizo de manera discreta, como si solo quisiera darme una advertencia en privado.

— Perdona, *amore* — murmuré—. Estoy algo cansado de que supongas que me molesta todo lo que eres o lo que haces.

Troy me dedicó una firma mirada por el borde de los ojos y bajó el tirado de una de las puertas.

— Eso es porque no te ves la cara, Joe — me dijo—. Cada vez que te digo algo, pones expresiones raras y no las entiendo. No sé qué piensas o si te molesta o no.

— Si me molestara, lo sabrías — le aseguré, haciéndome a un lado para que pudiera abrir la segunda puerta—. Cuando suelto comentarios de ese tipo, los pillas al vuelo...

—Sí, esos sí —reconoció, sacando la primera caja que apretó entre sus brazos de toro y su pecho de oso—. *Aiutami, cucciolo, prendi le chiavi dai miei pantaloni e prendi quella scatola.*

Ladeé el rostro y entrecerré los ojos. Capo quería que metiera la mano en el bolsillo de su chándal para «coger las llaves», cosa que podría haber hecho él perfectamente antes de agarrar la caja. Solo quería hacerme sufrir un poco, pero no aparté la mirada de sus ojos cuando lo hice, lo que, sinceramente, fue una mala idea. Incluso sudado, el Capo olía bien, como a sudor fresco y jabón.

Negué con la cabeza y, ya con las llaves, fui a por la caja y le acompañé en dirección al portal. Un buen edificio, clase alta, con solo cuatro pisos y dos viviendas por planta. Llegamos al ático y el Capo me hizo una señal para que abriera yo la puerta. El apartamento era todo lo bonito y alegre que parecía en las fotos. Los ventanales de aspecto afrancesado estaban abiertos y una leve brisa entraba por ellos, agitando unas cortinas blancas como la nieve.

—Es muy bonito —reconocí, echando una rápida ojeada de lado a lado del salón con espacio de comedor.

—Sí, lo es —afirmó el capo, dejando la caja a un lado de la entrada—. Cuando terminemos con la mudanza, te lo enseño. Ahora toca trabajar, Joe.

Y eso hicimos: subiendo cajas hasta que el camión quedó vacío; volviendo a por más cajas, conduciendo por un centro masificado de turistas y repitiendo el proceso de nuevo. Todo ello tres o cuatro veces en lo que duró la calurosa tarde. El ciclo solo se interrumpía breves momentos en los que el Capo volvía a decirle a su madre que dejara de empaquetar mierda, a su hermana que ayudara y a mí que dejara de distraerle. Yo fruncía el ceño y abría las manos sin entender a qué coño se refería.

—Yo no te estoy poniendo el culo en la cara, eres tú el que lo mira todo el rato, Capo... —le recordé.

Pero fue una de esas cosas que solo le enfadaron y con las que empezó a farfullar sin sentidos en italiano mientras movía las manos. La verdad es que Troy estaba algo nervioso y alterado con eso de la mudanza, se le notaba un poco tenso, impaciente, ansioso por huir de aquel barrio de mierda como si tuviera una cuenta atrás para hacerlo antes de quedarse allí atrapado para siempre.

Entonces, con una claridad anaranjada que entraba por los ventanales y el suave golpe de una caja de cartón contra el suelo de madera, todo terminó. El Capo respiró al fin y se puso ambas manos en la cadera, orgulloso de su trabajo, acalorado y sudado como un gladiador tras una gran victoria.

—Ya está, *cucciolo*... —murmuró—. Solo tenemos que ir a por la mamma y piccola y nos habremos mudado. Ven, te enseñaré la casa antes de que lleguen ellas.

Yo estaba en la cocina, bebiendo mi quinto vaso de agua del día, cuando apuré a tragar y le seguí en dirección al pasillo, la terraza y el segundo piso, que también tenía un pequeño balcón en la habitación de matrimonio con baño. Me contó algunos planes que tenía aquí y allá, como poner un pequeño *chill out* en la terraza y adaptar el estudio a una sala de juegos para los «niños»; que resultaron ser los primos pequeños.

—No es Beberly, pero está muy bien —concluyó.

—Mmh... Te he dicho que si quieres volver, solo tienes que decirlo, Capo —murmuré, echando una ojeada a las vistas desde el salón. Daban a la calle latera y se veía la cafetería que hacía esquina—. ¡Mira, allí está el rabino Star! —le señalé—. Estaba seguro que era él. Dios... te juro que cuando yo era niño, él ya era viejo. No sé cuántos años tendrá, pero sigue bebiendo su té con hielo y mango cada puto atardecer. ¿Crees que son los antioxidantes lo que le mantienen vivo o que Dios ha decidido que una generación de adolescentes judíos cagados de miedo no fue suficiente?

Oí una suave risa grave y unas manos me rodearon por la espalda. Noté un cuerpo cálido y grande que se pegó al mío, caliente y húmedo. No me esperaba un abrazo como aquel, pero no puedo decir que me quejara en absoluto.

—¿Tú quieres que vuelva a Beberly, *cuccolino*? —me preguntó al oído.

—Ya sabes que sí.

—¿Y dormir en la misma cama?

—Bueno... estaría bien, la verdad. Porque si me haces dormir solo en la habitación de invitado me voy a enfadar un poco.

—¿Y si no me siento cómodo todavía para dormir contigo?

—Joder —resoplé, perdiendo parte del encanto del momento—. No sé, Troy, supongo que puedo volver a Bel-Air y dejarte tranquilo, yo que sé.

—No voy me voy a mudar a Beberly si tú no estás allí.

Llegado ese punto, me giré lo mejor que pude entre sus brazos, le rodeé el cuello algo sudado y miré sus ojos claros y fascinantes.

—Me estás enviando mensajes muy contradictorios ahora mismo —murmuré—. Sí, pero no, pero sí.

Troy sonrió un poco y me pegó un poco más contra él.

—¿Sabes cuál es el problema, *cuccolino*? Que mi mente dice no, pero mi cuerpo dice sí, y el miedo a que no me tomes en serio me dice que no, pero mi corazón dice sí... Es muy complicado.

—Ya lo veo —asentí.

—Por ejemplo, no quiero que pienses que has ganado algo por darme dinero, que estás comprando mi perdón ni nada parecido, pero me has hecho muy feliz por poder conseguirle esto a mi familia. Por eso tampoco me siento cómodo con la idea de follarte.

Con un par de pasos y sin separarse de mí, nos movió a ambos lejos de la ventana.

—El sexo es lo único que tengo a mi favor, y sé que tengo que usarlo bien porque es mi único As en la Manga para luchar contra ti, tu poder y tu dinero. Por otro lado... —empezó a susurrar, deslizando una de sus manos por mi espalda húmeda, hasta hundir los dedos bajo la cintura elástica de mi pantalón—. Tú estás poniendo mucho de tu parte para joderme, *cucciolo*. Sé que conoces muy bien a *il tuo Capo* —y ahí empezó a frotarme el ano con el dedo y yo perdí la respiración, me mordí el labio inferior y apreté los puños—, sé que tienes ropa de deporte más suelta y discreta que estos pantalones y la camiseta de asas... Lo sé, Joe. Pero tú has venido esta tarde para que te coma con los ojos y pierda la cabeza. *Vero?*

Me gustaría poder haber respondido, pero su aliento en mi oído, sus manos a mi alrededor, su dedo masajeando mi ano... era intoxicante. Me daba demasiado calor y empezaba a sudar, y las gotas que caían por mi espalda solo hacían estremecerme.

—Pero no estoy enfadado, no, *cuccolino* —continuó, interrumpiendo un leve jadeo para darme un beso en el cuello empapado—. No es tu culpa ser tan *bello*, es culpa mía por ser débil...

Entonces, de una forma un tanto repentina, subió su otra mano hacia mi pelo para agarrarlo y empezó a apurar el roce sexual bajo mis pantalones. El Capo me miraba jadear mientras le apretaba contra mí. Aquello era completamente inesperado y yo solo pude jadear: «no pares, Troy. Si paras me muero...».

Después empezó a besarme y, como salido de una de mis fantasías húmedas, se quitó la camiseta para atarme las muñecas con ella y darme la vuelta cara al sillón de tapicería azul bebé. No sabía lo que pasaba hasta que el Capo me dio un fuerte azote en la nalga, se puso de rodillas y me bajó el pantalón. Entonces solté un leve: «Oh...» de entendimiento, antes de un «OOOHHH» de placer al notar la punta de su lengua tibia en mi ano.

Debía ser un puto milagro. Primero, porque *il mio Capo* solo me hacía eso muy de vez en cuando debido a su ridícula idea de que era emasculante; y segundo, porque era muy estricto con la limpieza. Jamás, y me refiero a «JAMÁS», hubiera llegado si quiera a imaginar que estuviera dispuesto a comerme el culo después de toda una tarde de calor y mudanza. Troy, un hombre que me hacía ducharme siempre antes y después del sexo y que ni si quiera soportaba que le hablara a menos de dos metros si me lo había tragado.

Pues ese mismo hombre me estaba comiendo el culo en mitad del nuevo salón como si no existiera un mañana. Por como gruñía y movía la cara, haciéndome cosquillas y rascándome con su barba espesa contra las nalgas mientras su lengua me lamía de arriba abajo; debía estar increíblemente cachondo. No paraba de apretarme el culo entre las manos, hundir su cara y azotarme intermitentemente. Después, le oí empezar a jadear y sus lamidas se hicieron menos intensas.

Giré el rostro de ojos húmedos y apreté los dientes, tratando de descubrir el motivo de aquello. *Il mio Capo* había dejado de apretarme la nalga para llevarse la mano a la entrepierna.

—No, no, no, no... —le dije, pero él no me escuchó. Me dio otro azote y hundió la cara, agitándola antes de gruñir una última y ruidosa vez contra el interior de mis nalgas.

Troy era un pedazo de hijo de puta egoísta y cruel.

Cuando terminó, se separó y se quedó de rodillas, tratando de recuperar la respiración, con la barba tan empapada como la frente y la mirada perdida en el techo. Tras un minuto así, sorbió por la nariz, se pasó el reverso de la mano por los labios y miró el estropicio que había hecho. Había semen en el suelo, en su mano e incluso contra la tapicería del sillón.

Me miró con cierto orgullo en sus ojos claros y sonrió.

—*Il tuo capo stava per esplodere, cucciolo* —dijo, haciendo una referencia a lo muchísimo que se había corrido—. ¿Y tú?

—Yo no pude —le recordé, levantando mis manos de muñecas atadas.

—Oh... —puso una expresión apenada de morritos, muy parecida a la que yo siempre ponía cuando hacía comentarios como—: Vaya, qué pena... Pero no pasa nada, *il tuo Capo* si se ha corrido y es todo lo que importa. *Vero, mio cuccolino?*

Mi cara fue una expresión de pura resignación. Tomé aire y miré en dirección a los ventanales, por los que ya apenas entraban los últimos rayos anaranjados del atardecer.

—*Vero, Capo.*

—*Bene, bene...* —murmuró, dándome un último cachete juguetón antes de levantarse del suelo—. *Vamos* —y chasqueó los dedos como si llamara a su mascota —, a la ducha, *cucciolo.*

Suspiré.

—*Sì, amore...*

TRENTACINQUE

Troy no era gilipollas.

Sabía que empezaba a rozar el límite de mi paciencia y, una vez en la ducha, jugó ese papel de novio inocente, cariñoso y un poco cabrón. Me hacía preguntas en italiano, me abrazaba y me daba pequeños besos en los labios. Al parecer, no le importaba tanto hacer eso cuando él era el que tenía la cara manchada.

Después, se frotó la barba con jabón unas tres veces y hizo gárgaras hasta que quedó más o menos satisfecho.

—Huéleme la cara, Joe.

—No.

—Joe...

—Te has limpiado bien, no hace falta que te huela nada.

—Vamos a ir a buscar a *la mamma*, Joe. ¿Quieres que su hijo aparezca con la boca apestando al *culo del suo cucciolo*? ¿Eh? *Che peccato! Cosa penserebbe la mamma se sapesse cosa sta facendo suo figlio?* —empezó a decir con sus muchos gestos italianos y su cara de enfado.

—Creo que tu madre sabe perfectamente lo que haces conmigo, Capo —le aseguré, terminándome de peinar frente al espejo—. ¿O te crees que piensa que solo nos damos la mano y dulces besitos de fresa en los labios?

A Troy no le hizo gracia la broma. Se acercó a mí por el lado, hasta pegar su pecho a mi hombro, y así poder mover su mano de yemas juntas frente a mis ojos.

—*Hai intenzione di farmi arrabbiare, cucciolo?* —preguntó cerca de mi oído—. La *mamma* ya sabe que *ti scopo* bien duro, pero no sabe que... *manglio il tuo bellissimo culo*. Ni NUNCA lo sabrá, *capito?* Prométemelo, Joe —exigió al final, agarrándome con cierta violencia de la muñeca para que le mirara.

—Capo... —suspiré, tirando de mi mano para que me soltara—. Relájate un poco, quieres.

Me acerqué lo suficiente para darle un suave beso y no me alejé demasiado mientras le miraba a los ojos.

—Huele solo a jabón, y a no ser que *la mamma* tenga el olfato de un sabueso de presa, no se dará cuenta.

—*Bene* —asintió él, tranquilizándose al fin para mirar su reflejo, pasarse la mano por el tupé y preguntar—: ¿Crees que ya debería cortarme el pelo? A ti te gusta la barba más corta, ¿verdad?

—Un poco más, sí —reconocí, secándome las manos con la toalla—. Del estilo: soy un guaperas en Hollywood que se ha dejado barba; y no: soy un leñador en mitad de mi cabaña del bosque y no tengo nada con qué afeitarme.

Capo asintió.

—Mañana voy a la barbería —decidió—. Me daré uno de esos tratamientos con vapor caliente y esas mierdas que siempre he querido probar.

—Mmh... están muy bien —afirmé—, relajan bastante. Yo me he quedado dormido más de una vez —murmuré, ya de camino a la puerta—. ¿Nos vamos ya, *amore?*

—Sí —y, como un extraño *deja vú*, Troy se acercó para darme un beso en los labios y un pellizco en la nalga; como hacía siempre antes de irse a misa.

Silbia y Ashley nos esperaban con un par de bolsas en las manos a la altura de Vicents Junior Park, sentadas en un banco mientras se tomaban un café para llevar. Cuando nos vieron, se levantaron, pero no se movieron muy lejos hasta que Troy bajó para ayudar a su madre a subir a la furgoneta. No había asiento para todos, así que la hermana del Capo y yo fuimos en la parte de atrás.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —nos preguntó la joven con una ligera sonrisa en los labios—. Creíamos que solo os faltaba subir un par de cajas.

—Nos dimos una ducha para refrescarnos —respondió él.

—Ya... una ducha... —y se rio.

—Joe es *il mio ragazzo, Piccola* —le recordó él, lanzándole una dura mirada por el retrovisor—. Lo que hagamos o no, no es asunto tuyo.

—Claro que no, pero quizá deberíais haber aplazado «esa ducha» en vez de hacernos esperar en...

—Ashley —la interrumpió su madre, girándose en su asiento para verla mejor—. Tu hermano y Joe llevan todo el día de mudanza, cargando cajas bajo el sol y atravesando la ciudad de esquina a esquina mientras tú estabas con tus amigas, así que cierra la boca y se un poco agradecida.

—Soy agradecida, pero... agh —terminó por ceder, volviendo a centrar su atención en el móvil.

—Te sienta muy bien ese color —murmuré el breve silencio que precedió a esa, otra de las clásicas discusiones familiares de los Malone.

—Sí, gracias, Joe. Te agradezco muchísimo que te hayas dado cuenta —respondió con un retintín en la voz y una sonrisa sarcástica—. Porque, ante todo, soy una mujer agradecida.

—Lo sé, ayer no parabas de saltar y dar las gracias por toda la tienda —le recordé.

Ashley se quedó un momento parada y después, para mi sorpresa, se sonrojó un poco.

—Sí...

—Tuviste suerte de pillar al Capo de buen humor —continué—. Normalmente solo sabe decir que no a todo.

—¡Lo sé! —afirmó ella, revolviéndose un poco contra la pared de chapa gris de la furgoneta—. ¿También lo hace contigo?

—Lo hace —asentí—, pero después nos damos «una ducha» y solo dice que sí. Y sonreí.

Para ser una adolescente revolucionada, Ashley tardó un momento en entenderlo; al contrario que su madre, la cual se rio en alto y hasta alargó una mano hacia su hijo antes de decirle:

—Todos los Malone sois iguales...

A todas luces, aquel era el momento en el que Capo se enfadaría de nuevo, cortaría el tema o me dedicaría una mirada asesina, pero, para mi sorpresa, solo fue a por un pitillo y lo encendió mientras murmuraba:

– *Joe è troppo bello, mamma.*

– *Lo so, dolcezza...* –respondió, poniendo los ojos en blanco y sin dejar de sonreír.

Cuando llegamos al apartamento, Capo les dio otro tour a su hermana y su madre, quienes estaban tan sorprendidas de todo aquello como lo habían estado al ver mi mansión en Beberly. Ashley saltaba de emoción y recorría las habitaciones, decidiendo en cual quedarse. La señora Malone, por el contrario, parecía más preocupada que otra cosa.

En una ocasión en la que Ashley estaba en el piso de arriba y yo en la cocina, le oí susurrar:

– Troy, ¿estás seguro de esto? ¿No es... muy caro?

– Tranquila, *mamma*. Me pagan bien en la productora.

– Sé que no pagan «tanto» por arreglar un par de grifos, cariño. Tú madre no es tonta.

– He dicho que estés tranquila – dijo en voz baja, pero con un tono más duro.

Me acerqué a la pared de la puerta, pero no quise salir e interrumpirles, solo quedarme escuchando cómo Silbia le decía:

– Troy, dime la verdad, ¿le has pedido dinero a Joe?

– *Mamma...*

– La verdad, Troy Malone. No mientas a tu *mamma*.

Un breve silencio.

– Joe ha movido algunos hilos, como hizo con Carlo, y me ha conseguido un buen trabajo. Uno con muy buen sueldo... Me daba vergüenza decírtelo.

– Oh... cariño. ¿Por qué? Eso es algo maravilloso.

– No, *mamma*. Los hombres no van pidiendo favores a *sus ragazzios...*

– Cielo, una cosa es ser orgulloso, y otra muy diferente, es ser gilipollas – arqueé las cejas y hasta se me saltó la sonrisa. Los insultos siempre sonaban mucho más grandilocuentes cuando los decía alguien como la señora Malone –. Si Joe puede permitirse ayudarte a tener una mejor vida, acéptalo. Que use su influencia para conseguirte un buen trabajo, no es igual que vivir a su costa. ¿Te crees que el imbécil de Carlo se merece mejor vida que tú, *amore*? Dejándote la piel en esa pizzería en ruinas mientras él se pasa las mañanas tomando café y las tardes diciéndole a todos que es «banquero». ¿Eh? ¿Te parece justo?

– No, *mamma...*

– Entonces levanta esa cabeza, dale las gracias a tu *ragazzo* y no vuelvas a mentir a tu madre. *Capito*?

– *Tutto capito.*

Ese fue el momento en el que me acerqué a la nevera, la abrí de un golpe y la cerré mientras daba lentos, pero ruidosos, pasos en dirección al salón. Allí, la señora Malone ya me aguardaba, sonriendo, junto a un Capo de mirada baja y brazos cruzados. Cuanto más conocía a los Malone, más italianos me parecían.

—La nevera tiene servicio de hielo, ¿lo sabíais? —pregunté, enseñándoles la jarra de té frío que nos había preparado a todos—. A Ashley le va a dar un infarto.

—Es maravilloso, me voy a volver loca para saber usar todas esas cosas —dijo Silbia, aceptando el vaso que le ofrecía. No apartó la mirada de él hasta que lo llené casi hasta el borde, entonces susurró un «*grazie*» y sonrió más—. Por cierto, te quedas a cenar, ¿verdad, Joe? Creo que hay algo que celebrar... —y miró un momento a su hijo—. Algo sobre un nuevo empleo.

Arqueeé las cejas y miré a Troy, quien me dedicó una de esas miradas nerviosas. Por suerte, aquello no me había pillado por sorpresa, o sí que hubiera cometido el error de preguntar.

—Vaya... —murmuré—. Creía que era un secreto.

—Lo era —afirmó ella—. Porque mi hijo es así, pero, de todo corazón, Joe, muchísimas gracias.

—Oh, no, por favor, lo he hecho encantado —sonreí.

—Pedir un favor así por la familia, no solo una, sino dos veces... te debemos un mundo, Joe. De verdad...

Silbia estaba muy sentida, con expresión seria y la mano en el pecho, pero yo actuaba con total normalidad y negaba constantemente.

—Créeme, Silbia, buscarle algo al Capo fue fácil. Es un hombre serio, responsable y muy trabajador. Lo difícil será convencer a los del banco para que no echen a Carlo —y me reí un poco antes de añadir—: Además, Troy se merece un trabajo con un buen sueldo y un horario de persona normal. *Vero, amore?*

Él me miró un momento, tomó aire y asintió.

—Vayamos a la terraza, no quiero que nos oiga Ashley, o se le ocurrirá dejar los estudios para tener un «trabajo de oficina» —dijo mientras ya nos estaba empujando suavemente en dirección a la pared de ventanales con acceso a la terraza.

Su madre asintió y, cambiando el vaso de té con hielo de mano, se apoyó en su hijo para dejar que la ayudara a moverse al exterior. La pobre no pudo reprimir un jadeo de sorpresa al mirar las hermosas vistas de la calle. La noche ya había caído, pero, al contrario que en su antiguo barrio, en Pine Bolubar era brillante, repleta de luces, risas y vida.

Sin embargo, aquel momento de expectación le duró poco, ya que enseguida le dio un trago a su té y se giró hacia nosotros.

—¿Y dónde es? —preguntó entonces—. ¿Cerca de aquí?

El Capo, ya con un cigarro en los labios, movió la muñeca de la mano con la que sostenía el mechero; como si estuviera pensando en cómo explicárselo a la *mamma*, aunque realmente solo estuviera valorando cuánto y hasta dónde quería seguirle mintiendo.

—Es en un bufete de abogados —me adelanté yo—, pero de los buenos. Ya sabes, de los que trabajan con lo mejor de lo mejor de Hollywood. No queda lejos de aquí, en uno de esos lujosos edificios de Century City; en lo alto, con oficinas acristaladas y vistas a Beberly Hills. Por desgracia, allí también está el agujero al infierno de donde ha salido la Fox, pero es un peligro que Troy tendrá que correr...

La señora Malone pareció muy impresionada, demasiado como para llegar a reírse con mi chascarrillo final; aunque hubiera sido bastante gracioso. Como era de esperar, Capo tampoco se rio, solo me miró con cierto miedo y enfado por seguir alimentando esa mentira, la cual ahora tenía nombre y lugar específicos.

—Suenas importante... —murmuró Silbia, otra vez más preocupada que contenta—, quiero decir, a que hay que saber mucho de leyes y tener una... carrera —murmuró, cada vez más bajo, mientras volvía la cabeza hacia su hijo.

—Oh, no, no, no —me reí, bien alto y con ganas—. Es un bufete de abogados, pero Capo no va a juicios ni nada así —y no pude volver a evitar soltar un pequeña risa al pensar en Troy en un estrado—. Capo solo organiza papeleo, trata con algunos clientes, ayuda a los socios y se para a tomar café.

—Ah —lo entendió ella—, como una especie de secretario.

—Un secretario no cobra tres mil al mes más pluses —dije antes de beber de mi té helado.

A la señora Malone casi le da algo cuando oyó la cifra.

—¿Ta... tanto? ¿Por hacer papeleo?

—Verás, Silbia, se trata de un bufete de abogados de muy alto *standing* —le recordé—, hay que tener muy buen don de gentes y... dicho de una forma frívola, un aspecto de éxito que muy pocos poseen.

—Claro, entiendo —asintió ella—. ¿Y es muy pesado aguantar a esa gente, cariño? Tú no sueles tener mucha paciencia para los *snoobs*.

—Es un trabajo, como la pizzería, *mamma*: hay toda clase de personas y a todos les tienes que sonreír —respondió él, manteniendo la calma y guardándose toda esa ira para cuando estuviéramos solos.

—Muy bien dicho, Troy —aprobó la señora Malone, dándole un cariñoso apretón en el brazo a su hijo—. Tienes razón en eso de no contárselo a tu hermana todavía. Dios sabe que si descubre que Joe puede conseguirle un trabajo así, mañana mismo deja los estudios y se presenta en el bufete... —negó con la cabeza y puso los ojos en blanco antes de beber un trago de su té—. Le diremos que has conseguido un buen empleo y punto.

—Sí, *mamma*...

Es curioso cuando ves una tormenta acercarse lentamente por el horizonte, oyes los truenos y notas el olor húmedo en el aire. Sabes que te vas a mojar, pero ya estás preparado con tu chubasquero y tu paraguas en alto.

Eso fue lo que pasó con el Capo. No cesó de mandarme miradas secas en lo que tardaron en llegar las pizzas y, en la cena, apenas intercambió una o dos palabras conmigo. Fue después, cuando la noche se había alargado demasiado y se ofreció a llevarme en coche a casa, cuando, en la intimidad del ascensor, rugió:

—¿*A cosa stavi pensando, Joe?! ¡Mentire così alla mamma!*

—No he mentido —le aseguré, manteniendo la calma mientras buscaba uno de los pitillos de Troy en sus vaqueros.

Él me apartó la mano de un golpe seco, pero terminó por coger la cajetilla y tirármela al pecho antes de que, con un ruido de plástico, cayera al suelo. Miré

el tabaco en el suelo del ascensor y después miré a Troy de una forma que le dejara claro que esperaba que fuera la última vez que hiciera algo así.

—Inventarte un trabajo... —continuó, en un tono mucho más bajo pero igual de furioso—. ¿Qué voy a hacer cuando la *mamma* quiera venir a verme? ¿Has pensado en eso? ¿eh, Joe? No, claro que no. Tú nunca piensas en nada...

—Ese trabajo existe, Capo —murmuré con calma y la mirada al frente—, tiene buen sueldo y horario de nueve a cinco. Además, es muy sencillo. Básicamente es un puesto que se inventaron para meter a los hijos demasiado subnormales de padres demasiado importantes.

—¡Pero yo no tengo ese trabajo! —volvió a rugir.

Justo entonces, sonó el «ding» y las puertas del ascensor se abrieron en el precioso hall de la planta baja. El Capo salió a grandes pasos, pero le detuve con un:

—Te olvidas el tabaco, *amore*... —y señalé el suelo, donde todavía estaba tirada la cajetilla, allí donde él la había dejado.

Se produjo un profundo momento de tensión, solo interrumpido por otro «ding» antes de que las puertas amenazaran con cerrarse de nuevo y tuviera que ponerme a un lado del sensor para evitarlo. Con los brazos cruzados y expresión seria, esperé todo lo que hiciera falta a que Troy regresara, se inclinara y recogiera el paquete para, esta vez, entregármelo en mano. Solo entonces le dije:

—¿Quieres tenerlo? El trabajo en el bufete.

Capo se quedó en silencio y, como si una luz se encendiera en su cerebro, entreabrió los labios y entrecerró los ojos.

—Ya me habías buscado un empleo...

—No, solo hice un par de preguntas aquí y allá —le expliqué, avanzando juntos hacia la calle—. Un buen amigo, el señor Shweirbith, me habló de esa vacante y yo le hablé de ti, de que eras guapo, inteligente, con buen don de gentes y, lo más importante, discreto. —Me detuve frente a la puerta del camión y me encendí el pitillo antes de escalar hacia el asiento, soltando el humo gris de camino—. Es casi la cualidad más importante —le aseguré—, ni te imaginas la de cosas que se puede oír por ahí. Malversaciones, infidelidades, negocios turbios...

—Me has buscando un trabajo porque odias que sea solo un puto pizzero.

Giré el rostro y le miré el atractivo rostro, medio oculto en la penumbra y medio iluminado por la amarillenta luz de las farolas y locales que llenaban la calle.

—Troy, te juro por tu madre que como no pares con ese tema, me voy a enfadar de verdad —le advertí—. Es un buen trabajo y pensé en ti. Ya está. Si quieres seguir trabajando diez horas al día en la pizzería y ganando una miseria, perfecto. Por mi genial.

—Yo no te pedí ese favor, Joe.

—Y yo no te dije nada al respecto —le recordé, abriendo las manos y negando con la cabeza—. No estoy intentado convencerte de que lo aceptes, Capo. Ha surgido el tema y solo lo comento.

Capo miró hacia delante y, sin previo aviso, le dio un golpe al volante y se llevó ambas manos al rostro mientras ahogaba un grito ronco.

—¡Esto es justo lo que no quería que pasara, Joe! —me dijo—. Que te metieras en mi vida y empezaras a cambiarlo todo a tu gusto sin que te importe una mierda lo que yo quiero.

Negué con la cabeza y miré al frente.

—Vale, perdona, solo fue una idea que me pasó por la cabeza —me disculpé—. No hace falta que lo aceptes, no es una obligación.

Troy bajó las manos y arrancó el motor, dando un giro algo brusco hacia la carretera. Supe que se lo había tomado realmente mal cuando le vi más angustiado y triste que enfadado, eso hizo saltar todas mis alarmas. Así que, cuando aparcó frente a mi casa de Beberly, le miré con cuidado y le dije:

—No hace falta que lo aceptes. No es una obligación.

Capo tardó un par de segundos en responder:

—No, ahora se lo he dicho a la *mamma*. No puedo aparecer de nuevo por la pizzería —otra breve silencio después, añadió—: ¿Sabes lo que me dijo?

—No.

—Me dijo que me merecía un trabajo así y que era estúpido por no aceptarlo.

—Suena razonable, la verdad.

Capo me miró por el borde de los ojos.

—Dime la verdad, ¿estás intentando hacerme encajar en tu mundo, *cucciolo*? ¿Crees que con ese trabajo le caeré mejor a tus padres o es que ya no te hace tanta gracia que *il tuo Capo* sea un muerto de hambre?

—Mmh... lo creas o no, esto ya es un avance —me encogí de hombros—. Al menos ya no me preguntas si lo hago solo para que me folles.

Troy soltó un leve jadeo y sonrió un poco con la comisura de los labios.

—Sí, supongo que es un avance —murmuró.

Moví la mano hacia su pierna y le di una lenta caricia sobre la tela áspera de su chándal viejo.

—Pensé en el trabajo porque sé que tú jamás te quedarás en casa como si fueras un mueble más, lo cual, sinceramente, me gusta mucho de ti; pero eso no significa que tengas que morirte encerrado en esa pizzería —levanté la mano y acaricié suavemente su mejilla y el inicio de su barba, la que, la verdad, sí empezaba a estar demasiado larga—. Siempre dices que vales mucho, y los hombres que valen, no deberían desperdiciar su tiempo en empleos sin futuro.

Mis palabras, suaves y cargadas de cariño, consiguieron hacer mella en Troy. Tras un par de segundos, empezó a inclinar la cabeza sobre mi mano, como un perrito con necesidad de mimo y atención.

—No quiero ser «el novio de», al que han metido en un trabajo por obligación —susurró, esta vez con más pesar que enfado—. No quiero ser el chico «demasiado subnormal» con un *ragazzo* «demasiado importante». ¿Lo entiendes, *cucciolo*?

—Eso se puede arreglar —le aseguré—. Llamaré al señor Shweirbith, le diré que quieres el trabajo y después le dejaré claro que no eres tan importante como para no echarte a la calle si lo haces mal. ¿Qué te parece? Seré solo el puente, y no la razón por la que te soportan, como lo soy con tu primo Carlo. Troy no dijo nada, pero eso no significaba algo malo, sino todo lo contrario. Se lo estaba pensando... y yo solo tenía que insistir un poco más para inclinar la

balanza. Así que me incliné lentamente y le di un suave beso en los labios, seguido de otro más breve al final.

— *Vieni con me, amore mio, ti offro un caffè* — susurré, no muy lejos de su rostro.

Los ojos claros del Capo descendieron por mi rostro y, después, tomó una bocanada de aire antes de suspirar. Fue la primera vez que le vi siendo el hombre que había dicho que era: un tonto demasiado enamorado. Eso me hizo sonreír un poco y, sin dejar de mirarle, abrir la puerta para descender del camión y esperarle.

Tras frotarse el rostro, negar con la cabeza y pasarse las manos por el pelo, el orgulloso Troy se reunió conmigo frente a la verja de la mansión: brazos anchos cruzados sobre su pecho abultado y expresión seria, tratando de salvar la poca dignidad que le quedaba.

El Capo era un amo en la cama, pero un corderito en mis manos.

Sin dejar de sonreír, le invité a entrar y, cogiéndole de la mano, le llevé en dirección a la cocina. Allí se sentó en su taburete de siempre frente a la isla mientras me miraba poniendo la cafetera al fuego. Mientras el café se hacía, me reuní frente a él a la mesa y busqué el número del señor Shweirbith en el móvil.

— Buenas noches, Abraham, soy Joel Schwartz. Sí... — me reí —, siento llamarte a esta hora, espero no haberte molestado. Oh, maravilloso entonces. ¿Qué tal los niños? Vaya... está hecho todo un hombre ya, ¿será pronto su *Bar Mitzvá*? — me reí otra vez —. ¡Como me alegro! Oye, te llamaba por ese trabajo del que hablamos, el de tu bufete... Sí, el hombre que te dije, Troy Malone, está bastante interesado. Sí... pero, escucha, Abraham, Troy es un *gentil*. Muy *gentil*... — y miré al Capo, guiñándole un ojo juguetón —. Así que si te da problemas, lo hechas al momento, ¿vale? Solo le debía un pequeño favor. Maravilloso, muchas gracias. Mañana estará allí sin falta. ¡Claro! — risa —. Sí, es verdad que te debo esa revancha en el campo de golf... — más risas —. Por supuesto, cuenta con ello. Nos vemos, Abraham, muchas gracias — y, por fin, pude colgar, perdiendo la sonrisa al momento.

Dejé el móvil en la mesa y me fui a revisar el café, el cual ya estaba casi hecho. Lo saqué del fuego, lo serví en dos vasos de cristal y fui a por hielo y leche a la nevera. Cuando estuvo todo, al fin respondí a la mirada fija del Capo.

— Mañana a primera hora tienes que estar allí. Si la cagas, te echará al instante — le advertí, deslizando su vaso de café por la mesa —. Más vale que espabiles, porque el señor Shweirbith es un hombre muy exigente.

— ¿Y si la cago? — me preguntó, no con preocupación, sino más bien con un oscuro interés.

— Entonces te puedes pudrir el resto de tu vida en esa pizzería de mierda, porque no voy a seguir manchando el nombre de mi familia consiguiendo trabajos para los subnormales de los Malone — sonreí y levanté mi vaso de café para brindar por ello —. *Capito?*

Al Capo pareció gustarle mi respuesta, porque una levísima sonrisa se coló en sus labios antes de que brindara conmigo, produciendo un bajo sonido a cristal.

— *Tutto capito, cuccolino...*

TRENTASEI

Al despertarme y sentir aquel cuerpo grande y cálido a mi lado, no pude evitar sonreír como un completo imbécil mientras hundía la cara un poco más en el hueco entre su cuello y su hombro. Sentí el cosquilleo de su barba espesa en la mejilla cuando giró su rostro hacia mí y le oí susurrar:

—No, *cucciolo*.

Entonces, ese maravilloso hombre, ese dios romano que no era ni divino ni italiano, me apartó, se sentó en el borde de la cama y apagó el despertador. Me quedé mirándole con cierto rencor en los ojos y una expresión asqueada en los labios fruncidos mientras se frotaba el rostro y, con toda la calma del mundo, se dirigía en ropa interior al baño.

Tras el café y una charla animada de media noche, había conseguido que se quedara a dormir a mi lado, por mucho que él me hubiera advertido que «todavía seguía decepcionado». Sinceramente, empezaba a molestarme un poco aquello. Troy podía fingir estar todo lo indignado que quisiera, pero yo no había sido el único de los dos que había mentado al otro; aunque sí parecía el único incapaz de dejarlo pasar de una puta vez.

—¿Quieres desayunar aquí o tomamos algo de camino? —le pregunté, de brazos cruzados y espalda apoyada en el marco de la puerta del baño—. O puede que todavía no me hayas perdonado lo suficiente para eso...

Troy me miró por el cristal de la ducha mientras el agua caía sobre su cuerpo desnudo y perfecto. Yo estaba tan empalmado que dolía, pero mi expresión era un muro de frialdad.

—*Stai attento, Joe...* —me advirtió junto con uno de sus gestos italianos—. Ya sabes lo que pasa cuando te pones de morros con *il tuo Capo*.

—¿Qué me vas a pegar unos azotes? —murmuré, ladeando el rostro para recorrer, no demasiado sutilmente, su cuerpo de arriba abajo.

—No de los que te gustan.

—A mí me gusta todo lo que me haces...

—Lo sé, *cuccolino* —murmuró antes de sonreír como un cabrón—. Ahora baja y prepárale a *il tuo Capo* un buen desayuno. Rápido, que tengo que ir a *laborare*.

Como un globo demasiado hinchado, me desinflé rápidamente, perdiendo por completo la excitación, el enfado, e incluso las ganas de mandarle a la mierda y echarle de mi casa a patadas. Con los ojos en blanco y la misma expresión asqueada de primera hora, bajé a la cocina y preparé el puñetero desayuno mientras él terminaba de ducharse. Se reunió conmigo veinte minutos después, con una preciosa camisa blanca de marca y unos pantalones de pinza de Armani. Estaba guapísimo, como siempre, pero negué con la cabeza antes de dirigirme hacia él y quitarle la corbata que trataba de anudarse al cuello.

—No necesitas esto —le aseguré, abriéndole dos botones de la camisa para liberar su cuello—. Tienes que ir formal al bufete, pero no eres abogado, así que nada de corbatas ni traje. Son muy elitistas con esas mierdas.

Troy, al contrario de lo que pensé que haría, me escuchó con atención y terminó asintiendo. Se había puesto una de sus colonias, de las caras, y el aroma fresco y masculino evitó que me alejara demasiado.

—Te he dicho que no, Joe —repitió, apartando mi mano de su brazo prieto contra la tela blanca—. ¿Hay algo más que debiera saber sobre el trabajo?

—Me vas a matar, Troy. Si no me follas pronto, me vas a matar...

El Capo levantó una mano, la misma donde se había colocado uno de sus relojes de lujo, me pellizcó suavemente la mejilla y me dijo:

—Cuando esté seguro de que me amas de verdad, te follaré todo lo que quieras, *cuccolino*.

—Eso es... —pero no pude seguir, ya que su suave pellizco pasó a ser un leve bofetada seca.

—*Chi comanda in questa casa, Joe?* —me preguntó, ahora con su tono firme y serio y su mirada peligrosa.

Cerré un momento los ojos y ladeé el rostro antes de murmurar:

—Tú, Capo.

—Bene —asintió, yendo en busca de su taza de café para darle un buen trago—. Ahora dime si tengo que saber algo más del trabajo. ¿Cómo es? ¿Crees que tendré que buscar algo en el móvil sobre el papeleo? ¿Requiere algún tipo de conocimientos legales o algo así?

Cuando entreabrí los ojos, volví a mirarle, viendo una preocupación real en sus preguntas y un nerviosismo ahogado en el tono de su voz.

—Tranquilo, *amore*. No es nada con lo que no puedas lidiar.

Me separé de su lado y fui a mi asiento frente a mi café y mi homelet.

—Entonces, sí que necesito saber algo especial —insistió, empezando a comer un trozo demasiado grande de su tostada integral mientras, lentamente, parecía cada vez más nervioso y preocupado al respecto—. Ya sabes que no he terminado el instituto, *cucciolo*. No soy imbécil, pero no sé si me faltarán las bases para...

—Capo —le interrumpí—. Es ordenar papeles que ya vienen marcados por *post-it* y meterlos en los archivos. No tienes que conocer las leyes del Estado de California para hacer eso —me tomé un trozo de mi homelet y me limpié los labios con la servilleta—. Escucha —murmuré, esta vez con un tono serio y una mirada tranquila—. Lo más importante del trabajo es no buscarte problemas. ¿De acuerdo? Estamos hablando de un bufete de abogados con mucho nivel, con hombres y mujeres que han ido a muy buenas universidades y que, probablemente, vengan de familia de mucho dinero. Tú sabes muy bien cómo hacerte el tonto y sonreír, como... tontear y dejarte halagar sin decir nada en concreto; así que no tendrás ningún problema con eso. Solo haz lo que te pidan, ten mucho cuidado con los abogados narcisistas que se puedan sentir intimidados por tu *enorme cazzo* y mantente apartado de las disputas de ego entre ellos. *D'accordo, amore?*

Capo asintió a todo lo que le decía, comprendiendo a la perfección de lo que le estaba hablando.

—Entonces, no tengo que saber nada —no pudo evitar volver a preguntarme.

—¿Sabes usar el teléfono, escribir a ordenador y contar de uno a cien?

Asintió.

—Entonces ya estás mucho más cualificado que otros que trabajan allí —le aseguré, dejando pasar el tema con un ademán de la mano—. Créeme, lo único

que importa es saber moverte entre ellos: ser humilde y dejarles creerse mejores que tú, pero no ser adulator y no dejar que te pisen.

—Bene —murmuró, apurando el final de su tostada y su café—. Me llevaré el *Masseratti* —anunció a la vez que se levantaba—. No puedo aparecer por allí con un coche de mierda.

—Claro —sonreí.

Troy bordeó la mesa, me dio un suave beso en los labios y me miró un momento a los ojos antes de decir:

—Quizá esté ocupado para responder, pero me vas a decir dónde estás en todo momento y *con quién*...

Sonreí más y le agarré de la camisa.

—Si me engañas, te cortaré los cojones y veré como te los tragas uno a uno.

Entonces nos dimos otro suave beso.

Algunas cosas nunca cambiaban.

El bufete de abogados estaba en la planta trigésimo quinta del edificio Constellation; uno de los rascacielos acristalados más altos de Los Ángeles. Incluso los ascensores tenían vistas a la calle, para apreciar los hermosos hoteles que inundaban el pequeño distrito comercial, así como la vacía belleza que lo llenaba todo.

Algunos decían que, tras el glamour, tras las bambalinas y la leyenda de Hollywood, solo había una ciudad triste y llena de problemas. Y, a veces, cuando veía zonas como Century City, no podía hacer otra cosa que darles la razón.

Cuando sonó el anuncio del ascensor, dejé mis pensamientos atrás y me di la vuelta hacia recepción. El bufete de S&O era puro lujo, por supuesto, y empezaba desde el mismo momento en el que ponías un pie en la oficina: con su carísima moqueta negra, su ligero olor avainillado, sus plantas y su decoración moderna y naturalista, pero sumamente elegante.

Una de las recepcionistas, se levantó nada más verme, me dedicó una enorme sonrisa y me dijo:

—¡Bienvenido, señor Schwartz! No sabíamos que tenía cita hoy...

—No, no te preocupes —sonreí, haciendo un gesto con mi mano libre antes de levantar la otra, en la que llevaba una bolsa de plástico—. Vengo a comer con un amigo.

—Ah —murmuró ella, visiblemente relajada por no tener que hacerme un hueco en la agenda a toda prisa. Las visitas inesperadas no eran nada raro allí, con clientes demasiado importantes para concertar citas previas—. Por supuesto, pase, por favor.

Asentí y me despedí con un asentimiento antes de cruzar a lo que, podría considerarse, el interior del bufete, con paredes de madera clara, cristaleras, espaciosas salas de reuniones y bonitas placas en las puertas de los despachos. No me detuve en ninguno, sino que seguí recto en dirección a unas escaleras

que descendían a la planta inferior, allí donde no solían ir los clientes y el glamour era menos importante.

Llamé a la puerta de los archivos y la abrí, echando un vistazo a la sala llena de archivadores y estanterías repletas de enormes tomos sobre leyes. Había una mesa redonda central, un par de sillas cómodas, y unos pequeños cubículos separados. El mio Capo estaba en uno de los pasillos, con un taco de papeles en las manos mientras los iba metiendo por partes en su correspondiente archivador.

Aprovechando que estaba distraído, me acerqué por la espalda y me detuve a su lado.

—Si estás buscando donde tienes que archivar la “C” de *cazzo*, es justo aquí, en mi boca...

Troy se volvió, entre sorprendido y extrañado. Me miró un momento y después frunció el ceño, ignorando por completo mi graciosísima broma.

—*Cosa stai facendo qui, cucciolo?* —me preguntó, y no sonó nada feliz, sino más bien lo contrario.

—Se me ocurrió venir a comer con *il mio Capo* para celebrar su primer día de trabajo —le expliqué, levantando la bolsa que traía conmigo—. La idea original era invitarte a un restaurante, pero no estaba seguro de que tu estúpido orgullo te impidiera aceptar que pagara la comida.

Él me escuchó con atención, miró la bolsa y después de vuelta a mis ojos, dejando el papeleo a un lado para cruzarse de brazos. Esos enormes brazos tensando la tela blanca de su camisa, entreabriendo el cuello para mostrar los primeros retazos del vello oscuro de su pecho, trayendo aquel olor a colonia masculina y fresca...

Parpadeé. Empezaba a necesitar sexo urgentemente.

—Si has venido a vigilarme, me voy a enfadar, Joe... —me advirtió en voz más baja.

Puse los ojos en blanco, pero como estaba un poco cachondo, preferí tomar la dirección cariñosa e íntima: le rodeé con los brazos y puse morritos.

—*Perché dubiti di tutto ciò che faccio per te, amore mio?*

—No es eso —murmuró, pero en voz más baja, con un tono más suave.

—Tú también vienes a mi trabajo para comer conmigo —insistí, rozando la punta de mi nariz contra la suya.

Las defensas del Capo no aguantaron mucho más. Descruzó los brazos y, con suavidad, me dio un pequeño beso en los labios antes de apartarme de él.

—No en el bufete, *cucciolo* —me dijo en voz baja, señalando un lado del pasillo para que le acompañara—. No quiero que sepan que eres mi *ragazzo*. No aún.

—Pues es un poco tarde, porque yo he venido por todo el camino hasta aquí enseñándoles fotos de nosotros juntos y diciendo: ¡es mío, perra! ¡Mío!

Troy abrió la puerta de la sala de descanso y me dedicó una mirada de párpados caídos mientras yo fingía estar dándole de bofetadas a una persona imaginaria.

—Imagínate lo que te amo, que hasta me parecen adorables tus putas locuras —murmuró por lo bajo antes de darme un cachete en el culo cuando pasé frente a él.

La sala de descanso era un pequeño oasis en aquel piso dedicado a los asuntos más aburridos y administrativos del bufete. Una isla en mitad de un mar de papeleo, libros y archivos de metal. Allí la luz natural de la pared acristalada no moría contra muros de estanterías, el aire no olía ligeramente a papel viejo y polvo, las mesas no estaban solo dedicadas al estudio e incluso había plantas vivas que daban ciertos toques de color.

El Capo me señaló la mesa que más le gustaba, se fue a lavar las manos y se sentó un poco más a mi lado que en frente, para disfrutar también de las vistas a la pequeña ciudad de hoteles y edificios empresariales que era Century City.

—¿Qué tal lo llevas por ahora? —pregunté, sacando de la bolsa dos envases de ensalada y un par de cubiertos de plástico.

—*Bene*, no es difícil —me dijo antes de llevarse un trozo de lechuga a la boca—. A primera hora me bajaron aquí, me dieron una enorme pila de documentos y me dijeron que los metiera donde indicaba la ficha. A veces vienen becarios a buscar libros y se los llevan, o los leen en la mesa... No sé. He empezado a sentirme como una especie de bibliotecario.

—Oh... —murmuré—. Eso me ha puesto un poco cachondo.

El Capo ladeó el rostro con expresión seria, pero no dijo nada al respecto, solo continuó mirándome mientras se llevaba un tomate Cherry a la boca y lo mordía.

—No sabía que iba a estar tan solo aquí abajo —dijo tras aquel dramático e innecesario silencio.

—No tendrías que estarlo —afirmé, yendo en busca del botellín de vino que había comprado para la ocasión, más pequeño y práctico que una botella de verdad—, pero el resto no han venido. O quizá se pasen por aquí un hora antes de salir de copas —me encogí de hombros.

Como el Capo no pareció entenderlo, tuve que añadir:

—No hace falta que estés aquí todo el rato, Troy. Los papeles no se van a ir a ninguna parte. El resto de... «bibliotecarios», solo vienen de vez en cuando para ordenar un poco y después se van a seguir con sus vidas.

—¿Y les pagan igual?

—Por supuesto. Ya te dije para «quien» se habían inventado este puesto —le recordé—. No creerás que esos hombres y mujeres están dispuestos a pasarse aquí encerrados ocho horas, cinco días a la semana, ¿verdad?

Capo negó con la cabeza y puso una mueca de asco.

—Putos niños ricos...

—Ya, qué asco dan... —asentí varias veces—. ¿No te dan ganas de...? No sé, coger a uno y escupirle en la boca antes de darle un par de bofetadas.

Troy entendió la broma, pero le costó un poco sonreír, todavía demasiado indignado por aquella vida repleta de privilegios y descaro.

—Pues yo voy a venir a hacer mis horas de trabajo —me aseguró tras darle un trago a su vino blanco—. Que te quede claro.

—Haz lo que quieras, *amore*, pero asegúrate de no hacer todo el trabajo tu solo. Si los demás lo descubren, ya ni siquiera vendrán por aquí, pensando que ahora tienen a un gilipollas que lo hace todo por ellos.

—*Capito* —asintió él, pareciendo hasta agradecido por mi consejo; después de todo, aquel mundo todavía era algo desconocido para él—. ¿Y qué hago si me piden que lleve papeleo al juzgado?

—Pues, si no estás ocupado y te apetece, puedes darte un paseo hasta allí. No queda lejos. Pero si es urgente, algo que uno de los abogados se ha olvidado sin querer, sí que es mejor que vayas a llevárselo. Aunque te diría que no siempre aceptarás —otra pequeña perla de conocimiento que le regalaba—, si lo haces, siempre te lo pedirán a ti y lo único que consigues es ser «el chico para todo». Ahora tú también eres un «privilegiado», Troy, no lo olvides y no dejes que te hagan sentir menos que nadie porque vengas del extrarradio.

—Ninguno de estos ricachones podría conseguir hacerme sentir así —me aseguró momentos antes de mirar a su envase a medio comer y añadir—: menos tú, claro.

—Oh... solo yo puedo hacerte sentir como una mierda. ¿No es súper romántico? —pregunté, alargando una mano para rodear la suya.

—¿Qué te pasa, *cuccolino*? —me preguntó, moviendo los dedos para entrelazarlos con los míos sobre la mesa—. Hoy estás especialmente ocurrente y animado. No habrás hecho nada que no deberías, ¿verdad? —y apretó un poco más los dedos contra los míos.

—Me la he pelado esta mañana mientras olía tus calzoncillos —afirmé sin dejar de sonreír. El Capo tuvo un momento de duda, como si no pudiera estar seguro de si se trataba de otra de mis bromas, tema que resolví añadiendo—: No es broma, lo hice y me corrí como una bestia. Lo grabé y todo. Tenía pensado mandártelo, solo por joder, pero después me di una ducha fresca y cambié de idea.

—Entiendo —murmuró él, soltando mi mano para recostarse un poco sobre la silla y sacarse uno de sus cigarrillos. Allí no se podía fumar, pero no había nadie en toda la planta que pudiera quejarse al respecto—. Dime, *cuccolino*, ¿a quién crees que estás haciendo daño con eso? ¿A mí? No, no... *il tuo Capo* puede hacer lo que quiera contigo. —Se detuvo para encender la punta anaranjada, soltar un bocanada de humo y dejar el mechero sobre la mesa—. El único que se hace daño eres tú a ti mismo, porque esta noche te iba a dejar *mangliarme il cazzo* en la piscina, pero ahora no va a pasar.

—Es una pena —asentí—, pero ya sabes lo mucho que me pones y la poca paciencia que tengo a veces. Ya no es como al principio, Capo, cuando solo nos veíamos una vez por semana; ahora vivimos juntos y duermes a mi lado... Tienes que ser consciente de que esto de utilizar el sexo como arma tiene un límite.

—Mmh... —murmuró, afirmado con la cabeza mientras le daba otra calada a su pitillo—. Pues, si no te gusta, ya sabes donde está la puta puerta —añadió, señalando la salida con la misma mano con la que sostenía el pitillo.

—Troy...

—Te lo diré una vez más, porque no pareces entenderlo, Joe —me interrumpió, inclinándose hacia delante para apoyar los brazos en la mesa y dedicarme una de esas miradas fijas de ojos claros bordeados de pestañas negras y densas—. Quien manda aquí, soy yo.

—Ya sé que mandas tú, pero...

—Acepto tu dinero, acepto que me busques un trabajo y acepto vivir en tu mansión, pero entre nosotros —y remarcó sus palabras señalándonos a ambos intermitentemente—, el único que decide, hace y deshace, soy yo. Y si yo digo que no te voy a follar hasta que me apetezca hacerlo, no lo haré. ¿Y qué es lo único que tienes que decir tú al respecto, *cuccolino*?

Tomé una bocanada y, ya sin sonreír, murmuré:

—*Grazie, amore...*

El Capo asintió y, recuperando su postura algo recostada, hizo un gesto para que le diera el móvil. Por supuesto, no tardó ni medio minuto en encontrar el vídeo y reproducirlo, allí mismo, en la sala de descanso. Sin embargo, lo detuvo al poco rato. Echó la ceniza del cigarro en el envase vacío de su ensalada y se rascó la parte baja del bigote con la uña del meñique.

—Eres un puto *porcellino* asqueroso... —me dijo, pero en su voz no había rastro alguno de desprecio, sino un tono ronco de profunda excitación.

—Eso ya lo sabías —le recordé.

—Sí... sí que lo sabía —afirmó, moviendo el dedo por la pantalla para enviarse el vídeo a su móvil, que vibró en su bolsillo, antes de borrarlo de mi teléfono. Entonces lo dejó sobre la mesa entre nosotros y volvió a mirarme.

—Dime, Joe, ¿crees que soy como el resto de tus ex?

—¿A qué viene eso ahora?

—Respóndeme.

Dejé el tenedor de plástico a un lado junto con una mueca de labios fruncidos.

—No, Troy. No lo eres.

—¿Crees que a mí vas a conseguir manipularme con tus tonterías como hacías con ellos?

Le miré por el borde superior de los ojos.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté, teniendo la repentina y alocada idea de que, quizá, Lizza le hubiera contado algo a mis espaldas.

—¿Crees que *il tuo Capo* es gilipollas? —continuó—. ¿Crees que va a perder su autoridad solo porque pongas morritos y te enfades como un niño tonto?

—Lo que creo es que ya hemos tenido esta conversación antes.

—Sí, pero, al parecer, no lo entendiste bien la primera vez y necesitas que te lo recuerde. Yo no soy como ellos. Ellos eran hombres débiles y patéticos; yo soy *Il Capo*. ¿Sabes lo que «*Il Capo*» significa?

Tardé un par de segundos en responder:

—«El Jefe».

—Exacto. Yo soy el jefe, Joe. No tú. Tú eres mi cachorrito, el que mueve la colita y ladra de felicidad cuando llego a casa.

—Sí, lo sé.

—Y eso es lo que quieres ser, ¿verdad? Quieres ser *il mio cuccolino*.

—Sí, Capo.

—Quieres que sea tu dueño.

En ese momento dudé un instante. No me gustaba como sonaba aquello, pero solo pude responder:

—Sí, *amore*. Algo así.

—No, no «algo así», Joe. Yo soy tu dueño —repitió, más lentamente y en un tono más grave—. Dilo.

Tomé una bocanada y, mirando sus ojos claros, murmuré:

—Eres mi dueño, Capo. —Él esperó un instante y, al ver que no añadía nada a aquello, volvió a fumar tranquilamente—. ¿Te apetece tarta de queso? —pregunté entonces, sacando el último envase de la bolsa.

—Sí, pero antes ve a preparar café —respondió, señalando la cocina a sus espaldas—. Hay cápsulas en el armario.

Cuando me levanté de la silla y pasé por su lado, me cogió de la muñeca y me detuvo. Al bajar la mirada, me encontré con sus ojos claros y sus labios entreabiertos. Sin pensarlo dos veces, me incliné y metí la punta de la lengua entre ellos. Un gruñido se me escapó de la garganta y cerré los ojos, disfrutando de aquello como si fuera el primer trago de agua tras un largo día perdido en el desierto.

Fue el Capo el que me detuvo, me separó suavemente y se lamió los labios manchados de saliva.

—El café —me recordó antes de girarme hacia la cocina y darme un cachete en el culo.

Aturdido y jadeante, di un par de pasos vacilantes en dirección a la cocina. Los entrenadores de perros normalmente usaban una técnica que consistía en regañar al cachorro cuando lo hacía mal y en darle un «premio» si lo hacía bien. Puede que *il mio Capo* estuviera haciendo lo mismo conmigo hasta conseguir adiestrarme a su gusto.

Por supuesto, el tema del vídeo y la paja solitaria no se quedó olvidado. Troy preparó una venganza por todo lo alto: me ordenó que me pusiera mi *plug* de cola y mi collarín y, cuando volví, me estaba esperando desnudo en el sofá. En la enorme televisión estaba el vídeo de aquella mañana, en su mano una cuerda de nylon y en sus labios un pitillo y una media sonrisa.

Me ató las manos a la espalda y me hizo arrodillarme justo entre sus piernas, allí donde tuviera una visión perfecta de su cuerpo desnudo y su *cazzo* duro. Supe lo que iba a hacer, porque ya lo había hecho antes, y no me quedó otra que apretar los dientes y soportar la frustración mientras Troy se exhibía, se tocaba y me provocaba con movimientos casuales en los que, casualmente, me ponía la polla en la cara.

Al final, se corrió mirando el vídeo, arqueando ligeramente la espalda y gruñendo mientras se manchaba el abdomen y el pubis. Solo entonces, tras recuperar la respiración, se inclinó hacia delante y me volvió a mirar a los ojos.

—Grazie, amore —dije antes incluso de que me lo pidiera.

Él asintió y volvió a sonreír, acercando su mano manchada a mis labios. Con cierta insistencia sórdida la pegó a mi boca para que se la limpiara, metiendo los dedos uno por uno hasta que no quedó nada. Después se recostó y me dijo:

—Limpia el resto.

Aquello era más de lo que me esperaba, y lo disfruté, recreándome en lamer todo lo que podía; aunque no hubiera disfrutado muchísimo más si no hubiera tenido las manos atadas a la espalda y la polla a punto de reventar.

—No, no. Ya está —terminó diciendo, agarrándome del pelo para apartarme de él, porque llevaba un minuto chupando una polla flácida que ya estaba perfectamente limpia—. Ve a limpiarte, apestas a mi *sborra*.

Y esa era la clase de hombre del que me había enamorado: un cabrón egoísta, rencoroso y machista al que le ponía cachondo verme sufrir. A veces me preguntaba si había algo malo en mí, si no tendría algún grave problema psicológico para dejar atrás a hombres buenos, sinceros y generosos para caer en las garras de Troy Malone.

Pero, por desgracia, esos hombres no me habían hecho sentir ni la tercera parte de lo que él me hacía sentir. Sus besos no eran tan dulces, sus palabras no dolían tanto y sus abrazos no me hacían tan estúpidamente feliz.

El Capo subió a la habitación tras terminarse su cigarro de después y se tumbó a mi lado, me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él. Mi piel estaba fresca gracias a la ducha, pero la suya todavía estaba caliente y algo sudada. El contraste me produjo un escalofrío que me puso la piel de gallina. Entonces me atrajo un poco más y me dio un beso en la frente antes de susurrar:

—Si te hubieras portado bien, me hubiera corrido en tu boca y te hubiera dejado tocarte.

—No estoy de humor, Troy —le advertí en el mismo tono bajo, acomodando mi cabeza en su hombro mientras le rodeaba el amplio pecho con el brazo.

—Yo no quiero ser malo, *cuccolino*, pero me obligas a serlo...

Resoplé y puse los ojos en blanco.

—Tú y tus mierdas tóxicas.

—Ya sabías dónde te metías conmigo —y me dio otro beso en la frente antes de girar el rostro con una sonrisa en los labios.

Esa sesión de, digamos, «venganza», no fue la única. Como solía pasar, el Capo no se privó de tocarse todo lo que quería: pero siempre delante de mí y siempre por joder. Me ataba las manos, me obligaba a prepararme y limpiarme para nada o, simplemente, me hacía mirarle a los ojos fijamente mientras se lo hacía.

—No me manches la camisa, por favor, después tengo una reunión con mi padre —le pedí ese jueves en los baños del bufete.

El Capo tenía los pantalones de pinza por los muslos y la camisa abierta, una mano en la pared del cubículo, al lado de mi cabeza, y la otra en su enorme *cazzo*. Al fin se había recortado el pelo y la barba, estaba tan guapo que dolía verle y desde que había vuelto a casa, siempre olía a esa colonia que me volvía loco; un poco más cálida y salada ahora tras una mañana entera de trabajo en los archivos. Llegaba en oleadas hacia mí con cada suave movimiento de su brazo, acompañado de la humedad caliente de su lento jadeo y el leve sonido que hacía la cadena de oro en su cuello.

—¿Qué ocurre, *cucciolo*? —me preguntó en apenas un susurro entrecortado—. ¿No te gusta lo que ves?

—Muchísimo, pero ya estoy algo aburrido —respondí con un tono calmado que contrastó bastante con sus jadeos sexuales.

Todo aquello me hubiera puesto increíblemente cachondo en cualquier otro momento; Capo lo sabía mejor que nadie; pero después de toda una semana de frustración, empezaba a sentir cierto desapego por esas pajas solitarias. Solo miraba sus ojos claros y salvajes y esperaba pacientemente a que terminara.

Troy dejó de frotarse el *cazzo* y, con la misma mano, empezó a desabrocharme los botones de mi camisa.

—«Aburrido» no es la palabra más excitante del mundo, *cuccolino* —murmuró.

—Lo siento, *amore*, pero no sé exactamente lo que quieres conseguir con todo esto. Llevas toda la semana igual. Jamás habías tardado tanto en perdonarme.

Troy no respondió al momento, sino que esperó a desabotonarme toda la camisa, frotar mis abdominales y mi pectoral con la mano y, finalmente, levantar la mirada hacia mis ojos.

—Estoy siendo cruel porque te quiero...

—Aha —asentí—. En serio, háztelo mirar, Capo. A veces dices cosas que dan miedo.

Eso, por alguna razón, le produjo una leve sonrisa y un leve bufido. Volvió a mirarme el pecho descubierto y continuó frotándolo suavemente con el reverso de los dedos.

—Tienes razón —me dijo entonces en voz baja—, ya no estoy seguro de si lo hago para darte una lección o es que me asusta un poco volver a follarte. El sexo es la única arma que tengo contra ti, porque tú tienes todo lo demás.

Detuvo su caricia y apartó un poco la mano para darme unos suave toques con el dedo en mi pectoral izquierdo, donde estaba mi corazón.

—Primero de todo —dije, sacando los brazos de mi espalda para rodearle la cadera—, es maravilloso que hayas elegido este momento, en los baños del bufete y con los pantalones por las rodillas, para sincerarte.

Mi chascarrillo produjo el efecto que esperaba: Capo volvió a sonreír y apartó la cabeza hacia un lado como si no quisiera que yo lo viera. Aprovechando el momento, me acerqué a él hasta pegar nuestros pechos desnudos y acaricié su mejilla con la nariz.

—Lo segundo, es que me resulta un poco confuso que sigas viendo esto como una especie de juego de poder; o que me veas a mí como un monstruo que va a dejar de respetarte en el momento en el que le des todo lo que quiere.

—Sé cómo sois los niños ricos —le oí decir—. Solo queréis lo que no podéis tener.

Aparté la cabeza y busqué sus ojos, pero él seguía con la cabeza girada y la mirada puesta sobre la pared de baldosas de pizarra negra del baño.

—Así que la idea es dejarme sin sexo hasta... ¿qué, Troy? ¿Para siempre?

—No, no siempre.

—Entonces, ¿cuál es ese plan maestro para mantener enamorado a un niño caprichoso y rico como yo?

Quizá fuera la pregunta, quizá el tono de mi voz el que hizo saltar las alarmas del Capo. Al fin giró el rostro y se enfrentó a mi mirada seria. Como si de una maniobra de emergencia se tratara, lo primero que hizo fue apartar la mano de la pared del baño y rodearme la cadera.

—Sabes a lo que me refiero, Joe.

Arqueeé las cejas y abrí los ojos.

—No, no sé a qué te refieres, Troy —le aseguré—. Porque lo que creo que me quieres decir es que en realidad no te amo y que lo que siento por ti es solo uno de mis muchos caprichos.

—No... —pero sus palabras tardaron demasiado en salir. Su tono fue apenas un murmullo apagado y sus ojos la única verdad que realmente importaba.

Sí, sí que lo creía.

Sin decir nada, me aparté del él, usando cuanta fuerza fuera necesaria para deshacerme de sus brazos antes de salir por la puerta del cubículo y cerrarla de un golpe seco. El Capo no dejó de repetir: «*Cucciolo*, espera». «No, *cuccolino*», «*per favore*, Joe». Pero nada le funcionó y, debido a sus pantalones bajados y su camisa abierta, no pudo adecentarse a tiempo para perseguirme por el pasillo antes de que me hubiera ido.

TRENTASETTE

¿Cómo soy yo cuando me enfado? Pues... como cualquier otra persona: rencoroso, insoportable y todo un cabrón.

Nada más descubrir lo que Troy realmente pensaba sobre mi amor o la forma en la que le quería; las cosas cambiaron por completo. Y con eso me refiero a que no respondí ninguna llamada, ni ningún mensaje, ni ninguna nota de voz; tampoco fui a Beberly al terminar el trabajo, sino que fui directo a mi casa de Bel-Air y me abrí una botella de whisky.

Habían pasado siete horas y el Capo seguía intentando llamarme cada diez minutos, y cada una de esas llamadas alimentaba más y más mi necesidad de venganza y mi ya desmesurado ego.

Si se esforzaba tanto era porque sabía que *yo tenía razón*.

Esta vez la había cagado pero bien.

El plan era sencillo: si quería volver, más valía que se arrastrara por todo Hollywood, de este a oeste y de norte a sur, rogándome de rodillas y con lágrimas en los ojos. Porque después de todo lo que había hecho por él y todo lo que le había dado, no me merecía menos.

Esa misma noche apareció en Bel-Air, estuvo timbrando durante casi cinco minutos seguidos y cuando al fin me digné a salir por la puerta, me dijo:

—*Cuccolino... Mi scusi, per favore. Sono stato uno sciocco. Mi dispiace, cucciolo. Ho paura solo perché ti amo troppo...*

Capo había venido con todo el arsenal preparado: ese empalagoso encanto italiano, su voz sensual y grave, ese tono íntimo y dulce que siempre usaba cuando quería que le perdonara, una expresión triste y preocupada en su rostro perfecto, esos gestos afligidos y profundos de mano en el pecho y movimientos de muñeca... Pero nada de eso funcionó. No en esa ocasión.

—Deja de timbrar o llamo a la puta policía, Troy —respondí. Tono seco, expresión seria, acento de Los Ángeles y gesto cortante de mano.

—*Aspetta un momento, per favore, amore mio...* Solo quiero hablar y pedirte perdón.

Me detuve en seco en el umbral de la puerta y fruncí el ceño.

—¿Qué me dijiste aquella vez que yo fui a disculparme a tu casa...? Ah, sí —le miré—. No hay nada de lo que hablar —y di un fuerte portazo.

Agh... la venganza era algo delicioso, aunque, en aquel momento, tuvo un regusto amargo en mis labios. Ver al Capo desesperado, preocupado y luchando por mi perdón, me sentó bien; pero, por otra parte, sus palabras me habían dolido demasiado como para olvidarlas tan pronto.

Podía aceptar que los demás creyeran que yo era un niño caprichoso de Hollywood, pero estaba seguro de que *il mio Capo* me conocía lo suficiente para saber que eso no era verdad. Al menos, eso creía.

A la mañana siguiente me desperté malhumorado. Era uno de esos extraños días en los que el cielo de Los Ángeles estaba cubierto de nubes de lluvia y el aire estaba más frío de lo normal. Con un jersey fino de Tommy sobre mi camisa, fui a trabajar con la misma cara que llevaría un asesino en serie a punto

de cometer un crimen. Entre en la oficina como un tornado, solté un saludo breve a Lizza y me metí en el despacho; o lo que se suponía que había sido mi despacho.

—¿Qué coño es esto? —le pregunté a Lizza, retrocediendo para señalarle aquel... esperpento.

Ella me miró y sonrió. Se había levantado con la agenda del día y se había acercado lo suficiente para disfrutar de mi sorpresa y mi reacción de cerca.

—Pues al parecer alguien con una polla de caballo quiere pedirte perdón al más puro estilo Hollywood —me dijo, entreabriendo más la puerta de lo que ahora parecía un jodido jardín botánico, repleto de flores, plantas y ramos—. ¿No hueles eso? —tomó una buena bocanada de aire y suspiró—. Apesta a desesperación...

—Lo quiero todo fuera —declaré, volviendo a cerrar la puerta de un golpe seco—. Que se lo lleven, o lo donen o lo tiren a la puta basura, me da igual.

—¿No vas a leer los mensajes? —insistió Lizza, acompañándome con su ruido de tacones en dirección al pasillo—. He hecho una pequeña selección de los mejores: «Perdóname, *caciolo...*»

—*Cucciolo* —la corregí—. Se lee «ch» y se ignora la «i». «*Cucholo*».

—Como se diga —murmuró ella, no demasiado interesada en clases de pronunciación—. Perdóname, lo siento, *ti amo...* Después hay algunos poemas o trozos de canciones en italiano. «Sé que me quieres muchísimo, cachorrito. Solo fui tonto». «Dale una oportunidad a tu jefe para demostrarte que solo cometió un error», », estas la traduje de *Google*, pero no estoy segura de...

Se detuvo cuando, de un manotazo, le quité la hoja que leía y las tarjetas dedicadas.

—Gracias, Lizza, ya me encargo yo —murmuré, un poco enfadado porque las hubiera leído y un poco avergonzado por lo que ponía en ellas.

Que me llamara «*il suo cucciolo*» era algo privado, algo de pareja, como cuando yo le llamaba «*il mio Capo*». Dicho por alguien más sonaba... estúpido.

—Perdona —se disculpó Lizza, algo sorprendida por mi repentina reacción—. Te enviaré unas flores...

—Ja, ja, ja... —dije sarcásticamente.

Estuve a punto de tirar las dedicatorias a la basura, pero, en un último momento, terminé por guardarlas en la chaqueta. Aquel, por supuesto, no fue el único regalo que recibí; ni siquiera el más extravagante. El sábado me esperaba un enorme oso de peluche tamaño gigante a la puerta de casa con otra nota donde ponía: «Un peluche de *il tuo Capo* para que te acuerdes de él».

Como con las notas, estuve a punto de decirles a los chicos del envío que se lo llevaran de vuelta aquella cosa estúpidamente grande, pero el oso de peluche tenía el pelo oscuro y los ojos claros y yo a veces era un gilipollas muy cursi. Con una mueca exasperada, les dije que lo dejaran dentro y me fui a la sinagoga.

A la salida, como no, estaba esperándome el Capo: una única rosa en una mano, bombones en la otra, expresión de perrito triste y su mejor camisa de Armani. A mi madre casi le da algo al verle, ahogó un chillido, se llevó la mano al pecho y me agarró del brazo, todo al mismo tiempo.

Él se acercó con paso lento y mirada cuidadosa. Estaba arrepentido, pero era demasiado sexy y atractivo para que eso importara. Se detuvo a un paso de mí. Me miró como si no existiera nadie más en el mundo y puso la rosa roja en los labios, como si no supieras si la estaba oliendo o si le estaba dando un ligero beso. Entonces hincó una rodilla en el suelo y, ofreciéndome la flor, murmuró con aquella deliciosa voz barítono:

—*Perdonami per aver dubitato di te, amore mio. Non accadrà mai più. Lo giuro...*

El putito Troy Malone sabía muy bien lo que hacía. Eso había que reconocerlo.

—Ay, dios mío... Me va a dar algo...

—Mamá, ¿puedes dejarnos un momento?

Mi madre, acalorada y a punto de tener un orgasmo allí mismo, me dedicó una rápida mirada por el borde de sus ojos azules y, tras un par de parpadeos, asintió. Tragó saliva y se despidió de Troy con una sonrisa tonta y una rápida invitación al Brunch, aunque siguió dedicándole miradas incluso cuando se alejaba por la carretera en dirección al coche.

El Capo con la rodilla en el suelo, la rosa en la mano y ese increíble atractivo mediterráneo, no pasaron por alto a nadie; pero, sin importar lo mucho que nos miraran, yo mantuve el tipo y metí las manos en los bolsillos de mi pantalón *beige*.

—Dime, Troy, ¿hay algún otro cliché que quieras cumplir? No sé —me encogí de hombros—. Quizá una cena sorpresa en el tejado de un edificio...

—*Il tuo Capo* es un hombre orgulloso, pero sabe pedir perdón cuando ha cometido un error, *cucciolo* —respondió, dejando la caja de bombones en el suelo para alcanzar la muñeca de mi brazo y acariciarla suavemente con el pulgar—. Sé que me quieres muchísimo. Sé que has hecho mucho por mí y por la familia y me avergüenzo de haber dudado de ti.

Asentí lentamente, buscando una forma de echarle más cosas en cara. Sin embargo, la montaña de flores, el enorme oso de peluche que se parecía al Capo y esa declaración a la salida de la sinagoga... habían conseguido ablandarme lo suficiente para decidir tomar un nuevo rumbo en aquello.

—De acuerdo. Comamos juntos, entonces, y me cuentas todo eso que tenías que decirme —le propuse con un tono ligero y casual.

Troy perdió parte de su expresión sexy y triste para sustituirla por una media sonrisa. Se puso de pie y, ya sin demasiado cuidado, tiró de mis brazos para sacarme las manos de los bolsillos y apretarlas entre las suyas.

—Lo que quieras, *cucciolo*. *Il tuo Capo* te conseguirá todo lo que le pidas.

Volví a asentir.

—En Beberly, tu cocinarás.

Capo no tardó en decirme: «de acuerdo», pero yo todavía no había terminado.

—Y me esperarás con un *speedo* y esa camisa de *Versace* que tanto me gusta. Abierta. Y ponte también un par de colgantes de los tuyos, sabes lo mucho que me pone tu estética de machito italiano —con una sonrisa, le di una leve bofetada en la cara y me despedí con un simple —: *A dopo, amore*.

Troy se quedó mirándome, ya sonriente en los labios, mientras yo iba en busca de mi madre para llevarla al estúpido *brunch* del club de campo. Por supuesto, las preguntas llovieron casi con tanta fuerza e insistencia como la

tormenta que se precipitó sobre la ciudad poco después. ¿Por qué te pidió perdón? ¿Qué ha hecho? Algo grave, sino no hubiera venido a arrodillarse ¿Te mintió? A veces lo hacen. Oh... no será que le has pillado con otro. ¿Verdad?

—No, mamá. Ha sido solo un pequeño bache. Deja el tema —fue mi única respuesta a todo aquello.

Sin tener que pedirlo, mi madre me dejó irme antes de tiempo, asegurándome que se quedaría un poco más por el club, que quizá, con aquella lluvia, hasta se pasara allí el día, entre la piscina climatizada y el bar interior. Asentí, le di dos besos y me fue de vuelta al coche, mojándome un poco en la bajada de las escaleras. Conduje hacia Beberly con la mente divagando y sin saber muy bien qué esperar.

Lo que le había pedido al Capo era, en gran parte, más una venganza que una forma de solucionar el problema; pero creía que se merecía aquel toque de atención.

Al aparcar en el garaje, tomé la entrada interior en vez de pasar por el jardín hacia la puerta principal. Desde el pasillo ya se podía oler un delicioso aroma a comida recién hecho y, al entrar en la cocina, me encontré con Troy; o, mejor dicho, *il Capo*. El clásico. El del principio.

Llevaba un speedo absurdamente apretado y que no dejaba nada a la imaginación y una preciosa camisa en dorados y negros bien abierta, mostrando su torso velludo y musculado. De su cuello colgaban varias de sus cadenas de oro, en su muñeca llevaba uno de sus mejores relojes y, sobre sus ojos, unas gafas de marca. Le miré de arriba abajo y arqueé las cejas.

Sinceramente, no esperaba que lo hiciera.

—*Ciao, amore* —murmuró nada más verme, acercándose con una suave sonrisa para rodearme la cadera y darme un beso en los labios.

Olía a mi colonia favorita y su piel estaba deliciosamente cálida en contraste con la mía, mojada y húmeda de la lluvia. Tragué saliva, me recordé el objetivo de todo aquello y me obligué a responder:

—Hola, Capo. Que... que bien huele —carraspeé y aparte la mirada de su rostro—. ¿Qué has hecho de comer?

—Lasaña.

—Suena muy bien —asentí.

Troy murmuró una afirmación y, aprovechando mi rostro a un lado, se inclinó para darme un par de besos en el cuello. Decir que me puse cachondo sería decir poco. Cerré los ojos y apreté los dientes, luchando contra mí mismo para no deshacerme entre sus brazos como un helado al sol.

—Te he echado mucho de menos, *cuccolino*... —susurró cerca de mi oreja antes de darme un leve mordisco en el lóbulo—. Ya no soy feliz si no estás a mi lado.

Me mordí el labio inferior y miré al techo. Sonaban a frases cutres y gilipolleces de novela barata, pero había que estar allí, pegado a él, a su cuerpo cálido y perfecto que olía a colonia fresca y masculina, para comprender lo efectivo que aquello podía ser.

Sin pensarlo demasiado, levanté las manos y le rodeé los hombros, disfrutando de aquello como lo haría un adicto a la cocaína con su primero tiro tras pasar por rehabilitación. Así me sentía, como un completo yonqui del Capo.

Como si ya hubiera triunfado, Troy deslizó sus manos desde mi cintura a mi culo y apretó ambas nalgas con firmeza y una cierta necesidad que acompañó de una lamida en mi cuello. Apreté los dientes para no gemir y después conté hasta tres para serenarme. Al final, todos aquellos momento de autocontrol y frustración sexual me habían servido para algo.

—Vamos a comer —murmuré con un tono increíblemente calmado para lo acelerado que tenía el pulso y lo sonrojadas que estaban mis mejillas—, sería una pena que se enfriara la lasaña. ¿No crees?

Al Capo le costó un poco dejar de besarme y lamerme, pero le costó mucho más separarse de mí. Aquellos speedos estaban al borde de su resistencia y casi parecía que los hubieran tratado de llenar con una banana gruesa y alargada a forma de broma. Pero no era ninguna broma lo que Troy tenía entre las piernas, algo que me esforcé mucho en no mirar. Ya era suficiente verle con su estética de mafiosillo italiano para ponerme el libido por las nubes.

Me senté en la isla de la cocina y me remangué la camisa, sintiéndome acalorado e incluso algo sudado. Hacía como calor en aquella cocina, quizá el Capo había subido el termostato debido al fresco de la tarde, o quizá fuera la comida recién hecha. Fuera como fuera, también me desabotoné los primeros botones de la camisa.

Aquello no estaba yendo para nada como lo había planeado. Troy me había sorprendido y, como un enorme felino al acecho, se había abalanzado sobre mí nada más verme.

Cuando sirvió la comida, se sentó en frente y bebió un par de tragos del vino blanco que había elegido para acompañar el plato.

—¿Es lo que querías, *cucolino*? —me preguntó junto con una mirada por el bordo de los ojos y una media sonrisa en los labios.

—La lasaña, sí, está muy buena.

—No, no hablo de la lasaña.

Arqueé las cejas y, antes de tener que responder a eso, me metí otro trozo de comida en la boca. El tiempo que tardé en masticar y limpiarme los labios con la servilleta, fue oro.

—La verdad es que no me esperaba que lo hicieras. Creía que lo considerarías humillante o alguna gilipollez así.

—No es humillante si lo hago para mi *cucciolo* —respondió, ladeando ligeramente el rostro—. ¿Tú crees que recibirme con el collarín y la colita es humillante?

—No, ya no —tuve que reconocer—, aun así, me sorprende.

—¿Te sorprende que *il tuo Capo* esté dispuesto a todo para que el perdones?

—Sí, la verdad es que sí.

—Entonces, no me conoces tan bien como crees, Joe —aseguró antes de beber otro trago de vino si dejar de mirarme.

—Ya... ehm, ¿qué tal en el trabajo? ¿Todo bien?

—Muy bien, la verdad. Es fácil, solitario y tranquilo, como la pizzería, pero cobrando diez veces más y trabajando menos de la mitad —sonrió—. Sé que no te he dado las gracias por conseguírmelo, pero quiero que sepas que estoy muy agradecido.

En ese momento sí que dejé caer el tenedor y levanté ambas manos, demasiado impactado de haber oído aquello.

—¿Qué? ¿Tú dándome las gracias por algo...? Joder. ¿Te han abducido los alienígenas y te han cambiado por otro?

Capo puso una breve expresión de comisuras de los labios apretadas y ojos en blanco.

—Sabes que te agradezco mucho lo que haces por mí y la familia, Joe, pero me cuesta un poco reconocerlo. Yo soy el hombre y debería ayudarte yo a ti, no al contrario.

—Ah, no, sí que eres tú —murmuré—. Solo *il mio Capo* diría una gilipollez como esa.

—Si no quieres entenderlo, no me voy a molestar en explicártelo —respondió de una forma un tanto airada y más seria—. Quien lleva los pantalones en esta relación soy yo.

Me quedé mirándole un par de segundos y, después, preferí meterme otro trozo de lasaña en la boca antes de responder lo que se me pasaba por la cabeza. Troy era muy hombre, hasta que le comía la polla y me daba todo lo que quería, o me enfadaba y venía corriendo para pedirme perdón.

—¿Y tu trabajo qué tal, *cuccolino*? —preguntó entonces.

—Pues como siempre, he vuelto a tener problemas con...

Y ese era casi siempre el inicio de uno de mis monólogos repletos de quejas sobre la productora en particular y del mundillo de Hollywood en general. Capo me escuchó, como hacía siempre, haciendo un par de comentarios aquí o haya sobre «lo que él haría», que siempre era la respuesta fría y violenta. Después, cuando terminamos la comida, sacó un cuenco de fresas y un bol de nata montada y se sentó a mí lado.

Aquella segunda sorpresa de la noche resultó de lo más... extraña. Capo, como siempre, sabía perfectamente lo que hacer para derretirme por completo. Jugaba con su atractivo, la tentación y el erotismo como si de un malabarista se tratara: me daba una fresa, la mordía él, me manchaba la comisura de los labios de nata y se inclinaba para lamerla con lentitud.

Para cuando terminamos, yo estaba por las nubes, completamente acalorado, con un cosquilleo incesante en el estómago y la mirada vidriosa.

Troy pasó entonces a su segundo «plan de conquista»; se levantó, se hizo un hueco entre mis piernas y, con una muestra totalmente innecesaria de fuerza, me agarró del culo y me alzó en brazos.

—*Vuoi che faccia l'amore con te come nessun altro, Joe?* —me susurró cerca de los labios con un aliento que todavía olía a fresas, vino blanco y nata.

A esas alturas costaba ser el hombre frío, condescendiente y rencoroso que había planeado ser, pero, por suerte, esa parte de mí no era tan fácil de silenciar como él hubiera deseado.

—Claro, *amore*... pero, ¿por qué no lo hacemos de otra forma? —pregunté, frotando la punta de mi nariz sobre la suya—. Por qué no soy yo el que se toca y tú el que miras, ¿eh?

Al Capo se le cayó un poco la sonrisa de los labios. Buscó mis ojos y frunció levemente el ceño.

—Joe...

—No, nada de «Joe» —rodeé su cadera con las piernas y señalé la salida de la cocina con un leve movimiento de cabeza—. Vamos a la cama, ya verás qué divertido...

Troy entreabrió los labios, pero no fue capaz de decir nada, solo terminó por cerrarlos de nuevo y asentir lentamente antes de llevarme en volandas hacia el cuarto. No me soltó en ningún momento, ni siquiera al subir las escaleras, hasta dejarme suavemente en la cama de matrimonio de nuestra habitación.

—¿Dónde guardas las cuerdas? —pregunté.

Capo cerró un momento los ojos y, con la cabeza un poco gacha, fue hacia la mesilla de noche de su lado para, del último cajón, sacar un rollo de cuerda negra de nylon. Fui a quitársela de la mano, pero antes de que pudiera, la apartó de mí.

—Nada de acercarse al culo de *il tuo Capo, capito?* —dijo con tono serio y mirada firme—. Eso JAMÁS va a pasar.

Puse los ojos en blanco y cogí la cuerda.

—Tranquilo, Troy, no te voy a follar.

Oírme decirlo le relajó un poco, pero la idea de que le atara las manos siguió sin convencerle demasiado. Se le notaba un tanto incómodo, un poco distraído con la idea, removiéndose de vez en cuando en la cama como si no encontrara la postura idónea. Ni siquiera prestó atención a cuando me desnudé y me acerqué a gatas hacia él.

—¿En serio, Capo? —tuve que preguntar, haciendo un leve cabeceo a su entrepierna flácida y muerta. Troy tenía muchas cosas malas, pero siempre estaba firme y a punto, como un soldado preparado para la guerra—. ¿Tanto te jode estar atado?

—No me gusta, Joe —respondió con franqueza—. No me va nada lo de ser «el sumiso». No me pone.

Tras un resoplido y pasarme la mano por el pelo, avancé un poco más a gatas para desatarle las puñeteras manos. Una vez libre, el Capo se frotó las muñecas y me miró a los ojos.

—¿Por qué no te ato yo y me dejas hacértelo justo como te gusta? —preguntó momentos antes de utilizar su peso para echarme hacia un lado y colocarse sobre mí. No perdió ni un momento para pegar su entrepierna a la mía y frotarla suavemente—. *Lo vedi, amore mio? È molto meglio così. Lascia che il tuo capo ti scopi come dovrebbe* —susurró en mi oído, rodeándome con sus brazos hasta, concierta firmeza, agarrarme del pelo.

Entonces sí que no tardó ni veinte segundos en ponerse duro como una piedra y amenazar por completo la resistencia de su speedo. Me dejé llevar un poco, jadeé, le apreté contra mi cuerpo y entrecerré los ojos mientras miraba al techo y me dejaba llevar por aquella lengua que me lamía de arriba abajo el cuello.

Todo fue bien hasta que el Capo se separó un poco para bajarse el bañador y amenazó con darme la vuelta. Sabía que, como le diera la espalda, estaría completamente perdido; así que le detuve y negué con la cabeza. Él no lo entendió, frunció el ceño y buscó una explicación en mis ojos. Juraría que, por un momento, hasta vi miedo y angustia en ese fascinante azul claro.

—Solo me voy a correr yo —jadeé. Hubiera deseado poder decirlo con el mismo tono autoritario y serio con que él lo hacía, pero se quedó solo en eso, un deseo—. Tú vas a mirar... y como te toques... no te perdono —terminé, poniendo el dedo índice sobre su pecho velludo e hinchado—. *Capito?*

Troy lo entendió al fin, perdió toda preocupación y, simplemente, dejó caer la cabeza con cansancio.

—*D'accordo, cuccolino* —murmuró—. Supongo que me lo merezco...

Asentí, convencido de que mi gran venganza estaba por llegar. Al fin, el mio Capo sentiría lo que yo sentía y se daría cuenta de lo cabrón y egois...

—¿Qué haces? —pregunté, mirando como se separaba para ir en busca de la cámara de vídeo, en su trípode de siempre al lado de la cama.

Troy no respondió al momento, primero encendió el aparato y después comprobó que se adaptaba bien a la luz baja e íntima que arrojaba la lámpara de mesilla. Entonces volvió a la cama y se quedó de rodillas, apuntándome con la videocámara.

—Vamos, *cucciolo*. Tócate para *il tuo Capo*...

—No, no me refería a esto —negué, queriendo incorporarme, pero él me detuvo con una firme mano en el pecho y, con cierta fuerza, volvió a hacer que me tumbara.

—Solo te vas a tocar y correrte tú, ese es el acuerdo —murmuró sin apartar la mirada del visor de la cámara—. Vamos, ya sabes cómo me gusta que lo hagas...

Tragué saliva y tomé una buena bocanada de aire. Tenía dos opciones: o me enfadaba, o seguía adelante; y, sinceramente, yo ya no tenía la fuerza para irme de aquella casa sin haberme corrido antes. No después de esa noche cargada de erotismo. Así que, con una mano un tanto dubitativa, empecé a acariciarme el pecho.

—No... Sé que puedes hacerlo mejor —dijo él, usando su mano libre para guiar la mía—. Lámete un dedo, enséñame como lo haces... oh, sí... *Sei un cucciolo molto obbediente, vero, Joe?*

Murmuré una afirmación, con el pulgar metido en la boca antes de que el Capo lo quitara de allí y metiera el suyo propio, frotándome al lengua de arriba abajo y empezando a respirar más profundo. El plan no era para nada aquel, ya que, aunque yo fuera el único que se tocaba allí, no tenía poder alguno. Estaba, una vez más, sometido por completo a la voluntad y órdenes del *mio Capo*; quien me decía lo qué hacer, cómo hacerlo y cuándo hacerlo.

No intentó follarme en ningún momento, ni siquiera acercó su enorme *cazzo* empapado a mí, solo prestaba total atención a la cámara y a mi cuerpo. Tras cuarenta minutos de aquello, me corrí como hacía mucho que no lo hacía. Un orgasmo arrollador me llenó por completo y me dejó sin aliento mientras chorro tras chorro salía disparado en todas direcciones.

Entonces, el Capo cerró la cámara y me miró.

—*Sei la cosa più bella del mondo, Joe* —me dijo antes de inclinarse y darme un suave beso en los labios—. *Ti amo*...

Farfullé una respuesta, pero se quedó a medio camino entre palabras sin sentido y un balbuceo. Después tragué saliva y apreté los ojos para concentrarme antes de susurrar:

–*Grazie, amore.*

TREINTAOTTO

Mi plan de venganza no fue tal y como yo había imaginado que sería. Lo que había pensado había sido en un Capo frustrado y horrorizado con la idea de verme disfrutar en solitario, como él había hecho conmigo; sin embargo, incluso sin poder correrse, terminaba participando de una forma activa.

—Mírame a los ojos, *cucciolo*. *Chi è il tuo Capo? A chi pensi quando ti tocchi? Sì...*, di mi nombre... Dilo bien alto.

—Joooder... —terminé por correrme, apenas sin aire en los pulmones, con la frente perlada de sudor, los ojos llorosos y las mejillas sonrojadas. Parecía febril y acalorado, pero la única enfermedad que padecía se llamaba Troy Malone.

Con un tembloroso movimiento, me dejé caer un poco sobre él y apoyé la frente sudada en su cuello, tratando de recuperar la respiración con grandes bocanadas de aquel aire con olor a ambientador de baño y deliciosa colonia masculina.

Le había llevado de vuelta a los servicios, esos en los que todo había comenzado, convencido de que, en aquella ocasión, sería diferente. Me había desabotonado la camisa y el cinturón y había sonreído, seguro de que al Capo no le quedaría otra que quedarse mirando y tragarse la frustración, pero lo que hizo Troy fue agarrarme del pelo y obligarme a mirarle muy de cerca mientras me decía sus guarradas en italiano.

Noté sus grandes manos rodeándome el cuerpo y la leve presión que hizo para abrazarme antes de darme un beso en la cabeza, allí donde podía alcanzarme en aquel momento.

—*Il tuo Capo* es el hombre más afortunado del mundo, *cuccolino* —susurró, balanceándose suavemente de un lado a otro antes de volver a presionarme con cariño contra él.

Tragué saliva, entreabrí los ojos y, al fin, reuní las fuerzas suficientes para alzar la cabeza de nuevo y mirarle a aquellos ojos salvajes e hipnóticos.

—En teoría, deberías estar muy enfadado y frustrado —murmuré con la voz algo ronca—. Para eso he venido a comer hoy aquí. Para joderte.

Troy sonrió un poco y asintió.

—Sé lo que intentas —me aseguró—, pero no te va a funcionar. Yo soy mucho más resistente que tú y, además —ladeó un poco la cabeza—, verte tocándote es... *una fottuta meraviglia*.

—¿En serio? —tuve que preguntar, porque, de alguna forma, no conseguía entender que alguien como él demostrara ese nivel de autocontrol y paciencia—. ¿No te frustra? ¿Ni un poco?

Capo se encogió levemente de hombros y volvió a balancearnos suavemente de un lado a otro en mitad de aquel cubículo de paredes negras.

—Me frustra, pero *il tuo Capo* sabe controlarse, al contrario que su *cucciolo*.

Puse los ojos en blanco y, con un jadeo de indignación, me separé de él. Entonces contemplé el desastre que había hecho al correrme como un animal. Había manchado el suelo, mi mano y, por desgracia, la camisa y pantalón de Troy; quien no había hecho nada por apartarse. Al ver aquello, casqué la

lengua y farfullé una baja disculpa, yendo a por el papel higiénico colgado de la pared.

—No te preocupes, *cuccolino*, nadie va a verme aquí abajo —respondió él, aunque no me detuvo cuando traté de limpiarle por encima del enorme bulto que sobresalía de su pantalón de pinza gris perla.

—Lo sé, pero yo siempre me enfado mucho cuando me manchas la ropa del trabajo. No es justo que yo lo haga —declaré, tirando el papel ya manchado para sustituirlo por una nueva tira limpia.

El Capo continuó con sus suave sonrisa en los labios, pero no dijo nada mientras me abotonaba la camisa. A él le gustaba mucho verme mostrando tanta carne como fuera posible, pero no le gustaba nada que los demás también lo vieran.

—No pasa nada por un día —murmuró.

Terminé de limpiarle la parte baja de su camisa blanca y le dediqué una mirada por el borde superior de los ojos. Había algo extraño en él, algo perturbadoramente «suave». No paraba de sonreír, desde el momento en que me vio aparecer con las bolsas de la comida hasta que volvimos a la sala de descanso; momento en el que se sentó sobre su silla con un resoplido de felicidad y se sacó un pitillo, esperando a que le sirviera el café con hielo.

—Quiero llevar a *la mamma* a comprar algunas cosas para el nuevo apartamento —me dijo tras la primera calada, dejando el mechero a un lado de la mesa, cerca a los envases vacíos de la comida—. Ella dice que no hace falta... ya sabes cómo es, pero le he dicho que la llevaríamos sí o sí. ¿Te viene bien este sábado después de la sinagoga?

—Claro —respondí, volviendo a la mesa con dos vasos de café con hielo. Dejé uno frente al Capo, quien me lo agradeció con un leve asentimiento y un bajo «*grazie, tesoro*», y me llevé el mío a la silla contigua para sentarme—. Si quieres, podéis esperarme en el *Golden's Coffee*. La señora Golden prepara artesanalmente la bollería cada mañana. Es caro —atajé, señalándole con el pitillo que había sacado de su cajetilla—, pero merece la pena.

—La llevaré allí, entonces —asintió Troy, echando la ceniza sobre uno de los envases vacíos.

—¿Sigues teniendo problemas para adaptarse al cambio? —pregunté, esta vez en un tono más serio.

—Sí —murmuró él, bajando un momento la mirada a su café antes de rodearlo con la mano—. Ayer fui a hacerles una visita y me encontré a *la mamma* mirando la tele en una silla de la cocina, como si tuviera miedo de sentarse en el sofá caro. —Negó con la cabeza y se llevó la mano del pitillo al rostro para frotarse los lacrimales—. Se comporta como si fuera una invitada. No para de limpiarlo todo, no quiere cocinar demasiado y ni siquiera compra comida que guardar por mucho tiempo en la nevera. ¿Cómo le meto en la cabeza que ahora esa es su casa, *cuccolino*? —terminó por preguntarme.

—Sinceramente, Capo, no estoy sorprendido —respondí tras darle un trago a mi café—. Tú te comportas casi igual que ella. Los Malone tenéis una especie de problema con los regalos. Menos tu hermana —añadí, porque *piccola* era un pozo sin fondo de necesidades.

Capo se apartó la mano del rostro y me miró un par de segundos en silencio.

—¿Desde cuándo tengo yo problemas con gastarme tu dinero, Joe?

—He dicho «regalos» —repetí, dándole un cariz más intenso a la palabra—. Y, aunque te hagas el digno, a ti te sigue dando apuro gastarte mi dinero en cosas que no sean para tu familia o para mejorar tu imagen.

—Yo soy el hombre y...

—Joder, Troy, para ya con eso —le pedí, interrumpiéndole con una mueca de cansancio—. Ahora que somos pareja de hecho, es momento de que aceptes que tu *ragazzo* está podrido de dinero. Enfoca toda esa masculinidad tóxica en el sexo, donde es divertido, y deja de quejarte —llegado ese punto, hice un movimiento vago con la mano del pitillo y fumé una calada—. Ya aburres.

—Ten cuidado, *cuccolino*... —fue su primera advertencia, de ojos serios y cabeza levemente ladeada.

—No, Capo. Tú eres el que tiene que tener cuidado —respondí sin perder el tono ni la expresión de circunstancias—. *Ti amo, amore*, pero hay cosas de ti que no me gustan, y a veces me dan ganas de irme por la puerta y no volver. Como cuando sacas toda esa mierda sobre mis ex y me dices que a ti no te voy a «manipular» como a ellos. Por favor... —resoplé y miré un momento a las hermosas vistas de la pared acristalada—. Si quisiera a un hombre que besara el suelo que piso, te aseguro que ahora estaría casado con uno.

—¿Y qué clase de hombre quieres, Joe? —le oí preguntar tras un breve silencio. Giré el rostro de vuelta hacia él y miré sus ojos claros, tan atractivos en contraste con su preciosa piel de ascendencia mediterránea.

—Al parecer, uno machista y tóxico con un *enorme cazzo* —respondí con calma—, aunque eso no quiere decir que esté dispuesto a ceder ante todas tus gilipolleces.

Troy entrecerró levemente los ojos y se inclinó hacia delante, apoyando sus codos en la mesa de la sala de descanso. El pitillo se consumía entre sus dedos, pero hacía un buen rato que no le daba ni una calada, demasiado concentrado en mí y en lo que yo le decía.

—¿Sabes lo que quieres, Joe? —me preguntó—. Lo que quieres es un hombre grande, rudo y malo que te ponga de rodillas en el suelo y te dé un par de bofetadas, pero solo cuando a ti te apetezca, porque cuando no estás cachondo, solo quieres a un pelele que mover de un lado a otro y que cumpla todos tus deseos y caprichos.

Compartimos una breve mirada, una seria y silenciosa, hasta que, finalmente, me encogí de hombros.

—Dime, Capo, ¿cuánto tiempo le dedicas a pensar en lo que crees que «yo quiero»? —le pregunté—. ¿Cuánto tiempo pierdes tratando de dejarme claro que tú no eres un «amo a la carta» ni un «pelele»? ¿Cuánto miedo me tienes en realidad? ¿Tanto como para joder nuestra relación con tonterías solo por puro orgullo? —fumé una calada y solté el humo lentamente hacia un lado.

Aquel dramatismo digno de una película, no fue algo intencionado, aunque no puedo decir que no me encantara. Casi podía verlo: blanco y negro con primeros planos de nuestros rostros, parados, lentos, sin música de fondo para acrecentar la tensión del momento.

—Te lo dije hace mucho, *cuccolino* —murmuró él—. A mí no vas a cambiarme.

—Ya, Capo, el caso es que *ya has cambiado...* Al menos, hace tiempo que empezaste a ser como creo que eres en realidad: machista, sí, posesivo, sin duda, pero también mucho más calmado y razonable que al principio. Aceptas mi dinero, aceptas mis consejos y aceptas que yo también tengo mis propios requisitos en esta relación; y, oh, mira, sigo aquí y enamorado de ti. Qué extraño, *vero, mio Capo?*

—Qué chulito te has vuelto, *cuccolino* —me dijo con un tono bajo y más grave del habitual, tratando de usar una de esas expresiones de advertencia—. Lo que creo es que todo esto se te está subiendo a la cabeza, y que me voy a encargar de que eso no pase...

Puse una fingida expresión de tristeza: ceño levemente fruncido y suaves morritos, antes de ladear el rostro y alargar la mano hacia la suya para apretarla.

—Quizá deberías haber pensado eso antes de arrastrarte por todo Los Ángeles para que te perdonara por ser un completo gilipollas —le recordé—. Esas frases de amo de las mazmorras no quedan tan bien cuando te cagas encima del miedo solo con la idea de perderme...

Dicho esto, le di una última calada al pitillo, me bebí el último trago de mi café y me levanté para, con una suave sonrisa en los labios, darle un último beso a *il mio Capo*.

—Tengo que volver ya al trabajo —añadí, levantando una mano para limpiar la saliva que había dejado en la comisura de sus labios perfectos, bordeados de una barba espesa pero bien recortada; justo como a mí me gustaba—. ¿Qué te parece si esta noche invitamos a tu familia a cenar al Grulla Dorada? Quizá convenzamos a tu madre de que empiece a usar la vitrocerámica y no siga cocinando en el microondas.

Troy contempló mis ojos en silencio, levantando el rostro lo suficiente para mirarme desde su sitio, sentado a la mesa. Entonces movió la mano hasta la abertura de mi camisa y metió el dedo para tirar de la tela y acercarme de nuevo a sus labios. Fue uno de esos morreos con lengua, pero lentos, hasta que al final fue el mismo Capo quien me separó de él, me limpió la comisura de los labios y me dio una leve y suave bofetada.

Sin decir nada, me señaló la puerta con la cabeza y se quedó mirándome fijamente mientras me despedía y me iba con una enorme sonrisa en la cara y el pecho hinchado de aire y mariposas.

—Este sitio es precioso... —fue lo primero que dijo Silbia, mano en el pecho y ojos como platos mientras recorría el hermoso local asiático.

—Es uno de nuestros favoritos —le explicó el Capo.

Iba el primero en el grupo, vestido con una colorida camisa entreabierta, unas gafas a la cabeza, unos vaqueros oscuros con dobladillo a la altura de los tobillos y unas zapatillas Jordan. La metre no dudó en sonreírle y coger las cuatro cartas para guiarnos a una mesa reservada a nombre de «Troy Malone».

—¿No es un poco caro traernos a todos aquí? —preguntó ella, mirando, una vez más, el local de lado a lado.

Capo separó la silla de su madre para que se pudiera sentar cómodamente, pero, antes de que pudiera responder a eso, me adelanté diciendo:

—He terminado una película importante y pensamos en celebrarlo con la familia.

—Ah... —lo entendió la mujer, sonriéndome a la vez que se sentaba a la mesa—. Muchas gracias, Joe. Eres todo un cielo por invitarnos. ¿A que sí, Ashley?

La muchacha, que hasta entonces había permanecido extrañamente callada, se alisó su vestido de Gucci y murmuró:

—Joe es millonario, *mamma*, esto es como ir al McDonald para él.

—La verdad es que ha sido idea de ambos —dije, mirando con una leve sonrisa al Capo, el cual se sentó a mi lado de la mesa.

—No se cuál de las dos es peor —se quejó entonces, alargando una mano para ponerla sobre la mía encima de la mesa—. La *mamma*, que no para de quejarse, o la *piccola*, que no para de insultar al *ragazzo* de su hermano.

—Ay, perdona, *amore* —se disculpó Silbia al momento—, sé que estoy un poco estúpida con todo esto, pero no puedo evitarlo. Me ha pillado muy por sorpresa.

Capo miró a su hermana, esperando una disculpa igual de sentida o, al menos, parecida a la de su madre; pero todo lo que recibió de la joven fue un mero encogimiento de hombros y un simple:

—Tienes un novio guapísimo y con dinero... felicidades.

Troy apretó los dientes, pero yo apreté su mano y detuve en seco la pelea que se iba a desatar, una vez más, entre la familia Malone. Piccola estaba en esa edad estúpida de la adolescencia en la que, por desgracia, no parecía darse cuenta de lo que decía. Lo mejor era ignorarla y centrar los esfuerzos en alguien capaz de razonar.

—Bueno, Silbia, Capo me ha dicho que no usas la cocina de la casa —dije con una sonrisa—. ¿Por qué no? Te parece difícil o rara... quizá estés demasiado acostumbrada a los fogones... Cuéntame.

La mujer se quedó un momento con los labios entreabiertos, por suerte para ella, la camarera llegó para pedirnos las bebidas y le dio un momento para pensar su respuesta.

—No, no... es solo que todavía me estoy habituando al apartamento. Tiene muchas cosas nuevas.

—Solo tienes que preocuparte de la cocina, *mamma* —intervino el Capo—. Ya he contratado a un servicio de limpieza y en breves conseguiré a la enfermera.

—Cariño, te he dicho que no hace falta —negó ella, visiblemente incómoda con la idea—. No quiero tener a desconocidos en la casa.

—Lo entendería si realmente creyeras que es tu casa —insistió él, dedicándole una de esas miradas serias tan suyas—, pero sigues pensando que es mía.

—Tú la pagaste.

—Yo vivo con Joe.

—Eso no quiere decir que no sea tuya.

—¿Así que no puedo dejar que *la mia mamma* viva en mi casa? ¿Eso me estás diciendo? ¿Qué no puedo preocuparme porque tengas lo mejor, estés atendida y seas feliz? —empezó Troy, con sus afectados gestos italianos y su tono de voz ofendido—. *Porca miseria, mamma!*

Silbia puso los ojos en blanco y terminó mirando hacia un lado. Aquello me hizo gracia, sinceramente, era agradable descubrir que yo no era el único que encontraba los arrebatos del Capo demasiado absurdos y dramáticos.

—Yo también se lo digo, pero no me escucha —añadió Ashley—. Sigue yendo a comprar a las afueras.

—¿Qué? —rugió Troy, llegando incluso a golpear la mesa con el puño.

—Vale, tranquilízate, *amore* —intervine, porque Capo iba a empezar uno de sus espectáculos en mitad del restaurante, y esa no era la noche para hacerlo.

Troy mantuvo su expresión seria, pero se dejó calmar con mi caricia sobre su mano. Solo me miró e hizo un gesto, como si me preguntara si podía creerme lo que oía de su madre.

—Todavía tenemos muchos cupones de descuento por usar —dijo Silbia, manteniendo la cabeza alta y la expresión seria—. Que nos hayamos mudado no significa que ahora tengamos que malgastar el dinero.

—Claro, claro... Así que prefieres hacerte un viaje en bus de una hora y media ida y vuelta para ir cargada con bolsas del supermercado... *Bene... Molto bene, mamma. Bennissimo!*

Por desgracia, ahí tenía que darle la razón a Troy. Silbia no estaba en condiciones de hacer aquello con su discapacidad; podría hacerse daño.

—También es verdad que Pico Bulevar es una zona muy cara —dijo su hermana—. Y tú nos sigues dando la misma paga de antes...

Capo miró a su hermana y apretó con fuerza el puño bajo mi mano, por suerte para Ashley, la camarera volvió con las bebidas y Troy tuvo un momento para respirar y calmarse.

—Si es eso, os daré más —les dijo entonces—. Pero no quiero que la *mamma* haga esas tonterías, y no quiero que tú te quedes mirando sin hacer nada, *piccola*... Eres tan culpable como ella por permitirselo.

La joven no pareció demasiado culpable por ello, volvió a encogerse un poco de hombros y alargó la mano hacia su copa de agua mineral.

—Yo también tengo que tomar dos autobuses para seguir yendo al instituto. No puedo estar atenta todo el día de lo que hace la *mamma*. —Y entonces añadió en un tono que no tenía nada de casual—: Si Joe me dejara uno de los coches, iría más rápido y no perdería tanto tiempo.

El Capo entrecerró los ojos y murmuró:

—Joe no tiene más coches, pero si quieres, te dejo mi viejo Ford para que conduzcas por la ciudad.

Ashley puso una mueca indignada, entre la sorpresa y el enfado.

—¡Así que yo tengo que ir en un asqueroso coche que se cae a pedazos mientras tú vas en un Masseratti! Qué, por cierto, no es tuyo...

—Le he comprado el Masseratti a Joe —respondió él, manteniendo una calma envidiable para estar soltando semejante mentira.

—¡Tú no puedes permitirte un coche así! —exclamó su hermana mientras movía sus ojos hacia mí, buscando la verdad en mi expresión seria.

—Es verdad —afirmé, apoyando a Troy en su mentira, como ya había hecho antes—. Yo quería regalárselo porque sé lo muchísimo que le gusta, pero él se negó.

—Ahora que tengo un buen trabajo, puedo permitírmelo —afirmó el Capo, quien, sutilmente, me había dado una caricia con el dedo gordo de la mano que manteníamos juntas sobre la mesa.

Ashley resopló y agitó su cabeza de melena morena, como si no pudiera creerse lo que oía.

—No puedes ganar tanto en ese «nuevo trabajo» —insistió—. Qué, por cierto, sé que te ha conseguido Joe. No soy gilipollas.

—Ashley —intervino al fin su madre, dedicándole una mirada seria y cortante—. Un respeto a tu hermano mayor. Ha hecho mucho por nosotras.

—Joe me ha ayudado a conseguir el trabajo —afirmó Troy, lo que, sinceramente, me sorprendió viniendo de él—, y le estoy muy agradecido por ello. Es un buen empleo y gano lo suficiente para poder daros a *la mamma* y a ti una buena casa y los cuidados que necesitáis.

—Sí, pues yo también quiero un trabajo así, como tú y Carlo —la joven se cruzó de brazos, se recostó en la silla y me miró fijamente—. ¿Oíste, Joe? Yo también quiero comprarme ropa de marca, conducir buenos coches y pagarme un apartamento de lujo en mitad de Los Ángeles. Búscame un empleo de esos que no tenga que hacer nada y cobre un sueldo de siete cifras.

Una vez más, la camarera volvió a interrumpirnos en el momento menos adecuado, esta vez para tomarnos el pedido de unos menús que ni siquiera habíamos abierto. Por suerte, ya habíamos estado ahí demasiadas veces y Capo no dudó en pedir lo de siempre, pero en mayor cantidad.

Cuando la mujer se fue, Troy volvió a mirar a su hermana con esa expresión seria y silenciosa.

—Ashley —le dijo, lo que fue como un cubo de agua helada para la joven. Sus ojos se agrandaron casi con pavor y fueron directos hacia los del Capo—. Solo lo voy a decir una vez más: Joe es mi *ragazzo*, si vuelves a insultarle así, me enfadaré de verdad. *Capito?*

La joven trató de mantener el tipo, pero debía conocer demasiado bien a su hermano para saber el peligroso límite que había llegado a rozar con su impertinencia. Así que terminó mirando a su plato vacío con una mueca de enfado, pero sin atreverse a formular palabra alguna.

—Y tú, *mamma*, vas a dejar de hacer el estúpido —continuó él, quizá aprovechando ese momento de victoria y decisión—. Joe y yo estamos muy dolidos de que no aceptes lo que hacemos por ti. *Vero, cuccolino?*

Asentí con la cabeza y una mueca al nivel de la intensidad del momento. Silbia, por otro lado, volvió a poner los ojos en blanco y a negar con la cabeza.

—Bien, de acuerdo —terminó cediendo, aunque era evidente que le costó mucho—, pero no voy a permitir que ninguna enfermera me trate como una vieja inútil. Haremos los ejercicios de movilidad y se irá tan rápido como vino.

Capo aceptó al instante, como si supiera que aquello era lo mejor que iba a conseguir de *la sua mamma*.

Llegado ese punto, el resto de la cena fue más o menos bien. Pudimos conversar de un tema que no enfadara a nadie y no fuera peligroso. Capo preguntó a su madre sobre «los niños», esos que había confundido con sus supuestos hijos secretos por llamarlos de aquella forma, y ella resopló. Lo más gracioso de la señora Malone es que siempre anteponía un leve «les quiero mucho», seguido de un duro: «Pero...»

—Pronto será el cumple de los gemelos, ¿no?

—Sí, tu tía me ha preguntado si podía encargarse de la tarta. Los niños le hablaron de lo rica que estaba —Silbia me miró tras llevarse la copa a los labios—, me refiero a las tartas que tus nos distes, cielo.

—Ah, sí, puedo pasarte la dirección. No queda lejos de Pico Boulevard.

—Nosotros la encargaremos —decidió Troy, terminando con aquello de un plumazo—. ¿Algo más?

—Sí, bueno, también me ha pedido si podíamos celebrarlo en el nuevo apartamento.

Capo dejó sus palillos con tallarines a la pekinesa a medio camino entre el bol y sus labios. Miró a su madre y se puso serio de nuevo.

—¿Ha ocurrido algo en el jardín de su casa para no poder celebrarlo allí? —le preguntó.

—No, pero, ya sabes, siempre los celebramos en nuestra casa.

—Sí —atajó él, casi sin dejar terminar a su madre de hablar—, cuando nosotros también teníamos jardín, no un apartamento en mitad de la ciudad en el que, evidentemente, no vamos a meter a toda la familia y a veinte niños.

—Lo sé —Silbia tampoco parecía demasiado a gusto con la idea. Empezaba a ver que era una buena persona, pero no gilipollas—, pero Gina me dijo que era casi una tradición, que no podía organizarlo ella debido al trabajo, que los demás no iba a ayudarla...

—Nunca ayudan, pero bien que vienen después a comer tarta y a pasarse la tarde bebiendo cerveza —dijo el Capo con un tono duro y molesto en la voz antes de terminar farfullando un par de insultos en italiano—. No vas a meter a la familia en casa, *mamma*, no pueden convertir este apartamento en una guardería, como hicieron con el primero.

Su madre no se tomó tan bien aquello, ladeó la cabeza y, tras una rápida mirada a mis ojos, le recordó a su hijo:

—Nos daban dinero por ello, Troy... Era una pequeña ayuda de la familia.

—Sí, pues ya no necesitamos más esa «ayuda» —concluyó él—. Lo celebraremos en el parque, colgaremos un par de globos y llevaremos comida.

—Se van a enfadar —le aseguró su hermana, la que solo hablaba en casos especiales como aquel, para arrojar pequeñas joyas del nivel de—: Saben que ahora tienes dinero, Capo. Lo que la tía Gina le pidió en realidad a la *mamma* es celebrarlo en tu casa con piscina.

Silbia se giró hacia su hija y le dedicó una expresión seria, como si la acusara de la mayor de las traiciones.

—Pero, como ya le dije —le recordó la señora Malone *a piccola*, asegurándose también de dejarle aquello bien claro a Troy—: es la casa de Joe, y nosotros no tenemos derecho a meter ahí a la familia.

—Increíble... —murmuró el Capo, juntando las yemas de sus dedos y mirando al cielo como si le estuviera rogando a su Dios cristiano que le diera paciencia.

—Bueno, tampoco es tan mala idea —dijo yo, haciendo mi entrada estelar en la conversación. Me limpie los labios de los restos de tallarines fritos y miré *al mio Capo*—. Podemos hacer una barbacoa, como la otra vez, traer un par de bidones de cerveza y dejar que los niños jueguen en la piscina. Pero no en Beverly, es nuestra casa y sería incómodo. Mejor en Bel-Air, que tiene una piscina y un jardín más grande —decidí—. No creo que sea peor que cuando vienen mis familiares de Texas a pasar las vacaciones.

Los Malone al completo se quedaron en silencio, mirándome con cara seria antes de, sutilmente, mirarse entre ellos.

—No —sentenció el Capo, respondiendo a una pregunta que nadie había formulado.

—Si a Joe no le importa... —empezó a decir su madre—. Son la familia, Troy...

—No —repitió él—. No podemos permitir que se crean que van a poder hacer lo que les salga de los cojones con Joe como lo hacen con nosotros.

—No, por supuesto que no —afirmó su madre, aunque no parecía realmente convencida de sus propias palabras.

—Y si celebramos el cumpleaños de los gemelos en Bel-Air, después también querrán celebrarlo allí el resto, y después el primo Luigi querrá venir a ver los partidos, y la tía Isa querrá venir a comer los domingos. Al final, Be-Air estará llena de hasta el último de nuestros familiares lejanos, entrando y saliendo cuando les sale de la polla para darse un baño o invitar a sus novias y ligues.

Aquel discurso del Capo dejó un breve silencio. A mí me había parecido un tanto alocado, pero, por la reacción de su madre y su hermana, debía ser una sucesión de acontecimientos perturbadoramente posible.

—Joder, y yo creía que los Schwartz eran unos entrometidos —asentí, impresionado.

—Te dije que somos una gran familia con muy poco respeto por los límites —me recordó Troy.

—Estoy segura de que, si se lo dejamos claro desde un principio, no pasará —dijo Silbia, aunque se notaba que ni ella llegaba a creerse del todo aquello—. Sé que Joe ya ha hecho mucho por nosotros —añadió, dedicándome una de esas miradas súper agradecidas con mano en el pecho—, pero los niños no tienen la culpa y les haría muchísima ilusión poder bañarse en la piscina y jugar.

—Los niños van a ser igual de felices en el parque —contraatacó Troy—, a los que les haría más ilusión celebrarlo en una mansión con piscina, sería a sus padres.

Llegado ese punto, la señora Malone se limitó a asentir y bajar la mirada de vuelta a su plato. Se la notaba un poco triste, pero consciente de las verdades que su hijo le decía. Tras aquello, la cena no remontó demasiado; tan solo un par de comentarios más sobre lo delicioso que estaba todo, un postre rápido y una silenciosa vuelta en coche a Pico Boulevard para dejar a las dos mujeres

frente el portal de su casa. Silbia se despidió con un beso en la mejilla de su hijo y una leve caricia para desearos a ambos buenas noches y un agradecimiento por la invitación.

—Al final, hemos resuelto el problema —le dije a Troy, llevando la mano a su pierna para darle una suave caricia—. Tu madre ha aceptado la ayuda y la enfermera.

Il mio Capo asintió, pero fue en busca de su segundo pitillo, ya que ya se había fumado el primero nada más salir del restaurante.

—No necesitabas ofrecerles la casa de Bel-Air, *cucciolo* —murmuró, echando el humo hacia la ventanilla entreabierta.

—Creía que estabas deseando llenar mi casa de tu familia —recordé sin perder la sonrisa—. ¿No era eso lo que me decías para intentar asustarme por quererte? Capo me miró por el borde de los ojos y, tras un segundo o dos, negó con la cabeza, volviendo la vista al frente para arrancar el motor.

—No quería asustarte, solo quería darte una advertencia de dónde te metías.

—Entonces yo también te he dado muchas de esas advertencias sobre los Schwartz —me reí un poco, pero después retomé el tono serio antes de decir—: Escucha, *amore*, ya sabes cómo soy yo. En el momento en el que tu familia se pase de la raya, les echo a patadas de mi casa y no miro atrás.

—Los Malone... no son tan simples como eso.

—No me digas —murmuré, divertido por esa idea que Troy tenía sobre que su familia era peor que la mía.

—No importa lo que hagas por ellos, siempre van a criticarte por la espalda si les ofendes. Tú eres el malo por no ayudarles, no ellos, que se aprovechan de ti hasta que no puedes más. Capo, ven, arregla esto. Capo, llévanos a... Capo, ocúpate tú de... —comenzó, solo interrumpiéndose en los breves momentos en los que fumaba de su pitillo, apoyando el codo en la ventanilla mientras conducía con la otra mano—. Y después, si no tengo tiempo o no puedo hacer lo que me piden, soy un *frocio egoista*.

—Espera, ¿te llaman «frocio»? —fruncí el ceño y le miré—. ¿Qué pasa, Capo, ahora también vas a decirme que tu familia huyó de Italia cuando derrocaron a su mejor amigo Mussolini?

A Troy se le escapó un leve jadeo y sonrió, perdiendo parte de aquel aura triste y seria que le había envuelto desde el final de la cena, tan densa y amarga como el humo de su cigarro.

—En italiano también se usa esa palabra para remarcar un insulto, no es que quieran llamarme «maricón». No son así. —Entonces, como si se viera obligado a ello, aclaró—: No todos...

—Entiendo —no, no lo entendía y no me hacía ni puta gracia, pero yo también tenía una rama de familiares que no compartían las ideas liberales de la Costa Oeste—. Bueno, está en tu mano decidir lo que hacer —añadí, volviendo a mirar al frente—, a mí no me importa.

Mio Capo aprovechó un semáforo en rojo para mover su mano del volante hacia la mía, todavía en su pierna. La agarró y la subió a sus labios para darme un suave beso.

—¿Qué te parece si *il tuo Capo* te lleva a tomar un *capa* y a bailar, *cuccolino*? — me preguntó.

—Oh... —murmuré con un renovado interés y una fina sonrisa—. Pues la verdad es que suena muy bien.

Troy me miró y se inclinó lo suficiente para darme un beso en los labios antes de que el semáforo cambiara a ámbar. Entonces, apretó el acelerador, y como un nuevo rico en West Hollywood, salió disparado con su coche de marca y una sonrisa en los labios.

TRETANOVE

Troy no era tan fuerte como decía. Su voluntad de hierro, esa que, según él, me daba mil vueltas, flaqueó bastante aquella semana debido a varias razones. La primera: la mamada que le hice en los sillones privados de la discoteca. Toda una tradición ya cuando me llevaba a bailar y estaba demasiado cachondo y borracho.

Capo creyó que terminaría como siempre, gimiendo con los brazos extendidos sobre el respaldo y sonriendo como un cabrón mientras se corría en mi boca; pero no fue eso lo que sucedió. Lo que sucedió fue que, en cuanto me corrí, levanté la cabeza con los la barba empapada y sonreí, dándole una leve palmada en el rostro antes de decirle:

–*Grazie, amore...*

Casi pude ver la decepción, la confusión, la angustia y el enfado brotando como cataratas de los enormes pozos de sus ojos en mitad de la penumbra. Apretó con fuerza el sofá y ladeó el rostro, comprobando si aquello era una de mis bromas, pero no lo era.

–Creo que es hora de dejar esto pasar, *cuccolino* –me dijo de vuelta en el coche, tras rechazar un último baile porque «ya estaba cansado»—. Yo te he perdonado, tú me has perdonado...

–Oh, no, yo no te he perdonado –negué, todavía borracho, con los pies sobre el salpicadero y los ojos cerrados mientras disfrutaba de la leve brisa nocturna—. Quiero que sepas lo que es tener que joderte y que te dejen a dos velas.

No podía ver a Troy, pero sabía que empezaba a estar frustrado y demasiado cachondo. Ya llevaba cuatro días viéndome correrme en solitario, pero la mamada a medias había sido todo un puñal en su corazoncito de potro italiano.

–*Ok, amore mio* –murmuró—. Después no llores cuando te ponga a cuatro patas.

–Sabes, eso es otra cosa que no me gusta –le dije, entreabriendo los ojos para ladear el rostro y mirarle, ya con un pitillo en los labios una expresión muy cercana al enfado—, que des por hecho que yo tengo que tragar con toda tu mierda, pero tú no tengas que hacerlo con la mía.

–Yo me trago mucha de tu mierda, Joe –me aseguró—. No te creas que eres un puto ángel caído del cielo.

–Oh, no me digas...

–Siempre haces lo que quieres y nunca me preguntas antes. Te escudas en que «lo haces por mí» y después te enfadas si yo me enfado porque no me consultas antes de tomar decisiones por ti mismo. Además, eres muy rencoroso y celoso...

–¡Que yo soy celoso! –exclamé, bajando los pies del salpicadero para inclinarme y mirarle fijamente—. ¡Tendrás cojones de decirme eso a la cara!

–Yo nunca te he tirado platos a la cabeza, *cucciolo*... Dejarte sin sexo no tiene ni comparación con eso.

–Eres un puto dramático...

–¿Ves? Tú nunca haces nada mal.

Hay se terminó la conversación y, al llegar a casa, me fui directo al baño a darme una ducha antes de, muy ofendido, meterme en la cama para darle la espalda a un Capo totalmente indiferente. Me dormí en algún momento, nublado por el alcohol y esperando a que Troy hiciera el más mínimo y superficial intento de acercarse para, con un gesto aireado rechazarle.

Pero eso no ocurrió.

Lo que ocurrió fue que me desperté con algo de resaca y la boca seca. Proferí un gemido de queja y me di la vuelta en busca del enorme y cálido cuerpo del Capo para hundir la cara en su cuello mientras pensaba en morirme allí mismo. Fue él quien, con sutileza, fue a apagar la alarma del despertador poco antes de que sonara y me susurró al oído:

– Tienes que ir a la sinagoga, Joe.

Balbuceé algo incomprensible y no me moví hasta que, diez minutos después, Troy me deslizó entre sus brazos para poderme a un lado de la cama e ir al baño. Cuando volvió, ya estaba duchado, pasándose una toalla por su pelo mojado.

– ¿Quieres que te espere con *la mamma* en el Golden's Coffee o has cambiado de idea? – me preguntó.

Abrí los ojos y le miré, primero su cuerpo desnudo, que era lo mejor que pudiera existir en el mundo, y después su expresión seria.

– Estoy como cachondo y a la vez quiero vomitar. ¿Eso es raro? – respondí con la voz ronca.

– Te dije que no mezclaras vodka con ron, pero, como siempre, hiciste lo que te salió de la polla.

No respondí a aquello, esperando a que mi imagen tirado en la cama, desnudo y con rostro pálido, fuera suficiente para dejarle claro que ese Sabbath no estaba de humor para sus mierdas.

– Sí, esperadme en el café – respondí tras aquel breve silencio.

– *Bene* – murmuró él, dirigiéndose hacia el vestidor.

Le miré en todo el trayecto, terminando por descender desde su espalda de oso a su culo de titán. Entonces cogí una bocanada de aire y la solté, volviendo a mirar al techo. Tenía la polla dura, el estómago dado la vuelta y la cabeza a punto de estallar: todas las señales que precedían a un maravilloso y divertido día en Los Ángeles.

Por supuesto, seguía lloviendo. Una tormenta que, según los meteorólogos, todavía tardaría un par de días en moverse hacia el interior del país. Miraba las gotas sobre el cristal del Masseratti y le daba pequeños sorbos al café solo que me había hecho en casa.

– Como el rabino aproveche esto para leer el versículo sobre el Diluvio Universal, vomito allí mismo – le dije a un Capo tranquilo pero silencioso. Le miré por el rabillo de los ojos y pregunté –: ¿Sigues enfadado, *amore*?

– Lo de ayer no me gustó, Joe.

– ¿Qué parte? ¿La parte en la que te hice una mamada a medias o la parte en la que empezaste a echarme cosas en cara en el coche?

– Ambas – respondió él, ladeando un poco el rostro hacia mí, pero sin perder la vista de la carretera. Con aquella lluvia torrencial, Troy no era tan gilipollas

como para ponerse a ciento cincuenta por hora en la autopista—. Creía que ya lo estábamos solucionando, *cucciolo*.

—Y lo estamos solucionando —le aseguré—, poco a poco.

Capo negó con la cabeza.

—Esto no es solucionarlo, es vengarse.

—Claro, es una «venganza» porque no lo estás haciendo tú, porque entonces sería «justicia». *Vero, amore?*

—Joe... —murmuró y, algo en su voz, me resultó extrañamente frágil y preocupante, así que le miré de nuevo—. *Ti amo moltissimo. Ti amo così tanto che fa male*. Tú lo sabes y yo lo sé... Tienes toda la razón al decir que solo tengo que pensar en perderte para convertirme en un hombre patético que se humilla por todos Los Ángeles solo por ti. No estoy orgulloso —y apretó con fuerza el volante entre las manos—, y jamás creí que pudiera llegar a hacer algo así por alguien; pero lo he hecho y, probablemente, lo volvería a hacer.

Ahí se tomó una pausa para ir en busca de uno de los pitillos de la cajetilla que siempre guardaba en el hueco entre nuestros asientos. Bajó la ventanilla, pero solo un poco para que la lluvia no le mojara, y fumó una calada.

—¿Entiendes ahora por qué no paraba de obsesionarme con decirte que yo no era como tus ex? Porque tenía miedo de que pasara exactamente esto: que descubrieras que estoy loco por ti y lo usaras para hacer todo lo que quisieras. Ya no me respetas como *il tuo Capo*.

—Troy, esta es una conversación muy profunda para una mañana de resaca y sinagoga —fue mi respuesta, la que, evidentemente, no gustó al Capo.

Volvió a negar con la cabeza y fumó una calada, mirando a todas partes menos a mí.

—Di lo que quieras, pero la falta de sexo te afecta mucho más que a mí —tomé una bocanada de aquel aire un poco enrarecido ya por el tabaco y recosté la cabeza en el asiento—. No seas tonto, *amore*, claro que te respeto. Solo estoy sacando a la luz algunas de las cosas que me molestaban de ti. Hablándolas, ya sabes, como la gente normal hace —y terminé por encogerme de hombros.

—Esta mañana no me has preparado el café como a mí me gusta, ni me has dado los buenos días, ni me has dado un beso —empezó a enumerar.

—Ah, ¿te refieres a como llevo haciendo cada puto día desde que volvimos a vivir juntos menos hoy? Justo hoy, que tengo una resaca de campeonato. ¿Eso me estás diciendo?

—*Guarda come parli con il tuo uomo...*

—Siempre te he hablado así. El sarcasmo no es nada nuevo, no te vengas arriba. Aún así, Troy negó con la cabeza y fumó otra calada de su pitillo, volviendo a apoyar la mano lo antes posible en el volante. Ya estábamos cerca de Pico y nos quedaba poco tiempo para hablar antes de que tuviera que salir hacia la sinagoga.

—Tú siempre dices que quieres dejar claras las cosas: que tu opinión también importa y que hay comportamientos que no vas a aceptar de mí —me dijo—. Pues yo también tengo requisitos que no estoy dispuesto a pasar por alto, y uno de ellos es que me consideres un juguete. —Entonces se detuvo a un lado de la acera y me miró con aquellos ojos claros—. Quiero respeto, quiero obediencia y

quiero que me trates como a tu hombre. Me da igual si te parece machista, o retrógrado o estúpido, es lo que te pedí desde el principio y es algo en lo que no voy a cambiar.

Dicho esto esperó pacientemente a mi respuesta, la cual fue simple y llana:

—Ti amo, Capo, a ti, siendo como eres. Lo malo y lo bueno —levanté una mano y acaricié su mejilla de barba espesa y áspera—. No me enamoré del hombre que me regalaba flores, osos de peluche y corría a ponerse de rodillas para que le disculpara. Así que tranquilízate. No es la primera vez que discutimos ni el primer bache que superamos.

Después me incliné para darle un suave beso en los labios, seguido de otro más breve y corto al final.

—Lo de la mamada a medias pudo contigo, ¿eh? —sonreí.

Troy apartó una de sus manos del volante y me dio una pequeña bofetada, nada importante, solo un golpe tonto y juguetón para reafirmar su autoridad.

Se me escapó un leve bufido de risa y fruncí el ceño debido al leve retortijón que eso me produjo en el estómago.

—Ogh... puto ron. Ojalá alguien me hubiera dicho que no lo mezclara con vodka —me quejé mientras abría la puerta del Masseratti.

—*Cucciolo* —me llamó él antes de que bajara. Miré sus ojos claros y calmados y le oí decir—: Se acabó esta tontería. *Capito?* Saca todo ese veneno con *il tuo Dio* y tus padres, y reserva lo dulce solo para *il tuo Capo*.

—¿Me creerías si te dijera que es lo que hago siempre?

Incluso yo sabía percibir cuando mis bromas ya sobrepasaban el límite, así que, con una expresión de sonrisa suave, volví a inclinarme para darle otro beso y susurrar:

—*Sí, amore.*

Troy mantuvo el semblante serio, pero no evitó ni el beso ni la caricia que le di antes de bajarme del coche y correr bajo la lluvia, con mi kipá a la cabeza y mi talit al cuello sobre la chaqueta de traje color rosa salmón.

Que el rabino utilizara aquel tiempo torrencial para sacar a colación el Diluvio, no resultó lo peor de la mañana. Lo peor fue que a mi madre se le ocurriera acompañarme al café de la señora Golden cuando le dije que había quedado allí con el Capo.

—Su madre también estará ahí —dije, tratando de hacerle cambiar de idea.

—¿Su madre? —se sorprendió ella, girándose para mirarme bajo el paraguas negro que compartíamos de camino al local—. ¿Te ha presentado a su madre?

—Sí. Es una mujer muy agradable.

—¿Y cuándo lo ha hecho?

—Pues hará poco más de un mes.

—¿Y por qué?

—Porque Troy y yo estamos empezando algo serio, mamá.

A mi madre casi le dio una especie de aneurisma allí mismo. Me agarró con más fuerza del brazo que rodeaba con el suyo, se detuvo en seco y me obligó a mirarla fijamente mientras balbuceaba palabras sin sentido.

—Me da igual lo que pienses —me adelanté, porque conocía cada palabra que saldría de sus labios al respecto—. Troy me gusta mucho y le quiero. No necesito tu aprobación y no me importa que sea un gentil. No, no creo que solo quiera mi dinero. Sí, es amor de verdad, no un capricho y no vas a conseguir hacerme cambiar de idea ni empezar una campaña de acoso y derribo contra él. Es más, si lo haces, me enfadaré y no volveré a hablar contigo hasta que te disculpes; y ambos sabemos que pueden pasar años antes de eso. ¿Tienes alguna pregunta más, mamá?

Mi madre mantuvo mi mirada un par de segundos y entonces murmuró:

—Sé que es muy guapo, cielo, pero...

—¿Estás segura de que esas son las últimas palabras que quieres decirle a tu hijo antes de que te vaya a visitar en tu lecho de muerte? No bromeo, Aby.

El nombre fue claro para que entendiera que todo aquello era muy serio. Así que cerró los labios operados, me apretó un poco más el brazo con sus manos de uñas falsas y se volvió hacia delante.

—De acuerdo, Joel.

Asentí con la cabeza y continuamos adelante.

¿Cómo fue el encuentro entre mi madre y la señora Malone? Extraño, sin duda. Eran mujeres tan diferentes que parecían provenir de dos planetas a millones de años luz de distancia. Por un lado estaba Silbia, con su ropa de abrigo vieja, su pelo canoso recogido, sus arrugas acumuladas por el paso del tiempo y los dolores articulares de haber trabajado de sol a sol para mantener a una familia adelante. Y, por otro lado, mi madre, con tuestas pastillas como problemas imaginarios.

—No me sorprende que la madre de Joe sea tan guapa —le dijo la señora Malone con una sonrisa y el café con leche caliente entre las manos.

—¡Ay! Gracias, querida, pero para guapo tu hijo. Madre mía, ¡vaya hombre!

Mi madre, cagándola a los dos minutos de conocer a alguien. Otro clásico.

—Por cierto, no tienes nada de acento italiano para acabar de llegar de Nápoles. ¿Ya habías estado en América antes?

Abrí muchos los ojos y miré al Capo, que me miró de vuelta y arqueó las cejas mientras se llevaba su taza a los labios. No me acordaba de todas las mentiras que le habíamos contado a mis padres sobre Troy, o, mejor dicho, Salvatore.

—¿Te has dejado el horno encendido, mamá? —le pregunté entonces, mirándola con cara de circunstancias. Se trataba de un código de los Schwartz que decía: «Peligro».

Ella me miró un momento y apretó los labios antes de volver a sonreír y mirar a los Malone.

—Quizá, no lo sé, últimamente estoy muy despistada. Me han cambiado la medicación y ando atontada, ¿no eran ellos los de Nápoles, querido?

—No, mamá. La señora Malone es americana —respondí—. Lo estás confundiendo con los Salvatore. Esos eran de una película que produce, ¿recuerdas?

—Ah... —murmuró mi madre—. Es verdad... Perdonad. ¿Y qué os parece la bollería?, ¿no es la señora Golden la mejor repostera de la ciudad?

—Oh, está delicioso —asintió Silbia, quien ya llevaba comidos dos cruasanes de mantequilla con su café solo—. Es un horror, porque ahora vivimos muy cerca de aquí y va a ser toda una tentación pasarme por aquí cada mañana.

—¿Qué me vas a contar? Yo paso por aquí cada Sabbath antes de la sinagoga —mi madre se rio y asintió, como si la entendiera, aunque ella no hubiera probado la bollería en treinta años, desde su segunda liposucción.

—Siento tener que interrumpirte, Aby, pero tenemos que ir a comprar un par de cosas —le dijo Troy, dedicándole una de sus sonrisas perfectas junto con un leve y atractivo mohín de tristeza—. Si nos detenemos más tiempo, llegaremos tarde y estará demasiado lleno. Con esta lluvia, la gente escapa a los centros comerciales.

Mi madre soltó una afirmación, una pequeña broma algo elitista sobre eso de los centros comerciales y, finalmente, se despidió de todos con un beso. A mí también me abrazó, pero me susurró al oído:

—Una película muy buena la de los Salvatore, cielo... ¿El guion era tuyo?

—No, el guion original era de Troy —respondí en el mismo tono bajo.

—Ya me explicarás la trama, solo espero que no sea una de esas tristes con final lacrimógeno —entonces se separó y me dio un leve pellizco en la mejilla—. Ya sabes lo mucho que las odio.

—Sí, mamá.

A veces, mi madre era jodidamente sutil para lo que quería.

Tras su marcha, recuperamos un poco de la calma y la acostumbrada dinámica familiar de los Malone: Silbia insistió dos o tres veces en que no era «necesario» comprar nada para el apartamento; Troy negó con la cabeza y no paró de repetir «*mamma, mamma per favore...*» y yo me quedé en el asiento del copiloto mirando al frente sin aportar nada.

Así llegamos a los grandes almacenes, no muy lejanos a la zona elitista de Los Ángeles. El Capo no iba a llevar a su madre a un supermercado de las afueras ahora que tenía el dinero suficiente para pagarle buena bajilla, menaje y toda clase de cosas que nunca me imaginaba que fuera a necesitar.

—No quiero una manta eléctrica, Troy. Estamos en California, por Dios.

—Algunas noches como las de esta semana son frías. Nos la llevamos.

—¿Por qué no te la llevas para ti si tanto frío pasas?

—Yo ya tengo a mi *ragazzo* para darme calor, *mamma*.

Y Silbia se rio, más divertida que cohibida por el comentario de su hijo. Después, con seis bolsas repartidas entre Troy y yo, nos detuvimos a tomar un último café en la cafetería del local; mucho más lujosa y elegante que la que se pudiera encontrar en unos grandes almacenes del extrarradio. Allí, la señora Malone cambió un poco el tono y nos comentó:

—Estoy preocupada por tu hermana, *amore*. No sé cómo puede sentarle este cambio tan repentino. Ahora ha empezado a decirme que quizá sea mejor que cambie de instituto a uno de Beverly porque «queda más cerca».

Yo no le vi el mal a aquello, pero, al parecer, el Capo sí lo hizo. Frunció el ceño y agachó levemente la cabeza hacia su café con leche entre las manos.

—Es culpa mía, no debería haberla metido en el mundo de Joe tan pronto.

—«El mundo de Joe» —repetí con las cejas arqueadas y una ligera sonrisa en los labios—. Suena a que dirijo un cartel de la droga.

Mi comentario sacó una leve carcajada de la señora Malone y un bufido de Troy, que me miró por el borde de los ojos y movió una mano para darme una lenta caricia en la pierna bajo la mesa.

—Me refiero al dinero, *cucciolo*. A... Beverly, los coches, las fiestas y las tiendas de marca. *Piccola* siempre tuvo mucha debilidad por el lujo.

Troy dijo eso como si Ashley fuera la única a la que le pasaba. Él, con su Masseratti, su mansión con piscina, su camisa de Gucci, sus pantalones de Armani y su Rolex a la muñeca.

—Ya... —murmuré, llevándome el café a los labios—. A todos les gusta el dinero.

—No sé, me preocupa que se le suba un poco a la cabeza —continuó Silbia, partiendo entre los dedos el bollo que se había pedido—. Creo que está olvidando que... nosotros no somos los millonarios.

La señora Malone lo dijo en voz más baja y evitó mirarme, consciente de que era un tema un tanto complicado.

—Ahora yo tengo un buen trabajo —le recordó Troy—, puedo pagarle el instituto en Beverly.

—Lo sé, *amore*, pero ya nos pagas el apartamento y la manutención. No va a quedar nada de tu sueldo para ti.

Capo se encogió de hombros, como si eso no importara, pero su madre negó con la cabeza y apretó las comisuras de sus labios.

—Siempre haces lo mismo. Nunca piensas en ti.

—*Mamma*... —la detuvo él junto con una mirada firme que acompañara a su tono grave—. Es mi dinero y hago lo que quiero con él. Si me lo quiero gastar en vosotras, me lo gasto, *capito*?

—De verdad, Troy, a veces eres tan insufrible como tu abuelo. Tú y tu manía de mandar sobre todos.

—*Già abbastanza, mamma* —declaró él, confirmando sus palabras.

La señora Manole no se lo tomó con la suavidad que era de esperar de la madre de un hombre como el Capo, sino que mantuvo una mirada seria y una expresión de ceja levemente arqueada el poco tiempo que tardó en preguntar:

—¿Y crees que mandar a tu hermana a un colegio pijo de Beverly le va a sentar bien? ¿Qué pasará cuando sea la «chica pobre»? Cuando todas sus amigas conduzcan deportivos y los chicos la inviten a fiestas en casas de verano. ¿Vas a pagarle también todos sus caprichos para mantener el nivel de vida de esa gente?

—*Mamma*... —sentenció Troy, justo con ese tono de voz que alertaba del peligro inminente. Había dicho que se había acabado la conversación, así que «se había acabado».

La señora Malone volvió a negar con la cabeza, pero bajó la mirada a su bollo y siguió comiendo en silencio; visiblemente molesta, pero en silencio. Cuando la dejamos en el portal de su casa y subimos las bolsas que habíamos comprado, casi pude percibir la resistencia en el tono de su voz al decirle:

—¿Os quedaréis a comer con nosotras? Hoy haré lasaña.

—No. Joe y yo tenemos planes esta tarde.

—Muy bien —no insistió. Entonces su expresión se convirtió en una sonrisa dulce y me miró—. Siempre es un placer verte, *tesoro*. *Grazie* por venir con nosotros y ayudar a subir las cosas. Eres una maravilla de hombre.

—Ha sido un placer, Silbia —respondí, igualando su cálida sonrisa.

Capo no aguardó demasiado, se fue hacia la puerta y la abrió para mí antes de cerrarla con un golpe suave. En el ascensor ya se estaba sacando un pitillo de la cajetilla y, para cuando llegamos de vuelta al coche, ya llevaba fumadas un par de caladas.

—¿Tú qué crees, *cuccolino*? —me preguntó, activando los limpiaparabrisas para quitar los regueros de agua que inundaban el cristal—. ¿Sería un error pagarle un nuevo instituto a mi hermana?

—Depende. Tu madre tiene razón cuando dice que *Piccola* sería «la chica pobre». No porque los demás se lo fuera a echar en cara, sino porque yo he ido a un instituto así y sé perfectamente que el ritmo de vida es muy alto. Ni siquiera con tu trabajo nuevo podrías permitirte. Por otro lado; te aseguro que un graduado escolar en una de esas escuelas abre muchas puertas para la universidad.

Capo me escuchó en silencio, le dio otra calada al pitillo y echó la ceniza por el leve resquicio de la ventanilla. Entonces arrancó el motor y se incorporó al lento y adormilado tráfico de un Hollywood extrañamente lluvioso.

—Yo creo que allí conocería a muchas personas, a gente importante... con *molto soldi*. Su futuro será mucho más fácil con amigos así.

—A veces me olvido de que eres un chico pobre con una visión muy calculadora de la vida —murmuré con una sonrisa.

A Troy no le ofendieron mis palabras. Al contrario, incluso pareció divertido de oírlo.

—A todos nos gusta el dinero, *vero, cucciolo*? ¿Soy malo por querer un buen futuro para *Piccola*?

—No, pero lo normal es anteponer los «amigos de verdad», la «autenticidad» y «ser uno mismo» antes que el dinero. *Piccola* dejaría atrás su vida social en los suburbios y la sustituiría por la frivolidad y clasismo de Beverly. ¿Eso no te preocupa?

—Tener amigos tan muertos de hambre como tú y «ser uno mismo» no te lleva a nada en la vida, Joe. Mi hermana no va a conocer a un hombre con dinero en su instituto de ahora, ni en la universidad pública a la que decida ir después; pero sí lo encontrará en Beverly.

—Joder... —se podía decir que estaba incluso sorprendido—. Así que tu intención real es que *Piccola* cace a un millonario que la mantenga.

—Mi objetivo es que encuentre a un buen hombre que provea y sea capaz de mantenerla a ella y a sus hijos cuando llegue el momento —respondió, dando un giro hacia la calle que nos llevaría casi directos a casa.

—¿Y no prefieres que, no sé... *Piccola* encuentre un buen trabajo y se mantenga a ella misma y, ya si eso, encuentre un buen marido?

Capo resopló y llegó a dedicarme una mirada un tanto condescendiente por el borde de los ojos.

— *Piccola* necesita un hombre, como todas las...

— No —le interrumpí—. No sigas por ahí, Capo. Ahórratelo.

— ¿Por qué te ofendes tanto, Joe? Tú también necesitas a un hombre —y, dicho eso, movió una mano para acariciarme el muslo—. A mí.

No supe ni qué responder. El machismo del Capo y su idea de la vida en general, a veces dejaba mucho que desear.

— Así que tenemos planes para esta tarde —el cambio de tema no había sido sutil, pero ser sutil no fue algo que me preocupara en ese momento.

Troy se encogió levemente de hombros, fumó una rápida calada y devolvió sus dos manos al volante.

— Me apetecía pasar una tarde tranquila con mi *cuccolino*. Esta semana ha sido muy movida: tu rabieta, el nuevo empleo, la mudanza... No hemos podido tener mucho tiempo de calidad juntos.

— Mmh...

— Además, tienes que limpiar un poco la casa y poner la colada —añadió.

— Pago a gente para que haga eso, Capo —le recordé.

— No, ya no. No quiero a desconocidos en mi casa.

Parpadeé.

— ¿Qué?

— He despedido al servicio de limpieza.

Volví a parpadear, esta vez, un par de veces seguidas.

— ¿Qué has hecho qué?

— Te lo he dicho, *cucciolo*: no quiero a extraños en mi casa. Si hay que limpiar algo, ya lo harás tú, como tiene que ser.

Se acercaba una tormenta, pero no me refería a la que asolaba Los Ángeles en aquel momento.

— Verás, *amore*... Lo de cocinarte —me encogí de hombros—, no me importa. Le he cogido el gusto y tiene su encanto. Pero no voy a limpiar de arriba abajo la mansión y ocuparme de tu ropa sucia solo porque a ti se salga de los cojones. Yo trabajo, tanto o más que tú, y no tengo tiempo que perder en tareas del hogar que puedo delegar en otros. *Capito*? Si no quieres a «extraños» en «tu casa» —que se notara bien lo mucho que remarcaba aquellas palabras—, podemos entrevistar a un candidato o candidata para el puesto. También podemos dejar la ropa sucia en un cesto y encargar al servicio de lavandería que se lo lleve y la traiga de vuelta, ya planchada, incluso.

Tras aquel pequeño monólogo, Capo fumó otra tranquila calada y echó la colilla del pitillo por la estrecha abertura antes de cerrar por completo la ventanilla.

— Me haría más feliz que lo hicieras tú, *cuccolino*.

— Y a mí me haría más feliz que valorara mi tiempo tanto como el tuyo, pero aquí estamos... —y, con una sonrisa, puse una mano en su pierna gruesa y musculada—. Súper enamorados... *Vero, amore mio*?

A Troy le llevó un par de segundos responder, porque primero me miró por el borde de los ojos y sonrió suavemente.

— *Assolutamente vero, mio bellissimo ragazzo*.

Entonces apartó la mano del volante para tirar de mi jersey fino y atraerme. Tan solo apartando su atención un momento de la carretera, me dio un suave beso en los labios y una tonta palmada en la mejilla.

Capo parecía haber vuelto al fin a la normalidad; y con eso me refiero a lo malo y lo bueno. Cuando llegamos a casa, se dio una ducha caliente y esperó a que le hiciera la comida, le sirviera el vino y, finalmente, el café. Después se fue a tumbar al sofá mientras yo lo recogía y lavaba todo y, a media tarde, decidí salir al jardín con un pitillo y otra copa de vino en la mano. Cuando quise acompañarle, me detuvo y me dijo:

—Ve a limpiarte y a ponerte tu colita de *cuccolino*.

Y eso hice antes de volver a reunirme con él. Encontré al Capo recostado en una tumbona, cubierto con una manta de pelo porque hacía fresco. Seguía lloviendo, pero en el espacio de techumbre no caía ni una gota, donde se encontraba el asador y la chimenea exterior, la cual había tenido el detalle de encender. Cuando me miró, sonrió un poco y separó la manta, mostrando su cuerpo desnudo.

Apreté los labios para contener un gruñidito de placer y me uní a él, muy pegado a su piel cálida y de precioso tono oliváceo. Troy me rodeó con los brazos y, sin esperar demasiado, me empezó a besar el cuello y a jugar con la cola peluda del plug.

—*Mio cucciolo...* —susurró cerca de mi oído, arrastrando un deseo profundo y un anhelo que se podía percibir en cada sílaba de aquella frase.

Buscó mis labios y me dio un buen beso con lengua, terminando por mordirme el labio inferior y tirarme con suavidad del pelo. Yo ya estaba algo jadeante y sonrojado, pero él mantuvo la calma y me miró fijamente a los ojos.

—La primera vez que te vi con tu colita creí que me moría —volvió a susurrar.

—Ya, a mí me pasó algo parecido cuando te vi en *speedo*.

Troy se rio un poco y volvió a besarme. Desde ese momento, se sucedieron un montón de caricias, apretones de pasión y necesidad, gruñidos de lujuria y toqueteo adolescente bajo la cálida manta. El Capo tomó por completo el control, como siempre hacía, decidiendo cuál sería el siguiente paso y qué debía hacer para complacerle; hasta que, al final, me cogió en brazos y, como si nada, me llevó con él a la piscina.

El agua estaba extrañamente cálida en contraste con el frescor de la lluvia que no cesaba de caer sobre nosotros, produciendo un constante ruido de gorgoteo. Capo volvió a besarme apasionadamente y, sosteniéndome bien fuerte entre sus brazos, no dudó en quitarme el plug y sustituirlo por su *enorme cazzo*.

Allí, bajo la tormenta y en la piscina, me folló como no me habían follado nunca. No fue la intensidad, ni la profundidad, ni el ritmo: fueron sus miradas, sus gruñidos, sus jadeos en mis labios, sus mordiscos de pasión y sus manos apretándome contra su cuerpo.

—*Sei troppo bello, cucciolo mio....* —decía apenas sin voz—. *Ti amo... Ti amo con tutto il cuore.* —Y, casi al final, cuando tantos días sin correrse le pasaron factura y no consiguió aguantar mucho más, entreabrió los labios, echó la cabeza atrás y negó—. *Oh, mio Dio... Grazie... Grazie.*

QUARANTA

El despertado sonó tan solo un momento antes de que Capo lo apagara. Entreabrí los ojos y me moví de su lado para ponerme cara al techo y frotarme el rostro con cansancio. Tardé un momento en recordar qué día de la semana era: domingo, iglesia, no tenía que levantarme de la cama. Bien.

Troy se incorporó un poco en la cama, apoyando mejor la espalda entre la almohada y el cabecero. Como yo, bostezó y quedó allí parado sin hacer nada hasta que me acerqué a él y le di un beso en los labios.

—Vas a llegar tarde otra vez —le recordé, porque, aunque ahora su familia viviera a quince minutos de nuestra casa, seguían yendo a la misma iglesia del extrarradio.

Capo asintió, consciente de ello, pero, aun así, me rodeó con el brazo y me acercó para darme otro beso. Después, como el dulce príncipe azul que era, me agarró un poco del pelo, abrió la manta que nos cubría y me apretó en dirección a su entrepierna; donde su *enorme cazzo* también se había empezado a despertar. Desde aquel primer polvo en la piscina, que había sido como un reencuentro para nosotros y la prueba final de que todo había vuelto a la normalidad, *il mio Capo* no dudó en recuperar esas viejas costumbres que tanto le gustaban: mamadas en el coche, correrse en mi boca, mi cara, mi culo, atarme, ponerme a cuatro patas o grabarnos mientras hacía todo aquello.

La única diferencia, era que ahora no trataba de ocultar de mí sus expresiones de profundo placer, sus sonrisas de oreja a oreja de estúpido enamorado, sus frases de incredulidad y sus ojos en blanco, como si estuviera a punto de alcanzar el Nirvana gracias a mi culo.

Nada más correrse con un buen gruñido mientras arqueaba la espalda y me tiraba del pelo, soltó un jadeo de felicidad y se fue rápidamente al baño para ducharse. Yo me quedé en la cama, con la boca empapada, el regusto a semen en la garganta, los ojos llorosos y la mano manchada de mi propia corrida. A veces me preguntaba por qué me excitaba tanto que Troy me usara de esa manera, como si yo fuera solo un cerdito a su completa disposición para vaciarse las pelotas.

Fuera cual fuera la razón, no podía ser sana y, probablemente, fuera culpa de mis padres.

—Me voy, *cuccolino* —anunció el Capo cuando salió del vestidor con su camisa un poco desabotonada, su cruz dorada al cuello y sus pantalones vaqueros de dobladillo con cinturón negro.

Se acercó a mí, pero como yo se la había chupado y no me había limpiado todavía, se ahorró el beso de despedida y, en cambio, me dio un leve pellizco en la mejilla.

—Volveré con la *mamma*, *Piccola* y la tía Gina —me recordó—. Espéranos en Bel-Air y ponte algo bonito.

Me limité a asentir y responder:

—Pásalo bien escuchando esas tonterías católicas.

Troy me dio una pequeña bofetada y me señaló con su dedo de anillo dorado a forma de advertencia. Seguía sin hacerle ninguna gracia que me metiera con *il suo Dio*, pero a mí me resultaba muy gracioso hacerlo.

Al irse, al fin reuní las fuerzas para levantarme, darme una ducha, lavarme los dientes, prepararme un café, entrenar un poco en el gimnasio, volver a ducharme, vestirme y salir hacia Bel-Air. Como yo había propuesto, el Capo decidió aceptar y celebrar el cumpleaños de los gemelos allí, aunque no sin cierta resistencia. Existía una especie de dicotomía en su interior entre el profundo respeto italiano por «la familia» y sus propias ideas sobre lo desagradecida, egoísta y cabrona que era esta. No podía culparle, a los judíos nos pasaba algo muy parecido.

Capo regresó a media mañana acompañado de su madre, su hermana y una mujer larguirucha de pelo recogido en una apretada coleta morena. Troy me dio un beso en los labios, me pasó la mano por la cintura y me la presentó como «la tía Gina». Yo sonreí y le dediqué un cabeceo, pero ella fue directa a darme dos besos en la mejilla y decirme:

— ¡Ay, Joe, qué ganas tenía de conocerte! ¡Silbia no ha parado de hablarme de ti! ¡*Mamma mia*, que casa más bonita tienes! ¿Y la piscina? ¡No me digas que es eso tan enorme que se ve desde aquí! ¡Oh, Dio!

Capo se quedó mirándola con una expresión seria mientras ella atravesaba la puerta acristalada de la cocina para salir al jardín con piscina; allí donde estaban las sombrillas, las hamacas, las tumbonas y la caseta que había sido mi habitación durante tanto tiempo.

— Grazie por esto, Joe — me dijo Silbia, distrayéndome del espectáculo.

— No te preocupes, no me ha costado nada — respondí.

— Menos la comida, la bebida, las tartas, los globos, la serpentina, los carteles de cumpleaños y los hinchables de la piscina para los niños — puntualizó Capo, resaltando una vez más que, como él había dicho, nosotros terminamos siendo los encargados de organizarlo todo y, por supuesto, pagarlo.

La señora Malone apretó las comisuras de los labios, sintiéndose culpable por ello. Para ella también era muy importante la familia, pero no era tonta y se daba cuenta de lo mucho que abusaban de su buena voluntad.

— ¿Dónde están las bebidas? — preguntó la hermana pequeña, dejando su bolso de verano encima de la isla de la cocina antes de dirigirse a la enorme nevera industrial —. Ah, ya las veo.

— Nada de cerveza — sentenció su hermano —. Tienes muchos refrescos donde elegir.

— Es una fiesta, Capo — se quejó ella, terminando por sacarse un botellín de cerveza fría y cerrar la puerta de la nevera con el pie —. No voy a beber Coca-Cola como los niños pequeños.

— *Piccola*, no me...

Y, una vez más, se sumergieron en esas discusiones de los Malone en las que el Capo hacía un montón de gestos y decía cosas en italiano mientras *Piccola* le hacía la burla y le recordaba, por milésima vez, que *no* era italiano. Por suerte, antes de que pudieran si quiera empezar a gritarse de verdad, llamaron a la puerta y Silbia alzó las manos, pidiendo a sus dos hijos que se comportaran. El

Capo avanzó hacia el pasillo, dedicándole una mirada asesina a su hermana pequeña mientras ella bebía un trago de su cerveza fría.

—Nosotras nos encargaremos de la decoración —me dijo entonces la señora Malone con una sonrisa—, te prometo que nadie fisgoneará donde no debe.

—Oh, emh... —dudé, porque eso no era algo que me hubiera preocupado—. No tengo nada por aquí que me avergüence, la verdad. Bajé todos los *dildos* a Beverly cuando Troy se mudó.

Piccola escupió la cerveza sobre la isla de la cocina y se llevó una mano rápida a los labios; sin embargo, su madre soltó una carcajada y se acercó para darme un leve y cariñoso apretón en el hombro.

—Vamos, Ashley, coge las bolsas de la decoración. Es mejor que empecemos antes de que lleguen todos —le dijo a su hija antes de dar un par de palmadas—. Dios sabe que vendrán corriendo y con malas excusas para bañarse en la piscina y tomar el sol.

Entonces, como si se tratara de una sitcom mala de la televisión, Carlo hizo su aparición en la cocina, manos en alto y gran sonrisa. Supe que era él porque tenía la cara de gilipollas y la actitud de baboso italiano que me había imaginado. Ni siquiera se había molestado en ponerse camiseta, llegando solo con un bañador negro y unas chanclas de piscina.

—¡Silbia! ¡Cada vez que te veo estás *più bella!*

Tras él llegó un joven rubia y bastante preñada, con una mano sobre su bombo de ocho meses cubierto por un fino vestido de verano. Al contrario que su... ¿novio? No sabía ni lo que eran; ella demostraba cierta timidez y respeto por estar entrando en la casa de un desconocido. Me miró a un lado y asintió, llegando a sonreír un poco más. Para terminar, apareció Troy, con la misma expresión seria con la que se había ido.

—Estábamos por la zona y hemos podido acercarnos antes —explicó Carlo, hablando con todos y con nadie a la vez mientras, con las manos en la cadera, echaba un vistazo a la enorme concina y las vistas al jardín. Entonces silbó y arqueó las cejas—. Ahora que soy banquero ya debería estar acostumbrado a estas cosas, pero siguen pareciéndome la hostia.

—Tú no eres banquero, Carlo —le corrigió el Capo, poniéndose a mi lado antes de cruzar los brazos y apoyar la cadera en la mesa—. Preparas café y ordenas papeleo en el sótano.

Carlo se ofendió, frunció el ceño y juntó las yemas de los dedos para dedicarle un educado: «*Mangliame il cazzo, Capo*».

—Ya que estás aquí, puedes ayudar a la *mamma* a colgar los carteles e inflar los globos —continuó Troy.

—Agh, me encantaría, Silbia —respondió directamente a la señora Malone—, pero es que estoy totalmente destrozado de la semana. Hubo un movimiento de inversiones y ha sido una completa locura... Todos como locos para resolver el problema, haciendo horas extras...

Ahí se me saltó la risa. Carlo me miró, pero, aunque estaba claro que hubiera deseado dedicarme las mismas palabras que al *mio Capo*, fue lo suficiente listo para morderse la lengua. Nunca hay que morder la mano que le da de comer.

—El banco donde trabajas no opera en bolsa —le dijo Troy—. Es una oficina secundaria, solo atiende al público general; así que deja de decir gilipolleces y ayuda a la *mamma* si no quieres que te eche de una patada.

Carlo hizo otro de aquellos gestos italianos, pero ni tan sexys ni tan intensos como los de Troy, y, finalmente, no le quedó otra que ceder. Cuando se fue con la señora Malone y Piccola al jardín, Capo suspiró y se empezó a desabotonar la camisa.

—Bienvenido a la familia Malone, *cucciolo* —murmuró—. ¿Me has traído el bañador?

—Sí, está en el baño de invitados.

—*Bene...* —terminó con el último botón y se inclinó para darme un beso en los labios.

—Voy a cambiarme antes de que llegue lo peor.

—¿Quieres que te acompañe?

Troy se detuvo, giró un poco el cuerpo y sonrió de esa forma tan sexy.

—*Non tentarmi, cucciolo. Sai che non posso dirti di no...*

Arqueé las cejas y sonreí, pero el Capo miró a través de la pared acristalada y perdió parte de la sonrisa.

—Esta noche, ahora hay que ocuparse de la fiesta. ¿Vas sacando tú la carne para el asador mientras me cambio?

—Claro, *amore* —suspiré, un tanto decepcionado por el rechazo.

Troy volvió a acercarse y, rodeándome la cadera con el brazo, me pegó un poco contra él y me dio otro beso juguetón en los labios.

—*Ti amo, cucciolo. Lo sapevate?*

Y volví a sonreír.

La familia Malone... bueno, ¿qué decir de ella? Eran un tópico italoamericano de pies a cabeza.

Cuando empezaron a llegar los invitados, los hombres no tardaron ni diez minutos en arrasar con las cervezas de la nevera y empezar a discutir a gritos sobre cómo se debía encender la parrilla del jardín, y después pasaron a discutir cómo debía hacerse la carne; todo ello entremezclado con conversaciones sobre deportes o «chicas».

Las mujeres, por otro lado, llegaron preparadas para una tarde de piscina y cócteles, con sus bañadores, sus sombreros y sus gafas oscuras; agrupadas como un nido de cotorras en las tumbonas, riéndose de una forma un tanto estridente mientras, de vez en cuando, les gritaban a lo salvajes de sus hijos que dejaran de hacer el gilipollas.

Algunos se presentaron, me dedicaron un par de palabras sobre mi «mansión de ricachón» —a veces con una velada condescendencia o una broma mal llevada—, pero la gran mayoría se centraron en saludar a los padres de los cumpleaños y hacer algún comentario a Silbia agradeciéndole lo «bonito que había quedado todo».

Todos comían, bebían y gritaban, pero ninguno hacía nada por ayudar en las tareas más simples. Los hombres, menos que ninguno. Ellos tenía su propio universo de tabaco, cerveza y risas mientras sus mujeres cuidaban de los niños y hacían vagas preguntas sobre si «necesitábamos ayuda». Preguntas cuya respuesta siempre esperaban que fuera: «no, tranquila, sigue tumbada como una cerda, bebiendo margaritas mientras tu hijo come hierba del césped y chilla como un mono».

—Estoy muy impresionado, Capo —le dije en una ocasión, con una cerveza fría en la mano y la otra metida en el bolsillo de mi bañador largo.

Tras una lucha un tanto encarnizada, Troy se había hecho con el poder de la parrilla; como si se tratara de algún tipo de trono masculino por el que mereciera la pena morir. Pero, al hacerlo, se había quedado completamente solo frente al fuego, cuatro kilos de carne picada, cien lonchas de queso y seis bolsas familiares de panes de hamburguesas. La soledad de la cima, se podía decir, aunque los demás hombres se pasaban de vez en cuando por ahí, pero solo para tocar los cojones antes de irse de vuelta a la esquina a fumar y seguir emborrachándose.

Capo dejó la espátula a un lado y se giró, con la frente algo sudada y un mandil sobre su torso desnudo. Me dio un beso en los labios y me quitó la cerveza de la mano para darle un par de buenos tragos. Solo había que imaginar lo increíblemente sexy que era el Capo para que, incluso en mitad de aquella locura, yo no pudiera evitar ponerme algo cachondo al verle. Su piel tostada brillando al sol, algo sudada, con un aroma al calor del sol, las brasas de la parrilla y un dulce rastro de colonia. La cerveza descendía, rozando sus labios con espuma blanca, moviendo su prominente nuez de arriba abajo en cada trago del líquido dorado.

—Te dije que no estabas preparado —me recordó, sacándome de pronto de mi ensoñación para pedirme el tabaco. Cuando me lo saqué del bolsillo y se lo ofrecí, me dio otro pequeño beso, húmedo y con regusto a cerveza—. Pero ahora ya es tarde.

—Mmh... —murmuré—. Me gustaría poder decirte que no merece la pena, pero... estás como jodidamente sexy ahora mismo, Capo.

Troy, con el pitillo ya en los labios, elevó la comisuras en una sonrisa de satisfacción. Fumó una calada y recuperó su espátula para, sutilmente, darme un azote tonto en la pierna.

—Podemos hacer una de nuestras porno con esto —dijo en un tono más bajo—. «El cocinero y su *cuccolino* hambriento de polla».

—Los títulos de tus películas son una mierda, Troy. Desvelan todo el argumento.

Él se encogió de hombros y me dio otro sutil golpe con la espátula.

—El título no importa, solo que salgas tú y me digas: Capo, necesito que me des un buen trozo de carne gorda... húmeda... y caliente. Tengo mucha, mucha hambre, *amore... per favore*. Dale bien de comer a tu *cucciolo*... —y terminó con un leve gemidito que, esperaba, no fuera una imitación de mí.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír como un idiota y sentirme acalorado por la excitación. Había que ser de puta piedra para no caer rendido ante el Capo cuando se ponía juguetón y obsceno.

—Los guiones de tus películas son siempre los mismos —conseguí responder tras una breve pausa para serenarme. Entonces me acerqué y le rodeé la cadera con los brazos para pegar mi rostro al suyo—. Siempre soy yo rogándote que me des algo...

—Por qué voy a cambiar el guion si siempre funciona... —susurró él, mirándome con esos ojos claros y salvajes.

—Bueno, chicos, tranquilizaros un poco, eh —nos interrumpió de pronto una voz ronca de fumador.

Al girar el rostro vi a uno de esos hombres Malone que no podía diferenciar. Podía ser el tío, marido, cuñado, primo... no estaba seguro, porque todos parecían sacados de una película de la mafia, pero de esas en las que siempre se reunían frente a un plato de espaguetis, sufrían de alopecia y no les cabía la barriga en la camisa.

—Hay niños delante —continuó, señalando la piscina repleta de esos *gremlins* gritones y psicópatas que ellos llamaban «hijos»—. Guardaros algo para el dormitorio, *capito*?

—Perdona, ¿qué? —dije al instante, separándome un poco del Capo.

—Que los niños no tienen por qué ver... bueno, esta... cosa —trató de explicarse, pitillo en mano, gafas baratas sobre los ojos y un vago gesto de yemas pegadas mientras buscaba la palabra para describirnos.

—A ver... —cerré los ojos y tomé una buena respiración—. Hace solo diez minutos, estaba el gilipollas ese del mohicano comiéndole la boca a la estúpida de su novia en la piscina, justo *delante* de los niños. Y ambos sabemos que también estaban haciendo algo peor bajo el agua...

—Ya, bueno, pero ellos...

—No —le interrumpí, alzando una mano en alto, porque sabía muy bien lo que me iba a decir y no quería oírlo—. No vas a venir a mi puta casa, bañarte en mi piscina, comerte mi comida, beberte mi cerveza y aun por encima ¡decirme lo que puedo o no puedo hacer con mi puto *ragazzo*! ¡Si no quieres que los subnormales de tus hijos nos vean, te los llevas a la puta calle y no vuelves! *Capito*???

Mis palabras causaron un momento de tensión e incomodidad, por supuesto. Había gritado lo suficiente para que los demás nos oyeran y me había quedado mirando a aquel hombre fijamente y con expresión seria. *Il mio Capo*, todavía a mi lado, continuó fumando calmadamente, sin decir nada a las miradas de su familiar, el cual parecía estar esperando algo de apoyo de su parte. Pero, como éste no llegó, le dijo:

—¿A ti te parece normal, Capo? Hay que respetar *a la familia*...

Troy se sacó el pitillo de los labios y puso uno de esos gestos de palmas hacia arriba y hombros levemente encogidos mientras ladeaba la cabeza.

—Tío Giorgio... —empezó en aquel festival de manierismos italianos—. Si hay que «respetar a la familia», ¿por qué vienes aquí, a nuestra casa, a decirle a mi *bello ragazzo* que no me dé besos?

—Oh, *scusi*, Capo —se defendió el tío Giorgio, igualando el dramatismo de los gestos como si fuera una competición por ver cuál de los dos cumplía mejor el cliché italoamericano—. Creía que un joven sensato como tú entendería que no quiero que mis hijos vean a dos hombres tocándose de esa manera. Es anti-natura y muy poco cristiano. ¿Qué quieres que les responda cuando me hagan preguntas sobre el primo Troy y el chico con el que se daba besitos?

Ladeé muy, muy lentamente el rostro hacia Troy, mirándole de una forma que no dejaba nada a la imaginación. Sin embargo, él se mantuvo calmado, quizá ya demasiado acostumbrado a la homofobia de *su respetable familia*.

—*Facile*, Giorgio, les dirás que el primo Capo es el hombre más afortunado del mundo por tener a su *bellissimo ragazzo* y que deberían darle las gracias por haberles invitado a una tarde de piscina y hamburguesas.

El tío Giorgio ni se molestó en no mostrar su desprecio y asco con una mueca y un gesto de la mano mientras farfullaba un insulto en italiano. Personalmente, a esas alturas ya le habría echado de mi casa, pero Troy no le dio importancia y se volvió hacia la parrilla para darle la vuelta a la hamburguesas antes de que se quemaran.

—Lo siento mucho, *cuccolino* —le oí decir de espaldas a mí—. Mi familia es muy cristiana y tiene unas ideas muy firmes sobre lo que está bien y está mal.

—Claro, *amore* —asentí, aunque no pudiera verme.

Me acerqué para poner una mano en su espalda desnuda y acariciarla justo debajo del nudo de su delantal.

—Pero quiero que sepas que no voy a tolerar que nos hagan esto —le advertí—. Al próximo que venga a decirme gilipolleces y a insultarnos, le mando de una puta patada a la calle. Si a ti te gusta ser... «bueno» con ellos, ayudarles y ser el chico de los recados, me parece muy bien. Es tu decisión.

Capo terminó de darle la vuelta a la carne y dejó la espátula de nuevo sobre la mesa, cambiándola por la cerveza fría a medio beber y el pitillo a medio fumar.

—No me esperaba menos de ti, *cucciolo* —murmuró con una leve sonrisa.

—Te lo digo para que después no te enfades conmigo.

—*Io?* —llegó casi a exclamar, llevándose la mano del cigarro al pecho hinchado y firme bajo el mandil—. Oh, no, no... Tú eres el *il padrone di casa*, Joe. Al único que tienes que respetar es a mí, a la *mamma* y a *Piccola*. Con el resto puedes hacer lo que quieras.

—Oh —eso me sorprendió un poco, no voy a mentir—. Perfecto, entonces.

Y, como si quisiera dejarlo bien claro, me incliné para darle un buen beso en los labios. Nada especialmente sórdido, pero sí igualando la intensidad de los que se daban las demás parejas heterosexuales de la piscina. Al terminar, me pasé la lengua por los labios y le di una leve palmada en la mejilla a un Capo de ojos enamorados y sonrisa tonta.

Evidentemente, aquel incidente y nuestro «comportamiento anti-natura» delante de los niños, no fue un problema que quedara solucionado solo por enfrentarse al tío Giorgio. Él no era el único que lo pensaba, ni el único que murmuraba con desaprobación cuando nos veían.

—La prima Stella no para de decir que los «maricosexuales» son una plaga en Los Ángeles —se rio *Piccola*, reuniéndose con nosotros cuando llegó el

momento de cortar la tarta y cantar el cumpleaños feliz —. Y la tía Isabella dice que es una pena que un hombre como el Capo «eligiera» ser gay.

—Sí, dicen muchas cosas, pero no he visto que ninguna se moviera de su hamaca ni dejara de beber margaritas —comentó la señora Malone, la que sí parecía un poco molesta con todo aquello. Cortaba la tarta con una expresión seria y casi la tiraba sobre los platos de plástico con dibujos infantiles —. ¿Cómo se atreven a insultar a Joe, después de que les abriera la puerta de su casa?

—*Mamma*, tranquila —intervino su hijo, colocando una mano sobre su hombro rechoncho—. A nosotros nos da igual. Esto lo hacemos por los niños.

—No me importa, *amore* —insistió su madre—. No está bien. Nunca se habían puesto así y sabían de sobra que eras gay.

—Quizá sea la envidia —sugerí, echando otra mirada hacia la familia repartida por mi jardín como una plaga de ratas italoamericanas—. Me da la impresión de que siempre han pensado que sois la última mierda y, de pronto, vivís en Pico Boulevard y compráis en Rodeo Drive.

—Claro que es envidia —me aseguró Troy—, mientras estaba en la parrilla me soltaron algunas bromas sobre si merecía la pena ponerle el culo a Joe a cambio de vivir así.

La señora Malone ahogó un grito escandalizado y dejó de cortar la tarta para llevarse una mano al pecho.

—¿Y qué les dijiste? —pregunté con curiosidad. No sonaba a la clase de bromas que le harían gracia a un hombre como el Capo.

—Les dije que yo no pongo el culo a nadie —y bebió un trago de su cerveza, la última que quedaba en el cubo con hielo derretido tras toda una mañana al sol.

—Deberías haberles dicho que te ibas a ir a llorar a una de las cuarenta habitaciones que tiene la mansión —dijo Piccola, riéndose un poco de su propia broma, aunque nadie más lo hizo.

Tras la tarta, llegaron los regalos. La familia se agrupó en un círculo bajo los parasoles y las palmeras y miraron cómo los dos gemelos, igual de feos e igual de hiperactivos, arrancaban el papel de regalo como si fueran un par de ratas en busca de algo que comer. En ese momento, Capo me hizo una señal con la cabeza y le acompañé a la cocina, cerrando la puerta acristalada a mis espaldas para no tener que oír los gritos.

—¿Ocurre algo? —pregunté, mirando cómo Troy iba en busca de una de las botellas de vino sobre el soporte. Después cogió dos copas de la estantería y se acercó a la isla para abrir la botella con un sonoro «pop».

—No, *cuccolino*. Solo me apetecía tener un momento para nosotros —respondió, sirviendo el vino.

Frente a su madre y su familia, se había mostrado serio, pero ahora, en la intimidad y con las gafas subidas a la altura del tupé, parecía mucho más cansado.

—*Vieni qui, Joe, dai amore al tuo Capo* —ordenó con un vago gesto de la mano.

Me acerqué un paso más a él y le rodeé la cadera con los brazos antes de darle un beso; primero suave, después con lengua hasta que un gruñido excitado brotó de su garganta. Lejos de miradas indiscretas, Troy se atrevió a meter una mano por debajo de mi bañador de flamencos sobre fondo azul marino. Me

apretó la nalga con fuerza y volvió a gruñir de puro placer. Yo no dudé en igualar el juego, deslizando mi propia mano por debajo de la cintura elástica de su bañador hasta alcanzar el vello denso y negro y, mejor aún que eso, el *enorme cazzo de il mio Capo*.

Troy cogió su copa y le dio un pequeño trago sin dejar de mirarme mientras yo le masturbaba lentamente.

—Vamos a una habitación de arriba —susurré antes de morderme el labio inferior—. Llevo toda la mañana con ganas de montarte...

Capo dejó la copa de vino blanco en la mesa, disfrutando de mi tono excitado y el profundo deseo de mis ojos. A él le encantaba verme derretirme entre sus brazos y oír la desesperación de mi voz porque me follara; le hacía sentir muy macho y lleno de sí mismo.

—No, no te has limpiado —me recordó, añadiendo una caricia suave y una pequeña bofetada a sus palabras—. Sabes que no me gustan las sorpresas.

Tomé una bocanada de aire con aroma a Troy: piel caliente, suave sudor, regusto a tabaco y dulce colonia.

—No es la primera vez que lo hacemos de forma impulsiva, *amore* —le recordé—. Y no te quejaste.

—He dicho que no, *cuccolino* —repitió con su voz más baja y densa, pegando su frente a la mía mientras su mano se hacía un hueco entre mis nalgas, en busca de mi ano—. *Chi comanda qui? Chi è il tuo uomo, Joe?*

Me mordí el labio inferior con más fuerza y ahogué un gemido nada elegante.

—*Tu, amore mio, solo tu* —jadeé, porque cuando Troy se ponía así, mandón y serio, pero sin rozar la fina línea de lo desagradable; me volvía completamente loco—. *Ma il tuo cucciolo ha bisogno che il suo capo gli dia da mangiare* —contraataqué, apretando su cazzo en la mano y acercando mis labios a su oído—. *Non hai intenzione di prenderti cura di me, mio capo?*

Como si mis palabras fueran el más potente de los afrodisiacos, Troy soltó un profundo suspiro grave de garganta mientras su *cazzo* se tensaba en mi mano, y de su punta gorda empezaba a salir líquido preseminal para empapar el bañador rojo.

—Joder, *cuccolino*... —le oí decir, aunque fue apenas un jadeo entrecortado.

Entonces, oímos unos pasos por las escaleras y una risa baja. Al instante, saqué la mano del interior de su bañador y giré el rostro. Capo reaccionó igual de rápido, sacando la mano como yo lo había hecho y dándose la vuelta contra la isla, ya que su enorme erección contra la tela roja no dejaba mucho a la imaginación.

Del pasillo salieron dos jóvenes sonrojados y algo sudados, los mismos que se habían estado besando y tocando en la piscina. Debían ser poco mayores que Piccola, quizá de unos diecisiete o dieciocho; él tenía los rasgos de los Malone, cuerpo de deportista y ese aspecto mediterráneo que volvía estúpidas a las chicas, como era el caso de la animadora rubia que le seguía.

Al mirarnos en la cocina, se detuvieron en seco y abrieron los ojos, sorprendidos de vernos allí.

—Ho... hola, Capo —le saludó él, recibiendo un vago saludo de Troy, de espaldas a ellos—. Y Joe —añadió con una sonrisa—. Tienes una casa preciosa.

—Más vale que no hayáis manchado nada —le advertí, sin molestarme en ocultar mi enfado; no solo por la interrupción, sino también porque sabía lo que aquellos dos subnormales había ido a hacer a la segunda planta.

La animadora agachó la cabeza y se sonrojó más, pero él se rio como si se tratara de una broma.

—No... solo estábamos echando un vistazo...

—Os voy a decir dónde están los trapos y los productos de limpieza —insistí, cruzándome de brazos para demostrarles que yo no estaba jugando—. Porque aún por encima de ir a follar a una casa que no es vuestra, solo faltaba que lo dejarais todo hecho un asco. *Vero?*

El chaval perdió la sonrisa y se quedó mirándome como un completo imbécil. Al parecer, el Capo se había quedado con toda la buena genética de la familia Malone, tanto física como mental.

—La primera puerta del pasillo —les indiqué—, y en la puerta que hay al lado de las escaleras del segundo piso, están las sábanas limpias.

Tardaron un momento, pero, tras intercambiar una mirada, la chica tiró de él de vuelta al pasillo y murmuró algo por lo bajo que no pude escuchar. El joven asintió y nos miró un último momento antes de desaparecer con paso rápido.

—Creía que exagerabas —le dije al Capo—, pero tu familia es lo puto peor.

Él terminó su copa de vino y la dejó sobre la mesa antes de ladearse hacia mí. El bulto de su entrepierna había descendido, pero aún estaba algo marcado sobre la tela roja.

—Te dije que no podía ser peor que la tuya.

Fui a por mi propia copa y bebí un trago de vino dulce y blanco.

—Iba a esperar, pero este año te vienes al Yom Kipur —decidí—. Ya me dirás si te parece peor o no cuando te enfrentes a veinte judíos hambrientos después de ayunar.

—¿Crees que van a superar esto? —preguntó, llegando a sonreír mientras señalaba a la pared acristalada donde estaba su familia.

—Los Malone son desagradables, pero al menos los ves venir. Los Schwartz matan callando, como un veneno lento que te corroe por dentro —le aseguré.

Troy se rio y se acercó para darme un beso.

—Ti amo —susurró.

—Recuérdalo cuando conozcas a mi tía Pahlusa.

Él volvió a reírse, como si bromeara; pero no lo hacía. Era mi momento de advertirle dónde se metía.

¡MAZAL TOV!

Capo llegó con un gruñido alto y la cabeza echada hacia atrás. Su torso desnudo estaba perlado de sudor, destacando todavía más el vello negro que lo cubría. Apretaba las manos contra mi cadera, tensando sus enormes bíceps y las venas gruesas que los recorrían. Jadeaba hinchando su amplio pectoral y remarcando sus abdominales cuando soltaba el aire que entraba en sus pulmones. Entonces, se echó hacia delante y cayó sobre mí, hundiendo su rostro en el hueco de mi cuello.

Le apreté un poco, con las piernas que mantenía alrededor de su cadera y con los brazos con los que rodeé su ancha espalda. Yo no estaba mucho mejor que él, pero, para ser justos, solo había tenido que quedarme allí tirado mientras Troy hacía todo el trabajo, moviendo la cadera sin descanso mientras no dejaba de decirme guarras en italiano y goteaba sudor que caía sobre mi cuerpo.

Ninguno de los dos dijo ni hizo nada en un par de minutos, hasta que fue el propio Troy el que se incorporó un poco, sacó su *enorme cazzo* ya algo flácido de mi interior, y se movió a un lado para dejar de ahogarme bajo el peso de su cuerpo. Entonces resopló, se pasó las manos por el rostro y después las dejó sobre su cabeza, mirando el mismo techo blanco que yo miraba.

—Vete a hacerme un café con hielo —me dijo con ese tono que bailaba entre una estricta sugerencia y una orden.

Parpadeé y tardé un par de segundos en responder:

—Dame un minuto.

Me quedé allí un rato más hasta que, finalmente, reuní la fuerza suficiente para incorporarme de la cama. Sentía el culo dilatado y mi propia corrida deslizándose por mis abdominales, pero aquello no era nada a lo que ya no estuviera acostumbrado ya; después de casi un año viviendo juntos.

Me detuve en el baño de la planta baja y me di una ducha fresca y rápida antes de ir a la cocina para preparar dos cafés con hielo que dejé en la terraza del jardín. Troy apareció diez minutos después, recién duchado y con su bata de seda alrededor del cuerpo. Se sentó a mi lado con un leve gruñido de queja y fue a por el tabaco que ya había dejado junto al vaso del café. Tras una calada, me preguntó:

—¿Me he olvidado de algo, *cuccolino*?

—No que yo sepa —murmuré sin apartar la mirada del móvil.

—¿Y entonces qué estábamos celebrando hoy?

Se me saltó la risa, terminé de responder un mensaje a Lizza y dejé el teléfono sobre la mesa antes de mirarle.

—Ya te dije que pasado mañana es el Yon Kipur.

Capo asintió, echando el humo del tabaco a la vez que se llevaba el café a los labios.

—¿Y hay un pasaje en el Torá que dice: haz a tu hombre muy feliz y vacíale bien las pelotas antes del Yon Kipur?

Me reí, esta vez en alto, pero terminé negando con la cabeza.

—Ojalá lo hubiera, pero no. Antes del Yon Kipur debemos ayunar y hacer abstinencia, así que pensé en echar un buen polvo antes de tener que pasarme dos días sin sexo.

—Ah... —murmuró él, entendiendo al fin por qué yo había llegado antes del trabajo y le había recibido con mi colita de *cucciolo* y una cena romántica antes de hacer todas sus delicias.

Para lo complicado que era el Capo, a un nivel sexual solo había que tocar cuatro botones para que se pusiera como una puta perra en celo. Y no lo digo con un tono de superioridad, porque yo también perdía las bragas cuando Troy hacía las dos tonterías que me gustaban: sacando a relucir su estética italoamericana y esa chulería de machito mediterráneo.

—¿Crees que será peor que navidad? —preguntó entonces.

—Mucho peor —le aseguré—. Habrá más familia.

—¿Tu padre sigue intentando que me dejes?

—Claro que sí, es su nueva misión personal.

Troy resopló y miró la piscina, en la que todavía estaba el enorme flotador con forma de pato que había traído *Piccola*. Era estúpido, pero a mí me gustaba verlo cada mañana mientras tomaba el café.

—Ya le dije que firmaría la puta separación de bienes —me recordó—. No voy a tocar ni un centavo de la inmensa fortuna de los Schwartz, ¿qué más quiere?

—En realidad, creo que fue sugerir que tú y yo nos fuéramos a casar lo que le hizo volverse un poco loco con el tema —reconocí, porque incluso a mí me había resultado un tanto salvaje oír a Troy diciendo aquello.

El Capo no había dicho «*si nos casamos firmaré la separación de bienes*», lo que había dicho fue: «*cuando nos casemos...*». Había una pequeña gran diferencia entre ambas expresiones.

—No sugerí nada —negó él tras otra calada de su pitillo.

—Troy, no voy a decirlo de nuevo —dije, asegurándome de esperar a que me mirara a los ojos antes de continuar—: Pedirme matrimonio después de follar, no cuenta.

—Claro que cuenta —insistió con ese tono duro que siempre usaba cuando salía el tema—. Y siempre me dices que sí.

—No cuenta si no hay anillo y no te pones de rodillas.

—La última vez, tú estabas de rodillas.

—Sí, y acababas de correrte en mi boca cuando me tiraste del pelo para que te mirara y me dijiste: *Sposami, Joe...*

Troy sonrió un poco, pero trató de ocultarlo de mí fingiendo que se rascaba el espeso bigote moreno.

—¿Y cuándo te llevé al *bellissimo* hotel por mi cumpleaños y te lo pedí en el jacuzzi?

—Ah —puse los ojos en blanco y resoplé, recordándolo—. La verdad es que esa noche sí creí que me lo ibas a pedir «de verdad» cuando cenábamos en el restaurante italiano tan bonito.

—Te lo pedí de verdad.

—De nuevo, Capo, fue después de montarte en el jacuzzi y estabas tan borracho esa noche que incluso te costó empalmarte.

— *Cucciolo*... — dijo, esta vez sin rastro de humor ninguno mientras me dedicaba una mirada seca por el borde de los ojos.

Al Capo nunca «le fallaba el *cazzo*» porque era demasiado hombre y demasiado macho como para eso; lo que le pasaba cuando estaba demasiado borracho y le costaba ponerse duro era debido a «el cansancio acumulado y todo el sexo que teníamos».

— *Scusi, amore mio* — me disculpé, porque sabía de sobra que aquel tema era tabú y que realmente le dolía en lo más profundo de su orgullo—. Aún así, no contó.

Troy se levantó de la tumbona y se fue sin decir nada. Puse una mueca de labios apretados y cejas levemente arqueadas, porque quizá se hubiera enfadado por aquello. Aun así, no le seguí, conociendo al *mio Capo* lo suficiente para saber que era mejor dejarle espacio hasta que se le pasara la rabieta.

Sin embargo, volvió al minuto, se detuvo a mi lado y, de forma totalmente imprevista, hincó la rodilla en el suelo de piedra falsa.

Le miré de arriba abajo y dije:

— No. Más vale que no se te ocurra.

Capo sacó una caja pequeña y color burdeos del bolsillo de su bata de seda, me lo enseñó y lo abrió, mostrando un anillo de pedida.

— *Cucciolo, Mi sono innamorato di te dalla prima volta che ti ho visto. Sei tutto ciò che amo e tutto ciò di cui non sapevo di aver bisogno nella vita. Sposami e rendimi l'uomo più felice del mondo.*

Me llevé una mano al rostro y me apreté los lacrimales entre el dedo índice y pulgar.

— Mira que has tenido buenas oportunidades para pedírmelo, Capo... — murmuré—. En tu cumple, en la gala de los Oscar, en el viaje a Canadá... Y eliges esta mierda de noche. — negué con la cabeza y separé la mano para abrir los ojos y mirar el anillo—. ¿Cuándo lo compraste? No es el anillo que me imaginé que elegirías.

— Es el anillo de *la nonna*, Joe — respondió él—. Lo trajo de Italia y me lo dejó en herencia cuando murió.

Arqueé las cejas y pasé la mirada de la pequeña caja de seda a los ojos claros del Capo.

— Perdona, no lo sabía. — Troy quería muchísimo a *la sua nonna*, la que casi le había criado mientras su madre se veía obligada a trabajar todo el día. Decir algo malo de aquella mujer era una gran bandera roja—. Es un anillo precioso.

— Joe, te he hecho una pregunta — me recordó él.

— Solo una cosa — le pedí, levantando un dedo en alto—. ¿Por qué ahora?

— Porque si no ahora, ¿cuándo? Si no aquí, ¿dónde? Si no contigo, ¿con quién?

Me quedé un instante en silencio y, de pronto, cerré los ojos antes de llevarme una mano al pecho.

— Joder, vale, eso ha tocado bastante mi oscuro corazoncito judío — reconocí.

— Joe...

— Ya, perdona — tomé una bocanada y asentí—. Sí, sí quiero, *amore mio* — y lo dije sin más, sin esfuerzo, sin duda, sin más que un tono fingidamente solemne y una mirada firme hacia sus ojos claros—. Pero no voy a cambiarme el apellido.

Capo puso los ojos en blanco, como si estuviera al borde de su paciencia. Sacó el anillo de la caja y me tomó la mano para colocarlo en mi dedo anular. O la *nanna* había tenido las manos muy grandes, o Capo había hecho agrandar el anillo, porque me quedaba casi perfecto.

—¿Se lo quieres decir a tu familia en el Yon Kipur? —preguntó Troy, poniéndose de pie antes de inclinarse y darme un beso en los labios—. Quizá a tu tío Roshberg le dé el ataque al corazón por el que tanto he rezado.

Aquello me hizo más gracia de la que debería.

—No... no sería buena idea. Habrá que decírselo a mis padres primero y dejar que ellos controlen la situación. ¿Tú cómo se lo quieres decir a tu familia?

—La *mamma* ya sabe que te iba a pedir matrimonio.

—¿Y no te dijo que lo hicieras en un lugar bonito y con algo más puesto que una bata?

Troy recuperó su cigarro y su café y volvió a tumbarse, tomándose la molestia de abrir las piernas a ambos lados de la tumbona de tal forma que sus huevos peludos sobresalieran por debajo de la seda borgoña.

—Sí, me lo dijo; pero yo respondí: *mamma*, Joe ya sabe la clase de hombre que soy, sabe que le daré el anillo cuando yo quiera y donde yo quiera, no cuando él piense que se lo voy a dar.

—¿Sabías que en los Oscar estuve a punto de pedírtelo yo? —le pregunté.

—¿Sabes lo mucho que eso me hubiera enfadado?

—Por supuesto, pero estaba cansado de esperar a que lo hicieras.

Capo dejó el pitillo a medio camino de sus labios y me miró con los ojos entrecerrados.

—*Piccola...* —dedujo.

—Solo tuve que llevarla de compras a Rodeo y me lo contó todo —sonreí—. Bueno, realmente fue ella la que me dijo: «Joe, tengo algo que contarte y una lista de ropa que quiero». No te enfades —le pedí, notando como Troy tensaba la mandíbula—. Es la clase de chica que querías que fuera al mandarla a ese colegio pijo de Beverly Hills.

—Una cosa es ser lista, otra muy diferente es traicionar a su hermano —aclaró.

—Yo creo que sabe lo que quiere y va a llegar lejos en la vida —murmuré, volviendo a mirar el anillo de mi dedo.

—¿Has pensado en lo graciosa que va a ser la boda con la mitad de los invitados llevando Kipa y talit y la otra mitad santiguándose por estar testiguando una unión anti-natura y satánica?

—No, quiero una boda íntima. Sin religión.

—Yo quiero romper una botella de cristal y gritar *masal tov*.

—Nada religioso, *cuccolino*. No voy a repetirlo.

—Claro, *amore...*

—¡Mazal Tov! —exclamé antes de llevarme la mano a mi kipa negro sobre la cabeza y pisar la botella de cristal.

Mi familia lo celebro con un ruidoso «¡mazal tov!», mientras los pocos Malone que había allí se limitaron a aplaudir. Después cogí las manos de mi guapísimo marido italoamericano y le di un beso en los labios.

Estaba guapísimo con su traje a medida y su chaleco del mismo tono azul grisáceo de sus ojos. Tras la boda, se había desabrochado un par de botones y remangado la camisa, dejándome disfrutar de todos los buenos clichés judíos que había organizado para la ocasión: la botella era solo el primero de ellos.

¿Cómo lo había conseguido? Bueno, mi marido era un hombre muy serio y muy firme al que le encantaba consentir a su *cuccolino*.

Desde aquella misma mañana, nada más despertar en el hotel y fumarse su primer pitillo, había entrado en un estado de completa ensoñación; como, si de pronto, se hubiera dado cuenta de lo que durante aquel día iba a suceder. Sus ojos brillaban, una eterna sonrisa elevaba las comisuras de sus labios y un único anillo dorado en su dedo anular le adornaba ahora la mano.

Tras la comida, se fumó un puro con una mano en el respaldo de mi asiento y recibió las felicitaciones y regalos con un asentimiento, sin decir muchas palabras. No fue hasta el primer baile cuando, rodeándome la cadera con las manos y mirándome a los ojos, me susurró:

–Grazie, amore...

FIN